THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
056
RC
Y.70

REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1888
TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo

REVISTA CONTEMPORÁNEA

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BERKELEY

AÑO XIV—TOMO LXX

ABRIL — MAYO — JUNIO 1888

DIRECCION Y ADMINISTRACION
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.ª
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

LOS PRESUPUESTOS DE ENSEÑANZA

DATOS PARA EL ESTUDIO DE LA CUESTIÓN

SEGUNDO ARTÍCULO

I

LA obra de la *instrucción pública* es una obra de la época actual. Antecedentes y gérmenes se observan en las pasadas, que no aparecen las instituciones, ni se llega á los descubrimientos, como se cambia la decoración en las comedias de magia; pero el propósito esplícitamente formulado de educar una sociedad, de difundir en ella los conocimientos útiles, de hacer copartícipes á todos sus individuos en las conquistas de la ciencia, se inicia con el siglo, y con el trascurso de los años se robustece y desarrolla.

Bajo el primer Imperio gastaba Francia poco más de *cuatro mil francos* en *enseñanza primaria*: en 1828 se había elevado sólo á *cincuenta mil* la suma á estas atenciones dedicada; y si Francia, país ya por entonces relativamente culto y rico, escribía en sus presupuestos tan exiguas cifras, puede calcularse lo que harían otros pueblos que se han movido arrastrados por ella, más en lo malo que en lo bueno, dejan-

247137

do trascurrir primero espacios de tiempo de *quince* ó *veinte años*, para reflejar luego en parte sus progresos intelectuales.

Poco tiempo después comenzó allí el movimiento de rápido desarrollo en la cultura popular. Entre las cifras del último ejercicio económico que se votaron bajo *Carlos X* se hallaba la de *un millón ochocientos mil francos* (1), que se repartió de modo desproporcionado, distribuyéndose más de *un millón setecientos mil* entre los llamados *colegios reales* (2), y destinándose el exiguo resto á estímulo de la enseñanza elemental (3). Las Cámaras francesas no permanecieron indiferentes ante tan extraña división de fondos. Censuraron los hombres amantes de su patria que en presupuestos enormes se señalasen sumas pequeñísimas para tan preferentes servicios (4), y el diputado *Lefebvre*, ponente de la Comisión parlamentaria encargada de examinar en 1830 las cuentas de la Administración, declaró en su informe que *el Estado debía al país la cultura general y no la exclusivamente clásica*. Desde el primer momento del reinado de *Luis Felipe* ascendió lo gastado por el último concepto á *un millón de pesetas*; en 1848 se destinaban á las escuelas *tres millones de francos*, y creciendo los guarismos se ha llegado al momento actual en que se las dan *¡noventa!*

Presupuéstase tan enorme suma en forma que revela la inversión de otras que le son comparables, votadas por Consejos departamentales y Municipios. *Catorce millones* se otorgan á éstos para indemnizarlos de los mayores gastos que les produce el haberse declarado gratuita la enseñanza elemental, y

---

(1) 1.825.000 francos. Esta cantidad fué otorgada por la ley de Presupuestos de 24 de Junio de 1827; pero lo gastado realmente en enseñanza durante el ejercicio de 1828 ascendió sólo á 1.815.476 francos.

(2) 1.775.000 francos. Se decretó esta repartición en una Ordenanza de 17 de Febrero de 1828.

(3) Los *cincuenta mil* francos antes indicados, que no se gastaron por completo.

(4) El presupuesto francés para el ejercicio de 1828 ascendió á francos 1.024.100.637, hallándose representado el de enseñanza en un *diecisiete centésimas* por *ciento*, ó, lo que es lo mismo, en el *diecisiete* por *diez mil*.

se les entregan *cincuenta y cuatro millones* más (1) como estímulo para la difusión de la cultura. Los departamentos reciben cerca de *setecientos mil francos* (2) con que subvenciona el Estado las *normales* que aquéllos sostienen, y se destinan *ciento noventa y siete mil* y *ciento setenta y dos mil* para las de *Fontenay-aux-Roses* y *Saint-Cloud*, con el trabajo manual, mantenidas por la nación (3), agregándose en otro artículo *trescientos mil*, destinados á gastos de instalación y material de las mismas.

La segunda enseñanza, falta de su carácter propio, se hallaba á medias representada en 1828 por *treinta y nueve* colegios reales, contando el de *Bourbon Vendée*, y no llegaba á *dos millones de francos* (4) lo gastado en sueldos de profesores, libretas hechas en favor de los alumnos, indemnizaciones de *trouseaux*, material y otras atenciones. Desde 1830 á 1848 se desarrolló también rápidamente este ramo de la educación pública, y hoy se han unido los esfuerzos del Estado á los aún más poderosos realizados por provincias y Municipios para elevarla al grado de vigor en que se halla.

En los *liceos nacionales* de muchachos se invierten más de *nueve millones de francos* (5); á los sostenidos por los Municipios se les subvenciona con *dos millones ochocientos mil* (6); se gastan ya más de *un millón trescientos mil* (7) en la naciente instrucción secundaria de la mujer, y complétase la

---

(1) 54.158.000 francos. Se halla inscrita esta cantidad en el *Capítulo 53* del presupuesto de 1888, bajo el concepto de *subvenciónes á los Municipios por las escuelas primarias públicas de niñas y niños.*

(2) 686.400 francos. *Capítulo 51.* En el concepto de *subvenciones á los departamentos para las escuelas normales primarias.*

(3) A estas cantidades deben agregarse *sesenta mil francos* más, destinados á la *Escuela Pape-Carpentier.* Las escuelas primarias superiores de niños creadas por los Municipios reciben también una subvención de 1.238.300 francos, consignada en el *Capítulo 52.*

(4) 1.825.000 francos, según antes indicamos.

(5) 9.119.000 francos. Esto es sólo lo invertido en los que sostiene como tipo el Estado.

(6) 2.895.000 francos.

(7) 1.395.000 francos.

obra agregando á las anteriores sumas *tres millones de francos* para indemnizaciones (1). El total de lo presupuestado por el Estado excede de *dieciseis millones* (2), siendo mucho mayor la suma de lo invertido por los Municipios en iguales servicios. Merecen citarse además ciertos detalles que permiten formar clara idea de los elementos con que cuenta cada uno de los establecimientos docentes: la escuela de *Cluny* recibe *doscientos mil francos* y *doscientos setenta mil* la normal para la segunda enseñanza de la mujer.

Indicadas quedan en el anterior artículo las cantidades destinadas hoy á los establecimientos superiores franceses. En 1828 vivían de fondos propios la *Universidad*, la *Escuela Politécnica* y las de artes y oficios de *Chalons* y *Angers*, pero era la primera en cierto modo un origen de rentas para el Estado, porque sus ingresos excedían á los gastos (3); ahora, no sólo se la dota con explendidez, sino que deseoso el Gobierno y las cámaras francesas de que nadie entienda que la enseñanza ha de ser producto explotable, según se cree por determinadas gentes en otros países; ni que de lo *abonado por los alumnos pueda salir el salario del profesor*, cede para material científico de la corporación docente la suma calculada en más de *un millón de francos* que producen las *matrículas*, con los derechos de *entrada en las bibliotecas* y *de trabajos prácticos* (4).

La investigación científica en los diferentes ramos del saber humano se estimula con respetables cantidades en el presu-

---

(1) 3.152.000 francos.

(2) 16.561.000 francos.

(3) En 1828 se hallaban representados los ingresos de la Universidad en 3.586.460 francos, incluyéndose en esta cantidad los sobrantes de ejercicios anteriores; los gastos se elevaron en el mismo ejercicio á 2.520.055 francos. Parte del exceso de la primer suma sobre la segunda se gastó en un edificio para el Ministerio. Los gastos de la Adminissración central importaron 645.000 francos. La fundación de las dos escuelas de *Chalons* y *Angers* costó 325.000 francos.

(4) 1.073.775 francos. Los trabajos prácticos produjeron 196.040 francos; la entrada en las bibliotecas, 79.770 francos; las matrículas, 797.965 francos.

puesto francés. Los *doscientos cincuenta mil francos* destinados en 1872 á la *Escuela de altos estudios* (1) se han elevado á más de *trescientos mil* (2); á *quinientos mil* los *trescientos mil* con que contaba en la fecha indicada la *Escuela normal superior* (3). Al *Colegio de Francia* se le han duplicado en igual período sus recursos (4), y la *Escuela de lenguas orientales vivas* ha recibido de unos ejercicios á otros idénticas propulsiones por parte de la nación, con el objeto de acelerar su desarrollo (5).

Bien se dibuja en este movimiento de las cifras la profunda transformación que se realiza en el carácter de la enseñanza. De la cultura exclusiva se pasa á la cultura general, y al lado de la instrucción superior se desarrollan cada vez más potentes la elemental y secundaria. Junto á los conocimientos clásicos primitivos crecen, cubriéndolos ya con sus robustas ramas, los de las ciencias que nos permiten intimar con la naturaleza y manejar las fuerzas en provecho de la civilización humana. Nada muere: todo recibe vigorosa vida de las sociedades actuales, avaras de cuanto produce el entendimiento ó la actividad del hombre; pero se cambia la extensión relativa de los diferentes grados de educación, y los conocimientos, cuya importancia era antes desconocida, recaban sus derechos á la gratitud y al respeto de los pueblos que quieran ostentar con justicia el título de adelantados.

---

(1) 248.449 francos 49 céntimos. La Escuela de altos estudios figuró por primera vez en los presupuestos del Estado en 1872.

(2) 316.000 francos.

(3) En 1872 contaba con 321.202 francos 14 céntimos, y con 521.000 francos en 1887.

(4) Su consignación se ha elevado desde 289.436 francos 55 céntimos en 1872, á 499.000 en 1887.

(5) Su presupuesto era de 82.519 francos 64 céntimos en 1868; pasó á 117.368 francos 53 céntimos en 1872, y ascendía en 1887 á 154.000 francos.

II

Poco amigos los ingleses de andar copiando formas de extraños países, han extremado quizás en la enseñanza este su amor á la originalidad. Puede decirse que su presupuesto tiene escritas sólo grandes sumas para las escuelas primarias, los museos de arte y la enseñanza y colecciones de ciencias naturales. A la Universidad de Londres se la dota con una subvención que, aunque respetable, parece pequeña al lado de los guarismos escritos en diferentes artículos; las de *Oxford* y *Cambridge* viven de rentas propias, y apenas se citan los establecimientos secundarios, siquiera existan muchos poderosos y ricos, fundados por la iniciativa particular y sostenidos con cuantiosos legados.

La educación elemental consume allí, según las cifras estimadas para el último ejercicio, las enormes cantidades de *ochenta y seis millones* de pesetas en *Inglaterra* (1), *trece* en *Escocia* (2), y cerca de *veintidos* en *Irlanda* (3). Las *secciones de ciencia y arte* tienen consignados unos *once millones* (4); *tres y medio* el *Museo Británico* (5), y las *Sociedades doctas seiscientos mil francos* (6) próximamente, mientras que la *Universidad de Londres* y los *Colegios de la Universidad de Gales*

---

(1) 3.458.807 *libras esterlinas*. En el de 1886-87 se elevaba sólo á 3.402.989 *libras*. Desde el anterior ejercicio al actual ha crecido este capítulo en 55.818 *libras* (1.395.000 francos).

(2) 553.392 *libras*: en 1886-87 ascendía este capitulo á 524.263 *libras*.

(3) 874.051 *libras*: en 1886-87 eran los gastos de 828.073 *libras*.

(4) 438.558 *libras*. Desde el ejercicio anterior (1886-87) hasta el actual ha crecido la consignación para éstas en 18.515 *libras*.

(5) 147.385 *libras*.

(6) 23.900 *libras*.

reciben sólo *trescientos veinticinco mil* y *trescientos mil* (1); *quinientas mil* en conjunto las *escocesas* (2).

Las escuelas primarias diurnas contaban en 1863 con un ingreso de *ocho chelines y un penique* por cada alumno, y le tienen hoy concedido de *diez y siete chelines* y *cinco peniques* (3). Las nocturnas disfrutan de una subvención en las mismas condiciones que era de *cinco chelines* y *nueve y medio peniques* en 1865, y se eleva ahora á *diez chelines* y *seis peniques* (4). En 1850 concurrían *millón y medio* de infantes á las escuelas; *dos y medio millones* en 1875, y *cuatro millones trescientos mil* en el corriente año (5). Atendiendo á estos datos se advertirá que las cantidades consagradas á los establecimientos docentes populares, crecen rápidamente bajo la acción combinada de dos influencias diferentes: por el número de los individuos que á ellos asisten; con la elevación de la tasa por niño ó niña.

Hay detalles muy curiosos en los cuadros de guarismos ingleses, que revelan cuánto se preocupa aquél pueblo de la difusión general de los conocimientos científicos y de la instrucción artística, desde los primeros grados de la enseñanza, confiando á fuerzas tan eficaces el desarrollo, cada vez más potente, de su industria. Para una de las varias secciones de colegios científicos que posee, se presupuestaron en 1886-87

---

(1) La *Universidad de Londres* tiene consignadas como subvención en el presupuesto de 1887-88 13.321 *libras*: los *Colegios de la Universidad de Gales* 12 000 *libras*.

(2) 19.018 *libras*.

(3) Las tasas fueron elevándose primeramente con arreglo á lo que se llamaba el *Código revisado*, en la forma siguiente: en 1863, *8* chelines *1* penique; en 1864-65-66 y 67, *9* chelines. En 1868, *9* chelines *4* $^3/_4$ peniques. En 1869, *9* chelines 7 peniques. En 1870, *9 chelines* y *9* $^1/_4$ peniques. En 1871, se pagaron en parte por el *Código revisado*, y en parte por el *Nuevo*, elevándose á *10* chelines, *1* $^3/_4$ penique; y desde 1872, lo fueron por el Código Nuevo, subiendo en progresión aritmética hasta la cifra citada para 1887.

(4) Las tasas de las escuelas nocturnas se han elevado del mismo modo regular que para las diurnas.

(5) 1.598.000 fué el número de los niños que asistieron á las escuelas en 1850; en 1875, se elevó á 2.565.000, y en 1885, ha llegado á 4.430.000.

un millón ochocientas mil pesetas (1), que se han transformado en *dos millones doscientas mil* en el actual ejercicio (2); se subvenciona con *un millón trescientas mil* la enseñanza del *dibujo en las escuelas elementales* (3), y se han creado en ellas clases de arte, dotándolas con más de *un millón* de francos (4). Para las exposiciones locales y premios se conceden unos *trescientos mil* (5); y otras cantidades más pequeñas para la llamada *Junta de Física solar.*

Difícil les sería á los impenitentes redactores de planes de enseñanza, muy artísticos y muy completos, que se publican de cuando en cuando en la *Gaceta*, encerrar en uno de sus cuadros los datos necesarios y suficientes para juzgar con acierto de esta organización de las Universidades, colegios y escuelas en el Reino Unido. Tiene grandes deficiencias, cuyo remedio piden todos los días la opinión pública y una prensa seria; pero hay en su fondo gran vitalidad de desarrollo, faltando por completo esa uniformidad rígida, copiada en España de la antigua instrucción pública francesa, que iguala en el número y género de las asignaturas esplicadas, y en el valor de los recursos á los institutos de naturaleza más diversa, y regula de idéntico modo las horas y los locales de las facultades de Ciencias, Derecho y Letras. Una aglomeración, desordenada en la apariencia, de centros tan diferentes como las Universidades de Londres, de *Cambridge* ó de *Glasgow;* de colegios semejantes al de *Anderson*, de *Sociedades* como la *Real* ó la *Micrográfica* y de *Museos* como el *Británico* ó el de *South Kensigton,* constituye el organismo entero de los recursos con que se educa al pueblo inglés, tan práctico y tan rico.

¿A qué personalidades jurídicas y á qué corporaciones oficiales ó libres, se ha reservado el cumplimento de los deberes docentes? A todos los que se sientan con fuerzas y elementos para ello, sin distinción de condiciones ni de carácter alguno.

---

(1) 72.000 *libras.*
(2) 88.000 *libras.*
(3) 52.500 *libras.*
(4) 41.000 *libras.*
(5) 11.800 *libras.*

La obra de misericordia de *enseñar al que no sabe* se estima, más que virtud, obligación moral ineludible que ha de cumplirse en diversos grados por los que poseen conocimientos que otros no poseen; y hé aquí por qué resulta tan amplia, tan grandiosa, tan humanamente practicado en una raza cuyas condiciones naturales parecen inclinarla al egoísmo, el trabajo filantrópico entre todos los trabajos de la difusión de la ciencia y los conocimientos físicos, que alcanzan cada día el estudio constante, la observación y los experimentos de muy pocos.

Se propagan cada vez con mayor rapidez las ciencias naturales y se destinan en el presupuesto respetables sumas á su desarrollo, porque no abundan allí las gentes que miran con escaso interés el estudio de los seres y fuerzas del Universo, mientras trabajan en diversos ramos del saber á la luz del gas, ó sienten el bienestar de bañarse en las radiaciones de una lámpara eléctrica, ó corren arrastrados por una locomotora á visitar los restos del arte antiguo, desfigurados en los siglos diez y siete y diez y ocho, y á recibir en día fijo la bendición del padre de los fieles, ó se cubren con los lienzos producidos en fabulosa cantidad por los telares modernos, ó comunican desde *Persia* ó desde *Egipto* descubrimientos arqueológicos por medio del telégrafo, ó cuentan, al encargarse de cumplir altas misiones de Estado, con los medios de resistir á la infecundidad de los territorios ó á la inclemencia de los climas en que han de desempeñarlas. Bien conocen los ingleses que es empresa fácil la de menospreciar lo mismo que se utiliza; pero son hombres serios y varoniles y no pueden satisfacer su espíritu con el modo ligero de tratar las cuestiones que agrada y cae en gracia á los entecos y enfermizos.

Pasemos ahora á la enseñanza italiana, que no ha de juzgarse uno de esos acabados modelos dignos de ser reproducidos en todos sus detalles. Está allí la educación en crisis, como entre nosotros; pero á suficiente distancia, por punto general, del estado en que la española se halla, para que bajo diversos puntos de vista y en ciertos detalles fuera de desear que nos aproximásemos á ella. Italia ha tenido que recoger la herencia de los distintos reinos y ducados pequeños que la han

constituído, sin hacer la salvedad *de que la recogía á beneficio de inventario*, y no respondiendo varias de las antiguas instituciones docentes á su modo de ser actual, hace bastante con sostenerlas, consagrando sus mayores esfuerzos á desarrollar las útiles. Así se explican muchas anomalías de su presupuesto.

La instrucción elemental figura en el cuadro de gastos del Estado por *cuatro millones setecientas mil liras*, (1) cantidad mucho mayor que la nuestra, pero no muy elevada, si bien ha de tenerse en cuenta que hacen grandes sacrificios para desarrollarla la mayor parte de los Municipios de aquella Península. La secundaria cuenta con *diez millones* (2) que se reparten casi por igual entre la llamada *clásica* y la *técnico-industrial*, disfrutando además sus establecimientos de rentas propias y auxilios votados por corporaciones populares. Reciben las Universidades y centros de enseñanza superior cerca de *ocho millones y medio* (3) de fondos nacionales, y otros procedentes de los orígenes indicados.

El material para la experimentación y trabajo diario se escatima ya bastante menos allí que aquí. La suma total destinada á los gabinetes y gastos de enseñanza de las *diez y seis universidades* se elevaba en 1886 á *un millón de pesetas* (4), siendo las más favorecidas bajo este respecto *Roma* y *Nápoles*, con algo más de *ciento cuarenta mil cada una* (5), y las peor subvencionadas las en dicha fecha modestas de *Sassari* y

---

(1) 4.798.988 *liras* y 60 *céntimos* en el presupuesto italiano ordinario para 1885-86: en el extraordinario se agregan á lo anterior 371.800, formando un total de 5.170.788 *liras* y 60 *céntimos*.

(2) Se destinan 5.109.307 *liras* con 55 *céntimos* á la *instrucción secundaria clásica* y 5.052.898 *liras* con 2 *céntimos* á la técnica é industrial en el presupuesto ordinario para 1885-86: en el extraordinario se añaden para la clásica 93.912 *liras*.

(3) 8.464.291 *liras* con 27 *céntimos* en el presupuesto ordinario: en el extraordinario se agregan 610.487 *liras* 27 *céntimos*. Comprende este capítulo las Universidades y las diversas escuelas de ingenieros.

(4) 1.067.880 *liras* con el presupuesto ordinario para 1885-86.

(5) *Roma* recibe 148.400 *liras*; *Nápoles*, 145.920 *liras*.

Cagliari, que recibían sólo *diez y nueve mil* y *doce mil quinientas* liras (1).

Las corporaciones científicas y literarias, academias..., disponen para sus atenciones de *un millón y medio de liras* (2) y más de *tres millones seiscientas mil* se destinan á las *antigüedades* y *Bellas Artes*. En los presupuestos extraordinarios se agregan siempre con liberalidad nuevas sumas para atender á necesidades de los centros docentes que no pudieron preverse en los ordinarios, y se da cuenta en ellos de las razones que los motivan, con tal escrupulosidad, que es frecuente ver citados los nombres y precios de aparatos comprados para una escuela, ó el importe de anaquelerías pequeñas ó espaciosas construídas con destino á un gabinete.

Todas las cifras trascritas adquieren mayor valor cuando se recuerda además que se otorgan sólo *veinticinco mil* pesetas de sueldo al Ministro; funcionario alto á quien por el propio interés de la nación ha de colocarse en posición desahogada: que disfruta de *diez mil únicamente* el *Secretario general del Ministerio*, y que recibe *nueve mil* el *Director general de Instrucción pública*, cobrando así el doble de lo que cobra la *Directora del Instituto del Magisterio Femenino en Roma*.

En Italia y en Inglaterra se verifica, según se ve, la misma transformación en el carácter de la enseñanza: crece la importancia de los primeros períodos educadores y se favorece con fe el desarrollo de las ciencias de observación, suministrando rico material á los gabinetes y Museos, sin desatender por eso

---

(1) *Sassari*, 19.700 *liras*; *Cagliari*, 12.542 *liras*. Las demás universidades reciben las siguientes consignaciones: *Bolonia*, 90.671 *liras*; *Catania*, 32.989; *Génova*, 44.870; *Mesina*, 24.500; *Módena*, 34.050; *Padua*, 129.300,83; *Palermo*, 105.733; *Parma*, 28.463,14; *Pavía*, 57.700; *Pisa*, 62.850; *Siena*, 21.692; y *Turin* 108.500. Fácil es distinguir, atendiendo á estas consignaciones, cuáles son los establecimientos docentes que responden á necesidades sentidas hoy por el pueblo italiano, y cuáles los que se conservan sólo por respeto á la tradición ó por compromisos adquiridos.

(2) *Las corporaciones científicas y literarias* contaron en 1885-86 con la cantidad de 1.502.473,38 *liras*, y con 3.608.655,39 *las antigüedades y Bellas Artes*. En el presupuesto extraordinario se agregaron 391.000 *liras* para las primeras y 366.000 para las segundas.

con espíritu estrecho y exclusivo á las demás ramas del saber. Se da á la instrucción el amplio carácter social que reclaman los tiempos, y se dispone al país para luchar con fruto en ese rudo combate de producción que hoy se libran todos los pueblos del globo.

El estudio de los presupuestos prusianos, austriacos, belgas y rusos haría formular conclusiones idénticas en medio de la gran variedad de tipos que para su disposición han adoptado las diversas naciones.

III

Ha sido necesario el trascurso de medio siglo; sangrientas luchas; acres y recíprocas recriminaciones de los partidos, no tan puras en sus fundamentos como enérgicas de expresión; el buen deseo manifestado con constancia y el trabajo asíduo de funcionarios oscuros y probos; mucho cambio de ministerios y el paso por el Poder de numerosísimos hombres de Estado, inteligentes y amantes de la cultura, para llegar en España al modesto grado de desarrollo en la enseñanza de que hoy disfrutamos, y que comiencen á seguirse en ella las corrientes generales que ha largo tiempo se formaron en Europa, América y Australia.

Allá por los años de 1843 respiraba aún nuestra instrucción pública los perfumes de la corte parisién de Carlos X. En 1828 gastaban los franceses los dos millones de que hemos hablado, y quince años después, consignábamos nosotros la suma total de unos *dos millones y medio* de pesetas con que atender á la educación en todos sus grados, desde la Facultad de Derecho, Colegios de Medicina y Farmacia, Academias y Conservatorios de Artes y de Música, hasta los Estudios de San Isidro, Escuelas de Sordo-mudos y de Ciegos, Seminario normal de Maestros, *Facultad veterinaria*, según se la llamaba antes, y algunos centros docentes mas. (1)

Pasaron dos nuevos ejercicios económicos antes de que se

(1) 9.722,383 *reales de vellón.*

nombrara á la instrucción primaria de un modo esplícito en las cuentas del Estado; y terminado el período, apareció en los Presupuestos con poco más de *seiscientos mil reales* (1), no elevándose á *doscientos mil* lo que se añadía para los colegios de desgraciados citados en el párrafo anterior (2). No llegábamos aquí en 1845 á la cuarta parte del *millón de francos*, que se había escrito ya *catorce años antes* para estas atenciones en uno de los primeros subsidios de estímulo votados por la Cámaras francesas después de 1830.

Algo se progresó en 1846-47. Se destinaron las mismas sumas á sordo-mudos y ciegos; fueron invertidos *ciento ochenta mil* reales en la *Escuela Normal de Maestros* (3), y en el *Colegio real, quinientos mil*; se escribieron iguales cifras para los gastos generales de la esneñanza elemental y se creó una escuela *lancasteriana* de niñas, modestamente subvencionada con *veinticuatro mil reales*.

En 1855 andaban repartidos los establecimientos docentes entre los ministerios de la *Gobernación, Fomento* y *Gracia y Justicia*, cual si resultara en conjunto carga sobrado pesada para cualqniera de ellos. Aparecía el primero como protector del *Conservatorio de Música y Declamación* y empresario del *Teatro Real*; tenía el segundo á su cargo la Academia preparatoria de las especiales, la de Pintura y Grabado, la de Escultura, la de Arquitectura y Maestros de Obras, con varios centros más, y se reservaban al tercero las Escuelas, Institutos, Universidades y Facultades Veterinarias. Para la instrucción primaria se presupuestaron sólo *trescientos mil reales de personal* (4), y *noventa mil* de material (5); si bien es de presumir que se acudiría á los *gastos diversos*, estimados en más de un millón (6), para aumentar algo en tan pobres sumas.

---

(1) 662.555 *reales de vellón.*

(2) 170.010 reales de vellón para el Colegio de Sordo-mudos y 26.000 para el Normal de ciegos.

(3) 183.555 *reales de vellón.*

(4) 305.000 *reales de vellón.*

(5) 95.000 *reales de vellón.*

(6) 1.252.000 *reales de vellón*, bajo el título de *Gastos diversos de Instrucción pública.*

Hállanse al año siguiente reunidas en Fomento las casas de educación y figuran el personal y material de las elementales con las cifras de *trescientos treinta mil* reales y un *millón cien mil* (1); bajan en 1860 estos conceptos á *doscientos veinte mil* reales y *un millón* (2), si bien ha de tenerse en cuenta que los Colegios de Sordo-mudos y de ciegos, antes englobados en las sumas fijadas para 1856, tienen en este ejercicio sus consignaciones especiales (3), lo cual convierte en aumento la aparente disminución. Mantiénense próximamente los mismos gastos en 1864 65 y crecen luego los totales de enseñanza hasta los límites indicados en el artículo anterior, creciendo con ellos estos guarismos. En el corriente ejercicio, y gracias á la incorporación al Estado de las Normales, se ha llegado á la cifra de *dos millones trescientas mil pesetas* (4).

Tan pobre y maltratada como la primera, andaba hacia la mitad del presente siglo la segunda enseñanza. En 1843 se nombraban sólo en el presupuesto los *Estudios de San Isidro*, con poco más de *doscientos mil reales* de personal y *cincuenta mil* de material (5), quedando los demás gastos de este período docente englobados en los de Universidades; en 1845 se les mantenía en igual estado, y sólo diez años después se ve escrito *un millón* de reales próximamente con destino á la *Instrucción secundaria*, cuyos gastos restantes abonan las provincias (6).

Mérmanse algo las últimas cifras en 1856 (7), y se elevan en cambio á cerca de *dos millones* en 1860 (8), y á un poco

---

(1) 334.000 *reales de vellón* para el personal de Instrucción primaria y 1.114 000 para el material.

(2) 228.580 *reales de vellón* para el personal; 1.096.000 para el material.

(3) Se consignaron en 1860 132 800 *reales de vellón*, para el personal de los dos; 404.500 para el material.

(4) 1.205.799 *pesetas* de personal y 1.171 539 de material: en total, menos de la mitad de lo gastado en *Italia*.

(5) 216.080 *reales de vellón* de personal, y 53.625 de material.

(6) 1.085.390 *reales de vellón* en concepto de personal.

(7) 1.081 390 *reales de vellón*; es decir, *mil pesetas* menos que en el ejercicio anterior.

(8) 1.949.000 *reales de vellón*.

más en 1864-65 (1), creciendo luego desde 1876 hasta el último ejercicio, en que se ha realizado la reforma tanto tiempo esperada y por tantos hombres públicos admitida. Inútil es decir que los cambios y mejoras de las Escuelas é Institutos no aparecen aquí relacionados con los mismos cambios políticos de que parecen depender en el extranjero, influyendo sólo en su producción, así se observa, las cualidades especiales y amor á la cultura de determinadas personalidades.

Y si los presupuestos de los establecimientos docentes de los dos primeros grados revelan que hemos seguido trabajosamente las corrientes del mundo culto, resistiéndonos lo posible á entrar en ellas, y como arrastrados á nuestro pesar, los de investigación en las ciencias físicas y naturales y propaganda de estas ramas del saber, descubren que de cuando en cuando retrocedemos, en vez de marchar acompañados por Francia é Inglaterra, ó por Italia, Bélgica y Rusia. En 1843 se concedían al Museo de Madrid cerca de *trescientos mil* reales de personal y *doscientos mil* de material (2), y *hoy queda reducido á treinta y cinco mil quinientas pesetas lo consignado por* el último concepto. Obsérvese que en esto hemos andado algo, pero no en el sentido de los demás pueblos.

No hemos de terminar la rapidísima reseña de las vicisitudes que ha sufrido la educación general entre nosotros, sin citar algunos datos más que completarán el cuadro, representando con exactitud su verdadero estado. En 1843 se gastaban en enseñanza los *nueve millones setecientos mil reales de vellón* de que hemos hablado; pero recibía al mismo tiempo el Erario nacional la suma de *cinco millones y medio*, producidos por matrículas y títulos (3). En cada uno de los ejercicios eco-

---

(1) 2.200.300 *reales de vellón* de personal, y 112.000 de material.

(2) 295.519 *reales de vellón* de personal, y 207.608 de material. En 1845 se presupuestaron 543.284 en conjunto, para el *Museo de Ciencias Naturales*. Había en él servicios que luego han pasado á otras dependencias; pero descontado lo que pertenecía á éstas, aún resultaba con mayores recursos para material científico de los que ahora le quedan.

(3) 5 509.827 reales de vellón. Las Universidades produjeron 2.414.183 reales de vellón, siendo la de mayores ingresos en dicho año *Valencia*, con 336.480, y después la de *Santiago* con 323.835 Madrid dió sólo 197.700 rea-

nómicos se reprodujo luego igual fenómeno, debiendo citarse como ejemplo, aún más curioso que el ya citado, el de 1846-47: lo invertido en Instrucción no llegó á *diez y seis millones y medio de reales* (1), excediendo, en cambio, de *nueve y medio* (2) el importe de los *arbitrios de Instrucción pública*, que así era como se los llamaba en la Memoria del Ministro del ramo.

Hoy mismo ha de modificarse bastante la idea de los sacrificios que se impone el Estado en favor de la educación pública, cuando se atiende á los ingresos del Tesoro español. La segunda enseñanza cuenta en el actual presupuesto con una consignación total de *cuatro millones y medio de pesetas* (3); mas como han de descontarse de esta suma, por un lado la de *tres millones doscientas mil* (4) que cobra el Estado á las Diputaciones (5) desde el momento en que se ha hecho cargo de los Institutos, y por otro el producto de matrículas, grados y derechos académicos, queda reducido á poquísimo lo gastado de fondos nacionales, no siendo en modo alguno semejantes estos guarismos á los escritos en presupuestos extranjeros, bajo la forma muy diversa que dejamos indicada.

La comparación por capítulos y conceptos con los cuadros de números publicados por Francia, Inglaterra, Italia y otros pueblos, permite llegar á conclusiones de carácter análogo á las que se sacan cuando se establece el paralelo que establecimos en el artículo anterior entre las cantidades totales gastadas en enseñanza por cada nación, y el tanto por ciento que representaba en cada presupuesto general, el de la cultura: *las cifras escritas para la Instrucción primaria y difusión de las cien-*

---

les de vellón, siendo en cambio de 1.549.000 reales de vellón la suma suministrada por su *Colegio de Medicina de San Carlos*. Los tres Colegios de Medicina de *Madrid*, *Barcelona y Cádiz*, produjeron en conjunto 2.071.700 reales de vellón, y 484.280 los dos de Farmacia de *San Fernando de Madrid* y *San Victoriano de Barcelona*.

(1) 16.457.725 reales de vellón.

(2) 9.880.000 reales de vellón.

(3) 4.517.934 pesetas.

(4) 3.282.932 pesetas.

(5) Esta cantidad cobrada á las Diputaciones, procede de la parte que entregan los Ayuntamientos de los recargos sobre la contribución territorial.

cias naturales, resultan todavía muy bajas al lado de los pobres guarismos escritos en los demás capítulos.

IV

Hemos seguido con la enseñanza el mismo sistema extraño practicado en las demás esferas de la vida nacional. Se ha cuidado en ella más de la forma que del fondo; y atendiendo uno y otro día á la perfección de los moldes, se prescinde de elegir con tino y discernimiento la sustancia con que han de llenarse, vaciando así las creaciones que se desea realizar.

Para la general gobernación del Estado se han escrito muchas leyes; se han decretado infinitas reformas *desde la Gaceta;* se han consignado libertades sin cuento en el papel, sin atender tanto como el asunto lo merece á esa transformación del hombre interior, proclamada por todos los pensadores, desde *Kempis* hasta *Spencer*, cual única fuerza real que cambia la condición de las sociedades y garantiza mejoras reales en el modo de ser físico y moral de las sucesivas generaciones.

En instrucción pública se hilvanaron mejor ó peor numerosísimos planes de enseñanza, y se mudaron una y otra vez los cuadros de asignaturas en la facultad de Derecho y en las demás facultades, sin que podamos decir si habrán llegado al último perfeccionamiento ideal tras tantas alteraciones, ó nos quede el temor de verlas modificadas varias veces en el trascurso de uno ó dos años más, con el fin de que le alcancen para edades más dichosas. Se llenan todos los días cuadernos y volúmenes con circulares, aclaraciones y reglamentos diversos, unos en vigor por nueve ó diez meses, y otros en desuso á las tres ó cuatro semanas de publicados, mientras se ocupan pocos en poner los medios para que cada una de las enseñanzas sea una verdad, imponiéndose con resultados tangibles á la opinión pública.

Hubiera sido obra más útil, así lo estimamos, atender con mayor solicitud al régimen interior y no trazar los lineamientos generales en que se ha encerrado y se encierra la educa-

ción española, atendiendo exclusivamente al caracter de una parte de las asignaturas que se cursan. Ha debido borrarse con mano firme esa uniformidad singular de nuestra artificiosa legislación, que lo mismo señala hora y media diaria ó alterna como duración de conferencias de literatura, que á las observaciones de fenómenos físicos ó químicos, preparados sólo á veces para su producción por los alumnos, cuando el bedel anuncia que ha concluído el tiempo reglamentario.

Se obtienen también mayores resultados en la educación de un pueblo con planes deficientes y métodos buenos que con métodos medianos y cuadros de asignaturas muy artísticamente preparados. En las ciencias de hechos, no ya en las naturales, si que también en la Historia humana, por ejemplo, vale más la presentación de un objeto, acompañada por breve y clara explicación, que cien descripciones frías leídas en malos ó en buenos libros. Si el alumno ve modelos de los templos románicos ú ogivales que se levantaban en distintos períodos; de los palacios, casas modestas ú otras construcciones civiles; de las telas tejidas y de las ropas usadas; de los instrumentos que se empleaban en los diferentes oficios y de las armas con que se combatía, sentirá encarnar en su espíritu la narración de los acontecimientos é intimará con la imagen de los hombres que los realizaron, apreciando el carácter de aquéllos y éstos con mayor exactitud: cuando nada de semejante se hace, aprecia sólo los episodios diversos como cuentos más ó menos verosímiles y dramáticos, escuchados con gusto mientras se exponen por un profesor elocuente y dados luego al olvido tan presto como se alcanza la codiciada nota final.

Y estas dificultades con que tropiezan los escolares en la ciencia á que aludimos han de presentarse con mayor razón ante ellos en la *Física*, la *Química*, la *Historia natural* ó la *Agricultura*, expuestas en simple forma de conferencia, con arreglo al espíritu y letra de la ley. Si los profesores no suplieran por propia voluntad tan singulares deficiencias, resultarían infructuosos sus esfuerzos; porque los discursos educan poco en las ciencias experimentales, en tanto que el manejo de un aparato por los estudiantes graba para siempre en el joven el conocimiento de la disposición y uso, así como no

confunde jamás el que los ha visto y examinado á su sabor una *oropéndola* con un *canario*, ó las *piritas* con el *oro*. Aprende el escolar sin la fatiga y tensión nerviosa que producen los demás métodos inadecuados á las ramas del saber que nos ocupan, y es bien seguro que si las cosas se hubieran dispuesto en la forma indicada, nadie dudaría de la gran eficacia de los distintos períodos de la enseñanza, ni sería común que se calificasen de recargados los cuadros de asignaturas por las gentes que andan poco en ciertos detalles.

La exigüidad de nuestros presupuestos de instrucción pública y el no haberse acentuado francamente en sus capítulos las corrientes que imperan ya en todo el mundo culto, son las causas productoras de los efectos que tan á la ligera dejamos bosquejados y que en vano tratan de remediarse, para engendrar una enseñanza más vigorosa, con el ya viejo expediente de una y otra reforma en las asignaturas que han de cursar los alumnos en primero ó en quinto año. Por gastarse menos de los fondos nacionales, resultan á la larga mayores los sacrificios que tiene que hacer cada individuo para educarse y educar á los suyos, y ocurre al país en último término lo que les sucede á esos propietarios avaros que escatiman hoy unas cuantas tejas y tienen que acometer mañana grandes obras para salvar de la ruína á un edificio cuya solidez se ha quebrantado día tras día por grietas y goteras.

Estéril nos parece en absoluto buscar la mejora y desarrollo de nuestra enseñanza haciendo más compleja de lo que ya lo es su colección legislativa. *Conviene, sí, realizar una activísima propaganda, convenciendo á los pueblos de lo reproductivo y beneficioso que ha de resultar para ellos el aumento de los presupuestos en este ramo*, según se han elevado en los demás países adelantados europeos y americanos: *consagrar gran parte de los incrementos á material y locales; destruir la uniformidad reglamentaria*, permitiendo que cada serie de conocimientos se presente ante los alumnos en la forma y condiciones que les sea más propia; *comunicar los datos científicos á los escolares en presencia de los objetos y con práctica de variados trabajos;* desarrollar mucho más los primeros períodos de la enseñanza. Hé aquí las reformas que á nuestro juicio deben hacerse.

En el acierto y oportunidad para plantearlas, estriba la resolución del problema: si se las da carácter práctico, tendremos una instrucción general donde no se pierdan en gran parte los esfuerzos de un profesorado celoso, ni resulten ineficaces las medidas tomadas por tantos hombres públicos como han llegado al poder llenos de patriotismo y buena fe; si olvidáramos mañana lo mismo que hoy las condiciones en que han de vivir ahora la Universidad y la escuela, no fijándonos en la transformación profunda que han sufrido los centros docentes en el trascurso de medio siglo, nos alejaríamos cada vez más de Europa; que no sirve caminar y consolarse observando el trayecto andado en *ocho* ó *diez* años; es necesario que lleve más velocidad que el que va delante sin detenerse, el que habiendo emprendido su marcha más tarde quiera alcanzarle alguna vez.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

LA MONTÁLVEZ

CONCLUSIÓN (1)

Montesquieu decía: «Estoy haciendo un libro de seis hojas, que contendrá todo lo que sabemos de metafísica, de moral y de política.» Montesquieu no publicó nunca su libro, demasiado corto para que tuviera, en toda la vida, tiempo de concluirlo.

Esto me ocurre, pensando lo que mis lectores pensarán acaso. ¿Por qué no habré imitado al célebre autor de *L'Esprit des lois?* ¿Por qué no he prometido concentrar mi estudio en una palabra, en una palabra que nunca saliera de mis labios?

Verdaderamente—lo confieso—treinta cuartillas son acaso demasiadas para dar á conocer una novela.

¡Y si al fin lograra mi objeto! Si acertara á presentar algunos de los personajes que figuran en el gran escenario de *La Montálvez;* si pudiera traer á mis artículos algo de la luz, del aire, de la vida en que están impregnadas las páginas del libro...

Pero en vano lo intento; siendo éste, para mí, más difícil empeño, que lo hubiera sido para Montesquieu reunir en un pliego de papel todos los conocimientos de la ciencia humana.

---

(1) Véase la pág. 495 del tomo anterior.

Cuando estas reflexiones asaltan mi pensamiento, la mitad del original está ya en la imprenta compuesto y corregido; como Don Juan Tenorio, creo que no me queda tiempo para arrepentirme, y encontrándome con el agua al cuello, teniendo conciencia de mis escasos conocimientos natatorios y de mis pocas cualidades flotadoras, en medio de la charca, y muy arriesgado á sumergirme, lo mismo me cuesta volverme atrás que ganar la opuesta orilla.

Procuraré alcanzarla; y perdone la señora Marquesa mi atrevimiento, pues con no ser ella una Diana cazadora, ni tan siquiera una *todo menos eso*, no debí tener jamás la osadía de acercar mis manos á la crugiente seda de su vestido; perdónenme mis honrados y amabilísimos lectores—y aun les ruego que no me sigan en lo que voy á escribir—porque temo cansarles; y perdóneme el nunca bien ponderado Sr. Pereda, á quien tal vez causa dolor ver cómo voy arrancando frases y frases, flores y flores de su magnífico ramo, colocándolas aquí á mi modo, distribuyéndolas como mejor me parece, y, aun á veces, estrujándolas para sacar la esencia que perfuma este desaliñado y modesto *bouquet*.

Después de pedir tantos perdones, me siento más tranquilo, como quien arrojó el remordimiento con la pesada carga de sus pecados, y prosigo mi estudio, dando principio á la segunda parte de la novela.

Hemos visto á Nica Montálvez, cavilosa, aturdida, fascinada, ciega, deslizarse y rodar á un abismo, con la sonrisa de la sensualidad en los labios, con el fuego de la pasión en los ojos, con el bálsamo dulce del verdadero amor en el alma.

Guzmán era su ídolo; ella le adoraba, vivía para él, deseaba ser suya, y lo fué como él dispuso. Cayó; pero su vencimiento fué un triunfo, su abandono una conquista. Por primera vez anegaba su corazón de sentimiento embriagador, por primera vez vislumbraba las dichas terrenales del paraiso... La sociedad la hizo esposa de Ibáñez; á ella no le atormentaba saberlo, y procuró olvidarlo; mientras, la naturaleza gritaba repitiéndole á todas horas: «Eres la enamorada de Guzmán.»

Vivía separada del banquero, consagrándose por completo á su amante. La repugnancia del adulterio no pudo degradar-

la á sus propios ojos; el adulterio no existía; su alma, sus sentidos, no conocieron más que á un hombre, y ese fué Pepe.

Así la hemos visto... Ahora la encontramos otra vez, pero ¡de qué diferente modo! ¡Envilecida! Envilecida hasta el punto de hacer «alguna vez lo que otras tantas mujeres: dejarse explotar por los explotadores de conflictos económicos, lo más *decorosamente* posible; quiero decir, quitando la odiosidad de lo *útil* con el pretexto de lo *agradable.*» Cayó en un abismo de luz y ha llegado á un fondo corrompido.

Mirad desde lejos la atmósfera fosforescente que se forma al rededor de la materia putrefacta, acercaos mucho y dejaréis de ver la claridad para sentir la asfixia.

Nica no engañó á nadie, ni se engañaba creyendo en su amor, verdadero y grande; pero la indiferencia, el desprecio de Guzmán la pervirtieron. Ella se acercó á él deslumbrada... Cuando abrió los ojos estaba envilecida; él se apartaba sonriendo y aconsejándola cínicamente; ella quedaba respirando impurezas...

«Era mani-rota para el dinero. Al principio andaba por ella Pepe Guzmán anticipándose *delicadamente* á las grandes crisis; pero llegó á parecerle un tantico pesada la *delicadeza*, y se dedicó á viajar más á menudo y más largamente que antes. Estas ausencias pusieron á Nica en gravísimos apuros en muy señaladas ocasiones. En Madrid y en el mundo entero hay quien sabe explotar á maravilla esta clase de conflictos; y la Marquesa de Montálvez, que estaba obligada á mirar por el patrimonio de su hija y sabía muy bien cuán cerca estaba de *cero* la temperatura amorosa de Guzmán, no teniendo para qué pararse en barras de menos con amigos y protectores que la habían enseñado á saltar sobre lo más, hizo alguna vez...» Ya hemos dicho lo que hizo; pero á pesar de todo, «no era una mujer viciosa, aunque llegaría á serlo por educación, como sus amigas lo son y lo han sido por naturaleza.»

A través de todas las vicisitudes de su vida, Verónica amó á Guzmán; le amó tanto, que cuando por sostener su vanidad y su orgullo embotaba su conciencia y admitía la más torpe deshonra, ni orgullo ni vanidad tuvo para él y fué siempre su

esclava. Así lo prueba diciéndole en distintas ocasiones: «¡Que no pudiera yo acabar de aborrecerte!»

Y hablando de lo que á él se parece su hija, fruto inocente de *aquella noche* de angustia y delicioso encanto: «En cuanto esta semejanza desaparezca del todo—dice—me será más fácil aborrecerte.» Y al objetarle Guzmán que «en buena justiticia no le puede aborrecer, aunque le llegue á olvidar,» ella contesta: «¡Eso sí que no es tan fácil, embustero, como lo ha sido para tí!»

Verónica, sensible y tierna, cariñosa y amante, huyendo de las torpezas del mundo, que si muchas veces la deslumbraban y aturdían, nunca la embrutecieron, necesitaba un ídolo á quien adorar, porque su naturaleza no se satisfacía sólo con agradables sensaciones; y cuando Guzmán se cansó de ser ídolo, y como tal adorado, ella puso en su altar una imagen más digna de veneración; su hija, «la criatura más angelical de alma y de cuerpo que puede haber sobre la tierra.» «Luz se llamaba y jamás hubo nombre mejor colocado. Todo era luz en aquella criatura; un rayo de sol de primavera sobre un vaso de cristal lleno de rosas y azucenas; luz de las *glorias* de Murillo henchidas de ángeles con cabelleras de oro y blancas alitas trasparentes.» «Desde que Verónica la vió en el mundo, desde que la tuvo en los brazos, su primer pensamiento fué el que asaltaría á un infeliz menesteroso metido hasta la cintura en una charca infecta, y á quien le cayera de pronto entre las manos el pan de toda su vida en un tesoro envuelto en armiños.» «Señor, ¿en dónde pondré yo esto que ni se corrompa ni se me manche?»

«Ese fué, entonces, el pensamiento de la Marquesa, y ese continuó siendo después á todas horas y todos los días, porque la charca de sus aprensiones no tenía límites y más se ensanchaba á sus ojos cuanto más andaba por ella y más iba creciendo su hija. ¿Dónde ponerla para que no se la corrompieran ó se la mancharan? Y miraba con espanto á su propio hogar, que le parecía lo más cenagoso y lo más profundo de la charca; y todo se le ocurría menos el fácil recurso de cerrar sus puertas á la peste de afuera, purificarse ella misma arrojando de su cerebro la podredumbre de sus ideas, y trocarlas por

otras más dignas de aquel purísimo sentimiento que la naturaleza había infundido en su corazón.» La Marquesa pudo evitar el trato de ciertas gentes, retirarse, abandonar la corte, la patria si era preciso, para gozar tranquila donde nadie la conociera, de su cariño de madre. ¿Por qué no lo hizo? Porque había en su carácter un fondo de *ligereza* mil veces comprobada, porque amaba una sola cosa, pero deseaba muchas, y la faltaba voluntad y fuerza para romper con todo, y esperaba á *mañana*, ese mañana que para muchos nunca llega y para ella llegó; y arrepintiéndose mil veces, reincidía para volver á arrepentirse, y en continuo vaivén entre sus entusiasmos mundanales y su purísimo cariño, si su voluntad era impotente, su deseo era honrado.

Ella que nunca miraba el fondo del arca, pensando en su hija, tembló y decidióse á cuidar de su hacienda. En casa de los Núñez, sufre las bruscas acometidas de la *Esfinge* sin indignarse contra nadie, porque la culpa estaba sólo en ella y «en aquel instante hubiera trocado su belleza, su juventud, sus galas y los encantos de su mundo por la fealdad, las tristezas y la soledad de la *Esfinge*, si con todo esto le daba también el sosiego de su conciencia.» Después de una expedición veraniega, cuando Guzmán le dice que ha estado oyendo desde lejos «el ruído de sus imperdonables ligerezas, temiendo que Luz le oyera también,» ella exclama, sinceramente espantada de su propia labor:—«¡Qué temeridades, Dios mío! ¿Por qué hará *una* estas cosas?»

Otra vez que Guzmán reprende su mala vida, Nica le contesta: «—Es el último estruendo de ella; no lo dudes, estoy preparándome para ser juiciosa.»

Pero alternativamente con los rasgos de aquél sagrado cariño y de estos pensamientos prudentes, Verónica, durante «cuatro años de separación, se fué acostumbrando á vivir lejos de su hija con cierto sosiego», «no siendo tan penosa la despedida en Francia como lo había sido en Madrid al encerrar á su hija.» Y después de acriminarse disculpa sus liviandades con la educación recibida. «Eso la habían enseñado, en eso había nacido y en eso tenía que morir.» Que «ella no sabía otra cosa,» piensa al ver que el fausto innecesario de su casa le

trae la ruína. No quería «reducirse, oscurecerse, arrumbarse cuando era viuda, cuando era libre, á lo mejor de la vida, cuando su estrella, cuando su sino ó el mismo Lucifer encarnado en las gentes que debieron defenderla y ampararla, la habían arrancado del fondo de su alma con horribles dolores, el sentimiento del bien, la noción de lo justo y de lo honrado, la conciencia entera...» Sentía su flaqueza y el abandono de su educación; el altar de su hija le reclamaba todo el aroma de su alma, el holocausto del mundo le exigía todos los latidos de su pecho. «¡Qué locura! En el último caso, donde fueran *otras* iría ella, y lo que otras hicieran lo haría ella también. Todo, menos detenerse.»

Su avasalladora vehemencia lo veía todo á través de un cristal que agrandaba mucho los objetos. Si magnífico y santo le parecía el cariño de su hija, invencible y tenaz el lazo de sensaciones y deleites con que el mundo la aprisionaba. Sentía la humillación con el remordimiento de la conciencia, y el atractivo del placer con el recuerdo del abandono sufrido... Y en el fondo de su naturaleza: debil voluntad, falta de reflexión y exceso de ternura.

Siguió sosteniendo el *equilibrio* de su vida con un balancín de tan opuestas ideas, conservando más altas las buenas con el peso de las malas, hasta que llegaron aquellas tan arriba que brillaron sobre un claro cielo, y tan abajo éstas que se perdieron en un fondo tenebroso y oscuro.

Había reducido ya sus dispendiosas fiestas ó *tés íntimos*, y pronto fué disolviendo también los *tés* ó tertulias *verdes*, que tenían que ver y que oir. «Rebasaba ya bastante de los cuarenta años; había dado de pronto el *bajón* de que no se libra bicho viviente por mucho que se emperegile y se *defienda*; y á este fracaso se atribuyó su retirada.» Pero, «no era cierta la suposición ni bien fundado el motivo. A la Marquesa le quedaba todavía un *otoño* muy agradable que explotar, si hubiese querido apurar las cosechas.» Su transformación «fué tan de veras que no se contentó con deshacer sus tertulias y despejar su casa de gentes nocivas,» sino que «hasta de sus propios resabios trataba de sacudirse.» La madre de Luz no luchó más con sus costumbres de mujer de mundo; *la Montál-*

vez, aquella liviana, que sin ser viciosa se divertía con el vicio, cuando aún no se habían apagado los ecos de sus travesuras, convirtióse en *la señora Marquesa*, muy prudente, muy razonable, pero no huraña ni melancólica.

Retrocedamos algunas páginas, en busca de la niña. Era muy bonita; y tan precoz de inteligencia y de juicio, que á los siete años su madre creyó conveniente sacarla de casa, y la llevó á un colegio... que no era colegio precisamente, donde se la guardaban, donde hallaba un cariño y unos cuidados y unas compañías, que sustituyeron el amor y el amparo de una madre, y sobre todo, donde no corría los riesgos que la amenazaban en su propio hogar.—No me la atosiguen—dijo á la señora bajo cuyo amparo la dejaba.—Pocos libros, poca gramática por ahora. (La Marquesa no quería gramática, á pesar de no ser muy *correcta*); es mejor el catecismo, pero bien explicado (la gramática bien explicada, tampoco es inmoral), hasta que conozca á Dios... Que no sepa en qué mundo ha nacido... Búsquela para compañeras las niñas de carácter más humilde, no para que ella se crezca á su lado, sino para que sufra el contagio de sus pensamientos...—Pasaron algunos años, hasta que la Marquesa recogió su tesoro del escondite de Madrid y le trasladó al otro escondite que le tenía preparado en Francia; «haciendo al guardián de allí, casi los mismos encarecimientos y advertencias que al guardián de acá. No era ya prudente ni posible sostener á Luz en completa ignorancia de su categoría social; pero en cambio convenía redoblar el empeño para que desconociese los usos y más salientes costumbres de la *clase*.»

Transcurrieron de nuevo los años; Luz estaba «hecha una mozuela que *se salía* de sus angostos hábitos de colegiala... Era un pecado mortal no vestirla ya «de señorita» y no sacarla del encierro, donde no parecía bien.»

Pero la niña no salió definitivamente hasta dos años después. Tenía ya dieciocho cuando su madre fué á buscarla. Estaba encantadora.

«No á todas las plantas conviene el cultivo al aire libre y á cielo abierto. En lo humano era Luz una de estas plantas. Vida de invernadero fué la suya hasta entonces, y no es de ex-

trañar que al salir de su estufa sintiera la impresión de otro ambiente más frío, y que esta impresión no le fuera agradable.»

Habíanla dicho que el mundo no era bueno, pero no tan malo como lo es en realidad, y á ella le gustaba muy poco y se entretenía soñando en otro mejor... «Nada de multitudes humanas ni de ruidos incómodos, ni de hacinamientos de casas formando calles sombrías y angostas, y algo así como cuadro de primavera campestre; praderas rozagantes, copudos robles, matas de rosales, senderos blandos y retorcidos entre los árboles, rumor de brisas en el follaje, aguas fugitivas entre márgenes de madreselvas y laureles bravíos, pájaros cantadores, y en lo alto, no lejos del río, sobre una base de roca blanquecina, medio envuelta entre carrascas, hiedras y escaramujos, una casita, no como la choza rústica y grosera de los idilios, no tanto: podía ser un *chalet* muy cómodo y muy lindo, hasta con su salita de estudio y un buen piano en ella y un terradillo desde el cual se descubriera una gran parte del panorama, y se entrara en tentaciones de recorrer lo que no se veía...» La segunda vez que se asomó Luz con los ojos de la imaginación á esa azotea, descubrió, cerca del río, una *figura* que ella no había puesto allí. «Era la de un hombre en lo más verde y lozano de la juventud, gallardo de cuerpo y hermoso de cara... muy bien ataviado, pero no compuesto.» ¿Debía Luz borrar aquella figura del cuadro? Muy lejos de hacer esto, la creyó *el sentimiento, la bondad, la fortaleza* y hasta el *arcángel guardador* de todo aquello que ya era *de los dos*.

Luz fué presentada *en el mundo*, pero atenta sólo á la ficción de *su mundo*, ó por decir mejor, *su paraiso*, ni nada la divirtió ni tuvo noticia de las murmuraciones á escondidas, ni de las alabanzas en público á que dió lugar su presencia, y en las cuales *actuaron* de tijeras y tarros de almíbar respectivamente, las bellas damas y los poetas de salón.

Llegado el verano, la madre y la hija tomaron baños de mar en una playa española, «no la más famosa, donde la concurrencia era abundante pero no de *primer lustre*. Precisamente lo que la marquesa quería. Gentes de buen pelaje; de tierra adentro las más, pero sin llegar á Madrid.» La mar-

quesa y su hija eran muy obsequiadas y pronto trabaron amistad con una señora de *buen aire*, la cual señora tenía dos hijas muy guapas que simpatizaron con Luz... Y una noche de baile, el novio de una de las niñas, que era rubio, entró en el salón con otro joven... moreno... en el cual reconoció Luz al mancebo de su imaginación, *la figura* de su cuadro. «¿De dónde venía? ¿A qué iba allí? No cabía duda; venía de su paraíso... y en busca de ella.»

Así fué; y el desconocido la invitó á bailar, y apoyada en el brazo del mancebo creyó ella que iban por las tortuosas y blandas sendas de su mundo.

El joven se llamaba *Angel*, y había soñado, como Luz, en un paraiso, y puesto en él una mujer encantadora, *luz* de su vida...

«Angel—escribe la Marquesa—era un conjunto de enterezas y formalidades de hombre, de sinceridades de niño, y de entusiasmos de artista, envuelto en un cendal de los más nobles y honrados pensamientos... Imposible no franquear todas las puertas de la casa á un huésped como aquél, que llevaba todo su caudal de sentimientos y de ideas á la vista y sin cerrojos.» Hijo de una familia modesta y honrada, muy rico, con su carrera de abogado, que ninguna falta le hacía, y la necesaria ilustración para lucir en cualquier parte, había pensado en escribir una novela, y tenía hecho el proyecto que nunca supo desarrollar... Una madre viciosa, una hija pura, y un joven incauto que se enamora de la hija, y que al fin descubre la deshonra de la madre... Problema. ¿El novio debía *no casarse* y matar á la hija de pena, ó *casarse* y sufrir por los pecados de la madre? Todo esto se lo contaba á la Marquesa, que le oía con angustia, porque Angel ignoraba aún que había preconcebido su propia novela.

De regreso á Madrid, el mozo sigue visitando á *la Montálvez*, en cuya casa encuentra á Guzmán—amigo de su padre—y conoce á Leticia, que seguía en trato frecuente con su amiga de colegio.

Y aquí será preciso abrir un paréntesis y hacer lugar en él á los padres de Angel.

Él era nativo de la provincia de Burgos; llamábase Santia-

go Núñez, vino á colocarse con poquito sueldo en una droguería; con su buen carácter, su mucha paciencia y su gran aplicación, fué arrinconando unos cuartos, conquistándose la voluntad del droguero y el *corazón* de su sobrina Ramona. Casado con ésta y dueños ya de la droguería, fué creciendo su caudal hasta que, traspasada de nuevo la tienda, Núñez se dedicó á otros negocios, llegando á *redondear* su fortuna; aseguróla, y dedicaba solamente *un pico* á préstamos, con poco interés, más para entretenerse que para lucrarse con este trabajo. Ramona Pacheco era un ser original; ni fea, ni mala, ni insoportable, todo esto parecía; teniendo buen corazón, era recelosa y desconfiada; sin haber visto jamás *el mundo* de Madrid, lo suponía formado por un atajo de políticos relajados, Generales facinerosos, señoras perdidas, vividores sin vergüenza, y un populacho soez, asesino y ladrón. Cuando comenzó á tener hijos, al nacer el segundo se le murió el primero; al nacer el tercero, se le murió el segundo, y así sucesivamente hasta nueve; tan repetidas desgracias acabaron de agriar su carácter, y ni la pasión de la media, ni el orgullo de hacer una cada día alcanzaron á arrancarla de sus tristes meditaciones... Algún comprador *erudito* le puso por mote la *esfinge*, y así la llamaron desde entonces en el barrio.

El marido y la mujer miraban con desaliento sus prosperidades.

Tanto dinero para un solo hijo que les quedaba... «¡Y aquella casa tan triste y tan llena de cadáveres, con aquel olor á droga que ya les parecía el tufo de la muerte, el olor de los cadáveres de sus hijos insepultos!»... Entonces fué cuando traspasaron la tienda y fuéronse á vivir á un cuarto de la calle Imperial.

Angel conocía perfectamente la aversión, el odio concentrado de su madre á las señoronas de rango, y no sabía cómo dar cuenta de sus amores... Un día llevó á su casa un retrato que juzgaron sería de una criatura angelical, luego pronunció un nombre... «Al oirlo, la esfinge dejó caer de sus manos la media que había cogido para entretenerse; D. Santiago, que aún lanzaba ojeadas al retrato de Luz, colocado sobre la mesa, volvió la mirada, mirada de angustia y de desconsuelo, hacia

su mujer, cuyo rostro daba frío, pero frío de tumbas y de subterráneos.»

Los Nuñez conocían á la Montálvez por haberle prestado dinero alguna vez y saber muchas cosas de ella...

El idilio encantador de los dos amantes se convertía en un drama terrible. Ángel no quería creerlo y buscó á Leticia para que le sacara de dudas. Leticia se mostró complaciente disculpando á la marquesa al mismo tiempo que certificaba sus devaneos, aconsejando el casamiento y áun pretendiendo seducir al novio.—Este se retiró «extremecido de espanto al considerar que quizás había arrojado todo el rico tesoro de sus cuitas en un hediondo basurero.»

Un anónimo escrito por Leticia descubre á Luz las ignominias de su madre.

La pobre niña siente roto el velo de su ilusión y muere en un delirio dulce, tan dulce como aquel otro que había sido su vida.

Hemos llegado al fin de la novela, conociendo en esa vaga peregrinación á los principales personajes, trazando su silueta con los rasgos de cada uno que juzgamos más característicos.

Ahora nos permitiremos hacer algunas consideraciones acerde la *idea* del autor, y los medios de que se ha valido para realizarla.

Verónica, hija de un padre estúpido y una madre necia, educada sin esmero y sin amor, sin otras amistades que las de dos mujeres libertinas, sin otros consejos que los que al placer y al abandono conducen, sin otro amor que el que supo inspirarle un miserable, Guzmán, sigue risueña y placentera el camino del mundo, para encontrar al fin espinas y lágrimas, el dolor en el corazón, la vergüenza en el alma, y el remordimiento en la conciencia. Á cada nuevo escalón que descendía miraba á su tirano; él le daba un consejo y se apartaba cantando... para volver después y acriminarla. Todas las que sois honradas, compadeced á Verónica, llorad por ella sin temor, seguras de que no derramáis vuestro llanto por un ser maldito, sino por una criatura desdichada.

Luz es un sueño de Pereda como aquel paraiso del *chalet* era un sueño de Luz; su vida y su muerte son una cadena de

flores, de flores impalpables impregnadas de purísimo perfume. —Su fin parecerá inverosimil á muchos, y lo sería suponiendo á Luz criatura humana, pero corresponde perfectamente á su manera de ser, sutil y vaga.—Habita un país hecho por ella, donde sólo cabe ella; ama á un *ángel* que se hizo á su hechura, que ella imaginó y el Sér que todo lo puede puso un día *realmente* á su lado.

El más ligero choque bastó para deshacer todo el encanto: era la primera vez que tropezaba con una realidad no inventada por ella, cuyo amargor no quiso resistir... La vida ya no podía ser un sueño delicioso, y buscó nuevas dulzuras, nuevas esperanzas, otro paraiso después de la muerte.

¡Si la Montalvez hubiese conocido en los salones de su madre al hijo de los Nuñez y no al miserable Guzmán!—Esto hubiera sido bastante para probar que si *arriba* es donde se encuentran la espuma y las escorias, también *arriba* es donde se respiran los aires puros. Yo no defiendo á una clase ni ataco á otra; pero noto que Pereda mira con exagerado optimismo á la media. Seguro estoy, de que en aquella modesta playa española y en aquellos bailes del gran Hotel, pasaron muchas cosas dignas de figurar al lado de las aventuras de *Las tres gracias en conserva*. ¡Oh Mad. Bobary, cómo te prodigas y repites!

Otra observación y será la última. Puesto que el libro lleva el título *La Montálvez*, creemos ver en esta su objeto principal y su mayor interés en la degradación sucesiva de una mujer colocada en sus fatales circunstancias. Así, pues, suponemos poco explicado el descenso, ó por lo menos demasiado esparcidos los datos que lo justifican. Se trata de una mujer, si no pulcramente honrada, por lo menos con algún pudor, bastante vergüenza y excesivo amor propio. ¿Cómo tiende la mano al primer *explotador de conflictos económicos* que se ofrece á sacarla del atolladero?

En general, el libro nos parece digno de estudio, merecedor de aplauso y timbre de nueva gloria para el autor de *Pedro Sánchez* y *Sotileza*, dos obras magistrales suficientes por sí solas para honrar la literatura de todo un siglo.

No he pretendido hacer un verdadero examen crítico sino

una descripción más ó menos acertada de *La Montálvez*, emitiendo á la vez mi opinión exclusivamente personal. Escribiendo para los que aún no conozcan la novela de Pereda, soy á manera de viajero, que después de larga escursión da cuenta como puede y como sabe de lo que ha visto; pero de ningún modo aspiro á servir de *guía*, pues creo que cada cual puede, como yo, juzgar con su criterio, y quizás lo que á mí no me guste, sea lo que á otro lector entusiasme.

Si con este trabajo consigo que algún *indiferente* sienta curiosidad de conocer á *La Montálvez*, me consideraré de sobra satisfecho.

Ya he terminado.—Gracias, lector, si hasta aquí llegaste, y perdóneme quien antes agotó conmigo su paciencia.

PALMERÍN DE OLIVA.

Marzo, 17-18, 88.

GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

Si examinamos con el mayor detenimiento esta parte de la obra, es indudable que encontramos mayor realidad, mucha más veracidad histórica que en la primera, pues no sólo su autor fué testigo presencial, sino que actor obligado de los hechos cruentos, y por ello, y aun reseñando someramente, como lo vamos haciendo, ni es grato, ni gustoso, ni placentero analizarla entre increíbles crueldades y crímenes inauditos, amargando, de otra suerte, el sabor dulcísimo que habíamos experimentado anteriormente; y es que el escritor, antes brillante abeja, libaba flores, y ahora que no hay flores, sino sangre, tiene necesariamente que hacer acre el producto y trabajo de su ingenio. No nos detendremos, pues, en el triste fin y arrasamiento del pueblo de la Galera, hecatombe suprema del pueblo morisco, émulo de Sagunto y de las gentes de Numancia; ni tampoco en el también trágico de la muerte de D. Luis de Quijada, ayo de D. Juan de Austria, sucedida frente al castillo de Serón, donde en otros días cantara el poeta la ca-

(1) Véase la pág. 594 del tomo anterior.

ballerosa hazaña «de los cuarenta,» ni mucho menos en el de tanto y tanto personaje como allí acabaran sus tristes días con oscura gloria, á fin de evitar que por un lamentable extravío fundado en el foco de falsa ilusión, se graben en el alma, inclinada al bien, prematuros desengaños.

El histórico cuanto magnífico cuadro de la *Rendición de Granada*, obra del ya inmortal Pradilla, arrebatará siempre nuestro espíritu con blandas y seductoras inspiraciones; empero el *Spoliarum* agitará así bien, y si se quiere con mayor vehemencia, las mismas afecciones, pero en sentido totalmente contrario; éste, se nos asemeja á la petrificante cabeza de la Gorgona; aquél, al celestial casco de la sabia Minerva.

Tales son los sentimientos que producen las dos partes de las *Guerras civiles* cuando se comparan; y he aquí por qué la última, sin carecer de mérito, es inferior á la primera; aunque deba reconocerse que manejado el asunto con tacto y delicadeza, pueda aplaudirse más de una obra literaria, como sucede con el drama *Aben-Humeya*, del Sr. Martínez de la Rosa, ó con el romance *Los Monfíes de las Alpujarras*, del fecundo novelista D. Manuel Fernández y González, porque *Non satis est pulchra poemata*; *dulcia asunto* etc.,» dijo Q. Horacio Flaco, en su Arte poética; y en efecto, no basta que el poema sea elegante y primoroso, pues es necesario también que el asunto sea dulce, cosa que no se consigue presentando pavorosos monstruos, por lo que con excelente acierto, en mi opinión, no concluyó Pérez de Hita esta última parte de su obra con el fin de los Monfíes muertos y destrozados, ni mucho menos en el eminentemente trágico, en que Abenabó, conducido á Granada montado en una mula, se lanza de ella despeñado y dando con su cuerpo en honda sima de pendiente rambla; ni tampoco finaliza con el cuadro repugnante de exhibir los destrozados despojos clavados en la puerta del rastro de Granada, sobre el no piadoso letrero

«Aquesta cabeza es
del gran perro Abenabo,
que con su muerte dió cabo
á la guerra é interés»,

sino más bien y con grande acierto con el digno de los más afamados escritores antiguos y modernos.

«El Sr. D. Juan, dado asiento á las paces, y viendo que no quedaban ya moriscos que no estuviesen reducidos, se fué á Guadix, y de ella dió cuenta á S. M. de lo que pasaba. En seguida mandó S. M. que los moriscos fueran sacados de sus tierras y llevados á Castilla, á la Mancha, y á otras partes más distantes del reino de Granada. Publicado este mandamiento, luego se puso por obra su expulsión del reino. ¿Quién podría ahora explicar el profundo dolor que sintieron los granadinos al ver que se les mandaba salir de sus tierras? No fué menos que los cartagineses, cuando después de rendidas las armas, les fué mandado que dejaran á Cartago para que fuese asolado. ¡Cuantas lágrimas se derramaron en todo el Estado granadino al tiempo que los moriscos se despedían de sus tierras! ¡Con qué pesadumbre lloraban las mujeres mirando sus casas, abrazando las paredes y besándolas muchas veces al traer á la memoria sus glorias pasadas, su presente destierro y sus trabajos por venir! Decían las desventuradas sollozando: —«¡Ay Dios mío, ay tierras mías, que no esperamos veros más!» Muchas pronunciaban aquellas mismas palabras que dijo Eneas al salir de Troya: «¡Oh, tres ó cuatro veces fortunados aquellos que peleando murieron al pie de sus muros, pues al fin quedaron en sus tierras, aunque muertos!» «Así se lamentaban los moriscos piadosamente llorando.» . . . . . .

. . . . . .

«Este fin tuvieron las guerras granadinas, al cabo de los mil años que los alarbes habían entrado en España, reinando el Sr. D. Felipe II de este nombre, á quien Dios Nuestro Señor guarde largos años.»

Con este modo finaliza nuestro autor su obra, y si, como dice el poeta del Lacio, deben ser preferidos los poetas que mezclaron dulzura con utilidad, desde luego Pérez de Hita es uno de ellos. Pues en esta segunda parte resultan tan bellos como bien hechos los razonamientos y arengas graves que pone en boca de los caudillos, y muy especialmente, entre otras, la del Duque de Sessa, ó el del discreto Abaquí.

Así bien, deben ser notadas las querellas ó endechas de ver-

sos de cinco sílabas entrelazados, con las que D. Fernando de Valor desahoga las contrariedades y mudanzas de la suerte; que se asemejan en forma, sentimiento y dulzura, á los que en la primera parte de las *Guerras civiles*, puso en boca de Moráima, lamentándose de su mal y desdicha bajo la acusación de adulterio. Estas dos composiciones, en estancias, son dignas de un estudio muy detenido, porque si Pérez de Hita no fué quien introdujo esta forma de composición, desde luego serán muy pocas las que se nos presenten anteriores á este poeta; debiendo, para apreciar su verdadero valor, remontarnos á los comienzos de la segunda mitad del siglo XVI. Antes de concluir esta parte, cremos de oportunidad copiar aquí el

ROMANCE

EN QUE SE PONE COMO SU ALTEZA, Y EL DUQUE DE SESA SALIERON DE GRANADA PARA LAS ALPUJARRAS, LLAMADAS OTROS TIEMPOS LAS SIERRAS DE SOY Y AYRE

El hijo de Carlos Quinto
se salia de Granada,
con el el Duque de Sesa
para yr al Alpujarra.
Veynte mil soldados lleua
todos gente auentajada,
tambien lleua mil caballos
con la nobleça de España.
Ricas vanderas tendidas
que el ayre las tremolaua,
a Guejar hazen camino
junto a la tierra neuada.
Porque se tiene noticia
que ay de moros grande esquadra
el de Austria haze dos campos
por marchar facil la estrada.
Toda la noche caminan
hasta que ya vino el alua,
el Duque llegô primero
a Guejar, moros no halla.
Porque se salieron della

essa misma madrugada
porque tuuieron auiso
de los moros de Granada,
Que va vn gran campo sobre ellos
y a correr el Alpujarra,
algunos viejos hallaron,
que passaron por la espada.
Y tras los moros camina
el buen Capitan Quixada,
y marchando muy apriesa,
alcançô la retaguardia.
Trauaron escaramuça
Christianos no ganan nada,
vnos, y otros se retiran
y cada vno se ha parta.
Los Moros á los Christianos
hizieron una emboscada,
vestidos como mugeres
en vn llano los aguardan.
Quixada con su esquadron
pensò coger la manada,
Mas cuando llegan a ella
les dan una rociada
de buena arcabuzeria,
mostrando furia muy braua.
Los Christianos se retiran
dexando muerto á Quixada,
y con el ocho Christianos
por codicia desdichada.
A Valor se van los moros
a donde Auenabô estaua,
el qual muy mal los recibe
con fraterna que les daua.
Porque dexaron a Guejar
sin mostrar valor, y armas.
mas vn Turco muy famoso
le salia a la parada.
Diziendo que es justa cosa
de Guejar no darse nada,
Audalla con mal disinio
Almuñecar caminaua.

Por tomar la Salobreña,
por ser cosa que importaua,
para que falte la gente
Africana que esperaua.
Almuñecar se defiende
Salobreña no va en çaga,
porque tienen de presidio
gente valerosa y braua.
Auenabô se retira
sin la pressa que pensaua,
a Valor se torna el moro
con acuerdo que tomara.
El de Austria se parte luego
a Galera que está alçada,
dexando gran campo al Duque
que queda en el Alpujarra.
Su Alteza llegô á Huescar
a do el de Veliz estaua,
al qual se holgô de ver
por fama que del bolaua.»

FIN

NOTA. Este romance se lee al final del capítulo XIX de la 2.ª parte, *En que se pone cómo el Señor don Iuan, y el Duque de Sesa, con dos campos entraron en las Alpujarras, y fueron sobre Guejar, y lo que mas passo.*

ASSI Como el buen Duque de Sesa llego a Granada, el Señor don Juan, tiniendo noticia como el de Veliz estaua en Galera, y los asaltos que se hauian dado, donde tanto daño fue recibido, y como el de Veliz le auia embiado a dezir, que sin artilleria Galera no podia ser tomada, luego escriuio á su Magestad la presente carta, assi diziendo:

CARTA DEL SEÑOR DON JUAN Á SU MAGESTAD

MVY poderoso Señor: Vuessa Magestad sabra que la guerra de Granada va de mal en peor, porque los moros se han armado muy de propotno, y hazen notable daño en las escoltas, y en los presidios, y si les acometen no aguardan batalla, y se meten por las sierras, y asi hay guerra para toda la vida» (1) y

(1) No es menos interesante el capítulo XIII, pág. 114, «en que se pone como el Marques de Mondejar fue á la Corte, y como vino a Granada libre de las cosas que sus emulos le auian imputado, y como el Reyecillo enojado por-

continúa dándole cuenta de los informes que ha recibido del Marqués de los Veliz, terminando su carta pidiendo licencia á su Majestad, para que, acompañado del Duque de Sesa, les permita entrar en las Alpujarras.

El autor se extiende en consideraciones, y refiere aquellos sucesos con detalles curiosos. Este capítulo XIX contiene también una *Brava Reprehensión de Auenabô á los moros que huyeron de Guejar* y un *Razonamiento del Turco Noaite á Auenabô.*

---

que el Marques de Veliz desuarato su gente, puso cerco sobre Vera y saqueó los Cueuas y las demas villas del Marques.»

Empieza así: «Ya os avemos contado como el Marques de Mondejar salio de Orgiua, dexando alli su Real, porque su Magestad se lo habia assi embiado á mandar, y assi mismo en los lugares mas fuertes dexò valerosos soldados de presidio.

»Llegado el Marques á la Corte... etc...» y termina este párrafo: «Pues partido el baxel del Farallon de la wera de Roldan, trauesando el mar de España, llegado á las riberas de Berberia, tomò la derrota del Poniente hasta llegar al rio famoso de Tetuan, y desembarcando alli solos dos de los que yvan, tomaron la buelta de Fez y Marruecos, adonde siendo llegados ante el Rey de Fez, presentaron los despachos de Abenhumeya, los cuales del Rey de Fez recebidos, abriò vna carta que assi dezia en Arabygo Granadino:

CARTA DEL REYECILLO ABENHUMEYA AL REY DE FEZ

Después de los comentarios que añade el autor, se lee otra

CARTA DE MAHOMAD, REY DE FEZ, PARA EL REYECILLO ABENHUMEYA

Y sigue una estensa, curiosa y detallada relacion sobre los sucesos en Lorca, Múrcia, Vera, etc., con una lista de los valerosos caualleros que se distinguieron en aquellas luchas; no solo los de Murcia y Lorca en primer término, sino los de Carauaca, Zehegin, Totana, Alhama, Mula y otros pueblecillos. Concluye este capítulo XIII con un interesante romance que copio á continuación, porque resume el capítulo, por brevedad, y para que se forme una idea de esta curiosa obra que he de buscar á ratos perdidos por los baratillos de París, y se lo encargaré á un marchante de los que tienen puestos de libros viejos en las orillas del Sena, porque entiendo que lo había V. de leer con placer.

ROMANCE *que trata como Abenhumeya puso cerco sobre la ciudad de Vera con quinze mil moros, y del bravo socorro que hizo Lorca, y Murcia, y otros lugares del Reyno de Murcia.*

Lleno de colera ardiente
Abenhumeya se halla,
porque el Marques de los Veliz
vencio a su gente en batalla.

VI

Parte poética "Romances moriscos.„—Los Moratines.—Lope Gisbert

Hemos venido ocupándonos hasta ahora de la obra, haciendo caso omiso de los bellísimos romances que contiene,

---

Do le matò tres mil hombres
de la gente mas granada,
y de lo que mas le pesa
es dexar alla las armas.
Y assi por aqueste agrauio
se la tenia jurada,
de destruyrle sus tierras
y dexarlas asoladas.
Y para salir con esto
a todo su campo manda,
que se parta para Vera,
porque queria cercalla.
Porque si viene socorro
de Argel que halle alli entrada,
y desembarquen las gentes
en su ancha, y grande playa.
El campo se parte luego
dexando las Alpujarras,
por el rio de Almanzora
todo el campo junto passa.
Al Box destruye, y Alboreas
del Marques muy estimadas,
Açurgena, y Partaloua
sin dexarle piedra en nada.
Solo se dexa a Cantoria
por ser fuerça muy nombrada,
que para si se la quiere
por estar fortificada.
De Oria no haze cuenta
porque está muy bien guardada,
ni de los Veliz tan poco
porque tienen buena guarda.

para arribar á éste que conceptuamos oportuno momento. Algunos maestros en el arte poético, han definido el llamado romance *morisco*, que ha ocupado tan distinguido lugar en nuestra poesía popular, diciendo: «Que no se llaman asi porque sean traducciones de las canciones árabes, como algunos han creido, ni porque en ellos se describan las batallas y los amores de los sarracenos, sino más bien porque se disfrazan bajo nombres, trages y costumbres de los moros, personages, desafios y amores castellanos»: y esto, en absoluto, no lo creemos cierto, puesto que supone bien el Sr. Martínez de la

---

De sus mismos moradores
con lealtad estremada,
ya se passa el Reycillo
haziendo a Vera jornada.
Por la Ballabona se entra
por donde está vna atalaya,
y a Vera le pone cerco
que piensa luego ganalla.
Mas Vera se le defiende
porque tiene gente armada,
tres días la bate el moro
mas no puede ganar nada.
Viendose Vera en peligro
su gente puesta en muralla,
pelean muy brauamente
contra la mora canalla.
Las mugeres valerosas
hazen valas en la plaça
para seruir los soldados
que andan en la batalla.
Al fin corriera peligro
Vera si mas le durara,
aquel sitio que es muy grande
que la tenia sitiada.
Acuerda pedir socorro
a Lorca aunque esta apartada,
tres ginetes se auenturan
romper por toda la esquadra:
De aquella morisca gente,
y salir con su embaxada,
rompen por los enemigos
con braueza no pensada.

Rosa, cuando asegura que, nacidos en la época del galanteo, se distinguen de un modo preciso por el menor interés que los anteriores romances castellanos, de menor nervio aun cuando más ricos en gala y lozanía, y robustece esta creencia nuestra y el aserto del docto maestro cualquiera de los que Pérez de Hita nos dejó en su obra, porque tomando al azar uno de los muchos, y todos ellos del género, nos convenceremos fácilmente:

«Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone,
y la enemiga del día
Su negro manto descoge.

Sin que daño les hiziesen
aunque rompieron la esquadra,
corrieron todo el camino
sin que se parasen nada.
Y el que buen cauallo tiene:
aquel mucho se auentaja.
Y en cinco horas por su cuenta
dentro de Lorca se halla,
quando dio el relox las onze
su embaxada ya está dada.
A las doze llegò el otro
y el otro a la vna dada,
Lorca luego se a perciue
y a las dos su gente marcha.
Ochocientos hombres lleua
porque con estos les basta,
para romper al contrario
aunque mucha gente trayga:
Tambien ochenta cauallos
van en aquesta jornada,
anochecen en Pulpi,
y en Vera les tomó el alua.
Abenhumeja que vido
venir gente tan armada,
levanta el cerco de Vera
y para las Cueuas marcha.
Y porque eran del Marques
las destruye, y las abrasa,
con esto pasa á Purchena
donde el Maleh ya le aguarda.

Y con ella un fuerte moro
semejante á Rodamonte...
. . . . . .
Quejábase grandemente
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la Vega
con el eco le responde:
«Zaida, dice, más airada
que el mar que las nubes sorbe,
más dura é inexorable
que las entrañas de un monte:
¿cómo permites, cruel,
despues de tantos favores,

Lorca le sigue el alcanze
y le da en la retaguarda,
y le sigue hasta el rio
y desde alli se tornaua.
Porque la gente de Lorca
venía muy alargada,
y para Vera se bueluen
la qual muy regozijada.
Recibe la gente toda
dandole infinitas gracias
por aquel socorro hecho
que fue de tanta importancia.
La noble Murcia salio
a hazer esta jornada,
lleuando cinco mil hombres
toda gente bien armada.
Carauaca, y Zehegin,
tambien Mula la hidalga,
Totana, Alhama con ellos,
porque Murcia assi lo manda.
Por ser cabeça de Reyno,
y en todo fue respetada.
Mas quando llegò esta gente
Vera estaua descercada,
mas no por eso perdio
esta gente assi ayuntada.
Honor y gloria famosa
pues ya salio en tal demanda,
do mostrara su grandeza
y virtud auentajada.

que de prendas que son mias
ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abrazas
á las cortezas de un roble,
y dejas al árbol tuyo
desnudo de fruto y flores?
¿Dejas á un pobre muy rico,
y un rico muy pobre escoges,
y las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones?
¿Dejas al noble Gazul,
dejas seis años de amores,
das las manos á Abenzaide
que aún apenas le conoces?
Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
que por celos de él suspires
y por ausencia le llores.
Y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojes;
y que de noche no duermas,
y de día no reposes.
Ni en las zambras, ni en las fiestas
no se vista tus colores,
ni el almaizar que le labres,
ni la manga que le bordes;
y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
y para verle en las cañas
no consienta que te asomes.
A la puerta, ni ventana,
para que más te alborotes;
y si le has de aborrecer,
que largos años le goces.
Y si mucho le quisieres
de verle muerto te asombres,
que es la mayor maldición
que te pueden dar los hombres.
Y plegue Alá que te enfade
cuando la mano le tomes.

. . . . . .

Arrojándole una lanza
de parte á parte pasóle;
Alborotose la plaza,
desnuda el moro su estoque,
y por el medio de todos
para Medina volvióse.»

Este delicioso romance, que puede ver el curioso en la página 427, impreso por D. León Amarita en el año de 1833 en la villa de Madrid, y cuyo principio trae á la memoria uno de los más bellos de Lope de Vega, puede pasar por modelo aún en un tiempo en que nuestra poesía ha llegado á muy alta perfección, es evidente que no se disimula bajo nombre, traje y costumbre musulmana á castellano determinado, ni directa ni indirectamente, porque Zaida, Gazul y Abenzaide son personajes mahometanos, sin que intervenga en la fábula de carácter histórico el cristiano, ni disfrazado ni sin disfraz.

Lo que en esta clase de poesía resulta en el autor que nos ocupa, es que así como á los primitivos romances que pudieran decirse nativos, debemos el haber llegado á nosotros las cristianas tradiciones populares saturadas de un carácter eminentemente nacional; así también estos moriscos derivados de aquéllos, nos trasmitieron las de los nobles moros que, al derrumbarse su celebrado imperio, llegaban al campo cristiano cargados con los recuerdos y hazañas propias, que no por ser de origen muslim dejaban de ser parte integrante por la sucesión de los tiempos de nuestra historia peninsular. Y razón tiene el Sr. Castelar: «En que únicamente Granada inspiró ese romancero morisco, en cuya asonancia se une al genio de los occidentales, el genio del Oriente;» y asi como á la lengua latina bárbara ó latino gótica, puliera y suavizara grandemente por vivir con aquélla en larga y cercana vecindad, así también el romance grave y un tanto duro de la gente occidental se engalanó con el brío, dulzura y variedad de las gentes orientales.

El asunto ó acontecimiento histórico, es para Pérez de Hita un nuevo accidente: la fértil cantera donde labra el episodio, es su fecunda imaginación; siendo el personaje, tanto en la crónica arábiga como en la castellana, un tesoro de gran valía,

pues hábil fisonomista logra con él fundir ambas razas en un sentimiento idéntico, despreciando, á la manera que el diablo de las antiguas leyendas, la letra de la historia que mata; arrojando por tal modo el cuerpo, para apoderarse del alma, es decir, del espíritu que vivifica, y dejándose guiar de las impresiones de éste, hacer de Abencerrajes, Zegríes, Gomeles, Muzas, Venegas, Maliques, Alabeses, Ponces de León, Aguilares, Portocarreros, Chacones y Alcaide de los Donceles, personajes idénticos que efectivamente han existido; tipos magníficos y muy superiores á su propia existencia histórica, trazándole sendas de venturas, muertes, vidas, tempestades y bonanza, guerra y paz, pero siempre variada, en la no interrumpida peripecia dramática, en su sentimiento purísimo, en el que dominando idénticos ideales necesariamente habían de coincidir y finalmente confundirse. Así y sólo así, nos explicamos el cómo, por idénticos fines, aunque por derroteros políticos, desempeñase un noble moro, convertido al cristianismo, el Alguacilato de Granada, ostentando sobre el poco antes sarraceno pecho, la noble é ínclita Cruz del Santo Apostol Patrón de España; y en que rara vez deja la consecuencia política de ser pareja de la literaria, que tan fielmente la ayuda y refleja.

Por todo ello, está muy oportuno ciertamente D. Agustín Durán y los que con él afirman: «que los romances moriscos forman respectivamente una historia de las tradiciones y fábulas populares, y si carecen del mérito literario suficiente para servir de modelo en su género, tienen á lo menos el de recordar nuestras glorias, pintar nuestras costumbres antiguas, y el de prestar materiales y asuntos para que los modernos ejerciten esta clase de literatura.»

Pudo añadir más el insigne crítico y recopilador de romances moriscos, porque ellos caracterizan perfectamente el largo período de nuestra historia, que termina fundiéndose en una sola las dos razas igualmente heróicas, aceptando la vencida sin mengua para ella, la forma con que expresó la vencedora sus hazañas, enriqueciendo la grave mensura que caracterizaba á ésta con la mayor gala y lozanía de la otra; y siempre veremos con orgullo composiciones que traspiren ecos de la historia patria, y que son como acordes que vibran fuerte-

mente en el corazón al trasmitirnos las glorias de nuestros tiempos viejos, realizadas por nuestros abuelos.

Y el mérito de Pérez de Hita es tan relevante en este punto, que así como sirvió de modelo ó prestó argumento á *Moráima, Isabel de Solís, Gonzalo de Córdova, Abem-Humeya, el último de los Abencerrajes, los Monfíes de las Alpujarras,* y aun permitido nos ha de ser sospechar que á gran parte del *Suspiro del Moro,* del Sr. Castelar, como así bien á tantas obras no menos bellas y populares sirvió del propio modo de argumento, ya que no de modelo en la forma, á fines del siglo pasado para algunas de las composiciones y romances de los dos Moratines, padre é hijo.

Pérez de Hita escribe, según mi cálculo, por los años de 1597, este romance de Gazul:

«Estando toda la corte
de Abdalí, Rey de Granada,
haciendo una rica fiesta,
habiendo hecho la zambra,
por respeto de unas bodas
de gran nombradía y fama,
por las cuales corren toros
en la plaza Vivarrambla
estando corriendo un toro,
que su braveza espantaba,
se presentó un caballero
sobre un caballo en la plaza,
con una marlota verde
de damasco bandeada,
y el capellar de lo mismo,
muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete
parece de una esmeralda;
seis criados van con él
que le sirven y acompañan,
vestidos tambien de verde,
porque su señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo

cada criado llevaba;
de color negro eran todos,
y bandeados de plata.
Conocen al caballero
por su presencia bizarra,
que era el muy fuerte Gazul,
caballero de gran fama.
El cual, con gentil donaire
se puso en medio la plaza
con un rejon en la mano
que al gran Marte semejaba,
y con ánimo invencible
al fuerte toro aguardaba.
El toro cuando le vió,
al cielo tierra arrojaba
con las manos y los pies,
cosa que gran temor daba;
y despues con gran furor
hacia el caballo arrancaba,
por herirle con sus cuernos,
que como alesnas llevaba;
mas el valiente Gazul
su caballo bien guardaba,
porque con el rejon duro
con presteza no pensada,
al bravo toro hiriera
por entre espalda y espalda:
el toro muy mal herido
con sangre la tierra baña
Quedando en ella tendido,
su bravura aniquilada.
La Corte toda se admira
en ver aquella hazaña.
Y dicen que el caballero
es de fuerza aventajada;
el cual corridos los toros,
el casco desembaraza
Haciendo mesura al Rey,
y á Lindaraja su dama;
lo mismo hizo á la Reina,
y á las damas que allí estaban.

Mucho después del año 1737, Moratín, padre, compuso la tan celebrada fiesta de toros que empieza:

«Madrid, castillo famoso,
que al Rey moro alivia el miedo...»

y que conceptuamos innecesario reproducir por ser tan conocida y celebrada, limitándonos á remitir á ella al curioso que, después de leerla y analizarla detenidamente, reconocerá que en el romance escrito por Hita sobre el alanceo de Gazul al toro, se inspiró Thormo Donciaco para hacer su popular FIESTA, en cuya composición los caballeros protagonistas pasan por muchas situaciones idénticas, y desde luego Aja, Zara, Jarifa, Fátima y Zaida, las damas moras que para Moratín son de Jetafe, Alcorcón, Almonacid, Adamuz y Meco, para nosotros, que se nos antojan mal colocadas en pueblos tan sumamente prosáicos, conceptuándolas merecedoras de más poética vecindad, son ni más ni menos las mismas damas ó sultanas granadinas del romance «*Las Guerras civiles*,» de donde seguramente Moratín, padre, las desterró á las áridas inmediaciones de Madrid, camino de Aragón, su patria, ya que no se le ocurrió avecindarlas entre los tan conocidos pueblos de Pinto y Valdemoro.

Y que el argumento de la composición de D. Nicolás Moratín es en un todo semejante al de Pérez de Hita, lo dice bien claro el romance de éste, probando, además, que no se debe ni este ni otro alguno de su obra á la musa popular recogida ó reproducida por nuestro escritor de Mula, sino más bien á su estro, puesto que lo expresa bien claro cuando dice en sus «*Guerras civiles*» «que el citado romance se sacó aquel día por lo tan bien que lo hizo el invencible Gazul,» hechos que describe anteriormente: «congregáronse de la ciudad y forasteros muchas gentes á las fiestas reales» (así empiezan también precisamente las famosas quintillas de las «Fiestas de Madrid».)

«Ya se habían corrido cuatro toros muy bravos y el quinto estaba en la plaza, cuando entró por ella un caballero con un lucido caballo; la marlota y capellar eran verdes, como quien

vivía con esperanza, las plumas verdes con argentería de oro» (nadie dejará de recordar al leer la bravura de los toros, y especialmente la del quinto (1), con la de los corridos en «La fiesta de Madrid» y la fiereza del que alanceó Rodrigo de Vivar, cuya entrada en la plaza se asemeja á la del invencible Gazul; y para que haya mayor similitud, continúa Pérez de Hita) «grande contento dió el caballero á todos los que estaban mirando la fiesta (y á este propósito dice del suyo Moratín):

«*Y algunos le llaman Cid*»

y más á la hermosa Lindaraja, porque luego conoció á Gazul» (precisamente lo mismo que sucede á la bella mora presidenta de la fiesta, cuando la cautiva cristiana la dice haber reconocido al Cid en el bravo alanceador y bizarro caballero.)

. . . . . .

«Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, añade Pérez de Hita, se puso en medio de la plaza y aguardó que el toro viniera por aquella parte, el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres y atropellando más de cincuenta, llegó, y así como vió al caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel en medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra.» (El mismo acometimiento hace el toro al de Vivar, y el mismo fin tiene el bruto por los esfuerzos del legendario castellano.)

. . . . . .

«Admirado quedó el Rey y toda la Corte al ver la venturosa suerte de Gazul y qué brevemente había quitado la fuerza y brío á un animal tan feroz.» (Este animal tan feroz inspiró sin duda a Moratín lo de que, como el suyo, nunca había pastado otro más fiero en las orillas de Jarama, junto al puente de Viveros; y lo de la admiración que produjo al Rey y á toda la Corte al ver la venturosa suerte de Gazul, es muy parecido

---

(1) Como se ve, ya ó desde entonces el quinto toro suele ser el de la corrida.

á lo absorto que quedó el concurso entero ante el hecho del soberbio castellano, á quien, según el insigne poeta, «algunos llamaron Cid.»).....

.....

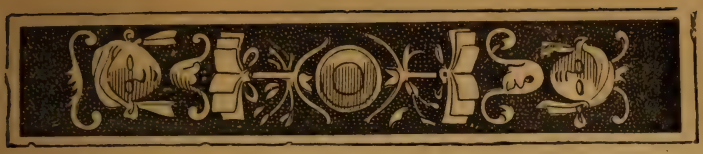
.....

«Y no quedando ya ningun toro, prosigue Pérez de Hita, hecho el acatamiento debido al Rey, á la Reina y en particular á Lindaraja» (este acatamiento *en particular á Lindaraja*, tiene mucho, si no lo es todo, del de el poeta aragonés:

«Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos
mi corto don admitiendo, etc.»

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(Se continuará.)



MADRID NUEVO

LIMPIEZA

LLO es incuestionable; desde que las primeras Ordenanzas de policía urbana se publicaron en la Plaza Mayor por voz de pregonero el 29 de Enero del año del Señor de 1591 hasta las que medita y discute por estos días el Ayuntamiento, la villa de Madrid ha progresado mucho. Basta hojear los libros de Mesonero Romanos, de Sepúlveda, y, sobre todo, los del concejal autor de la *Guía*, D. Ángel Fernández de los Ríos, para persuadirse de que mejor que villa, no obstante la fijación y estancia de la corte, á pesar de los hiperbólicos conceptos de sus habitantes ordinarios, era antaño un villorrio que nada tenía de común ni semejante con las ciudades de Flandes y de Italia que por aquel entonces formaban parte de la Monarquía española.

La Condesa de Aulnoy (*La Cour et la ville de Madrid*) nos dejó una pintura poco grata de los adelantos que en higiene, limpieza y ornato había hecho la hija del Manzanares durante la vida de los tres Felipes, y luego bajo la gobernación de D. Juan de Austria; aquel D. Juan «que bajó el caballo y subió el pan.» Lugarucho, más moro que cristiano; fangal oloroso donde se atascaban á cada rato las carrozas de tiros largos, Madrid era capital que sorprendía á los extranjeros que la visitaban.

Doña Isabel Farnesio no quería convencerse de haber concluído la jornada, y de que en realidad estaba en el centro de que habían salido leyes y ordenanzas para dos mundos. Los hombres embozados en las capas, las mujeres envueltas en los mantos, la hacían creer en un pueblo de fantasmas, para soñado bueno.

Carlos III, al llegar de Nápoles, observaba, como su madre, que en la comparación con cualquiera otra de las grandes poblaciones de Europa, no salía Madrid gananciosa. Más decidido que los otros Reyes antecesores, tomó por su cuenta lo que en cuenta no tenían los vecinos de la villa. Las capas originaron la batalla que capitaneó Esquilache, y otras muchas con el tren formidable dirigido por el coronel Sabatini, la persuasión de que hay lugares que no son excusados, aunque por aquí se empeñaran en considerarlos tales.

Hoy causa risa recordar que las innovaciones costaron sangre; que no sin ella, sin oposición tenaz y sin disgustos, caducó el bando obligatorio de gritar *¡agua va!* desde las ventanas, y se secaron los *arroyos* permanentes de las calles; arroyos ó depósitos que todavía subsisten en no pocas poblaciones de Castilla, sin duda por subsistir en el *Diccionario de la Lengua* la acepción de la voz excusado, sinónima de supérfluo é inútil.

En Madrid vencieron la constancia y el tren de Sabatini; vencieron, mejor dicho, la iniciativa y la imposición de un Rey habituado á vivir en atmósfera más nítida; y, puestos los cimientos, la obra de reformación siguió, aunque lenta, continuadamente, por impulso aislado de algún corregidor celoso; por estímulo de los propietarios de fincas urbanas, embarazado, detenido ó esterilizado regularmente por la corporación llamada á dirigirlo, sin diferencia de los tiempos en que la componían los señores regidores perpetuos, á los posteriores en que la elección popular designó á los concejales.

Ello es incuestionable que Madrid ha progresado de todos modos. Las casas á la malicia con sus celosías; los portales que habían sustituído á los arroyos; el soto de Migas-Calientes; el Corral del Príncipe; aquellos divertidos letreros anunciando las «medias para clérigos de lana» ó que «hoy no se

fía aquí»; la Mari-blanca de la Puerta del Sol; el Mesón de los Huevos y el Parador de Rozas; muchas otras casas y cosas han desaparecido poco á poco dejando apenas vestigio con esos libros aludidos de *Madrid Viejo,* útiles y entretenidos bajo el punto de vista histórico todos; sospechosos de parcialidad y de pasión algunos; de conjunto estrecho é incompleto, que hace desear otro de *Madrid Nuevo*, donde los términos de comparación ensanchen los horizontes del razonomiento puramente local hasta ahora.

Madrid ha prosperado; pero ¿son los adelantos proporcionados á los tiempos, al aumento de población y de recursos? Nadie nos lo ha dicho; no se ha emprendido, al parecer, el estudio serio de tan importante asunto, y hay quien piensa, en su ausencia, que la villa del Oso y el Madroño, como en la vida de Felipe III, que la coronó definitivamente; como en los días en que maravillaba á la Condesa de Aulnoy y á la Reina Parmesana, continúa tan apartada ó más en el parangón, no ya de las capitales de otros reinos, sino de cualquier ciudad subalterna de población numérica equivalente, figurando en Europa en un grado de inferioridad lastimosa.

¿En qué consisten la lentitud y los tropiezos del avance? ¿Se hallan los obstáculos en el clima, en la altitud, en las condiciones del suelo, ó hay más bien que buscarlos en las condiciones de los hombres?

El autor de *Madrid nuevo* tendrá que averiguarlo y lo averiguará si toma por senda distinta de la que se siguió en una de las obras que consideran al Madrid de estos días en capítulo titulado *La villa material y moral desde que fué Corte.*

Nueva York se encuentra en paraje donde el frío y el calor exceden en muchos grados á los de esta; el suelo de Amsterdam era una ciénaga incomparablemente peor que la de Venecia, donde no se siente la influencia de las mareas; Lisboa encierra vericuetos que harán parecer llana á la calle del Piamonte; Hong-Kong tiene las suyas en escalones; cualquiera de ellas, y cien ciudades más, dan testimonio de que los ríos se encauzan, los altos se desmontan, los suelos bajos se transforman. Si no hay obstáculo material que la inteligencia y la labor del hombre no destruyan ó superen, forzoso será dedu-

cir que labor é inteligencia es lo que en Madrid ha faltado y falta.

¿Y los recursos? Esta es otra de las averiguaciones reservadas al autor del *Madrid nuevo*; y sin embargo, no parecerá temerario suponer que en los recursos no consiste el abandono de los servicios de ornato y policía de la capital de España, no pudiendo ser inferiores á los de Florencia, Génova, Marsella, Liverpool, Buda-Pest y otras ciudades limpias y hermosas.

La limpieza, que no exige sacrificios grandes, es precisamente lo menos atendido, lo que por excusado impresiona desagradablemente al que por vez primera viene del extranjero. El acceso á la población por cualquiera de los caminos: sí de hierro, con la vista del Manzanares ó de la estación y cerros de Atocha; si por las mal denominadas carreteras, la ronda, las casillas del fisco, los trapos al sol, el lodo por do quiera.

En las calles no desaparece, se modifica á lo más el efecto de los sentidos según la estación del año y los sistemas de pavimento que se van encontrando, malos y sucios todos; con lodo los más en invierno ó en verano. De no cabalgar en mula como en los buenos tiempos de la Casa de Austria; de no adoptar el hábito de los antiguos pastores de las Landas de caminar con zancos, á menos de acudir á los servicios de un coche de alquiler, con ocasión de examinar el aderezo *sui generis* madrileño de coche, caballo y cochero, hay que reñir también con la limpieza del calzado ó algo más.

Madrid no será población de piso malo para los que no ponen los piés en el suelo, y á costa de las ballestas de los coches propios salvan los baches, montan los rieles de tranvías, atraviesan las lagunas salpicando sin miramiento á los pedestres, cuyo paso interrumpen ó detienen en los sitios de más concurrencia.

¿Son acaso recursos los que faltan para librar de suciedad y de molestia al transeunte?

No, ciertamente; en todas partes llueve y se hace lodo; en pocas habrá más personal del que el Ayuntamiento de Madrid sostiene con destino á esas necesidades no cubiertas. En la distribución, en la dirección, en la vigilancia de ese personal;

en el material de que se le provee, en la inteligencia, el gusto y el buen deseo de los que inspeccionan y ordenan, estriba que el servicio se haga bien ó mal.

Pocos espectáculos más entretenidos se ofrecen al observador que el de cualquiera de las cuadrillas de treinta á cincuenta hombres que el Ayuntamiento destaca de vez en cuando á la reparación de las vías cuando llegan á estar de todo punto intransitables. El número, la composición, el pelaje de los operarios, los instrumentos primitivos de que se valen, la cuantía de su trabajo útil; la disposición de los capataces, la actividad de la lengua por compensación de la parsimonia de las manos; el consumo de tabaco y la elaboración de saliva, dan campo á un mundo de reflexiones por conclusión de las cuales se advierte bien por qué la coronada villa gastando más, produce menos que cualquiera villa sin corona.

Pasando de las calles á las plazas con pretensiones de *squares*, á los paseos, á los jardines; esto es, á los lugares que requieren tras el buen gusto de la traza, el asiduo cuidado de la conservación, se nota más que el descuido domina en todo. Jardines se forman á gran costa; duran tres meses, por espacio de nueve pasan á ser estercoleros, y se vuelven á hacer con otra disposición que demuestra el amor de la novedad. Mas no se busquen en ellas los mosáicos de piedrecitas de Lisboa, los cuadros de la *Villa Reale* de Nápoles; los primorosos juegos de niños del *Prater* de Viena; las cartelas de anuncios de Londres; las masas de verdura de Basilea.

Es cansado hacer responsable al clima de lo que no sabe remediar la incuria. Semíramis hizo jardines en el aire; los indios mejicanos, en el agua; en la tierra del Cabo de Buena Esperanza, y en las arenas del Sahara mismo, los sabe hacer el arte.

A fé que no es el clima responsable de que los accesorios que tanto contribuyen al embellecimiento de los sitios destinados á la amenidad, que producen y no cuestan; que las instalaciones de iniciativa privada, aguaduchos, kioscos, pabellones de flores, teatros y circos infantiles, columpios, sombrajos, sean por acá del modelo expuesto en lugar preeminente; el Hipodromo del Dos de Mayo.

La conservación, como corolario de la limpieza, cosa es sin aplicación municipal. Lo mismo que en plazas, jardines ó paseos, se deja ver en cualquiera de las construcciones puestas al cuidado de los modernos ediles. Acabada una fábrica, palacio, puerta, verja, no admite la previsión que hagan falta esponjas ni pinturas; es decir, cuidado que mantenga el ser en que la entrega el arquitecto. Se inaugura con solemnidad; se deja bajo el dominio de la intemperie y de los granujas; cuando se cae, se rehace.

Ejemplos señalados presentan los mercados de la Cebada y los Mostenses, construídos por los planos y con los materiales propios adoptados en las grandes capitales. El persianaje de cristal va desapareciendo, reemplazándolo privadamente la comodidad de los arrendatarios de los puestos, con esteras ó lienzos de aspecto y forma más para vistos que para descritos; la pintura tiempo há que desapareció; y esto baste de exterioridades, que penetrar en el recinto requiere pulmones acostumbrados y llevaría la pluma á la descripción de los carros de la carne, de los mozos que los conducen, de los maragatos pescaderos y de los trajes impermeables de los más de los abastecedores, puestos en contacto con aquellos artículos á que comunican la sustancia.

Los abastos merecen capítulo especial en el libro de *Madrid nuevo*, donde se examine cómo viven y cómo comen sus habitantes; donde se haga palpable la continuidad de las tradiciones de la venta de Maritornes con la próspera existencia de la posada del Peine; de los figones de malcocinado, con las tabernas florecientes y los merenderos de callos y caracoles, y donde se busque algo parecido por las ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo, acompañando estadísticas de consumo de jabón y jornales de lavanderas.

De estos asuntos particulares no sería justo tildar en absoluto á los que por signo de la representación popular llevan fagín morado, que es color ambiguo; lo justo es que el mandatario se amolde á los gustos, y aun á los caprichos del mandante, y en esto no suelen descuidarse tanto. Otro ejemplo de *square* lo testificará.

En sitio que no es de los más céntricos, estimó conveniente

el Municipio adornar cierto espacio plantando una docena de arbolitos; entre ellos media de asientos de piedra bastante bien labrada, y en el centro un candelabro con gran pedestal; sin duda no fué del agrado del vecindario la transformación, pues que al poco tiempo el pedestal tenía rotas las aristas y machacadas las molduras; los seis bancos yacían en el suelo, quedando los árboles mustios y amarillentos por señal de uno de tantos fangales de la villa. El Ayuntamiento no tenía por allí vigilante que impidiera la devastación, ni ha tenido después autoridad que la corrija, ni inspección que la advierta. Queriendo complacer á los concurrentes de la plaza, fuera natural volverla á su estado primitivo, al de la naturaleza hollada; dejar los bancos en el suelo hasta otro año no lo parece, si no se trata de introducir la ruína por ornato, sabiendo que ornato son las ruínas de otra especie, pasando por manos hábiles.

Todo lo más que por descargo del Concejo podrá alegarse, es que el obstáculo mayor mil veces que el clima, el suelo y el dinero, obstáculos opuestos á sus gestiones (dado que fueran acertadas), con que no lucharán acaso los burgomaestres de Holanda ni los Podestá de Italia ó de otras regiones, es la enemistad de los administrados con la limpieza y el orden; mas, aún cuando la concesión se hiciera, reconociendo por escuela que salido el Concejo de la masa del común, necesariamente participa de sus condiciones; de la enemistad dicha entre todas las obligaciones que con la elección van en teoría aparejadas; el deber de distinguir lo malo de lo bueno se imponen dando razón al que pretenda reclamarlas.

Cosa vieja es la despreocupación (llamémosla así) de los españoles. Los historiadores han acopiado muchos datos con que dar á entender lo que las sucesivas generaciones cuidaban del aliño de la persona; el famoso libro del doctor Limón, probando que los baños afeminan y perjudican á la salud, seguido de las pragmáticas prohibiéndolos por uso mahometano; las pesquisas de la Inquisición de los que se mudaban de camisa en sábado; las pinturas al natural de los estudiantes de Salamanca y de Alcalá; de las hospederías y pupilajes al tenor del de el Gran Tacaño; de los cuellos de los hidalgos; las

ropillas de los andantes en corte; las capas de los asistentes á la sopa de los conventos; las antesalas, y aun salas de los ricos-homes, bastan á acreditar de cuán atrás viene en todas las clases de la sociedad la enemistad de que hablábamos.

Pero los Concejos tienen escuelas destinadas á enseñar al que no sabe: lo mismo que en las de los Estados Unidos de América se hace saber á los muchachos la Constitución federal, y se los inculca el respeto á los nidos de los pájaros en las de Alemania, podrían en las de aquí empezarse por iniciarles en que las estatuas no se erigen precisamente por blanco de pedradas, ni los propietarios de casas, tiendas ó almacenes se afanan adornando fachadas y escaparates con el exclusivo objeto de que el primer zagalón que pase, luzca en la superficie barnizada la gallardía de la letra escribiendo las palabras más groseras é ilustrándolas con figuras en consonancia con ellas. Nada se perdería con el ensayo de predicación, alargando las esperanzas del fruto á diez ó doce generaciones. En todo evento si se probara que la antipatía de lo bello y lo adornado es, como la aversión al agua clara, nativa y por consiguiente incorregible, como en ciertas especies de animales, quedarán como están los educandos y *laus Deo*.

En el ensayo cabría emplear esa que se dice irresistible palanca de la prensa; si cosa tan pequeña no distrajera el discurso mejor empleado en instruírnos en el buen gobierno de los pueblos. Cabría también, á primera vista, alguna parte al Estado y á sus gobernantes, de quienes todo lo esperamos y á quienes todo lo pedimos. La enseñanza pública depende del Gobierno que formula los planes y aprueba los textos; sin embargo, pensándolo mejor se descubre la incapacidad del Gobierno en semejante asunto, sin necesidad de acudir á la consideración de que no se debe mandar lo que no se ha de cumplir; con solo un paseíto por las oficinas ó establecimientos que rige, donde el ejemplo fuera más eficaz que un tomo de decretos.

Empecemos por el Ministerio de Fomento, centro de instrucción, cuna de las obras públicas, conservatorio de las artes asiento natural del ingenio en cualquiera de sus manifestaciones. El vetusto edificio de exterior desconchado, ornado de

carteles anunciadores de chocolate, pastillas contra la tos ó remedios contra males secretos; el reloj que no apunta, el portalón destartalado, hacen dudar que allí se alojen é inspiren tantas eminencias, y aun parecen negarlo las galerías y covachelas rodeando un patio al nivel de los jardines del Ayuntamiento toda vez que allí se ven escombros, cajas vacías, cañas de escoba, cordeles con pañales y mantillas, de la prole del Ministro, pensará cualquiera, cuando se ostentan en lugar tan preferente.

El Ministerio de la Gobernación del Reino, no es menos digno de visita. Hay otro patio cuya cubierta costó muchos miles de pesetas para venir á cobijar fidelísimo trasunto de lo que por el Rastro llaman las Américas. Por la escalera, alfombrada de puntas de cigarros, se llega á covachuelas semejantes á las del otro Ministerio: los cristales se limpiarían acaso cuando era el edificio Casa de Correos; los pisos, porque de allí arranca el origen de las carreteras de España, igualados están á las carreteras españolas.

Cuál será el estado de las dependencias inferiores, por aquí se colige. Cuanto más públicas y concurridas, Gobierno civil, Correos, Telégrafos, tanto más resalta el abandono de toda conveniencia en que se encuentran.

Cualquiera de estos edificios del Estado cuenta con personal más que suficiente para tenerlos limpios como el oro; personal que ha debido servir en el ejército, al tenor de la ley, y aprendido, por tanto, á llevar con soltura y decoro el uniforme galoneado de portero ú ordenanza. Otros tiempos, otros usos, aprende pronto que el peine, la navaja y el cepillo se guardan en el canuto de hoja de lata, juntamente con la licencia de no usarlos; sobre la levita mugrienta, envuelve el cuello en la bufanda-manta de sus delicias; calza zapatillas, siéntase al brasero, y como antaño tanto saludó, no saluda á nadie.

El centro de Telégrafos equipó, á imitación de las prácticas parisienses, unos cuantos muchachos portadores de despachos. ¡Lástima de ropita! Es de ver cómo la han puesto de lamparones los rapaces, y la desenvoltura con que marchan: la gorra, en el cogote; la corbata, verde ó amarilla por más vistosa; la cartera en la mano y el despacho donde Dios quiere.

En los citados departamentos públicos no hay, por lo visto, quien reviste, inspeccione, reprenda ó castigue á la gente desmandada; la solidaridad en negligencia alcanza en escala gradual desde el oficial al ministro, y hé aquí por qué el Gobierno carece de aptitud para estigmatizar lo que en sus casas y á su vista tolera, consiente y estimula en cierto modo.

Los templos de Madrid son pobres; no se ha extendido la generosidad de los fieles á dotarlos de pavimento de maderas enceradas, caloríferos, cortinaje tupido, asientos decorosos, ni menos á que tengan servidores de frac y guante, orquesta, coros, cual los que prestan al culto divino la magnificencia con que se celebra en otros países católicos. Por superfluidad no hay siquiera limpia-piés en las puertas, atendiendo á lo poco que tiene que perder una estera de pleita, que más bien gana capas superpuestas. El monaguillo perpetuado en bronce por Benlliure, con los zapatos rotos, la sotanilla tachonada de cera, el pelo intrincado, la cara picaresca y con churretes, para tocar la campanilla y vaciar al descuido las vinajeras, sirve casi tanto como persona intachable que vistiera sobrepelliz planchada á diario. Pedir aseo en lugar frecuentado por quien no lo tiene, equivaldría á pedir peras al olmo; no obstante, una singularidad distingue el interior de las iglesias de cualquier edificio público madrileño; á cambio de más abundantes memorias de los parques de Arcachón, no existe el tapiz general de puntas de cigarros, reservado al pórtico por fondo del cuadro saliente de ciegos y tullidos en los momentos que descansan de su paseo cotidiano por legiones en calles y paseos.

Siendo la limpieza quisicosa que cae por fuera, sin relación con la moral ni con la política, no es de creer que la Academia dé estos títulos, la adopte por tema de las Memorias que premia. Tendría que considerarla como su hermana la de la Lengua en cualquiera de estas acepciones del *Diccionario* novísimo: «LIMPIO, PIA, adj. Dícese comunmente de los granos. Aplícase á las personas ó familias que no tienen mezcla de raza de moros, judíos, herejes ó penitenciados.»

Limpio de manos no significa que el hombre se las lave con agua y jabón.

La palanca de la prensa de que hablábamos, se mueve con más facilidad en halago de las pasiones ó sentimientos populares, que cuando se trata de levantar y trastornar su peso. Habrá personas que no hayan olvidado el aluvión de artículos notables que produjo un imitador de Theophile Gautier, visitante de nuestra excelente capital, muy obsequiado en ella y que de regreso en la de París daba á la estampa relación de sucesos de esta guisa.

Falleció en Madrid una dama extranjera en circunstancias que hicieron necesaria la intervención judicial en testamentaría: formóse el inventario de efectos, reclamado el concurso pericial en la estimación de algunos y sentóse la siguiente partida:

«Un mueblecito de caoba de figura de guitarra, con cuatro patas. Uso desconocido.»

Aquí fué Troya! Propinaron nuestros diarios al insolente viajero el merecido correctivo, demostrando, como se demuestra que dos paralelas no se encuentran nunca, que si la villa de Madrid deja poco que desear, las villanas y los villanos también dan diez y raya en pulcritud al mismísimo lucero del alba.

F. HARDT.

LA CASA EDITORIAL DE GAUTHIER-VILLARS

HACE ya bastantes años que, en nuestra lejana época de estudiantes, nos chocó advertir que en la portada de las obras de matemáticas y de física, más notables por lo atildado, correcto y pulcro de su estampación, leíase invariablemente:

PARÍS

GAUTHIER-VILLARS, IMPRIMEUR-LIBRAIRE

Successeur de Mallet-Bachelier

Aun están presentes en nuestra memoria el *Cours d'analyse* de Sturm, el *Traité de Géométrie descriptive* de Leroy, el *Cours de Physique* de Jamin, el *Traité de Géodésie* de Francœur, y tantos otros libros de texto, hermosamente presentados por Gauthier-Villars. Desde entonces no nos olvidamos nunca de la gran casa editorial, bien que difícil cosa era olvidarla, cuando de continuo acontecía que las principales obras de ciencia que adquiríamos las había impreso el mencionado editor. Con el transcurso del tiempo fué avivándose en nosotros la admiración y con la admiración el afecto.

Ya en fecha reciente, tuvimos ocasión de conocer que M. Gauthier-Villars, á más de persona de gran inteligencia,

vasto saber y actividad envidiable, es caballero atentísimo á quien las muchas tareas que le embargan la mayor parte del día, no sirven de pretexto para excusarse de atender á los ruegos y consultas que se le hacen; que es tan cortés como entendido, y que en sus variadas ocupaciones le ayudan eficazmente sus dos hijos Enrique y Alberto.

Ahora que M. Gauthier-Villars concurre á la Exposición Universal de Barcelona, siendo uno de los pocos editores de París que dan á España este testimonio de afecto, parécenos que hay motivo bastante para que, á grandes rasgos, procuremos dar idea del renombrado establecimiento que va á exponer en la industriosa ciudad condal la magnífica colección de sus obras. Tantas y de tanto valor son éstas, que por sí solas componen una biblioteca riquísima, que abraza los trabajos de los grandes matemáticos antiguos y modernos así de Francia como del extranjero.

La fortuna ha favorecido grandemente la realización de nuestro propósito, haciendo que llegue á nuestras manos un número del periódico *Le Monde* (de 12 de Marzo último), que publica un excelente artículo de M. Th. de Caer, titulado *La maison Gauthier-Villars*. Á él acudimos para redactar buena parte de este, ya extractando, ya traduciendo literalmente algunos de sus párrafos.

M. Gauthier-Villars nació el 31 de Marzo de 1828, en Lons le-Saulnier (Jura) y fué alumno de la afamada Escuela Politécnica, de la que salió con el número catorce en 1850. Aunque tenía derecho á ingresar en las carreras civiles, optó por el servicio de telégrafos, ascendiendo rápidamente á jefe de división.

Nombrado oficial de Medjidieh, después de la campaña de Crimea, caballero de la Legión de Honor y oficial de San Mauricio y San Lázaro, después de la guerra de Italia, el joven ingeniero, á pesar del brillante porvenir que le brindaban sus excepcionales servicios, renunció á la dirección de las líneas telegráficas, presentando su dimisión en 1863 para dedicarse á la tipografía, siguiendo las huellas de su padre y de su abuelo.

Al siguiente año adquirió la librería é imprenta de mate-

máticas de MM. Mallet-Bachelier, ya florecientes por aquél entonces, y á las que muy luego comunicó notable impulso. Fundada la imprenta en 1791 por Jean-Marie Courcier, dedicábase exclusivamente á la publicación de obras relativas á ciencias y artes. No obstante la tormenta revolucionaria y la guerra que hizo el imperio á los ideólogos, prosperó bajo la acertada dirección de Mme. Courcier, y pasó en 1821 á manos de M. Bachelier, yerno de ésta.

Aumentó su crédito durante la Monarquía de Julio, obtuvo valiosas distinciones y más tarde, en 1863, como ya dijimos, la adquirió M. Gauthier-Villars, quien á los conocimientos del sabio, une especiales aptitudes de industrial y administrador. Como dice el *Bulletin de l'imprimerie* (Mayo de 1878): «ha conseguido asegurar á su casa el monopolio »exclusivo, digámoslo así, de los trabajos de física y particu»larmente de los de matemáticas. Para componer las fórmu»las algébricas, que tanto abundan en esas obras, se necesi»tan tipos especiales y un personal ejercitado... Sólo á fuer»za de tiempo, de perseverancia y de minuciosos cuidados, »se pueden obtener los resultados de la casa Gauthier-Vi»llars. No se aprecian en su justo valor, si no se poseen en »tipografía los conocimientos técnicos que sirven para notar »enseguida las imperfecciones de los tímidos ensayos de com»posición algébrica expuestos por otras casas.» Si al público en general sorprende la pulcritud y esmero de los libros que M. Gauthier-Villars da á la estampa, aun es mayor el placer que experimentan los matemáticos al examinar una cualquiera de sus maravillosas ediciones... ¡Qué limpieza de fórmulas, exclaman; con qué elegancia y simetría están agrupadas para impresionar agradablemente la vista que recorre las páginas llenas de signos algebráicos! ¡Con qué admirable regularidad están dispuestas las diferentes partes de cada operación!

Estos justificados elogios, aunque se aplican á todas las publicaciones de nuestro editor, se refieren principalmente á sus grandes ediciones de las obras de Lagrange, de Fourier, de Fermat, de Cauchy y de Laplace. Por éstas empezaremos nuestras sumarias indicaciones.

Tomemos, por ejemplo, la publicación de las *Obras completas de Cauchy*, cuya iniciativa se debe á la Academia de Ciencias. Comprenden aquéllas, en la primera serie, las memorias sacadas de las obras completas de la Academia; y en la segunda, las memorias publicadas en diversas colecciones, las lecciones explicadas en la Escuela Politécnica, el análisis algébrico, los antiguos y nuevos ejercicios de análisis y de física matemática, y, por último, las memorias sueltas. Consta de 26 tomos en 4.° Después del primer tomo figuran los artículos insertos en las *Comptes rendus* de 1836 á 1857 que, por hallarse dispersos, era tan difícil encontrar, y cuya reunión forma como una obra nueva en la que revive el genio del gran geómetra.

Al publicar todos los trabajos de Cauchy, «no ha movido solamente á la Academia—escribían en 1877 sus dos secretarios perpetuos—el deseo de hacer una obra útil á la ciencia; ha querido también rendir á uno de sus más ilustres individuos un testimonio que demuestre mejor que cualquiera monumento fúnebre el respeto en que tiene su memoria.

»Para realizar su propósito, ha tenido en M. Gauthier-Villars un auxiliar generoso y desinteresado; lo que participamos á los amantes de la ciencia publicando las cartas que siguen:

»A M. le président de l'Académie des sciences

»*Paris*, 24 *mars* 1877.

»Monsieur le président.

»La section de géométrie a bien voulu me signaler l'importance que présente pour la science et la gloire du pays la publication des œuvres complètes de Cauchy: aussi je n'hésite pas à entreprendre ce grand travail, et je demande seulement que l'Académie consente à en prendre la direction scientifique.

»Le format et la disposition typographique seront les mêmes que pour les volumes déjà parus de Fresnel, Lavoisier,

Lagrange; les œuvres de Cauchy viendront ainsi prendre place dans la collection qui réunit les travaux de ces savants immortels.

»Veuillez agréer, etc.

»GAUTHIER-VILLARS.

»*Paris*, 10 *juillet* 1877.

»L'Académie sait, Monsieur, tout ce qu'on doit attendre de votre zèle et des connaissances approfondies que vous avez acquises dans votre art.

»Les belles publications que la science doit à vos soins et qui vous ont acquis, dans le monde savant, un renom si justement mérité, lui sont un sûr garant que l'exécution des œuvres de Cauchy, que vous désirez entreprendre, ne le cédera en rien à celles de Laplace et Lagrange, que vous avez su mener à bien.

»L'Académie accepte donc, Monsieur, avec le plus vif empressement, de prendre la direction scientifique de cette importante et difficile publication, et elle nous charge de vous exprimer sa profonde reconnaissance pour le désintéressement que vous avez montré dans cette circonstance.

»Veuillez agréer, etc.

Les secrétaires perpétuels,
DUMAS, BERTRAND.»

La publicación de las *Obras de Laplace* no exigió menos ciencia ni menores cuidados. El general marqués de Laplace, hijo del insigne astrónomo, tomó la iniciativa en esta noble empresa, disponiendo en su testamento que se destinaran setenta mil francos á reimprimir las obras de su padre, y encargando á Dumas y Élie de Beaumont que dirigieran los trabajos de la edición.

Una ilustre dama, la marquesa de Colbert, sobrina del general y nieta del émulo de Newton, completó el pensamiento de su tío poniendo á disposición de la Academia la importante suma que exigía la publicación, no solamente de

las obras comprendidas en las ediciones anteriores, sino también de la colección de memorias de su abuelo. Las *Obras completas de Laplace,* publicadas bajo los auspicios de la Academia de Ciencias por los secretarios perpetuos, con el concurso de Puiseux y F. Tisserand, ambos académicos; de J. Houël, catedrático de la Facultad de Ciencias de Burdeos, y de Souillard, profesor de la de Lille, las imprimió M. Gauthier-Villars. «El hábil y concienzudo editor, escribió á este »respecto J. Dumas, no ha economizado ningún sacrificio »para que el trabajo fuese digno de la magnitud del asunto, de »la gloria del autor y del piadoso sentimiento de la familia.»

A más de estas publicaciones capitales que harán perdurable el recuerdo de la casa de Gauthier-Villars, ha impreso ó imprime la misma los importantes trabajos del *Bureau des Longitudes*; el libro *Connaissance des temps,* que sirve de guía á los marinos del mundo entero; los notables estudios de M. J. A. Serret, sobre aritmética, álgebra, trigonometría y cálculos diferencial é integral; las *Lecciones de Mecánica* de M. Resal; la gran obra *El Sol,* del P. Secchi; y la no menos renombrada de Pasteur, que se titula: *Estudios sobre la enfermedad de los gusanos de seda* (*Études sur la maladie des Vers â soie.)*

Aunque es punto menos que imposible enumerar los libros de mérito excepcional que contínuamente da á luz, mencionaremos todavía algunos otros: las *Lecciones de filosofía química,* por J. B. Dumas, y sus discursos y elogios leidos en la Academia francesa, llenos de detalles íntimos acerca de la vida y trabajos de la pléyade de sabios á quienes trató durante su larga carrera; las numerosas obras de Maximiliano Marie, profesor de Mecánica de la Escuela Politécnica, y, sobre todo, su *Historia de las ciencias matemáticas y físicas,* cuya lectura interesa lo mismo al hombre de ciencia que al literato; la *Estática gráfica* del inteligente ingeniero de caminos M. Lévy; el gran *Tratado de electricidad y magnetismo,* de Clerk Maxwell; la *Geometría,* de Rouché y de Comberousse, aceptada en casi todas las Escuelas especiales; *La Aurora boreal,* de S. Lemström; el interesantísimo *Origen del Mundo,* y el excelente *Curso de Astronomía,* del

profundo sabio M. Faye; la *Astronomía práctica*, de Abel Souchón; *Las hipótesis cosmogónicas*, de C. Wolf; la *Nueva navegación astronómica*, de Yvon Villarceau y Aved de Magnac; el gran tratado de *Agronomía*, de Boussingault; el de *Astronomía física*, de Biot; el *Análisis elemental del Universo* y la *Termodinámica*, del eminente físico de Colmar G.-A. Hirn; el *Tratado completo de Astronomía teórica y práctica*, de Delambre, etc.—A la interesante colección denominada «Actualidades científicas», formada por 111 obras, pertenecen las *Siete lecciones de física general*, por Cauchy; *La Luz* y *El Calor*, de Tyndall; la *Termodinámica*, de Moutier; los *Polvos del aire*, de G. Tissandier; los *Progresos de la fotografía*, de Davanne; *La luz y los climas*, de Radau; la *Meteorología*, de Mascart; el *Tratado elemental del microscopio*, de Trutat; *La Platinotipia*, de Pizzighelli y Hübl, traducida por H. Gauthier Villars; la *Introducción á la teoría de la energía*, de Jouffret; el *Tratado de fototipia*, de León Vidal, etc. También da á luz en magníficos volúmenes en folio los *Trabajos y Memorias de la Oficina internacional de Pesas y Medidas*, bajo la dirección de nuestro compatriota el eminente General Ibáñez. Aparte de tantos centenares de libros, publica varias revistas periódicas. A continuación se indican sus títulos y las fechas en que se fundaron.

Annales de la Faculté des sciences de Toulouse (1887).

Annales scientifiques de l'École normale supérieure (1864).

Bulletin astronomique, que publica bajo los auspicios del Observatorio de París, M. F. Tisserand, (1884).

Bulletin de la Société française de photographie (1855).

Bulletin de la Société internationale des électriciens (1864).

Bulletin de la Société mathématiqae de France (1873).

Bulletin des Sciences mathématiques (1870).

Comptes-rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences (1835).

Journal de l'Ecole polytechnique (año III).

Journal de mathématiques pures et appliquées (1836).

Journal de Physique théorique et appliquée (1872).

Journal de l'industrie photographique, órgano de la Cámara sindical de la fotografía (1880).

L'Astronomie, revista mensual de astronomía popular, de meteorología y de física del globo, publicada por C. Flammarion (1882).

Nouvelles annales de mathématiques, redactados por Brisse y Rouché (1842).

Abandonemos las oficinas y la librería en donde hemos visto al editor y al hombre de estudio, y entremos en los talleres para observar al jefe de industria, al patrón. Choca desde luego, al pénetrar en la imprenta, establecida en el sitio que ocupó el antiguo convento del muelle de los Agustinos, ver que, fuera de los aprendices, todos los hombres se hallan en la edad viril. Débese esto á dos razones: es la primera que, para ser admitido en los talleres de M. Gauthier-Villars, tiene que dar pruebas el cajista de ser excepcionalmente hábil, y la segunda, que honra por igual á obreros y patrono, consiste en que, una vez admitido en la imprenta de la Academia de Ciencias, ninguno quiere marcharse. Obreros hay que cuentan veinte, treinta y hasta cuarenta años de servicio.

No cabe duda de que M. Gauthier-Villars es partidario de las «familias estables,» á juzgar por lo que hizo en 1864 abrazando la profesión de su abuelo y de su padre, y lo que acaba de hacer en 1.° de Enero de 1888, tomando como asociados á sus dos hijos MM. Henry y Albert Gauthier-Villars, alumno que fué este último de la Escuela Politécnica.

Henry Gauthier-Villars, aunque muy joven aún (nació el 10 de Agosto de 1859), ha prestado á su padre servicios de indudable valía en los años que, antes de asociarse con el célebre editor, trabajaba ya en las oficinas. Es comendador de la orden de Medjidieh y fué condecorado en Julio del año pasado con las palmas de oficial de Academia. Reune gran variedad de conocimientos; ha escrito la letra de un idilio titulado *Chanson de berger*, puesto en música por el distinguido compositor Gabriel Pierné; ha compuesto una polka-marcha titulada *Pot de Fleurs*, que tocó pocos meses hace el regimiento de artillería de que es oficial; es autor de una obrita llena de gracia y de aticismo, *Les Parnassiens*, y ha traducido del alemán, con esmero plausible, varias obras.

Albert Gauthier-Villars es también persona ilustradísima y posee á fondo los fundamentos de la ciencia.

Con estos auxiliares no es aventurado augurar á la nueva Sociedad editorial toda suerte de prosperidades, máxime teniendo en cuenta que comienza bajo los auspicios de la caridad. No se reunen tres hombres de ciencia atentos únicamente á su bien personal, puesto que han cuidado de elevar á 500 francos anuales la pensión de 360, que su padre acostumbraba pasar á los empleados de la casa que han cumplido sesenta años de edad.

¡Qué hermoso principio el de una asociación sobre la que extiende sus alas el ángel de la caridad!

Muchas, preciadas y merecidísimas son las recompensas que ha obtenido M. Gauthier-Villars en multitud de ocasiones. Citaremos algunas: Portugal (1865), medalla de primera clase; París (1867), medalla de plata; Amsterdam (1869), medalla de primera clase; Moscou (1872), medalla de oro; Viena (1873), dos medallas de progreso; Filadelfia (1876), medalla de *Excellence in printing and general presentations of scientific publications*; París (1878), es promovido M. Gauthier-Villars al grado de oficial de la Legión de Honor, y nombrado miembro del jurado; Melbourne (1881), medalla de oro; Tolosa (1887), diploma de honor; Florencia (1887), medalla de oro, etc., etc.

Como es justo, también han obtenido distinciones algunos empleados de la casa. Del alto personal, M. Montreuil, director de los talleres tipográficos, es oficial de Instrucción Pública y, caballero de la Legión de Honor; M. Carlier, director de la librería científica y su colaborador M. Bondeau, encargado de la exactitud de las impresiones, son oficiales de Instrucción Pública.

Á los impresores más distinguidos se les ha otorgado medallas y menciones honoríficas.

Acertadamente observa en su artículo M. Th. de Caer que al jefe de esta casa editorial puede considerársele como el Didot de las publicaciones científicas.

Ahora, lo confesamos, nos inquieta un temor: que con noticias tan breves y faltas de conexión no se formen idea los

lectores de la importancia del establecimiento que dirige M. Gauthier-Villars.

Sólo nos tranquiliza, en cierto modo, la esperanza de que los muchos compatriotas nuestros que visiten la Exposición Universal de Barcelona, podrán examinar en la sección francesa los armarios que encierran las publicaciones salidas de los talleres de *MM. Gauthier-Villars et fils*, supliendo con su examen personal las deficiencias que seguramente hemos cometido.

Apéndice.—Divídese el Catálogo de los libros de fondo y de surtido que anuncia Gauthier-Villars, en veintiuna secciones. Citaremos en cada una varios de los autores cuyas obras contienen, ya que el citarlos á todos haría interminable esta reseña.

I. *Aritmética.*—Bézout, Bourdon, Comberousse, Condorcet, Coninck, Dostor, Dupré, Garnier, Hoüel, Lacroix, Lagrange, Lucas, Marie (M.), Painvin, Paque y Serret.

II. *Álgebra.*—Bertrand, (J.), Bézout, Bourdon, Catalan, Comberousse, Dostor, Faure, Hoüel, Lacroix, Laurent, Lefébure de Fourcy, Marie (M.), Painvin, Paque, Salmon, Serret y Vallés.

III. *Geometría.*—Bertrand, Bézout, Breton (de Champ), Carnot, Catalan, Chasles, Comberousse, Dostor, Hoüel, Lacroix, La Gournerie, Lamé, Legendre, Mannheim, Montucla, Poncelet, Rouché, Salmon, Serret y Vincent.

IV. *Trigonometría.*—Bourdon, Catalan, Comberousse, Dostor, Garnier, Lacroix, Lambert, Lefébure de Fourcy, Serret y Souchon.

V. *Aplicación del álgebra á la geometría.*—Boucharlat, Bourdon, Briot, Carnoy, Catalan, Cauchy, Comberousse, Dostor, Kœhler, Lefébure de Fourcy, Monge, Painvin, Poncelet, Salmon y Serret.

VI. *Tablas de logaritmos, de intereses, de cálculos prácticos, tablas astronómicas, náuticas, calendarios.*—Babinet et Housel, Baily, Boileau, Callet, Charlon, Francœur, Hoüel, Lalande, Oyon, Radau, Rouget, Schrön, Thomann y Vázquez Queipo.

VII. *Geometría descriptiva, perspectiva, estereotomía, construcción, aplicaciones, dibujo líneal.*—Bouché, Breithof, Clau-

del, Comberousse, Coulomb, La Gournerie, Lefébure de Fourcy, Leroy, Mahistre, Mannheim y Rondelet.

VIII. *Cursos de matemáticas, problemas y colecciones diversas.*—Chelini, Comberousse, Duhamel et Reynaud, Francœur, Lacroix, Marie (M.), Montucla, Paque, Reynaud, Saury, Tisserand, Tondeur y Villié.

IX. *Cálculos diferencial é integral, análisis matemático.*—Abel, Bertrand (J.), Boucharlat, Boussinesq, Briot, Carnot, Catalan, Cauchy (A.), Chasles, Clausius, Condorcet, Dostor, Duhamel, Dupré, Euler, Faà de Bruno, Freycinet, Gauss, Jordan, Joubert, Lacroix, Lagrange, Laisant, Laplace, Le Verrier, Lehagre, Marie, Moigno, Newton, Painvin, Paque, Poinsot, Poncelet, Serret, Sturm, Tait y Wronski.

X. *Mecánica racional y aplicada.*—Boucharlat, Bour, Catalan, Clausel, Coulomb, Delaunay, Francœur, Freycinet, Hirn (G.-A.), Jouffret, Lagrange, Laurent, Lévy, Mahistre, Moigno, Olivier, Perdonnet, Plateau, Poinsot, Poisson, Poncelet, Resal, Stephenson, Sturm, Timmermann, Viollet y Wronski.

XI. *Teoría mecánica del calor.*—Briot, Combes, Dupré, Hirn, Moutier, Tait, Tyndall y Zeuner.

XII. *Astronomía y meteorología.*—Arago, Babinet, Bertrand, Biot, Born, Caillet, Daubrée, Delambre, Delaunay, Faye, Flammarion, Francœur, Hirn, Houzeau, Kepler, Lacroix, Lalande, Laplace, Laussedat, Le Verrier, Loomis, Mascart, Palmieri, Pouillet, Radau, Resal, Secchi y Wolff.

XIII. *Física, aplicaciones.*—Ampère, Arago, Babinet, Berthelot, Biot, Bouty, Cauchy, Chevreul, Cornu, Everett, Foucault, Haüy, Hirn, Jamin, Jenkin, Joubert, Lamé, Lévy, Mouchot, Moutier, Plateau, Pouillet, Resal, Rumford, Secchi, Tissandier, Tresca, Tyndall, Volta y Zeuner.

XIV. *Química, cristalografía, mineralogía, metalurgia.*—Berthelot, Boussingault, Chevalier, Crookes, Dumas, Duplais, Fremy, Gerhardt et Chancel, Grandeau, Haüy, Lenormand, Miquel, Pasteur, Perdonnet, Pictet, Proost, Sainte-Claire Deville (H.), Swarts, Troost, Wagner y Wyroubouff.

XV. *Fotografía.*—Chardon, Davanne, Geymet, Mon-

ckhoven, Piquepé, Robinson, Trutat, Vidal y Vogel.

XVI. *Topografía, geodesia, agrimensura.*—Breton (de Champ), Claudel, Cronier, Francœur, Hudelot, Laussedat, Lefèvre, Lehagre, Paque, Puissant y Regnault.

XVII. *Puentes y calzadas, minas, ferrocarriles y construcciones.*—Belanger, Bourdais, Claudel, Combes, Coste, Delaistre, Freycinet, Lévy, Morin, Naudier, Resal, Rolland, With é Yvon Villarceau.

XVIII. *Guerra, marina.*—Bertin, Caillet, Carnot, Dupin, Hommey, Jouffret, Magnac, Mendoza, Monge, Normand, Ortolan, Pelletier, Poisson, Richard, Sarrau y Vignotti.

XIX. *Geografía, historia.*—Chancourtois, Cosson, Lacroix, Oger y Vallée.

XX. *Obras diversas.*—Ampère, Arago, Bouillet, Boussinesq, Cauchy, Chatin, Chevreul, Comberousse, De Jussieu, Destutt-Tracy, Dumas, Du Moncel, Euler, Flammarion, Fremy, Goupil, Hoüel, Humboldt, Lagrange, Leprieur, Maindron, Milne-Edwards, Moigno, Pasteur, Poisson, Porro, Quetelet, Regnault, With y Wronski.

XXI. *Publicaciones periódicas.*—Las que citamos anteriormente.

***

Al terminar estos ligeros apuntes, séanos permitido dirigir un cariñoso saludo á los ilustrados editores MM. Gauthier-Villars et fils, que serán pronto nuestros huéspedes y que, al concurrir al certamen universal de Barcelona, dan una prueba de afecto á esta querida tierra española.

Nobleza obliga.

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.

Madrid, Abril de 1888.

APUNTES

DE

UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

Continuación (1)

IV

LA TRAPA DE STAUELI

A 25 kilómetros al O. de Argel, y emplazado en el mismo sitio donde acampó la plana mayor del ejército argelino cuando en 1830 desembarcaron los franceses en Sidi-Ferruch, levántase un interesante edificio, ó más bien una porción de edificaciones, ya adosadas al cuerpo principal, ya separadas de él, según el tiempo en que se han construído y el destino que se les ha dado.

Separado del camino como un centenar de pasos, hállase el antepórtico al final de dos filas de corpulentos cipreses y acacias, que defienden el trayecto de los insoportables calores de verano. Franqueado aquél y pasado un segundo antecuerpo, hállase el viajero en el circuito formado por la Abadía con las dependencias que le son anejas.

Lo primero que entonces salta á la vista, es un hermoso

(1) Véase la pág. 627 del tomo anterior.

grupo de diez palmeras unidas por su parte baja hasta casi confundirse sus raíces, levantándose y separándose luego hasta formar con sus palmas vistosa bóveda.

Bajo de estas famosas palmeras donde se habían alzado las tiendas de Ibrahim, yerno del bey de Argel, y las de los beys de Orán y Constantina, es donde al día siguiente de la sangrienta batalla de Staueli, se celebraba una misa en acción de gracias, y donde más tarde, al establecimiento de los trapenses, se inauguraba la nueva fundación con otra misa en memoria de los guerreros que sucumbieron en el campo de Staueli.

Al frente y no lejos de este grupo de palmeras, álzase seria y modesta la fachada de la Abadía, asilo de silencio y meditación, lugar de recogimiento y de trabajo. La imagen de la Virgen bajo la invocación de Nuestra Señora de Staueli y del fundador de la Orden de la Trapa (según creo), en actitud de imponer silencio, y una inscripción que hay en el centro con estas lacónicas palabras: *Ense*, *cruce*, *aratro*, contribuyen á dar á aquella fachada el aspecto majestuoso é imponente que es propio de su destino.

Inscritos en los muros de entrada, así como en los del interior de la Abadía, hay una multitud de sentencias bíblicas, pensamientos piadosos y exhortaciones á la perfección cristiana. He aquí algunos que traduzco del francés en que están escritos: «¿Qué aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma?» «Si es triste vivir en la Trapa, es dulce morir en ella.» «El placer de morir sin pena, bien vale la pena de vivir sin placer.»

La Abadía, propiamente dicha, cuya primera piedra se puso sobre un lecho de fragmentos de bombas y metralla, forma un rectángulo que tiene en el centro un jardín y al rededor un claustro con dos series de arcadas, una en la planta baja y otra en el primer piso.

La capilla ocupa una de las alas del edificio; está dividida en compartimientos destinados ya á los padres, ya á los hermanos; los extranjeros y trabajadores asisten á las funciones religiosas desde una tribuna al pie de la capilla. A otro lado de la capilla se encuentra la sala capitular con asientos corridos al rededor por el estilo de los que se ven en los coros de

nuestras catedrales; allí se dan instrucciones á la comunidad, se reunen los consejos generales y se oyen las confesiones públicas. Al lado de la sala capitular está el comedor, pieza espaciosa, donde cada uno de los padres tiene asignado su lugar, formando todo su utensilio un plato para los alimentos sólidos, una taza para los líquidos, una cuchara y un tenedor de madera. No es más confortable el dormitorio, dividido en pequeñas alcobas, donde una camilla, un jergón, una sola sábana y un cubrecama forman todo el mobiliario. En la biblioteca con pocos volúmenes, casi todos de obras religiosas, vimos algunos restos fósiles encontrados en las posesiones del Monasterio, así como medallas y monedas y otros objetos arqueológicos.

El cementerio, separado como doscientos pasos de la Abadía, conserva los restos de muchos religiosos cuyos nombres se consignan en una cruz negra que se levanta sobre su sepultura. También se encierra allí la tumba del coronel Marengo, en cumplimiento de su última voluntad.

Con el nombre de *hostería* hay un cuerpo de edificio destinado, como indica su nombre, para los huéspedes. Unos cuartitos, que llevan cada uno el nombre de algún santo, son las habitaciones para éstos. Dos sillas y una cama con todo lo necesario, una mesa y una palangana, constituyen el menaje de aquellas habitaciones, en que si no sobra nada de lo supérfluo, tampoco se carece de lo indispensable. La comida para éstos es sana y abundante, pero el uso de la carne les está vedado.

Acompañados en nuestra visita á la Abadía por un religioso á quien las obligaciones regulares le llamaban de otra parte, nuestra visita por las dependencias que hemos mencionado duró casi menos tiempo que el que tardo en referirlo. No así la que hicimos á las dependencias de explotación, á los varios departamentos de la industria rural que encierra la Granja de la comunidad. Para apreciar como se debe este prodigio de actividad, juzgamos conveniente decir dos palabras sobre el origen de esta fundación.

En 1843, trece años después de la sangrienta y decisiva batalla de Staueli, los franceses, bien conocedores de la utili-

dad que reportaría á su colonia el establecimiento de alguna orden religiosa, concedieron á los PP. Trapenses, además del permiso para establecerse, 1.200 hectáreas de terreno en el sitio que hemos dicho, no lejos del que fué teatro de la gran batalla de Staueli.

Inculto y malsano además aquel terreno, por las emanaciones palúdicas á que está tan dispuesto en algunos puntos el clima pluvioso de la Argelia, era tarea penosísima, casi insuperable, al parecer, el preparar aquellas tierras para el cultivo, y el sanearlas de forma á darles las condiciones de habitabilidad de que carecían. Era ésta ciertamente una lucha pacífica, sí, pero arriesgada y hasta heróica contra la pertinacia de un suelo estéril por el abandono, y morboso y letal por las condiciones de su clima. Era una lucha en que los combatientes, armados con los instrumentos cuyos nombres hemos visto en la fachada del edificio, *cruce*, *aratro*, venían gozosos á completar la transformación obrada por el manejo de la espada, *ense*, y á sembrar entre aquellas gentes los gérmenes bienhechores de la civilización cristiana.

Y á fuerza de trabajo, y venciendo dificultades de todo género sin escatimar el sacrificio de la propia vida (1), consiguieron hace ya algunos años llegar á constituir un centro de población en lo que no era más que insano erial, y montar una industria rural cuyas proporciones y prosperidad actual nunca llegaron á barruntar, por confesión de los mismos padres que nos acompañaban en nuestra visita, los que iniciaron la empresa. ¡A tanto alcanza la constancia en el trabajo y el desprendimiento de quienes no esperan de él sino la recompensa de la eternidad!

---

(1) Hé aquí á este propósito cómo se expresa M. Lecq en un opúsculo titulado *L'Exploitatión agricole de la Trappe de Staoueli*: «En los primeros años, recorriendo el cementerio, se cuentan hasta diez muertos por año; en cuanto á los que sobrevivieron, su estado de debilidad era tal, que debieron llamarse, para que los cuidaran, algunos de los condenados militares. Pero como el soldado en la brecha, cada muerto era inmediatamente reemplazado por un hermano animoso que, llegando sano al combate y no envenenado aún por los miasmas palúdicos, venía á tomar parte en la lucha, hasta el momento en que, sucumbiendo él mismo, cedía á otro su puesto. En fin, después de una lucha porfiada, el suelo fué saneado, las fiebres desaparecieron, y desde entonces la mortalidad no presentó nada de anormal.»

Véase, en confirmación de lo que venimos diciendo, un ligero cuadro sobre la explotación de estos terrenos que entresacamos de M. Lecq, opúsc. cit. (1).

Cuatrocientos trabajadores, poco más ó menos, se dedican á la explotación del dominio de la Trapa. Este personal se descompone como sigue: 110 religiosos trapistas, divididos en Padres y Hermanos conversos; 60 criados que, además de la asistencia completa, perciben 15 francos por mes; 70 condenados militares que, además de la sustentación, reciben un salario de 1 franco 60 céntimos; á éstos hay que añadir unos 80 españoles que perciben 2 francos y 50 céntimos de jornal y un centenar de desmontadores que reciben 100 francos por cada hectárea puesta en cultivo.

Para los trabajos agrícolas se dispone en Staueli de 26 pares de bueyes y de unos 30 caballos y algunas mulas.

La especie bovina se halla representada por 40 vacas y una porción de ternerillas. Se obtiene de aquellas la leche para el consumo del monasterio.

La especie ovina cuenta unos 300 carneros, la porcina unas 15 hembras para la reproducción.

Además de esto, hemos visto conejos y gallinas en grandes cantidades.

Las 1.200 hectáreas de que se compone el dominio de la Trapa, se descomponen del modo siguiente: 40 hectáreas de bosque, 300 ídem de viñas, 30 de geranio, 120 de trigo, 90 de avena y cebada, 200 no roturadas, 35 en maíz, habichuelas, patatas, remolacha, etc. El resto abraza los árboles frutales, prados naturales y artificiales, etc.

La naranja, así natural como mandarina, se cultiva en una extensión de cerca de cinco hectáreas. Su producto bruto se ha elevado alguna vez á 9 000 francos la hectárea. En tiempo de sequía apenas si rinde 1.000 francos la hectárea. El geranio se cultiva para la preparación de esencias. La viña, como

---

(1) Las cifras que presenta el citado folleto, publicado en 1882, no son hoy completamente exactas; pero por la visita que giramos á todas las dependencias, paréceme deben aumentarse casi todas ellas para estar en lo cierto. La prosperidad del establecimiento ha ido gradualmente creciendo desde 1882.

es natural, para la elaboración del vino en cantidades fabulosas. Los cereales y frutales para las necesidades del monasterio.

Tal es, en resúmen, la explotación de la granja de Staueli. Gracias á la amabilidad de los dos PP. españoles que nos acompañaron, á quienes el Rdo. P. Abad concedió facultad de hablar con nosotros, pues de otro modo no hubiesen podido hacerlo, examinamos muy despacio todos los departamentos con la estupefacción que nos inspiraba tanta actividad y tanta riqueza al lado de tanta abnegación, sufrimiento y pobreza. ¡Qué contrastes tan admirables! Aquella comunidad, que ha llegado á lograr de sus empresas una renta de más de *cien mil duros anuales* (1), no llega tal vez á consumir en cada uno de sus indivíduos una cantidad de 50 céntimos diarios. Un poco de pan y vino por la mañana, y una sopa *sin carne ni pescado* por el mediodía ó á las dos de la tarde, hé ahí el suculento menú que consumen los religiosos de Staueli. Y cuenta, que además de los trabajos agrícolas á que se dedican casi todos los religiosos, tienen las obligaciones de coro y la asistencia espiritual de la población que vive de su trabajo en las fincas del convento.

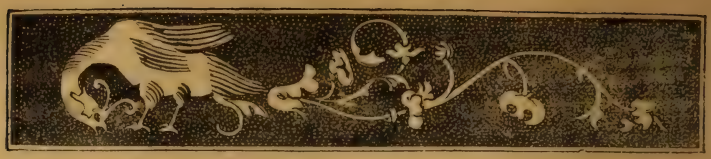
He aquí ahora cómo concluye M. Lecq el ya citado opúsculo: «Yo no podría terminar, aunque esto salga ya del cuadro de este estudio agrícola, sin decir una palabra sobre el uso á que se destinan las rentas de la explotación. Además de las sumas empleadas en trabajos interiores para el mejoramiento ó la extensión de los cultivos, una suma importante, variable según la cosecha, se destina anualmente á la creación, en Francia y en Argelia, de escuelas cristianas, de iglesias, á la dotación de religiosas... etc. Además, el convento socorre á todos los indigentes de la región, en medio de la cual se encuentra; alimenta cada día á cerca de 150 pobres, á quienes da la sopa y el pan. La Trapa es un refugio para el viajero sin asilo, y, llamando á su puerta, el pobre hambriento está seguro de encontrar un pedazo de pan.»

FRANCISCO PONS.

(*Se continuará.*)

---

(1) Así lo dijo el P. Raimundo, español.



REVISTA DE TEATROS

No será difícil que nuestros lectores conozcan la novela francesa que con el título de *París en América* escribió Eduardo Laboulaye, y que se presenta á nuestra memoria con motivo de la irrupción de compañías italianas que durante la estación primaveral invaden los teatros de esta muy heróica villa, dando ocasión á que podamos decir, parodiando al autor francés antes citado, Italia en Madrid.

Cuatro son las compañías que se albergan en los teatros de la Comedia, la Zarzuela, Alhambra y Príncipe Alfonso, y de estas cuatro dos han inaugurado sus tareas con gran contentamiento del público, que no cae, ó no quiere caer, en la cuenta de que esta circunstancia puede influir en la decadencia ó crisis por que atraviesa nuestro Teatro, de la que nos ocupamos en nuestra anterior revista, y cuyo tema seguiremos explotando en nuestros sucesivos trabajos, según las circunstancias lo exijan.

Una vez que las excursiones al extranjero de nuestros principales actores, autores y directores de escena, no han producido nada que sea para mejora y adelantamiento de nuestro Teatro, no está demás, y por el contrario aprovecha mucho, que actores de distinta nacionalidad vengan hasta nosotros para facilitar el estudio á los que no les es dado emprender

tan dispendiosos viajes, y al mismo tiempo para perfeccionar el gusto en la generalidad del público que no ha traspasado nunca nuestras fronteras.

Los resultados beneficiosos que esto pueda proporcionar, no los hemos tocado del todo desgraciadamente, porque excluyendo un teatro que no queremos nombrar por no pecar de sospechosos ni de parciales, y en las obras de espectáculo, en las que verdaderamente se derrocha el espíritu de imitación y de fastuosidad en presentar las obras, en los demás se sigue el camino trillado sin que el arte y la literatura patria hayan ganado nada.

También es forzoso decir, en este último extremo, no nos han proporcionado los actores extranjeros muchos modelos que imitar, porque, ya sean éstos italianos, portugueses ó franceses, este último teatro es el que domina, sin que el de otras naciones descuelle por su mérito, siendo sensible tener que confesar, que tanto el teatro portugués como el italiano, que imprimieron los primeros impulsos en 1517 al drama español, el que empezó á dominarlos en tiempo de D. Juan II, yacen hoy sumidos en un estado de postración y marasmo, tan digno de lástima como poco merecedor de la glacial indiferencia con que le contempla dicho teatro, que solo con sus alas se elevó sobre sus cimientos y ha crecido á sus espensas, y hoy con manifiesto desprecio arroja el escabel que ayudó su elevación, como siempre acontece cuando se medra con auxilio ajeno.

La influencia que en 1500, tanto el teatro italiano como el portugués y el español prestaron al francés, éste empezaba á devolvérsela en 1701, y los nombres del Marqués de San Felipe se confundían en principios del siglo actual con los de Castro, Añorbe, Cadalso, Montiano, Ayala, Iriarte, Huerta, Triguero, Jovellanos, D. Ramón de la Cruz, Cienfuegos, Valladares, Zabala, sin omitir al insigne Comella, cuya semilla aún fructifica en nuestra época, y cuyos nombres hemos visto envueltos en las arraigadas luchas entre el teatro antiguo y el teatro clásico, que abrió la puerta á una regeneración que inmortalizó los nombres de Bretón, Ayala y otros que lograron contrarrestar la influencia latante del teatro francés hasta es-

tos tiempos que, como hemos visto, por desgracia nuestra, si no lo ha conseguido, pretende al menos proclamarse señor absoluto del Teatro contemporáneo.

Pero salvando la opinión de los entusiastas por dicha nación, si en lo que respecta á la literatura dramática pueden presumir que conseguirán su propósito, en lo que se refiere al arte dramático, ó sea el arte de hacer comedias, muchos esfuerzos tiene que emplear para vencer á los portugueses y á los italianos y aun á nosotros mismos, que dadas nuestras condiciones esenciales y con un poco más de amor al arte, más abnegación, mayor entusiasmo, más desinterés y rodeados de las circunstancias que á ellos les favorece y que nosotros no disfrutamos, seríamos, aunque esto parezca demasiado arrogante, los vencedores en toda la línea como hemos sido en épocas no muy lejanas; porque una nación que con sólo los dichos y frases genéricas que nacen de su natural y espontáneo gracejo, ha podido formar y ha formado una literatura especial y suya propia, que ha sido objeto de estudio, y tan imposible de imitar como digna de admiración por propios y extraños que á ella dedicaron su inteligencia, del mismo modo, naciendo de su carácter, de sus condiciones especiales y de su modo de ser propio y peculiar, ha podido y aún puede constituir un teatro llamado propiamente nacional, donde el arte, representado por el actor español, sintetice lo que ha sido y puede ser aún si las sombras de la indiferencia, la apatía, la neglicencia y del marasmo que rodea á nuestros actores contemporáneos, desaparecen para bien de cuantos se glorían con el nombre de amantes de la dramática española en general.

Mientras esto no suceda, habremos de contentarnos, si no de grado por fuerza, con las lecciones que diariamente nos dan las compañías extranjeras y el estudio y la perfección con que desempeñan sus respectivos papeles cada uno de los actores de los que en ellas figuran, y tanto es así, que al ver interpretadas por la compañía de Rafael Tomba, que ha tomado tierra en el popular teatro de la Zarzuela, las conocidas obras tituladas *Boccaccio*, *La Mascotta*, *Il babbeo é l'intrigante*, *Regina Elda*, no hemos podido menos de admirar la manera de interpretarlas, y que dista muchísimo de como aquí las

hemos visto; tanto la Sras. Roselli, Spinelli y Urbinatti, como los Sres. Tosti, Marchetti, Poggi y Miltzi, demuestran, no sólo sus aptitudes para la escena, sino las condiciones esenciales que como actores reunen, y con las cuales y un concienzudo estudio imprimen á los papeles que toman á su cargo un sello tal de inteligencia y un exquisito tino para no traspasar el límite que media entre la verdad y la ficción, entre lo verdaderamente cómico y lo exageradamente bufo, advirtiéndose, tanto en la frase como en la acción y en las actitudes, el arte del conocimiento del teatro y la penetración del tipo ó carácter que representan.

Si del género cómico, con sus ribetes de bufo, pasamos al verdaderamente cómico y dramático, ó por mejor decir, si del teatro de la *Z*arzuela nos trasladamos al de la Comedia, después de haber evocado los recuerdos que en aquel escenario dejaron los actores italianos que en temporadas anteriores se hicieron aplaudir con justicia, trayendo además á la memoria de nuestros lectores los nombres de la Ristori, la Marini, la Glech, y los de Rossi, Salvini, Emmanuel, Zanconi y Cerezza, y limitándonos después á la compañía que en dicho teatro funciona actualmente, dirigida por el Sr. Novelli, después de considerarla deficiente en comparación á las de temporadas anteriores, insistiremos en lo dicho, advirtiendo que, en nuestro juicio, dicho actor muestra mejores disposiciones para el género cómico que para el dramático, y aunque en éste no hemos tenido ocasión de poderle juzgar todavía, ateniéndonos á las obras *El Romanzo Parigino*, *Aye Grandi Manobre* y *Durand et Durand*, que hasta hoy le hemos visto representar, se observa en él, según el dicho vulgar, que lleva el sello de fábrica, es decir, que como todo actor italiano ó portugués, las facultades intelectuales dominan á las físicas, caracterizando los personajes que interpretan, no solamente con la frase, sino armonizando ésta con la acción, el movimiento y el gesto, reflejo fiel y exacto de la identificación perfecta con la esencia moral del personaje y el conocimiento visible de las pasiones, de los afectos, de las genialidades y de los caracteres de los individuos, en unión con el conocimiento perfecto de la sociedad, del momento y la circunstancia en que se desarrolla la

acción; y si á esto se añade el conjunto armónico que á pesar de lo poco uniforme de la compañía que nos ocupa, resulta en la interpretación de las obras, vendremos á marcar insensiblemente la diferencia entre nuestros actores y los actores extranjeros.

Inutil será que se nos achaque á exceso de apasionamiento, lo que bien puede ser exceso de frialdad en examinar un asunto tal y como es, sin caer en el pesimismo y la exajeración, y sin que hayamos olvidado que muchos opinan que el predominio que ejercen los actores extranjeros sobre los nuestros se debe á un mérito ficticio, presumiendo que sólo estriba el suyo en que teniendo un limitado repertorio, el cual no varían en mucho tiempo, ésto hace que, dominando las obras que le constituyen á fuerza de repetirlas, las ejecuten con marcada perfección.

No negaremos nosotros esta verdad; pero tampoco se nos podrá negar, que por más que entre nosotros los extremos son más frecuentes, hay actores de los que forman en el vasto número de las eminencias de nuestro país que tienen un repertorio de obras, que por creerlas adaptadas á sus facultades, porque verdaderamente es así, las hacen con preferencia á las demás; y se echar de ver que á pesar de la continua repetición las hacen lo mismo que el primer día, sin que se note perfeccionamiento alguno; consecuencia natural de la aplicación de la inteligencia á un mismo objeto, detalle que resalta en los actores italianos y portugueses, que para gloria nuestra se patentizaba también con muy marcadas tintas en nuestros actores antiguos, especialmente en la Matilde Díez, la Bárbara Lamadrid, la Antera Baus, la Jerónima Llorente, Julián Romea, Carlos Latorre, Guzmán, Arjona, Fernando Osorio, Valero y Mariano Fernández, que nunca hacían las cosas de un mismo modo, sino imprimiéndolas esa variación propia del ingenio y del talento.

Verdadero orgullo sentimos al evocar la memoria de nuestros principales actores, que á fin de desvanecer las dudas que pudieran tener algunos de nuestra imparcialidad, queremos disiparlas insistiendo una vez más en que no tenemos que envidiar á nadie en cuanto á condiciones dramáticas, hijas de nues-

tra naturaleza y propias de nuestro suelo. No tememos pecar de exajerados al decir que en España todos somos cómicos, y así lo demostramos en todos los actos y manifestaciones de la vida; bien entendido que lo somos de buena ley y sin hacer traición á nuestro temperamento, á nuestro carácter, y mucho menos á las buenas cualidades y relevantes prendas que de ellos nacen y que constituyen el orgullo de nuestra raza.

¿Quién puede dudar que en el terreno del trato social, y especialmente en el de la política, estamos haciendo una comedia constante y que no andamos un paso sin que nos tropecemos con un cómico de primera? ¿Cuántos conocerán, como nosotros conocemos, á una persona en extremo simpática, de intachable honradez, de un talento natural reconocido, de erudición pasmosa y de un carácter tan igual como agradable? Pues bien, este sujeto, sin darse cuenta de lo que hace, sin estudio ni preparación alguna, y doblegándose sin querer á las circunstancias de actualidad, unos días se presenta á sus amigos como un hombre de negocios, ya dando preferencia á los bursátiles ó á los administrativos, habla de cambios, transferencias, indemnizaciones y subastas, como un verdadero bolsista y un antiguo y benemérito empleado; otros como un militar aguerrido que cuenta campañas, refiere acciones, combate ó defiende las reformas militares, da lecciones de balística y maneja á su antojo la táctica militar; si hoy le vemos convertido en perfecto literato recitando con admirable entonación y prodigiosa memoria trozos y parlamentos de nuestros principales clásicos, mañana le veremos disertar sobre la pintura, y así sucesivamente; y así cada día representa un tipo ó un personaje distinto, en el cual no sabemos qué admirar más, si su exhuberante ingenio ó su admirable facundia. Como este tipo no es el único que existe, de la reunión de todos resulta ese teatro social que nadie admira y todos comprendemos; y nada decimos de las mujeres, porque si entráramos en ese terreno, no acertaríamos á definir la lamentable escasez de buenas actrices que se observa en nuestra escena.

De estos razonamientos se desprende, naturalmente, el preguntar en qué consiste que con tan buenas disposiciones nuestros buenos actores vayan desapareciendo; si la pregunta

es clara la respuesta es obvia, y estriba en que el actor nace y se hace; el primer elemento ya hemos demostrado que le tenemos con creces; lo que nos falta es el estudio, que es el segundo, y este es el motivo fundamental por el cual nos aventajan los actores italianos y portugueses, sin decir nada de los franceses, porque para ello nos dará ocasión la celebrada trágica Sarah Bernard cuando se presente en la escena del regio coliseo.

A poco que nuestros lectores se fijen, comprenderán que de todo lo que llevamos dicho en el asunto que vamos tratando, la ingerencia de las compañías extranjeras en nuestro Teatro, en vez de contribuir á conjurar la crisis por que atraviesa, ó evitar la decadencia según algunos temen, favorece á la una y á la otra, lo que es sensible una vez que á nuestro juicio sería fácil de evitar estableciendo una noble lucha de emulación entre nuestros actores; cosa fácil de conseguir si durante la estación primaveral, en vez de ocupar nuestros teatros las compañías referidas, los ocuparan las que, formadas por nuestros actores, han funcionado durante el invierno en nuestras principales capitales, y hicieran las mismas obras que estrenaron los actores que con muy buen acierto pasan á los mismos puntos de donde proceden los que debieran venir á sustituirlos, sin que para esto fuera obstáculo ni inconveniente el público, que en su carácter novelero, impresionable y amigo de formar opiniones, no siempre ciertas ni atinadas, del mismo modo acude al teatro atraído por el mérito de una obra que por la novedad de los actores que la representan; y si fuera necesario probarlo, bien claro lo está diciendo la compañía que dirige el Sr. Cereceda en el teatro de Apolo, y que en la interpretación de las conocidísimas zarzuelas *Cádiz*, *La gran vía* y *La fiesta de la gran vía*, han superado en su ejecución á los actores que las estrenaron; lo que el público reconoce prodigando á los que ahora la interpretan justos aplausos, y recibiendo dichas producciones, como si fuera la noche de su estreno.

Y ahora que hablamos de esta popular producción, no escasearemos nuestros plácemes á la mencionada compañía Tomba, que ha hecho un detenido estudio de nuestros tipos y

de nuestras costumbres, con el que han vencido los obstáculos que le oponían su idioma y su carácter, para conseguir un verdadero triunfo que, á fuer de imparciales, nos complacemos en consignar.

Nada decimos de los teatros, por no haber visto ninguna de las obras estrenadas en los mismos.

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Fórmula imperante de transacción y concordia.—El partido *whig* y la bandera *tory*.—Una pregunta en Madrid contestada en Sevilla.—Cuadro elocuente de actividad en lo inútil y de inercia en lo necesario.—Transigencias plausibles.

MIENTRAS las agrupaciones políticas que militan en favor de distintos ideales, dentro de la legalidad vigente y á la sombra del principio monárquico-constitucional, tienden á dejar perfectamente dibujados los dos grandes campos ó partidos llamados á turnar en el poder, es muy notable y visible un progreso positivo, una verdadera mejora en nuestras costumbres parlamentarias. La más reciente fórmula no es de intolerancia ni de guerra á todo trance, sino de paz, de transacción y hasta en todo lo posible de concordia.

El primordial pensamiento, manifestado á raíz de la restauración y perseguido con empeño por el eminente estadista Sr. Cánovas del Castillo, viene á tener hoy una realización cumplida. Los grupos que no tienen razón de ser se disgregan, el equilibrio de fuerzas se establece y afirma, al propio tiempo que las influencias individuales buscan, cada una por su parte, el centro de gravedad más natural y simpático á sus

propósitos y sentimientos. Existen ya dos grandes partidos dispuestos á consolidar con firmeza el Gobierno de la Regencia: el partido liberal el uno, y el partido conservador el otro; los hombres de la bandera *wihg* y los de la bandera *tory*, necesarios ambos para que se contrabalanceen siempre las aspiraciones reformistas y aventureras de los unos con las sesudas resistencias de los otros.

Toda la cuestión política queda, pues, ahora reducida á la siguiente pregunta:—¿Es necesario extremar la política liberal, y conviene en este momento histórico—según la frase en boga—seguir por las pendientes en que se precipita el Gabinete del Sr. Sagasta?

***

Un notabilísimo discurso, el del Sr. D. Francisco Silvela en Sevilla, acaba de contestar magistralmente á la anterior pregunta. El ex-ministro conservador, tan experimentado en las necesidades de los pueblos como imbuido en las grandes realidades de la política, ha expuesto sin ambages y con notorio alcance el resumen de la situación en que nos encontramos.

En primer lugar, se hizo el Sr. Silvela cargo de la manera contraproducente cómo entiende el Gobierno actual la defensa de la Monarquía, abandonada exclusivamente á su virtualidad propia. Cree el Sr. Silvela que no es discutible que, dadas nuestras condiciones históricas y sociales, la fórmula necesaria y fundamental de nuestro derecho público es la Monarquía parlamentaria, y sean las que quieran las opiniones que en el terreno de la pura teoría se profesen sobre la expresión más perfecta de los organismos políticos del Estado, la defensa y mantenimiento de esa constitución fundamental es condición precisa de todo orden, de todo progreso, de toda libertad y aun de toda vida nacional entre nosotros. Citó el mal resultado que dan en Francia el parlamentarismo y la democracia, privados del contrapeso salvador de la Monarquía, que es como el centro nervioso que relaciona y presta unidad al cuerpo humano; y después de exponer con franqueza y alto criterio los fundamentos de sus doctrinas, el elocuente orador decía:

«Ahora bien: ese principio monárquico es ante todo y sobre todo una fe, un prestigio, una creencia, un sentimiento, é importa ampararle y defenderle de ataques á que sin peligro pueden exponerse todos los demás poderes y organismos de nuestro sistema constitucional; y sin embargo, él es el más abandonado por el Gobierno y de una manera sistemática en la que descubre el más miope un pensamiento fijo revelado en todas ocasiones, informando todos los actos, así los más importantes como los más pequeños.

»Cierto es que á ese alto poder se le defiende en discursos, y se le ensalza en epítetos, y se le hace justicia en apreciaciones y alabanzas de la institución y de la persona que la representa; pero desde la relajación de la disciplina militar en lo que ella tiene de más grave, hasta la relajación de las etiquetas parlamentarias y palaciegas en lo que puede aparecer más formulario; desde el Código penal, que en algún modo estaba dirigido á amparar esa institución con alguna más eficacia, y que deja el paso á todas las demás leyes, hasta la conducta que el Gobierno y las autoridades observan con estudiada ostentación respecto de los enemigos más declarados de la Monarquía, todo revela un ordenado propósito de mantenerla en lo que ellos juzgan una prudente debilidad, una inseguridad tranquilizadora; y déjase así crecer y propagarse la idea de que se le pueda preparar, al menor contratiempo exterior ó interior, de esos que la Providencia á deshora suscita en los pueblos mejor regidos, un sencillo y poco doloroso trasplante, tan luego como unos cuantos que se declaren desengañados ó impacientes proclamen que es liberal y patriótico llevarlo á cabo.

»Bien sé que á la Monarquía y á los que tales recelos expresamos se les dice que son temores vanos, que es una añosa encina, un robusto y arraigado cedro que vive más lozano con los huracanes de la libertad, y que se alegan los ejemplos de Inglatera y de Italia, donde, por de contado, no se sigue semejante política ni se toleran tales procedimientos; pero, aunque así fuera, mucha ceguedad ó mucha pasión se necesita para no advertir la diferencia inmensa que de tales países nos separa, las singulares condiciones de nación en que vivimos, su

reciente historia, la especial actitud de los enemigos de la Monarquía entre nosotros, el elocuente ejemplo de una fatal experiencia; y por eso entiendo que los que tales cosas aconsejan, no todos en verdad, pueden juzgarse del mismo modo; no todos acarician los mismos ideales, ni sueñan en las propias eventualidades para la Monarquía; mas sobre todos ellos puede formularse esta apreciación severa, pero justa: unos la hacen traición, otros la adulan; pero entrambos por igual la engañan...»

Hubo de confesar el Sr. Silvela que, con el Gobierno liberal, se han prevenido y evitado males incalculables y evidentes; pero no dejó, sin embargo, de advertir y lamentar las inmensas deficiencias, los increibles abandonos de la política democrática que actualmente impera.

«Se advierte en este Gobierno,—añadía,—una mezcla extraña y una combinación desgraciadísima, mediante la cual despliega actividad y aparece fecundo para todas las reformas desatinadas é innecesarias, y tímido, indeciso ó resistente para aquello que se necesita como el pan; así se ve que, despreciando todo criterio de prudencia, hiriendo á la vez múltiples intereses, se lanza á trastornar todo aquello que al país no importa; hay, por ejemplo, notoria libertad de asociación para el escaso desarrollo de tal idea en España, y se apresurará á hacer votar una ley aún más amplia destinada á olvidarse en la Colección Legislativa; se ha planteado el juicio oral, se sienten los naturales defectos de todo organismo nuevo en los tribunales colegiados, pues hay que apresurarse á establecer el Jurado, que el pueblo no comprende, que las clases medias detestan y en el que nadie absolutamente tiene fe; el material de nuestro ejército, su armamento, su vestuario, sus servicios de Sanidad, son notoriamente insuficientes para su contingente actual, y se apresura el Gobierno á establecer el servicio general obligatorio: existen unas armas especiales que se ilustran así en el terreno científico como en el militar, siendo espejo de honor en la paz y en la guerra, en la defensa del orden público y en la integridad de la patria, en la disciplina inquebrantable y en el heroismo por nadie superado, pues urge alterar su organización y variar las condiciones de su existencia. Sólo en

la cuestión religiosa parece haber aprendido en sus desdichas y en las de la patria, conservando y respetando sin alteración esencial el prudente criterio del partido conservador de la Restauración, debiendo por ello tributo de gratitud nacional, y muy singularmente á los hombres á quienes principalmente se debe, al General Martínez Campos, que entiendo hizo siempre condición precisa de su cooperación esa conducta, y al señor Alonso Martínez, que con fortuna la ha desarrollado desde su departamento; pero en las dos necesidades más urgentes, la reforma administrativa y las soluciones económicas, la inercia, la indecisión y aun la resistencia á las exigencias del país no pueden ser más extrañas y funestas.

»Llevan dieciocho años de existencia las leyes municipal y provincial, inspiradas en un criterio democrático, sin que el partido conservador, por consideraciones políticas, se atreviera á reformarlas en toda la medida en que hubiera sido conveniente hacerlo, y un ministro liberal nos revela, con plausible franqueza, en la *Gaceta*, que el resultado de ese sistema administrativo es deplorable; que los servicios que constituyen la civilización y la vida de los pueblos yacen en el mayor abandono, las rentas sin cobrar, las deudas sin satisfacer, los presupuestos sin cubrirse, y no se nos ofrece otro remedio á tales males que aquella apelación á los tribunales de justicia, que los demócratas sacaron de una lectura precipitada de Arhens, y que tantos daños ha causado á la Administración y á la justicia. Cuando oigáis hablar de reformas en la Administración municipal y provincial, podréis tener un seguro criterio para distinguir la seriedad de la farsa, si no prestáis el menor crédito á nadie que no se proponga en tal materia empezar dotando de recursos permanentes y positivos, y arreglando de una manera formal la Hacienda municipal y provincial; y será en vano que se le consagre la atención de los Gobiernos á normalizar el Tesoro público, y que para figurar presupuestos con sobrante se acaben de arrancar á los pueblos sus recursos y de desorganizar sus medios de vida, pues jamás podrá hacerse un pueblo ordenado y próspero de un conjunto de Ayuntamientos entrampados y de Diputaciones en quiebra.

»No es necesario, tampoco, para llevar adelante la reforma

administrativa, volver á los procedimientos de la antigua centralización; pero sí es preciso dotar á los Gobiernos de medios eficaces de intervención que aseguren el cumplimiento de la ley, la verdad de los presupuestos y la legitimidad de los recursos y de su inversión, dejando amplia autonomía administrativa á aquéllos que demuestren en la práctica saber utilizarla, y sujetando á salvadora tutela las provincias y pueblos que no quieran ó no sepan usar de sus libertades administrativas, y del caudal de los contribuyentes para cubrirlas.

«Aún más extraordinaria é incomprensible es la resistencia del Gobierno á las soluciones económicas que conducen á la protección de la agricultura, y es preciso verlo y oirlo para llegar á convencerse de que aún no sabe el jefe del partido fusionista, si éste debe escribir en su bandera el principio de la protección ó del librecambio. Ella ha podido ser una cuestión de escuela y de teoría durante muchos años en nuestra patria, y entonces se concebía muy bien que se profesaran criterios meramente teóricos también, y que figuraran en un mismo Gobierno personas de escuelas distintas; pero cuando se trata del problema del día, es verdaderamente inconcebible que España tenga á su frente un Gobierno, que no se sabe á la hora presente el criterio que profesa en conjunto sobre tal cuestión. ¡Y aún se llama ingobernable á un país que se deja gobernar de esta suerte!»

Gran lógica tiene todo el razonamiento del Sr. Silvela.

Exponiendo las razones que exigen hoy la protección arancelaria en España, recordó oportunamente las promesas del Sr. Moret en el mismo Sevilla, sobre retirarse del Gobierno si la opinión se inclinaba á soluciones proteccionistas, y preguntó si no era ya bastante clara esa opinión para que dichas ofertas se cumplieran.

En una palabra: el discurso del Sr. Silvela en Sevilla, discurso principalmente encaminado á establecer una comunicación más íntima entre la política de la Corte y los sentimientos de las provincias, es la nota más saliente y significativa de esta quincena.

*
* *

Los temperamentos de concordia se han robustecido con la patriótica actitud del partido conservador en la cuestión de las reformas militares. Informándose el Sr. Cánovas del Castillo en su alto sentido de Gobierno, acepta las modificaciones introducidas en los proyectos del General Cassola, modificaciones en consonancia con los principios sustentados en el último y admirable discurso que sobre el particular había pronunciado el jefe de los conservadores.

Una vez más demuestra el Sr. Cánovas, que es enemigo de los antagonismos sistemáticos y de porfiadas intransigencias, cuando la inflexibilidad del reformador desaparece también ante buenas razones y sin desdoro de nadie. Así, con el concurso de todos, se regeneran y mejoran las instituciones patrias, cimentándose con acierto aquellos monumentos que, como la constitución militar, están llamados á ser, no caprichos de un partido, sino obras verdaderamente nacionales.

A.

REVISTA EXTRANJERA

Novelas íntimas de la corte de Alemania.—Proyectado enlace del Príncipe Alejandro de Battenberg con una Princesa de Alemania.—Disidencias entre el Gran Canciller y su Soberano.—Supuesta crisis de la política de Bismarck.—Perspectivas de dictadura en Francia, y el principio del fin en Bulgaria.

CONFUNDIDOS siempre y en constante pugna suelen aparecer los nombres de Alemania y Francia en el fondo de todas las cuestiones europeas. Las agencias telegráficas, más afectas á los intereses de París y Londres que á los de Berlín, así como las correspondencias de la prensa más bulliciosa, contienen evidentes novelas y manifiestan diario empeño en pintarnos al Imperio alemán devorado por luchas intestinas é incesantes, y desgarrado por irreconciliables antagonismos que nacen en el seno mismo de aquella corte.

Se nos dice que las aspiraciones políticas de Federico III están lejos de ser las de su padre el Emperador difunto; se añade que los antiguos y probados Consejeros ven cómo se desmorona y cae por momentos la antigua privanza, y que puede darse por eclipsado aquel incomparable genio del Gran

Canciller, á quien se debe la creación del más influyente y temido Imperio de nuestros días. ¿Será cierto que el prestigio de la admirable política de Bismarck sufre honda crisis, y que el simple proyecto de matrimonio entre Alejandro de Battenberg, destronado Príncipe de Bulgaria, y la hija del actual Emperador de Alemania, es bastante motivo para condenar á cierto ostracismo moderno al que durante una larga vida viene levantando con milagroso éxito la esplendorosa gloria de su patria? Otra es la idea que acerca de las personas y de las cosas tenemos formada.

*
* *

Pero veamos ante todo lo que se dice. He aquí el resumen de todas las reflexiones y de los más imparciales juicios emitidos por la prensa, por añeja costumbre inspirada en la opinión de los periódicos más ó menos simpáticos á los intereses de Francia:

«El enlace del Príncipe de Battenberg con la hija de Federico III, es un proyecto del que ha venido hablándose de antiguo, y de antiguo también ha venido oponiéndose á su realización Bismarck, y es preciso que alguna razón secreta haya hecho surgir de nuevo este proyecto, puesto que son las mismas las circunstancias, y subsisten los motivos de la oposición del primer Ministro, ante los cuales cedió en otra ocasión el difunto Emperador Guillermo.

»Acaso no sean extrañas á este asunto las escasas simpatías del Canciller por la unión de la raza de los Hohenzollern con la familia real inglesa; tal vez haya en esto algo así como el choque de las exigencias del bien común con las inclinaciones personales ó los estímulos del amor propio, y por esto mismo el hecho ha revestido caracteres que no tuvo cuando por la primera vez se trató ese matrimonio, y por eso también las resistencias de una y otra parte han sido como no lo fueron jamás.

»Que este matrimonio puede tener y tiene sin duda un marcado aspecto político es evidente, pues en la eterna lucha de

Rusia é Inglaterra, pudiera ser un indicio de la intervención de Alemania en los asuntos de los Balkanes y principalmente en Bulgaria, contra lo que ha venido sosteniendo el Canciller desde la entrevista del Emperador Guillermo con el Czar en Berlín. Y acaso el Príncipe de Bismarck haya creído ver en este proyecto de enlace el propósito de Inglaterra, de influir en la corte de Berlín y en la política alemana; y ante ese deseo, que el Canciller puede considerar como peligroso para su país, y perturbador de las relaciones internacionales del Imperio, le ha dado las proporciones de una cuestión de Estado, y la ha seguido de una manera especial y con procedimientos extraordinarios.

»La *Gaceta de Colonia* y toda la prensa alemana, que en momentos dados está siempre á las órdenes del Canciller, ha sido la encargada de anunciar á Europa entera, que el Príncipe de Bismarck había anunciado su dimisión, si el Emperador insistía en que su hija Victoria se uniese en matrimonio con el Príncipe Alejandro de Battenberg; y aunque la *Gaceta Nacional* ha dado por resuelto el conflicto con el aplazamiento del enlace, la *Gaceta de Colonia* insiste en que la cuestión está únicamente aplazada.

»Europa entera se ha preocupado y se preocupa de la marcha de esta disidencia: la atribuye á los disentimientos del Canciller con la Emperatriz, á mortificaciones del amor propio de ésta por haberse opuesto el Príncipe de Bismarck á que el Emperador la autorizase para firmar por él; pero sea de ello lo que quiera, pues nuestro objeto no es otro que apreciar el hecho en sí mismo, no hemos de aquilatar lo que pueda haber de cierto en todas estas versiones.

»La lucha del Emperador ha de ser grande. Entre las exigencias de corazón de su hija, la influencia de la Emperatriz y el razonamiento frío y severo del hombre de Estado, que tan importante participación ha tenido en el engrandecimiento del Imperio, y á quien se debe la posesión quieta y pacífica de las conquistas de la última guerra, ha de dudar, ha de sufrir; que es una de las grandes mortificaciones de los Soberanos anteponer el bien del pueblo cuyos destinos rigen á los impulsos de su corazón y aun á la felicidad de su familia.

»Bismarck, que sabe hasta dónde llega su poder y tiene conciencia de la importancia de sus servicios, no ha de creer satisfacción á su amor propio el que la reconciliación que se intenta entre el Czar y el Príncipe Alejandro de Battenberg, y á cuyo fin la Reina Victoria y el Príncipe de Gales realizan grandes esfuerzos, haga posible el matrimonio en época más ó menos remota; porque esta solución daría en parte el triunfo á la Emperatriz Victoria y á su augusta madre la Soberana británica, protectora decidida de la familia de los Battenberg.

»Si el tiempo transcurrido no ha sido bastante á borrar la mala impresión que en el Canciller produjo el matrimonio del actual Emperador de Alemania con la Princesa inglesa que comparte con él el Trono Imperial y Real de Prusia, aunque esta unión no ha producido complicación alguna á su patria, la reconciliación del Czar con el último Soberano de Bulgaria no sería bastante á hacerle olvidar la historia del matrimonio que se intenta.

»Pero si el Canciller, que ha sometido su causa al juicio universal, planteando ante la Europa este litigio de familia, y dándola las proporciones de una cuestión de Estado é internacional, llegase á creer ofendida su dignidad, mermado su poder y limitada la casi omnipotencia con que ha dirigido los asuntos públicos del Imperio hasta el día, y presentase la dimisión de su cargo y se retirase de la política, la situación actual de Europa sufriría un cambio grandísimo, cuyas consecuencias no es fácil prever. El Emperador comprende esto, y sabe también hasta qué punto Bismarck es inflexible; y como éste á su vez no ignora los peligros que pudiera entrañar su retirada, como era de esperar, ni aquél insiste en el matrimonio ni éste presenta la dimisión.

»Algo disiente la prensa alemana que hoy recibimos acerca de la terminación de este conflicto, pues en tanto que la *Post* le da por terminado definitivamente, la *Gaceta de Colonia* lo niega. El *Diario de San Petersburgo* hace declaraciones que no dejan lugar á dudas, acerca del efecto que produciría en Rusia el proyectado matrimonio. Y este periódico, coincidiendo con las opiniones del *Berliner Politische Machrichten*,

afirma que Rusia no puede olvidar la ingratitud del Príncipe Alejandro con el Czar, y que la política alemana pesará las consecuencias que podría tener el proyectado matrimonio.»

No estamos enteramente conformes en lo que atañe á las supuestas y hondas disidencias entre Federico III y el Gran Canciller de Alemania. Tenemos muy alta idea del criterio del ilustrado Emperador ante las poderosas razones que indudablemente han de informar la política de Bismarck, esforzándose acaso en conciliar los sentimientos de padre con los deberes de Soberano. ¿No ha venido repitiéndonos uno y otro día la *Agencia Fabra*, que existían antagonismos radicales é inconciliables entre los diferentes miembros de la familia imperial y principalmente entre la política del padre y las tendencias del hijo, hasta que actos oficiales de una significación incontrovertible surgieron para negarlo todo de la manera más rotunda?

Ya se afirma á última hora que la cuestión del matrimonio no produce crisis alguna, quedando todo arreglado y convenido en las últimas conferencias de Bismarck con la Emperatriz, y luego con el Emperador, acerca de cuya salud se nos comunican de continuo noticias tan contradictorias.

El tiempo es el más perfecto depurador de todos los ocultos móviles y de las grandes verdades.

***

La más angustiosa y verdadera crisis aparece hoy por hoy en Francia.

La impaciente aspiración á la *revanche* y el súbito triunfo del radicalismo, convierten ahora en simi-dios al general Boulanger y dan proporciones alarmantes al nuevo ensayo de plebiscito.

Las tendencias cesaristas se acentúan ante la impotencia de un Ministerio radical y de una Cámara disgregada é ingobernable.

¿Estará condenada la tercera República, como las dos an-

teriores que han tenido los franceses, á morir también en manos de una dictadura?

Otro punto cada día más negro es la situación de Bulgaria. El Príncipe Fernando parece destinado á sufrir la misma suerte que tuvo el de Battenberg, dando un definitivo triunfo á la política rusa. Es fuerza que las cosas caigan al fin del lado que se inclinan.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO [1]

Diccionario de las lenguas española y francesa comparadas. *Redactado con presencia de los de las Academias española y francesa, Bescherélle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por* D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. *Barcelona, Montaner y Simón, editores.*

De esta obra importantísima, impresa con la elegancia y buen gusto que acostumbra la renombrada casa editorial que la da á luz, no falta ya más que el último de los cuatro tomos que la componen. Los tres primeros, de 1.078, 698 y 759 páginas en 4.° mayor, bastarían para dar puesto envidiable en la república de las letras, á su autor D. Nemesio Fernández Cuesta, si éste no hubiera conseguido antes de ahora especial reputación por su clarísimo talento, vasto saber y actividad extraordinaria.

Pero hablemos del notabilísimo *Diccionario* que motiva esta nota bibliográfica. Con razón observa el autor, que no hay obra más difícil ni expuesta á defectos, porque si es muy árduo dar una buena definición, ¿qué no ocurrirá en un Diccionario que contiene cincuenta ó sesenta mil definiciones, correspondientes á todas las ciencias, artes y oficios, y á las ideas primeras, que alguna vez ni la misma ciencia se atreve á definir? A pesar de esta dificultad, á la que se agregan las cuestiones filológicas y gramaticales no resueltas todavía; la necesidad de poner en correspondencia las palabras de dos lenguas que tienen distinto carácter; la inmensa riqueza de nuestra lengua comparada con la francesa, y la abundancia de neologismos en ésta, el autor ha salido airoso de su empresa logrando redactar un Diccionario tan claro, metódi-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

co y completo, que será seguramente preferido á cuantos le precedieron.

A conseguir este triunfo contribuye el haberse atenido, de preferencia, al léxico de la Real Academia Española, libro que, como el mismo señor Cuesta declara, goza de una autoridad que no ha alcanzado en ninguna otra nación el de su academia ó instituto oficial, y que es regla y norma del uso en las imprentas, en las corporaciones y en todo género de controversias. Además el autor ha consultado el Diccionario de Salvá, el que publicaron los Sres. Gaspar y Roig, y el etimológico de Monlau. Tocante á la lengua francesa, ha tenido siempre presentes los de Bescherelle y Littré, ajustándose á la utilidad en la comparación y examen de estas obras. Incluye el Sr. Fernández Cuesta las etimologías, que tantas ventajas ofrecen, porque aclaran é ilustran la significación y origen de las palabras. Respecto de las ciencias, artes y oficios, contiene el Diccionario los términos científicos que han adquirido ya carta de naturaleza, y todos los que usan con frecuencia y necesariamente los hombres de ciencia y los de arte. En cuanto á las ciencias ha tenido gran cuidado en acomodar los términos franceses á los españoles, huyendo de los graves errores en que frecuentemente se incurre. Respecto de los nombres geográficos, los propios de personas y algunos históricos, se han incluído todos los que tienen verdadera importancia y especialmente los que tienen verdadera traducción de una lengua á otra. En la clasificación de los verbos sigue rigurosamente á la Academia Española, que admite sólo tres clases; activos, recíprocos y neutros, además de los auxiliares, defectivos é impersonales. Por lo que se refiere á las voces que siendo en realidad adjetivos, se usan como sustantivos, conserva el autor la antigua, clara y significativa clasificación de adjetivos sustantivados, que expresa perfectamente el uso de estas palabras.

Resumiendo, puede afirmarse que la excelente obra compuesta por el Sr. D. Nemesio Fernández Cuesta, contiene: la significación de todas las palabras de ambas lenguas; las voces anticuadas y los neologismos; las etimologías; los términos de ciencias, artes y oficios; las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada.

Solamente unos editores de tanto aliento como los Sres. Montaner y Simón, y un hombre tan erudito y trabajador como el Sr. Fernández Cuesta, podían acometer y llevar á término feliz la publicación de un Diccionario en el que compiten, por modo admirable, las condiciones tipográficas con el mérito singular del texto. Reciban, pues, nuestra cariñosa enhorabuena los que así honran á su patria y favorecen á los hombres estudiosos proporcionándoles un libro tan útil como indispensable.

***

La vida en Madrid en 1887, *por* D. ENRIQUE SEPÚLVEDA. *Ilustrada con profusión de retratos, vistas y actualidades, por* JUAN COMBA, *un agua fuerte de* AGUSTÍN LARDHY *y diez alegorías de* ALFREDO SOUTO. *Fotograbados*, LAPORTA. — *Madrid*, 1888. *En* 4.°, 516 *páginas*, *Precio*: 5 *pesetas*.

A los seis días de haber salido á luz esta obra, se habían agotado los

1 500 ejemplares de la primera edición. ¿Qué mejor prueba de que el público acoge con interés creciente el trabajo del esclarecido publicista don Enrique Sepúlveda?

«Sin esfuerzo intelectual de ninguna clase, dulcemente atraidos y engañados por el estilo brillante y narrador del cronista ameno, uno tras otro van despertando en la memoria nuestra los hechos y pasados acontecimientos del 87, tomando ahora á nuestros ojos hermoso ropaje, debido en parte á la belleza del estilo, á la elegancia nativa en el decir del autor, y en parte también á la no menor belleza de que por sí mismo disfruta lo que ya fué, lo que ya sucedió, que sólo puede contemplarse con el prisma del tiempo, cristal que hermosea los recuerdos y embellece el pasado. Decía Shopenhauer, padre del pesimismo, que la mejor prueba de que la vida es la mayor de las calamidades, es que el presente es siempre insoportable y que los hombres sólo vivimos pensando en el mañana, por el deseo y las ilusiones pintado de color de rosa, ó alentados por el ayer, que el tiempo transcurrido nos lo presenta bello, de la propia suerte que la distancia hace correcto y acabado el dibujo de un mosaico.

Es cierto que en el libro de D. Enrique Sepúlveda ocurre algo de esto. Es indudable que el 87 no debió ni pudo ser más que un mosaico en cuanto á líneas y verdadera proporción, y hacen ahora papel de tiempo y de distancia para la perspectiva la magia de la forma del escritor; pero existen en el libro *La vida en Madrid* dos hechos presentes de innegable importancia: su actual valor estético, llamado á ser más grande aún con el tiempo, lo que dice y contiene, y su significación en la bibliografía española.

Esto último basta ya para considerar á este libro como un acontecimiento de la *librería española*.

Para los que por una causa ó por otra estén al tanto de la tipografía española de cincuenta años acá, *La vida en Madrid* es un verdadero asombro. Y no hace falta, si se quiere, ir tan atrás. Compare cualquiera esta edición de un libro de 500 páginas, cuajada de notables y delicadas viñetas intercaladas en el texto, la limpieza y elegancia de la impresión, así en los moldes como en los grabados, compárese, decimos, con lo que se hacía é imprimía ahora quince años nada más.»

Estas atinadas consideraciones que hace un concienzudo crítico, dan no más que idea aproximada del mérito notable de *La vida en Madrid*. Enrique Sepúlveda es un escritor de lozana fantasía, mucho ingenio y no poca erudición, con lo cual *La vida en Madrid* resulta un libro de lectura amenísima.

Muerto el insigne *Curioso Parlante*, Enrique Sepúlveda es el cronista de Madrid por derecho propio.

***

Fábulas y poesías *morales y religiosas, por* D. JULIÁN CHAVE Y CASTILLA.—*Lugo*, 1888.—*En* 8.°, 158 *páginas. Precio*, 0,75 *de peseta.*

Muchas son las dificultades que ofrece la composición de las fábulas, género literario en el que ha tenido y aún tiene nuestro país maestros insignes. No podían ocultarse aquellas á persona de tanta ilustración como el docto regente de la escuela práctica de Lugo, Sr. Chave; pero, merced á

su claro entendimiento, ha conseguido vencerlas con fortuna, y hoy da al público una obrita que será muy útil seguramente en los establecimientos de primera enseñanza. Divídese el libro en tres partes, que contienen, respectivamente, las *fábulas morales*, las *fábulas religiosas* y las *poesías*. Aunque todas están correctamente escritas son, como es natural, algunas más notables que otras. A nuestro juicio, descuellan las denominadas *Por dejar su esfera, Llevar la contra, Respeto á la ancianidad, Tormentas del alma, Lazos convenientes, Hay fe, Mirad arriba, Belleza del justo, La máquina humana, Los pecados capitales, La lucha de la vida, Las dos estaciones, La luz de la Fe, Puntos de vista* y *La ciencia y la poesía*.

El Sr. Chave, á quien felicitamos por su excelente obra, ha tenido el buen acuerdo de someterla, antes de estamparla, á la censura de la autoridad eclesiástica, que la ha aprobado, como no podía menos, pues en el libro todo es moral y sano.

***

El Espectador, *por* JUAN MONTALVO.—*Tomo III.—París*, 1888.—*En* 4.°, 218 *páginas. Precio*, 5 *pesetas*.

Antes de ahora hemos elogiado ya con sobradísimo fundamento al escritor Sr. Montalvo. El tomo que acaba de publicar es digno continuador de sus hermanos mayores. Contiene nueve artículos denominados: La República francesa.—Urcu, Sacha.—La caridad en París.—Del duelo.—El jubileo.—Las patinadoras.—Impresiones de un diplomático.—Pro lingua.—Por la memoria de los nuestros.

Maneja el Sr. Montalvo el habla castellana con maestría singular; tiene vastísima erudición, talento despejado y caracter independiente. Con estas cualidades, ¿cómo no ha de ser *El Espectador* un libro de gran valía? Para demostrar que nuestras alabanzas no son exajeradas, copiaríamos, si lo permitiesen los estrechos límites de una nota, cualquiera de las páginas de *El Espectador*, aquellas, por ejemplo (59 á 62), en que se dirige á las mujeres hermosas y jóvenes que abandonan á sus hijos «para no marchitarse» ¡Con qué energía las increpa! ¡Qué pensamientos tan hermosos brotan de la pluma del autor!

A nuestro juicio, el tercer tomo de *El Espectador*, no tiene, al lado de sus bellezas, más que dos lunares: el haber dado el Sr. Montalvo demasiada importancia á las opiniones de un antiguo diplomático español, y el que, cosa bien disculpable por cierto, haya dejado escapar erratas de imprenta como las de *herguirse*, *orchata* y *ñeto*.

***

Dégénérescence et Criminalité.—*Essai physiologique par* CH. FÉRÉ, *Médecin de Bicètre.—París*, FÉLIX ALCAN, *editor*, 1888.—*En* 8.°; 180 *páginas y* 21 *figuras. Precio*, 2,50 *pesetas*.

¿Se debe ver en el criminal un enfermo ó un culpable? Tal es una de las grandes cuestiones que preocupan á la sociedad. Juristas, legisladores, médicos y psicólogos la han estudiado, y todavía no está resuelta. El distinguido doctor Féré, que desempeña uno de los cargos más á propósito para el estudio de dicha cuestión, consigna en esta obra el resultado de sus observaciones y las ideas que le han sugerido. Citaremos de entre sus prin-

cipales capítulos, los siguientes: *La herencia criminal y la herencia degenerativa, Crimen y locura, Caracteres anatómicos y fisiológicos de los criminales, Responsabilidad, el castigo y la protección, La resistencia á la criminalidad, El tratamiento de la criminalidad*, etc. Pertenece este libro á la acreditada «Biblioteca de filosofía contemporánea,» que edita en París M. Félix Alcan.

Este mismo da á luz una «Biblioteca útil,» formada por preciosos tomitos á 60 céntimos cada uno. Entre los más notables están los titulados *Introduction à l'étude des sciences physiques*, por J. Morand; *De l'éducation*, por Herbert Spencer, y *Premières notions sur les sciences*, por Th. Huxley. Son obras muy sencillas, claras y amenas, dignas de sus ilustres autores.

***

Los misterios de Marsella, *por* E. Zola.—*Versión castellana de* F. de Madrazo.—*Madrid*, «*El Cosmos Editorial*,» *1888. Dos tomos en 8.º de 352 y 378 páginas. Precio: 5 pesetas.*

Valiéndose de su exuberante imaginación y exquisito conocimiento de la sociedad, nos pinta el autor, con exactitud fotográfica, todas las plagas que corroen á la industrial Marsella, una de las ciudades más populosas de Francia, víctima también, por la misma época, de la epidemia y de la revolución. Con verdad incontestable describe al usurero y sus proezas.

De un realismo *efectivo*, nada exagerado y exento de descripciones y diálogos que pugnan en otras producciones con el carácter del lector, *Los Misterios de Marsella* es un libro que interesa al filósofo, como al colegial salido de las aulas, mostrándole la vida en que va á entrar. Es una obra en fin, que despierta el mayor interés, y en cuya elección ha dado *El Cosmos Editorial* una prueba más de su incansable empeño en ofrecernos lo mejor que producen los novelistas contemporáneos.

***

Compendio de Trigonometría rectilínea, *por* D. Félix de Eseverri y Arberas.—*Vitoria, 1888.—En 4.º, 98 páginas y 16 láminas. Precio: 2 pesetas.*

Aunque son muchos los libros de Trigonometría que hay publicados, y varios de ellos de mérito indiscutible, el docto director del Instituto de Vitoria, Sr. Eseverri, consigue que el que acaba de dar á la estampa se distinga por su sencillez, claridad y espíritu metódico. Concediéndole que, como modestamente dice en la *Advertencia final*, haya «espigado *ideas*, *conceptos* y *cálculos* en los autores modernos de más nombradía,» no deja de ser plausible el trabajo del señor Eseverri, porque ha tenido acierto al elegir y ha compuesto una obrita muy á propósito para los alumnos de segunda enseñanza.

***

Colección de escritores castellanos. *Historia de la literatura y del arte dramático en España, por* A. F. Schack, *traducida directamente del alemán al castellano, por Eduardo de Mier. Tomo V.—Madrid*, 1888. *En* 8.º, 434 *páginas. Precio:* 5 *pesetas.*

El insigne Conde de Schack estudia en este tomo los autos de Calderón; examina las obras dramáticas de

Francisco de Rojas, Moreto, Matos Fragoso, Monroy, Diamante, Antotonio de Mendoza, Alvaro Cubillo, Juan de la Hoz, Antonio de Solís y Agustín de Salazar. Hace la crítica de este período y luego trata de la decadencia del Teatro Español en el siglo XVIII, irrupción y predominio del gusto francés y últimos esfuerzos. En esta obra examina también Schack las producciones de Moratín, Cienfuegos, Gorostiza, Martínez de la Rosa, Bretón y Zárate, Duque de Rivas, Hartzenbusch, Larra, García Gutiérrez, Escosura y Zorrilla.

Esta simple enumeración dará idea del extraordinario interés que encierra el tomo V de la concienzuda obra del Conde de Schack, tan esmeradamente traducida por el Sr. Mier.

***

Trente ans d'enseignement au College de France. — *Cours inédits de M. Ed. Laboulaye, publiés par ses fils.—Paris, Larose et Forcel editores*, 1888.—*En* 8.º, 322 *páginas.* —*Precio*, 4 *pesetas.*

Nadie ignora que la enseñanza de Eduardo Laboulaye en el Colegio de Francia alcanzó gran renombre. De sus luminosas explicaciones no publicó más que las correspondientes á dos cursos, relativas á la constitución de los Estados Unidos de América y al Gobierno de Francia antes de 1789. Ahora, los hijos del sabio maestro, auxiliados por M. Fournier, han reunido en un tomo las notas y fragmentos que dejó su padre. Basta hojearlas para notar que, en sustancia, contienen todo el pensamiento del célebre profesor, quien con tanta valentía proclamó los principios de la escuela histórica; distinguió en el derecho, el elemento absoluto, que deriva de la naturaleza misma del hombre, y el elemento relativo, que varía con las circunstancias y los medios, y mostró que las manifestaciones de este último no son efecto de la casualidad, pues se producen con sujeción á las leyes que toca investigar á la ciencia.

R. A.

***

Les Essais de Michel de Montaigne; *dos volúmenes en* 18º, *precio* 1,25 *pesetas.*

Las obras de los grandes pensadores que quedan en la historia de la humanidad como faros, á los que todas las generaciones vuelven la vista en sus miserias, buscando lecciones y auxilios, deben publicarse de dos maneras. La una monumental, digna del escritor, y en prueba de nuestra admiración cariñosa; la otra correcta y clara y lo más barata que posible sea, á fin que todo el mundo pueda leerla. Á este grupo pertenece los *Ensayos de Montaigne* que publica la casa Hachette. El papel es escogido, la impresión clara, la lectura fácil, y los editores han tenido el buen gusto de respetar la ortografía antigua, salvo en las *eses*, conservando el carácter necesario al libro. No es este momento de hablar de Montaigne, el más sincero de los escritores conocidos, y sólo queremos señalar á los que aún no lo hayan leído, esta edición, que es la más cómoda y bella de todas las de precio módico.

G. R.

MADRID, 1888.—Tip. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.

MADRID

PERFILES PARA UN CUADRO

I

DESDE unos montículos terrosos divididos por arroyos en los que falta casi siempre el agua, hasta las orillas de un río perdido entre arenas, se extiende de Norte á Sur la capital de España, sobrado elevada sobre los terrenos bajos en los barrios cercanos á la Montaña del Príncipe Pío y San Francisco el Grande; muy expuesta á resbalar hasta el Manzanares en las proximidades del Puente de Segovia y arrabales de las Peñuelas y Delicias.

Tiende hacia su campiña prolongaciones formadas por barrios extramuros, sin alegría, amplitud, ni aseo, y abraza con éstos, rodales llenos de pedruscos pequeños, mezclados con laminillas de mica que brillan al sol cual muchos oropeles que en su interior se encierran. Amapolas rojas y crucíferas amarillas tiñen con los colores nacionales la extensa masa de las plantas espontáneas, y mantienen, á su modo, viva la idea de la patria, allí donde se aglomeran tantos vividores, que olvidan de cuando en cuando el suelo en que nacieron y los deberes que á él los ligan.

Interior y exterior, ciudad y alrededores, guardan cierta

armonía, y se han modificado al través de los siglos en dependencia mutua: dentro han desaparecido los monumentos artísticos que se labraron hasta el siglo XVI, y fuera se ha suprimido la vegetación que envolvía á Madrid en anteriores épocas. No se ha edificado nada de gusto moderno, que pueda ser comparado á las plazas de Trafalgar y Concordia en París y Londres, aunque sí ofrece espléndido aspecto y tiene singular encanto, la larga línea de paseos, que comienza en Atocha, sigue por delante del Botánico y Museo, se prolonga en el Prado, que ostenta preciosas fuentes, y va por Recoletos y la Castellana á concluir en el Hipodromo.

En los alrededores hay también una sección, cuyo caracter es muy diferente del de las demás secciones de la seca campiña madrileña. Si se penetra en el Instituto Agronómico de Alfonso XII y se rebasan las dependencias de este centro, dejando á la espalda campos adornados con borrajas y malvas, ó se camina por el paseo de San Antonio de la Florida hasta más allá de la ermita que posee los ricos frescos de Goya, crúzanse primero estrechos y lindos jardinillos, y, pasada la Puerta de Hierro, se llega luego al Pardo, sintiéndose el observador trasportado á región muy diversa, en medio de encinares y robledales, teñidos de trecho en trecho por el verde más claro y más alegre de diferentes manchones de pinos.

Subiendo á Val-Palomera, cerca de Somontes; alcanzando la casilla del Águila, caminando hacia Navachescas, después de recorrer el cuartel de Val de la Peña, recrean la vista del amigo de la Naturaleza las perspectivas más originales y pintorescas que ofrece la provincia de Madrid, y perspectivas al nivel de las primeras. Delante, próximo al observador, un mar de verdura ostenta su riqueza en esos cien matices de hojas, que sólo se disfrutan en los climas meridionales, y bañándose en él andan grandes rebaños de gamos, que ya discurren pacíficamente, ó ya huyen llenos de temor: en el fondo aparece la sierra, azul desde Mayo á Octubre y blanca entre Noviembre y Abril, acusando casi siempre, sobre un cielo de lapiz-lázuli, los caprichosísimos contornos de sus múltiples cimas.

Triste es, que tantas bellezas no sean apreciadas en lo que valen por los habitantes de la Villa, más inclinados á respirar

con paciencia en el Prado el polvo que entre todos levantan, ó á solazarse al pie de los cementerios, en el Arca de Agua, ó á saciar su apetito en pobres casuchos y tenderetes levantados en el Puente de Vallecas ó Ventas, que á recibir el aire puro, embalsamado por tomillos, salvias y cantuesos, en medio de una Naturaleza hermosa, cuyo majestuoso silencio se interrumpe sólo por momentos con los mil gritos de alegría ó de angustia, que revelan al que los conoce el triunfo de unos seres y el destrozo de otros.

Prefieren los vecinos de la corte el tipo de otros campos más cercanos, que son á la vez escenario de una clásica romería y archivo de las más antiguas glorias madrileñas; se encuentran á sus anchas en los cerretes de San Isidro. Allí, sobre una yerba que crece con economía, es pobre de color y se halla extendida sólo por reducidos espacios, acampan ochenta, cien mil ó más personas el 15 de Mayo, proporcionando regulares ingresos á los dueños de carromatos desvencijados y á los cosecheros de vinos, que no muestran en indicio alguno su parentesco con las cepas. Bajo la arena que pisan, yacen ocultos restos de mastodontes, pruebas fehacientes de que Madrid puede vanagloriarse de haber contado desde remotísimos siglos con habitantes cuya vetustez, linajudo origen, gravedad y peso no han de ser puestos por nadie en tela de juicio.

Pocos son los resíduos bien comprobados de los diferentes recintos que cerraron la Villa en períodos de la historia que tienen ya para nosotros mayor interés: crecía entonces como los seres vivos, que mucho tienen de organismos animados las poblaciones humanas, acomodadas en cada tiempo á las necesidades sentidas y dispuestas para expresar los ideales de los pueblos, en cuanto al arte y modo de realizar la existencia. Casi tan pobres como los de sus primitivas murallas, son los fragmentos que han respetado el tiempo y la mano de despiadados restauradores de los monumentos labrados antes de comenzar el siglo XVI.

La Virgen de Atocha, renovada hasta quedar casi irreconocible, y la de la Almudena con formas que la refieren al XV, representan en el arte todavía la escultura de anteriores pe-

ríodos. Los dos cenotafios de Beatriz Galindo y de su esposo el artillero, guardados en la Concepción Jerónima, con los sepulcros de Gutiérrez de Vargas y sus padres, que ostenta la capilla del Obispo, valen aquí como únicas muestras subsistentes de la rica colección de monumentos funerarios españoles, que pueblan las catedrales é iglesias en diversas provincias. Una portada en la calle de Toledo, que sirve hoy de ingreso á portalón convertido en pobre tienda, dos tramos de escalera enlazados, como la portada, al convento de la Latina, y San Jerónimo del Prado, recuerdan á medias el arte bellísimo y de rica ornamentación que dominaba en tiempo de los Reyes Católicos.

En un Museo que, por lo reducido del local, tiene aspecto de prendería, da frente al público que le visita la estatua del Rey D. Pedro, salvada de los destrozos que sufrió hasta su completo derribo Santo Domingo el Real; y cercana descansa, sobre modesta urna, la yacente de su nieta Doña Constanza de Castilla, muy interesante, pero poco bella, cubierta con velo monjil pintado de negro, y guardada por ángeles de redonda cabeza y abultadas mejillas: no se anuncian, ciertamente, en esta obra la riqueza y buen gusto en los detalles que caracterizan á las tumbas burgalesas de igual ó próxima fecha. Otros restos de bultos sepulcrales relacionados con la historia madrileña, y los de la Duquesa de Arjona y el caballero valenciano Pere en Boil, extraños á ella, dan un aspecto misterioso y singular al reducido camarín en que ha sido necesario amontonarlos.

¿Dónde han ido á parar los del Marqués de Villena y Ruiz González de Clavijo, á quienes se pensó proporcionar respetada sepultura en el antiguo San Francisco el Grande? ¿Qué ha sido del sepulcro, según afirman varios escritores muy rico, mandado labrar por Doña Isabel la Católica para la Reina esposa de D. Enrique IV? ¿En qué ignorado rincón están las cenizas de las hijas de Alfonso el Sabio y Fernando el Emplazado? ¿Quién guarda los fragmentos de los enterramientos góticos y del Renacimiento, que contenía San Jerónimo antes de la invasión francesa? Nadie lo sabe; y ha de tenerse en cuenta que la obra de destrucción empezó, para muchas de las joyas

artísticas, en el siglo XVII. Aquí, como en el resto de España, se recogen los mismos datos sobre iguales hechos: no ha movido siempre la pasión ó la violencia de ignorantes odios el brazo de los profanadores; aconsejó muchas veces sus resoluciones el vandalismo manso.

Desgraciadamente para Madrid no ha llegado en tiempo oportuno la reacción actual, fruto de la mayor cultura de este siglo, con el respeto á los monumentos creados por el genio del pasado y el amor al arte; se le poblará quizás en lo futuro de las grandezas de la industria moderna, que hoy se hallan en él muy modestamente representadas, pero no gozará de nada que le dé clara idea de sus vetustos templos, palacios y castillos, si es que no se han de juzgar reminiscencias de aquéllos las capillas neo-góticas que levanta la piedad en distintos barrios, más semejantes, por su aspecto, á frágiles y lindos juguetes fabricados en Nuremberg, que á los grandes templos de Burgos, Toledo, León, Salamanca, Ávila y otras ciudades castellanas y leonesas.

Tuvo la Villa una historia militar, como cien poblaciones más, representada aquí en su Alcázar; y tradiciones religiosas, resumidas en preferente término por las Vírgenes de la Almudena y de Atocha. El Alcázar se ha transformado, andando el tiempo, en pacífico palacio, morada, no de Príncipes guerreros, si que de Soberanos á la moderna; y de los templos de la Almudena y de Atocha se halla en vías de construcción el primero, y se reedificará en su día el segundo, con arreglo á la última resurrección de ideales artísticos que contemplamos en nuestros días. De lo que fueron unos y otros en el pasado queda sólo el elemento más fugaz, los nombres; cual se conservan los de Puerta de Moros, Puerta Cerrada y Puerta del Sol siglos después de haber desaparecido los ingresos á la ciudad, que se calificaron con los transcritos vocablos. Lo que no se ha destruído se halla fuera de sitio, como borrado de la lista de los elementos ornamentales, y lo demás queda sólo en los recuerdos de algún erudito, ó vive por su descripción en raras Memorias.

Dos imágenes, ya citadas, de personajes que existieron antes de que Madrid fuera capital de España, siguen reposando

en sus lechos funerarios, con los rostros vueltos á un altar, como diciendo aún la última oración que su fe les inspiraba, despertando con la vista de sus reproducciones en piedra la idea de los establecimientos benéficos que legaron á la que es hoy corte, dando cuenta á los arqueólogos de los hábitos y armaduras que se usaban en sus tiempos, y estas dos imágenes son las de Doña Beatriz Galindo, la erudita mujer maestra de la Reina Católica, y la de su esposo Francisco Ramírez, el artillero, que empleó medios explosivos para volar torres y defensas en Málaga y Granada. Dos representantes de las letras y de los conocimientos científicos aplicados á la guerra, siguen recordados hoy, lo mismo que ayer, ante el público madrileño, como no han conseguido serlo poderosos Príncipes y orgullosos magnates de la misma ó de anterior época.

Muchas fechas posteriores están, en cambio, grabadas en bien tratados monumentos: léese en la Armería Real el nombre de Felipe II; á la distancia de dos siglos aparece escrito en las Salesas el de Fernando VI, y consérvanse en mayor número señales del predominio de aquel arte, elegante cual muy pocos, aunque algo frío, que vino á España por el mismo camino que trajo para subir al Trono Carlos III, llegando de Italia en el siglo XVIII. Débese á los arquitectos y escultores que le rendían culto los magníficos sepulcros de los Reyes sus patronos, que guardan las mismas Salesas, la terminación del Real Alcázar, el Museo de Pinturas, el Arco de Alcalá y las fuentes del Prado, con otras obras de menos empeño; y es triste pensar que en el largo transcurso de un siglo no se unieron luego á los anteriores nuevos monumentos de igual importancia, mientras se doblaba en la población el número de vecinos.

II

Es cosa muy sabida que las últimas y principales reformas de Madrid comenzaron después de la guerra de África. Se había ya trazado por entonces la actual Puerta del Sol; pero no existían los jardines de Recoletos, ni los modestísimos par-

quecillos que luego adornaron diferentes plazas, ni los mercados de hierro de la Cebada y Mostenses, ni los barrios de Argüelles, Pozas y Salamanca, ni mucho menos los lindos hotelitos de la Castellana y el Hipodromo con su paseo.

Cervantes fué el único, entre los hombres notables de nuestra historia, á quien la anterior generación tributó el singular honor de recordar su imagen en una estátua, expuesta en sitio público; el Mendizabal de capa caída, el Murillo macizo y pesadote, y el pensativo y triste Calderón, se levantaron más tarde sobre sus pedestales; y no hay por qué recordar en qué momento existieron para los madrileños el grupo de Isabel la Católica, el Colón sobre esbelta columna, el monstruoso caballo con el ilustre Marqués del Duero como accesorio y el Duque de la Victoria, ocupado en pasar revista á los bien alineados árboles del Retiro, porque han sido labrados ó fundidos en los últimos años. Los bultos de Daoiz y Velarde jurando en actitud teatral y valiente la independencia de la patria, se guardaron en el Museo, hasta 1868, á cubierto de la intemperie y ocultos á las miradas de los vecinos de la Villa, que se quiso edificar con la reproducción en piedra del noble ejemplo.

Varios Reyes fueron tratados con mayor deferencia. No existe en parte alguna la estátua de Enrique IV, que tanta predilección mostró siempre por la Villa, y sólo en portada de convento estuvo hace años la, menos digna de ser contemplada, de su esposa, traída á tan santo lugar desde la urna, sobre la cual yacía á principios del siglo XVII, si ha de darse crédito á la narración de un ingenioso escritor. Felipe II, que convirtió á Madrid en corte, no ha merecido de los madrileños grandes respetos. Ostenta en cambio la Plaza Mayor la efigie del buen Felipe III, á quien hubiera sido más propio representar á pié y encorvado bajo el peso de pequeños haces de leña al hombro, y se levanta orgullosa en la de Oriente la de otro Monarca, IV del mismo nombre, en actitud de galopar briosamente, corriendo sin duda tras los trozos de territorio que se fueron desmembrando de España por aquellos períodos de su historia. El precioso bronce de Leo Leoni, dedicado al Emperador que labró el Palacio del Pardo, se cuida

con amor en la pobre colección de escultura que poseemos y allí se reserva el secreto de las bien modeladas formas en desnudo, que pueden admirarse desprendiendo la armadura que las cubre.

El Ministerio de la Guerra se hallaba instalado en el mismo palacio de Buenavista, pero á su alrededor no se extendían los verdes parquecillos que ahora le rodean y las construcciones que en sus límites se han levantado. En el ángulo extremo de la calle de Alcalá estaba situado un pabelloncito, desde el cual contempló Narvaez el desfile de la pequeña columna que había asegurado en Llinás de Marcuellos el orden entonces existente, por doce ó catorce meses más. Desde la esquina avanzaban, antes de 1862, unas tapiucas que, pasando por detrás de la Cibeles, á la que proporcionaban un fondo de cuadro nada agradable, iban á limitar por aquel lado el jardín del Ministerio, en primer término; á enlazarse después con la fachada de las monjas de San Pascual; á encerrar, por último, raquíticos huertecillos particulares y el muy clásico del Elíseo Madrileño, donde se solazaban alegre y ampliamente criadas francas de servicio y modistas en situación activa, á los acordes de una música que dirigió durante largo tiempo el experto y jovial Lorenzo Carcar.

Al caer los viejos y pobres paredones brotaron los gérmenes de los actuales paseos, al modo como se descubren los contornos de una Venus oculta bajo pintura tosca en la viva descripción de una novela de Farina, ó como han aparecido en la catedral de Córdoba cien preciosos detalles ornamentales al deshacerse los plastones de cal con que un celo indiscreto los había cubierto. De año en año aumentó luego la vegetación, antes escasa, de los rudimentos de jardín; se derribaron á la derecha otras tapias y la Escuela de Veterinaria, edificio mixto de chalet suizo y choza; se edificaron los palacios de Salamanca y Campo, acabándose á nuestra vista el conjunto de construcciones con el de Murga, y la extraña vía, semejante á una carretera con ventorros, que debía cruzarse para llegar á la Castellana, se ha transformado en el barrio coquetón y europeo con que cuenta Madrid.

Mas no conquista nada la Humanidad sin perder elementos

dignos de ser conservados, y al dar la capital de España los primeros y gigantescos pasos en el camino del aseo y del buen ornato, no logró tantos beneficios sin pagarlos con lamentables pérdidas; una sección del Retiro, que contenía árboles hermosos y corpulentos, desapareció al abrirse la calle que deja á un lado el local de los conciertos, y á otra el público paseo. Para dicha nuestra ésta es quizás la única cosa en que el recuerdo de lo antiguo puede estimarse superior á lo moderno, ya que la imagen de todo lo demás aparece tan envuelta en el polvo seco que se aspiraba en prodigiosas cantidades al respirar, que el mismo Victor Hugo, que ha cantado la belleza del pulpo, juzgaría empresa difícil descubrir el lado hermoso que habría de tener la antigua atmósfera de la Villa.

Ha mostrado Lubock que todos los estados por que pasó y pasa el hombre para elevarse al más alto grado de civilización, están hoy representados por algo en la superficie de la tierra; hay pueblos que usan instrumentos de piedra, como los labraron para sus necesidades los individuos cuyos fragmentos de huesos y restos se encuentran medio fosilizados en las cavernas; y las armas ofensivas y defensivas utilizadas en diversas comarcas asiáticas pueden ser comparadas á las que se emplearon en Europa durante antiguas épocas de la Historia; y admitido que ésta sea ley general humana, no ha de extrañarse que se cumpla entre nosotros; que se vean en la ciudad del Manzanares los reflejos del mismo cuadro; que las reformas beneficiosas no hayan alcanzado todavía á tres ó cuatro distritos, y que mientras unas barriadas tienen el aspecto agradable de *Passi*, en París, ó del *Plantage*, en Amsterdam, revelen otras un estado característico de pasados siglos.

Si queremos apreciar bien el contraste, no nos detengamos en las calles de Jacometrezo, ni al otro extremo de Madrid, en Puerta Cerrada, ni menos en el principio de las animadas vías de Toledo ó Segovia, cuartel general en el año de gracia de 1888 de muchas gentes chapadas á la antigua, alojadas en cuartitos con una salita que recibe luz por uno ó dos balcones, un comedor con ventana al patio, que permite disfrutar del tufillo

exhalado por lo que guisan los vecinos, alcobas oscuras y sin ventilación, reducidísimo recibimiento, aún más dominado por las tinieblas, y cocina en que el esceso de luz podría ser quizá comadre indiscreta reveladora de secretos que vale más no conocer; no nos detengamos, no, en las moradas de transición, que tienen al menos cierto sabor á vida clásica de la corte de los Felipes, y dejando los recintos en que hoy se alberga una parte de la clase media, penetremos en las habitaciones ocupadas por los restos de los célebres manolos ó por los aún más cambiados chisperos.

Los barrios de la Arganzuela, Huerta del Bayo, Solana, dentro de los antiguos tapiales madrileños, y los de las Peñuelas, Puente de Segovia y Cristo de las Injurias, extramuros, van á suministrarnos abundantes materiales para nuestros estudios. Si Dickens los hubiera visitado nos quedarían trazadas por su pluma pinturas de tono más caliente que la de Lime House, en su *Amigo de Todos*, ó la de Tom-alls-alone en *La casa desolada*; de haberlos recorrido Zola poseeríamos descripciones llenas de curiosos detalles en competencia con las del *Assommoir*, y nuestra eminente compatriota Emilia Pardo Bazán no tendría que entretenerse en las operaciones quirúrcas sobre una vaca, para dar á su *Madre Naturaleza* y otras preciosísimas novelas, el carácter fijado á la literatura en el ritual moderno, si consagrara de cuando en cuando algunas horas á los distritos del Sur, cercanos al Manzanares.

Atravesado el portal, casi siempre sucio, encuentra el explorador un patio, del cual toman prudentemente dosificado el aire los quince ó veinte cuartos repartidos entre los tres ó cuatro pisos de la *casa de vecindad*. Los agrupados en cada uno de ellos tienen en común la galería que corre por delante de sus puertas, al modo de los claustros abiertos, destinados á la enfermería de los leprosos, en algunos conventos antiguos. Son sus columnas pies derechos con capiteles amensulados, constituídos por un tarugo transversal de madera, y de fuste á fuste corren cuerdas de esparto preparadas para tender la ropa que se ha lavado en casa.

Las habitaciones son, en general, reducidísimas; muchos ejemplos podrían citarse de las constituídas por una ó dos

piezas, lugar de reposo común, durante la noche, de marido, mujer, niños y mozuelas casaderas, que reciben enseñanzas como aquellas, nada edificantes, á que se alude en el *Cándido* de Voltaire. El daño producido difícilmente se remedia luego con lecciones teóricas dadas por los más celosos maestros ó mediante los nuevos ejemplos que recogen en las mejor organizadas escuelas. No ha de ser necesario añadir que el estudio de las paredes tiene, en el mayor número de ocasiones, grande interés para el zoólogo y pueden suministrar amplia materia de investigación y descubrimientos á los devotos de minuciosos trabajos micrográficos.

Y más que el aspecto, hiere desde luego los sentidos el estado de la atmósfera en tales recintos confinada. Las emanaciones del laboratorio en que se halla representado el elemento de vida común á todos los inquilinos de cada galería, se reparten, no equitativa, pero sí liberalmente desde los lugares más próximos á los más lejanos, y al desagradable aroma, para el cual resulta ya insensible el olfato de vecinos y moradores, se unen mil tufillos heterogéneos, procedentes del caldo que hierve en los clásicos pucheretes, de los pañales de recien nacido, á quienes su madre no puede atender como quisiera; de la piel de los adultos, no sobrados de ropa blanca, y de la espuerta, receptáculo en que mezcla el ama de casa las hojas verdes de coles y lechugas con las peladuras de patatas, aguardando al día siguiente que suene la típica campanilla, con la orden de vaciarlas en el carro de limpiezas.

En los sábados toman las habitaciones y galerías aspecto más singular y pintoresco. Salen de unas puertas nubes de polvo, arrancadas á deteriorados ladrillos por escobas pobres de palmas; mientras se hacinan junto al dintel de las más próximas, pucheros desportillados, cazuelas con dientes como las sierras, barreños surcados por grietas, que se han remediado con las históricas lañas, y tapaderas de ese barro rojo, á medio barnizar, cuyo color han tornado en negro por la parte inferior el tiempo y los vapores del cocido, el rico mobiliario, en suma, de uno de los míseros hogares en que faltan muchas veces el trabajo y el pan. Oscilan sobre el pavimento los piés parduzcos por el uso de fregaderos cojos, apoyándose en ines-

table equilibrio entre ellos los todavía más viejos artesones, y de todo destilan gotas del agua cenicienta, llamada gráficamente agua de fregar. Brillan las húmedas mesas de pino, sin color, con un matiz amarillento, poco semejante al de las plumas de oropéndolas, y aguardan el momento en que ha de reponérselas en su sitio dos ó tres sillas con deteriorados asientos ó faltas de travesaños, que son sacudidas al final de la operación.

Queda en estos recintos viva la imagen de la casa de Tócame Roque, y muchos han logrado guardar el carácter arqueológico que no se conserva en los hospitales y conventos, fundados por Doña Beatriz Galindo. Visitando detenidamente los distritos del Sur, no se extraña que Madrid figure de un modo tan triste en las estadísticas de mortalidad, y se juzga en cambio, problema de difícil resolución, averiguar cuáles podrían ser las condiciones higiénicas de aquellas ciudades argelinas, que fueron diezmadas por la peste en el siglo XVII, si la intensidad de los daños experimentados había de ser proporcionada á la magnitud de los descuidos. Las aceras de calles y plazas extremas, se utilizan aún en la Corte para los usos menos pulcros, con olvido de las multas que se impusieron durante varios meses bajo el gobierno del Duque de Sexto. Bien haría el Manzanares en elevar de vez en cuando sus aguas, siquiera no fluyan muy límpidas y cristalinas en la mayor parte del año, y lavar con ellas las casas y los barrios que se aproximan á sus orillas.

Siguiendo la línea trazada, desde la calle de Bailén al Viaducto, avanza hacia San Francisco una ancha vía, que ha de dejar libre de estorbos á la vista de la plaza de San Gil, la fachada de la iglesia; unirá directamente el Palacio Real y la Plaza de Oriente con las calles de Don Pedro y de Calatrava, y quién sabe si penetrarán por ella en breve plazo, al interior de los desheredados distritos, parte del desahogo y del ambiente más puro de los que van á ser sus próximos vecinos.

Hoy por hoy, parecen si cabe más tristes las perspectivas que desde la Latina se contemplan, que sus repulsivas viviendas. Divísanse enfrente del Campillo de Jilimón los cementerios del Sur, y el resplandor de los hachones que iluminan las tum-

bas en el día de difuntos. En medio del brillante espacio, se señala la mancha oscura de la fosa común, diferenciando en la muerte los restos de los habitantes de los barrios bajos, entre los aristocráticos compañeros de sepulcro: hasta los blancos huesos de los pobres llegan tan difícilmente los destellos de las luces artificiales, como mermados penetran los rayos del sol en el seno de sus reducidos cuartuchos.

III

A medias sólo, como la población, se ha transformado una cierta parte del público madrileño. Los moradores á que aludimos, comenzaron á invadir Madrid, desde que fué capital, y cambian de aspecto exterior y de escenario en cada siglo, sin trasladar por eso su residencia. Buscándolos hoy en rincones de la Villa, y mirando á sujetos de buena cepa bajo la prosáica capa ó el gaban, como antes se escudriñaba so el ferreruelo, intima el observador con muchas gentes que vienen á dar en antiguos conocimientos para él familiarizado con las más picarescas obras clásicas de los siglos XVI y XVII.

Aquella sociedad de afeitadores de bolsillos, caballeros chirles, poetas evenes, avispones, Chiquiznaques y Maniferros, podencos de figón, maestros en el floreo de villan, con cien notables tipos de igual casta, ofrecidos á la popular admiración en las novelas ejemplares de Cervantes, el gran Tacaño de Quevedo, el Gregorio Guadaña de Enrique Gómez... se ha trasladado al campo de una, que ellos llaman política, y pueblan los casinos ó merodean en los clubs de los partidos. Forjan allí planes, en relación con sus méritos y virtudes, y no les faltan en el exterior el aplauso y eficaz apoyo de busconas, *tías fingidas* ó naturales, corredores de oreja, zurzidoras de gustos, reedificadores de virginidades varias, puestos al amparo de nombres de invención, más reciente y mejor discurridos para salvar los respetos al pudor de los melindrosos. La existencia de tan numerosas cohortes, y cien sorprendentes

golpes de audacia dados por ellas, son obstáculos con que tropiezan en su camino los personajes públicos, que desean reformar en lo hondo al país, llenos de patriotismo y buena fe.

Visten ahora moderno ropaje, que á nuevos tiempos costumbres nuevas, como dice el adagio, ó «en cada edad su generación», según la ley formulada por el historiador italiano Ferrari, y alternan con gentes de muy distinto pelo, confundiéndose sin dificultad en una misma masa. Por influencia de la vida nacional se ha superpuesto á la vecindad madrileña, pintoresca colección de políticos inocentes y pobres ó maliciosos y ricos; negociantes de éxitos y probabilidades, junto á hombres sinceros; pretendientes eternos que viven á ratos de una esgrima especial, y obreros que sólo en su esfuerzo confían; funcionarios modestos que trabajan sin descanso por míseras retribuciones, y banqueros del minuto que llevan á veces denigrantes apodos, y en ocasiones también anteponen á sus nombres calificativos respetados; literatos y periodistas dignos, á quienes su talento y probidad no libran siempre de la mala suerte, con bolsistas de la pluma; mendigos de oficio que nacieron para ser actores, gentes que nadan en la abundancia, y pobres diablos que sucumben al hambre en un rincón ó acuden al Viaducto, resueltos á saltar por cima de las nuevas barandillas: todos los elementos que forman el cuadro de una gran capital.

Consecuencia de esa íntima mezcla del trigo y la cizaña, es la desconfianza profunda con que aquí se mira á las gentes más diversas y la facilidad para acoger juntamente censuras justas y calumniosas patrañas. Los datos ciertos ó falsos se han acumulado de tal modo, y ha sido tanta la repetición de las murmuraciones, que no hay nadie ya que dude en el Mentidero y en la Villa, de que bulle en el fondo de la confusa aglomeración de seres humanos una *corte de los milagros*, bien organizada y con poderosos elementos. En lo que más se vacila, en lo que andan las comadres desorientadas, quedando las más confundidas ante mil indicios contradictorios, es en el problema de averiguar quién es el Monipodio de la respetable corporación, ó quiénes son los preclaros doctores en la ciencia de Rinconete y Cortadillo. No parece existir en nuestro país

un *Pall Mall Gazette* que se halle en condiciones de decir desnudas las verdades de otro género, siquiera tema ofender con ello la pudibundez de algunos de sus lectores.

Suenan nombres é impútanse hechos; hablan luego diversas gentes muy bajito de los acusadores; levantan protestas las intemperancias de lenguaje; dirígense inculpaciones de encontrado sentido; niéganse éstas; funcionan los tribunales en la declaración de calumnias, y anda perezosa la policía en la inquisición de las filtraciones; aumentan los rumores públicos y crece á la par la timidez en designar faltas concretas; acúdese al fácil expediente de las reticencias y aminora la entereza para dibujar con bien delimitados contornos ante la opinión, la figura de los delincuentes; resultan siempre realizadas las irregularidades y cometidas las distracciones por una pecadora impenitente llamada la Administración, no sacando nadie la cara por ella, ni respondiendo paladines de las fechurías atribuídas á la desgraciada hembra, y los poco conocedores de los manejos artificiosos y de las habilidades de momento, están de ordinario preocupados y perplejos sin saber si infieren profundas injurias á inocentes con las imágenes que nacen en su fantasía y pensamientos que cruzan por la mente, ó estrechan, por el contrario, manos de redomados bribones, cuando entienden saludar con cariño á personas honradas.

Sobre este fondo grisáceo y pardusco como la ceniza de las lejías ó el lodo de las calles, se destacan en el mundo político nobles figuras de variados tamaños, condiciones, sentido é historia, dignas por todo extremo de lucir en mejor marco. Á la cabeza brillan hombres de primera línea que enriquecen á muchos, permaneciendo ellos pobres: ocultos en los últimos términos pueden verse modestos empleados y escritores con poca fortuna, que consumen su vida en el silencio de una oficina ú otros centros de menos abrigo, trabajando para la gloria y provecho de intrigantes avispados. ¡Cuánto oro hay además escondido entre el barro, de tantos y más quilates que el que buscaba Breet Heert en sus Cuentos californianos!

El Madrid-capital, que «disimula malos y esconde los buenos,» según la frase de Quevedo, encierra, cual ocurría en la época del festivo poeta, «el más necio, y el más rico y más

pobre, y los extremos de todas las cosas.» En él vierten las provincias los selectos de entre los que nacen en pequeñas ciudades y en aldeas, juntamente con escorias y desechos de peor vista que los destinados á recrear la del público en la calle de las Amazonas. Moran juntos sin conocerse durante largo tiempo, los movidos por altos pensamientos, fruto de su educación y cultura, y los que por sus hechos podrían ser digno objeto de comercio para los tripicalleros, y luego que intiman en antesalas ú oficinas, aquéllos toleran á éstos, unas veces por debilidad y otras por razones que no se nos alcanzan. No olviden tan variados datos los caciques de campanario, cuando al amor de su hogar censuren la inmoralidad de la corte; y reparen bien, que si se asustan de algo, se asustan muchas veces de la imagen de sus propias obras reflejada en un espejo.

Hé aquí los personajes en acción: pasemos ahora al escenario. No se forman todos los políticos españoles en los bufetes de los abogados que aquí ejercen, ni en las redacciones de revistas y periódicos diarios, ni en el gabinete de estudio; sacan bastantes la quinta esencia de la representación que pretenden tener, en aldeas y villorrios muy semejantes á los llamados burgos podridos en Inglaterra, y más podridos quizás que muchos de ellos, en cuanto á la organización de las influencias electorales; olfatean otros en los clubs, siendo anzuelo de las bolsas, como la Rufina de Sevilla pintada hace ya dos siglos por Solorzano, y no dejan de recoger de cuando en cuando bocado, siquiera sean harto conocidos los artificios puestos en juego, y vayan aminorándose los provechos de la ilustre cofradía ante la gran concurrencia que les hacen los numerosos aprendices que aspiran al título de maestros en el oficio.

Hay, por lo común, en los círculos de partido, centros y dependencias que les dan un carácter especial. Los desocupados concurren cotidianamente á ellos, y se asocian, según sus mayores intereses, esperanzas ó simpatías, despellejándose, por modo amistoso, en el corro de un rincón á los consocios que se sientan en el opuesto, y en éste á los de enfrente; ocurre más de una vez que todos tienen razón en lo que dicen.

En sala muy á la vista cubren unos cuantos periódicos el tapete verde de la mesa de lectura, y sospéchase que en cuartucho escondido hay extendidos objetos diversos sobre otra tabla adornada con bayeta de igual color. No puede asegurarse ciertamente que, los que en el oculto recinto penetran, corran los azares que ellos entienden correr; lo que les sucede se halla previsto por linces de garito, y son casi siempre tratadas las inocentes víctimas como lo fué el famoso arriero en la *venta del Molinillo*, ó el viejo dibujado por Dickens, que buscaba en el azar la dote de su nieta, y la encontró en la miseria, llevando al ataud el objeto de sus anhelos y cariño.

En otra bolsa política de mayor importancia anda el público más revuelto. Codéanse en el salón de conferencias el hombre de Estado, serio, con el pretendiente relativamente dichoso que acude allí provisto de un volante de ingreso, y el periodista afanado en el cumplimiento de una misión penosa, que le proporciona sólo pobres emolumentos, con el industrial, arbitrista de sus propios ingresos, cazador en acecho de pluma ó pelo. Noticias y embustes, fabricados con determinadas intenciones, circulan de oído á oído, tan rápidamente como por los hilos telegráficos, y vuelven muchas veces á los del artista que los inventó, modificados en forma de engañar al burlador. Hay en aquel recinto mucha vida, mucha animación, una atmósfera física y moral insoportable, y si las comadres de Madrid ó de otras poblaciones tuvieran deseo de progresar en la ciencia que profesan, podrían recoger doctas lecciones, ricas en sutilezas, de labios que se mueven sin punto de reposo en el local.

Refleja en su modo de ser nuestra ciudad el estado de crisis moral y de ideales que se observa en las diferentes comarcas españolas, padeciendo más de esta enfermedad la población gubernamental que el antiguo y clásico vecindario. Aquí se lamenta, como en las provincias, la falta de organización que se descubre en la sociedad española, y se lamenta más porque se estudia de cerca la manera de formarse día tras día sus gobernantes futuros, contando para muy poco con la aquiescencia nacional, y cuál se moldean al por mayor sus corporaciones provinciales y municipales, haciendo caso

omiso de la naturaleza y condiciones de los territorios á que se las destina. Distínguese bien, entre los aspirantes á actas y empleos públicos, quiénes los desean por honradas ambiciones, y qué gentes las buscan esperando hallar en ellas nuevos lugares de asilo, desterrados, en la letra, de nuestros códigos; y tan pronto se regocija el ánimo como se entristece, recogiéndose datos de opuesto sentido para juzgar de lo que reserva el destino á nuestra querida España. ¿Deberá cumplirse entre nosotros una vez más el famoso mote, y seguirán siendo los pueblos «propiedad de los más audaces?»

IV

Hipnotizados ahora, ya que no alcanza aquí todavía la prohibición de las autoridades belgas, miremos al través de los muros, salvemos con el pensamiento las distancias que separan los distritos, abarquemos en un solo golpe de vista, ciudad y alrededores, barrios altos y bajos; dispongamos los habitantes allí donde sus costumbres los llevan, que de hacer todo esto el observador, presto verá desplegarse en su fantasía líneas, figuras de primer término, risueño paisaje, perspectiva aérea, ambiente y fondo comparables á los de aquel cuadro «Zaragoza y el Ebro,» de Juan Bautista del Mazo, que se guarda con amor en el Museo del Prado.

En el fondo, á la izquierda, las cimas del Guadarrama blanquean con la nieve, y los *Siete Picos* que delimitan bien su contorno sobre el azul del cielo, ocultan sus faldas y laderas tras la oscura «Sierra del Cuchillar,» muralla y respaldo á la vez de los campos de «Colmenar Viejo» y del «Monte del Pardo.» Desde las líneas anteriores avanza el río discurriendo con oscilante marcha por entre encinares y robledales, y pasa, ya cerca de la ciudad, bajo el Puente de los Franceses, obra de aspecto moderno que se destaca con sus colores rojo y blanco sobre los cien matices verdes de las hojas, y parece tendido para unir la Casa de Campo y Florida.

Delante se despliegan los edificios de la población sobre unos cerretes arenosos formados por las erosiones de las aguas. Hacia el Oeste se descubre en avanzada la Cárcel Modelo; al extremo opuesto, el Hospital; y sirven á la vista de puntos de descanso en este viaje de la estación final del delito al último refugio de la miseria, el cuartel de la Montaña, el Real Palacio, San Francisco, la Puerta de Toledo, las torres de San Isidro el Real y San Cayetano, que descuellan entre casas modestas ó pobres, cual las más altas é importantes instituciones descuellan entre los restantes elementos de la nacionalidad española.

Más allá de la Villa, en las direcciones Este y Sur, se prolongan, como una inmensa tela vasta con grandes arrugas, los campos de pan-llevar pertenecientes á los términos municipales de Vallecas, Villaverde, Getafe, Parla y veinte ó treinta pueblos poco comparables á las verdes aldehuelas próximas á varias capitales europeas ó á los ennegrecidos centros de industria cercanos á otras. Desde el paseo del Retiro ofrecen sus últimas líneas aspecto algo semejante al de las playas lejanas, y han merecido llevar el nombre de mar de Madrid, con que las designan las gentes de buen humor, siendo sólo mar de barro que inunda las carreteras y dificulta la circulación en cuanto se suceden tres ó cuatro días de lluvia en el invierno.

Los rayos de espléndido sol en los hermosos, despejados y serenos que tanto encanto tienen en este clima, más que iluminan, abrasan el paisaje; rocas lejanas, campos sembrados de laminillas brillantes, verde de los nacientes trigos, cristales de las próximas casas, y cien objetos á la vez reverberan de tal modo, que parecen, no cuerpos reflejantes, si que otros tantos focos de luz dispuestos para borrar términos y distancias, produciendo obsesiones cual las que padecen las histéricas. Cumbres del Guadarrama, edificios, Cerretes de los Ángeles y Negro, arboleda del Pardo y Carabancheles, la Casa de Campo y Florida, se acercan y confunden sus imágenes, hasta el punto de perder casi su carácter de cosas reales y despertar la idea de una de esas amplias decoraciones discurridas por Schiller para dar mayor efecto á la representación de sus dramas.

El Campillo de Jilimón, lo mismo que las Yeserías, la plaza de la Arganzuela y el paseo Imperial, las calles de la Solana, Ventosa, la Puerta de Toledo ó la Ronda de Embajadores, suministran, en tan plácidas tardes, mil asuntos pictóricos, que ningún artista español, incluso Goya, ha trasladado al lienzo con el rico colorido que tienen. En pie, y recostados contra las paredes, fuman sus cigarrillos de papel, y discuten asuntos mil algunos ancianos, mientras que sentadas en el suelo, en las aceras ó en sillas bajas, se ocupan en variadísimas faenas numerosas mujeres; remienda aquí una ropas interiores del esposo, y aprovechan allá otras la ocasión para lavar la cara á chiquillos llorones, ó arreglar las cabezas de sus mozuelas.

Hay mucho en estos campamentos improvisados que recuerda la aldea castellana, sin la sensación de amplio espacio y desahogo que produce la vista de las campiñas, y algo que despierta la imagen del aduar de gitanos; el clima y la pequeñez de los cuartuchos unen sus influencias, y hacen necesaria la normal vida en la vía pública, como la falta de comodidades en el hogar doméstico lleva á los hombres de la clase media á instalarse durante largas horas en el café. La escasez de agua que padeció Madrid hasta mediados de siglo, tocada todavía en múltiples consecuencias á pesar de los progresos y mejoras realizadas en los últimos años, contribuye á dar un matiz singular á las ropas y las personas, que confiamos ha de tornarse pronto en tintas más simpáticas.

Aquel pueblo es el pueblo del Dos de Mayo. Si bajo la curtida piel se mira al interior, y levantando la más espesa capa de una cultura insuficiente se analizan los sentimientos de hembras y varones, se siente hermosa impresión de regocijo moral y frescura: que hay allí muchos corazones valerosos, almas sencillas, nobilísimos sentimientos. Las formas podrán ser á veces extrañas, y no es ciertamente culpa suya si quien debía hacerlo no ha procurado que expresaran sus afectos de distinto modo; pero estudiándolos de cerca, é intimando con ellos, se les ve ejecutar, sin dar importancia á sus obras, cien y cien de esos hechos muy dignos de los premios á la virtud que se reparten solemnemente en otras naciones á los prote-

gidos y allegados de las autoridades municipales. ¡Cuánto héroe de la caridad y cuánto martir de los deberes de familia sufren mil privaciones y dolores con natural estoicismo, que estimaríamos conmovedor leído en una buena novela, y miramos en la realidad con indiferencia!

Abandonadas las Vistillas ó el Puente de Segovia para cruzar la calle Mayor y la de Alcalá, cambia la decoración en las proximidades de la fuente de Cibeles. Muchas gentes de la clase media van á pie, de paseo, con sosegada marcha, y trenes lujosos arrastran hacia el Retiro ó la Castellana, según las estaciones y las modas, al mundo elegante madrileño que ha ocupado el lugar de la antigua aristocracia.

Uniforme el varonil en su aspecto exterior, ofrece al que lo analiza detenidamente un abigarrado conjunto de diversos elementos, variadas tendencias y distintos ideales con que llenar la vida; las ropas son de corte casi idéntico; pero los cerebros están unos constantemente ocupados por vastísimos planes, desde la combinación política ó financiera, hasta las partidas de amigos, olvidadas un momento en el casino ó el Veloz-club, mientras que hierven sólo otros con el pensamiento de las entrevistas esperadas, «dulces y sabrosas como la fruta del cercado ajeno.»

Andan, en cambio, las altas damas de esta encantadora sociedad ociosas, y muy atareadas á la vez; ociosas, porque nada las obliga á realizar empresa alguna; muy atareadas, porque su buen corazón las lleva á imponerse mil trabajos de diferentes géneros. Se presentan casi siempre en público con aire ya serio, ya altivo, ya displicente, y á pesar de la frialdad de sentimientos que parecen anunciar sus discretas maneras, aman tiernamente á sus esposos; cuidan y miman á los niños, por sí mismas, ó por el intermedio de ayas y encargadas de confianza; se interesan por la suerte de los amigos; socorren á los desgraciados y forman juntas, dando conciertos, funciones de teatro y corridas de toros, con tan benéfico fin; asisten por delegación á los enfermos, y, en tiempo de cuaresma y momentos oportunos, escuchan con ejemplar recogimiento pláticas piadosas, luciendo en brillantes fiestas, y con trajes más que aéreos, su sin par hermosura, variadas per-

fecciones físicas y gracia, en las demás épocas del año.

La educación y costumbres inglesas, tipos hoy acabados del buen gusto que han sustituído á los antiguos moldes franceses, imponen, ya que no la entereza y virilidad del pueblo anglo sajón, su trato falto de la excesiva cordialidad meridional y su circunspección, copiada en lo exterior. Resulta ahora monótono el tono de la conversación en las gentes distinguidas, cambiando muy poco las inflexiones de voz cuando hablan de un feliz enlace, ó se disponen á dar el pésame en un entierro; mas ha de advertirse que esto es también una necesidad de su género de vida, porque son muchas las personas con que cada familia trata, y numerosos, por lo tanto, los sentimientos de géneros diversos que hay que experimentar por turno en un solo día.

Regístranse entre ellos mártires de las conveniencias sociales, y mártires de dos clases: los son unos, por ocurrirles lo que al escudero tercer amo del lazarillo de Tormes, andando, como él, mermados de recursos, y admitiendo al mismo tiempo cual principio indiscutible, en pleno siglo XIX, que es más depresivo trabajar que tener puesta la esperanza en el oro de las Indias; y viven otros esclavos de esta singular clase de hidalgos desorientados, que llegan á veces á su presencia en los momentos más inoportunos. Los que se hallan en el primer caso sobrellevan los contratiempos, si pueden, resolviendo á veces problemas más ditíciles que los de la mecánica celeste; y los aludidos en el segundo sufren con paciencia los ataques de los ex-magnates del pasado, que, con múltiples pretextos, picotean en sus gavetas, oliendo las monedas, al modo que rebuscan las alondras los granos de trigo.

Y si dejando ahora calles y paseos penetramos en las habitaciones y talleres, podremos contemplar al lado del Madrid bullicioso y brillante, el Madrid trabajador: aquél es el que se agita en primera línea, el que se ve desde lejos, el culpable de que lleve nuestra capital el calificativo de ciudad desocupada; éste es el que ha producido la notable transformación de la vida que hemos experimentado desde principio de siglo y prepara mayores cambios para el porvenir; en aquél subsisten todavía, mudados sólo de ropajes, el galán, la dama, el pere-

zoso, el linajudo, el glotón y los demás tipos pintados há ya largos años por Juan de Zabaleta; en éste ocupan su lugar el hombre de estudio, el consagrado á las profesiones liberales, el comerciante activo, el experto en los oficios mecánicos, el escritor que difunde la cultura y el cajista que colabora en la noble empresa, los cien y cien individuos desconocidos que no se confunden en la Puerta del Sol con la gran masa de forasteros y pretendientes desocupados, que no medran muchas veces, alcanzando sólo un mediano pasar, y son los verdaderos propulsores de la sociedad desplegando siempre rudos esfuerzos.

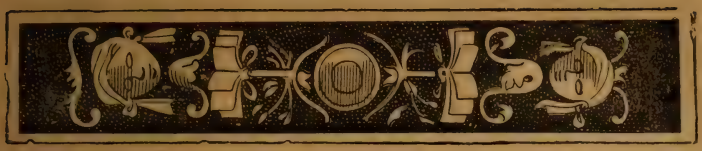
No es culpa suya si Madrid no posee ya la expléndida producción que constituye el mayor título de gloria de otras capitales europeas: para crearla, no bastan los conocimientos y la buena intención, es necesario el concurso de los capitales, y éstos andan aquí distraídos en variadas empresas de todos conocidas. Algunas chimeneas hacia el paseo de las Yeserías, dos ó tres fábricas de productos químicos y cinco ó seis de papeles pintados, varias fundiciones, casas constructoras de mesas de billar ó pianos y de diferentes objetos, constituyen la que pudiera llamarse *gran industria madrileña:* la pequeña está representada por la manufactura de mil baratijas y la preparación de artículos de tocador, velas y jabones. Hay gérmenes para mucho, y fuerzas ya desarrolladas para muy poco: pueden alimentarse esperanzas, bastante legítimas por lo hecho en los últimos años, mas no ha de contar el encargado de inventariar estas riquezas con una gran cosecha de realidades actuales.

Los rasgos característicos de Madrid van siendo, en conjunto, los rasgos de una gran ciudad; mil elementos diversos se asocian para formar un todo muy complejo, y en el rumor uniforme que anuncia su existencia á lo lejos, se confunden los choques de los carruajes sobre el empedrado de las calles, con los ruídos y ecos despertados por el trabajo diario; como en el polvo que flota en su atmósfera se unen á numerosos detritus industriales, los hilachos de telas pobres ó ricas y las partículas desprendidas de nuevos y viejos caserones.

Hoy por hoy hieren más el oido del transeunte los trenes

lujosos ó los coches de plaza, que el hervor de las calderas y el girar de los tornos; y el aire arrastra en mayor cantidad hebras de lino ó seda, que fragmentos de carbón de piedra ó limaduras metálicas: ¿qué veremos mañana en los gránulos iluminados por los rayos del sol ó qué nos dirán los vagos sonidos que parten desde la Villa y van á difundirse en su silenciosa campiña?

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.



GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

¿No resulta singularísima identidad, excepción hecha de la bellísima forma de las quintillas, clase de composición de invención muy posterior á la de Pérez de Hita, entre la «Fiesta de toros en Madrid», y la «relación que se sacó aquel día, y de ella un romance, por lo que también lo hizo el invencible Gazul?» Creemos que sobre tal punto, la duda, por lo menos, favorece entre dos al que escribió primero; y lo que sucede con ésta y alguna otra composición de D. Nicolás, acontece cosa semejante con el romance heróico sobre la toma de Granada, escrito en 1779 por su hijo el dulcísimo *Inarco Celenio*.

Tampoco puede considerarse ajeno á tan plácida influencia á mi respetable é ilustre amigo el literato y estadista, D. Lope Gisbert, puesto que en uno de sus bien escritos romances, intitulado «La Hazaña de los Cuarenta», no consiguió más que hacer una glosa primorosa del episodio de la «Novia de Se-

(1) Véase la pág. 56 de este tomo. Por ir equivocada la numeración de las cuartillas remitidas á la imprenta, nos hizo cometer un error involuntario de composición en el número anterior, error que advertimos después de hecha la tirada. Debe desaparecer el romance (que aparece en la pág. 41), y notas que acompañan al mismo, hasta la pág. 48.

ron», celebrado en prosa y en verso por Pérez de Hita (1).

No seguiremos, por lo tanto, investigando sobre más autores, puesto que con los citados basta para su gloria, limitándonos solamente á hacer resaltar la galanura con que describe, para confirmar lo que constantemente venimos diciendo sobre su estilo peculiar y único en aquellos tiempos:

«Reduan bien te acuerdas
que me diste la palabra
que me darías á Jaen
en una noche ganada...»
. . . . . .
Si lo dige, no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.
Reduan pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba
por esa puerta de Elvira
sale, muy gran cabalgada;
cuánto del hidalgo moro
cuánto de la yegua baya
cuánta de la lanza empuño,
cuánta de la dalga blanca,
cuánta de marlota verde,
cuánta aljuva de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto ballo borceguí,
cuánto raso que se esmalta,
cuánto de espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y esperta para batalla,
en medio de todos ellos
va el Rey chico de Granada

(1) Escrito ésto, hemos sabido con el mayor sentimiento la sensible pérdida del Sr. Gisbert, ocurrida en 1.º Febrero de este año de 1888, en Manila, donde ejercía elevado cargo en la Administración de aquella isla. El autor de este modesto trabajo cree deber suyo hacer público testimonio de su reconocimiento al finado, á quien debía las mayores deferencias.

mirando las damas moras
de las Torres del Alhambra.
La reina mora su madre
de esta manera le habla:
«Alá te guarde mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaen
libre, sano y con ventaja,
y te de paz con tu tio
señor de Guadix y Baza.»

Empero donde luce toda la inventiva de su fastuoso ingenio, es en la reseña ó invención de los famosos motes ó divisas en las adargas de los caballeros de sus leyendas:

«.....
.....
sale el valeroso Muza
á Biba rambla una tarde;
por mandado de su rey
á jugar cañas se sale,
del blanco, azul y pagizo,
con encarnados plumages;
y para que se conozcan
en cada darga un salvage
acostumbrada divisa
de moros abencerrages,
con un letrero que dice;
abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el cielo,
pues de ellas bisten las aves;
y en otra cuadrilla vienen
atravesando una calle
los valerosos Zegries
con libreas muy galanes.
Todos de morado y verde,
marlotas y capellares,
en mil jaqueles guardados
de plata los acicates
sobre yeguas bayas todos,
hermosas, ricas, pujantes;
por divisas las adargas

unos sangrientos alfanjes
con una letra que dice:
no quiere Alá se levanten,
sino que caigan en tierra
con el acero pujante.

Y en otro sitio y diferente romance:

«Entraron los sarracinos
en caballos alazanes
de naranjado y de verde
marlotas y capellares.
En las adargas traían
por empresas sus alfanges.
Hechos arcos de cujudo
y por letras fuego y sangre.
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares,
con encarnadas libreas
llenas de blancos follages.
Llevan por divisa un cielo
sobre los hombros Atlarte,
y un mote que dice asi:
Tendrelo hasta que canse.
Los Alarifes siguieron
muy costosos y galanes
de encarnado y amarillo,
y por mangas almazares.
Era su divisa un mundo
que le desace un salvage,
y un mote sobre un bastón
en que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron,
mas que todos arrogantes,
de azul, morado y pagizo,
y unas hojas por plumages.
Sacaron adargas verdes
y un cielo azul en que hace
dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.

. . . . . .
. . . . . .

Aribau, á quien he citado ya alguna vez, asegura que los romances que adornan las *Guerras civiles*, entre zegríes y abencerrajes, son de lo mejor que en su género se conoce, añadiendo, «los de la segunda parte no pasan de la medianía,» y esto hizo creer á muchos que los de la primera no eran de Pérez de Hita, y sí correspondía su partenidad á la lira popular. Empero sería cosa de nunca acabar si hubiéramos de recoger todas y cada una de las bellezas que encierra, no sólo la segunda, sino también la primera parte, aunque en menor escala ésta; obra es, de todos modos, la de las *Guerras civiles*, que muchos han conceptuado de las mejores que tenemos de honesto recreo; deleitando tanto la lectura, de tal manera, que una vez que tomamos el libro en las manos no se suelta con facilidad. De aquí, privilegio que es exclusivo á todas las de los genios superiores, el que las *Guerras civiles* hayan sido muchas veces parodiadas, y no todas muy felizmente, hasta el extremo de que algún crítico llegase á decir que estaba aburrido de:

«Tanta Zaida Adalifa,
Tanta Graguta y Daraja,
Tanto Alquicer y Marlota,
Tanto Almaizar y Almalafa.»

Es indudable que si Pérez de Hita no es autor de los romances que intercala y avaloran el texto de su obra, es desde luego el primero y único colector, debiéndole de todos modos el que nos les haya conservado y trasmitido, dado caso que todos ó casi todos no sean debidos á su feliz inspiración poética, que no puede negarse, teniendo en cuenta su poema heróico á la ciudad de Lorca, es decir, el de *Historia, etc., de la dicha ciudad.* Es también muy de notar que á nuestro escritor debemos la introducción del elemento poético en la historia, novedad sólo característica del pueblo árabe, y desconocida de los demás pueblos, incluso Grecia y Roma.

VII

¿Son las "Guerras civiles„ de Ginés Pérez de Hita, ó del moro autor de vista, Aben Hamin, según unos, ó Aben Hamidi„ según D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hispano Nova*, de quien las tradujo Hita ?

Muchos han preguntado: ¿las *Guerras civiles* son de Pérez de Hita, y sobre todo la primera parte?

En efecto, en la portada de varias de las ediciones de su obra, leemos: «Historia de los bandos, etc., traducida en castellano por Ginés Perez de Hita;» en otras: «Historia de los bandos de zegries y abencerrages, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella, y batallas particulares que hubo en la vega entre moros y cristianos, hasta que el Rey Don Fernando el Quinto la ganó, *ahora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fué Aben Hamin, natural de Granada*, tratando desde su fundacion, *traducido al castellano por Ginés Perez de Hita* (1).

D. Nicolás Antonio, en el tomo primero de su *Biblioteca Hispano-Nova*, expresa que, «*Genesius Perez de Hita, Murciæ urbis incola, credi voluit ex Arabico Aben Hamidi Granatensis libro se Hispanis hominibus communicasse, quod ad milesiacas referimus sponte nugas, opus, salicet.*»

HISTORIA DE LOS BANDOS DE LOS ZEGRÍES Y ABENCERRAGES CABALLEROS MOROS DE GRANADA Y LAS GUERRAS QUE HUVO EN ELLA.

El mismo Pérez de Hita asegura que: «No muchos días después de la toma de Granada, fué hallada una cueva de

---

(1) No es historia traducida del arábigo como se anuncia en su portada, sino una novela caballeresca de las más notables entre las muchas que corrían durante el siglo XVI.

armas, de la cual se hizo grande pesquisa, y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, cronista de los Católicos Reyes; y así no las escribió, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la Reina, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supo y entendió, no puso la pluma en ellas por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos Reyes y de más gravedad. Nuestro moro cronista (¡) supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió dos cartas; la que envió á D. Juan Chacón, y la respuesta que le envió; y así pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quiénes fueron hasta ahora. Visto por el cronista perdido el Reino de Granada, se fué á África y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió, y dejó hijos y un nieto suyo no menos hábil que él, llamado Argutarfa (1), el cual recogió todos los papeles de su Abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se le presentó á un judío llamado Saba-Santo, que le *sacó en Ebreo* por su contento, y el original arábigo lo presentó á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén (2). Y por saber lo que contenía, y por haberse *hallado* su abuelo y visabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradugese en castellano y después el Conde me hizo merced de dármelo.»

Precisamente el pasaje anterior confirma ser la obra parto de su donoso ingenio; pues que en primer término aquello de «algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, cronista de los Católicos Reyes, y así no las escribió;» tratándose de unos sucesos donde figuran tan ventajosamente D. Juan Chacón, primer señor de Mula por su mujer Doña Luisa Fajardo, y Esperanza de Hita, deuda del autor, que la hace natural también de Mula, de quien dice:

Francisco de Melgarejo
de Mula salió alistado,

---

(1) ¿El moro de *vista* llamado Aben-Hamin?

(2) Título fundado en 1522.

fuerte villa del Marqués
y *la mejor del reinado:*

y cuando más adelante añade: «que si algo de estas cosas supo ó entendió, no puso la pluma en ello por estar ocupado en otras cosas, tocante á los Católicos Reyes, de más gravedad,» advierten al discreto que el abuelo de Argutarfa era mucha coincidencia fuese á Mula á buscar á D. Juan Chacón, ni á hacer natural de aquella villa á la Esperanza, doncella de la desdichada Muraima.

Adviértese, asimismo, la diferencia que á todas luces establece Pérez de Hita entre lo real y fingido; es decir, entre la crónica seria y grave de Hernando del Pulgar y la creación del novelista, puesto que tanto el de Tremecén como su nieto Argutarfa, como el hebreo D. Saba-Santo y la entrega del original arábigo hallado en una cueva (sin nombre) y que regala, al autor, el Conde de Bailén (1), que debía de tenerle animoso en cabeza de mayorazgo, por tratarse en él de las hazañas de su abuelo y bisabuelo, así como también la confianza hecha por la Sultana, debajo de secreto, de todo lo que pasó con la entrega de las dos cartas en un asunto en el que si algo hubo de cierto fué solamente el auxilio que le dieron Gonzalo de Córdova y Hernando del Pulgar; es evidente que todo esto no es más que otra nueva invención ingeniosa de las mil y mil con que deleita y seduce en la primera parte de las *Guerras civiles*.

Nuestros poetas del siglo XVI y aun del siguiente, por derivación de lo que hiciera Virgilio, no sólo encubrían con nombres pastoriles historias verdaderas de su tiempo, sino que propendían además á velarse ó declararse meros traductores de libros escritos en lengua oriental, imitando á los autores dramáticos que daban asímismo á la escena sus obras, bajo pseudónimos ó anagramas sutiles, tropezando los primeros los manuscritos, unas veces en el Alcanâ de Toledo, en manos de muchachos y sederos, como encontró el inmortal Cervantes (que

(1) Lo que es evidente que nuestro autor escribió su obra en los días de D. Rodrigo Ponce de León.

nació casi el mismo año que Pérez de Hita), el de su autor Cide Hamete Benengelí, especie de argutarfa, y otros, imitando así, ó coincidiendo, que es lo más seguro, con el feliz hallazgo de Pérez de Hita, en manos de poderosos, como D. Rodrigo Ponce de León, que con las muy espléndidas de prócer, dió el manuscrito del moro de Tremecén; y aun se me antoja que en la forma que describe Cervantes, el hallazgo del de su Cide Hamete Benengelí, parece como que se censura ó trata de rediculizar estos hallazgos, que estaban siempre en manos de grandes y poderosos. (1) y (2).

Al crítico suele pasarle lo que al filosófo, pues tiene momentos de duda hasta el extremo de extinguirse en su alma la fe, dejando, por lo tanto, de ser creyente, para convertirse en crédulo y cándido, pues ¿qué cosa puede pensarse del que aún afirme fué morisco convertido Pérez de Hita? Sobre tal extremo no cabe duda de ningún género, porque nuestro insigne é ingenioso escritor procede de la noble y no interrumpida prosapia de la familia de los Pérez de Hita, de estirpe goda, que de Guadalajara vinieron á asistir á D. Alfonso el Sabio en las conquistas de Mula y Lorca, quedando de pobiadores en ambas; y á lo que hemos probado de ser Ginés Pérez de Hita natural de Mula, pudiéramos pensar con más ó menos acierto, que á imitación de su casi contemporáneo y paisano Fray Ginés López Yáñez de Quesada, á quien D. Pedro Fajardo diera educación literaria en el famoso Seminario de San Fulgencio de la noble y Franca ciudad de Murcia, así también por otro noble antecesor del D. Pedro, sospechó fué

(1) No debió de ir muy bien á Cervantes durante sirvió de soldado en la compañía de que era capitán en Italia D. Manuel Ponce de León, pues es de observar que siempre que de los Ponces trata se inclina á ridiculizarlos. Sangrienta es la crítica que hace en su *Don Quijote*, y aventura de la jaula de los leones, del hecho atribuído al primer Conde de Baylen, D. Manuel Ponce de León, de penetrar este caballero en la jaula donde se encerraban unos leones, y sacar de ella un guante que dentro se le había caido á su pretendida, dama de la Reina Isabel, llevando á cabo su hazaña sin que los fieros animales hiciesen alto en la figura del magnate.

(2) Dice Aribau: «No es de suponer en un moro granadino tanta predilección como la obra respira á favor de los cristianos.

enviado Pérez de Hita á los entonces famosísimos centros de enseñanza que contaba la ciudad siete veces coronada (1), en las que, así como otros muchos eminentes en doctrina, letras y santidad, recibiera las menores y aun mayores enseñanzas y letras.

No se comprende bien que á un morisco renegado se le estén al presente disputando la honra de ser patria suya Lorca, Murcia y Mula, que si no son como las siete ciudades griegas que se disputaron la cuna del gran Homero, son hermosos vergeles, bien propios de nacer en ellos inquietos pensadores y brillantes ingenios (2).

El colector de novelas Aribau (3), á pesar de ser Pérez de Hita contemporáneo de Cervantes, coloca las novelas del primero como anteriores á las del segundo. Efectivamente, aunque Ginés Pérez naciera en 1546 ó 1548, un año antes ó un año después que el inmortal autor del *Quijote*, es lo cierto que floreció antes que este ingenio peregrino. Cervantes, como es sabido, empezó á darse á conocer con la *Galatea*, que había compuesto y concluído para fines de 1583, después que Pérez de Hita con sus *Guerras civiles*, que compuso en vida de D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén (4).

---

(1) No pudo ser en San Fulgencio, por no estar aún fundado por aquellos años.

(2) Al escribir Pérez de Hita la historia de los bandos y *Guerras civiles* de los moros granadinos, tal vez tuvo en cuenta que el pueblo árabe se distinguía de su origen por la introducción del elemento poético en la historia, novedad desconocida en Europa. «Este carácter literario, dice un escritor, vino á templar en cierto modo el cansancio natural que produce la lectura de hechos indigestos y repetidos, embelleciendo la narracción con un colorido romántico.» Esto es, pues, precisamente, lo que distingue á nuestro escritor en la obra que venimos examinando, y lo hace con tan singular acierto, cuanto que logra pasar por el moro Aben-Hamin, á quien él supone autor de su libro.

(3) Debe leerse el discurso preliminar sobre la primitiva novela española, que á la cabeza del tomo III de la biblioteca AA 55 de Rivadeneyra.

(4) En el libro cuyo título es «*Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*, por D. Joseph Berni y Catalá, etc., impreso en Valencia

(1). Esto que hizo Aribau con nuestro escritor, hízolo así bien con Mateo Alemán, pues siendo éste contemporáneo de Cervantes, y aun sufrido alguna presunción idéntica como ejecutor, y asimismo y á la vez de Pérez de Hita, coloca también sus escritos como anteriores á los del primero y príncipe de los ingenios.

«Poco más sabemos, dice Aribau, á propósito de Pérez de Hita, de sus propios hechos en aquella guerra, ni de sus posteriores sucesos; sólo han inferido algunos que á más de las *Guerras civiles*, y anteriormente la segunda parte, habría escrito otra obra, pues al fin de la historia de Tuzani nos dice que conoció á éste viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo» (2). Efectivamente, el libro á que se re-

---

en 1769,» al folio 172 dice: Conde de Baylen. El primero fué D. Manuel Ponce de León (otros dicen que fué D. Rodrigo su hijo), por gracia de los Reyes Católicos. Nobilísimo caballero, experto militar y muy valeroso en servicio de los Reyes. Este caballero sacó el guante de la leonera, que se le cayó á su prometida. Recae esta excelsa casa en la del Excmo. Sr. Duque de Arcos, según nótase en el párrafo 39 de este capítulo.

1471—1618

D. Juan Ponce de León, segundo Conde de Arcos, falleció en 1471. Tuvo, entre otros, los hijos siguientes:

De su primera mujer á

D. Rodrigo Ponce de León, tercer Conde de Arcos, más adelante, por merced de los Reyes Católicos, Duque de Cádiz; falleció en 1492.

De su segunda mujer, ó amiga, á

D. Manuel Ponce de León, llamado el *Fuerte* por sus hazañas, habiéndole hecho los Reyes Católicos Conde de Baylen.

Biznieto de D. Manuel fué D. Rodrigo Ponce de León, cuarto Conde de Baylen. Este debe ser, sin duda, el que supone Pérez de Hita adquirió el original arábigo de la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, pues vivía en la segunda mitad del siglo XVI. Por haber muerto soltero, sin descendencia legítima, se interrumpió la sucesión en el condado de Baylen, que restableció D. Felipe III, haciendo quinto Conde de Baylen á D. Pedro Ponce de León; falleció 1618.

(1) Pero el poema inédito sobre la población y hazañas de Lorca lleva la fecha de 1572, cuando estaba Cervantes cautivo.

(2) «Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos, hijos de hermanos, y

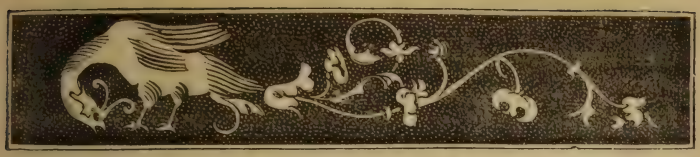
fería nuestro escritor era el poema M. S. del «Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca;» según se desprende de la petición al Ayuntamiento y acta levantada por el mismo, que oportunamente copiaremos y que circunstanciadamente consta en el manuscrito citado que pasamos á examinar.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(Se continuará.)

---

yo propio procuré verle, yendo á Madrid, en solicitud de un privilegio para un libro mío.» *Guerras civiles*, segunda parte, tomo IV, capítulo XXIV. Edición Biblioteca granadina.—Granada, imprenta y librería de Manuel Sanz, 1848.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

Á LAS

ETIMOLOGÍAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AGOTADA hacía ya mucho tiempo la undécima edición del Diccionario de la lengua castellana, que publica la Real Academia Española, tan docta corporación tuvo que activar tareas emprendidas desde hacía mucho tiempo, para que cuanto antes viera la luz de nuevo, aumentado y corregido, el catálogo de nuestro riquísimo idioma. La Academia en nuestro país tiene á más de su indisputable carácter científico, conquistado con sus notables trabajos, uno oficial que le da su historia y mantenimiento: sus libros son textos para la enseñanza, y en ellos hay que buscar autoridad para dirimir las cuestiones de lenguaje que puedan ocurrirse. Fuerza es convencerse que poquísimos hayan probado errores en las obras de aquel alto cuerpo, errores que los demás vociferan y ajigantan no puede ser prueba para justificar el cúmulo de desatinos que incesantemente se oyen repetir y es bien cierto que siempre se hallará en las obras indicadas lo bastante para que acudiendo á ellas, el mayor número halle forzosamente mucho de lo que ignoran, tal vez sin saberlo: en nuestros días, por suerte ó por desgracia, se

han puesto de moda las cuestiones filológicas y lingüísticas, y pocos son los que no se creen obligados á discutirlas; bien es cierto que en un tiempo no remoto estuvo también de moda la teología, y á los postres de buena ó mala comida no faltaba viajante de comercio ó empleado con poco sueldo, que no discutiera la existencia de Dios ó la esencia de sus atributos.

Los que, atentos al título de nuestro trabajo y fiados en la general costumbre de tratar mal á los académicos, esperen hallar en él inconsiderada diatriba, quedan desde ahora amenazados de solemnísimo chasco; podremos discutir cuanto se quiera, hasta donde podamos; pero jamás faltaremos á nosotros mismos; sin olvidar términos que se aprenden en la escuela consignados en libros de poquísimas hojas, procuraremos demostrar un error científico donde creamos hallarlo; pero jamás nuestro carácter ni nuestra educación podrán permitirnos que acudamos á terminachos de gente soez y baja, con objeto de hacer gracia al vulgo, oficio de titiriteros y payasos, y mucho menos aún recurriremos al insulto cobarde, arma repugnante de que se valen los necios orgullosos, cuyo constante afán es llamar la atención. Estas declaraciones pudieran inclinar á creer el extremo contrario, cosa que sentiríamos doblemente, pues nada nos recuerda el deber de paladines y nada nos obliga á desempeñar el comprometido de redentor.

Como auxiliar de la Comisión de etimologías en la Real Academia Española, trabajamos para el Diccionario durante algún tiempo (1), pero no puede alcanzarnos responsabilidad de los extravíos que en la obra se advierten, y que somos los primeros en lamentar; nuestra opinión, que nunca vale nada, no se consideró allí utilizable, sino cuando los académicos que formaban aquella Comisión, que habían de ser responsables ante la opinión pública, la dejaban valer y claro está que nunca pasó una idea nuestra, sino cuando pudieron hacerla suya. No poco aprendimos allí de cuanto se refiere al arte de hacer diccionarios, y de cuanto toca á la filología y á la lingüística; pero nuestro estudio más atento tuvo por objetivo á la misma docta corporación, que se achicó á nuestra vista, sin duda por

(1) Desde la letra *G* hasta la *M*.

la gran verdad que implica el dicho de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Al hacer públicos los resultados de aquel detenido examen, ni creemos perjudicar á nadie, ni podemos suponer que ninguno se dé por ofendido: si carecen de valor nuestras observaciones, hijas del mejor deseo, pronto se darán al olvido; si para algo pueden servir, Dios quiera que se tomen en cuenta. Achaque harto común es aglomerar censuras sobre la Academia; se cree generalmente que está compuesta de hombres retrógrados y oscurantistas, abiertamente opuestos á toda innovación, necios y sin talento, por añadidura. Los que tal dicen, ó no piensan bien, en cuyo caso debían callar, ó tales declaraciones son hijas de perversos rencores, que los hacen despreciables. Que entre los individuos que componen la Academia Española haya, como en todas las corporaciones, nulidades que no pueden aplicarse á nada, que nadie podrá explicarse por qué llegaron allí, no prueba que los demás deban descender tanto; es sólo manifiesta revelación de un momento de debilidad, en que en vez de cometer un error de mayor transcendencia, se entretuvieron en encumbrar demasiado á los que rastreaban á sus piés.

Recordando que de la Academia forman parte Tamayo y Saavedra, Cánovas y Menéndez Pelayo, no podemos comprender el fundamento de las generales censuras en que se envuelven á todos, procurando desprestigiar por completo á la docta corporación. A más de los nombrados, ejemplos notabilísimos de saber, poder y querer, hay entre los académicos restantes poetas eminentes, críticos distinguidísimos y políticos que pasarán á la Historia; mas séanos perdonada nuestra humildísima opinión, si peca por atrevida; las condiciones que atesoran, según indicamos, no bastan, ni aun remotamente sirven para hacer buenos diccionarios, y no es esto lo peor, sino que gran número de ellas, bien miradas, son, en vez de ventajas, obstáculos de grandísima consideración para que resulten, como deben resultar, modernamente los catálogos de un idioma. El que Tamayo, siendo hijo queridísimo de las musas que inmortalizan, y dramático de tanto brío y arranque que bien sin exageración puede llamársele Shakspeare español, sea también consumado hablista, celoso guardador de la pureza

del lenguaje y gramático sin rival, no quiere decir que los demás que han logrado introducirse en la clase de que es gloria el insigne autor del *Drama Nuevo* estén á su altura, ni siquiera que resulten hombrecillos al lado de una personalidad tan elevada, que el común de los mortales ni fuerza tenemos para calcularla. El que Saavedra naciera dotado de tan excelsas dotes que hasta la filología le fuera familiar, entre las muchísimas cosas que denomina su privilegiado talento, no quiere decir que otros, por haber desempeñado muchos cargos, sean aptos para cualquiera de ellos y mucho menos para el de académico.

Ya para nosotros el académico debía ser única y exclusivamente académico, esto es, hombre dedicado á tareas filológicas dignas de atención tan grande en quienes las profesan, como tantas otras de las que consumen el tiempo necesario para el trabajo. A tal convicción nos lleva pensar que las naciones que tienen Academias como la Española, poseen perversos Diccionarios; las que carecen de instituciones literarias creadas por emulaciones de Reyes y mantenidas por caprichos oficiales, tienen, no uno, sino varios que pudiendo ser presentados como modelos, desde todos puntos de vista, son fruto del asíduo trabajo de hombres que consumieron su vida estudiando el idioma patrio. Tampoco tuvimos fortuna los españoles por lo que á esto toca: cuando en nuestro país un particular se propuso hacer un Diccionario de la lengua, quiso el destino que la ocurrencia fuera de D. Roque Barcia, estimabilísima persona que por abarcar mucho apretó poco. Sólo porque la misericordia de Dios es infinita, le habrá perdonado el crimen de su Diccionario; ni aun siendo inconmensurable la piedad divina bastará para que á D. Eduardo Echegaray no le tome en cuenta haber dicho que Barcia elevó con su obra un monumento á la lengua castellana (1). Que los que heredamos co-

(1) De todo literato es conocido el Diccionario etimológico de Roque Barcia, ese monumento levantado por este autor á la lengua castellana y cuyo gran mérito es inútil que nos esforcemos en demostrar, pues es universalmente conocido. D. EDUARDO ECHEGARAY; *prólogo de la reducción del Diccionario de Barcia.*

munísimos apellidos olvidemos á veces por sentimiento egoista ó por imperiosas necesidades de la vida práctica cuanto pudiera redundar en gloria de nuestros mayores, ya que no se disculpe puede esplicarse, pues bien están los muertos en sus tumbas, tranquilos ya, y sin cuidados por achaques de esta existencia; jamás ocurrirá lo mismo con aquellos que siempre y para todo deben tener presente lo de nobleza obliga. Si la fortuna, el acaso nos hubieran hecho nacer Echegaray, habríamos tenido siempre máximo cuidado en la realización de todos nuestros actos, porque si con ellos no podíamos dañar al ascendiente ó al colateral que por su propio valer tiene ya gloria sobrada, hubieran sido bastantes para que el público, de suyo malicioso, en el afán de distinguirnos llamara siempre al otro Echegaray el bueno, dejando para nosotros Echegaray el malo. El Diccionario á que Barcia se agarró, como quien se ahoga se agarra á clavo ardiendo, no es obra crítica ni científica, es un pandemonium que acredita, unas veces petulancia excesiva, y otras la más crasa ignorancia. Somos de opinión que sólo á los vivos daña el mal que de ellos se diga; los que mueren, al dejar libre el alma de la cárcel corpórea en que la sujetaban, juegan una partida en que lo aventuran todo, y ni pueden ganar menos, ni pierden más por lo que después se diga á cargo de ellos.

Esto nos deja tranquilos con respecto á Barcia, aun hablando de su Diccionario tan duramente como lo hacemos. Desde el punto de vista lexicográfico, con su obra no añadió al Diccionario de la Academia más que algunas vulgaridades; desde el punto de vista filológico, no supo lo que se hizo. Comenzado su vocabulario con el único apoyo de la obra capital de Littré, que no es perfecta ni mucho menos, plagió las etimologías que pudo utilizar de una manera tan poco escrupulosa, que copió no sólo los errores, sino también las faltas que no pueden ser atribuídas sino á errores de caja. Más tarde, sin duda, supo que existía la obra que comenzó Engelman, y completó Dozy, poniendo en ella mucho de su gran talento, profundo saber y un poco de su no pobre fantasía; aquel catálogo de voces arábigas, quedadas en nuestra lengua, fué utilizado por D. Roque; pero sus trascripciones son monu-

mentales por lo bárbaro, como tendrán que serlo siempre las de aquéllos que escudados en la escasa generalización de ciertos conocimientos, quieran hablar de lo que no entienden. Y así fué en todo, se remontó algunas veces hasta la lengua en que se escribió el Ramayana, y salió á más de atrocidad por palabra, manifestando claramente que no conocía de aquel respetable idioma ni siquiera los rudimentos; en este punto tal vez halle quien, con razón, lo disculpe, y nosotros aumentaremos el número, pues menos criminal nos parece citar una palabra en forma que revela, desde luego, la ignorancia de quien la emplea, que formar parte de un tribunal para proveer cátedra de lengua que no se conoce, pero que aparentando conocer da lustre; á tamaña desvergüenza no llegó Barcia; el que se halle inocente, que tire la primera piedra. Es de extrañar que ocurriendo cuanto decimos, no hubiera en España un crítico imparcial, que con el debido conocimiento de la materia, se atreviera á decir la verdad, ni llamara la atención acerca de tan gran semillero de errores. Ocurrió todo lo contrario; aquella obra, á la que lleva ventaja la peor de su clase, fué celebrada y encomiada; si no recordamos mal, hasta informaron bien de ella cuerpos consultivos, que jamás debían perder de vista lo elevado de su misión, y tener presente que de su dictamen dependía el favor que le otorgó la Dirección general de Instrucción pública, que á tantas y tantas más dignas desatiende.

En todo esto hay un misterio difícil de explicar; apenas sale á luz el Diccionario de la Academia española, lo acosa una jauría, como si de su inconsiderada destrucción fuera premio, gloria imperecedera; se publicó el de Barcia, y todos lo contemplaron conmovidos, como si fuera parto fenomenal de madre digna de compasión. Otras veces pensamos que la política no fué agena al éxito del monstruoso engendro; aquéllos, á cuyo partido perteneció Barcia, no podían atacarlo decorosamente; era la obra de un antiguo correligionario, que había tenido justa celebridad por los esfuerzos que hizo en pro de la causa; sus enemigos callaban por no ser censurados de parcialidad, y también por lo poco que puede importarles la lexicografía y la lingüística, y todos á una lo alentaban con

un silencio, que justo es decirlo tenía mucho de interesado. Si los últimos años de su existencia no los consume en el trabajo que censuramos ahora, tal vez hubiera seguido ocupándose en aquéllo que le dió nombre, antes que sus desengaños le arrebataran las ilusiones, y entonces, amigos antiguos y parciales, habrían perdido la calma, pues tiene que ser más duro, para cualquier hombre sentir verdades que directamente le atañen, que saber que se destroza una palabra de su idioma, por querido que le sea ó por mucha fortuna que le deba. A nosotros no duelen prendas; decimos la verdad como la sentimos, y en el campo científico, en lo poquísimo que alcanzamos, procuramos dar á cada uno lo que le corresponde.

En las demas naciones la suerte fué bien distinta: la Academia francesa tiene un Diccionario del que con razón debe avergonzarse, pues concordado con el tiempo, requisito indispensable para la solidez del juicio, vale infinitamente menos que el hecho por Menage, y más doloroso que ésto es aún, pensar que los amantes de la lengua en aquel país deban esperar doscientos años para verlo reformado, pues no menos tiempo hace falta, según M. Renan, para que la parte más importante del Instituto reforme y rectifique la que debe ser su obra capital. En cambio y para compensación de estas desventuras, hizo M. Littrè el suyo, que á pesar de las faltas que tiene como obra humana, es de verdadro mérito. Alemanes é ingleses podrían lamentar la carencia de Academias que limpiaran, fijaran y dieran esplendor á sus idiomas, si no pudiera ostentar con orgullo la patria de Goethe la obra lexicográfica de los hermanos Grimm, el gran diccionario de Sanders, y los particulares de Graff, Diefembach y muchos otros que han estudiado con pasión aquella riquísima lengua, desde el período rudo, casi bárbaro, que representa el canto de Hildebrand, hasta la época de sin igual cultura, que representan las obras de Schiller y sus coetáneos. En Inglaterra existen los de Johnson, Webster, Wogester y Mackay. Justo es tener en cuenta que en estas naciones los trabajos filológicos y lingüísticos estaban adelantadísimos, cuando en España casi se ignoraba su existencia. Exceptuando el *Tesoro* de Covarrubias, que más que obra seria puede considerarse como graciosísi-

ma farsa para reir, y las rebuscadas generalidades que dijo Alderete en sus *Orígenes de la lengua castellana*, no creemos que precediera ningún otro trabajo á la primera voluminosa edición que de Diccionario oficial hizo la Real Academia Española, para dar fe de su existencia (1). Cuando esto ocurría en nuestro país, en el extranjero, á partir del siglo XVI, se ha-

---

(1) Merece especial mención á más de los citados, por la gran importancia de su obra, nuestro jesuita LORENZO HERVAS (nacido en Horcajo el 1.º de Mayo de 1735) profundo filólogo, trabajador infatigable, de quien casi nadie habla en España: fué quien primero determinó que las afinidades entre los idiomas no deben deducirse de la semejanza entre las palabras, sino de la comunidad en los accidentes gramaticales. En la historia de la Filología comparada, merece también un puesto señalado; antes que él ninguno había probado que hebreo, caldeo, siriaco, árabe, etiópico y amarico, son lenguas congéneres, derivadas de una misma; ridiculizó la idea de que todas las lenguas derivaban del hebreo, idea mantenida por SAN JERÓNIMO (*a*) y ORÍGENES (*b*). Hervas fué el primero en determimar afinidades entre el húngaro y el finés; á él se debe la preconización de que el bascuense no es un dialecto céltico, como se venía creyendo, sino una lengua independiente; él quien con ligeros é incompletos apuntes debidos al carmelita PAOLINO DE SAN BARTOLOMEO (*c*), autor de la primera gramática sanscrita publicada, determinó las afinidades entre el griego y la lengua sagrada de la India; el primero que haciendo estudios comparativos, estableció la semejanza entre la forma griega Θεός y el *Deva* sanscrito, quien reconoció la identidad entre el auxiliar griego εἰμί y el sanscrito *asma*, llegando á establecer las equivalencias entre las desinencias de los géneros griegos ος, η, ον, con las sanscritas *as a am*—HERVAS—*Catalogo delle lingue conoscinte e notizia della loro affinitá e diversitá*—ed. Biasini Cesena, 1784.

(*a*) *Initium oris et communis eloquii et hoc omne quod loquimur, Hebræam esse linguam qua vetus testamentum scriptum est universa antiquitas tradidit.* SAN JERÓNIMO, *ad Damasus, epistola.*

(*b*) *Mansit lingua per Adam primitus data, ut putamus Hebræa, in ea parte hominum, quæ non pars alicujus angelis sed quæ Dei portio permansit.* ORIGENES, *XI homilia sobre los Números.*

(*c*) FR. PAOLINO A SAN BARTOLOMEO, nacido en Hof, cerca de Mannerdorf el 25 de Abril de 1748, publicó en Roma la primera gramática de la lengua sanscrita, con el título *Sidharubam seu grammatica Samscrdamica, cui accedit dissertatio historico critica in lingua Samscrdamicam, vulgo Samscret dictam, auctore Fr. Paolino a San Bartholomeo, carmelita excalceato, Malabariae missionario. Roma, ex tipographia sacrae congregationis de Propoganda Fide 1790.* En su gramática, el padre Paulino no empleó el devaganari, sino el tamul, en que se ve más práctico, sin duda, por su larga estancia en la costa Malabar.

bían publicado ya no pocas obras, en las que sabios reputados probaron su amor á las investigaciones filológicas, por más que en todas ellas faltaran elementos críticos y de comparación acertada, causa principal de que hayan caído en olvido: Guichard (1), Skinner (2), Hayne (3), Casaubon (4) (hijo de Isaac), Rudbek (5), Jonas (6), Peisker (7) y otros muchos, habían publicado obras importantes para el estudio de las lenguas del Norte y de la filología en general, obras que aun en muchas ocasiones se pueden consultar con fruto.

Lo mismo por su historia que por los elementos que la componen, la Academia Española resulta pura y simplemente una corporación literaria: no sólo no dudamos, afirmamos también con profundísima convicción, que cualquier obra literaria, fruto del trabajo de aquellos señores, podría presentarse como modelo, pues hay allí sobrados elementos para que se aunaran en una producción todo lo que puede exigir la crítica más

---

(1) *Harmonie étymologique des langues où se demontre que toutes les langues sont descendues de l' hebreux.* París, 1606. GUICHARD conviene en que las lenguas modernas se han formado del latín y del griego, pero suponiendo el hebreo la más antigua y en la que se encuentran las raíces primordiales.

(2) *Lexicon Etymologicum pro lingua Anglicana, seu explicatio vocum Anglicarum etymologia ex propriis fontibus sc. ex XII linguis, Anglo-Saxonica, Runica, Gothica, Cimbrica, seu Danica antiqua, Franco Theostica, Danica rescentiore, Cambrobritannica, Francogallica, Italica, Hispanica, Latina, Græca.* Londres, 1671. SKINNER que murió prematuramente (45 años) y de quien WOOD dijo era una biblioteca viva, dejó además otras obras de importancia, que corrigió y publicó más tarde THOMAS HENSHAW.

(3) *De linguarum Harmonia dissertatio.* 1648. HAYNE había publicado antes en Londres *Lexicon harmonico universalis.*

(4) *Comentatione de IV linguis. Hebræa, Græca, Latina et Saxonica.* Londres, 1650

(5) *Lexicon etymologicum polyglotum in quo Finnonicae, Lapponicae, Sueticae, Islandicae, Norvagicae, Danicae, Alglo-Saxonicae, Germanicae, Belgicae, Gallicae, Italicae, Hispanicae, Slavonicae, Græcae, Latinae, aliarumcae linguarum convenientium cum Hebræa.* Upsal, 1708. OLAO RUDBEK publicó además *Specimen usus linguae gothicae in eruendis Scripturae*, 1717. *Thesauri linguarum Asiae et Europae harmonici prodromus.* Upsal, (sin fecha).

(6) *Investigatore antiquitatum seu collatione linguae Sueticae cum linguis orientalibus.* Upsal, 1719.

(7) *Indice de vernacula et rerum germanicarum significatione pro Græcae ac Germanicae lingua analogia.* Leipzig, 1685.

severa; desde la dicción más pura, hasta el gusto más exquisito; desde la mayor severidad en el fondo, hasta la fantasía más elevada. Juzgando sin pasión, no creemos que pueda suceder lo mismo con sus Diccionarios; á la altura que están las ciencias que deben ponerse á contribución para formarlos buenos, sería necesario que en vez de literaria, la Academia resultara corporación filológica al menos en su mayoría, para que, llegado el caso de una votación, los más supieran lo que acordaban. Poco á poco podía haberse ido reformando: desde que dentro de la casa se comenzaron á sentir ciertas y determinadas aspiraciones, pudo hacerse algo para que pudieran resultar legítimamente satisfechas; pero se ve materialmente que no han querido, sin duda por el gran apego que tienen á tradiciones que desde hace mucho tiempo debían haberse relegado á la categoría de cuentos. Escribimos tan sin pasión, son nuestros buenos deseos tan sinceros, que más que ninguna otra cosa sentiríamos ser acusados de parciales. Uno de los grandes cargos que desde tiempo inmemorial viene dirigiéndose á la corporación que estudiamos, es que sin razón alguna se ha convertido en refugio de retrógados, incapaces de acoger ni desarrollar ninguna idea nueva; semejante afirmación es de todo punto descabellada y no puede ser hecha sino por aquellos que sólo consideren á cada individualidad por uno de los aspectos bajo que puede estudiarse: la maldecida política, que en nuestro país se mezcla á todo, no deja ver á los blancos que los negros pueden saber mucho de lo que allí hace falta, y los negros entienden que sólo ellos tienen la verdadera receta. De aquí injusticias lamentables y errores de tal magnitud, que apenas se comprenden: la elección de don Emilio Castelar para el cargo de académico, fué celebrada en toda España como un progreso; al saberlo no faltó quien dijera, que la Academia se comenzaba á regenerar y que desde entonces entraba en buena vía; nosotros en semejante acto vimos sólo cobarde satisfacción que se daba á la opinión pública. Siempre saludaremos con el mayor respeto al orador sin par, gloria, no sólo de nuestra patria, sino de nuestro siglo, de quien tuvimos la honra de ser discípulo; nadie negará que en el manejo de la palabra humana ninguno puede aventajarle, y

que por ello, con más justicia que nadie, tiene ganado el epíteto de divino; sólo exageradas pasiones de que somos incapaces, pondrán en duda que es la mayor gloria de nuestra tribuna y de nuestra cátedra; pero nosotros, que para académico no creemos que sea necesario tanto, confesamos sin rebozo que á tan grande personalidad, digna de todas recompensas, acreedora á todos los elogios, le faltan condiciones para el puesto á que aludimos, y que sin trabajo podrán hallarse muchos, ajenos á la política, sin nombre y sin gloria, que sepan más gramática que él y tengan también más tiempo que dedicar á las tareas que allí deben realizarse. Castelar dentro de la Academia no es un elemento recomendable; no se debe ir allí á quedar cautivados siempre por la poderosa elocuencia del jefe del posibilismo; allí Castelar, más que otra cosa, es un argumento con que acallar las murmuraciones que despiertan la vista de una mayoría especial, que nunca disminuye. Tememos ser acusados de oscurantistas y paramos enseguida el golpe, oponiendo que si no podemos considerar como buen académico al gran Castelar mucho menos consideramos digno de serlo al P. Miguel Mir, de quien nadie sabe lo que hizo, ó de quien mejor es no recordar lo que ha hecho, literariamente se entiende. Si la Academia para iniciar el rezo ó prevenir muerte sin confesión, tenía necesidad de un sacerdote entre sus indivíduos de número, pudo, como vulgarmente se dice, matar dos pájaros con una pedrada, y dando el ascenso inmediato al respetable académico correspondiente R. P. Fidel Fita, también de la Compañía de Jesús, tener al par que un dignísimo sacerdote, un filólogo de reputación europea, que había prestado ya á la Academia Española grandes servicios como individuo de la Comisión de Etimologías. Oponer que no escribe el castellano con la pureza que el autor del Quijote, que no maneja el idioma con la fijeza que algunos modernos, es asegurar que cuantos allí entran escriben bien, lo cual dista mucho de la verdad; es aseverar que la única y exclusiva condición de hablista tiene señaladísimo mérito en quien no habiendo hecho en su vida más que cultivarla, no sirve para otra cosa, ó que el estilo deba decidir de todo lo demás, para ser uno de los treinta y seis.

La Academia buscó, y tuvo la fortuna de hallar, un arabista distinguido, que indicara los elementos que restaron en nuestro idioma del hablado por los sectarios de Mahoma, dominadores durante mucho tiempo en la mayor y más hermosa parte de nuestro suelo: justo nos parece que hubiera hecho lo mismo para prevenir errores que podían originarse por ignorancia de las demás lenguas que dieron no escaso contingente á la nuestra.

Si á los dialectos que aún viven en nuestro país, se quiso dar la importancia que realmente tienen, ya por la riquísima literatura que en ellos hay, ya porque son lazos de unión con formas primitivas de nuestro lenguaje, la docta corporación debió estar atenta á quién llamaba á su seno y no dejarse deslumbrar. Si el amor al terruño ó apego á costumbres de muchos años, son motivos para que permanezcan en provincias hombres que sienten odio á la corte, donde tanto se cultivan las ambiciones de los necios, no es razón para que se les dé al olvido, y pudo muy bien la Academia en vez de dar plaza á una nulidad (filológicamente hablando), hacer entrar, como correspondiente al menos, á una gloria patria, y ni aun esto quisieron: sin tener inconveniente en que por puerta falsa entrara Balaguer, cerraron la principal á catalanistas tan distinguidos como Rubió, Aguiló, Bofarull y algunos otros, nutridos en las grandes enseñanzas de aquel Milá y Fontanalls que tanto se conoce en el extranjero, cuanto olvidado se tiene ya en España.

Dejando á un lado ya cuestiones personales que pueden dar lugar á dudas que nos ofenderían, por ser fácil suponerlas hijas de rencores que no sentimos, ni tenemos por qué abrigar, volviendo á lo que íntima y directamente se refiere al Diccionario, que es nuestro exclusivo objeto, diremos que de la misma manera que en algunas ediciones anteriores lo más digno de llamar la atención eran las graciosísimas equivalencias latinas, hechas al parecer por médicos de aquellos que recorrían su clientela montados en mulas con gualdrapas, y boticarios ignorantes de lo que era química, en la última edición lo que más alboroza son las etimologías puestas á gran número de palabras, pues si bien es cierto que analizadas dejan mucho

que desear, no lo es menos que con ellas ha ganado grandemente la estética del libro.

Ignoramos á quién se debe la propuesta para la innovación de que hablamos, mas es lo cierto que bien poco tienen que agradecerle sus compañeros, á juzgar por los resultados conseguidos. Si el trabajo se hubiera realizado como se debía, el fin hubiera coronado la obra; pero en la forma que se llevó á cabo no podía resultar más que lo conseguido, máxime cuando debe tenerse en cuenta el inútil material de que podía disponerse. Para que un diccionario etimológico reuna las condiciones necesariamente indispensables á los de su clase, para que no resulte una obra empírica, en que las etimologías corran parejas con las de Covarruvias en su *Tesoro* (1) ó con las de Voragines en la *Leyenda dorada* (2), es menester que sea precedido de un Diccionario histórico de la lengua: faltando este fiel indicador del punto de partida que tuvo cada palabra, los errores no pueden menos que aglomerarse, y á la falta que señalamos se deben gran parte de los del mismo Diez, que en una ocasión, académico que no puede leerlo, se mostró orgulloso de conocer. Sin este principalísimo elemento, base de la tarea etimológica, la Academia no debió emprenderla nunca: pensándolo bien, fácilmente habría comprendido la imposibilidad de llegar á la cúspide sin recorrer la cuesta: y cuando se tiene cierta edad, en este mundo son pocos los que ignoran que el proceder á saltos no puede menos que

---

(1) Como ejemplo de las etimologías de COVARRUVIAS, citaremos la de *Perro* en que dice:—«La etimología de perro declararemos por una pregunta que se suele hacer en las aldeas. ¿Por qué el perro cuando se quiere echar da vueltas á la redonda? Respóndese por vía de pasatiempo que anda á buscar la cabecera. El perro es de naturaleza muy seca, y para echarse recogido no puede doblar el espinazo de golpe, y así á cada vuelta que da, dobla un poco, hasta que á su parecer está para poderse echar recogido, y por esta su calidad ignea se llamó perro de *pir piros ignis*.

(2) No menos graciosas que las de COVARRUVIAS, son las de VORAGINE en su *Leyenda aurea*, donde explicando nombres de santos las hace como siguen: *Silvester* de *Sile*, que quiere decir luz y *terra* como si dijéramos *luz de la tierra*. *Remigius* de *Remi*, que quiere decir *pacens* y *Geo* que quiere decir tierra, como si dijéramos *apacentando á los habitantes de la tierra*. *Macharius*, de *Macha*, que significa espíritu.

causar efectos contraproducentes. Á la falta señalada, se une, por lo que al Diccionario toca, una bastante mayor, y es que gran número de definiciones que se vienen repitiendo, están hechas tan á la ligera, con una falta tan grande á la autoridad que se invoca, que la cosa definida no se entiende muchas veces, y otras es todo lo contrario de lo que se dijo; de modo que estudiándolas para hacer la etimología puede incurrirse en errores de gran trascendencia, muy semejantes á los que por defecto de lectura y vicios de impresión cometió Dozy, al querer hallar procedencia árabe para varias palabras de la crónica de Muntaner (11). Á esto debe sumarse lo reducido del número de los académicos que podían entender de esta materia, y el escaso tiempo que cada uno de ellos podía dedicarle.

Con todo esto puede afirmarse desde luego que el resultado no podía ser satisfactorio, y como si estos inconvenientes fueran pocos, hay que añadir uno que no deja ni puede dejar de tener grandísima importancia. La Biblioteca de la Academia

---

(11) El pasaje de la Crónica de EN RAMON MUNTANER á que nos referimos, tal como se encuentra en el cap. CCLXIV, al recto del folio 220 de la ed. Mey, Valencia, 1558, es el siguiente: *E com yo fuy deuaillat de la galea yo fiu treer dos bales de tapits en terra, qui eren de Tripol, e* ANIBLES *e* ARDIENS *e* ALMAXIES *e* ALQUINALS *e* MACTANS *e* JUCIES *e daltres joyes.* DOZY supuso árabes las palabras que subrayamos, diciendo que *Anifles* era la palabra árabe *nible* precedida del artículo con que formaba *Anifle, Anible* por la fácil permutación que se hace en catalán de la b y la f, y cuyo término significa un regalo, en general. En *Ardiens* vió la palabra *Ardia* (derivándola del plural árabe) un manto. *Almaxia* dijo ser el árabe *almagchiych,* que según declara falta en los diccionarios, pero hay derivadas otras que significan tegumentum, velum. *Alquinal* lo ha conservado el castellano. *Mactan* es el árabe *mactan*, que significa pieza de tela, y para *Jucies* proponía el ar. *cheschiyah.* Dadas estas explicaciones, el pasaje debía leerse así: —Cuando desembarqué de la galera, hice llevar á tierra dos balas de tapete que venían de Tripoli, hermosos regalos, mantos preciosos, pañuelos que se ponen en la cabeza, piezas de tela y otros presentes.

No pareció ni podía parecer satisfactoria esta explicación á M. DUBEUX, quien desde luego probó la poca fe que merecía la ed. Mey en que tanto abundan los errores: hizo notar lo sobrio que Muntaner era en el empleo de términos arábigos, de los que muy pocos se hallan en catalán, y entrando á impugnar las palabras que Dozy supuso árabes, llama la atención acerca de *Anibles* traducido por regalos, cuando todo el presente lo era, y no había por qué in-

puede considerarse ochenta años atrasada, en lo que se refiere á obras que pueden servir para hacer un trabajo filológico según lo exigen los adelantos modernos: una primera edición del Dicionario etimológico de las lenguas romanas de Diez (en alemán), la traducción francesa de la Gramática comparada de Bopp, el Diccionario de la lengua francesa de Littré y el Diccionario universal de Larousse, era cuanto allí se hallaba de la ciencia moderna: Pott, Grimm, Dieffembach, Regnaud, Perrot, Benfey, Monier, Windisch, Owen y tantos otros como son poderosísimos auxiliares para investigaciones de este género, á que puede decirse se fué más por capricho que por convicción, no eran conocidos allí, y sin duda porque casi todos son protestantes se les negaba la entrada: sin esta razón, no acertamos con otra que explique por qué para una obra como la que se emprendió, se escatimaban tanto los medios auxiliares.

Hechas estas observaciones, que á nuestro modo de ver eran de todo punto necesarias, pasando á ocuparnos en la

---

currir en la redundancia. Después de impugnar la trascripción, termina afirmando que en dicho término debe leerse *mobles*=*muebles*. Con respecto á *Ardiens*, probó que las palabras árabes que existen en catalán son todas formadas del singular, y que en esta no había tal arabismo, sino una falta, por la que en vez de *arnesos* se había leído *ardiens*. Pasa por las palabras *almaxia* y *alquinal*, si bien no conformándose con la significación de la primera. En *mactan* debe leerse *mantel*, muy empleada por Muntaner, y, por último, *Jucies* en que tanto fantaseó Dozy, no es más que el catalán *jaccins*, jacinto (piedra preciosa), término que harmoniza perfectamente con el último del período, en cuestión, *e daltres joyes*. El párrafo, según M. Dubeux, debe leerse así:—«Cuando baje de la galera hice llevar á tierra dos balas de tapetes de Tripoli, muebles, harneses, vestidos interiores, tocados de mujer, mantos de ceremonia, jacintos y otras piedras preciosas.» Esta lectura, mucho más natural, debía haber llamado la atención para hacer las oportunas modificaciones en el texto, previo estudio de los manuscritos; pero nadie se ha inquietado y los términos se vienen repitiendo hasta estar perfectamente de acuerdo con la ed. Mey la que se publicó en el vol. VIII de la *Bibliothek des litterarischen Vereins in Stuttgart*, 1844, á cargo de SANZ. Como prueba de malas lecturas y de lo que podía ocurrir, queriendo hacer estudios filológicos sobre textos corrompidos, recuérdese bien el *Mujer* y *Cuerno* que se leía en Quevedo en vez de *Magüer* y *Cuemo*, que había de tener uno de los pocos libros que formaban la biblioteca de un abogado de su tiempo.

parte etimológica añadida en la última edición del Diccionario, hallamos en ella cuanto puede apetecerse en un trabajo que quiera calificarse impropio de gente seria: lenguas raras é idiomas que no lo son, lastimosísimas confusiones, latín que no se halla en parte alguna, errores trascendentales en derivaciones, improvisaciones risibles y cuanto en una palabra puede hacer creer que se procedió jugando.

El fondo común de nuestra lengua es el latín, pero no la lengua arcáica que ya en los primeros siglos de nuestra era, como ocurre ahora con el alemán del ciclo épico, exigía un particular estudio por parte de los mismos romanos; no el latín del canto de los Aroales y Salios, ni la lengua ruda de las Doce Tablas, reveladora de un período de fuerza fotografiado en el *ita ius esto*, sino el latín pulido de una parte por influencias griegas, adulterado por utilizaciones que hizo de términos de otras lenguas á medida que las naciones conocidas entonces entraban en el tanto grande cuanto absorbente imperio romano. Hasta este punto el latín lo tenemos ya perfectamente catalogado; á más de los diccionarios generales existen vocabularios particulares de los más ameritados autores de aquella literatura, de modo que no es posible aventurar nada, ni lógico aceptar cosa alguna que no tenga antoridad expresa y formal. En buen número de casos la Academia ha dado esto al olvido y no pocas palabras de las que tendremos ocasión de presentar ejemplos, aparecen derivadas del latín; mas vano será cuanto se haga para comprobar la verdad; el latín de la Academia en las ocasiones á que nos referimos es suyo propio, no le debe nada á nadie; mas bueno será advertirle que no es peculiar de la moneda deber ser de cuño oficial para que no pase, y que con ella, como con otras muchas cosas, aquello que no es auténtico es falso y la Academia llama falsario á quien acostumbra hacer ó decir falsedades ó mentiras.

Cuando años después de la invasión de los bárbaros, el idioma del Lacio, en contacto con los de aquellos pueblos, sufrió la misma suerte que habían tenido muchos otros en épocas anteriores á causa de la conquista romana, la lengua latina propiamente hablando fué desapareciendo de entre las vivas: poco á poco los romanos necesitaron comentarios para

la inteligencia de sus autores, como después de la cautividad babilónica los hebreos sintieron necesidad de ellos para poder entender los libros santos. En vez de aquella harmoniosa y severa lengua en que Cicerón defendió á Deiotaro y confundió á Catilina; en vez del idioma en que el soberbio César escribió sus Comentarios, en que agranda al enemigo para resultar jigantesco, y de la lengua aquella en que Horacio y Virgilio habían dicho tanta dulce terneza, resultó una generalísima en que podían entenderse todos, es cierto, pero que no puede ser considerada como idioma, pues sólo es un fondo común que diariamente aumentaba ó disminuía, dado que cada cual era libre de poner ó quitar á su antojo. Aquello que para su distinción viene llamándose Bajo Latín y que la petulancia moderna hubiera bautizado con el archipomposo nombre de lengua universal, se perpetuó durante muchos siglos, muchos años aún después del aparecimiento y formación del romance, generador de las lenguas modernas, que puede decirse nacidas en un pantano que desecado al fin permite estudiarlas desde los esplendores de sus corolas, hasta las duras fibras de sus ya robustos tallos. Ocurre entonces una cosa bien particular, y es que de la misma manera que en la primera mitad de la Edad Media el bajo latín se formó con elementos de lenguas existentes desde hacía mucho tiempo, en el último período de aquella división histórica, adquirió más potente desarrollo con términos de las lenguas reciennacidas que se latinizaban caprichosamente: en las Capitulares y Cartularios, en las Constituciones y Fueros, en las Actas de los Concilios y Alocuciones á las ciudades, se encuentran palabras latinizadas que han bajado al fondo común en que se fundió todo el lenguaje, merced á la poderosa fuerza de la costumbre y por gracia de escribas y notarios. Estas verdades, olvidadas de puro sabidas, debió recordarlas la Academia, con lo que se hubiera ahorrado citar lo que llama Bajo Latín como origen de palabras castellanas. Ciertamente que haciendo un Diccionario histórico, las formas registradas por Du Cange serían un elemento explicador del paso de aquella palabra en el tiempo, pero jamás de su origen: de afirmar lo que la Academia ha supuesto con sobrada lijereza, esto es que el Bajo Latín es origen racional

de nuestra habla, era menester proceder lógicamente con todas, borrar las distinciones en absoluto y afirmar que nuestro idioma, lo mismo que sus congéneres, descendían del lenguaje culto de la Edad Media, pues si algunas palabras escapaban á esta ley, serían excepciones confirmadoras de la regla general.

El carácter monumental de la obra de Du Cange es innegable; á más de la paciencia benedictina que revela, hay en ella tal suma de conocimientos, tan gran acopio de autoridades, que cuando no da el hilo por donde seguramente llegar al ovillo, pone sobre el rastro ó indica la huella que debe seguirse para el descubrimiento de lo que se desea; mas para la obtención de semejantes resultados, no basta abrir el volumen y convencerse de que la palabra que se estudia está allí registrada; es necesario disponer de tiempo, leer el artículo completo, que muchas veces resulta largo y otras difuso, pero apurarlos bien. Si la Academia hubiera hecho esto, seguramente que la impropia determinación de Bajo Latín no la hubiera llevado á su Diccionario, y lo que es más aún, no hubiera ocurrido que palabras castellanas las hiciera derivar del lenguaje común á todos los cultos de aquella época, cosa que hizo y probaremos en la segunda parte de nuestro trabajo.

A. Fernández Merino.

(*Se continuará.*)

APUNTES

DE

UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

Continuación (1)

V

DE PASO POR CONSTANTINA

La dirección de nuestro viaje desde Argel á Túnez, hizo que nos detuviéramos en Constantina, proporcionando con ésto algún descanso á nuestras fatigadas fuerzas, después de un viaje de 17 horas de tren, á contar desde Argel, de donde salimos á las cinco de la mañana del martes 8 de Noviembre. De regreso de nuestra expedición, hicimos también hincapié en Constantina, sirviéndome las impresiones recibidas en ambas ocasiones para estampar estas líneas.

Bajo dos conceptos es digna de llamar la atención esta capital de provincia de la Argelia, por su topografía y por su historia, por el sitio que ocupa y por los recuerdos que evoca; en ambos sentidos, y con relación á esas dos que se llaman formas de todo lo finito, espacio y tiempo, Constantina traspasa los lí-

(1) Véase la pág. 80 de este tomo.

mites de lo ordinario, de lo común, y aspira con justa razón á la categoría de lo extraordinario y excepcional.

Dos nombres ha llevado Constantina en correlación con esas ideas que me sirven de base para el presente artículo. Se la ha llamado Cirta en lo antiguo, palabra númida, al parecer, que significa *peñasco*, habida razón á su posición topográfica; se la llamó después, y se la viene llamando hasta ahora, Constantina, para conmemorar la memoria del debelador de Majencio y pacificador de los cristianos, que restauró y embelleció ésta ya entonces celebérrima población.

Hállase Constantina, hoy como en edades remotísimas, edificada sobre un enorme peñasco, separado de las montañas circunvecinas por una hendidura en la firme roca, hendidura ó barranco por donde circula, ora mansa y silenciosa, ora rápida é impetuosa, la escasa dotación del Rumel. Discuten los geólogos sobre el origen y proceso de este fenómeno terráqueo, cómo una escasa cantidad de agua se ha abierto paso y formado cauce profundo entre las fractuosidades de la dura peña: para nuestro objeto, basta solamente con citar el hecho, y añadir que estas son las murallas que rodean casi por completo la ciudad, murallas de precipicios pavorosos é inaccesibles alturas.

Colocados en los bordes de alguno de estos espantosos abismos, ya sea desde las balaustradas de El-Kantara (puente que pone en comunicación la estación del ferrocarril con la ciudad), ya desde cualquiera de sus alrededores, á excepción de una pequeña parte, el horror que se experimenta obliga á retirarse de allí con presteza. Pero si puestos á una *respetable distancia* esparcimos la vista á la parte llana, y nos fijamos en los caminos que semejan á dilatadas serpientes que se retuercen formando blancos zig-zags, por donde caminan carruajes y caballerías que se parecen á juguetes de niños; si miramos aquellos planteles de pinos que aparecen como tallos ténues de verde alfalfa, las corrientes de agua que se presentan á la vista como hilos relucientes en el fondo de un horizonte límpido; si advertimos desde estas alturas, que alcanzan en algunos puntos hasta 700 metros, las bandadas de cuervos, vencejos y alcotanes volando por debajo de nuestro nivel, nos

admirará la posición de Constantina, y nos daremos cuenta y razón de las entusiastas y atrevidas imágenes de que se han valido algunos autores para describirla. El Bekri la llama ciudad aérea ó del barranco (belad-el hawa). El Abdery, ya citado, dice hablando de Constantina: «Como un brazalete que cerca el brazo, el río, rugiendo en el fondo de un barranco (abierto á piqueta), rodea la roca que la sostiene, y la defiende como los montes escarpados protegen el nido del cuervo.» Y aludiendo á la posición estratégica de Constantina, había dicho mucho antes Salustio en su libro de la guerra de Yugurta, cap. 25. «Neque propter naturam loci, Cirtam armis expugnare poterat Jugurtha.» Tampoco Yugurta podía tomar á Cirta con las armas, á causa de la naturaleza del lugar que ocupa (1).

Tal es Constantina en el espacio; veámosla ahora en el tiempo en alguno de los rasgos salientes de su historia y en el carácter general de sus antigüedades.

Así como son recónditos y abstrusos los fundamentos físicos de Constantina, tal aparecen también sus fundamentos históricos, sus primeros orígenes. En tiempos remotísimos y en la historia de los Númidas, aparece, como hemos dicho, con el nombre de *Cirta*, siendo objeto codiciado de opresores y tiranos. Después, en pleno período histórico, se nos presenta como corte de los conocidos Syphax, Massinissa, Micipsa, Adherbal, etc., nombres todos que nos recuerdan la encarnizada lucha entre cartagineses y romanos y las alianzas que cada uno de los contendientes buscaba con alguno de estos príncipes númidas (2). Nombrada capital de la provincia de Numidia, fué luego erigida en colonia por Julio César y restaurada y embellecida, á principios del siglo IV, por Constantino, de quien tomó su denominación actual. Esta es la época más significada y la que ha dejado mayores vestigios en la

---

(1) No podría decir otro tanto Salustio de las armas francesas en nuestros días, como luego diremos.

(2) Sabido es que Cartago se alió con Massinissa, quien vino á España con un grueso ejército, y derrotó al ejército romano que mandaban los dos hermanos Cneo y Publio Scipión con muerte de ambos jefes.

historia de Constantina. En todas partes se descubren en Constantina restos de la dominación romana. Ya sean las obras de la Casba, destinada hoy á cuartel y ciudadela donde se admiran aún hoy las grandes cisternas romanas, ya sean las trazas, ó noticias indubitables, de los puentes lanzados sobre el Rumel, uno de los cuales permanecía todavía en parte en 1857, ya también los restos de acueducto romano que se conservan muy cerca de la población, consistentes en cinco grandes arcadas de piedra de sillería, ya por fin los numerosos vestigios del arte romano y las innumerables inscripciones que se han descubierto y descubren todavía (1), todo persuade la capital importancia que alcanzó en este período de su historia la presente ciudad de que tratamos.

Ni la entrada de los árabes en Constantina, ni el período de revueltas que la siguió, ni el definitivo establecimiento de la dominación turca hasta la ocupación francesa, merecen que nos ocupemos de ello en detalle, pues no nos proponemos escribir la historia de esta población; en cuanto á la dominación turca especialmente, que se extiende desde 1567 á 1837, la historia no consigna sino una serie de vejaciones, rapacidades y atropellos de parte de los *beys* que rigieron sus destinos, y que encontraban con frecuencia el correctivo de sus desmanes en la revocación ó en el destierro, cuando no eran víctimas del tumulto revolucionario ó morían estrangulados de orden del pachá de Argel á quien estaban subordinados.

Hay, sin embargo, un monumento y un personaje turcos que merecen les dediquemos cuatro palabras: este monumento es el llamado palacio de Constantina, y el personaje es el Jach Ajmed, último de los *beys* de Constantina y autor del citado palacio. Poco tiempo estuvimos en él, lo suficiente, sin embargo, para que nos llamara la atención y nos admirara á veces aquella obra de relativa magnificencia y buen gusto entre las construcciones indígenas. «Figuráos, dice un escritor que le visitó

---

(1) Cherbonneau, el notable arabista y autor de la *Historia de Constantina*, dice que hay dos Constantinas; una á flor de tierra, que se conoce y se admira; otra soterrada é incógnita, acaso más digna de admiración que la primera.

apenas concluído, figuráos una deliciosa decoración de ópera, toda de mármol blanco y de colores los más vivos, de un tinte alegre, gracioso, con aguas por todas partes que caen de fuentes sombreadas por naranjos, mirtos, etc., en fin, un sueño de las Mil y una noches.»

Pero no es sólo su arquitectura, ya descrita en general al tratar de la casa morisca de Argel, ni los ricos materiales de construcción, ni sus toscas pinturas (1), lo importante en este edificio; es más notable todavía su historia, si bien reciente, los recuerdos que evoca cada una de sus partes, recuerdos tristes, nefandos, abominables en su mayor parte (2).

Fué el Jach Ajmed, como hemos dicho, el último de los *beys* de Constantina. Allá por los años de 1826, cuando fué nombrado *bey*, y de resultas de su peregrinación á la Meca, donde pudo observar la magnificencia desplegada en las edificaciones orientales, pensó él también en proporcionarse un palacio suntuoso. No necesitó más para poner en vías de realización su pensamiento. Ni calculó los gastos que ocasionaría tal obra, ni los escasos medios con que contaba para sufragarlos.

Persuadido de aquel antiguo adagio *quod placuit regi, legis habet vigorem*, no se paró en barras su voluntad soberana para dar cima á su costosa empresa. ¿Se necesita expropiar para ensanchar el local donde habrá de emplazarse el edificio? Pues se expropia de grado ó por fuerza (3). ¿Se necesitan obreros *baratos* para el trasporte de los materiales venidos del extranjero? Pues su despotismo los encuentra de balde en

---

(1) Dícese que son obra de un pobre hombre condenado á muerte, á quien se le prometió la vida á trueque de pintar aquellos muros, desconociendo por completo el arte de los colores.

(2) M. Feraud, intérprete militar, publicó en 1867 un folleto con el título *Le palais de Constantine*, donde se hace la descripción é historia minuciosas de este monumento.

(3) Como una pobre vieja no quisiera deshacerse de la casa de sus antepasados, la encerró en una cárcel, la maltrató y después de arrancarle el consentimiento de venta por estos medios, todavía la mandó al destierro, donde murió.

sus súbditos indefensos, á quienes el temor del castigo induce á obedecer como bestias de carga.

No se libraron, sin embargo, tantas arbitrariedades de enérgica protesta. Los dueños de los inmuebles contra su voluntad expropiados, y aquéllos de sus súbditos que por abuso de autoridad se vieron obligados á trabajar en el acarreo de materiales, elevaron ante el pachá de Argel una razonada protesta. El bey Ajmed procuró escusarse apelando á medios indecorosos y faltando á la verdad, y aunque se logró por de pronto que las obras del palacio no siguieran adelante, juró vengarse con creces de aquella actitud de sus súbditos, si hallaba algún día ocasión para ello. Este día se presentó, en efecto, cuando por la conquista de los franceses en Argel (1830) llegó á sustraerse de la dependencia del pachá y á gobernar con independencia. Entonces es cuando creyéndose por una parte dueño absoluto, no sólo de la propiedad, sino aun de las personas de sus súbditos, y dispuesto por otra á vengarse de las que él estimaba ofensas recibidas, empieza aquella conducta atrozmente cruel, que recuerda más de una vez los excesos de la familia Claudia. Veintiocho casas, cuatro tiendas y un taller fueron demolidos sin escrúpulo, para dar ensanche á sus construcciones.

En 1835 el palacio estaba construído: faltábale solamente poblar de seres desgraciados aquella indispensable dependencia de los palacios musulmanes, el serrallo. Nada más repugnante que las osadías de este mónstruo con tal objeto. La compra hecha por el bey en persona, el rapto, ya por medios insidiosos, ya con abierta violencia (1), todos fueron medios aceptados como buenos por aquél cuya crueldad superaba á su insensata estupidez, llegando á contar por centenares el número de aquellas esclavas del peor género de esclavitud. Los

---

(1) Cuenta M. Feraud, que habiendo visto el bey en sus paseos á una linda jovencita de *diez años* de edad, mandó se llevase á su palacio; cumplida su orden, y como la infeliz criatura ofreciese porfiada resistencia á sus brutales instintos, el mismo bey la mutiló de una manera atroz. Al día siguiente sus servidores retiraban un cadáver.

franceses, á su entrada en Constantina, encontraron *trescientas ochenta y cinco*, aparte de sus cuatro mujeres legítimas.

El horror que debían excitar entre las gentes de Constantina estas cínicas fechorías, apenas dejan comprender que un tal mónstruo se llegara á sostener en su puesto por poco que fuera el tiempo que lo disfrutó (1); pero subirá de punto nuestra admiración si mentamos por encima alguna de las escenas sangrientas de que eran teatro las inmundas guaridas de su harem.

Una de sus concubinas, la hermosa Aixa, tenía un hermano que al saber el paradero de su hermana se propuso verla. Nada más se necesitó para que incurriera en las iras del bey y por fin se le quitase la vida.

Tres negras que, según sus noticias, llegaron á desear su muerte, las hizo atar en su presencia, y tirando con su sable, las hizo literalmente pedazos.

Zohra fué precipitada de lo alto de uno de los abismos de la Casba (cerca de 700 metros), por haber enamorado á un cierto Jusein, á quien quería el bey para marido de su hija.

Por coger una naranja una de estas mujeres, quedó su mano clavada en el árbol.

Por una mascarada en que se remedaban sus actitudes, es degollada la protagonista de la fiesta; y así pudieran citarse muchas otras, como lo hace el ya citado M. Feraud. Ni aun su propia madre logró escapar á sus iras de energúmeno.

Parece natural, en vista de tantos excesos, que sus gentes prefiriesen la dominación de la Fraucia, que por entonces llamaba á sus puertas, á soportar el inicuo yugo de tanta crueldad. Pero es tan grande entre los musulmanes, dice Cherbonneau, el horror al nombre cristiano, que él vió aún á las víctimas de su tiranía defender con encarnizamiento su bandera.

Y en efecto, dos veces se presentó el ejército francés ante los muros de Constantina, y en ambas tuvo que sufrir numerosas y sensibles pérdidas. En la primera, 21 de Julio de 1835, las tropas francesas, situadas al E. y O. de la población, in-

---

(1) Sólo dos años mediaron desde la conclusión de las obras del palacio hasta la entrada de los franceses.

tentaron el asalto por el puente (El-Kantara); pero el enemigo estaba bien prevenido, y el ejército francés tuvo que batirse en retirada. La Francia no quiso permanecer mucho tiempo bajo el peso de este fracaso; así que el general Damremont, con un cuerpo expedicionario de 10.000 hombres, recibió nueva orden de apoderarse de Constantina.

El 6 de Octubre de 1837, llegaba la armada delante de Constantina. El estado de la población lo describe uno de los combatientes M. Pelissier, en los siguientes términos: «Constantina se presentaba, como el año pasado, hostil y decidida á una resistencia enérgica: innumerables estandartes rojos agitábanse orgullosamente en los aires; las mujeres, en lo alto de las casas daban gritos agudos, á los cuales respondían los defensores de la plaza. Pronto el sonido grave del cañón vino á mezclarse con el ruído de estas criaturas humanas, y numerosos proyectiles cayeron en medio de los grupos que se presentaban al lado del barranco, por el cual Constantina está separada del Mansura.» Habiendo dispuesto el ataque el general Damremont, mandaba á los sitiados las intimaciones de costumbre: el emisario anunciaba poco después, de parte de los sitiados, la contestación en estos términos: «que no sería dueño de la ciudad sino después de haber degollado hasta el último de sus defensores.» Poco después, comenzado el ataque, cuando Damremont se disponía á visitar la brecha de Kudiat-Aty, una bomba lanzada desde la plaza, venía á dejarle instantáneamente cadáver. Esto ocurría el 12 de Octubre; el 13, bajo el mando del lugarteniente general Valée, se verificaba el asalto, y poco después la ciudad caía en poder de los franceses. Entre tanto los sitiados, que estaban refugiados en la Casba, buscaban medio de huir; discurrieron entonces bajar con escaleras de cuerdas las alturas de la Casba; pero quiso la desgracia que en esta operación, no pudiendo resistir las cuerdas el peso de tantos como las asaltaban, se rompiesen en un momento determinado, yendo un considerable grupo de infelices á rodar por aquellos abismos sin fin.

La Francia ha honrado la memoria de los que entre sus súbditos perecieron en estos sangrientos combates: los restos de Damremont, Combes, Serigny y otros que sucumbieron

en estas jornadas, yacen en un túmulo levantado en la Casba: muchas de las calles de Constantina llevan también sus nombres: y á Damremont además se le ha erigido una robusta pirámide, en una de cuyas caras se lee la inscripción siguiente que traduzco: «Aquí fué muerto por una bomba, visitando la batería de brecha el 12 de Octubre de 1837, víspera de la toma de Constantina, el lugarteniente general Denys, conde de Damremont, Gobernador general, comandante en jefe de la armada francesa expedicionaria.» También al mariscal Valée que tomó á Constantina, se le ha levantado una estátua de bronce en medio de la plaza que lleva su nombre.

Tal es Constantina en lo que se refiere á su posición topográfica y en lo que atañe á alguno de los principales rasgos de su historia. Nada, por lo demás, ofrece de particular y digno de mención que no le sea común á las demás capitales africanas de que he hablado. Sus calles, edificadas á la europea en su parte alta, y las otras tortuosas, estrechas y sucias en las inmediaciones del Rumel, separadas por la calle Nacional; sus mezquitas por el estilo de las que llevamos descritas, su iglesia catedral, pequeña mezquita modificada según las exigencias del culto católico, su mercado cubierto, sus hospitales civil y militar, de todo esto hago gracia á mis lectores por no fatigarles con descripciones de cosas perfectamente conocidas ó con anterioridad descritas.

En los alrededores de Constantina casi el único paseo que merece mencionarse, es el que se hace á las cascadas de Sidi-Meçid. Después de rodear el Rumel la población casi por completo, se precipita en vistosas cascadas de algunos metros de altura en medio de un paisaje pintoresco en sumo grado. Cuando el caudal de sus aguas es insignificante, como en tiempo de nuestra visita, se puede avanzar por una senda á orillas de su cauce de peña dura, y á poco se encuentran dos grandes bóvedas naturales que forman los lados opuestos del río. Las alturas de aquellos enormes peñascos que en formas raras y caprichosas se ciernen en lo alto y que parecen amenazar con su desprendimiento al átomo insignificante que las contempla, es uno de los espectáculos más grandiosos que ofrece naturaleza en los países que hemos recorrido.

Termino el presente artículo con el relato de un lazo burdo que se nos tendió en Constantina para que cayésemos en él impelidos por la codicia. Habíamos cierto día concluído de almorzar, y salíamos por las afueras de la población á dar nuestro acostumbrado paseo; de pronto, se nos presenta un moro (ó al menos, como tal vestía) y enseñándonos una moneda de plata de dos francos, nos preguntaba en buen francés si era ó no falsa; mi compañero, después de examinarla, le contestó que buena, pero todavía estábamos con éstas, cuando aparecen cerca de nosotros otros dos, uno vestido de moro y hablando francés, y otro con traje á la europea y hablando perfectamente el español. Los dos moros, ó lo que fuesen, empiezan á jugar ó á simular que jugaban á un juego tan sencillo como que consistía en tres cáscaras de nuez y una bolita negra que se ocultaba bajo aquéllas y debía adivinarse en cada jugada bajo cual de las cáscaras se hallaba. Conocimos desde luego el timo, y á las repetidas instancias de aquéllos para que jugásemos, decía yo para mi capote:—*Eres moro, y no te creo.*

FRANCISCO PONS.

(*Se continuará.*)

CARTAS DE PARÍS

Sr. Director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

París, 8 de Abril de 1888.

I querido Director: Si ahora vuelvo á la forma epistolar, cuando por mis dos últimos artículos parecía haberla abandonado, es por la razón sencilla de que deseo confiarle á V. una noticia que me importa llegue á conocimiento del público. Es ello, que, cansado, desanimado, en el momento de desaliento que muy acertadamente ha señalado D. Fernando Araujo, en su estimable trabajo, que tal vez conteste más adelante, le ofrezco á usted mi dimisión y le pido ilimitada é incondicional licencia para no escribirle hasta que, terminada la novela que estoy escribiendo, se me ocurra contarle á V. algo interesante. Y se me antoja que lo sepa el público, para que no se figure que me he muerto y crea luego que resucito. Pero antes de abandonar la pluma periodística, me permitirá V. que cumpla con el contraído compromiso de decir dos palabras acerca de la BIBLIOTECA ÚTIL, editada por la casa FÉLIX ALCAN; compromiso contraído con el librero, en primer lugar, pues es mi amigo, y en segundo punto con mi conciencia, ya que considero deber ineludible señalar las obras importantes que son dignas de calurosa recomendación.

Y lo es esta *Biblioteca útil*, que consta al presente de no-

venta y seis tomos, y por su texto y baratura contribuye poderosamente á elevar el nivel de la instrucción pública, punto para mí el más atendible en el desarrollo de las sociedades. La parte material de esta colección es excelente. Los volúmenes en 18° y de 192 páginas, tirados en papel decente, impresos con claridad, y figuras explicativas los que lo exigen, corregidos esmeradamente, lo que es siempre necesario, y más en este género de obras técnicas, cuestan *sesenta céntimos*, y *un franco* si se quieren encartonadas á la inglesa, lo que es preferible, pues por su tamaño y grosor, convidan á meterse uno en el bolsillo y marcharse á leerlo debajo de un árbol. Así, por el precio de noventa y seis francos, que aquí pueden desembolsarse poco á poco, á razón de cinco francos mensuales, cualquiera, un obrero, un mozo de almacén, un hortera, la gente más pobre,—tratándose de solteros, que los casados pobres y con hijos no pueden á menudo comprar más que pan,—están en situación de procurarse una biblioteca, que es una verdadera enciclopedia, y tener á mano el conjunto de conocimientos que son hoy indispensables á todo buen ciudadano.

Concebidas en sentido democrático, las obras que la componen son todas ellas inéditas, y están escritas en lenguaje usual, aunque sin desmerecer el estilo del asunto tratado. No son libros de vulgarización á la manera de las aborrecibles novelas científicas de Julio Verne, sino compendios hábilmente expuestos de todos los ramos del saber humano. Claro, que no saldrá de ellos el lector un historiador, ó un químico ó un geómetra; pero sí saldrá sabiendo algo,—y aun mucho,—que le permitirá no quedarse como un tonto al oir hablar de ciertas especies poco sabidas, y no decir disparates como muchos padres, cuando sus chiquitines, en su afán de aprender, les hacen una pregunta. La utilidad de esta biblioteca estriba en eso, en que se dirige á todos los que no saben y tienen ansia de saber, y en que todos pueden hallar en ella lo que necesitan. Una ojeada á las materias que lo forman, nos lo va á probar sin necesidad de insistir.

Desde que nacemos, inconscientemente y por instinto, como todas las manifestaciones de la vida infantil, levantamos los ojos á los cielos; más adelante, directa ó indirectamente,

estamos de continuo ocupándonos de él, pero rara vez se nos ocurre estudiar de qué se compone esa vaporosa y flotante gasa azulada, qué son los astros que la dibujan é iluminan; y no se nos ocurre, por la arraigada idea de que es asunto difícil, y sobre todo cansado é insípido. No es sino todo lo contrario, y no se da lectura más interesante cuando nos presentan este alimento intelectual á la altura de nuestra comprensión. Las *nociones de Astronomía*, de Catalán, responden á esta exigencia, y cuando, mediante sus explicaciones claras y sucintas, hemos atesorado los datos necesarios, la excursión *A través de los cielos* que hacemos con Amigues, es deliciosa por la novedad y belleza de las regiones que visitamos. El Padre Secchi, Wolf, Briot y Delaunay nos describen el *Sol, las estrellas y los cometas*, y los reputados Zurcher y Margollé los *Fenómenos celestes*, tan poco conocidos cuan admirables. Podemos reposar el ánimo leyendo á seguida los *Coloquios de Fontenelle*, extractados por Boillot, y seguir con el *Origen y fin de los mundos*, de Richard, que sólo entonces revisaremos con provecho. Antes de dejar las alturas convendrá conocer todos los elementos que por ella vagan, y se verán en los *Fenómenos de la atmósfera*, del ya nombrado Zurcher, que en tratándose de ciencia hay que nombrar á menudo, y en la *Historia del aire*, de Lévy, que preparará á la seductora obra de Dallet *La navegación aérea*.

La *Biblioteca útil* no está clasificada todavía, no estando concluída, y la clasificación que expongo aquí en favor de los que no sepan por dónde comenzar, cómo dirigir sus lecturas para que el resultado les sea realmente útil, indica la marcha que he seguido yo mismo; pues sepa V., Director amigo, que he hecho con este centenar de tomos lo mismo que hago con uno solo, leerlos antes de recomendarlos: lo que explica que haga dos años y meses que el editor está esperando mi artículo. Al corriente de las cosas celestes, aconsejo al estudioso se zampe las *Primeras nociones sobre las ciencias*, de Huxley, viniendo luego al estudio de lo más importante para nosotros, conocer la casa en que vivimos y en la que hemos de dormir el sueño sin despertar. Servirá de introducción la *Historia de la Tierra*, de Brothier, y entraremos en la morada con la

Geología y la *Geografía física*, de Geikie, que tal vez parecerán menos divertidas. Que no se desanime el lector ni lea deprisa, porque esta especie de molestia le va á servir para comprender la variada y pintoresca *Historia del Agua*, de Bouant, que le dejará sorprendido viendo el partido que saca el autor de asunto al parecer tan estéril. Los *Fenómenos del Mar*, de Margollé, serán más interesantes aún que los celestes, porque podemos presenciar muchos de ellos sin necesidad de instrumentos, sólo con nuestros ojos, y completarán este estudio los *Continentes y Océanos*, de Grove. Pasando después al agua dulce con los *Torrentes, ríos y canales de Francia*, de Blerzy, tendremos que limitarnos un tanto—y conviene aquí recordar que esta biblioteca se destina especialmente á los franceses, y emprender con Gaffarel el viaje de las *Fronteras de Francia*, y con Maigne una bajada á las *Minas de Francia y sus colonias*.

Como V. va observando, hemos aprendido ya muchas cosas; pero ¿qué son, comparadas con las que nos quedan por aprender? Felizmente, el afán de saber sólo quiere empezar, lo mismísimo que el rascar, y á medida que se adelanta más sabroso nos parece todo. Estamos ahora al cabo de lo que es el cielo y la tierra, el aire y el mar, y vamos á trabar relaciones agradabilísimas con sus moradores abriendo la *Zoología General* de Beauregard, que nos informará de la vida y costumbres de los animales. El polaco Zaborowski, nos encantará con sus *Migraciones de los animales*, y Jouan con la *Caza y pesca de los animales marinos*. Y hénos en lo moderno de la ciencia antropológica con los *Grandes Monos* del polaco citado, y el *Darwinismo* expuesto por Ferrière con tal exactitud y concisión, que su librito es una obra maestra. Bien sabe quien me lee, que nuestro planeta no ha sido siempre lo que es hoy, y seguramente deseará saber lo que fué, pidiendo á Zaborowski los *Mundos desaparecidos*, el *Hombre prehistórico* y el *Origen de las lenguas*, que encuentra aquí un lugar no del todo lógico pero el único que se le puede asignar en el estado actual de la Biblioteca.

Como no conviene quedarse, intelectualmente, encerrado en los límites de la parroquia donde nos bautizaron, que físicamen-

te tal vez sería un elemento de dicha, habiendo estudiado bien, tomaremos unos días de vacaciones, y recorreremos sucesivamente el *Asia occidental y el Egipto* con M. Ott, la *India y la China*, los *Pueblos del Asia europea*, los del *África y América* con Girard de Rialle, y, en fin, las *Islas del Pacífico* con Jouan, ya amigo nuestro. Reposemos de las correrías por luengas tierras, y repuestos del viaje, tornemos á aprender, que la vida es breve y sería triste morirse, sin saber siquiera un poquito de lo que hace soportable la existencia. Morand nos aguarda con su notable *Introducción al estudio de las ciencias físicas*, y... vamos á ver: ¿estaban VV. convencidos de que la química fuese ciencia tan curiosa que nos domina y vence? No, no digan VV. que sí; más vale ser sinceros que presuntuosos. Pues, bueno, cojan por su cuenta los *Principales hechos de la Química* de Sanson, y VV. verán. Cierto es que en este ramo todo son sorpresas, y que se queda uno atónito preguntándose cómo hay gentes que ignoran lo que... nosotros ignorábamos hace un instante. El *Telescopio y Microscopio* de Zurcher y Margollé, los *Coloquios sobre la Mecánica* de Brothier, la *Máquina de vapor* de Gossin, nos revelan tantos hechos curiosos, de los que ni remota idea teníamos, que parece aquello más divertido que libro de cuentos; deseamos conocer á los que inventaron tanto instrumento, tanta maquinaria, y Gastineau se encarga de satisfacernos, presentándonos los *Genios de la ciencia y de la industria.*

Pasando á otra clase de tareas muy apetitosas, pues en ellas estriba el bienestar común, debemos recorrer la *Agricultura francesa*, de Larbalétrier, y nos convenceremos de la verdad de Pero Grullo, que es la fuente de la riqueza pública, perogrullada que van olvidando muchos pueblos, tal vez por ser tan sabida. Siguiendo este orden de ideas, abriremos la *Economía política* de Jevons, el *Libre Cambio en Inglaterra*, de Mongredieu, y un libro precioso de Leneveux, el *Presupuesto del hogar*, que enseña la dificilísima virtud de la economía, sin privaciones, ni menos avaricia. Otra ciencia que de oídas reputamos pesada y antipática, nos parecerá muy bella y repleta de enseñanzas cuando Bertillón nos reseñe la *Estadística humana de Francia.* Y aquí, tal vez, los extranjeros que no piensen

fijarse nunca por estas tierras podrán dar un salto de tres tomos; los franceses no dejarán de leer la obra de Morin, *De la ley civil en Francia*; la *Justicia criminal en Francia*, de Jourdan, y el *París Municipal*, de Leneveux.

Este salto, que no aconsejo sin embargo, es el único. Todo lo demás conviene á todos, sea cualquiera su patria. Es punto que goza de poco crédito entre nosotros los españoles, que lo principal para pasarse sin médico es no estar enfermo, y para no estar enfermos lo indispensable es la *Higiene general.* El librito de M. Cruveilhier que así se titula, contiene cuantos preceptos son necesarios para evitar la enfermedad, ó sea *curarnos en salud*, pero sin drogas como hacen algunos, sólo atendiendo un poco á la manera de vestirnos, comer, habitar y conducirnos. Respecto de la comida, el *Diccionario de las falsificaciones*, de Dufour, nos pondrá en guardia contra los manjares y bebidas adulterados. Si con todo esto no conseguimos gozar de completa salud, Turk, sin cobrarnos honorario alguno, nos aleccionará con su *Medicina popular*, sobre lo que debe hacerse en las indisposiciones lijeras, y Broquère, más particularmente en la *Medicina de los accidentes*, que por amor al prójimo, ó á nuestra familia siquiera, deberíamos saber de memoria, ya que á veces un remedio aplicado á tiempo puede salvarnos la vida.

¿Ha estudiado V. filosofía, amigo mío?... Pero la pregunta es supérflua. Un hombre de su valer la ha estudiado sin duda. Yo también, aunque no valga nada; pero confieso que nunca con tal placer como cuando, venga de do viniere, la leo en francés. Es la verdadera lengua para este género de estudios, por la claridad ingénita que la distingue. Las más oscuras nebulosidades alemanas se convierten en clarísimos soles cuando se vierten á este idioma. De no haber estado convencido hace tiempo, lo estaría ahora, después de haber repasado—método excelente de gimnasia intelectual para no olvidar—la *Historia popular de la filosofía*, de Brothier, *Voltaire y Rousseau*, de Noel, la *Filosofía zoológica* de Meunier, y la *Filosofía positiva*, de Robinet. Mucho me ha gustado la *Fisiología del espíritu*, de Paulhan, pero el *Hombre es libre?* de Renard,—aunque no esté del todo conforme con la filosofía determinista que expo-

ne, es la obra más amena de forma y más atrevida de fondo que conozco en este ramo. Con la *Vida Eterna*, de Enfantin, el bien llamado, cerraremos la cátedra de filosofía é inauguraremos la de Historia.

Es muy rica la Biblioteca en obras históricas y cuenta con veintinueve tomos. La Historia antigua ha sido narrada por Combes en la *Grecia Antigua*, por Greighton en la *Historia romana*, en unión de Wilkins, que ha descrito las *Antigüedades romanas*, y por Bastide, que con sus *Luchas religiosas de los primeros siglos* sirve de transición. Naturalmente, la historia de Francia es la mejor servida. Bucher nos ha presentado á *los Merovingios* y á *los Carlovingios*, y Morin *la Francia de la Edad Media*, en un cuadrito lleno de color y exactitud. La popular epopeya de *Juana de Arc* —y suplico al corrector conserve la ortografía del nombre,—ha sido contada con emoción por Lock. Bastide nos pone al corriente de las terribles *Guerras de la Reforma*, y Boudois de las *Instituciones y Costumbres de Francia*, desde los orígenes hasta el siglo XVII, en un tomo, y de ese siglo hasta la Revolución en otro. No dejará de interesarle á V. y á nuestros paisanos la *Decadencia de la Monarquía francesa*, de Pelletán, que encierra provechosas lecciones. Carnot, nombre á propósito, ha escrito con suma conciencia la sublime tragedia la *Revolución francesa*, desde 1789 hasta 1804—dos tomos,—que completa la *Defensa Nacional en 1792*, de Gaffarel. Viniendo á nuestro siglo, hallamos la vida de *Napoleón I*, de Barni; la *Historia de la Restauración*, de Lock, y la *Historia de Luis Felipe*, que M. Zevort ha contado perfectamente. Dos libros particularizan más nuestros estudios—la *Historia de la Marina francesa*, de Doneaud, y el *León Gambetta*, de Reinach;—pero luego volvemos á generalizar con la *Europa Contemporánea*, de Bondois, y todas las naciones obtienen luego la parte á que son acreedoras. *España y Portugal*, con el libro de Raymond; la *Casa de Austria* con la *Historia* de Rolland; la *Revolución de Inglaterra* y las *Colonias inglesas* con los notables trabajos de Despois y Blerzy; muy fiel é imparcial resulta la *Historia contemporánea de Inglaterra*, de Regnard; la interesante *Historia contemporánea de Italia*, de Henneguy,

y la de *Prusia*, de Doneaud, con la *Historia del Imperio otomano*, de Collas, terminan la serie de estudios históricos, dejándonos en el momento actual tan oscuro y preñado de amenazas para la paz del mundo.

Los otros tomos que completan la no completa *Biblioteca útil*, son de diversa índole y se podrían introducir en otros puntos; pero los menciono aquí por ser los últimos que he leido. Son: la *Educación*, del profundo Spencer, el *Patriotismo en la escuela*, de Jourdán, que revela la preocupación constante del pueblo francés, la lucha inevitable con Prusia, más pronto ó más tarde. La *Enseñanza profesional*, de Corbón, y el *Trabajo manual en Francia*, de Leneveux, así como los *Ocios del trabajo*, de Cristal, serían guías utilísimos á cuantos de pedagogía se ocupan en España, pues todo puede aplicarse en nuestra patria con lijeras modificaciones. Collier ha reunido con acierto los *Primeros principios de las Bellas Artes*, que son á manera de introducción á *El Arte y los Artistas en Francia*, por Pichat. Y para concluir, el *Diario*, por Hatin, la *Fotografía*, de Gossin, y las *Materias primeras*, de Genevoix.

No me hubiera sido posible dedicar un examen, ni sucinto, á cada uno de los noventa y seis tomos que acabo de citar, sin ocupar su atención de V. más de lo que mi consideración me permite. Soy así corto, pero sin duda la enumeración parecerá cansada; confío, empero, que el interés que por sí solos despiertan los títulos me valdrán el resultado que apetezco, y es, que algunos jóvenes estudiosos sigan mi consejo y adquieran esta enciclopedia, y la propaguen con toda su energía. Me parece tan necesario contribuir al desarrollo de la instrucción pública, si queremos que España haga papel más brillante en el siglo XX, del que en el XIX ha hecho, que considero deber de todo buen patricio hacer leer mucho, lo más posible. Los pueblos que compran libros, en los que el libro se vende, relativamente, tanto como el pan, poseen por esta manifestación, todos los elementos para elevarse y engrandecerse. Basta con echar una mirada á las naciones donde eso ocurre. Para dar mayor fuerza á mi palabra, añadiré, que esta biblioteca ha merecido el apoyo moral y material del Mi-

nisterio de Instrucción pública; de la Liga de la enseñanza para las bibliotecas populares; del Ministerio de la Guerra, para las militares, y de la Sociedad para la Instrucción elemental.

Antes de terminar, quisiera pagar otra deuda, y manifestarle á V. todo el interés y cariño que me inspira uno de los autores más noveles de la generación que comienza á brillar en las letras. Lo haré con brevedad, reservando para mejores tiempos un estudio completo, que tal vez no es prudente hacer todavía, hasta que el autor á quien me refiero, y es Salvador Rueda, nos dé una obra de mayor aliento. Hoy por hoy, y en los cuadros de género, este joven es el único, entre los jóvenes, que tenga un temperamento de artista. Puede ponerse al lado de nuestros generales por la frescura del color, y posee un elemento que escasea, y es la gracia. La observación es minuciosa, exacta, y tiende á pintar lo más humilde, sea por amor, sea por sentimiento de poeta que adivina que en el pueblo está la perenne fuente de belleza artística. Lo mismo en verso que en prosa, fijan la mirada de Rueda detalles ínfimos para el vulgo, en los que el sér ordinario no repara siquiera, y que son, sin embargo, los que pintan, los que forman cuadro. Es fértil en imágenes nuevas, que nos sorprenden agradablemente por lo acertadas y fáciles, y este dón, que dimana de su personalísima manera de ver, es lo que más le aplaudo. Sin darse cuenta de ello tal vez, lleva en el fondo del alma horror invencible á lo convencional y rastrero, y cuando se encuentra delante de un hombre, de un paisaje, de un animal, de una planta, descubre al punto el lado nuevo, no diré inobservado, pues recordamos haber visto lo que nos indica, pero no dicho hasta él, como él lo dice. Y esta sencillísima cosa, que es la originalidad, no peca nunca en él de rebuscada ni amanerada; no quiere *ser original*, no se propone serlo, sino que lo es por disposición, porque tiene lo que ya dije, y no se adquiere con voluntad, diga Flaubert lo que guste, un temperamento artístico.

La misma originalidad observo en el estilo, que es elegante sin afectación, y en el que también son acogidas con cariño las palabras más humildes, siempre que sean las propias. Me han dicho que han llamado á Rueda «el Pereda andaluz», y

no me opongo, si hacemos una diferencia esencial que no destruye el símil; y es, que la característica de Pereda, en cuanto á estilo, es la fuerza, y la de Rueda es la gracia. Hay mucho más de femenino en Rueda—que es ante todo y por encima de todo un poeta,—que en Pereda, que siempre anda flojo cuando nos pinta el amor, por ser su ingenio más varonil y no poder expresar con verdad é intensidad ciertas ternuras, ciertas exageraciones pasionales, que de seguro no siente. Más justo me parecería comparar todos los cuadritos de Rueda, con los primeros cuadritos de Daudet, que asentaron su reputación, pues veo en unos y en otros las mismas cualidades; y el único defecto, un tanto de superficialidad, hija del suelo del Mediodía, y tan honda, que nunca se ha librado de ella por completo Daudet, ni aun en sus mejores y más intencionadas novelas. No maldigo de esa superficialidad, nótelo V., pues es el reverso de la gracia, que por sí sola basta para inmortalizar un libro, y los ejemplos abundan desde los griegos hasta el día, pero es lógico señalar el reverso al elogiar el anverso.

¿Será Rueda, como Daudet, capaz de darnos una novela acabada, sin que nos resulte una miniatura en un lienzo enorme para las proporciones de las figuras? No me gusta profetizar, pero creo que sí, ateniéndose á sosegar un poco la imaginación, que ve el asunto de modo grandioso, sin examinar luego si el cuadro le corresponde. El título de *Poema Nacional*, luminoso y hermosísimo, ha seducido al poeta. ¿Está seguro de que todo lo que para él ha escrito sea digno de ser conservado? Imagino que no. Y por esto creo, que la única enemiga que puede tener Rueda para hacer novela, y novela excelente, es la imaginación. Los años pueden ser de gran recurso para meter en costura á la locuela, y obligarla á servir á todas las buenas prendas de gran escritor, que Rueda disfruta, sin que ellas todas la sirvan á ella de vez en cuando.

Merece Rueda un estudio detallado, y se lo prometo para más adelante. Conténtese con esta reseña por ahora, y V., mi querido Director, reciba las gracias por la benevolencia con que siempre ha recibido mis escritos, más que por su poquísimo fondo, por la amistad que me profesa, y sinceramente le paga su afectísimo S. S., LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.

LA MANO IZQUIERDA

CONTINUACIÓN (1)

Hemos tratado de hacer evidente la buena armonía de este matrimonio, armonía que se demostraba por deferencias y concesiones mútuas que podrían parecer poco naturales, atendida la diferencia de caracteres. Éranlo, sin embargo, y sólo á tan raro resultado se había venido por una especie de compensación de fuerzas. Eran tan fuertes aquellos dos caracteres, que no pudieron nunca vencerse el uno al otro. Unido á esto la rectitud natural de ambos, resultaba cierto miedo á la lucha inútil, convertido al fin y al cabo en mutuo respeto. Mucho tiempo hacía que entre los dos no se había reñido ninguna batalla; pero la presente valió por muchas. Removidas hasta el fondo las pasiones, despertáronse enconos antiguos, adormecidas querellas y reproches que dejan negro el pensamiento y amargo el corazón. Sin embargo, en aquella ocasión, como siempre, hubo transacción. Ella aguantaría políticamente á la vecina, si él no hostigaba á ninguno de los suyos, y los dos se comprometían á desprenderse de unos y de otros, en el momento en que el estado de Mad. de Lagarde permitiese un cambio de residencia. M. de Beaufort exigió que su mujer no había de publicar la escena habida entre ellos; sobre todo, que

(1) Véase la pág. 636 del tomo anterior.

no supiese nada Rosa. Dolíale al tío la idea de aparecer de otra manera de como había sido siempre á los ojos de su sobrina, únicos que moralmente le desconcertaban. Prometió ella lo que su marido pedía, y quedó aquella madeja en tal estado, no sin asegurar la ofendida que cortaría el enredo en el momento en que el más ligero descuido por parte de él le hiciese conocer que sus sospechas respondían á verdaderos hechos.

Amelia cumplió su palabra en lo concerniente á Rosa; pero fué completamente impotente para contenerse cuando se encontró delante de su hermano Julio. Con un mar de lágrimas contestó á las alarmadas interrogaciones que, al ver su rostro descompuesto, le dirigió el afectuoso hermano, y las lágrimas se llevaron los propósitos de reserva, y arrastraron las confidencias, dejando singularmente aliviado del peso que lo agoviaba el corazón de la alterada señora.

—Yo te prometo poner orden en esto—dijo Julio á guisa de calmante, después de oir el relato de su hermana.—Tú verás; sin escenas ni violencias haré que Armando vea claro, y distraeré por otro lado á la mujer que temes, hasta poder alejarla de aquí.

Amelia, más tranquila, y considerándose fuerte con el apoyo de su hermano, pudo serenarse, y aunque él no quiso decirle los medios de que pensaba valerse para conseguir tan felices resultados, comprendió que no eran heróicos cuando vió aquella misma tarde el empeño con que emprendía conversación con Ángel, y cómo, á despecho de otros, se la llevaba del brazo bonitamente hasta perderse en las más lejanas calles del parque.

IX

—¿Te sería muy desagradable pasar algún tiempo al lado de Mad. de Legarde en lugar mío?—decía Cecilia á Rosa uno de aquellos días que, por inusitado caso, había ido á buscarla á su cuarto.

—Desagradable no—contestaba muy sorprendida la joven

viuda;—pero no veo en qué concepto voy á poder reemplazarte al lado de la enferma, que no tiene ninguna confianza en mis aptitudes de enfermera.

—Eso no importa nada, atendido á que á mí ningún servicio me pide. Lo esencial es que crea que me tiene allí cerca, en el cuarto de al lado, y en caso de que me llamase, cosa que no sucede nunca, que pudieses tú contestar por mí para que viese que no la dejaba sola.

—Y si no te pide ningún servicio, ¿cómo es que te pasas allí las mañanas y las tardes?

—Porque ella quiere. Todas las noches me pide que vuelva á la mañana siguiente, y si tardo un poco me envía á buscar. Ya ves; como mi tío no entra, y mi tía sólo le pregunta cómo se encuentra, desde la puerta, se creerá demasiado sola.

—¿Pero no tiene allí á M. Deville?

—De día y de noche, y que la cuida mucho; pero M. Deville no es de la familia, y ya sabes que no está en casa bien mirado.

—Escucha, Cecilia; aunque no me gusta enterarme de lo que trae á las personas de mejor ó peor humor, son tales los cambios que aquí he notado desde mi vuelta, que no sé qué pensar. Mi tío parece que se encuentra contrariado delante de mí, y yo no puedo engañarme al pensar que desea evitar mi presencia, porque son muchas las veces que lo he notado. ¿Qué tiene mi tía, que parece otra persona reservada, desigual? Y, sobre todo, ¿cuál es la posición que ocupa aquí esa vecina que no se acaba de ir?

—¿Qué posición? ¡La de la serpiente!—respondió sin ningún género de duda la pacífica joven.—Observa, Rosa; no tienes sino observar; esa mujer ha sorbido el seso á mi tío; mi tía es muy desgraciada; precisamente, mi deseo de quedar libre es por acompañarla, y que no se encuentre sola con ella. Tú te encierras en tu cuarto, y eres como extraña á todo...

—Y qué quieres que haga; á mí tío le estorbo, y no había de principiar mi vida de sociedad soportando las groserías de una mujer de quien mi tía no se separa; cuando ella se marche todo será distinto.

—¡Oh! ¡Yo te juro que no estará mucho tiempo aquí!—Y

después de una mirada muy prolongada dirigida al parque, á través de la ventana de su prima, Cecilia salió del cuarto de la manera menos natural en ella; apresuradamente, casi corriendo.

Maravillada Rosa más cada vez, miró también por la misma ventana, y sólo vió, bastante lejos, en la avenida de los tilos á Mad. de Soissey, paseando con M. Julio, y, al parecer, muy interesada en la conversación.

—De todo lo que aquí pasa, lo más chocante es la sacudida de esta muchacha—pensó; y sin otra dilación fué á cumplir la palabra empeñada, dirigiéndose al cuarto de la enferma, donde entró sin hacer ruido.

La habitación de Mad. de Lagarde se componía de un cuarto de dormir y de una antesalita con ventana, al parque, igualmente que la alcoba; en ésta había una puertecita que comunicaba con la tribuna del oratorio. Las maderas de la alcoba estaban herméticamente cerradas, y una espesa cortina caía en la puerta que comunicaba los dos cuartos, impidiendo así que hasta los ojos enfermos llegase el menor rayo de luz; porque en el primer cuarto no consentía ella que faltase, y sólo de noche se abrían puertas y ventanas, y el aire podía renovarse antes de dormir la enferma. El estado de ésta se había agravado considerablemente por la sustitución de un medicamento por otro. Tenía al lado de su cama un colirio para los ojos y una poción calmante, y cierta mañana que estaba sola, y no quiso llamar á Valeria, llegando la hora de la poción, buscó al tacto sobre la mesa de noche, y, cambiando de frascos, bebióse un gran sorbo del colirio, que era un veneno activo. Afortunadamente se colgó del cordón de la campanilla, y tuvo bastante serenidad para pedir agua templada, y beber suficiente cantidad para devolver el veneno. Quedó de aquéllo en extremo estropeada, y hasta se temió por su vida durante muchos días, con gran disgusto del dueño de la casa, que quería verla fuera, y de Mad. de Beaufort, que sólo esperaba para poner á la forzosa huéspeda de patitas en la calle, á que su marido diese la primera marca de hostilidad contra alguno de los suyos. Cuando Rosa entró, no estaba nadie en el gabinete claro. Al lado de la ventana había un sofá en que sólo cabían

dos personas; delante, una mesa con libros, y del otro lado un aparador de dos cuerpos, donde se veían frascos, maquinillas y muchas cosas, para el cuidado de la enferma. Un antiguo reloj de *cuco* animaba el silencioso cuarto cada media hora, con el gracioso canto del animanillo símbolo de la astucia y del cinismo, y algunos muebles de escasa importancia completaban el mobiliario del cuarto en cuestión. Rosa se sentó en el sofá, y cogió sobre la mesa el libro que encontró más al alcance de su mano. Al levantar, momentos después, el portier de la alcoba, M. Deville se quedó muy sorprendido, y aunque Rosa esperaba aquella aparición, sintióse invadida por emoción singular. Saludóle, sin embargo, con expresión bastante amigable, para que el sabio se sentase enfrente de ella sin ninguna vacilación.

—Se han relevado mis hermanas de la caridad—dijo sonriendo.—Tiene V. que sufrir la sustitución no sé por cuánto tiempo sin llevármelo á mal, pues mía no es la culpa.

M. Deville miró á la enlutada fijamente, y de tal manera fué explicativa aquella mirada, que Rosa bajó los ojos en un estado de confusión de que es fácil tener más idea de la que ella misma se daba.

—¿Cómo sigue Mad. de Lagarde?—dijo al cabo de un rato.

—Mejor—contestó él lacónicamente; y como á estas palabras acompañara siempre la misma mirada, la confusión de Rosa llegó al grado del mutismo.

—He creído que tendría que dejar esta casa... hospitalaria... sin hablar á V. una sola vez—prosiguió diciendo el sabio.

—Sin hablarme y casi sin verme—respondió la viuda.

—No; eso no. Todos los días la veo á V. atravesar el parque con su perro; tomar camino opuesto al de la gente cuando se encuentra alguna, y perderse en el bosque, generalmente por el camino de la casa del guarda. ¿Por qué ama V. tanto la soledad?

—Porque encuentro á la gente falsa.

—¿Toda?

—La sociedad que aquí viene, en general. Yo no puedo ir á escoger mis sujetos de estudio á otra parte.

—Es singular: estamos en una casa que V. puede llamar

suya y yo hubiese debido llamar mía, y sin embargo, hasta hoy no nos hemos conocido.

—Sí tal; yo le conocía á V. de oidas.

—¿Por lo que de mí decía mi tutor?

—Y los demás.

—No me lisonjea mucho la idea que con esos datos se habrá V. formado.

—Poco más ó menos, lo mismo le habrá á V. pasado con lo que de mí haya sabido por Mad. de Legarde.

—Mi madrecita no la quiere á V. mal.

—Sería muy injusta si me quisiese bien, porque soy con ella desagradable.

—¿Por qué?

—No me gusta su carácter: gasta todo su fondo en benevolencia universal y se queda sin un átomo de sentimiento para las ocasiones.

—¿Cree V. que M. de Beaufort, que escatima su amabilidad hasta la avaricia, tiene más economías en su corazón?

—Creo que sí.

—¿Qué entiende V. por sentimiento: la abnegación de sí mismo, ó la asimilación dentro del alma de todas las fibras amantes del medio ambiente? ¿Es egoista el que derrocha afectos ó el que los secuestra?

—No sé—dijo después de pensar un poco la interrogada,—nunca me había propuesto la cuestión de esa manera. ¿Y sabe usted, señor metafísico, que me está V. haciendo sufrir un interrogatorio, y que me va á llegar mi vez?

—Me someto con júbilo—respondió Adolfo, probando con la expresión de su cara lo que decía.

—¿Por qué siendo V. como es, no se ha hecho querer aquí?

—¡Por la envidia! No se alarme V., ni sin oirme más me juzgue infatuado. ¿Por qué no hemos de llamar las cosas por sus nombres genuinos? ¿Para qué revestir á la verdad de formas convencionales? Mejor está en la suya clásica; V. y yo no nos escandalizaremos. ¡Aquí no se me perdona lo que valgo, tal vez porque lo exajeran! Y sin embargo, ¡con toda mi alma he deseado encontrar en este hogar calor y cariño! No he conocido otra familia, y á mi corazón le sobraban riquezas que

dar y le faltaban caricias que recibir; pero éstas se le negaron. Desde que mis inclinaciones se dibujaron, principió la hostilidad contra mí. Cada diploma adquirido era motivo de un sarcasmo; cada triunfo mío un disgusto en la casa. Mis expansiones eran acogidas con indiferencia, mis melancolías con burla. ¿Qué había de hacer? Mientras fuí niño sufrí; ¡ahora! ¡ahora creo que también sufro! ¡Es tan triste no tener familia! ¿Quiere V. creer que ninguna persona aquí ha leído un solo libro mío?

—¿Y qué diría V. si yo se los pidiese para leerlos?

—Me gustaría.

—¿Cree V. que podría comprenderlos?

—Sí; cuando el entendimiento es naturalmente claro y no ha sido falseado con prejuicios y preocupaciones, todo se puede comprender y todo se puede sentir. A menos, sin embargo, que no esté emperezado por lecturas imaginativas. ¿Lee usted muchas novelas?

—Ninguna; no leo novelas porque quiero conservarme siempre mujer práctica.

Una sonrisa muy cabalística animó la fisonomía de M. Deville.

—¿Por qué se ríe V.?—dijo Rosa.

—Se me ocurre una pregunta y no me atrevo á hacerla por miedo...

—¿Por miedo, de qué?

—De que crea V. que el interrogatorio es deliberado.

—Pregunte V. lo que quiera.

—¿Por qué se considera V. mujer práctica?

Rosa se quedó un momento indecisa.

—Porque no me alimento de ilusiones ni quiero estropear mi juicio con lecturas engañosas.

—No; quien se está engañando á sí misma es V.—dijo el sabio moviendo la cabeza.—No lee V. novelas por miedo de que despierten en su corazón el sentimiento más bello, más humano, y por consiguiente, más práctico que existe.

Hemos dicho que Adolfo Deville tenía los ojos azules, pero de un azul oscuro que daba á su mirada profundidad, y que su barba negra, algo afeitada en las mejillas, y el abundoso

rizado pelo del mismo color, contrastaban con la blancura del rostro, de una belleza, en realidad, sorprendente. Rosa había sentido la impresión de esta figura, notable, sobre todo, por el alma que en ella se reflejaba, desde el primer instante de verlo, y la emoción indeterminada que en ella sostenía el saber—aunque no le veía—que estaba en aquella casa, era parte para que se fijase menos en lo singular de las maneras de su tío; pero aquella conversación á solas la turbaba de una manera indecible, y cual si las palabras de aquel hombre fuesen para ella una revelación conmovedora, quedóse callada, anhelante y con los ojos fijos en aquellos dos abismos azules que la fascinaban y la atraían.

Mad. de Lagarde llamó muy á tiempo. Adolfo se levantó, y fué á sentarse al lado de la enferma, que buscó al momento sus manos.

—¿Qué quiere V., madrecita?—dijo el enfermero con acento cariñoso.

—Deseo beber thé frío—contestó la enferma, y después de haber podido satisfacer su deseo continuó:

—Muy animados estamos, señor filósofo; parece que la compañerita no se porta mal; ¿te gusta su conversación?

—Empieza á interesarme—dijo el interrogado con su poco de malicia.

—Bien sabía yo que al fin llegaría este caso. ¡Cuando te decía que podías confiar en mí! En fin; si esta enfermedad ha de servir para estrechar distancias, la doy por bien empleada. Ella es muy sencillota, muy poco práctica, pero tú te la formarás á tu gusto... Anda ve, hijo, no sea que le vuelva el vicio de callar; ¡cuánto deseo saber que estáis arreglados!

Adolfo sonrió otra vez, y, sin querer deshacer el error que padecía la buena señora, volvió al cuarto, deseoso de seguir la conversación con Rosa; pero ésta había desaparecido.

X

Es tan natural la variación en las existencias entregadas al movimiento de las corrientes superficiales de la sociedad, como

contraria á los que han creído de buena fe andar en el puerto seguro de los avisados. Y cuando estos prudentes no pertenecen á la maltrecha falange de los escarmentados, sino que son prudentes *a priori* y *omni sapientes* por intuición, su seguridad y su firmeza desafían sin la menor sombra de temor los huracanes. Esto venía sucediéndole á Rosa, que impasible y metodizada, viendo girar á su alrededor los torbellinos de la vida elegante, sin sentir, desde la altura moral á que se había colocado ningún síntoma de vértigo, creyóse salvada con solo evitar el mirar hacia abajo. Pero he aquí que cuando más ajena estaba del fenómeno, se encuentra con que en las alturas también hay peligros, y que esa ley de la gravitación que dicen atrae siempre los cuerpos dos á dos, la iba á cojer de lleno en las despejadas esferas en que se creía segura; en una palabra, que se sentía atraída hacia un hombre superior.

La turbación y el trastorno que sintió al distinguir á lo lejos la posibilidad de un cambio en su vida *práctica*, fueron muy grandes, y sin pararse á analizar lo que tenía de malo ó de bueno aquella perspectiva, determinó luchar contra esta atracción actual en pro de las antiguas teorías, y se pasó en vela, haciendo planes y levantando proyectos, una gran parte de la noche.

—Yo tengo la culpa de la conducta de mi tío—se dijo;—al primer indicio que he creído ver en él de frialdad, me he alejado con orgullo; ese no es el camino. Precisamente ahora que tiene disgustos, es cuando debo estar más asídua para que vea la firmeza de mi afecto.

Con este propósito, á la mañana siguiente muy temprano se fué al cuarto de M. de Beaufort, y sin ningún designio de explicaciones, pero con la idea de reanudar la antigua confianza, entró resuelta á proponerle un paseo á caballo.

M. de Beaufort se paseaba por su habitación largo rato hacía, y su aspecto ceñudo y áspero no era el más á propósito para las expansiones proyectadas por Rosa.

—Ya me ha dejado V. bastante tiempo sola con mis malos recuerdos de Voielac; tío, es menester que se ocupe V. de mí. ¿Vamos á dar un paseo hacia Bois le Comte? Ya sabe V. que hay ferias.

—A propósito estoy yo para proporcionarte distracciones, hija; sólo faltaba que me vinieses á recriminar porque no he ido á buscarte á tu fortaleza.

—Puesto que vengo á la de V. no se trata de eso—repuso Rosa algo picada,—y he venido porque creía que mi proposición le sería á V. agradable.

—No puedo salir hoy contigo á caballo—dijo secamente el tío continuando su paseo.

—Perfectamente—respondió Rosa yendo á sentarse en un taburete delante de una gran jaula llena de pájaros moscas, que no era la menor de las maravillas que encerraba el cuarto de M. de Beaufort, donde había muchas.

El silencio se prolongaba; creíase Rosa directamente herida por la conducta de su tío, y todos sus deseos de hallar el refugio que en él buscaba, íbanse trocando en impulsos de orgullo nacidos de la injusticia con que se creía tratada. En cambio aquel hombre, dominado por la malaventurada pasión, á la cual estaba sujetando toda su conducta presente, ni pensaba en la mortificación actual de Rosa, ni en sus deserciones de los pasados días, y no complicó poco la tirantez de las cosas al decir á quemarropa á su sobrina parándose delante de ella:

—Es menester que hoy asistas con nosotros á la cacería y á la fiesta; es nuestro último día de recepción; después no sé hacia donde tirará cada uno, y quiero que Mad. de Soissey vea cómo todos te tratan y sepa á qué atenerse respecto á tí.

Ni un momento tuvo de estupor Rosa, fué indignación pura lo que sintió subir á su cabeza en oleadas de fuego; cuando cuando contestó á su tío estaba ronca.

—Usted está enfermo, tío; ha perdido la razón ó me ha tomado por una *marionette* á la cual se le puede hacer representar papeles tristes ó alegres á voluntad. ¿Ha olvidado V. que soy por naturaleza desabrida y que no me gusta la gente? Ni quiero tomar parte en fiestas de que nunca me he ocupado, ni tengo por qué dar satisfacciones de ningún género á Mad. de Soissey.

—Es que cuando yo te lo digo no es sin necesidad; es conveniente que todo el mundo vea lo que eres para nosotros; ese contínuo andar escondida, da lugar á malas interpretaciones.

—Hasta ahora no he andado nunca escondida sino con usted, que aprobaba por completo mis singularidades y las fomentaba; no veo qué mala interpretación se le pueda dar á esto.

Era tal el acento de rectitud con que aquellas palabras fueron dichas, que M. de Beaufort no supo qué contestar. Rosa siguió diciendo:

—Además, mi posición no es la de una niña soltera cuyas acciones hayan de ser como un cristal para todo el mundo; estoy emancipada, y no tengo que dar cuenta de mis actos á la sociedad, sino á mi familia, qué son VV., y me quieren ó me han querido tal cual soy.

—Esas son estupideces cuando las circunstancias obligan á dejarlas á un lado—dijo M. de Beaufort tomando de la irritabilidad las fuerzas que le negaba la lógica.—¿No me ves á mí que también hago lo que antes no acostumbraba á hacer?

—¿Y qué tengo que ver con los cambios que V. hace si yo me encuentro bien en mi postura?

—¡Ah! ¿Es ese el cariño que me tienes y esa la .confianza que puedo yo tener en tu afecto?

—Verdaderamente, tío; no sé como va á terminar esto, porque V. sabe que tengo mal genio, y me está haciendo desesperar. Si V. quiere enterarse de la eficacia de mi afecto y de la solidéz de mi cariño, pruébelo en la adversidad, cuando esté V. enfermo y solo, pero no piense que se lo he de demostrar fingiendo amabilidades con quien nada me importa; y en cuanto á Mad. de Soissey, ya puede creer de mí lo que se le antoje; nos pagaremos en la misma moneda, porque yo, si me tomase el trabajo de pensar en ella, sería para considerarla muy desfavorablemente.

Y sin aguardar más respuesta ni atender á las voces de su tío, salió precipitadamente del cuarto, y atravesando en una carrera el pasillo, se encerró en el suyo.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS

AMOS á seguir desarrollando el tema que nos hemos propuesto, una vez que para ello nos abren ancho campo las obras que tanto las compañías extranjeras como las nacionales han puesto en escena durante estos últimos quince días.

Dando comienzo por el teatro de la Comedia, el menos observador advierte en el Sr. Novelli lo que nosotros advertimos desde un principio, y no nos atrevimos á consignar hasta estar plenamente convencidos de ello; esto es, que dicho actor reune, á más de un talento nada vulgar y una reconocida instrucción y estudio, una de las condiciones, ó la única quizás, que resultando de estas dotes constituye y forma el verdadero actor dramático, cual es la generalidad.

Esta condición, en que estriba el verdadero mérito artístico, la hemos admirado, si no en todos, en muchos de los actores que enunciamos en la REVISTA de la anterior quincena, y todavía resuenan en nuestros oídos los aplausos que conseguía Matilde Díez en *Borrascas del corazón*, *Mari-Hernández la gallega*, la *Escuela de las coquetas* y *Maruja;* la Teodora, en *La rica hembra*, *Adriana*, *La villana de Vallecas* y *La novia impaciente*; La Torre, en el *Edipo*, *Marcela*, *El paseo á Betlam* y *A la zorra candilazo*; Romea, en *Los hijos de Eduardo*, en *El arte de hacer fortuna*, en *El que dirán* y

El que se me da á mí, en *El hombre de mundo*, en el Don Claudio de *La Mogigata* y en el casero de *La casa de tócame Roque*; Luna, en *Carlos II el hechizado, Mi tío el jorobado* y *El pelo de la dehesa;* Guzmán, en *Los polvos de la madre Celestina, La pata de cabra,* y el Juan Gautier de las *Memorias del Diablo;* Valero, en *La carcajada, Ricardo D'Arlington, El mejor alcalde el Rey*, y *El Maestro de escuela;* Arjona, en *La aldea de San Lorenzo, Un banquero, Ángela* y *El tío Tararira*; Lombía, en *El trapero de Madrid, El pelo de la dehesa, Cada cual con su razón*, y *El primo y el relicario*; y por último, Calvo (padre), en *Jorge el Armador, Entre bobos anda el juego* y el sainete *El gato*; aplausos que revelaban su capacidad artística para la escena, y que ahora, cuando aún está fresco su recuerdo y humeantes sus cenizas, nos hace notar el inmenso vacío que dejaron, y el ningún reemplazo que han obtenido; lo que nos recuerda un actor italiano, de reconocido mérito, y que ha sabido colocarse entre nosotros á desusada altura, el Sr. Novelli.

Hace pocas noches le veíamos interpretar de una manera á nada parecida el protagonista del drama de Giacome *La Muerte civil*, haciendo—que es lo más que puede decirse —una creación más en lo tantas veces creado, y á la noche siguiente, sin que aún las lágrimas hubiesen abandonado las mejillas de los espectadores, una impresión fuerte y dolorosa conturbaba su alma, la risa rompe la cárcel de los labios, la hilaridad se extiende por todo el público, producida por el mismo actor en la comedia de brocha gorda escrita por Tantini, titulada *La familia Barilotti*, se presentaba como el actor cómico, ó, por mejor decir, como el gracioso de más fuerza, dando ocasión á que hubiera momentos en que fuera posible asegurar fuera el mismo criminal de la noche anterior y el revolucionario convertido en ídolo del pueblo, que en la precedente conseguía un entusiasta triunfo en el protagonista del drama de Victoriano Sardou, que lleva por título *Rabagas*.

Cuando, repetimos, presenciábamos estos hechos, nuestras glorias escénicas pasadas se agolpaban á nuestra imaginación, y llevados de una ilusión triste y engañosa, y ganosos de en-

contrar en estos momentos quien hiciera *pendant* á tan celebrado actor, sólo encontró nuestra acalorada fantasía la irrefutable verdad en la Zarzuela, donde otros actores italianos dan nueva vida y nuevo sér á las obras que aquí hemos visto hasta la saciedad; en Apolo una compañía de zarzuela que, encastillada en *Cádiz* y en *La Gran Via*, ni la envidia la altera, ni la emulación la cambia, ni el amor al arte ni el lucro la obliga á adelantar un paso, con una Montañés que se acaba, un Tormo que ya se acabó, un Pinedo y un Morán que no han empezado todavía y un empresario que no lo entiende, consiguiendo el envidiable triunfo de que el público huya de su teatro con la misma precipitación y entusiasmo que hace pocos días había entrado.

Si de Apolo pasamos á Martín, Lara y Eslava ¿qué encontramos? pues nada; encontramos á los mismos Mesejos, á las mismas Pastores, á las mismas Valverdes, á los mismos Rubios, á las mismas Romeros, á los mismos Ruizes, á los mismos Larras, á las mismas Montes, á los mismos músicos y á los mismos autores, que no adelantan ni los unos ni los otros un paso, y que están en el mismo estado que estaban cuando dieron el primero en tan difícil carrera; y sin dárseles un ardite de verse postergados por actores extranjeros, claman contra el público, á quien no saben atraer, contra los actores y escritores cuyo ejemplo no quieren seguir, y entre voces y alharacas se les pasa el tiempo que debían dedicar á su perfeccionamiento; y si se les pregunta el resultado de sus afanes, pueden presentar, si es en estos últimos días, la siguiente lista que, si no les da mucha honra, no les dará tampoco mucho provecho. En Martín, *León XIII* y *El santo del chico* (salvadas); en Lara *La berlina azul*, lo mismo, y *El doctor Ventura*, que pasó... Eslava, *La nueva Diana* (silbada) y *El quid pro quo*, que pasó... también, y aquí paz y después gloria.

Y si á pesar de todo lo dicho preguntáis á todos nuestros actores de mayores ó menores facultades si se creen inferiores á los extranjeros, ninguno lo declarará así, sino por el contrario, se considerarán á su misma altura y se quejarán lastimosamente de la protección que creen que les dispensa nuestro pú-

blico, sin parar mientes en la falsedad de su argumento, cuya notoriedad se manifiesta en la insistencia con que ha concurrido al Teatro de la Comedia durante esta última temporada y el verdadero afán en concurrir á las primeras representaciones que la compañía del Sr. Cereceda dió en el Teatro de Apolo, haciendo casi menosprecio de las compañías italianas dirigidas por los Sres. Novelli y Tomba, que inauguraban sus tareas respectivamente en el Teatro de la Comedia y en el de la Zarzuela, hasta que les hizo cambiar de acuerdo el ningún deseo que advirtió tanto en el Teatro de Apolo como en los demás teatros que en la actualidad figuran actores españoles, de corresponder á sus favores, y la carencia de noble emulación en luchar abiertamente con los que imaginan les causan notables perjuicios, teniendo, como indudablemente tienen, elementos para combatir con los mismos dignamente.

A pesar de que estas razones son, como se dice vulgarmente, de clavo pasado, nuestros actores no quieren convencerse de ellas, y encastillados en sus opiniones, cimentadas en una lamentable antipatía y un lastimoso marasmo, protestan con toda la energía que son capaces, de que ellos estudian lo mismo que los extranjeros y de la misma manera procuran imitar los buenos modelos; y si se les viene á mano, nos atacarán diciendo que tenemos injusta preferencia y pecamos de marcada desigualdad en nuestro juicio, una vez que declarándonos decididos apasionados de la literatura dramática francesa, hacemos caso omiso de los actores de la misma nacionalidad; como quiera que este es uno de los extremos más principales para desarrollar el tema que nos hemos propuesto, vamos á ocuparnos de él, siquiera sea brevemente, aprovechando la feliz coyuntura de encontrarse entre nosotros la distinguida actriz francesa, Sarah Bernhardt.

No hemos de negar nosotros nuestra predilección por la dramática francesa contemporánea, y por la misma razón que la creemos justa é imparcial, no tememos confesar que no opinamos del mismo modo respecto de los actores de allende los Pirineos, á los que consideramos muy inferiores á los italianos y casi á menor altura que los españoles.

No creemos necesario insistir en lo que hemos dicho otras ve-

ces y especialmente en nuestra revista anterior, referente á las condiciones dramáticas y cómicas que por naturaleza nos adornan; pero sí es preciso que convengamos en que muy parecidos á nuestros vecinos, aunque menos exajerados que éstos, nos aventajan y aun nos dan quince y falta en las antedichas condiciones, porque no se necesita de grandes esfuerzos para probar palmariamente que son cómicos por naturaleza y gracia; y tanto lo son, que aunque parezca á primera vista absurdo é inconcebible nuestro aserto, llevan su carácter idiosincrático cómico social hasta el mismo escenario, de manera que son dos veces cómicos; de lo que resulta, como inmediata consecuencia, que la exajeración es el principal elemento de su arte declamatorio, defecto que resplandece á través de su marcada ilustración y reconocido estudio, y que acusa la falta de generalidad que en ellos se advierte, la que patentiza la circunstancia agravante de que los mejores actores son aquéllos que interpretan toda su vida un carácter determinado, hijo casi siempre ó siempre de su creación particular, lo que hace que se advierta menos la exajeración, cosa que no sucede en los demás casos, que son en extremo raros, y que da por resultado lógico y natural que el actor francés no está nunca dentro de su papel, porque en el que le toca en suerte interpretar se transparenta su peculiar carácter cómico social de que antes hemos hecho mención.

Para corroborar esta opinión, que como hemos dicho antes no faltará quien califique de inconcebible y absurda, baste con apuntar los nombres de M. Coquelin y de Sarah Bernhardt; del primero nada diremos, porque no es ocasión para ello, y de la segunda, basta con presentarla como medio confirmativo de nuestro juicio, para que nuestros lectores la consideren como prototipo del actor francés, que antes hemos tratado de definir.

Dotada sin duda alguna de condiciones privilegiadas para la escena; reuniendo además la ilustración que es peculiar, si no á todos, á casi todos los actores extranjeros, producto de sus frecuentes viajes, y de su espíritu observador y de su constante estudio, y haciendo caso omiso de sus condiciones físicas, lo que demuestra que reune todas las actitudes necesarias para

la escena, á pesar de todo, el menos observador se convence, que sin dejar de ser una grande artista, no está, sin embargo, según nuestro pobre criterio, á la colosal altura á la que la fama universal de que va precedida ha querido colocarla.

Parecerá esto antitético y contradictorio, pero á poco que se reflexione se comprende con facilidad, que además del defecto de nacionalidad que antes hemos apuntado, y que es peculiar del teatro francés, la eminente artista tiene otro, que aunque á primera vista no lo parece, lo es sin embargo; y éste consiste, en haberse creado una escuela exclusivamente suya, pero de tal naturaleza, que en vez de relacionarse como toda escuela con el arte dramático en su verdadera y genuína acepción, se relaciona con su carácter y modo de ser esencial, por lo que en vez de haber hecho un estudio concienzudo y profundo del arte para adaptar á él sus condiciones físicas y morales, ha estudiado éstas en primer término pretendiendo encerrar en ellas el arte, lo que, á pesar de su indiscutible talento, es de todo punto imposible, y que produce en los personajes que interpreta no sean en su totalidad los que creó la imaginación del poeta, sino hijos de las condiciones esenciales de la actriz, como se revela en *Fedora*, *La Tosca*, *La Dama de las Camelias* y *Francillon*, en las que se nota una diferencia grande en la interpretación, comparándola con la del drama en un acto escrito por la misma Sarah, titulado *L. Aveu*, en el que desaparece por completo el defecto enunciado, y se armoniza el poeta y la actriz, que siendo uno mismo, no sólo confirman nuestra opinión, sino que manifiestan la razón de convertirse la actriz en escritora, auxiliada por su rara inteligencia.

No es esto una paradoja como algunos imaginarán, sino que sencillamente se desprende de las cualidades características y de la defectuosa declamación francesa que se manifiesta en tan notable actriz, tanto en la entonación como en las actitudes que pecan en demasía: la una en demasiado monótona, y en las otras exageradas y poco adecuadas en lo general; y si á esto se añade que, ya sea por el decrecimiento de sus facultades, ya sea por el entusiasmo con que se presenta en la escena, Sarah Bernhardt, á ejemplo de los eminentes cantantes, se reserva para ciertos momentos, circunstancia que

podrá pasar en las óperas, pero de ninguna manera en el drama; resulta tal desigualdad, que quita los efectos y la esencia del drama.

No es únicamente lo que hemos indicado la causa efectiva de que esto suceda, sino la escuela realista que profesa tan eminente artista.

No censuramos nosotros el realismo ni el naturalismo en la ocasión presente; lo que sí exigimos es el acuerdo entre el autor y el actor, porque de no ser real lo que el autor haya escrito, no puede hacer que lo sea el actor; y si lo consigue, será sólo en ciertos momentos de mutismo y puramente mímicos, como, por ejemplo, en la muerte de *La Dama de las Camelias,* en la que se admira, no la actriz, sino la artista, y cuya escena parece desglosada del drama; porque no es necesario advertir, que en los caracteres de los personajes debe existir unidad, y cuando ésta no existe, las situaciones como la que hemos indicado se desvían por sí solas del todo general, como sucede también cuando se nota desigualdad en la representación, cuando unas escenas apenas se declaman, sino se dicen y se rezan, y sólo en momentos dados hacen prodigios de inspiración, de talento y de pulmones, aunque en esto último no se puede acusar á los franceses, que comprenden y no gritan, al revés que los españoles, que practican siempre aquella sentencia vulgar que dice: *Quod deficit in scientiam supletur in trompetis.*

Después de lo dicho, en el número próximo expondremos la influencia que prestan estas reflexiones al estado actual de nuestro teatro.

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Funerales del reformismo.—¿Era ó no un partido?—Los antiguos dioses se humanizan.—Significación de los grupos.—Verdadera importancia de la actual evolución.—¿Qué dirá el país?—Crisis económica.—Las reformas militares y el Sr. Cánovas.

URIÓ al fin el llamado partido *reformista*. La prensa toda viene ataviada con los funerales del reformismo, dando al hecho la importancia de los grandes acontecimientos que vienen á constituir época en la historia del desarrollo de la política contemporánea.

Pero á nosotros se nos ocurre preguntar: ¿Formaban ó no un verdadero partido esas huestes, acaudilladas hace pocos días por el General López Domínguez, caminando del brazo del ex-ministro conservador D. Francisco Romero Robledo? La respuesta á esta pregunta tiene, á nuestra manera de ver, capital importancia; porque entendemos que los partidos son siempre hijos de verdaderas y circunstanciales necesidades políticas, y jamás dependen en absoluto de la voluntad de los jefes. La fortuna ó los desaciertos en la dirección de un verdadero partido pueden influir poderosamente en sus futuros destinos, pero jamás determinan la no existencia de aspiraciones arraigadas de una manera fundamental y firme en la

opinión pública, agrupaciones marcadas con todos los caracteres esenciales que distinguen á esas grandes agrupaciones con derecho á disputarse la influencia suprema en la marcha de los asuntos del Estado.

Y si un partido tiene y ha de tener siempre bases más firmes que las de un simple nombre, por distinguido que sea, ¿qué significa eso de repetirse que el partido reformista ha desaparecido de la escena política?—Si la tal desaparición es cierta, será un abuso de epítetos: el llamado partido reformista no era partido. El sentido común establece aquí un dilema que no admite réplica.

*
* *

Bien examinado el hecho que hoy preocupa, se explica de una manera muy sencilla. Tres agrupaciones diversas, llamadas todas reformistas, acaban de recobrar su natural independencia, sacrificada un momento á cálculos extratégicos ó á ilusiones de fuerza. El monarquismo democrático del Sr. López Domínguez, el instinto conservador del Sr. Romero Robledo, y la tendencia ultra-liberal y republicana de *El Resumen*, pudieron ser un día la trinidad índica que imponía la adoración á los creyentes; pero su aspiración á la unidad era imposible, y hoy aparecen humanizados aquellos dioses, aparecen tal cual son y tal cual han sido siempre.

El General López Domínguez, por sus dotes personales, caudillo indiscutido de una agrupación de hombres de armas que en él esperan, seguirá halagado por el sueño de las pasadas dominaciones político-militares, y los nombres de Espartero, Narváez, O'Donnell y Serrano, confundiéndose quizás en su imaginación deslumbrada, serán el poderoso estímulo de sus intransigencias con toda jefatura que no sea la propia.

El activo ex-ministro conservador Sr. Romero Robledo, con su incuestionable tacto para fomentar ambiciones y halagar esperanzas, con esa generosidad innata de que ha dado repetidas pruebas en el poder y hace que todos le proclamen verdadero amigo de sus amigos, continuará aplaudido y rodeado por la juventud impaciente, que se llamaba primero

conservadora y luego se llamó reformista, siendo pura y simplemente *romerista*, dispuesta siempre á consagrar á todas las evoluciones de su patrono, sean cuales fueren, periódicos devotos y comités, sin otra mira que el asalto de los puestos oficiales que se codician.

La conocida redacción de *El Resumen*, porta-estandarte de una democracia acomodaticia y de un monarquismo convencional y heterodoxo, no puede variar de conducta ni disimular sus sentimientos innatos; su palabra facilísima é ilustrada prodigará alternativamente alabanzas ó acentuará vituperios, trenzará coronas ó preparará descargas cerradas en pro y en contra, según considere desviada ó propicia á sus invariables fines la institución ó la persona que bajo el prisma de la propia conveniencia discuta. Tal resulta ser, imparcialmente juzgada, la significación de esos grupos que quisieron constituir un partido reformista, y están, según parece, llamados á ser todavía factores de discordia en la marcha de la política española.

* * *

La verdadera importancia del hecho que, á la lijera, dejamos consignado, está en el desconsuelo que lleva á las almas bien informadas, en el excepticismo político que produce en las masas sin otras aspiraciones que la felicidad de la patria.

La separación de los Sres. López Domínguez y Romero Robledo no ha podido sorprender á nadie. Ya se ha dicho que lo sorprendente, lo maravilloso, ha sido que hayan podido parecer unidos por tanto tiempo. El reformismo fué un engendro que nunca tuvo verdadera vida. Como perfectamente expone un periódico, el reformismo «perdió su fuerza en su primera evolución, cuando para ser Gobierno hubo de presentar la garantía del doctrinario Posada Herrera; perdió la bandera cuando, muerto su caudillo, vino la separación de los elementos más valiosos que hicieron nueva fe en la fórmula de garantía concordada entre los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos; perdió su doctrina cuando, por unirse el Sr. Romero Robledo al Sr. López Domínguez, aceptó éste los principios

económicos de aquél, proteccionistas, á cambio del reconocimiento de los principios políticos que consagran los artículos 110, 111 y 112 de la Constitución del 69, que escribió en su nuevo programa el exministro conservador.» Esta es la verdad sin habilidades ni ambajes.

Pero, ¿qué dirá el país de esos continuos cambios de opiniones, de ese tejer y destejer, de esas mudanzas de actitudes, sin más base que los intereses puramente personales? Aún parece que fué ayer—recuerda con toda oportunidad el decano de los periódicos de Madrid—aún parece que fué ayer cuando el Sr. Romero Robledo, ardiendo en santa ira, recogía del suelo la bandera inmaculada del partido conservador para tremolarla con más fe que nunca frente á sus eternos enemigos; aún nos dura el estupor que hubo de causarnos un día la noticia inverosímil de que el lugarteniente del Sr. Cánovas del Castillo durante once años se unía en estrecho lazo con el Sr. López Domínguez, el liberal más avanzado dentro de la legalidad; aún creemos oir las jactanciosas palabras vertidas en la reunión magna del teatro de la Comedia, nombre por cierto cruelmente alusivo; aún percibimos los alegres rumores de los tés políticos dados en dos aristocráticas mansiones, tan magistralmente descritas por *El Resumen*, cuyos profundos conocimientos en la ciencia del blasón y el gusto indecible con que de ellos alardeaba no podían hacernos sospechar entonces sus instintos republicanos, ni tampoco después, cuando, en prenda de su fino rendimiento, contribuía á inundar de telegramas gratulatorios la Cámara Real del Palacio de San Ildefonso; todavía, en fin, acuden á nuestra memoria las arengas de los tres obligados oradores del Círculo de la Carrera de San Jerónimo, en los cuales, á vueltas de alguna que otra guapeza, más ó menos atenuada al día siguiente en los diarios del partido, se hicieron tantos y tan repetidos juramentos de unión y de concordia. ¿Qué ha ocurrido para que esas ilusiones se desvanezcan como el humo?—Grande habría sido el desencanto, si la Corona hubiese podido cometer el yerro de entregar á los reformistas la dirección de la nave del Estado, cuando sus prohombres se proclamaban sin ambajes el baluarte más firme de la libertad y del Trono.

Hay cuestiones ante todo de moralidad, que están en la conciencia pública, y nadie impunemente desconoce.

***

Aparte la confusión y las perturbaciones que pueda producir la disgregación de los elementos del reformismo, otro asunto de magnitud relativa preocupa á los políticos. La crisis latente, que viene minando hace tiempo al Gabinete, es cada día más grave y se impone de una manera inevitable. El Ministerio está económicamente divorciado de la opinión, y todos los titánicos esfuerzos del Sr. Sagasta no bastarán á conjurar la tormenta que, con alarmantes proporciones le amenaza.

No tardará el país en exigir un cambio más conforme con sus legítimas aspiraciones.

Entre tanto, sigue en el Congreso de los Diputados la discusión de las reformas militares. Ningún discurso tan luminoso y convincente ha resonado en aquella Cámara como el del Sr. Cánovas del Castillo, al tratar las trascendentales cuestiones surgidas con motivo del art. 2.º del proyecto de ley que figura á la orden del día.

Poniendo de nuevo sobre el tapete la actitud del partido conservador, dijo el Sr. Cánovas:

«¿Qué quiere decir, señores diputados, que aquí ha habido tratos secretos, que aquí ha habido algo de extraordinario y de no visto en el Parlamento, á propósito de que al presentarse unas enmiendas á cierta comisión de la Cámara, estas enmiendas se discutan previamente, confidencialmente con la comisión misma, y se procure por todos los medios posibles obtener la seguridad de que serán aceptadas? ¿Se ha procedido alguna vez de manera distinta? ¿En qué tiempo, en qué ocasión, al presentarse enmiendas ó proyectos de ley que se discutían, se han limitado sus autores á traerlas desnudamente al Parlamento, y no han procurado conferenciar antes, ponerse antes de acuerdo con la comisión, sin que la comisión tomara en esto iniciativa alguna?»

Y entrando en el fondo del asunto, exponía de una mane-

ra clara y altamente convencida, las inspiraciones de su estudio y de su excepcional inteligencia, añadiendo:

«Un artículo semejante al que hay en la Constitución vigente en España, según el cual ningún mandato del Rey puede ser obedecido sin estar refrendado por un Ministro, hay en casi todas las Constituciones que yo recuerdo. Lo hay en la Constitución de Italia y en la de Prusia, que pueden servir de ejemplo en este caso, porque precisamente son los Monarcas de esas naciones los que últimamente han estado al frente del enemigo mandando sus ejércitos. ¿Qué ha acontecido en Italia y en Alemania, habiendo en sus Constituciones artículos idénticos ó casi idénticos al artículo constitucional que tanto se acaba de invocar?

Pues ha acontecido lo mismo en Alemania, ó sea en el reino de Prusia, que en el reino de Italia, que no obstante el artículo que concreta y textualmente previene que no se deba obedecer ningún mandato del Rey sin la firma de un Ministro responsable, uno y otro Monarca han ido al ejército, han mandado como Generales en jefe en la organización oficial de esos ejércitos, y cada cual de ellos ha tenido á su disposición un jefe de Estado Mayor, á quien la opinión pública y la historia han atribuído y atribuirán siempre la responsabilidad de la guerra, la responsabilidad de las campañas en que han tomado parte. Jefe de Estado Mayor general era el General Lamármora en Italia, y no fué ciertamente el Rey Víctor Manuel quien perdió la batalla que allí se perdió, sino su jefe de Estado Mayor general. Jefe del Estado Mayor del Emperador Guillermo ha sido el Mariscal Moltke, al cual verdaderamente ha de serle ligera la responsabilidad, si alguna ha podido suponerse que tuviese; pero en todo caso, así como la opinión y la historia le asignan en gran parte la gloria adquirida, así hubieran arrojado sobre su frente la mengua y la desdicha de la derrota. ¿Qué había, pues, aquí de particular? ¿Cómo se piensa que lo que en todas las demás Monarquías se ha entendido y aplicado hasta ahora, sea difícil ya y casi extravagante, que pueda adoptarse en España?

El Rey, cuando tremola contra el extranjero la bandera de la patria; El Rey, cuando la patria está en peligro, en Italia,

en Alemania, como tendría que suceder en España, toma el mando del ejército, y lleva al que había de ser General en jefe por jefe de Estado Mayor general. En esos países se ha deducido esto, sin contradicción, que yo sepa, de los mismos dos artículos constitucionales que existen en nuestra Constitución de 1876, á saber: el que otorga, ó mejor dicho, recococe al Monarca el mando supremo de las fuerzas del ejército y de la Armada, y el que previene al propio tiempo que ningún mandato del Rey se pueda cumplir sin el refrendo de un Ministro responsable.

¿Qué se pretende en tiempo de paz y en tiempo de guerra? ¿Se pretende que el Monarca español no pueda nunca presentarse en tiempo de paz á sus tropas, revistarlas, mandarles hacer las maniobras en su presencia, como hacen también todos los demás Monarcas de Europa, aunque sean muy celebrados por su apego á la pureza del sistema constitucional? ¿Se pretende que el Monarca español se presente á revistar las fuerzas del ejército en una ocasión determinada, y que un coronel escrupuloso rehuse obedecer cualquier orden de maniobra, si no se le presenta por escrito una orden refrendada por el Ministro responsable? ¿O se pretende que, para evitar esto, el Monarca de España haya de arrancar de su uniforme los gloriosos tres entorchados de Capitán general; que no comparezca jamás ante sus tropas, para no pasar por humillación semejante? ¿O se pretende que haya una violación constitucional para los escrupulosos en la materia, cada vez que el Rey dé una orden delante de las filas ó mande una maniobra y no presente el dicho documento refrendado por el Ministro responsable?

Si esto pasa en tiempo de paz, y si esto en tiempo de paz no es sino ridículo, y basta y sobra el que lo sea tratándose del Monarca, y bastaría y sobraría tratándose de la más alta institución del Estado, en cualquier régimen político, fuera el que fuera, ¿qué no acontecería en tiempo de guerrra? ¿Ha de huir del peligro, y más en un país de las condiciones militares defensivas del nuestro, donde, aunque sea difícil que salga bien un invasor, tan fácil le es penetrar siempre; en un país que tiene que confiar gran parte de su defensa al impulso y la energía popular é individual, como aconteció en la guerra de

Sucesión y en la de la Independencia? ¿Ó han de andar los Reyes durante la guerra con corte ó sin corte, como sin corte anduvo Felipe V durante toda la guerra de Sucesión, y ha de encerrarse el Rey en una fortaleza, en un sitio separado de todo el resto de la nación y del ejército, ó ha de hacer como Felipe V, que monta á caballo y va á ponerse al frente de sus tropas, teniendo que abandonar á Madrid una y otra vez, yendo de acá para allá á rehacer nuevos ejércitos, después que se deshacían los antiguos, para buscar al fin la victoria?»

Y con su genial oratoria y la convicción profunda de la experiencia y del saber, terminaba con las siguientes palabras:

«Mientras el mundo exista, como existe y existirá de esta manera en cuanto puede alcanzar la vista en los horizontes del porvenir; mientras el mundo exista como existe, y sería preciso cambiar sus condiciones esenciales para que no existiera de esa suerte, la milicia, las armas, el valor de la guerra, la victoria sobre el enemigo, serán los mayores títulos á la fama, los más respetables para los contemporáneos y los más gloriosos ante la historia. No es posible, pues, arrancar al Monarca, mientras pueda, mientras su sexo lo permita, esa función; pero he de advertir que, cuando el sexo no lo permite, nadie lo exige, y por consiguiente, en nada se destruye el principio ni se disminuye el prestigio de la Corona. Pudo muy bien Isabel la Católica, aunque no lo hiciera, porque aquellos tiempos consentían otra cosa; pero pudo muy bien haber dirigido desde su corte las guerras. Á un hombre no le son dadas estas cosas, y un hombre desempeña un mal papel si no está cerca del peligro y del fuego enemigo.»

Aún quedan en España talentos de primer orden, pensadores profundos, é ingenuos y grandes patricios.

A.

REVISTA EXTRANJERA

El General de moda y el Duque de Broglie.—Opinión del Conde de París.—Contraproyectos en la defensiva.—El enfermo de Charlottenburgo y la visita de la Reina Victoria.—Tristezas de España.—Las elocuentes solemnidades del Vaticano.

BOULANGER es todavía el nombre de moda en las crónicas que consignan los sucesos políticos de actualidad en Europa, á pesar de que el telégrafo manifiesta empeño en afirmar que los apasionamientos no son ya tan intensos, y que la cordura domina.

Sea de esto lo que quiera, es evidente, que el ya famoso nombre del General Boulanger tiene más resonancia en la oposición, que como Ministro de la Guerra de la República. Y tal vez lo acontecido sea un indicio de haber llegado en Francia los tiempos previstos años hace por el Duque de Broglie en una de sus mejores peroraciones. «Hay épocas—decía aquel distinguido Senador en 1875—hay épocas en la vida de los pueblos, y cuando el régimen revolucionario se prolonga demasiado, durante las que surge en las poblaciones cierto disgusto, cierto fastidio de las formas, de las instituciones, de los procedimientos parlamentarios y del Gobierno libre; cierto deseo de sentir la autoridad y de personificarla en un hombre que todos puedan ver, todos puedan oir, y cuyos mandatos sea fácil ejecutar. Y cuando este hombre se encuentra al frente de un

ejército, cuando puede hacer desfilar los regimientos en la plaza pública, hay muchas veces afán en las poblaciones por apoderarse de esa imagen brillante, aunque material, de la autoridad y del orden, de que todos tienen sed y hambre. Entonces es cuando son posibles las fechas del 18 Brumario y del 2 de Diciembre...» ¿Ha pasado hoy por los campos de Francia algún viento de cansancio y de dictadura?

*
* *

El aparato constitucional de la vecina República parece gastado, y así lo proclaman los de la derecha, los de la izquierda y no pocos del centro.

Hasta el conde de París, en un acto reciente, ha hecho declaraciones análogas. He aquí las palabras textuales del representante de la Monarquía:

«La crisis es grave. Es preciso hacer frente á ella con sangre fría, pues era inevitable. Yo la anuncié el año pasado en las instrucciones dadas por mí al partido monárquico. Los sucesos me dan la razón. Las disensiones intestinas condenan á la impotencia al Gobierno de la República, pródigo y perseguidor.

En el interior carece de crédito, y de fuerza ante Enropa. El radicalismo en el poder amenaza con la desorganización completa del país.

Las recientes y grandes manifestaciones del sufragio universal son el grito de Francia lastimada con semejante régimen, que aspira á su libertad. Este movimiento es consecuencia natural y lógica de las violencias, de los escándalos que sublevan la conciencia pública, de los abusos del régimen parlamentario en manos de un partido despótico, y nada más justo que reclamar la disolución de una Cámara desacreditada, y al mismo tiempo la revisión de una Constitución que no deja al país el derecho de disponer libremente de sus destinos.

Los monárquicos no esperaron la crisis actual para pedir la revisión. Yo la incluí en su programa, y hoy se lo recuerdo.

Tengo, no obstaute, el deber de decir que este movimiento

se agotaría inútilmente ó conduciría á Francia á los más graves peligros, si ésta creyese que un hombre solo, cualquiera que sea, puede dar una solución; cuando es lo cierto que necesita una solución con urgencia. Para conseguirla, todos los conservadores deben pedir la revisión, no á Asambleas divididas, en las cuales son aquéllos una minoría, sino al mismo país, legalmente consultado, el cual á la hora decisiva comprenderá que esta solución debe ser la Monarquía tal como yo la he definido y á cuyo restablecimiento consagro todos mis esfuerzos.

Sólo este Gobierno estable puede, sin secuestrar las libertades públicas, asegurar á nuestra democracia laboriosa la seguridad que tanto necesita; levantar el poder sobre el nivel de las Asambleas y de los partidos, y garantir así el orden interior y la paz exterior para Francia.

Cuando llegue este momento, la Monarquía aceptada por los buenos ciudadanos, cualesquiera que hayan sido sus antecedentes, hará un llamamiento á la abnegación de todos para trabajar, con la ayuda de Dios, por la grandeza de la patria.»

Este documento, en el que el representante de las tradiciones monárquicas aboga también por la revisión y el plebíscito, como Boulanger, ha sido muy comentado, y ciertamente prueba que el Príncipe que aspira al trono, sigue con cuidado, en el destierro, todas las peripecias de la política y las manifestaciones de su país.

No puede dudarse que la opinión está cuando menos soliviantada. Lo prueban esas ruidosas manifestaciones populares en uno y otro sentido; lo prueban las disposiciones mismas del Gobierno francés para dar al actual viaje del Presidente de la República todos los caracteres de una ovación espléndida á las instituciones que imperan. Se inventan festejos, se arrojan á manos llenas miles de francos, y no se escatiman revistas, paradas, retretas militares, iluminaciones, fuegos artificiales, conciertos, representaciones gratuitas en los teatros y hasta bailes públicos y cucañas.

*
* *

Mientras que en Francia se suceden las manifestaciones *boulangistas* y *antiboulaugistas*, Europa se preocupa más especialmente del tristísimo estado del augusto enfermo de Charlottenburgo.

Las alternativas en la salud del nuevo Emperador de Alemania, no son para infundir desconfianzas desmedidas; y aunque los últimos partes acusan una mejoría notable, nadie se permite ya grandes ilusiones. Dícese que Federico III, cuya energía, cuyo valor y cuyas altas altas dotes de carácter son indudables, y cuyo advenimiento al trono fué saludado universalmente como una firme garantía de paz euoropea, se ve privado de trabajar por prescripción de los médicos, y esto hace que se piense en dar al Kronprinz mayores atribuciones de las que tenía, por el último rescripto de su augusto padre.

El Gran Canciller Bismarck, que hoy, como en los pasados y gloriosos días del anterior reinado, continúa obteniendo la absoluta confianza del Emperador, es aún la firme garantía de los futuros destinos del Imperio, á cuyo afianzamiento viene consagrando toda su vida.

La Reina de Inglaterra ha abandonado el dulce clima de la patria de los Médicis para ir á llevar consuelos á su hija la Emperatriz de Alemania, y dar tal vez el último abrazo á su hijo político el Emperador.

Al pasar por Innspruk, en Austria, salió á saludarla Francisco José I; pero es ya cosa averiguada que ninguna idea política ha entrado en esta excursión rápida. No ha existido el propósito de favorecer, como se afirmaba, el matrimonio de la Princesa Victoria con Alejandro de Battemberg, tanto porque los momentos presentes de angustia por que atraviesa la familia imperial germánica no son los más propicios para faustos enlaces, cuanto porque la prudente soberana de la Gran Bretaña es la primera en reconocer lo impolítico é inoportuno de un suceso que podría actualmente producir graves crisis en Alemania y complicaciones con Rusia.

***

Es singular que, después de haber transcurrido tres siglos, se acuerde hoy Inglaterra de celebrar por primera vez, con

gran aparato y como un triunfo, la destrucción de nuestra pobre armada, llamada la *Invencible*, hundida en las costas de la Gran Bretaña, no por el valor de los ingleses, sino por la furia de los desencadenados elementos de la Naturaleza.

La idea ha partido de Plymouth, donde, en *meetings* públicos celebrados el año pasado en el Guildall, se nombró una comisión encargada de estudiar la manera de llevar á cabo el proyecto. Después de meditarlo, se decidió erigir un monumento permanente, que se llamará Conmemoración de la Armada, en Plymouth-Hoe, sitio íntimamente asociado á los acontecimientos de aquellos días. También se acordó que se verifique una demostración nacional, á la vez que la inauguración del monumento, que se efectuará el 19 de Julio ó en uno de los días próximos á dicha fecha, aniversario del día en que se avistó la armada española desde las playas inglesas. Se propone además una Exposición de reliquias y curiosidades de la armada y de los tiempos de Isabel de Inglaterra, así como de retratos, pinturas, libros, etc., para lo cual hay ya promesas de prestar objetos de interés.

Y mientras que el Lord Corregidor de Londres recibe con entusiasmo á la Diputación de Plimouth, ofreciéndose á secundarla activa y eficazmente para la realización de su proyecto, y brindándose á presidir un *meeting* en Mansion-House el día 3 del próximo Mayo, otro suceso de cierta importancia se prepara también contra nuestros intereses allende los mares, en la República del Norte-América. Dícese que serán convocados para el año próximo en Washington, con motivo de la celebración del centenario de la constitución americana, los representantes de las dieciséis Repúblicas Hispano-americanas del Nuevo Mundo. Con ese objeto se ha votado un proyecto de ley concediendo créditos.

Parece que el proyectado Congreso no se limitará á festejar una fecha histórica. El Gobierno de los Estados Unidos se esforzará para entenderse con los representantes de las Repúblicas sud-americanas, á fin de establecer una reciprocidad comercial que arrebataría á varios países europeos sus relaciones de negocios con aquella parte del mundo. Añádese que el Congreso, no contento con esa aplicación de la doctrina de

Monroe á los asuntos económicos, extendería su aplicación bajo el punto de vista político; es decir, que se trataría de llegar á un acuerdo sobre un sistema de arbitraje ó de vasta alianza que aseguraría á cada uno de los Estados del Nuevo Mundo el apoyo de todos los demás en caso de conflicto con una potencia de Europa.

¿Pero podrán prestarse las independientes Repúblicas del Sud América á secundar un plan que es la expresión palpable de la antigua manía de absorber el Norte todos los pueblos que se extienden desde el estrecho de Bering al cabo de Hornos? No es posible creerlo.

***

Las correspondencias de Roma no cesan de describirnos las recepciones de peregrinos, cada vez más numerosas y brillantes en el Vaticano, centro de la fé católica.

Horas después de la solemnidad grandiosa con que se celebró por el Papa la misa en honor de los romeros de Francia, fueron recibidos en las logias de Rafael los cuatro mil peregrinos pertenecientes á todas las diversas regiones del Imperio de Austria-Hungría. Su Presidente, el Conde de Pergen, reclamó, en nombre del mundo católico, la libertad necesaria para el ejercicio del Pontificado, y León XIII, que se había abstenido de toda alusión política en su anterior respuesta al discurso del Presidente de la romería francesa, hizo ahora grandísimo elogio de los servicios prestados en todos tiempos á la Santa Sede por la nación apostólica, excitando á los romeros austro-húngaros á reclamar con perseverancia la independendencia y la libertad de los Pontífices.

Uno de los más celosos corresponsales añade:

«Al lado de la modesta, pero no menos generosa peregrinación del Principado de Mónaco, cuyo Soberano ha mandado un nuevo pectoral de brillantes á León XIII, y de la recepción de los miembros de la Orden Tercera de Francia, cuyo hábito franciscano contrastaba con los trajes pintorescos de los romeros de Bosnia y Herzegovina, dirigido por sus tres Obispos orientales, han figurado en la última semana las au-

diencias concedidas á 600 peregrinos de Polonia, y á 1.500 de la antigua Flandes, con los Obispos de Lieja y de Gante éstos, y con todos los prelados de Polonia aquéllos, habiendo entre los Arzobispos de Leopoli los tres de los ritos latino, ruteno y armenio.

Estos presentaron un mensaje á León XIII, firmado, no sólo por los pastores de la Iglesia, sino por todas las notabilidades de Polonia, entre ellas los Príncipes Czartoryska y Japieha, que recuerdan las familias regias de aquella nación, como la mejor respuesta á la acusación de que el Santo Padre pudiese sacrificar á sus hijos polacos á la Rusia. Entre los regalos ofrecidos á Su Santidad, cuéntase un precioso cuadro de la Virgen patrona de Cracovia.

Con la peregrinación de Bélgica, el Papa discurrió sobre los gratos recuerdos que guarda del tiempo en que fué Nuncio cerca de Leopoldo I, época en que pudo admirar las admirables dotes del pueblo flamenco, que no ha perdonado sacrificios para conquistar la libertad de sus creencias religiosas y la educación católica de la juventud. El Obispo de Lieja, por su parte, encareció el amor y celo con que, apenas ocupada por León XIII la cátedra de San Pedro, realizó la concordia entre la Santa Sede y la Bélgica, uno de cuyos hijos, Juan Berchsmans, acaba de ser elevado á los altares en la última canonización.

El óbolo de los belgas ha sido generoso; pero en punto á ofrendas, con motivo del jubileo sacerdotal, nada hay que llegue á la esplendidez de un sacerdote de Bayona, llamado Quevedo, que ha entregado personalmente á León XIII la suma fabulosa de diez millones de reales que recibió como herencia inesperada, limitándose á conservar una modesta asignación de 300 francos al mes no obstante los achaques de su edad ya avanzada.»

No puede negarse que el jubileo sacerdotal de Leon XIII es el suceso más grandioso, la manifestación más sorprendente é inesperada de la fé aún viva en millones de almas, en estos tiempos que pretenden distinguirse por su enervador descreimiento y su triste apatía.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO [1]

Nueva Geografia universal, *por* ELISEO RECLUS.—*Madrid*, «*El Progreso Editorial*», 1888.

Con el cuaderno 30 ha terminado el volumen primero de esta magnífica obra, que se publica en español bajo la dirección del eminente geógrafo Sr. Coello. También han salido á luz los cuadernos 31 á 41, con los que se da principio al tomo segundo de Europa y al primero de África. Aquél comprende Italia, San Marino, Mónaco, Malta y Francia, esto es, la Europa mediterránea central. Lo ha traducido y revisado D. Martín Ferreiro, procurando, como en los otros volúmenes, completar los datos de M. Reclus con noticias y documentos posteriores á la edición francesa. Los nombres geográficos se escriben siempre como en el país á que se refieren, y en la parte correspondiente á Francia se reduce á la mitad el texto original, para que guarde relación con los demás Estados de Europa. Muchos é interesantes son los artículos dedicados á la nación italiana, entre ellos los que tratan de la facilidad de las invasiones en Italia, cuenca del Pó, volcanes de fango, influencia de los antiguos glaciares, disminución de la superficie en los lagos, cambios en el litoral á consecuencia de los aluviones, efectos de éstos, colonias de los veteranos romanos, irrigación y clima de Lombardía, pobladores de la Italia septentrional, lagunas de Comacchio, pasos de los Alpes, ciudades del Piamonte y de la Emilia, Venecia, Liguria, Toscana, volcanes romanos, el Tíber y sus afluentes, monumentos de Roma, Ancona y ciudades de los Abruzzos. Aparte de otras, son muy notables las láminas que representan el monte Viso, el lago de Como, el Adige en Verona, el monte Rosa, el

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

palacio de Ferrara, los desfiladeros del Arno, Florencia, la campiña de Roma, las ruínas del Foro y la isla de Capri.

El tomo relativo al África constará de la descripción detallada de la cuenca del Nilo, Etiopía, Sudán oriental, Dar-Fur, Nubia, Egipto y Trípolí. En la porción dada á la estampa, se estudia el antiguo período glaciar, las islas africanas, la flora y la fauna, las razas árabes, las razas mezcladas y antiguas, el influjo civilizador de los africanos, la disminución de la esclavitud, los montes y vertientes, los obstáculos herbáceos del Nilo, las cataratas, y multitud de puntos no menos interesantes. Ilustran el texto primorosos dibujos.

Como se vé por estas lijerísimas indicaciones, *El Progreso editorial*, á cuyo frente se halla el Sr. D. Ramón López Falcón, persona muy entendida, presta á nuestro país un verdadero servicio merecedor de especial aplauso, dando á conocer en condiciones científicas y tipográficas inmejorables una obra de tanto mérito y utilidad como lo es la de M. Reclus.

La misma casa editorial ha repartido la preciosa novela del célebre escritor S. Farina, titulada *Amor tiene cien ojos*, que ofrece vivo interés y gran movimiento, condiciones fielmente conservadas en la versión castellana. Carcedo y Urrutia ilustran el texto con originales y caprichosos grabados.

***

La Criminologie, *étude sur la nature du crime et la théorie de la pénalité, par* R. GAROFALO. — *París, Félix Alcan, editor,* 1888.—*En* 4.°, 420 *páginas.—Precio,* 7,50 *pesetas.*

Como el autor, además de ilustre catedrático de la Universidad de Nápoles, es distinguido jurista y magistrado, trata con autoridad y competencia especiales la cuestión tan controvertida de la responsabilidad de los criminales y la represión del crimen. El libro lo publica el excelente editor de París M. Félix Alcan, el cual ha dado también á conocer anteriormente los trabajos sobre el mismo asunto de los Sres. Lombroso, Tarde, Franck, Maudsley y Féré.

Gracias á los esfuerzos reunidos de médicos, psicólogos, magistrados y antropólogos, acabará por resolverse un problema que tanto importa á la humanidad, y entonces podrá adoptar la sociedad con toda confianza un sistema de protección contra los criminales.

***

Higiene de la vista en las escuelas, *por el* DR. D. NICASIO MARISCAL Y GARCÍA. — *Madrid «El Cosmos Editorial,»* 1888.—*En* 8.°, 231 *páginas.—Precio,* 2 *pesetas.*

Fonssagrives ha dicho que *las escuelas son fábricas de miopes.* Los medios de evitar esto, los explica el doctor Mariscal en su excelente obra, que ha sido premiada por la Sociedad Española de Higiene. La forma en que está escrita hace que pueda comprenderla la persona menos competente en los estudios biológico-higiénicos. Empieza el autor estudiando con toda la claridad posible el ojo y la visión, y consigna las múltiples causas de las enfermedades existentes en las escuelas y los medios de anularlas.

Con objeto de que si halla eco en el Gobierno la publicación, se pueda hacer estudiar á los niños materia tan útil, va resumida la obra en un com-

pendio á que el autor llama *Cartilla de la higiene de la vista en las escuelas.*

***

Folletos literarios. *IV. Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce, por* CLARÍN (Leopoldo Alas).—*Madrid*, 1888.—*En* 8.°, 132 *páginas.* —*Precio*, *una peseta.*

Con la gracia y el aticismo de siempre defiéndese el ingenioso escritor en la primera parte de su obrita, del ataque de plagiario, demostrando que alguno de sus libros se publicó antes del que se le ha dicho que había copiado. En la segunda parte expone muy atinadas y eruditas observaciones acerca del último discurso leído en el Ateneo por el ilustre poeta señor Núñez de Arce.

***

Los antoios en 1623, *por el* DR. A. DE LA PEÑA.—*Madrid*, 1887. —*En* 4.°, 31 *páginas.*—*Precio*, 2 *pesetas.*

Curiosísimo folleto en que demuestra una vez más el doctor Peña, que es un excelente literato y un médico oculista de grandes conocimientos.

***

Lía de Argeles, *por* EMILIO GABORIAU. *Versión castellana de* P. SAN ROMÁN.—*Madrid*, El Cosmos editorial, 1888.—*En* 4.°, 464 *páginas.*—*Precio*, 2,50 *pesetas.*

Preciosa y bien urdida trama, escenas conmovedoras y otra multitud de bellezas que Gaboriau ha reunido en este episodio, hacen de él una novela interesantísima.

La pasión maternal, esa pasión sublime y santa que anida en el corazón de la mujer, arrastra hasta el fango á Lía, que es el personaje que da nombre á esta novela.

Los caracteres del Barón y Baronesa de Trigaul, del Sr. Fortunat y del pilluelo Víctor Chupín, están perfectamente sostenidos en toda la obra.

Además, ha repartido «El Cosmos» otro libro de Zola, *Nuevos cuentos á Ninon*, de agradable lectura y provechosa enseñanza; lo forman sencillas narraciones llenas de poesía y de carácter moral, con el atractivo que tienen todos los trabajos del gran escritor.

***

Las grandes capitales.—*Barcelona*, DANIEL CORTEZO Y COMPAÑÍA, 1888.

Acaban de publicarse los cuadernos 62 á 66 de esta importante obra, en que separada y detalladamente se describen las ciudades de París, Roma, Londres y Berlín. Como en los anteriores, abundan los grabados artísticos y hermosos, y no citamos algunos por *l'embarras du choix*, que nos obligaría á enumerarlos todos, porque todos son dignos de mención y de aplauso. El texto ofrece mucho interés, y da idea cabal de las célebres poblaciones antes mencionadas.

La misma casa editorial ha repartido los cuadernos 172, 173 y 174 de la magnífica obra *España*. Prosiguen las reseñas históricas de Valencia y de Burgos, escritas por D. Teodoro Llorente y D. Rodrigo Amador de los Ríos, respectivamente. Aparte de los muchos dibujos incluídos en el texto, descuellan la oleografía que representa *un campesino de Burgos* y la fototipia denominada *Vista de Burgos tomada desde el Museo provincial.* Del

mérito literario de ambos libros dicen bastante los nombres de sus autores y el cuidado con que hace todas sus publicaciones la empresa que dirige el activo é inteligente Sr. D. Daniel Cortezo.

***

Le Monde comme volonté et comme représentation, *par* A. SCHOPENHAUER.—*Tomo primero.—París, Félix Alcan, editor*, 1888.—*En* 4.°, 439 *páginas.—Precio*, 7,50 *pesetas.*

La traducción de esta obra capital de Schopenhauer la ha hecho el diputado y antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, M. A. Burdeau, y tiene el mérito especial de que es la primera que se publica sin supresiones. Además, es de escrupulosa exactitud y el estilo refleja el del célebre filósofo alemán. Merecen particular mención la teoría de la risa, las del arte, y, sobre todo, el admirable libro cuarto, en el que descubre Schopenhauer el verdadero fondo de su pesimismo, que no es la desesperación egoista, sin nobleza y sin objeto, de algunos de sus discípulos, sino que es, por el contrario, una verdadera religión, de una compasión sin límites por los sufrimientos que llenan el Universo, y de una fe profunda en el porvenir misterioso y sublime á que todos los seres se encaminan.

Por otra parte, M. Burdeau ha tenido la feliz ocurrencia de poner al fin del tomo un índice por materias que faltaba en el original, procurando que aquél fuese claro y breve. Basta examinar dicho índice para que se despierte vivo interés por leer la obra. Ésta constará de tres tomos: el primero es reproducción de la obra primitiva publicada en Leipzig en 1819; el segundo y tercero, que saldrán á luz á fines del año actual, comprenderán los importantes apéndices en los que Schopenhauer desenvolvió los diferentes puntos de que trató en la primera edición.

***

La poesía lírica en Cuba, *por* D. MARTÍN GONZALEZ DEL VALLE. —*Oviedo*, 1888.—*En* 4.°, 242 *páginas.*

Una obra que, como ésta, llega á la cuarta edición, no necesita elogios. El insigne Menéndez Pelayo dice de ella: «La crítica me parece exacta, »imparcial y serena; el estilo limpio »y fácil. Hace V. justicia seca á auto»res y á composiciones...» El docto catedrático Sr. González del Valle merece alabanzas por su excelente obra.

***

Cantos modernos, *por* R. D. PERÉS. — *Barcelona*, 1888. — *En* 8.°, 214 *páginas.—Precio*: 3 *pesetas.*

Este libro, elegantísimamente ilustrado por Apeles Mestres, é impreso en papel de hilo puro, está formado por una colección de poesías, llenas de sentimiento, y un discurso preliminar nutrido de buena doctrina literaria.

***

¡Pobre España! *por* JUAN L. LAPOULIDE.—*Madrid*, 1888.—*En* 8.°, 83 *páginas.—Precio*: *Una peseta.*

Opúsculo que se supone formado por las «Memorias de un coronel jefe de zona,» y contiene observaciones ingeniosas que demuestran el buen entendimiento del Sr. Lapoulide.

***

Héroes de Filipinas, *por* D. Pío A. de Pazos.—*Santander*, 1888.—*En* 8.°, 366 *páginas*.—*Precio: 2 pesetas*.

Interesante obrita en la que se describen correctamente las hazañas de sesenta y seis valerosos compatriotas nuestros.

***

Noticias bibliográficas y catálogo de los códices de la Santa Igiesia catedral de León, *por* Don Rodolfo Beer *y* D. J. Eloy Díaz Jiménez.—*León*, 1888.—*En* 8.°, 43 *páginas*. *Precio: 2 pesetas*.

Ofrece mucho interés á los aficionados á esta clase de estudios, y abundan en él los datos curiosos y originales.

***

Defensa nacional. *Consideraciones, por* D. Arturo Garín y Sociats.—*Madrid*, 1888.—*En* 8.°, 427 *páginas*.

Nunca como ahora hemos lamentado el no poseer conocimientos militares, á fin de dar idea exacta del importante libro que acaba de publicar el ilustrado capitán de fragata señor Garín. Imposibilitados de hacer cosa mejor, nos ceñimos á recomendar su lectura, que es de actualidad palpitante, y á enviar nuestros plácemes al autor, que tan aplaudido fué al leer algunos capítulos de su obra en el Centro del Ejército y de la Armada.

R. A.

***

Dictionnaire français illustré des Mots et des choses.

Se ha publicado la décima serie (entregas 91 á 100) de esta importante obra escrita por Larive y Fleury, y editada por Jorge Chamerot. Comprende las palabras existentes entre *Lozère* y *Mélisse*, y son muy interesantes, pues hallamos los vocablos *Lune, Madrepore, Magnetisme, Main, Mamifères, Magdelanien*, y la descripción de ciudades tan importantes como *Lyon, Madagascar, Madrid*, etc. Más de cien grabados y seis mapas iluminados acompañan á este cuaderno, que ha merecido solícita acogida del público. Su precio es de 5 francos.

G.-R.

MADRID, 1888.—Tip. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.°
Teléfono 934.

BULA

DE

CANONIZACION DE SAN ISIDRO

A preferente devoción que el pueblo de Madrid profesa á su Santo Patrono, nos mueve para sacar á luz un curioso documento de que todos teníamos noticia, aunque sin conocerle en sus detalles.

Vamos á ofrecer al lector la Bula de canonización de San Isidro, traducida en Madrid á 22 de Noviembre de 1726 por don Francisco Gracián, del Consejo de S. M. y de la interpretación de lenguas.

El original de donde sacamos esta copia reune todos los requisitos de autenticidad necesarios al más escrupuloso investigador.

La publicamos en la convicción de que es auténtica, y animados por el buen deseo de que el curioso y el devoto conozcan un documento de tanta importancia para la historia de la Villa.

«BENEDICTO, Obispo, siervo de los siervos de Dios. *Ad perpetuam rei memoriam.*—Es propio y puesto en razon, y conviene á la equidad, que lo que el Romano Pontífice en ple-

no consistorio de los Venerables hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, determinó y definió, mediante su unánime Acuerdo, aunque despues por fallecimiento del dicho Pontífice, no ayan sido despachadas sobre ello Letras Apostólicas, surta y obtenga finalmente su efecto.

I. El Sumo Artífice de todas las cosas, para mostrar el poder de su virtud, y promover la causa de nuestra salud, muchas veces tambien honra en el Mundo á sus Fieles, que corona en el Cielo, haciendo en memoria de ellos milagros y prodigios, por los quales se confunda la pravedad herética y se confirme la verdad de la Fé Cathólica; y siendo así que como antes de aora oyesen los Romanos Pontífices nuestros Predecesores, de pia recordacion, que por muchos y reiterados indicios se hacia patente y claramente manifiesto á esta Santa Sede Apostólica, que el Beato Isidro, Labrador, habia sido en su vida esclarecido en grandes méritos y virtudes, y que despues, estando en el Cielo, habia hecho muchos milagros de que en consecuencia de las Venerables Constituciones, y Reglas de la Santa Romana Iglesia, infirieron cierto Argumento de su Santidad, y que habian precedido verdaderos méritos y milagros patentes, para que la Iglesia Romana procediese á su veneracion, respecto de que Dios, por tantos méritos precedentes, y milagros subsequentes, habia mostrado se le venerase: Por tanto, Gregorio, Papa Decimoquinto, nuestro Antecesor (de felize memoria) promovido á el régimen de la Universal Iglesia, despues que por repetidas relaciones ante él hechas, supo las eximias virtudes y muchisimos prodigios del dicho Beato Isidro (á quien por la larga, general y contínua fama de Santidad y Culto, hecho constantemente por muchos siglos á el varon de Dios, Paulo, Papa Quinto, antecesor de Gregorio, y nuestro, pidiéndosele con toda instancia por sus Embajadores el Rey Cathólico Phelipe tercero, habia mandado se pusiese solemnemente en el número de los varones Beatos) despues de madura deliberacion sobre esto habida, y de diferentes discusiones, determinó próvidamente, segun costumbre de los predecesores, ponerle en el Cánon de los Santos.

II. En Mantua Carpetana, corte de los Reyes de España, que se llama vulgarmente Madrid, en la diócesis de Toledo, nacido de humildes, pero de pios y cathólicos padres, floreció Isidro en el siglo duodécimo, (1) cuyo nombre, (2) como de hombre muy insigne y de admirable inocencia de vida y gloria de milagros, fué celebrado hasta el siglo décimo séptimo generalmente por todos los españoles, atribuyéndole públicamente todos los honores que se atribuyen en la Iglesia Cathólica solamente á los varones Beatos y Santos. Desde su infancia exerció Isidro las virtudes cristianas de tal modo, que habiendo llegado á más edad prefirió (para que se alimentase) la agricultura, á los demás artes, por parecerle el más humilde, el más trabajoso y el más apto y seguro para salvar su alma; esta la exerció todo el tiempo de su vida de tal manera que ningun dia dexase por razon de ella, ni el menor exercicio de piedad y religion que habia una vez comenzado. Nunca fué á labrar el campo sin que primero hubiese oido el Sacro Santo Sacrificio de la Misa, y rogado con todo el mayor fervor á Dios y á la Bienaventurada Virgen Maria, é implorado el auxilio divino, el que muchas veces experimentó particularmente cuando fué acusado para con su amo, cuya tierra labraba, que por ocuparse más en obras de piedad, parecia descuidar la labor. El amo, (3) pués, lleno de cólera pasó para castigar á Isidro al campo, que creia no estar labrado, y le vió arar con tres yugadas de bueyes, una y otra regian dos mancebos, ambos parecidos, vestidos de blanco, y la tercera Isidro; estos

---

(1) El Licenciado Jerónimo Quintana y el P. Fray Jaime Bleda, traductor y comentarista de Juan Diácono, primera pluma que nos habla del Santo, fijan el nacimiento de Isidro en los últimos tiempos de la dominación árabe, y su muerte en 1172. Mesonero Romanos acepta esta versión, y los eruditos historiadores de Madrid, Amador de los Ríos y Rada y Delgado la conceptúan como verosímil. La última palabra no se ha dicho, ni podemos decirla mientras no se descubran nuevos datos.

(2) Quieren decir algunos que se llamó Isidro Merlo y Quintana, pero no existe documento formal que lo atestigüe.

(3) Según la tradición, el amo de Isidro llamábase Jnan Vargas, cuyo linaje es ilustre y antiquísimo en esta villa. Juan Diácono sólo dice que el santo labrador se puso á servir con humildad á un caballero de Madrid en un caserío suyo.

dos desaparecieron así que vino el amo; de que sucedió que el amo llegase á entender ser verdad lo que muchas veces le habia asegurado Isidro, que las horas que se empleaba y aplicaba á el oficio divino no eran infructuosas. Otra vez, estando Isidro orando en la Santa Casa, se le avisó que un lobo devoraba su jumento si luego no llegaba; y no pudiendo desistir por esto de la oracion y saliendo despues de hecha, halló á el jumento sano, y muerto cerca de él el lobo obrando Dios por las oraciones de Isidro.

III. La caridad de Isidro fué tan grande para con el prógimo, que se privó á sí mismo de lo necesario, para que los pobres y necesitados se aprovechasen de ello; pues habiendo muchas veces dádoles todo, llegó otro á pedirle limosna, y quedando Isidro sumamente triste por no tener que dar á el pobre, su muy pia consorte, para obedecerle una y más veces, registró la olla vacía, la qual finalmente halló llena de comida con que se saciase abundantemente el pobre ambriento: La dicha consorte del Beato Isidro, llamada María de la Cabeza, es tenida por los españoles, por la santidad de sus virtudes y costumbres, por Venerable, y enteramente semejante á su marido, por cuya razón mereció ser aprobado su antiquísimo culto por Inocencio Duodécimo, nuestro Predecesor (de pia memoria) en el año de Cristo nuestro Señor de mil seiscientos y noventa y siete, despues de haber sido examinado por los venerables hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, haciendo relacion de ello Juan Francisco, Cardenal Diácono de San Adrian, llamado Albano, y luego Clemente Undécimo, nuestro antecesor (de felize recordacion) sucesor del dicho Inocencio en la Cathedra de San Pedro. La gran caridad de Isidro, no solamente para con los hombres, pero tambien para con los animales y aves, manifestó Dios serle muy grata y acepta; pues en tiempo de rigurosísimo Ibierno, quando todo está lleno de nieve y yelo, llevando Isidro trigo para moler, viendo á las palomas muertas de ambre, posadas tristemente en los árboles por no tener de que alimentarse, por estar todo cubierto de nieve, limpió la tierra de ella, echando tanto trigo, quanto le pareció bastante para alimentar las palomas: Lo hecho disgustó al compañero de Isidro,

quien sobre esto por él fué reprendido; pero en ningun modo disgustó á Dios, quien aumentó de tal suerte el trigo que habia sobrado, que pareció despues no haber sacado nada del costal. Siempre se manifestó constante é insensible á qualesquiera injurias, y siendo acusado (aunque falsamente) de no trabajar como debia, no se dió por sentido; antes bien respondió pacíficamente, que daria satisfaccion á su amo á el arbitrio de sus acusadores.

IV. Tanta fué la confianza en Dios de este buen varon, que todas las cosas, por grandes y dificultosas que fuesen, se las prometia de cierto. Muchos ejemplos ay de esta muy excelente virtud, de los quales no podemos dexar de referir uno: Elevado en la Santa Casa de la dulzura de la oracion, baxó tarde á los compañeros que segun costumbre habian dispuesto la comida y no baxó él solo, sino es acompañado de muchos pobres que le seguian como á padre: no habia sobrado nada de la comida, sino es la porcion que se habia apartado para él, y viendo tristes á los compañeros por la multitud de los hambrientos les dixo tuviesen buen ánimo y partió su porcion á cada uno de ellos de por sí, y luego la porcion de Isidro se halló tan copiosa que no solamente pudo alimentar abundantemente á los presentes, pero tambien á los ausentes: Y con otros muchos y grandes milagros hizo Dios patentes los méritos y santidad de Isidro en el tiempo de su vida. A el amo, que tenia sed en el campo que Isidro labraba, hiriendo la tierra le abrió una fuente manantial en lngar seco y por todas partes árido, que hasta aora siempre mana, sin que en ningun tiempo la ayan secado los ardores del sol: se conoce que en ella ay virtud divina; y Dios por la intercesion de Isidro hace continuos prodigios con los enfermos que llegan á ella (1).

V. Con estos y otros muchísimos prodigios, célebre é ilustre por toda España, el siervo de Dios falleció piamente cerca

---

(1) En el sitio de la fuente mandó erigir una ermita la Emperatriz Doña Isabel, el año 1528, en acción de gracias por haber recobrado la salud el Príncipe Don Felipe con sólo beber el agua del manantial. Calenturas y viruelas, dice el P. Bleda que aquejaban al débil niño que después fué poderoso

del año de Cristo nuestro Señor de mil ciento y treinta, despues de haber hecho una verdadera y humilde confesion, y haber exortado con fervorosa eficazia á los suyos á la piedad y caridad, y recibido con suma veneracion el Sacro Santo Sacramento de la Eucaristia. El cuerpo del siervo de Dios estuvo quarenta años enteros depositado á la inclemencia en el Cimeterio, expuesto á las corrientes de las aguas que por albañales y arroyos entraban en su sepultura: Y pasado el término de quarenta años, por avisos de Dios se desenterró su cuerpo del Cimeterio para transferirle á la casa dedicada á Dios en honra del Apostol San Andrés, el qual fué hallado entero é incorrupto, cubierto asimismo de su ropa entera é intacta, y arrojando de sí olor suave y fragante. Y finalmente, en el año de Cristo de mil seiscientos y trece, habiendo sido sacado otra vez del nuevo y honorífico sepulcro donde antes habia sido puesto, se manifestó á todos con la misma integridad y suave fragancia (1).

VI. Dios ilustró los santos despojos de Isidro con inumerables milagros, pues ciegos, sordos, cojos y otros muchos adolecientes de varias enfermedades, valiéndose del polvo de su sepultura, se han recobrado. Las campanas de las santas casas ó templos de Mántua Carpetana, y órganos, se tocaron sin

---

Monarca. Quizás en este hecho, sencillo y piadoso, tenga su fundamento la causa ignota de la preferencia que el hijo de Carlos V dió á esta villa para establecer en ella su corte, no olvidando tampoco que el Emperador había curado aquí de unas pertinaces cuartanas.

(1) El cuerpo del Santo se conservó en la iglesia de San Andrés, hasta que á Carlos III se le ocurrió la poco acertada idea de colocarle en el templo donde hoy se halla, separándole inoportunamente, como dice Mesonero Romanos, de los sitios que estaban impregnados de su memoria. Este cronista, el primero en veracidad y no el último en cariño á las tradiciones matritenses, se lamentaba el año 1861 de que la célebre arca de madera en que estuvieron guardados los restos del glorioso labrador, se hallase olvidada por la Comisión de Monumentos. Nosotros, que merced á la buena acogida que nos han dispensado los encargados de la custodia de objeto tan precioso, hemos podido examinarle de cerca, nos vemos en la necesidad de llamar la atencion del celoso é inteligente Prelado que rige la Diócesis, acerca del deterioro que presenta el arca en cuestión, vestigio de inmensa valía para la piedad y para el arte.

que nadie llegase á ellas mientras duró la devota y pública procesion de la traslacion. Seria largo referir todos los prodigios hechos por la invocacion del siervo de Dios en la restitucion de la salud de los enfermos. Todos los quales en los actos fueron suficiente y legitimamente probados en la Sede Apostólica y siempre serán tenidos por claros y evidentísimos testimonios de Dios todo Poderoso, quien para que se tenga plena fée de la santidad de Isidro, accedió como testigo especialmente invocado y rogado.

VII. Todo ello fué averiguado y arguido por el espacio de tres años por los Cardenales de la Santa Romana Iglesia ante nuestros antecesores los Romanos Pontífices Paulo Quinto y Gregorio Décimo quinto, con solemne exámen, despues de su Beatificacion; y todos fueron de acuerdo y parecer que segun el legítimo Rito de la dicha Santa Romana Iglesia, debia ser puesto Isidro Labrador en el cathálogo de los Santos, y á que despues de Phelipe Tercero, Rey Cathólico, tambien lo pedian á la Sede Apostólica Phelipe Quarto su hijo y subcesor, y aun toda España; por lo qual Gregorio, segun la antigua disciplina de la Iglesia Romana, habiendo sido de nuevo presentada y alegada toda la causa en tres Consistorios ante él tenidos, é implorado para esto con ayunos, limosnas y oraciones el auxilio divino, decretó que publicamente se pusiese á Isidro en el número de los Santos: Y despues que el dicho Pontífice hizo solemnemente todas las cosas que se requerian por las sagradas constituciones y costumbre de la Santa Romana Iglesia, pasó el dia doce de Marzo del año de Cristo nuestro Señor de mil seiscientos y veinte y dos, de su Pontificado año segundo, con el mayor aparato y séquito á la Sacra Santa Basilica del Principe de los Apóstoles; y repitiendo en plenario Consistorio de los venerables hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, fervorosisimas oraciones á Dios, é implorando humildemente la Gracia del Espíritu Santo para la canonizacion de Isidro, en honra de la Santa Individua Trinidad y exaltación de la Fé Cathólica, por autoridad de Dios todo Poderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo y de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo con unánime acuerdo y consentimiento de todo el dicho

plenario Consistorio, pronunció por Santo á el Beato Isidro Labrador, español, de cuya santidad de vida, fée, sinceridad y excelencia de milagros constaba plenamente, juntamente con los Beatos Confesores Ignacio de Loyola, Francisco Xavier, Phelipe Neri y la Sagrada virgen de Dios Theresa de Jesvs; y mandó que fuese puesto en toda la Iglesia en el Cathalogo de los Santos Confesores; y decretó que como á verdadero santo se le venerase, y que se pudiese en su honra labrar y consagrar Templos y altares donde se ofrezca á Dios el Incruento Sacrificio: y mandó que todos los años se celebrase su fiesta como de Santo Confesor el día quince de Mayo. Que despues Urbano Papa Octavo (de pia memoria) procuró poner en las Tablas del Martyrologio Romano, el dia diez de Mayo: y Gregorio tambien por dicha Autoridad Apostólica concedió misericordiosamente en el Señor á todos los fieles de Cristo verdaderamente contritos y confesados que dicho dia festivo visitaren devotamente el sepulcro donde descansa el cuerpo de Isidro, un año y quarenta de perdon; y á aquellos que lo hicieren en la Octava de la fiesta quarenta dias de las penitencias impuestas ó en qualquier modo por ellos debidas. Y finalmente, despues de haber dado con suma alegria gracias á Dios, de que habia honrado á vista de todas las gentes á Isidro Labrador con los demas Confesores y Sagrada Virgen de Dios, y querido ilustrar su Iglesia con esta muy insigne Luz; y habiendo cantado la oracion solemne de dicho Isidro y de los demás en el Altar mayor sobre la Confesion de San Pedro, celebró Misa con su conmemoración; y concedió á todos los fieles de Cristo que se hallaban presentes á tan gran ceremonia Indulgencia plenaria y remision de sus pecados.

VIII. Y porque en ningun tiempo se pueda dudar en manera alguna de este Decreto Apostólico, Definicion, Sancion, Adscripcion, Relacion, Estatuto, Concesion, ni de todo lo demas arriba referido, por razon de que de ello no han sido despachadas ni promulgadas, segun costumbres, Letras Decretales por el dicho Gregorio Décimo quinto, ni por sus sucesores Urbano Octavo, Inocencio Décimo, Alexandro Séptimo, ni por los dos Clementes Nono y Décimo, Inocencio Undécimo, Alexandro Octavo, Inocencio Duodécimo, Clemente Un-

décimo, ni por Inocencio Décimo tercio (1), nuestros antecesores: (de pia memoria) Nos, que finalmente por la disposicion del Señor hemos subcedido, aunque sinméritos, á los referidos Romanos Pontífices en la Cáthedra de San Pedro, queremos, y por la Autoridad Apostólica á Nos atribuida, estatuimos, que el Decreto, Definicion, Sancion, Adscripcion, Relacion, Estatuto, Concesion y todo lo demas arriba expresado desde el dicho dia doce de Marzo del año de mil seiscientos y veinte y dos, surtan y obtengan en todas partes su efecto como si por el dicho Gregorio verdaderamente hubiesen sido despachadas y promulgadas dicho dia Letras Decretales, segun arriba se refiere.

IX. Queremos, empero, que nuestras presentes Letras basten enteramente en todas partes para probar el Decreto, Definicion, Sancion, Adscripcion, Relacion, Estatuto, Concesion y todo lo demas arriba contenido, sin que para esto se necesite de más pruebas Ademas, porque fuese dificultoso llevar estas nuestras á cada uno de los parages donde fuese necesario; queremos que sus trasumptos tambien impresos, firmados de mano de Notario público, y sellados con el sello de alguna persona constituida en Dignidad Eclesiástica, tengan en todas partes la misma fée que tuvieren estas nuestras si aconteciese ser exhibidas ó mostradas.

X. A ninguno, pues, sea lícito quebrantar esta página de nuestro Decreto, Definicion, Sancion, Adscripcion, Relacion, Estatuto, Concesion, ni de contravenir temerariamente á ella; que si alguno se atreviese á intentarlo, sepa que incurrirá en la indignacion de Dios todo Poderoso y de sus Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Dado en Roma, en San Pedro, en el año de la Encarnacion del Señor, de mil setecientos y veinte y quatro, á quatro de

---

(1) Gregorio XV subió al Pontificado el año 1621; Urbano VIII, 1623; Inocencio X, 1644; Alejandro VII, 1655; Clemente IX, 1667; Clemente X, 1670; Inocencio XI, 1676; Alejandro VIII, 1689; Inocencio XII, 1691; Clemente XI, 1700; Inocencio XIII, 1721, y Benedicto XIII el 29 de Mayo de 1724, pocos días antes de la fecha que lleva el documento.

Junio, de nuestro Pontificado año primero.—Yo Benedicto, Obispo de la Iglesia Cathólica.

*
* *

Entre las firmas que autorizan la Bula de canonización aparece la del Cardenal Julio Alberoni, que ha de ser, sin duda alguna, el antiguo Ministro y consejero de Felipe V. Por Real providencia de 4 de Diciembre de 1719, tuvo Alberoni que abandonar á España, refugiándose en Roma, donde residió mucho tiempo, aunque con algunas intermitencias, debidas á su carácter apasionadamente político.

Es digna de tenerse en cuenta la circunstancia de que los gastos que ocasionó la canonización, corrieron única y exclusivamente á cuenta de la villa. Por acuerdo de Madrid de 14 de Abril de 1614, se dió á D. Diego Barrionuevo el encargo de que pasara á Roma y representase al Ayuntamiento en la formación del expediente. Salió en Junio de 1615 y volvió en Julio de 1623, habiendo invertido en dietas, derechos y regalos para después de terminadas las actuaciones, la suma de 780.054 reales y 26 maravedises.

La devoción que el santo labrador inspiraba al pueblo de Madrid ha logrado resistir la acción demoledora del tiempo, que todo lo trastorna, y al paso que fueron relegadas al olvido fiestas como la de Santiago el Verde y de Santa Ana, antigua patrona de la villa, según documentos fehacientes que obran en el archivo municipal, San Isidro vive y vivirá en el cariño de los madrileños, porque la relación de sus virtudes la escuchamos cuando niños en el regazo de nuestras madres, y las historias, los sucesos, las tradiciones que en la infancia se aprenden, referidas por los labios de la que nos ha dado el sér, quedan siempre grabadas con caractéres indelebles en el fondo de nuestro corazón.

CARLOS CAMBRONERO.

JUAN DE CASTELLANOS

Y

SU HISTORIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

Continuación (1)

VIII

Mi base de operaciones ha sido un triángulo formado por tres pasajes de nuestro poeta, claros, terminantes y limpios de toda sospecha. 1.º—El consabido: «Y un hombre de Alanis, natural mío, —del fuerte Boriquen pesada peste,—dicho Juan de Leon, con cuyo brío—aquí cobró valor cristiana hueste.—Trájonos á las Indias un navío—á mí y á Baltasar, un hijo déste —que hizo cosas dignas de memoria,—que el buen Oviedo pone por historia.» (*Eleg*. VI, A la muerte de Juan Ponce de León, can. 2.º oct. 46.ª). 2.º—El en que describiendo la capital de la isla de San Juan ó Puerto Rico, dice: «Fué su primer pastor y su descanso—aquel santo varon Alonso Manso:—va-

(1) Véase el núm. 279 página 38.

ron de benditísimas costumbres,—en las diversas letras cabal hombre,—dignísimo de más excelsas cumbres,—merecedor de más alto renombre;—su nombre denotaba mansedumbres,—y ansí midió sus obras con su nombre;—fué de menesterosos gran abrigo,—porque lo conocí, sé lo que digo.» (Ibid. can. 1.º oct. 23.ª y 24.ª). 3.º—Estos dos versos de la oct. 2.ª del can. 6.º de la eleg. á la conquista de la Trinidad: «Sedeño, como yo soy buen testigo,—era buen capitan y buen soldado.»

Los dos primeros señalaban el principio de mis indagaciones en Puerto Rico. Acudo á la tantas veces aprovechada y todavía aprovechable *Colección Muñoz*, y entre los papeles de esa isla y otros de Santo Domingo y Contratación de Sevilla, relacionados con ellos, no tardo en encontrarme con un Juan de Leon depositario de seis indios en 1519, y diez años más tarde maestre y dueño de una nao, la mejor y más capaz de las que periódicamente navegaban de las Antillas á Sanlúcar conduciendo perlas y caudales del Rey y de particulares. ¡Ya tengo, exclamé en mis adentros, el navío que llevó á Baltasar y á Castellanos á las Indias! Pero mi alegría no pasó de alegrón. Consultados los registros de la Casa de Sevilla y las comunicaciones de sus oficiales reales y de los de San Juan, por donde constan tres ó cuatro viajes y otros tantos tornaviajes de la nao de Leon desde agosto de 1529 hasta febrero de 1533, ni en las listas de los pasajeros con sus *pelos y señales*, ni en las visitas y despachos de buques ni en otro documento alguno, hallé rastro del hijo del maestre Leon, ni de Juan de Castellanos, ni indicio por el que pudiera colegirse la pasada á Puerto Rico de los dos compañeros. Y unos cuatro años más tarde, después de leida una carta dirigida al Emperador por los oficiales de aquella isla, con fecha 10 de marzo de 1534, en que dicen: «No sabemos si llegó Juan de Leon con su nao que salió deste puerto en agosto del pasado (1533)», tropiezo con estas otras de los oficiales de Sevilla á la Emperatriz, sus fechas 15 de setiembre y 14 de octubre de 1536: «Han venido cuatro naos de La Española, cargadas de cueros, azucar y cañafistola—Dos dellas vieron en La Bermuda muchas ahumadas, y habiéndoles hecho faroles por la noche, les correspondieron con muchos fuegos.—Créese ser cristianos y podrían

ser de algunas naos perdidas y acaso los de la de Juan de Leon, que se perdió por allí ha más de tres años. Debiera pregonarse que se daría 400 ó 500 ducados á los que los traigan, si son cristianos; pues los que van á Nueva España ó Tierrafirme, á la vuelta forzoso vienen en demanda de aquella isla.»

»...Dicen que unos mercaderes enviarían navío de propósito á la isla de San Juan para que volviesen por La Bermuda á lo dicho arriba.»

Por último y por remate de la triste historia del barco de Juan de Leon, hé aquí lo que escribía al Emperador la Audiencia de Santo Domingo en 20 de julio de 1538: «El maestre Bartolomé Carreño, que fué á La Bermuda por mandado de V. M. á tomar los españoles que se creía hubiese allí, partió habra dos meses y medio. Es vuelto y no halló cosa ni rastro. Andúvola con su gente unos catorce ó quince días por mar y tierra. Tiene de diez á doce leguas en redondo, buenos puertos, muchas pesquerías, pocas aves y ningunos animales. No halló agua.»

Visto el ningún resultado obtenido por esta parte, procuré enterarme de cerca de la vida y milagros del obispo Manso, y vine á averiguar que del año de 1516 al de 1518 se encontraba en España agenciando negocios de su iglesia y la mejora del depósito ó repartimiento de indios que en él se había hecho; (1) que por el mes de mayo ó junio del año 1520, ya de regreso en su silla, encarcelaba por la Inquisición y embargaba los bienes al gobernador de Puerto Rico residenciado Sancho Velazquez, el cual espiraba en sus prisiones á los pocos días; y por fin, que lo tuvieron los del santo varón el 27 de setiembre de 1539 en Puerto Rico, según leo en carta del Cabildo de aquella catedral al Emperador fecha en 12 de octubre del mismo año.

---

(1) Los oficiales reales de Puerto Rico escribían al Rey en 8 de agosto de 1515: «Se hizo con el obispo la cuenta de los diezmos de que V. M. le hizo merced. Él va á Castilla y no sabemos por qué; deja solo dos clérigos. Se presume va á pedir más indios para él y sus clérigos.—Tiene 150.»

De esta vez ya obtenía algo más positivo que de la primera; pues habiendo nacido Castellanos dos años después de la restitución de Manso á su diócesis (de la cual no consta haber hecho desde entonces más ausencia que la de su muerte), no cabe duda en que únicamente allí pudo conocer al primer obispo de San Juan, y por consiguiente, es firme, segura, irrebatible, la deducción de que nuestro mancebo *estuvo en Puerto Rico antes del mes de setiembre de 1539.*

Tomándole como indicio y presunción fundada de que, ayudándome con ella, sacaría el mejor partido posible del pasaje relativo á Sedeño, entréme por casa del primer gobernador de la Trinidad y supe de buena tinta, que, siendo todavía mochacho, había pasado á Boriquen en calidad de criado del conquistador de esta isla, Juan Ponce de Leon, el cual, viendo el despejo y parla de Antonio, compró al secretario Conchillos para él, hacia los años de 1511, en setecientos castellanos, el oficio de contador de San Juan. A la sombra protectora de su amo y del almirante don Diego, cometió varios atentados, no solamente contra la Hacienda real, sino también contra la honra de las mujeres, escandalizando la pajiza capital de la isla, en terminos, que, como parece por información de 30 de abril de 1518, hubo que reducirle á prisión. Logró evadirse de ella. Reintegráronle en el ejercicio de su empleo, que continuaba desempeñando en 1521; mas, el 7 de marzo de ese mismo año, el contador general y juez de cuentas Francisco Velázquez, le acusaba de defraudador de los caudales reales, añadiendo, que, al decir de todos «sería útil no estuviera en la isla;» y por relación ó memorial presentado en el Consejo de Indias el año 1523 por Blas de Villasante, hermano del célebre descubridor del bálsamo americano, y tesorero más tarde de San Juan, que confirma lo expuesto por Velázquez, se sabe que Antonio Sedeño fué encerrado en la cárcel segunda vez, por haberse negado á exhibir ante el juez los libros de cuentas, y que segunda vez la quebrantó el 11 de noviembre del expresado año de 21, y huyendo con gente armada á un punto distante una legua de la ciudad de Puerto Rico, allí se hizo nombrar procurador de la tierra, y embarcado en una nao suya, vínose con ese título á la Corte.

Seguíle en ella los pasos. Enteréme de que en el Consejo se había oído la delación de Villasante y acordado en su vista que fuese Sedeño á San Juan á dar su residencia; acuerdo que se tradujo en Real cédula de 10 de junio de 1523, mandando que se la tomase el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la Española, próximo entonces á pasar á esta isla, y en cuya flota debía embarcarse el residenciado. Eludió en su mayor parte la real disposición, formalizando su residencia por medio de sustituto ó procurador, que abonó en Puerto Rico los 637 pesos en que fué condenado y que se le mandaron abonar por cédula de Toledo y 10 de febrero de 1526, quedándose él en la Corte á esperar mejores tiempos. Mudaron éstos por agosto del mismo año, en que con fecha 31 se expidió otra Real cédula al licenciado Ayllón, donde se declaraba que la relación de Villasante estaba llena de falsedades, y que se buscase y remitiese para averiguar la verdad y hacer justicia. ¿Se hizo inmediatamente? No me consta; pero sí que Sedeño firmaba como testigo y llamándose *contador*, en instrumento de mucha importancia en Granada de España, residencia de la Corte en 17 de setiembre de 1526; que seguía de *cortesano* en Burgos el año de 1528, y por fin, que el Consejo de Indias consultaba con el Emperador á 3 de enero de 1530: «Antonio Sedeño ofrece conquistar y poblar la Trinidad.» Y el Emperador decretaba: *Fiat.*

Piérdole de vista hasta el 15 de noviembre de aquel año, en cuyo día le hallo á bordo de su carabela *Trinidad* (probablemente la que le condujo de Sanlúcar á Tierrafirme), anclada en el golfo de Paria y puerto de Cari-arto, aquibiriano ó señorete de Turipiari, entendiendo desde dicho punto, y después de haber construído en él una casa fuerte, en la pacificación de la isla de su gobierno. Un sangriento descalabro sufrido por su gente en la Trinidad durante estas tentativas de pacífica conquista, obligó á Sedeño á restituirse á su vecindad de Puerto Rico, con el fin de rehacerse de hombres y municiones, antes del mes de abril de 1531, sin haber pisado todavía el territorio de su gobierno, y con fecha de 15 de julio siguiente, escribía desde San Juan á la Emperatriz, dán-

dole cuenta de aquellos sucesos, de su regreso á Puerto Rico, de haber enviado á Turipiari una carabela con ganado y gente, y que apercibiendo otra para partirse en ella á Paria, supo por cartas de la Española cómo Diego de Ordax, al volver desbaratado del Marañón, había pasado por Turipiari y apoderádose de la casa fuerte de Sedeño y de sus bienes y maltratado al alcalde que allí dejó. Hallábase ocupado en reparar este nuevo contratiempo, cuando las justicias y algunos de los primeros particulares de Cubagua le escribieron brindándole con toda clase de auxilios para su conquista, oferta que aceptó, como es de suponer, trasladándose á Cubagua á fin de mayo de 1532. Pero los cubagüeses, que iban de mala fe ó con mucha política, se volvieron atrás de lo dicho: las promesas se trocaron en desengaños, las facilidades en inconvenientes, y para abreviar, al fin y al cabo Sedeño sólo pudo salir de Cubagua para su jornada con setenta hombres y cinco caballos, en dos barcos, aportando en Trinidad, después de perder los caballos en la travesía, el 8 de noviembre de 1532.

Tomada tierra, empezó su campaña contra los bárbaros trinitarios, y esta fué la primera ocasión de su vida en que pudo mostrarse, como dice Castellanos, *buen capitan y buen soldado.* Empero la fortuna no le fué favorable por entonces. Echáronle los indios de su isla; acogióse en Cubagua, y á veces amistado y á las veces reñido con los de esa isla, que le daban la mano ó le daban de mano, á su conveniencia, atizando ó apagando sus pretensiones de conquistas en Tierrafirme, tuvo que contentarse con volver sobre la Trinidad, donde hizo su segundo desembarco el 8 de junio de 1533. Pero como á los quince días de haber tomado tierra le avisaran que Alonso de Herrera (que había asentado por su capitán en Cubagua é había dejado en ella entendiendo en algunas cosas suyas) se había salido de aquella isla y venido á Paria, donde usando de su autoridad como teniente de Diego de Ordax, ó mejor dicho, de sus herederos, había destituído las justicias de San Miguel y apoderádose de las gentes, caballos y hacienda que allí tenía Sedeño; éste se vió precisado á suspender sus operaciones militares en la Trinidad y regresar á Paria á

toda prisa, á fin de remediar y castigar aquellos que él juzgaba robos y desafueros. Y arbitrado el remedio y hecho el castigo, volvióse á la Trinidad, llevando consigo preso á Herrera, si bien dándole dicha isla por cárcel, á condición de que le ayudara á conquistarla con su persona y sus amigos.

Hallábase en lo más crítico de la empresa, no bien repuesto todavía de un terrible salto que le dieron los naturales trinitarios á 13 de septiembre de 1533, y ocupado en la prolija obra de cercar su real de valla inexpugnable de maderos que le guardase de una segunda arremetida, cuando á principios de marzo de 1534 aportaron de improviso á la isla dos emisarios de Cubagua con cédula de la Audiencia de Santo Domingo, mandando poner en libertad á Herrera y restituirle en sus cargos en Paria. Cumplió Sedeño la orden; mas la liberación de su prisionero fué como la señal del desbarate y desconcierto de su campo y pretexto para que le abandonaran hasta sus familiares y criados y se malograra la conquista de la Trinidad, cuyo suelo no volvió á pisar en su vida (1)

Restituído en San Miguel de Paria por caridad y casi á merced de sus enemigos, si bien, á su decir, con promesa de ponerle en libertad y en posesión de un barco para que se fuera donde quisiese, tuvo allí que pasar por los mismos amargos y

---

(1) Estos sucesos, que pasaron muy de otro modo de como los canta Castellanos en sus *Elegías* (Pte. 1.ª, *El.* X), refiérelos el mismo Sedeño en una interesantísima carta dirigida al Emperador desde la isla de San Juan, con fecha de 12 de octubre de 1535, y que no copio por su mucha extensión. Pero conózcase al menos este otro documento estrechamente relacionado con el asunto: Es un testimonio de cómo «en la isla de la Trinidad, en el puerto de Gambaya de las Sierras [el mismo probablemente de los dos desembarcos de Sedeño] do estaba Sedeño con su gente á 7 de marzo de 1534, se le notificó la cédula de don Carlos y doña Juana, expedida por la Audiencia de la Española en Santo Domingo á 8 de noviembre de 1533, por donde consta que estando Herrera en Paria por el difunto Ordax, viéndole Sedeño y un su teniente en el pueblo falto de gente, le había prendido y acuchillado, puesto grillos y metido de cabeza en un cepo, tomádole las provisiones y colgado de piés de un arbol algún tiempo y despues llevádole con su gente á la Trinidad, donde le tenía preso en mucho aprieto y mal tratamiento, dándole á comer por onzas; y se le manda

angustiosos trances que hizo sufrir á Herrera, pues éste, con razón ó sin ella, le redujo á estrecha y cruelísima prisión durante seis meses, y hubiera durado más si amotinados los amigos de Sedeño no hubieran obligado al teniente de Paria á sacarle de ella y dejarle que hiciera de su persona á su voluntad, que fué trasladarse, al empezar septiembre de 1534, á la isla Margarita con cuarenta y cinco compañeros, para procurarse en ella embarcación con que pasar todos juntos á San Juan; intento que no pudo conseguir por estorbárselo las justicias cubagüesas, deteniendo á su gente y permitiéndole sólo que se fuese con cinco ó seis criados á Puerto Rico, en cuya villa de San Germán, á 6 de octubre de dicho año de 1534, hacía personalmente información de la conducta que había observado con él el alcalde de Cubagua, Antón de Jaén.

No lograron estos reveses abatir el ánimo y pensamientos ambiciosos de Sedeño, ni perturbar siquiera su espíritu intrigante y cauteloso; antes parece que estimularon su actividad, astucia é inventiva, pues desde su arribo á San Juan tras esta su segunda derrota, no se dió punto de reposo en allegar de amigos y obligados y de sus otros convecinos recursos para hacer gente y pertrecharse y abastecerse y emprender con más brío y probabilidades de éxito su tercera campaña. Pero aunque los reclutamientos y preparativos se hicieran ostensiblemente para la Trinidad, la intención de Sedeño era em-

---

envie á Herrera con toda su gente á la gobernación de Paria, restituyéndole lo que le tomó y el proceso á Cubagua, para de allí enviarlo á la Audiencia de la Española, y con el proceso se presente á responder á los cargos y citar á juicio, ó á lo menos envíe procurador bastante.» Consta tambien que en 9 del mismo responde Sedeño en su misma estancia donde fué la notificacion» que la noche del 8, que era domingo, los que habian venido en una canoa de Cubagua con la dicha cédula, saltaron en tierra secretamente y sacaron de la prision á Herrera y lo llevaron á Paria, «donde está Agustin Delgado, justicia en ella por S. M., que es el juez que de las causas de Herrera sobre lo que hizo alli ha conocido é por quien estaba en esta isla detenido; é que Herrera, ademas de aquello, estaba preso por su alcalde mayor por otros delitos. Que lo que á él se le mandaba lo hicieron de hecho los de Cubagua y que no detendrá las personas que con él eran; y que enviará su proceso y procurador, etc.»

plearlos fuera de la jurisdicción de su gobierno, por más que escribiese al de España y al Emperador, que sus planes eran exigencias ó demasías de la gente que había reclutado. Sedeño, como práctico y cursado pretendiente en Corte, y no menos versado en las cosas de la tierra de las Indias, no daba mayor importancia á las fórmulas, trámites y demás papelerías con que exteriormente y por el bien parecer se formalizaban á miles de leguas los actos del gobierno metropolitano; y sabía, además, que en materia de conquistas de países ricos, cuyo aprovechamiento se deseaba por S. M. y cuanto antes, el hecho equivalía al derecho, máxime mediando cohecho; y como si lo oyera, el gobernador de la Trinidad más de una vez diría para su coleto: «póngame yo con mi gente en la Casa del Sol, hállela tan dorada como dicen; saque de sus tesoros opulentos para S. M. el quinto que es de ley, y otro no tal para los Señores del Consejo, que ellos me adobarán esos candiles y á su luz parecerá tan clara mi justicia como la de Cortés contra Diego Velazquez.» La teoría de los hechos consumados es más antigua de lo que se cree.

Entraba, sin embargo, en sus planes, no presentarse desde luego en persona en la tierra que quería conquistar por sorpresa, y á la sombra de ciertos tratos insidiosos en que andaba con el gobernador de Paria, Jerónimo de Ortal, adelantó hacia los fines del año 1535, una partida de 200 hombres y 50 caballos, en tres navichuelos, al mando del capitán Juan Batista, en que iba con otros soldados, después famosos, Diego de Losada, y que llegada sin percance á su destino, pasó tierra adentro, gracias á aquellos tratos ó á la intervención amistosa de Agustín Delgado, segundo de Ortal, y que debía favores á Sedeño. Pero la segunda partida que este despachó á las órdenes del experto capitán Rodrigo de Vega, compuesta de 50 hombres y 30 caballos, por el mes de febrero de 1536, no tuvo la misma suerte, pues Ortal, vista de la conducta observada por Juan Batista y los suyos, y abriendo los ojos en la doblez de Sedeño, se apoderó por sorpresa de Vega y de su gente, y la agregó á sus filas. Batista, que se movió á socorrerle, fué también derrotado y vino á aumentar la hueste del gobernador de Paria.

Tan luego como llegaron estos descalabros á noticia de Sedeño, los puso en conocimiento del Emperador en carta de 10 de abril de 1536, añadiendo: «yo me parto [de Puerto Rico] á la fecha de ésta, á poner en lo que queda el mejor recaudo que pueda y aguardar lo que V. M. fuere servido de enviar á mandar.» Pero consta por carta de uno de los oficiales reales de Puerto Rico, de 29 de agosto de 1536, que no partió de aquella isla hasta el 9 de julio de 1536, llevando en tres navíos 150 hombres y 70 caballos (1).

Desembarcó Sedeño en Paria hecho una furia, el 2 de agosto de 1536, redujo á cenizas la población de San Miguel de Neverí, fundada por Ortal, y se preparaba á encontrarle y vengar sus supuestos agravios con las armas, cuando supo que el campo del gobernador de Paria, compuesto, como sabemos, en su mayor parte de prisioneros hechos á Sedeño, se había amotinado contra su caudillo, y que éste, acompañado solamente de unos cuantos amigos, huía á refugiarse en Cubagua y la Margarita. Siguióle los alcances; no dió con él, y libre de su enemigo, asentó en tierras de Neverí, Maracapana y Cumanagoto, donde aún permanecía en 27 de febrero de 1537, con pretexto de prepararse para su jornada del Meta, pero, en realidad, con el exclusivo objeto de hacer esclavos de los naturales y mandarlos de 400 en 400 á la isa de San Juan de Puerto Rico.

Entre tanto, Jerónimo de Ortal se presentaba en la Audiencia de Santo Domingo, clamando contra los desafueros, tropelías y escándalos de Sedeño, los cuales parecieron tan evidentes y punibles á aquellos señores, que despacharon contra el revoltoso gobernador de la Trinidad al fiscal licenciado Juan de Frías, investido del cargo de Juez de residencia. Pero Sedeño hizo el mismo caso de su autoridad que si fuera la de algún caciquillo ó principalejo de la tierra, y lejos de acatarla, le hizo prisionero á él y á toda su comitiva incluso la escolta, y

(1) Sin embargo, este mismo oficial, que se llamaba Baltasar de Castro, en otra carta al Emperador, fecha 30 de enero de 1537, dice que Sedeño partió de Puerto Rico á 11 de julio de aquel año de 1536. La diferencia es, para el caso, de poca importancia.

con ellos y su gente se metió tierra adentro por el río Unare.

Con buenas ganas me quedo de referir con todos sus perfiles y colores este curioso lance por una información oficial hecha ante los alcaldes de la ciudad de Cádiz de Cubagua en 4 de junio de 1537; pero si cayera en la tentación (como he caído en otras), esta carta sería el cuento de nunca acabar. Baste con lo dicho y con que sepa V. lo que después aconteció: que la Audiencia de la Española mandó un segundo juez, el licenciado Francisco de Castañeda, el cual, llegado á Cubagua, despachó á su alguacil Juan de Yucar, acompañado con un escribano, veinte de caballo y veinte peones, para notificar á Sedeño de Real orden saliese de la tierra y fuese á presentarse al Real Consejo de Indias, y que al llegar el alguacil al campo del rebelde, supo que éste había muerto cuatro días antes de enfermedad de hidropesía. Andaba entonces por su mes de marzo el año de 1538, y consta por otros documentos que la muerte fué en Jueves Santo.

IX

Si V. se toma la molestia de repasar la hoja de servicios que acabo de extender al fámulo de Juan Ponce de León y, con el tiempo, primero de los gobernadores de la Trinidad, notará que nuestro Juan de Castellanos no pudo ser testigo de los hechos que acreditaran á Sedeño de *buen capitán y buen soldado,* sino en las malogradas tentativas de la conquista de su gobernación, por los años de 1531 á 1534 (las cuales dudo mucho que á dicho crédito contribuyeran), y en su campaña de Neverí y Unare, desde 1536 hasta 1538, en que falleció de esta vida. Aun prescindiendo del anterior paréntesis, el buen sentido y el convencimiento que se impone por la crítica de la *Elegía* XI y de los documentos relativos á la llegada de Ortal á Paria y á las operaciones militares de Sedeño en la isla de la Trinidad, nos autorizan á descartar de nuestra

cuenta ese primer período de 1531 á 1534, y á hacernos cargo exclusivamente del segundo; en cuyo caso, ajustadas las fechas y sucesos según el cálculo de probabilidades, Juan de Castellanos debió llegar á Puerto Rico antes de la muerte del obispo Manso, en la flor de sus doce ó trece abriles, y pasar á Tierrafirme entre los años de 1536 á 1538.

Da la casualidad, que en 20 de diciembre de 1535, tomaba tierra en la isla de San Juan de Puerto Rico el tesorero Juan de Castellanos, con gente para poblar la isla, según consta por carta que dirigió á la Emperatriz con fecha de 16 de marzo de 1536, en que escribía: «De esa Corte vine á servir á esta isla el oficio de tesorero, vaco por muerte de Blas de Villasante. Detúveme algo en Sevilla para recojer la gente que V. M. me mandó traer para la población desta isla, bien necesitada della. Traje 50 hombres sin mi muger é hijos y algunas deudas [parientas] y dejé 25 para otra nao. Llegué á quí en 20 de diciembre.» Y como precisamente en estos días aprestaba Sedeño su primera expedición de avanzada á Tierrafirme, bajo la conducta del capitán Juan Batista, si yo me dejase guiar tan sólo por mis propias convicciones, aventuraría la novísima especie de que el futuro autor de las *Elegías y Elogios*, aportó á la isla de San Juan con su pariente ó deudo el tesorero Juan de Castellanos, cuatro días antes de la Navidad de 1535. Pero no; afirmaciones semejantes, cuyos únicos fundamentos se reducen á una mera coincidencia de datos y al prurito de decir algo nuevo en un asunto muy discutible, ni son de mi gusto ni creo que deban hacerse con formalidad en materia de algun interés histórico.

Me contento con esta deducción de más trascendencia en la biografía de Juan de Castellanos que la fecha de su pasada á Indias. Si en el transcurso de los años de 1536 á 1538 pudo ser testigo de que Sedeño *era buen capitán y buen soldado*, tuvo que hallarse irremisiblemente por ese tiempo en comarcas de Paria, Neverí, Unare, Maracapana, Cubagua, etc.; y como en dichos años Gonzalo Ximénez de Quesada empezaba, proseguía y daba fin, ó poco menos, á su descubrimiento y conquista de Tunja y Bogotá, es evidente que el Juan de Castellanos, *soldado de buen brío*, que en la expedición de don Alon-

so Luis de Lugo (1) sacó á este caballero de un aprieto muy grave, por ser ya baquiano del terreno donde el caso ocurrió, según dijo el soldado á don Alonso, por estas palabras: «Señor, yo soy de los primeros que por aquí vinieron con Quesada», nada tiene que ver, como no sea en el nombre, con el autor de las *Elegías*.

Poco debe importarnos que fr. Pedro Simón y el obispo Predrahita y todos los que siguen á estos autores digan que los dos son uno mismo. Simón copió á Castellanos y Predrahita á Simón, y ni el uno ni el otro tuvieron más fundamento para sus afirmaciones que el texto primitivo de la cuarta parte de las *Elegías y Elogios*, interpretado muy á la lijera y sin noticia de los antecedentes históricos que hoy conocemos.

La identidad de nombre y apellido, lejos de ser prueba, es muchas veces motivo de error. *Juan de Castellanos* era el nombre del tesorero de Puerto Rico; *Juan de Castellanos* el de un clérigo (francés por más señas) que intervino en las revueltas de Ortal y Sedeño en Paria; (*Eleg.* XI, canto VII, oct. 9.ª); *Juan* Martín *de Castellanos* era el nombre de uno de los que Sedeño destacó para apoderarse de Ortal, cuando aportó á Tierra Firme (*ibid.* oct. 13ª.), y el mismo tenía el hijo de Francisco de

---

(1) Conviene advertir que la jornada de Don Alonso no se verificó (como leo en la INTRODUCCIÓN, pág. XXII) ni tuvo principio siquiera en el año de 1540. En ese año y hallándose en la Corte de España, se le confirmaron los derechos á la herencia de su padre como gobernador de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada; por abril de 1542 salía de la ciudad de Santo Domingo para su gobierno; en octubre del mismo año se hallaba todavía en Cabo de la Vela sin haber emprendido su viaje al Nuevo Reino; y el día de la Cruz de Mayo de 1543 lo terminaba en Velez (*Elegía* IV, canto XVII, pág. 62).—La comprobación de estas fechas es de gran interés en la biografía de nuestro Juan de Castellanos; pues dentro de ellas *pudo* ir en la expedición de don Alonso Luis de Lugo, y *aun* poblarse como vecino de los Reyes del Valle de Upar, en cuya comarca y peleando en compañía de su amigo Blas Martín, con los indios *guanaos*, recibió la herida de que nos habla en el canto XIII de la *Elegía* IV, págs. 370 y 371.—Nótese además, que Castellanos, después de la llegada de los soldados de Orellana á Cubagua en 1542, se unió á ellos y con ellos entró por tierras fronterizas de dicha isla y llegó hasta Tacarigua, es decir, mientras don Alonso de Lugo hacía su jornada al Nuevo Reino. (*Ibid.* página 22).

Castellanos, oficial real de Guatemala. Además, por aquél tiempo llevaba el apellido *Castellanos* en las Indias Miguel de Castellanos, tesorero de Puerto Rico y después de Cubagua, en cuya isla arraigó la familia Castellanos, célebre desde su hijo Francisco hasta su nieto Miguel, mariscal y cacique *blanco* del Río de la Hacha y de sus ricas pesquerías de perlas.

Si bien se mira, es ocioso todo este aparato de pruebas acumulado para demostrar que nuestro cronista y el *soldado de buen brío* de la expedición de don Alonso Luis de Lugo no son uno mismo. Si el cantor de los Varones Ilustres de Indias hubiera ido en la hueste de Gonzalo Ximénez de Quesada, lo hubiera dicho claramente ó por medio de alguno de sus acostumbrados circunloquios. Y yo desafío al más perspicaz de los lectores de su *Historia del Nuevo Reino de Granada*, á que me cite una sola palabra que demuestre ó indique ó despierte la sospecha de que sirvió en aquella jornada; hallará sí, muchos errores que prueban no haber asistido en aquellos memorables sucesos. Que calló por modestia no es razón que satisfaga á nadie; 1.° porque se da por testigo ó actor de otros sucesos más insignificantes, con mucho, que la gloriosa expedición de Quesada; y 2.° porque no se compadece esa modestia con aquello de *buen brío*, que es quizá en todo tiempo la primera excelencia del soldado, y lo era en los de aventura que contribuyeron á la conquista del Nuevo Mundo.

X

Para responder en debida forma de lo que dije allá arriba (§ III), acerca de ciertas condiciones y circustancias de Castellanos que impedían prestar completa confianza no sólo á la historia de Tierra Firme y Nuevo Reino atormentada en sus rimas, pero también á la descabalada y esparcida narración de sus hechos personales; fáltame todavía probar la influencia que en él ejercieron la amistad, el respeto y el espíritu de compañerismo, y que su flaqueza de memoria era ya tan patente

al emprender en Tunja su poema, que á cada paso equivoca el año ó la fecha de los sucesos de que afirma haber sido testigo presencial.

Dejaremos en blanco el primer capítulo por escabroso y porque nos metería en honduras difíciles que no son de este momento. Ya ha visto V. la pieza que era Antonio Sedeño; pues sin embargo, nuestro elegiano presbítero hace de él este corto pero expresivo retrato: «Hombre pequeño fué,—de buen talante,—de grata condicion y generosa;—mas en su pretension tan gran gigante—que tenía lo más por poca cosa.» (Primera parte, *El.* X, canto 1.°, oct. 9.ª)

Mas, el capítulo segundo conviene llenarlo con algunos ejemplos.

¿Quién dudará, al leer la minuciosa descripción de la ruína de la Nueva Cádiz de Cubagua con que termina la *Eleg.* XIII, y que dice haber presenciado, que la catástrofe ocurrió, como él dice, el año de 1543? Pues véase lo que la Audiencia de la Española escribía al Emperador con fecha de 22 de marzo de 1542: «Tenemos nuevas de Cubagua que esta Navidad pasada [1541] sobrevino una gran tempestad de aguas y vientos que la asoló toda, que no dejó casa de piedra en ella; de manera que constreñidos de necesidad los vecinos se pasaron á la isla de la Margarita, á do escriben que fundan un pueblo; que habia en él más de cien de á caballo, y que con el primer navio enviaran procurador á V. M.»

La tormenta que descargó sobre Cubagua el año de 1543, no fué obra de Neptuno y Eolo, sino de unos corsarios franceses, como consta por esta carta de la Justicia y Regimiento de la Margarita, dirigida al Emperador con fecha 4 de marzo de 1544: «Ya dimos cuenta de la destruicion y caida del pueblo de la isla de Cubagua por las muchas aguas y lluvia que sobre él cayó, por lo que se despobló la ciudad, quedando solos ocho ó diez vecinos para sustentarla mientras V. M. proveía. En tal estado, en julio del año pasado [1543] se acabó de asolar por los franceses, que amanecieron sobre la ciudad en cinco naos. Los más vecinos escaparon con sus familias y lo que pudieron recoger de hacienda en una canoa grande; los demas se salvaron en el monte. Aquí nos venimos todos, y con be-

neplácito del gobernador y consentimiento nuestro siguen los oficiales, Justicia y Regimiento del mismo modo.»

Otro ejemplo puede sacarse de las últimas octavas del canto 2.º, de la *El.* III de la pte. 2.ª, en que hablando del licenciado Juan Pérez de Tolosa, gobernador de Venezuela, dice: «tambien le vino comision y encargo (1)—para bajar al Cabo de la Vela...» « Y en orden puesto lo de Venezuela,—partióse para el Cabo de la Vela.—Recibiólo la gente muy contenta, —obedeciendo Cédulas reales,—é ya *cerca del año de cincuenta*,—tomando cuentas á los oficiales,—él se partió tambien para dar cuenta—delante los divinos tribunales:—murió como vivió, cristianamente,—y *vilo yo, que me hallé presente.*»

Tengo á la vista las siguientes cartas:

Del licenciado Juan Pérez de Tolosa al Consejo de Indias, fechada en Coro en 8 de julio de 1548:

«Y por cumplir lo que V. A. manda por dos comisiones, voy al Cabo de la Vela, de donde avisaré á V. A. de todo lo demas.»

Del tesorero Francisco de Castellanos al Príncipe, fecha en la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios [del Río de la Hacha] á 7 de septiembre de 1548:

«Vino el licenciado Tolosa á mediado Julio. Tomóme las cuentas y me revee las tomadas por el licenciado Prado y Castañeda.»

Del licenciado Tolosa al Príncipe en el Consejo. Del Río de la Hacha, 7 de septiembre de 1548:

«Despues de estar aquí supe que los que envié á buscar tierra nueva para poblar, acertaron en las vertientes de unas sierras que se dicen de Comuneri (así), á treinta leguas de la poblacion del Nuevo Reino. Diz que están poblados.—Los oficiales de aquí han tenido gran fidelidad; especial el tesorero Castellanos.»

Del mismo al mismo. Río de la Hacha, 20 de septiembre de 1548:

«Envio cinco procesos de las residencias de los gobernado-

---

(1) No le vinieron, sino que los llevaba.

res de Venezuela. Es gran miseria y pobreza la de aquella provincia, etc.»

Del mismo al mismo. Río de la Hacha, postrero de noviembre de 1548:

«Habrá un mes pasó por aquí de camino á su obispado de Venezuela, don Miguel Jerónimo de Ballesteros, etc.»

Del licenciado Grajeda, oidor de la Audiencia de la Española al Emperador. Santo Domingo, 10 de mayo de 1549:

«Del Rio de la Hacha me escriben en *10 de enero... Dicen ser muertos* el obispo de Santa Marta (1) y el licenciado Tolosa gobernador de Venezuela».

Por consiguiente, el licenciado Tolosa, cuya muerte, acaecida *cerca del año de* 1550, *presenció* nuestro cronista, falleció realmente de esta vida *cerca* de un año después.

Un tercer testimonio de su flaqueza de memoria nos suministra la triste arribada á Santa Marta de la flota de Bartolomé Carreño, en que iba el gobernador de Popayán, García del Busto, el cual pereció abrasado con su mujer, cuatro hijos, hermanos y parientes, y otros 300 pasajeros, en la nao capitana, el 12 de enero de 1553. Según carta al Consejo de Indias, del obispo de Santa Marta, pasajero en dicha flota, ésta surgía en la capital de su diócesis el 6 de febrero del expresado año de 1553; y Castellanos, que entonces vivía en Santa Marta, dice que el suceso acaeció en 1552. (Part. III. *Elogio de Pero Fernández de Bustos*, págs. 442 y 443, edic. de Rivaden.)

Pero mucho más grave que los apuntados y otros que dejo por apuntar, es el olvido que comete en el canto octavo de la *Historia de Cartagena*, donde después de referir el regreso de don Pedro Heredia, gobernador de dicha provincia, terminada su expedición á Antioquía y población de Maritúe, dice: «Corría ya del Santo Nacimiento—cuarenta y ocho sobre quince cientos—cuando con pocos hizo [D. Pedro de Heredia] mudamiento—de la nueva ciudad y sus asientos;—llegó con los demás en salvamento—amigos y parientes descontentos—á

---

(1) Murió el 11 de noviembre de 1548.

causa de hallar en su tenencia—otro nuevo Juez de residencia.» Este era el licenciado Miguel Díez de Armendariz, y añade después: «Durante, pues, aquella residencia—que yo también de vista tachar puedo—de Popayán y de su pertenencia—vino por mariscal George Robledo—casado con muger de tal decencia—que la podríamos loar sin miedo.» (Página 416, edic. Rivaden.)

Ahora bien; en el año 1548 hacía dos que era muerto el nobilísimo mariscal Jorge Robledo. (1)

La diferencia de años es tan grande, que recelando consistiese en algún error de estampa, acudí al original para la impresión que se conserva en la Real Academia de la Historia; pero consta por él que el yerro no fué del impresor, sino de Castellanos.

Hay que tener presente, sin embargo, que cuando éste echa sus cuentas por lustros, resultan algunas discordancias entre sus fechas y las efectivas, que no dependen de falta de memoria, sino sencillamente de la circunstancia de que sus lustros son de cuatro años, no de cinco, como hoy día los admite todo el mundo.

Canta nuestro presbítero en la *Eleg.* XIV, oct. 1.ª de la p. 157 de la ed. de Rivadeneyra: «Pasados eran ya los quince cientos—y diez lustros de santa parentela,—cuando gente de grandes pensamientos—con Gonzalo Pizarro se desvela—en dar más luz á los descubrimientos—de tierra que nos da nueva canela—é oro y plata de que la cudicia—daba generosísisima noticia.—Y ansí por hallar aquel gentio,—que de Quijos es hoy su nombramiento—dió Gonzalo Pizarro buen avio—para hacer el tal descubrimiento.—Guiando su derrota por un río—que en Moyobamba tiene nacimiento—y al mar del Norte hace su salida—con casi dos mil leguas de corrida.»

Que aquí se trata de los comienzos de la celebérrima jornada de Gonzalo Pizarro al descubrimiento del país de la canela y río de las Amazonas, no hay la menor duda. Pues si los cinco lustros se calculan por los de cinco años, resulta que Gonzalo

(1) Por mano de uno de los verdugos del sanguinario Belalcázar, el 5 de octubre de 1546.

Pizarro preparaba su viaje dos años después de haberle cortado la cabeza por su derrota en Xaquixaguana, el año de 1548. Ajustada la cuenta por lustros de cuatro años, todo se compone; pues hacia los de 1540 se preparaba, con efecto, la expedición de Gonzalo Pizarro, y Juan de Castellanos pudo asistir en persona al arribo en Cubagua de las dos embarcaciones con que el tuerto Orellana, más traidor que tuerto, acabó con su navegación del Amazonas, sin necesidad de hallarse por arte de brujería el año de 1550 (según los lustros de cinco años) en el puerto del río de la Hacha, á la sazón de la llegada del Juez de residencia, del licenciado Miguel Díez de Armendaríz, el oidor de la Española Alonso de Zurita, (1) el cual pasó por dicho puerto en aquel año, como lo escribe al Emperador en carta de 27 de febrero de 1550, fechada en Santa Marta; y sin necesidad de probar además la coartada de que por el mismo año, y después de asistir al desembarco de Zurita, se alistaba en la expedición de Luis Pardo á las minas de Buritaca, referida con los pormenores que pueden verse en la Part. 2.ª de sus *Eleg.* y *Relac. de las cosas del Cabo de la Vela* etc., en un solo canto (Págs. 250 á 258; ed. Rivad.)

La fecha del arribo á Cubagua de la flotilla de Orellana es cosa averiguada y cierta. El bergantín *San Pedro* aportó el sábado 9 de septiembre de 1542; y el otro, nombrado *La Victoria*, el lunes 11 del mismo mes. Por el año de 1550 hacía unos cinco que Orellana había muerto.

Otras fechas en que el cómputo tiene que ser por lustros de cuatro años, ó de lo contrario su evidente anacronismo, hállanse consignadas en la oct. 46 del canto II de la *Eleg.* XIII de la 1.ª pte.; en la oct. 2.ª, canto III de la *Eleg.* I de la 2.ª pte., y algunas más que olvido en este momento.

MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA.

(*Se continuará.*)

---

(1) *Hist. del Nuevo Reino*, canto XXI, págs. 173 y 174.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

Á LAS

ETIMOLOGÍAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Continuación (1)

PRUEBAS de la gran confusión en que la Academia incurrió, pruebas también de lo arbitrario de sus clasificaciones, las tenemos palpables observando lo que hizo al buscar el origen de palabras castellanas, heredadas de aquellos pueblos que sirvieron á César para probar en las batallas geniales dotes como General, y sobresalientes condiciones de escritor en sus imperecederos Comentarios. Los estudios célticos fundados por Zeuss, cultivados por no pocos sabios en Francia, Alemania é Inglaterra, yacen en nuestro país en dolorosísimo olvido; reducido debe ser el número de los que habiendo oído hablar de Celtas, sepan de ellos otra cosa que generalidades supérfluas ó rancias vulgaridades, entre las que hemos de contar la suposición de que los dolmenes eran sus altares (2) y que sus sacerdotes se

(1) Véase la pág. 149 de este tomo.

(2) Un examen atento ha hecho comprender que los *Dolmenes* no tienen nada de altares, ni podían servir para ninguna ceremonia del culto: Sus dimensiones de una parte y de otra, lo tosco de las paredes externas de las ro-

llamaron druidas, por la vida constante que hacían en los bosques de encina, tan abundantes en las regiones donde nacieron los brenos Vercingitorix y Belloveso (1).

De las dos grandes ramas en que los filólogos, previos estudios de importancia, dividieron el lenguaje de aquellos pueblos que en remotas épocas poblaron las regiones centrales y occidentales de Europa, la Academia no sólo aprovechó todas las divisiones y subdivisiones, sino que las aumentó y barajó dándoles cuantos nombres han tenido (2); en su vocabulario pueden hallarse, sin gran trabajo, palabras que hicieron derivar del irlandés, gaélico, cínrico, bretón, bajo-bretón, de modo que para que lenguas y dialectos de aquellos pueblos estuvieran completos, con todas sus denominaciones, faltan solo erse, manna y cornico. Que faltan lo decimos con reserva, mejor es declarar francamente que en el rápido examen que hemos hecho de la parte etimológica del Diccionario, con motivo de este trabajo, no los hemos encontrado.

Nada de esto podría maravillarnos; en nuestro caro idioma, en esta lengua que oída nos recrea y que por mal que lo hagamos nos entusiasma hablar, han quedado palabras de muy distintos pueblos, de tantos ó más como en la sucesión del tiempo fueron dueños de nuestros fértiles campos y risueñas comarcas. Justo es que entre ellas se conservaran algunas de aquellos aborígenes que poco á poco, cumpliendo eterna ley, desaparecieron para dejar lugar á otros, que más los han suplantado que heredado.

---

cas que los forman, en tanto que al interior están pulimentadas, prueban que han sido cámaras sepulcrales ó habitaciones primitivas, comparables con los *hünengraeber* de Alemania, los *cromlech's* de Inglaterra, y los *jaettestuer* de Dinamarca.

(1) Acerca de esta palabra reformaremos en su lugar la etimología de la Academia, pues siguiendo con sobrada lijereza á Plinio el naturalista (XVI § 249-251), acepto para explicarla el griego δρύς que significa encina: que lo signifique en la lengua de Homero, no quiere decir que deba ocurrir lo mismo en la de Taliesin y Meigant.

(2) La división generalmente admitida de las lenguas célticas es

RAMA GAÉLICA	RAMA CINRICA
Irlandes—Erse.	Welsh—Bajo-Breton—Cornico.

Antiguos son los testimonios que pueden aducirse para probar el vario origen de las palabras componentes de nuestro idioma. Strabon, tan prolijo en las cosas de España, dijo ya que los iberos no tenían la misma lengua, ni la misma gramática, y verdaderamente no podía ser de otro modo (1). Nuestras ricas costas, frecuentadas en una época por fenicios y cartagineses, sufrieron influencias de estos pueblos lo mismo que las de Chipre, Cilicia y Sicilia; es naturalísimo que en el trato frecuente á que los obligaban sus constantes transacciones mercantiles, dejaran, á más del dinero, representación del valor de los productos de nuestro suelo, particulares usos, costumbres y palabras de aquellas lenguas conocidas aun por San Jerónimo y San Agustín (2). Siguiendo eterna ley, aquellas palabras se han metamorfoseado, han tomado aspectos que dificultan asignarles un origen positivo y muchas se supondrán, gracias á esto, infinitamente más modernas, por resultar desconocidas en la primitiva hasta para los doctos que lograron dar aceptable interpretación á las inscripciones de Marsella (3),

---

(1) Strabon—III, 1 ed. Didot. p. 115, 30-33—καὶ οἱ ἄλλοι δ'Ἰβῆρες χρῶνται γραμματικῇ, ου μιᾷ (δ') ἰδέᾳ, οὐδὲ γὰρ γλώττῃ μιᾷ.

(2) San Jerónimo. *Com. in Isaiam, cap. VII*, vers. 14. Lingua quoque punica, quae de Hebræorum fontibus manare dicitur proprie virgo *alma* appellatur. Id. *in Genesis*. Nonnullis putant (aiamim) aquas calidas juxta Punicae linguae vicinam, quae Hebræae contermina est, hoc vocabulo significari. Id. *in Jerem. c. 25*. Tyrus et Sidon in Phœnicis littore principes civitates..... quarum Carthago colonia. Unde et Pœni sermone corrupto quasi Phœni appellantur quorum lingua Hebræae linguae magna ex parte confinis est. San Agustin. *Locutiones de Genesis*, *Lib. I*, 24. Quod scriptum est: Et extendit manum suam..... locutio est quam propterea Hebræam puto, quia et punicae linguae familiarissima est in qua multa invenimus verbis consonantia: nam utique sufficeret: et extendit manum, et si nom adderet suam. Id. *Quæst in Jud.* L. VIII, istae linguae non multum inter se differunt. Id. *in Joan Evan. tract. XV, 27*. Messias autem unctus est; unctus græce Christus est: hebraice Messias est; unde et Punice messe dicitur ungue. Cognatae quippe sunt linguae istae et vicinae Hebraica, Punica et Syra. Id. *in Evang. Lucam*, *Sermo 113, n. 2*. Mammona..... Hebræum verbum est cognatum linguae Punicae; istae enim linguae quadam vicinitate sociantur.

(3) Esta inscripción es sin duda uno de los monumentos púnicos más antiguos. Según M. Renan, *Histoire des langues semitiques*, *p. 195*, puede calcularse que data del siglo VI a. de J. C.

y para los eruditos que han procurado hacer entender los versos púnicos que Plauto introdujo en su comedia Poenulus (1). A tierra tan fértil, para gozar cielo tan explendente, no podían menos que venir hijos de aquel país, cuna de eternal belleza; y los griegos comerciantes que vinieron á colonizar á orillas del tranquilo mar, en cuyo fondo, junto con perlas y corales, parecen existir gérmenes de la civilización esparcida por el mundo, dejaron también para que reaparecieran en nuestro moderno idioma, palabras de aquellas con que Homero cantó la cólera del hijo de Peleo, de aquellas con que Safo lloró en voluptuosas palpitaciones las soledades de un lecho. Mas tarde, el pueblo que de bandido ascendió á Rey, absorbió nuestra Península, y el latín fué la lengua sentida y entendida en el suelo ibérico; pero de la misma manera que en la lucha á que nuestros ascendientes las obligaron, la pujanza y brío de las legiones romanas, tantas veces reputadas invencibles, sufrieron duros reveses, también la lengua cautivadora del vencedor de Pompeyo y del cantor de Eneas, sufrió brechas por las que ganaron puesto en ella palabras que nos eran propias, como atestiguan Plinio, Tito-Livio, Quintiliano y Columela (2). Y más tarde, cuando los pueblos del Norte invaden nuestro Occidente, no podía menos que suceder lo que ocurrió en las anteriores invasiones; la lengua de los vencedores fué la lengua de los vencidos. De este modo, poco á poco, cada invasión dejó elementos lingüísticos con que se fué formando la cadena que nos une al pasado, de que fué eslabón el romance, que termina hoy en nuestro idioma y que nos legará en el porvenir, Dios sabe con qué pueblos, con qué razas.

Estos elementos y aun muchos más que si no creados por la fantasía, se enumeraron por vanagloria, los registró el fiel servidor de Otón I, Luitprando de Pavía, quien afirma en su crónica que en los comienzos del siglo X eran diez las lenguas habladas en la península ibérica (3), idea tomada sin duda de

---

(1) PLAUTO, *Pœnulus*, act. V, esc. II, vers. 108-126. ed. Tauch. III, 240.

(2) BUBBATIO; CANTHUS; CELIA; DURETA; GALARICA; GURDUS y otras.

(3) LUITPRANDO, *Chronicon*, ed. Ramírez de Prado 1640, a. 728 § 153. In eo tempore fuerunt in Hispania decem linguae, un Sub Augusto et Tibe-

Máximo, obispo de Zaragoza (1), y que repitió en su crónica el archipresbítero de Santa Justa, Pedro Julián (2). Bien estudiadas, estas afirmaciones desmerecen á la luz de la crítica moderna; en nuestro tiempo la filología ha dejado de ser la ciencia empírica sin más cimientos que fantasmagóricas suposiciones; ya la historia de los pueblos no yace envuelta en místicas nebulosidades, y el arte de hacer etimologías, en el que cuando Voltaire las vocales no importaban nada y las consonantes poco menos (3), no puede ser comparado, como en un tiempo, con el de hacer logogrifos y charadas: es fuerza recortar alas á la loca de la casa para evitar que corra sin freno por el tiempo y el espacio buscando en nuestra lengua para

---

rio I Vetus Hispana. II Cantabrica. III Græca. IV Latina. V Arabiga. VI Kaldæa. VII Hebræa. VIII Celtiberica. IX Valentina. X Cathalaunica de quibus in III lib. Strabo ubi docet plures fuisse litterarum formas et linguas in Hispaniis.

(1) MARCO MAXIMO en *Población eclesiástica de España del maestro* GREGORIO DE ARGÁIZ. Madrid, 1669; a. 517 n. 4. Præter linguas Latinam, Cimbricam, Gotthicam, in Hispania erat lingua Cantabrica, et politior nativa Hispana, quae copia verborum elegantia et tumore a Cantabrica differebat.

(2) JULIANUS PETRI, archipresbyteri Sta. Justa. *Chronicon*, ed. Paris, 1528, n. 376 (a. 719) p. 82. Loquebantur Muzarabes linguan hispanam consuetam et gotthicam: præcipue Toletani, qui politiores erant cœteris, nitorem linguae vernaculae nativum inter Mauros observaverunt. Hæc á Tubale principium habuit: in contractibus et sermone vulgari cum Saracenis lingua loquebantur Arabica, inter se sermone Gotthico vel Hispano vetusto utebantur.

(3) VOLTAIRE. *Histoire de Russie sous Pierre le Grand.* vol. 27 de la ed. Societé litteraire, p 10. C'est une science où les voyelles ne sont rien, et les consonnes for peu de chosse..... Il est evident que les premiers rois de la Chine, ont porté les noms des anciens rois d'Egypte, car dans le mom de la famille *Iu* on peut trouver les caracteres qui, arrangés d'une autre façon forment le nom Menes. Il est donc incontestable que l'empereur *Iu* prit son nom de *Menes*, roi d'Egypte, et l'empereur *Ki* est evidemment le roi *Atoës* en changeant *k* en *a* et *i* en *toes*. Y como si fuera poco, zahiriendo aquel gran ingenio las etimologías históricas del género que tampoco olvidó la Academia, dice más adelante (vol. cit. p. 11) Il est certain que de tels raisonnemens feraient un grand effet a Pekin et a Tobol: mais aussi un autre savant renverserait cet edifice, en prouvant que les Parisiens descendent des Grecs. Car dirait-il, le premier president d'un tribunal de Paris s'appelait *Achille de Harlay*. *Achille* vient certainement de *l'Achille* grec et *Harlay* vient *d'Aristos* en changeant *istos* en *lay*.

contentamiento pueril ó satisfacción de vanidades nacionales, resíduos de idiomas hablados en la tierra conocida cuando los patriarcas bíblicos estaban en su florecimiento. Dado estas necesidades á que obliga la razón, sorprende ver que la Real Academia Española, sin atender á consideraciones que deben obligarla á máxima prudencia, sin ver las acres censuras que se les pueden hacer, ha echado mano para la redacción de una obra moderna de antiguos autores, que sólo tienen disculpa por la época en que vivieron, autores á quienes nadie recuerda más que como fundamentos históricos, que con respecto á la ciencia sus confusas divagaciones tienen el mismo valor que con respecto á la historia la tradición de Rómulo y Remo y algunas más de esta clase. Siguiéndolos por lujo y fausto, por el halago que resulta para la vanidad diciendo lo que, más que por otra cosa por raro, ignora la generalidad, emplearon unas veces términos generales donde era necesario particularizar, otras los que siendo particularísimos no pueden aplicarse á generalidades. Con todo esto ha resultado tan inextricable confusión, que pensando maliciosamente parece que los señores encargados de la pureza de nuestra habla, se propusieron como único fin el no ser entendidos.

Pensar que hubieran querido proponerse otros fines, comenzaría por no ser serio; por tanto, es menester desechar la gratuita suposición que algunos han hecho, de que quisieron resultar ininteligibles para parecer sabios, porque esto sería risible desde todos puntos de vista. Los términos á que nos referimos, que se hallan en la determinación de algunas etimologías, pecan más por impropios y absurdos que por altisonantes, y son pura y simplemente resultados lamentables del poco estudio que se hizo en materia que tanto requería, y de la falta total de atención que se prestó al conjunto de una obra que por necesidad debía ser modelo. Esta, mejor que ninguna otra, nos parece sea la disculpa que puede darse al CÉLTICO señalado como origen de algunas palabras y al GALATO que se rebuscó para otras.

¿Qué idioma, qué lengua se ha querido indicar diciendo Céltico? De las divisiones y subdivisiones hechas en las lenguas pertenecientes á este grupo, unidas entre sí por comuni-

dad de origen, distintas por accidentes de que hay miles de ejemplos, faltan sólo en el Diccionario de la Academia, ó mejor dicho, echamos de menos, ó no hemos encontrado, el Cornico, dialecto del Cínrico, y el dialecto hablado en la isla de Mann, manifiesta degeneración del Gaélico; podría parecer, á los no versados en la materia que estudiamos, que el Céltico indeterminado que empleó la Academia se refiere á las subdivisiones que según dejamos indicado faltan en el Diccionario; pero ya sabemos que no es así. Dicho término, en la filología de la docta corporación, es el *otro* del lenguaje común, comodísima salida con que el vulgo da autoridad á muchas cosas improvisadas, que si bien se estudia el mayor número de las veces son tonterías; *Céltico*, como dice el Diccionario en el caso presente, hay que confesar es mañoso recurso que salva de mil contrariedades, cuando se quiere dar filiación á palabras cuya procedencia se ignora, cuyo origen no puede atribuirse á ninguno de los idiomas que hablaron los antiguos celtas, conservados varios hasta hace muy poco, vivo aún alguno de ellos, y en presencia de lo que no se quiere confesar ignorancia que, procediendo de cierto modo, resulta encubierta sólo á los ojos del vulgo, para el cual, en materia de lingüística, lo mismo da blanco que negro. Decir *Celtico* es emplear un término general de calificación que no puede ser en el caso presente apelativo de un idioma ó lengua de que deriven inmediatamente las palabras que se estudian, y esta es cosa tan clara, que no vale la pena de que nos detengamos á demostrarla. Cuando quien lo entienda quiera hacer un Diccionario etimológico, apostamos que jamás dirá de una palabra castellana que procede del semítico ó del ario: podrá si quiere afirmar que su origen más remoto, que su raíz, se halla en las lenguas arias ó semíticas, pero la procedencia directa la determinará de una de ellas guiado por razones históricas que den validez á su opinión: muchas de las señaladas por la Academia son ciertamente de origen céltico, pero hay que concretar, pues de la misma manera que en el linaje humano no basta decir que somos hijos de un hombre, sino que hay que señalar qué hombre sea, en lingüística es menester, á más de indicar el grupo, señalar el tipo. Aún es más grave pensar que el adjetivo *Céltico* se

empleó también para salir del paso, sin curarse poco ni mucho de la atención que merece un Diccionario oficial de la lengua, ni el deber prescrito por la conciencia á los que ni pueden ni deben eludirlo: decimos esto porque palabras que señalaremos con gusto se hacen derivar del céltico, y por más que hemos hecho no las hemos encontrado en ninguna lengua céltica.

El empleo del adjetivo *Céltico* como sustantivo, queriendo indicar un idioma particular, que habló este ó el otro pueblo, podría disculparse en los no obligados á saber de lo que blasonan, si para evitar mayores responsabilidades no hubieran entrado en lujosas clasificaciones, cuando en el término indicado se hubieran comprendido todas las lenguas que hablaron los celtas, sin determinar ninguna; pero es sobradamente duro pensar que no les bastó sacar á relucir bretón, bajo-bretón, gaélico, cínrico, irlandés, etc., sino que añadieron el calificativo general, aumentando así el número de las lenguas, sin considerar que en la obra que hacían sobraban ya algunas de las que utilizaron con más vanidad que saber.

Error más grave que el señalado es, á nuestro modo de ver, el que se cometió indicando el *Galato*, no sólo como idioma sino que también como idioma generador de palabras castellanas. Que se hayan cometido errores, por grandes que sean, cuando la cuestión ha sido del dominio de la pura filología, podría pasar aun cometiéndolos la Real Academia Española, que puede exigirse sea quien más sepa en el país de las materias que se refieren á la ciencia mencionada; pero que se yerre también cuando la falta cae bajo el dominio de ciencias más generalizadas, ó que al menos parece lo debían estar, es cosa que apenas se comprende. ¿Qué es lo que han querido indicar diciendo *Galato*? Acudiendo al Diccionario en busca de una explicación, hallamos el artículo *Galata*, donde la Academia dice:—*Natural de Galacia*; *perteneciente á este país de Asia antigua*.—De aquí sin gran esfuerzo se deduce que lengua galata debe ser el idioma que en la antigüedad hablaron los naturales de la Galacia.

Llegando á este punto se originan dos cuestiones principales que trataremos aquí someramente por no ser esenciales á nuestro trabajo: una de ellas es la de si celtas y galos son la

misma gente; otra la de si la lengua galata persistió mucho en aquella parte de Grecia después de la conquista romana. Las dudas que se han suscitado con respecto á la primera, y lo mucho que se ha discutido acerca de ella, se debe al haber empleado indistintamente algunos historiadores de la antigüedad los términos *celtas* y *galos*. La autoridad que más han invocado los que á toda costa quieren ver razas distintas en los pueblos á que nos estamos refiriendo, es la de Diodoro de Sicilia, conservada en un fragmento creido del libro XXV hallado por Haeschel, donde se leen expresiones que parecen indicarlo así. Dice al comenzar un párrafo: Κελτοὶ δε μέτα Γαλατῶν κατα Ρωματον y al final del mismo se lee: Γαλατῶν καὶ Κελτῶν etc. De estas frases, la primera hay que traducirla: «Los celtas con los galos, contra los romanos»; la segunda: «Galos y celtas.» La forma en que están redactadas, parecen indicar efectivamente la existencia de dos pueblos distintos; pero la autoridad de este fragmento es muy dudosa: en primer lugar, la *Biblioteca histórica* fué escrita ciento ochenta años después de los acontecimientos á que nos estamos refiriendo; de modo que no habiendo sido su autor testigo presencial de los hechos que relata, es fuerza estudiar aquellas fuentes de conocimientos que pudieron y debieron servirle para ver si el texto original de este pasaje, como muchos otros de su obra, fué adulterado por copistas ineptos ó abreviadores de poca conciencia. Aun suponiendo que en las mencionadas frases no hubiera habido alteración, suponiendo que Diodoro hubiera querido decir lo que resulta, su autoridad deja de tener valor desde el momento en que Polibio, de quién tomó lo referente á este particular y autor más digno de crédito, dice lo contrario en términos fáciles de ser perfectamente entendidos. El autor de la *Historia general*, hablando de Concolitanos y Anerestos, dice al comenzar el párrafo, que eran reyes de los Galatas, y al finar la narración llama celtas á los mismos (1): como se ve

(1) Polibio II, 22 ed. Didot, p. 83. Διόπερ εὐθέως τὰ μέγιστα τῶν ἐθνῶν, τό τε τῶν Ἰσόμβρων καὶ βοίων σομφρονήσαντα διεπέμποντο πρὸς τοὺς κατὰ τὰς Ἄλπεις καὶ τὸν Ροδανὸν ποταμὸν κατοικοῦντας Γαλάτας Al final II, 31 ed. cit., p 90 Απέθανον μὲν οὖν τῶν Κελτῶν εἰς τετρακισμυρίους ἑάλωσαν δ' οὐκ ἐλάττους μυρίων-ἐν οἷς καὶ τῶν βασιλέων Κογκολιτάνος.

en la narración primitiva, *Celtas* y *Galos* eran términos sinónimos. Si el testimonio de los historiadores fuera únicamente el admisible para dirimir la cuestión, en ellos hallaríamos mayores pruebas, pues lo mismo Diodoro de Sicilia (1) que Dionisio halicarnense (2), cuando hablan de la expugnación de Roma, llaman celtas á los invasores é igual término emplea también Tito Livio (3) hablando de la emigración de los galos en Grecia. Si en apoyo de la identidad de galatos y celtas se quisieran más pruebas, los poetas nos las suministrarían: el epigrama funerario de Anita de Mitilene (4), contemporáneo de los hechos que lamenta, la da clara: hecho para perpetuar la memoria de jóvenes que sufrieron consecuencias de la invasión céltica, campeó en la losa que cubría sus cuerpos, diciendo (5):

'Ωχομεθ', ὦ Μίλητε, φίλη πατρὶ, τωτ ἀθεμίστων
τὰν ἄνομον Γαλατᾶν κύπριν ἀναινόμεναι
παρθενικαὶ τρισσαὶ πολιήτιδες ἃς ὁ βιατὰς
Κελτῶν εἰς ταύτην μοῖραν ἔτρεψεν Ἄρης.
Οὐ γὰρ ἐμείναμεν ἄμμα τὸ δυσσεβὲς οὐδ' Ὑμέναιον,
νομφίον ἀλλ' Ἀΐδην κηδεμόν' εὑρόμεθα

El Γαλατᾶν del segundo verso y el Κελτῶν Ἄρης del cuarto no dejan duda con respecto á la afirmación que hemos hecho, y confirman que en aquella época, para la generalidad de los autores, *Celtas* y *Galatos* eran sinónimos. En el himno de Ca-

---

(1) DIODORO. *Bibliotheca* XIV, 115.

(2) DIONISIO DE HALICARNASO. *Antigüedades*. I, 74 XIII, 6. 12.

(3) TITO LIVIO. *Historia romana*, V, 39.

(4) ANYTA, representada en la corona de Meleagro por la azucena, y llamada por Antipater Homero femenino, floreció 300 años antes de J. C. Fué tanta la admiración que despertó entre sus contemporáneos, que le elevaron una estatua en que trabajaron Euticrates y Cefisodoto. (Taciano, ad Græcos 52.)

(5) Epigrama 492 de la *Antologia palatina*; ed. Didot I, 368. GROCIO hizo la bella traducción siguiente:

¡Ah! morimur, morimur, Milete, nec impia probra
Gallorum volumus, patria cara, pati
Injicit hunc nobis ardorem barbaricus Mars,
Virginibus ternis, civibus, alma tuis.
Non expectamus thalamum prolenque nefandam,
Assertor casti corporis orcus erit.

limaco, *á Delos* (1), hallamos otra prueba, pues idénticos apelativos están empleados en la misma forma: hablando Helios, Soberano del Santuario, augura feroz guerra que deberán mantener, y dice en el verso 173:

βαρβαρικὴν καί κελτὸν αναστήσαντες Ἄρηα

y despues de enumerar las desventuras que deberán ocurrir, pronostica una señalado triunfo junto á su templo, diciendo en el verso 184:

ἀσπίδας, αἵ Γαλάτῃσι κακὴν ὁδὸν ἄφρονι φόλῳ

todo lo cual nos parece claro sobremanera para que ni aun remotamente se dude de que Galos, Galatos y Celtas son una misma cosa, y que por tanto resulta supérfluo el aumento de términos hecho por la Academia, máxime cuando hoy lo que más debe hacerse es evitar á todo trance la confusión en que incurrieron los antiguos autores y que desgraciadamente motivaron comentarios interminables, que más han perjudicado que favorecido.

La lengua céltica importada por los invasores á las comarcas que más tarde formaron la Galogrecia, subsistió sin alterarse y sin que haya motivos para distinguirla del idioma que seguían hablando los Galos de Occidente; esta es la segunda cuestión, de la que por no remontar *ad ovum*, dejaremos de discutir, porque en remotas épocas galos guiados por breno audaz y ambicioso, fueron á ocupar la parte Norte de la Frigia y tierras colindantes. Estrabón, en dos pasajes de su Geografía, y autores latinos, que merecen entera fe, así lo aseguran: nadie puede dudar que aquellos invasores, como cuantos en la historia han desempeñado tan aborrecible papel, impondrían al par que usos y costumbres propias, el lenguaje en que expresaban sus pensamientos y manifestaban sus órdenes. Resultaría fenómeno harto extraordinario, jamás registrado, que los conquistadores de un pueblo dieran al olvido su lengua para apropiarse la de los vencidos. Rama desgajada de la gran familia céltica, tal vez desprendida por su propio peso, se im-

(1) CALLIMACHUS, ed. Blonfield, Londres 1815, p. 33.

plantó en aquellas comarcas tan remotas, donde arraigó desenvolviéndose lozanamente y dando frutos poco agradables en verdad para los que no estaban acostumbrados á ellos: guerras sangrientas, conquistas que cada vez se extendían más, atropellos y devastaciones de cuanto les cerraba el paso, fueron quehaceres que los ocuparon durante mucho tiempo y en él gozaron unas veces satisfacciones de costosas victorias, lamentaron otras descalabros cuyos nombres han pasado á la historia para indicar terrores de los que más degradan (1).

Poco á poco sobrevino la calma, y transcurrido algún tiempo se vieron sujetos á la suerte común de todos los pueblos; después de muchísimas vicisitudes, entraron en el general consorcio que representó el reinado de Augusto en el primer siglo de nuestra era: cuando murió el nieto del tetrarca galato, á quien tan hábilmente defendió el gran orador romano, el reino creado por Pompeyo, asiento un día de tectosagos, trocmios y tolistobogos, constituyó con otras comarcas adyacentes, en que no habían dominado, una extensísima provincia romana. No hay motivo bastante para suponer que fueran distintos los idiomas que se hablaban en la Galogrecia y en la Galia, y aunque se ha intentado establecer esta distinción por los que aman discutir siempre hasta lo más claro y palpable, bien pronto se han convencido de la falta total de razón que había para ello, estudiando bien el pasaje de Sulpicio Severo, que invocaban como autoridad (2). Podrá creerse, y es bien natural hacerlo, que la lengua importada presentaría al cabo de algún tiempo formas arcáicas, si se comparaba con el len-

---

(1) *Terror pánico.* Se dice á causa del que dominó á las tropas de Breno cuando, después de haber forzado el paso del monte Oeta, marchó sobre Delfos, sin esperar á Acicorio, en cuyo camino les sorprendió un temporal con fuerte temblor de tierra que los hizo huir dispersos, creyendo que el dios Pan favorecía á los griegos, los cuales supieron sacar gran partido del terror que los dominó.

(2) SULPICIO SEVERO, *Dial.* I, c. 27, ed. Halm p. 179. Hablando de los prodigios de San Martín, dice: *Tu vero, inquit Postunianus, vel Celtice aut, si mavis Gallice loquerei*, etc. Este pasaje, si bien se estudia, no puede traducirse más que diciendo—«Puedes servirte de la lengua Céltica llamada también Gálica.

guaje de la metrópoli; podrá suponerse que en aquel idioma céltico, perfectamente igual al de la Galia de Occidente, se habían filtrado helenismos, cosa de todo punto natural, pues el cambio recíproco de formas gramaticales y de palabras, es común á los idiomas de pueblos que viven en contacto; se probará, en fin, que muchas locuciones se habían alterado, pero el fondo de la lengua, lo propio y bastante para caracterizarla y determinarla sin error, debió mantenerse y se mantuvo siempre el mismo. Las regiones americanas que en épocas felices de nuestra patria descubrieron y dominaron los españoles, fueron perdiendo paulatinamente las lenguas indígenas sustituídas por el castellano que conservan; mas si se atiende bien, se verá cómo hay en el que aún hablan alteraciones, arcaismos y rarezas que no pueden sorprender en modo alguno, de la misma manera que no extraña ver en la lengua de Cervantes palabras familiares en la corte de Moctezuma ó comunes en las dilatadas pampas de la América meridional (1).

El Galato que con tan mal acierto fué á buscar la Academia, huelga como término filológico y es con doble motivo un absurdo verlo en el Diccionario señalado como origen de palabras castellanas; ni nativos de la Galogrecia vinieron á España para nada, ni antiguos iberos fueron allá para estudiar transformaciones, ni creemos que pueda señalarse autorizado conducto que justificara tan exótica implantación, en el caso que fuera posible. Viendo cuanto dejamos consignado, pudiera creerse que participamos de la opinión que muchos mantienen, pues no faltan quienes creen que el galo, que el idioma céltico de los invasores, se extinguió después de la conquista, siendo sustituído primero por el griego, lengua de los naturales, y más tarde por el latín, que representa nueva invasión, Nada más distante de nuestro ánimo: creemos firmemente con

---

(1) Y aun cosa más rara puede probarse por cuanto la Academia, sin duda por no disgustar á uno de sus correspondientes de América, por que tanto cariño manifiesta, admitió en su Diccionario palabras derivadas del *Cumanagoto*, lengua de la familia *Caribe-Tamanaque*, hablada por los Cumanagotes de la provincia de Barcelona, distrito de Caracas, y por los *Tomuzas*, *Piritus*, *Cocheimas*, *Chacopatas* y *Topucuares*.

San Jerónimo, que el galato se perpetuó en aquellas comarcas durante todo el siglo IV, y aun que llegó á tiempos posteriores. La afirmación de San Jerónimo es expresa; aquel santo ermitaño que llamó su paraíso á la abrupta cueva en que se pudo entregar á la meditación y al estudio, desde donde escribía al sapientísimo obispo de Hipona que lloraba sus culpas, esperando el día del juicio, aseguró formalmente, sin que el texto pueda dar lugar á dudas, que había estado en Ancira, capital de la Galacia (1); que los galatos refractarios á la civilización griega, conservaban todavía el idioma de sus ascendientes, llegados allí con los brenos, sin afirmar ni mucho menos que ignoraban el griego. Un habilísimo celtista, refutando esta aseveración en un trabajo de grande interés (2), opone, como primer argumento para negar esta aseveración, la analogía que debe existir en la duración de los idiomas que se hallen en las mismas circunstancias que el griego ó las lenguas indígenas de aquellas comarcas y el idioma de los invasores; presenta como ejemplo lo que sucedió con las lenguas lidia y frigia, perdidas poco después de la invasión macedónica, y asegura que idéntico resultado se debió obtener en la Galacia después que los romanos la sumaron á sus dominios, y si se quiere, mucho antes de esto, á partir del tiempo en

---

(1) San Jerónimo. *Epistolae ad Galatas*. Lib. II Ed. Martiana, París, 1706, IV col. 256.—Longum est si velim de Apostolo et de Scripturis omnibus singularum gentium, vel virtutes observare vel vitia: quum ad hæc ipsa quae diximus, inde devoluti sumus quod Galatae stulti et vecordes pronunciatio sint. Scit mecum qui vidit Anchiram metropolim Galatiae civitatem, quot nunc usque schismatibus dilacerata sit; quot dogmatum varietatibus constuprata: Omitto, Cataphrigas, Ophitas, Borboritas et Manichæos. Nota enim jam hæc humanae calamitatis vocabula sunt. Quis umquam Passalorincitas et Ascodrobos et Artotyritas et cœtera magis portenta quan nomina in aliqua parte Romani orbis audivit? Antiquae stultitiae usque hodie manent vestigia. Unum est quod inferimus et promissum in exordio reddimus, Galatas excepto sermone Græco quo omnis Oriens loquitur, propriam linguam eamdem pene habere quam Treviros, nec referre si aliqua exinde corruperint; quum et Aphric Phœnicum lingua nonnulla ex parte mutaverint; et ipsa Latinitas et regionibus quotidie mutetur et tempore.

(2) Pierrot. *Revue Celtique* I. Inserta también en las *Memoires d'archeologie d'epigraphie et d'histoire*, del mismo autor.

que los galos, cediendo en su afán de conquista, satisfechos con lo conseguido, se establecieron para gozar de los beneficios de la paz, momentos en que cautivados por las influencias helénicas, no podrían menos que sufrirlas y sentirse subyugados. ¿Por qué no invocar esta analogía, para probar total desaparecimiento de las lenguas habladas en las regiones en que se impusieron los galos? Si así fuera, y así debió ser, el idioma que más tarde sirvió á bardos y armidas para cantar guerras y amores, campearía en absoluto sin poderse fusionar con ningún otro; las influencias marcadísimas en los hechos, bastantes para que se cambiaran usos y costumbres, más que sobradas para que de guerrero un pueblo se convirtiera en artista, no pudieron ser extensivas á la cuestión de idioma; siguiendo el orden natural de las cosas, no podía ser más que uno el de los dominadores, pues si allá en las ínfimas clases del pueblo, por estar más alejadas del comercio intelectual, se conservaban restos de lo que fué, no puede admitirse que tuviera influencia bastante para adquirir una dominación que resultaría extraordinario fenómeno.

Sin embargo, si se presta á los textos la debida atención, se comprenderá una vez más la imposibilidad de aventurar juicios tan generales, que puedan parecer absolutos: Strabón, á quien se cita como autoridad para probar el desaparecimiento de la lengua lidia, no afirma que se hubiera perdido por completo (1); dice que dejó de hablarse en la región á que correspondía, sin duda porque perseguidos por invasores, aquellos que más apego muestran siempre á la lengua materna, emigrarían con ella; sin que lo afirmemos, puede presumirse, porque los hombres de todos tiempos, países y razas, han estado sujetos á malas pasiones, que no pocos hebreos cautivos de los soberbios faraones, se identificarían con los usos y costumbres del pueblo severo de la esfinge y las pirámides, y llegarían á olvidar la lengua de Jacob; más tarde, cautivos de Nabucodonosor, algunos también olvidarían, en la capital á que llamaron la gran prostituta, la lengua en que Moisés había hablado á sus antepasados en el desierto; mas el pueblo

(1) STRABON, lib. XIII, cap. I, ed. Didot, p. 539.

conservó siempre el idioma en que podía dolerse, aun en presencia de los dominadores, de los amarguísimos sufrimientos que esperimentaba, y buena prueba de ello la tenemos en el admirable salmo *super flumina Babylonis*, estupenda lamentación de un pueblo que no puede olvidar nada de sus tradiciones, monumento literario que acredita el eterno recuerdo de lo caro á nuestra alma, y que por el tiempo en que se escribió, prueba que la lengua de nuestros padres desaparecerá cuando el corazón deje de latir, falto del movimiento á que lo impulsan cariñosísimos recuerdos (1).

---

(1) El admirable Salmo *Super flumina Babylonis* (CXXXIV), fué escrito durante la cautividad, según Patrizi, quien manifiesta que los verbos en perfecto pueden indicar un estado de cosas comenzado desde mucho tiempo, y no finalizado aún. Otros comentaristas han hecho notar que las maldiciones de los dos últimos versículos no son de las que pueden proferir cautivos, hallándose entre sus dominadores. Theodoret, Thalhofer y otros, sostienen en vista de esto, que el autor debió escribir después del destierro, pero siempre antes de la toma de Babilonia, por Darío Hitaspe en 516, ó sean veinte años después de finalizar el cautiverio.

A. FERNÁNDEZ MERINO

(Se continuará).

LOS DISCÍPULOS

DE

CATALINA DE SIENA[1]

CONCLUSIÓN (I)

FUÉ por aquellos días cuando conoció á nuestra Santa.

«En el año de 1376, dice Stefano, estaba todavía bien metido en los placeres de la vida mundana. Vivía mi familia, por esta época, en encarnizada enemistad con otra familia, aún más poderosa que la nuestra. Toda mediación, hasta entónces, fuera vana. Catalina gozaba ya de gran renombre, no sólo en Siena, sino en toda Italia. Yo deseé conocerla, y fuí con uno de sus amigos á visitarla. Lejos de recibirme como esperaba, con las timideces y los encogimientos emparejados á sus años, vino hacia mí con las impaciencias y la ternura de una hermana que sale al encuentro de un hermano, por mucho tiempo ausente. Y cuando por asalto me propuso la reforma de mis costumbres y el arrepentimiento de mis culpas, lleno de grande admiración, sintiéndome to-

(1) Véase la pág. 610 del tomo anterior.

cado por el celeste influjo de la Hermana, no pude menos de exclamar: *¡Digitus Deus est hìc!...* Al decir el principal motivo de mi visita (que era procurar la paz entre dos familias rivales), ella me contestó cariñosamente: «Estad tranquilo, Stefano, tened confianza en Dios; yo, su sierva humilde, haré cuanto me sea posible por cumplir esa reconciliación tan deseada.»

Los bandos opuestos al de Maconi, eran los de los Tolomei y los de los Rinaldinis. La Santa propuso para tratar con los enemicísimos partidos, una mañana, en la iglesia de San Cristobal, donde se celebraran las exequias por Isabela de Salimbeni. Al entrar en la iglesia, Catalina esperaba naturalísimamente toparse en ella con Stefano y con sus parientes. Mas ni los de Maconi ni sus contrarios habían acudido. El orgullo los retenía en el fondo de sus palacios, tan severos y tan indomables como ellos. La virgen, desesperanzada, se arrodilló devotamente, elevando á los cielos el incienso de sus omnipotentes oraciones. Pasada media hora, los Rinaldini, los Tolomei, los Maconi, comenzaron á penetrar en el templo, por lados opuestos, requiriendo las armas, mirando desconfiadamente, como expiándose los unos á los otros. A la vista de Catalina, absorta en el arrobamiento de su plegaria, que no los veía, pero que rogaba por ellos en el silencio del santuario, el odio de los enemigos se quebranta, é instándole para que estipulase las condiciones de amigable pacto, se abrazaron con el abrazo de la paz. Las rivalidades que se juzgaban perdurables, y que tantas veces ensangrentaran las calles de Siena, concluyeron.

Esos séres sublimes que viven en el mundo por la tribulación y en el cielo por la esperanza; todos penetrados de sobrenaturales influencias, cuasi desprendidos de las ligaduras de la carne que destruyen; dotados por inefable modo aquí en el destierro de esa facultad de visión suprasensible, como si el amor que se desborda en ellos, y el pensamiento que los inspira, y el espiritualismo que los purifica y los levanta, les comunicasen ya algo de la luz de la eternidad; ¡qué bien leen en lo más secreto de las almas, al través de las paredes del corazón, de la epidermis de la frente, sorprendiendo desde la sombra de

las ideas, de los sentimientos, hasta las explosiones de la pasión dormida como el soplo de la tempestad en el silencio de las tranquilas olas! Este poder de segunda vista, que tiene algo del poder de la divinidad, concedido por insigne privilegio de la gracia, como á otros muchos santos, á Catalina, hirió hondamente la ardorosa imaginación del de Maconi.

Potente conspiración política enderezada á derribar á los *reformadores*, reteníale por entónces en Siena, con fuertes y misteriosos juramentos.

En el subterráneo de una iglesia se congregaban, en el silencio de la noche, los numerosos conjurados. Los murciélagos agarrábanse á las bóvedas en indecible número, á guisa de relieves horribles y animados, puestos allí como engendros de gigantesca pesadilla; los varios sepulcros medio abiertos diríanse ya apercibidos para tragar á los tumultuosos ciudadanos; el fosforeo de los fuegos fatuos centellaba entre aquellas espesas sombras lo mismo que en las noches de los cementerios; los mondados huesos esparcidos desordenadamente por el polvo, parecían sonar, al ser pisados, con clamoroso y siniestro sonido. En ese recinto, todo horrible; el frío, como proviniente de las tumbas, que llegaba á helar en muchas ocasiones hasta los arrebatos de los conjurados; las sombras que se deslizaban en fantástica procesión, á modo de aquelarre; el plañido de las nocturnas aves, el choque de las armaduras férreas, la tierra que se hundía bajo las plantas, húmeda, lodosa, por las continuas filtraciones de las aguas; el disfraz de los conspiradores, bien encubiertos con negra vestimenta; los aparatos fúnebres allí arrumbados, y que se utilizaban para el *Oficio de Difuntos* en la iglesia; mundo de oscuridades y de misterios que, creeríase surgido á virtud de satánicos maleficios, para poner pavor en los ánimos de más probada serenidad y fortaleza.

Stefano, que aprovechaba cuantas ocasiones se le venían á las manos por ver si podía echar de su alma, á poder de nuevas y de vivas emociones, el recuerdo de Isabela de Salimbeni, que tanto al mísero atormentaba, á la primera invitación, mecánicamente, como iba con sus alegres camaradas á la orgía, se decidió á asistir, él, tan desposeído de todo género de

ambiciones que no fuera la suprema ambición de la muerte, con los conjurados, al subterráneo de la iglesia.

Y un día, la Santa, que no podía conocer este hecho más que por sus voces interiores, reprendió cariñosamente al mancebo, constriñéndole á separarse de la conjuración.

Entónces, entónces fué cuando conoció Stefano, asombrado por esa facultad adivinatoria de la Santa, que para aproximarse á un sér tan elevado; para respirar el aire que ella divinizaba al respirarlo; para poder besar la fimbria de su manto y la tierra que al pisar santificaba; para subir hasta Catalina, y establecer íntimo coloquio de alma á alma, de corazón á corazón, precisábale comenzar por ennoblecerse y purificarse con el pan ácimo del espiritualismo; pedir á la redentora del siglo XIV que lo envolviera en una palpitación de su vida, en una ola de su amor celeste, en un rayo de su aureola gloriosa, para que no quedara en él, pobre y oscurísima luciérnaga, más que el rayo, la palpitación, el fuego, que lo limpiara y redimiera con el nuevo bautismo del amor, del divino amor, *tan poderoso como la misma muerte.*

«Otra vez, dice Stefano, me rogó Catalina que le escribiera algunas cartas conforme ella me iba dictando. Esto me hizo conocer más íntimamente el fondo de su naturaleza privilegiada, dando forma á sus más ocultos sentimientos. Entónces tuve asco y remordimientos de mi vida pasada, y una venturosa renovación se verificó en mi pobre alma... ¡Todo se lo debo á Catalina!» (1).

Ya, ya podía reconciliarse consigo mismo, con su enfermo corazón, el desesperanzado de Maconi. Sus inquietudes, sus melancolías, sus calenturas, sus llamamientos á la muerte, como Hamlet, pidiendo que su cuerpo se eleve como ligero vapor sobre la tierra, ó caiga como suave rocío sobre las flores; los tempestuosos huracanes del espíritu, los crueles remordimientos de la conciencia, todo se disipaba para siempre.

Extenuado de cuerpo, consumido en las disipaciones de la crápula, fatigado de espíritu, desencantado de la realidad que

(1) *Vita á R. Capuanus.* Bolland. Aprilis, III. Pág. 939.—E.

le asfixiaba, errante como la sombra de los grandes dolores, manchado por todas las impurezas, una mirada, una palabra de Catalina lo han regenerado completamente. Ella se le aparecía ante los escaldados ojos, como el anhelo de toda la existencia; encarnación humana de eso casto, luminoso, espiritual, que no tiene nombre; vida, bien, claridad, amor, poesía, en cuya realidad bendita descansan, como en su propio centro, las almas. Su pasado, su presente, su porvenir, la tierra, el cielo, sus amigos, su familia, su sociedad, su patria, su libro, su Dios, se concentraban, como si surgiera á nueva vida, en las divinas inspiraciones de la Santa.

«Stefano, verás muy pronto realizado uno de tus más grandes deseos;» dijo al neófito Catalina. «No deseo, contestó Maconi, más que vivir siempre al lado de vos, muy querida madre.» «Pues bién, replicó ella, tu deseo se cumplirá bien pronto.» Esta promesa, en la ocasión en que la hizo la Terciaria, pareció al noble discípulo un enigma, porque el abismo de distintas condiciones sociales los apartaba. Mas la profecía no tardó en cumplirse, pues cuando la Santa, como embajadora de los florentinos, fué á Aviñón, él, escogido de entre los discípulos, la acompañó á la corte de Gregorio XI, siendo durante algunos años su secretario. «Ella tenía por mí, dice, las delicadezas, las ternuras de una madre. Me amaba más de lo que realmente merecía...» «He estudiado con filial devoción, y siempre muy de cerca, los sentimientos y las acciones de Catalina; y declaro sobre mi alma y sobre mi conciencia, que nunca encontré un sér viviente de virtud tan comunicativa y exaltada.» (1)

Así, el trovador de Siena, el rey de los versos, el amante de todas las doncellas más hermosas, el mancebo á quien sus camaradas proclamaban á una, como las buenas gentes de Asís habían dicho de San Francisco, «flor de los jóvenes, ornamento de la ciudad, espejo de los caballeros,» el calavera vestido de costosísimos brocados, perdido en neronianas cenas, que llevaban trazas de consumir con las energías de su

---

(1) Carta de Stefano á Frá Antonio, del convento de San Juan y San Pablo, en Venecia.—Documentos de la *Grand Chartreuse*.

cuerpo la bien saneada fortuna de su padre, el loco de amor por Isabela de Salimbeni, el que parecía destinado por su gentileza y bizarría á las victorias galantes de los torneos y á las voluptuosas dulzuras de los palacios, dió de mano, como si quedaran en las riberas de otra vida, á todas las cosas de este mundo, para afiliarse y resplandecer, como estrella polar, en las santas huestes que se reunen en torno de Catalina. ¡Quién lo diría, quién, que aquél mozo que penetraba en el panteón de los Salimbeni, en oscura tarde, para enterrarse vivo con su amada; confundiendo así hasta la lumbre de sus huesos, como ya antes hubiérase confundido la lumbre de sus almas; que Stefano, metido en las fraguas de todas las pasiones, libres de freno, iba á ser, á los pocos meses, vuelto de la locura del mundo á la locura de la Cruz, entre los discípulos de la Santa, lo que el Evangelista del amor entre los discípulos de Cristo!...

La Santa, en sus postrimerías, mandóle que vistiera el hábito de los cartujos, en penitencia de las antiguas culpas. Y allí, en el monasterio, muerto ya á todo lo terreno, escribió Stefano su famosa *Epistola de gestis et virtutibus S. Catarinæ*, en cuyas páginas aún se sienten todas las ardorosas inspiraciones del discípulo más querido de la redentora del siglo XIV.

Mirad otro tipo de discípulo, Andrea Vanni, pintor famoso, más tarde *capitán del pueblo*, hombre violento, de humor sombrío y rencorosísimo; eterno instigador de rivalidades y de guerras entre los bandos de la ciudad de Siena; grande amigo de sumergirse hasta la cintura en ríos de sangre, entre las armaduras destrozadas, y los estertores de los moribundos, y las entrañas palpitantes, y los corazones devorados por los perros, como aquel célebre trovador Bertrano de Born, puesto por Dante entre los condenados de su infierno, y que lleva entre las ensangrentadas manos, por las regiones donde se acaba la esperanza, su cabeza desprendida del hercúleo tronco.

Vanni evitaba, con grande aparato de precauciones, el toparse con la *Hermana de la penitencia*, «por miedo de atrapar, decía él, un sermón sobre las costumbres.» Pero el hermano Guillermo de Inglaterra, cuyo retrato hiciera el pintor por

aquellos días, le aguijoneaba á todas horas para que fuera á visitar á Catalina.

Rindióse, pues, ya por alarde de valentía, ó ya por el aliciente de la curiosidad, á las insinuaciones del buen religioso. Y una tarde compareció, con aire de afectada bravura, y vestido de marciales arreos, en la *Fullónica*. La Santa había salido á la vecina iglesia, y su confesor, Raimundo de Capua, la esperaba. El pintor y el fraile comenzaron á hablar de los proyectos atribuídos á los gobernantes de Siena, en sus relaciones con los magistrados florentinos. Vanni, cansado de aguardar á Catalina, se levantó y dijo: «Yo había prometido al hermano Guillermo venir aquí. Me es imposible detenerme por más tiempo, y os ruego que me excuséis cuando la *hermana* vuelva de sus devociones.» Raimundo, desolado, púsose á sermonear fervorosamente, pensando ganar con sus exhortaciones al impaciente Vanni. Mas éste, interrumpiendo la predicación del venerable dominicano, replica: «No me reconciliaré nunca con mis enemigos, á los cuales he jurado herir con los filos de una justa venganza, si bien públicamente encubro, con artero disfraz, mis propósitos. He querido ser sincero con vos.»

En esto vino de la iglesia Catalina, é hizo sentarse á Vanni, demandándole el motivo de su visita. El pintor refirió á la Santa lo que ya al dominicano dijera, añadiendo «que no quería, de ninguna suerte oir hablar de reconciliaciones ni de paces.» Entónces la milagrosa joven se retiró, como movida de celestial inspiración, á su celda, y Raimundo y Andrea continuaron charlando de asuntos perfectamente indiferentes. Pero á las primeras palabras, el pintor, como despertado por la luz de la gracia, con emoción que palpitaba en sus ojos, en sus labios, en todo su sér, transformado repentinamente, dijo: «Para complacer á la *Hermana*, renunciaré desde este momento á *una* de mis enemistades.» Y poco después, creciendo en entusiasmo, gritó: «Me siento tan feliz por haber pronunciado la primera palabra de perdón, que estoy dispuesto á perdonar á todos mis enemigos.» Catalina reapareció en la estancia, como una Santa que ha descendido de su retablo para pasearse por la tierra; y Vanni, al verla, se postró devotamente de rodillas

diciéndole: «Querida hermana, desde ahora seguiré para siempre vuestros consejos. Vos sola seréis mi guía y mi apoyo.» La Santa lo levantó cariñosamente, y sonriendo con aquella su ingénita dulzura, le contestó: «Yo había intentado antes disuadiros de vuestros proyectos de venganza, mas no quisistéis escucharme. Héme dirigido á Dios, y Él es el que os ha hablado por mí.»

Vanni arrancó la hiel de sus hígados, volviéndose en temeroso cervatillo; y para probar su cariño y su reconocimiento á Catalina, que le convirtiera de las embriagueces de la sangre á las suavidades de la mansedumbre, le hizo donación de soberbia finca en las inmediaciones de Siena, donde fundó la virgen un convento de dominicanas. Y así como Raimundo de Capua, como Stefano de Maconi, eternizaron la historia de la Santa en esos libros candorosos, elocuentes, apasionados, Andrea Vanni no quiso, no, dormirse sobre la tierra de la fosa sin purificar antes sus pinceles, poniendo en ellos todo el ardor, toda la poesía romántica de su temperamento fogosísimo, ahí, en su obra maestra, en ese retrato de la Santa, que los oficiosos *cicerones* os mostrarán en el Convento de los Dominicanos de Siena, en la *Capellone*, entre los celebrados frescos de Sodoma, que recuerdan la primera visión de Catalina y la leyenda de Nicolás Fuldo.

Bien comprendo cómo han dejado para siempre en el olvido, Raimundo su palacio, su familia, sus blasones; y Stefano los áureos brocados, las interminables orgías, las cuotidianas serenatas; y Andrea Vanni el toque del rebato, la carnicería de los motines, el espectáculo de los cráneos machacados y de las entrañas pisoteadas; el nocturno duelo, sin más testigos que el religioso retablo iluminado por moribundo farolillo; el trotón de batalla, las lanzas, los escudos, los yelmos, las rodelas, las divisas, los castillos bien repletos de prisioneros; y comprendo también por qué quiso el deudo de los Vignes oscurecer sus timbres entre los hábitos de los Hermanos Predicadores; y el amante de Isabela de Salimbeni aplacar las furias de sus remordimientos enterrado en las soledades de la Cartuja; y el capitán del pueblo trocarse en tan buen devoto de Catalina, que había que oirle disertar sobre la gracia como

cualquier eclesiástico de ciencia y esperiencia, ó verlo rezar de rodillas hora tras hora como cualquier penitente milagroso. Los que conocieron de cerca el alma purísima de la Santa ¡ah! todo lo repudiaron para seguirla. Yo no terminaría nunca este relato si me propusiera enumerar en este libro todos los discípulos de la *Hermana de la Penitencia.*

La última mitad del XIV siglo gravita con sus filósofos, y sus artistas, y sus Papas, en derredor de Catalina. Sus discípulos ¡ah! son todos esos á quienes Augusto Jundt, en reciente libro, ha llamado bellamente los «*Amigos de Dios*» (1).

Ahí están, el hermano Guillermo de Inglaterra, á quien la Santa llamaba «su muy querido bachiller», á causa de los numerosos premios que él, en las Universidades de Bolonia y de París, recogiera; Juan de la Cava, viejo original de Valleumbroso, que abandona sus eremíticas soledades constreñido por los deseos de conocerla, encargado luego de llevar sus cartas á los Papas, á los Príncipes, á los nobles; el poeta Anastasio de Monte Altino, que le dedica cuatro de sus espirituales canciones; el P. Tommaso delle Fonte, que nos la recuerda en su cámara, cuidando rosas, lirios y violetas, ó tejiendo frescas guirnaldas, acompañada de sus jóvenes amigas, que cantaban en delicioso coro himnos místicos, ó las viejas canciones populares; Barduccio de Florencia, joven de corta edad, «*moribus canus,*» que subió al cielo en cuanto supo la muerte de la Santa; Nerio ó Ranerio de Paula, que escribía como Stefano de Maconi lo que la enardecida doctora le dictaba; Galgano de Guidi, que le pedía consejos y traducía al latín lo que ella escribiera en italiano, y dió dos de sus hijos á la Orden Seráfica, en testimonio de la devoción que profesaba á San Francisco; el laureado pintor Masaccio; Alexia, viuda de varón noble, que dejó carne y mundo para dedicarse á los enfermos y á los pobres, siéndole revelado el lugar á donde iría después de su tránsito; Francisca de Siena, también viuda, de corazón inmaculado, privilegiada con don de milagros, y que puso á

---

(1) Aug. Jundt.—*Les Amies de Dieu au XIV siécle.* París, 1885. Un vol. 8.°

todos sus hijos en la Regla del Patriarca Santo Domingo; Lissa, «de la cual nada quiero decir, escribe R. de Cápua, porque vive, y fué *uxor germani ejusdem virginis*;» los nobles más esclarecidos de Siena, los Picolomini, los Landi, los Venturi, todos los deudos de Isabela de Salimbeni; todo un universo espiritual de corazones y de inteligencias que le estuvo siempre íntima y amorosamente unido.

A veces venía Catalina á residir por algún tiempo, con parte de sus discípulos en el convento de las inmediaciones de Siena, ó al castillo de los Salimbeni, que dominaba la campiña de la Orcia, de tan soberana belleza, que la vista menos enamorada de los espectáculos con que brinda la creación, abobábase allí hasta el punto de arrojarse y desprenderse de todo cuanto no fuera una contemplación interminable y extática. Las aguas desatadas en copiosos manantiales arrullan el oído y festejan la vista; brotan los vergeles en peñascos parecidos á gigantescas macetas; las graciosas colinas parecen puestas adrede allí por inspirado paisajista, para dar realce y majestad á las sublimes cordilleras y á los dentados picachos, relucientes por las reverberaciones del cielo; los limoneros cuajados de azahar, las adelfas brotadas en el fondo de los pedregosos arroyuelos, los castaños crecidos en las altas laderas de los riscos, los olivos de oscuro color y los álamos de cimbreante rama, el ruído de los torrentes, el cántico de las palomas y de las tórtolas, componen maravillosa consonancia de rumores y de matices; y en lontananza, como viviente imagen de aquellos siglos, distintas y claras en el puro azul de los espacios, vénse las murallas y las torres de la ciudad mística y guerrera juntamente; castillos de gallardas torres, circuídas por florestas con tales plantas, que parecen edenes, y coronadas por almenas de tales facetas, que semejan piedras preciosas al bruñido del sol y al esmalte de los puros aires.

¡Cuántas veces, entre los primores de esa naturaleza deliciosa, la Santa, iluminada como sobrenatural aparición huída de las ornacinas de las catedrales, por los arreboles de la tarde, por las púrpuras del ocaso, con los ojos en los serenos horizontes, ó en la inmensa campiña que se dilata hasta donde la vista se dilata; cuántas veces olvidaría los desencantos de la

baja tierra, hablando á sus discípulos con elocuencia más sublime que la de Platón discurriendo con los suyos, de las delicias paradisiacas, del amor divino y de las bellezas de la creación, sombra y reflejo de las incomunicables bellezas de los cielos!

Durante una visita que ella hizo al castillo de los Salimbeni, el pueblo de Siena, celoso de que su amada Santa anduviera por la morada de los nobles, le mandó á decir que quería tenerla siempre en la ciudad. La virgen respondió á los emisarios, que volvería cuando lo juzgara conveniente.

En todas estas preliminares correrías, no pensando más que en el bien, en la salvación de sus hermanos, restablecía la paz entre los enemigos y conquistaba suavemente las almas más rebeldes, por la magia de su bondad y de su persuasión irresistible.

Ya la luz de la santidad la coronaba; ya su renombre había traspasado el territorio sienense, extendiéndose más allá de Italia. ¡Cosa inaudita en la historia de la Iglesia, y único ejemplo de mujer investida con tan insigne privilegio! El Papa Gregorio XI, le envió apostólico mandamiento requiriéndola á que ganara las almas para Dios, por medio de predicaciones á los pueblos.

Pertrechada con estos poderes extraordinarios, Catalina comenzó á recorrer toda la región de Siena, para exhortar y convertir á los pecadores. Tres eclesiásticos la acompañaban, atando y desatando culpas. «Las gentes corrían á su encuentro, pidiendo su bendición con grandes voces,» dice Raimundo de Capua. «De todas partes llegaban á ella, de las montañas y de los países inmediatos para verla, besar su hábito y escuchar su voz»... «Se trabajaba todo el día; se escuchaban las confesiones de hombres huídos de las cuadrillas de ladrones, de mujeres huídas de los lupanares, y que se acusaban de vicios y de crímenes tan varios como horribles»... «Yo declaro lleno de vergüenza, que muchas veces me sentía quebrantado por el disgusto y el cansancio. Mas la Hermana, sin fatiga aparente, invitaba á los desgraciados que acudieran á ella sin temores; animaba á los débiles, robustecía aún más á los fuertes, encontraba bálsamo para todas las heridas; y su valor y su presen-

cia nos sostenían con un encanto desconocido y poderoso.»

Todas las tardes, Catalina, al morir el sol, entre los repiques de las campanas qne llamaban á la oración angélica, y á los destellos de los primeros astros que lucían en los cielos al comenzar las sombras de la noche, después de fatigosísima jornada, visitaba la iglesia de Santo Domingo para rendir á Dios tributo de gracias, por haber podido consolar á algunos de sus hermanos desgraciados.

La felicidad de haber confortado tantas almas, le hacía ver más luminosas las estrellas, y más inmenso el esplendor del firmamento.

ADOLFO DE SANDOVAL.

Madrid, Marzo de 1888.

¡CORONAS!...

(EN EL ENTIERRO DE CARLOS COELLO)

Era su aspiración: una corona,
símbolo de sus triunfos en la escena.
Tuvo el aplauso que los aires llena,
no el laurel que al poeta galardona.
La fama que sus méritos pregona,
nególe ayer, hipócrita sirena,
honras que al genio creador cercena
y prodiga al jockey y á la amazona.
Hoy logras—¡pobre Carlos!—el presente
que soñó porvenir tu fantasía:
coronas á granel... Tu anhelo ardiente
cumplióse al fin... sobre la tumba fría.
Hoy ya no tienes émulos: tu frente
puede lauros ceñir... ¡Está vacía!

JAVIER UGARTE

28 Abril, 1888.

LA CASA EDITORIAL DE FÉLIX ALCAN

AL reseñar lijeramente algunas de las casas editoriales de París, que acuden á la Exposición universal de Barcelona, se nota enseguida que, los que se hallan al frente de aquéllas y con su actividad y talento las han acreditado, son personas de esmerada instrucción.

A ese número pertenece el editor M. Félix Alcan, quien siguió los estudios de la Escuela Normal superior por los años de 1862; fué más tarde docto catedrático de matemáticas, y abandonó la enseñanza en 1869 á la muerte de su padre, para encargarse de la librería de que éste era propietario en Metz. Terminada la guerra de 1870-71, optó por la nacionalidad francesa, dejando su establecimiento y trasladándose á París, en donde se asoció con M. Germer Baillière. Cerrar una librería acreditada de antiguo; marcharse de la tierra natal, separándose de los dulces y estrechos lazos que ligan al hombre con el pueblo en que vino al mundo; trocar la fortuna y la tranquilidad por los azares de lo desconocido, y todo esto, por no perder el carácter de ciudadano francés, es un noble rasgo de ferviente patriotismo que honra sobremanera á M. Alcan.

La casa editorial de que hoy hablamos, fué fundada en 1828 por M. Germer Baillière; pasó en 1862 á manos de M. Gustavo Germer Baillière, y en 1883 quedó M. Félix Alcan como

su único propietario. Ocupa un vasto edificio en el Boulevard St-Germain, 108. En diversas ocasiones ha obtenido la importante librería premios muy estimados. Citaremos algunos:

Exposición de Viena, 1873, medalla de primera clase.

Exposición de París, 1878, medalla de oro.

Exposición de Melbourne, 1880, medalla de oro.

Medallas en diferentes Exposiciones celebradas en ciudades de Francia: Burdeos, Chartres, Lila, Nantes, Tolosa, etc.

Aparte de gran número de obras notables, publica M. Félix Alcan varias colecciones interesantísimas.

La *Biblioteca científica internacional*, tiene por principal objeto popularizar los conocimientos científicos. Cada sabio expone las ideas que ha introducido en la ciencia, y condensa, por decirlo así, sus doctrinas más originales. No se compone sólo dicha *Biblioteca* de obras referentes á las ciencias físicas y naturales, sino que además se incluyen en ella libros en que se estudia la filosofía, la historia, la política y la economía social. Han salido ya á luz 64 tomos encuadernados á la inglesa; su precio constante es el de seis francos. Véanse algunos de los libros que forman parte de la misma: *Los Glaciares* y *las transformaciones del agua*, por John Tyndall; *La Conservación de la energía*, por Stewart; *La materia y la Física moderna*, por Stallo, en la sección de Física. *Las Fermentaciones*, por Schutzenberger; *La Síntesis química*, por Berthelot; *La Teoría atómica*, por A. Wurtz, en la sección de Química. *Las Estrellas*, por el P. A. Secchi; *El Sol*, por C.-A. Young, en la de Astronomía. *Los Hongos*, por Cooke y Berkeley; *La evolución del reino vegetal*, por G. de Saporta y Marión; *El Origen de las plantas cultivadas*, por A. de Candolle, en la de Botánica. *Descendencia y Darwinismo* y *Los Mamíferos en sus relaciones con sus antepasados geológicos*, por O. Schmidt; *Hormigas, Abejas y Avispas*, por John Lubbock; *El Cangrejo*, por Huxley, *La Filosofía zoológica antes de Darwin*, por E. Perrier, en la de Zoología. *La especie humana*, por A. de Quatrefages; *El Hombre antes de los metales*, por N. Joly; *Los Pueblos del África* y *Los Monos antropoides*, por R. Hartmann; *El Hombre prehistórico*, por John Lubbock, en la de Antropología; *Las Ilusiones de los sentidos y del entendimiento*, por James Sully; *Los Nervios*

y los Músculos, por J. Rosenthal; *La Máquina animal*, por E.-J. Marey; *Los Sentidos*, por Bernstein; *La Fisonomía y la Expresión de los sentimientos*, por Mantegazza, en la de Fisiología. *Introducción á la ciencia social* y *Las bases de la moral evolucionista*, por Herbert Spencer; *El Crímen y la Locura*, por H. Maudsley; *La Sociología*, por de Roberty; *Leyes científicas del desarrollo de las naciones*, por W. Bagehot, en la de Ciencias sociales. *El Cerebro y sus funciones*, por J. Luys; *Teoría científica de la sensibilidad*, por L. Dumont; *El magnetismo animal*, por A. Binet y Ch. Féré; *La inteligencia de los animales*, por Romanes; *La Teoría de la evolución*, por C. Dreyfus, en la de Filosofía científica. *El Sonido y la Música*, por P. Blaserna; *Principios científicos de las Bellas Artes*, por E. Brucke; *Teoría científica de los colores*, por O. N. Rood, en la sección de Bellas Artes.

Secchi, Tyndall, De Candolle, H. Spencer, Lubbock, Wurtz, Romanes, Berthelot, Joly, Stallo, Saporta..., ¿qué mejor elogio de las obras que han escrito que los nombres de sus insignes autores?

La *Biblioteca de filosofía contemporánea* consta ya de 190 volúmenes, que dan á conocer las obras de:

Agassiz: *De la especie y de las Clasificaciones.*

Bain: *La Lógica inductiva y deductiva.—Los Sentidos y la Inteligencia.—El Espíritu y el Cuerpo.—La Ciencia de la Educación.—Las emociones y la Voluntad.*

Bardoux: *Los Legistas, su influencia en la sociedad francesa.*

Barni: *La Moral en la democracia.*

Beaussire: *Los Principios de la moral.—Los Principios del derecho.*

Büchner: *Naturaleza y Ciencia.*

Carrau: *La Filosofía religiosa en Inglaterra.*

Ferri: *La Psicología de la asociación.*

Flint: *La Filosofía de la historia en Francia.—La Filosofía de la historia en Alemania.*

Fonsegrives: *Ensayo sobre el libre albedrío.*

Garofalo: *La Criminología.*

Guyeau: *La Moral inglesa contemporánea.—Los problemas*

de la estética contemporánea.—Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción.

Herbert Spencer: *Los Primeros principios.—Principios de spicología.—Principios de sociología.—Ensayos sobre el progreso.—Ensayos de política.—Ensayos científicos.—De la educación física, intelectual y moral.—Introducción á la ciencia social.—Bases de la moral evolucionista.—Clasificación de las ciencias.—El Individuo contra el Estado.*

Huxley: *Hume, su vida, su filosofía.*

Janet: *Las causas finales.—Historia de la Ciencia política en sus relaciones con la moral.*

Laugel: *Los Problemas* (Problemas de la naturaleza, problemas de la vida, problemas del alma.)

Lombroso: *El Hombre criminal.*

Piderit: *La Mímica y la Fisiognomonia.*

Preyer: *Elementos de fisiología.—El Alma del niño.*

Quatrefages: *C. Darwin y sus predecesores franceses.*

Ribot: *La herencia psicológica.—La psicología inglesa contemporánea.—La psicología alemana contemporánea.*

Richet: *El hombre y la inteligencia.*

Roberty: *La antigua y la nueva filosofía.*

Schopenhauer: *De la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente.—El mundo como voluntad y como representación.*

Sergi: *La psicología fisiológica.*

Stuar Mill: *La filosofía de Hamilton.—Mis memorias.—Sistema de lógica deductiva é inductiva.—Ensayos sobre la religión.*

Sully: *El pesimismo.*

Vacherot: *Ensayos de filosofía crítica.—La religión.*

Wundt: *Elementos de psicología fisiológica.*

M. Félix Alcan publica también unos elegantes tomos en 8.º á 2,50 francos. Á esta colección pertenecen trabajos sumamente curiosos de Alaux, Auber, Ballet, Barthélemy Saint-Hilaire, Beaussire, Bersot, Bertauld, Binet, Bost, Bouillier, Boutmy, Challemel-Lacour, Coignet, Coquerel, Coste, Delbœuf, Espinas, Faivre, Féré, Fontanes, Fonvielle, Franck, Garnier, Gauckler, Hœckel, Hartmann, Herbert Spencer, Janet, Laugel, Leblais, Lemoine, Leopardi, Levallois, Lévèque, Lévy, Liard, Lotze, Mariano, Marion, Milsand, Mosso, Ody-

sse Barot, Paulhan, Pí y Margall, Rémusat, Réville, Ribot, Richet, Roisel, Saigey, Saisset, Schmidt, Schopenhauer, Selden, Siciliani, Stricker, Stuart Mill, Taine, Tarde, Tissandier, Vacherot, Vianna de Lima y Zeller.

La *Biblioteca de historia contemporánea*, cuenta ya 62 tomos, en los que Luis Blanc da á conocer la *Historia de diez años;* Boert, *La guerra de* 1870-71; Carlyle, la *Historia de la Revolución francesa;* Carnot, *La Revolución;* Gaffarel, *Las colonias francesas;* Laugel, *La Francia política y social;* Bagehot, *La Constitución inglesa;* Gladstone, las *Cuestiones constitucionales;* Cornewal Lewis, la *Historia gubernamental de Inglaterra desde* 1770 *á* 1830; Bourloton, *La Alemania comtemporánea;* Véron, la *Historia de Prusia;* Assoline, la de Austria; Sorin, la de Italia; Reynald, la de España; Créhange, la de Rusia; Dixon, la de Suiza, y Deberle, la de América.

La *Biblioteca útil*, de la que se han publicado más de un centenar de volúmenes, y de la cual dió noticias circunstanciadas en la REVISTA anterior nuestro ilustradísimo amigo D. Leopoldo García-Ramón.

Merecen especial mención las *Publicaciones del Ministerio de Negocios extranjeros.* Se compondrá de una veintena de tomos, al precio de 20 francos, de los que al escribir este artículo hay seis impresos. Contienen las instrucciones dadas á los Embajadores y Ministros plenipotenciarios de Francia desde los tratados de Westfalia hasta la revolución francesa, y se refieren á los países que siguen: Austria, Suecia, Portugal, Polonia, Roma, Inglaterra, Prusia, Rusia, Turquía, Holanda, España, Dinamarca, Saboya y Mantua, Baviera y Palatinado, Nápoles y Parma, Dieta Germánica, y, por último, Venecia.

No sería justo tampoco que nos olvidásemos de incluir las acreditadas publicaciones periódicas que salen, con regularidad escrupulosa, de las prensas de M. Alcan. Hélas aquí:

Revue historique, dirigida por G. *Monod*, director de la Escuela de Estudios superiores. Es bimestral, y cada número lo constituye un cuaderno de 250 páginas. Se divide en cinco secciones á saber: I. Artículos de fondo; II. Miscelánea y Variedades; III. Boletín histórico; IV. Análisis de las publicaciones periódicas; V. Reseña crítica de los nuevos libros de historia.

Revue philosophique de la France et de l'Étranger, dirigida por Th. *Ribot*, profesor del Colegio de Francia. Es mensual y se reparte en cuadernos de 112 páginas. Cada número contiene varios artículos de fondo; análisis y críticas de las obras filosóficas francesas y extranjeras; notas, documentos y observaciones que pueden dar origen á nuevos estudios de filosofía.

Annales de l'École libre des Sciences politiques. Forman la redacción los Sres. *Boutmy*, académico y director de la Escuela; *Say*, ex Ministro de Hacienda; los inspectores de Hacienda *De Foville y Stourm*; el diputado A. *Ribot*; los catedráticos *Alix*, *Renault*, *Lebon*, *Sorel y Pigonneau*; el auditor A. *Vandal* y el doctor en Derecho Augusto *Arnaune*. Publícase cada tres meses en cuadernos de 160 páginas, que tratan, por lo común de Economía política, Hacienda, Estadística, Historia constitucional, Derecho internacional, público y privado, Derecho administrativo, Legislaciones civil y comercial privadas, Historia legislativa y parlamentaria, Historia diplomática, Geografía económica y etnografía.

Revue de Médecine, dirigida por los Sres. *Bouchard*, catedrático de la facultad de Medicina de París; *Charcot*, académico, catedrático de la facultad de Medicina de París y Médico de la Salpétrière; *Chauveau* y *Vulpian*, académicos. Se publica todos los meses en cuadernos de 96 páginas.

Revue de Chirurgie, dirigida por los Sres. *Ollier*, catedrático de clínica quirúrgica de la facultad de Medicina de Lyon, y *Verneuil*, que lo es de igual asignatura en la de París. Los redactores jefes son, *Nicaise* y *Terrier*, ambos catedráticos. Sus condiciones son análogas á las de la revista anterior.

Journal de l'anatomie et de la physiologie normales et pathologiques de l'homme et des animaux, fundado por el catedrático C. *Robin*, y dirigido por G. *Pouchet*, profesor-administrador del Museo de Historia natural. Se publica un número cada dos meses desde hace veinticuatro años, y contiene trabajos originales sobre diversos asuntos; examen y crítica de las Memorias presentadas á las Sociedades francesas y del extranjero; y estudios de teratología, química orgánica, higiene, toxicología y medicina legal, en sus relaciones con la anatomía y la fisiología, y, finalmente, las aplicaciones de la anatomía y de la

fisiología á la práctica de la medicina, de la cirujía y de la obstetricia.

Ha publicado asimismo los *Annales de la Societé d' hydrologie médicale de París;* los *Archives italiennes de biologie;* los *Nouvelles Archives d' obstétrique et de gynécologie;* el *Recueil d' ophthalmologie,* dirigido por los doctores Galezowski y Guignet, y el *Répertoire universel d' obstétrique et de gynécologie.*

Como si esto no fuera bastante para absorber la atención del hombre más diligente é incansable, la casa editorial de M. Félix Alcan ha impreso una magnífica colección histórica de grandes filósofos, á la que pertenecen las obras clásicas de Aristóteles, Sócrates, Platón, Epicuro, Marco Aurelio, Leibniz, Descartes, Spinoza, Locke, Malebranche, Pascal, Voltaire, Franck, Hume, Hamilton, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Humboldt, Lessing, Hartmann, Flint, Ferri, Leopardi, Lombroso, Sergi, Garofalo y otros.

Muchos y excelentes son los libros de Historia, Geografía, Filosofía y Ciencias físicas, naturales y matemáticas, que ha impreso M. Alcan, sujetándose á los programas que para la segunda enseñanza rigen en la nación vecina.

Aunque con sentimiento, hemos de abreviar esta rapidísima reseña, por la escasez de espacio. Bien pocas serán, por consiguiente, las obras que citemos de las numerosas editadas por M. Alcan y no comprendidas en las colecciones anteriores. Por ejemplo: *Las Bacterias,* escrita por los eminentes catedráticos A.-V. Cornil y V. Babes, de la cual obra se han agotado rápidamente dos ediciones; *Los Microbios,* por Trouessart; el *Tratado clínico y práctico de las enfermedades de los niños,* por F. Rilliet y E. Barthez, obra premiada por las Academias de Ciencias y de Medicina, que se compone de tres grandes tomos y ha llegado ya á la tercera edición; la *Patologia y Terapéutica,* por Billroth y von Winiwarter; las *Lecciones de clínica quirúrgica,* por el doctor Péan; la gran obra de Nélaton, *Elementos de Patología quirúrgica,* en seis voluminosos tomos; *La Academia de Ciencias,* por Ernesto Maindron; la *Historia de Europa durante la revolución francesa,* por H. de Sybel, traducida del alemán por M. Dosquet; el *Tratado de higiene pública y privada,* por Bouchardat; *La Materia y la Energía,* por Emi-

lio Ferrière; *Fisiología especial del embrión*, por W. Preyer; la *Teoría de las Ciencias*, por Bourdeau; *Historia de la magia* y *Clave de los grandes misterios*, por Lévi; *Anatomía de las formas del cuerpo humano*, por Fau, *La Risa*, por Philbert, obra premiada por la Academia francesa, etc., etc.

Resumiendo: M. Félix Alcan, como M. Gauthier-Villars, demuestra con la simple lista del número extraordinario de obras que ha publicado, cuán conveniente es que los editores de grandes alientos unan á la buena voluntad, variada y profunda ilustración.

Sabido es que los certámenes universales ofrecen la importantísima ventaja de que facilitan el exámen de los adelantos de otros países. ¡Ojalá sirva la concurrencia á la Exposición de Barcelona de editores tan eximios como M. Félix Alcan, para que se despierte en los nuestros el noble deseo de emular su desinterés, actividad y decisión!

R. ÁLVAREZ SEREIX.

Madrid, Mayo de 1888.

EL CIEGO DE BUENAVISTA

ROMANCERO SATÍRICO DE EDUARDO BUSTILLO

LUVIOSA la tarde, entréme, en bien de mi humanidad y de la ropa que la cubría, por las oscuras puertas del Círculo Artístico Literario, aún avahado en aquella fecha, pues refiérome al año primero de su fundación, con los suculentos y casi sólidos miasmas que del café restaurant de Madrid, sito en la planta baja, se desprendían.

En regocijado grupo, hallábanse varios de sus más distinguidos socios, y como oyera que se recitaban versos, puse mis botas á la sordina, pues no gusto de imitar á los sietemesinos, de educación que ni á sietemesina llega, los cuales suelen taconear recio y adrede en los callejones de las butacas, llamando sobre su *flamante* persona la atención del público, embebida ya en el comenzado drama.

Llevaba la voz cantante ó recitante, el literato D. Angel R. Chaves, conocido por Achares entre los Árcades de más acá de Roma, quien con acento algo tartajoso en los *arranques*, decía un romance, no suyo, de corte clásico, que me recordó la divisa del caballero de Quevedo:

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.

Romance tan ingenioso que fué forzado á repetirlo nuestro amable consocio, cediendo á ruegos reiterados, contándose entre los más vehementes pedigüeños los recien entrantes, que sólo el final habíamos saboreado; no he de ser yo menos atento con mis lectores, máxime, acordándome de que son afamados de curiosos, según todos los prólogos escritos y por escribir. Hélo aquí, tal y como lo tomó mi memoria:

UN AVARO

Fué concebido de noche,
á oscuras y muy barato,
porque su madre le tuvo,
según dicen, de regalo.
Nació en Febrero, por ser
el mes más corto del año,
y nació de siete meses
sólo por nacer ahorrando.
Por no dar, no dió á su madre
ni los dolores del parto,
pero le quitó la vida,
que es lo que halló más á mano.
Así se vino á este mundo
solo, desnudo y descalzo,
con la boca muy abierta
y los puños muy cerrados.
Por no perder ocasión
de aprovechar piés extraños,
á todas partes quería
que lo llevaran en brazos.
Ya es hombre, si es que es posible
que puedan llegar á tanto
estas berrugas que suelen
salirle al género humano.
Vedle bien: tiene los ojos
hundidos sólo por cálculo,
porque á la luz sea á quien cueste
el trabajo de buscarlos.
Jamás ofrece su casa,

ni su amistad, ni su mano,
mas por llevarse, es capaz
hasta de llevarse un chasco.
Con ojos ávidos mira
al cielo de vez en cuando,
desde que ha oido decir
que la luna tiene cuartos.
Cuando no hay otro, pretende
sacar de sí propio algo,
y no pudiendo otra cosa
suele quitarse los años.
No cambiará su mirada,
aunque lo hagáis mil pedazos,
con ningún tuerto ni bizco,
por no perder en el cambio.
No paga ni las visitas,
no vuelve ni los recados,
no presta ni la atención,
no gasta ni el tiempo en vano.
Si para doblar la usura
busca el medio más barato,
no dice: *estos pasos doy*,
sino: *yo tomo este paso*.
Cuando el invierno es tan frío
como la risa en sus labios,
duda de tomar el sol
por no dar sombra al tomarlo.
No bebe por no sudar,
no come por estar flaco,
por no dar después de muerto
alimento á los gusanos.
No vive, porque en sus cuentas
vivir es un despilfarro,
ni se muere, porque sabe
que le debe costar caro.
Alma no tiene, pues supo
que el tener alma es un gasto,
y fué su primer negocio
el vendérsela al diablo.
Se llama... sonad dos duros
y él acudirá en el acto,

aunque adivine á cien leguas
que esos dos duros son falsos.
Todo lo dicho no es nada,
no son más que cuatro rasgos,
un perfil imperceptible,
una sombra del avaro.

Vine en naturales ganas de saber *cuyos* eran tan discretos y desenfadados renglones; pero traguéme entera la pregunta, temeroso de la rechifla, que, más amenazadora que el nublado exterior, sobre mí iba á caer, si como parecía por la pinta y por lo pintado pertenecían á glorificado vate, y por tanto, con derecho á que sus obras todas figuren en los pliegues cerebrales de los que por vicio ó por oficio nos la echamos de literato; dejé, por tanto, que el tiempo, gran decidor de verdades, se encargara de ilustrarme acerca de la paternidad del romance susodicho, y así tuvo á bien hacerlo el errante vejete, poniendo en mis manos, no ha mucho, un *in octavo*, en el que, por marcadísimo aire de familia, descubrí como medio centenar de hermanas de «el avaro,» pródigas como él en bellezas de dicción y en galas de ingenio.

El solo título es un donaire finísimo, una amena expresión del género de la obra y de sus propósitos, que en el prólogo, sin embargo, remacha el poeta cuando declarándose *apaleador* con palo ciego asegura que

le duelen
los mismos palos que da,
que el ciego de Buenavista,
de ver tanto se ve tal
que quisiera vivir menos,
por gusto de no ver más.

Aunque algunos la hacen derivar de los traviesos *sátiros* que poblaban los nemorosos lugares, no falta quien atribuya á *satura* ó *satur* la procedencia de la palabra *sátira*, en que tantos romanos se distinguieron; *tota nostra* según Quintiliano y *græcis intacta* al decir de Horacio, afirmaciones aceptables, considerándolo como género, pero no como elemento litera-

rio. Al último dictamen respecto á etimología habrá de inclinarse forzosamente quien leyere los versos de Bustillo, pues aparece en ellos ahito y derramando hasta por cima de la calva el *trop plain* de su asendereada paciencia, como se vierte el agua de la balsa molinar si permaneció largo tiempo inactiva la citola; arremete contra los títeres de ese Maese Pedro que se llama sociedad moderna, y destoca ó desnuda, aguijonea ó pincha, desuella ó trocea, según los casos, á la vieja que de polla presume, aunque le canten *gallos patudos* junto á los ojos; á los Candelas en candelero; á los Saturnos de la patria; á los cuneros con patente de corso; á las Celestinas remendonas; á los capuchinos del abanico; á las hermanas de la orden tercera; á las siervas de todo señor, á los cabezas... de proceso; á los sablistas de mandoble, á los que piden por los pobres, con caridad bien entendida, y á todos los demás, que no son pocos, que merecido se lo han.

Donoso siempre, sin tocar en maleante, con disciplinas, en que pone chistes por nudos, recorre todos los miembros del organismo social, levantando aquí ampolla, allá roncha, y dejando, cuando menos, impresión cardenalicia en las carnes anémicas en fuerza de dar jugos al vicio, ó averiadas por hospedar en vida microbios, que parecen, por sus efectos, corresponder á la roedora fauna de los sepulcros.

No se infiltra en los tuétanos como Ennio, ni es tribunicio como Juvenal, ni tampoco de la manga ancha como el epicúreo Horacio; inferior en el fondo á la forma, no se percibe en su obra, como quisiéramos, el rasgueo heridor de la pluma de acero, reemplazando á la de ave; sobrado apacible, sin echarlo á chacota como Vargas Ponce, no descubre llagas nuevas, bien que sea difícil en tiempos de tan gacetillesca publicidad, y en que la hipocresía ha tirado, á puntapiés de cancán, el velo por la ventana.

Imitador de Góngora, sin que pueda tildársele de gongorino, de quien más toma, con acierto exquisito y huyendo sus alambicamientos y obscuridades, es del autor del *Gran Tacaño*, complaciéndose como él en jugar del vocablo, en encoger la frase como si fuera de caucho, para que luego bote y rebote, en comprimir la idea como carga de mosquete y en buscar,

cual si de Jano se tratara, dos caras á las voces para explotarlas á determinado propósito; siendo tal la *adaptación* conseguida, que redivivo el señor de Juan Abad, no se desdeñaría en firmar de su puño y letra muchos de los romances de *El Ciego de Buenavista*, siendo así que asquearía ante casi todos los chistes chocarreros que en letras de molde, para hartura de editores y beneplácito de estudiantes y demás gente moza, se le atribuyen.

Diríase que Bustillo ha debido de pasarse largas temporadas en alta mar ó en inacabables convalescencias atiborrando su cerebro de clásicos, si á su estómago no le era permitido la satisfacción del apetito ó de la gula, tal es la maestría y el desenfado adquiridos manejando en el siglo actual la lengua del XVII.

Vaya el lector á la fuente por agua, pues suele perder su frescura y gusto servida en jarras esportilladas y hasta adquirir aspecto de agua muerta, lea el lector el libro, que no ha de pesarle, á buen seguro, y admito anticipadas las gracias que por ello me dé; mas para que no se achaque á exagerador elogio lo imparcialmente escrito, he de hacer mención honorífica de algunos rasgos tomados acá y allá del primoroso librito.

Dice *oportunísimamente* en la *Exposición oportuna* al Alcalde de Madrid, refiriéndose á los

pordioseros muy chapados
que hacen daño *á los de chapa*,
  Señor, contra aquellos vengo
mendigos de buenas casas
y mozos de buenas prendas,
aunque al sastre no las pagan,
y con tanto ingenio á veces
que, á tener vergüenza tanta,
ni yo contra ellos pidiera
ni ellos de pedir se holgaran.
. . . . . .
Su trabajo es la lisonja,
mísera tela de araña,
donde serenos acechan
bolsas, para entretelarlas.
. . . . . .

Pues ellos por vicio ejercen,
si por hambre los *de chapa*.

Cuán donosamente comienza su *Vida airada*:

Mari-Cruz *la Fronteriza*,
que ganó su apodo en Ceuta
siendo la libre sultana
de moros de la frontera,
después que entre medias lunas
dejó la cruz tan en mengua,
besó á lo Judas á Cristo
en la cruz de las monedas.
. . . . . .
Sol africano en los ojos,
sal andaluza en la lengua,
talle que empuja al deleite,
pie que provoca á flaquezas,
mano que pide sortijas,
frente que roba diademas,
seno en que el vicio ha dormido
y alma que al bien no despierta.
. . . . . .
Caballeros la agasajan,
rufianes la abofetean.

Ecce naturalis. ¡Cuán primorosa verdad!

No peor cuna tiene el romance *Coser y cantar*, emparentado con el anterior:

Mari-Paz *la Zamorana*,
que, mejor que por trigueña,
puede, por trapisondista,
llamarse Mari-Morena,

en que se describe la

que descubre en sus zurcidos
los rotos de su vergüenza.

La hermana mayor es de acerada intención, y tristemente verdaderos todos, luciendo, entre los que más, *Acta sucia y camisa limpia*, en que con menos saña de la que merece, ha-

bla del corsario moderno, del que se abroquela en la inmunidad, para quien no hay cerrojos ni en *las gavetas del Estado*, *ni en las de las compañías*, para lograr lo cual

da votos á muchos muertos
y á muchos vivos palizas,
y al fin si trajo acta sucia
lleva ya camisa limpia.

No podemos pasar en silencio el en que, *personalizando* algún tanto, y con sátira menipea y amargosa habla de *los platos del día*, mencionando ya al perro Paco, ya á la infortunada Lolilla, víctima del capricho del vicio, liliputiense vendedora de periódicos:

que por mónstruo, fué ya dije
que en sus cadenas colgaron
noveleros Amadises.
Por muy chica la hacen grande,
la enaltecen por humilde,
por industrial la agasajan,
y por muñeca la visten.
. . . . . .
Cae la enana á lo gigante,
su triste gloria lo exige;
en las calles lo pregonan,
lo cuentan *correveidiles*.
. . . . . .
Muere Lolilla, *es humano*
que hasta *el que la hirió* la olvide.
y *un caso* será la enana
que las clínicas registren.

Aquí nuestro Luciano se aproxima al *tacit indignatio versum* de Juvenal, y más y más se separa del contemporizador Horacio, que en análoga sátira transige con las categorías sociales del vicio.

Leyendo *Las verbenas*, no he podido menos de recordar con pena las candorosas seguidillas del mismo Bustillo, que comienzan:

San Isidro del alma,
patrón bendito
de la famosa villa
donde he nacido.

publicadas en 1860, y que manuscritas conservo; con pena, digo, pues cambio tan grande en la manera de tratar un asunto, revela la fuerza *obsesional* de la miseria y ridiculeces, tendiendo á entrar en espíritu que las rechaza. La sociedad no se lo ha hecho suyo, pero ha influído poderosamente en él, y ya no pide al Santo *rayos para su gloria*, sino *rayos* y *centellas* contra los enviciados que triunfan, urden, hampan y granjean en su heróica villa.

Pintoresco y saladísimo por demás es el romance *El encuentro de las gatas*. Bustillo, que allá en sus mocedades escribió *El Gato*, periódico satírico contemporáneo de *El Cascabel*, de Frontaura, hubo de impregnarse de todo lo felino y gatesco para exprimirlo en sentido literario, y así le ha salido á maravilla el romancito dicho, que es un cuadro de costumbres, terminando *á lo nudo gordiano*, y tan acabado, que en nada desdice, antes hace *pendant* á la pendencia de los bravos de su predilecto maestro, en la cual

hubo mientes como puños
y hubo puños como mientes,
granizo de sombrerazos
y diluvio de cachetes.

Desde las *Anacreónticas de última moda* que en 1860 publicó González de Tejada (le Marquis de Tuiledonne), de helénico sabor y de tendencia análoga á las del moderno Menipo castellano, ansiábamos algo en este género, cuya ausencia tiene una significación moral tremenda, la de que el vicio se halla en el medio ambiente y no produce efecto en las conciencias rectas, por razón del hábito de verlo, de respirarlo y de asimilárselo; complacidos nos ha dejado *el romancero de tipos y malas costumbres*, que brevemente hemos analizado; aún hay ojos que ven, corazón que siente, pluma que escribe

las lacerias individuales y sociales; aún hay fe fuera de Israel; aún hay Castillejos y Argensolas, Pitillas y Jovellanos, Ponces y Larras. Advertiremos al Sr. Bustillo, que el poeta cuyas huellas sigue, *con piés no torcidos*, no se limitó á romancear, que escribió mucho, pero mucho, y que en lo tocante á asunto, hay desgraciadamente en el *actual momento histórico*—frase que ahora priva—mucha tela cortada, y no poca en la que echar la tijera.

MELCHOR DE PALAU.

LA MANO IZQUIERDA

Continuación (1)

Un rato largo hacía que estaba en él, y aún no habían podido calmarse su irritación y su ira, cuando llamó Cecilia discretamente á la puerta.

—¡Adelante!—dijo Rosa sintiendo un nuevo género de emoción al verla entrar y poniéndose apresuradamente los guantes de piel de gamuza con que terminaba sus aprestos para salir.

—Prima, ¡si quisieras ser tan buena como ayer é ir en mi lugar á hacer compañía á Mad. de Lagarde, te lo agradecería tanto!

—No puedo darte ese gusto—respondió Rosa, ronca todavía y con un aspecto de mal humor por todo extremo respetable.—Tengo que salir por precisión.

—Pero como hoy viene tanta gente y mi tía ha de tener necesidad de mí...

—Pues deja á la enferma con el enfermero, que le basta.

—Es posible que M. Deville tenga también que salir...

—Pues déjala sola; ¡para lo que yo había de servirle!...—y sin dar lugar á más ni llevar consigo al perro, contra su cos-

(1) Véase la pág. 187 de este tomo.

tumbre, cerró su cuarto con llave y bajó silenciosa por la escalera de servicio. Apenas había desaparecido cuando Cecilia, deteniendo á Valeria que salía de uno de los cuartos, y señalándole á Rosa, cuya elegante y negra silueta cruzaba en aquel instante por entre los macizos de la plazoleta en dirección á la verja de salida, le dijo con aire de mucho misterio:

—Importa mucho para todos los de la casa que V. averigüe dónde va mi prima.

—Descuide V., señorita; se le seguirán los pasos;—y dejando sobre un aparador adosado á la pared los enseres que llevaba en la mano, bajó Valeria á toda prisa la misma escalera por donde había desaparecido nuestra heroína.

Esta cruzó la verja, y sin ninguna señal de vacilación se dirigió á la granja de Villepaix, que estaba tan vecina del Chateau que sólo las separaba el camino real. No pertenecían, sin embargo, al mismo dueño las dos propiedades; cuando M. de Beaufort compró el Chateau con el parque y los bosques, ya el primitivo dominio había sido desmembrado, y M. Bardin, actual cultivador, pagaba el arrendamiento de su vasta explotación agrícola á otro propietario. No por eso dejaban de existir relaciones de buena vecindad entre los laboriosos labradores y las gentes del Chateau. Toda la familia de M. Bardin comía una vez al año con M. y Mad. de Beaufort, y de todos los acontecimientos que marcan con un día de fiesta y abundancia la laboriosa uniformidad de la vida rural, participaban los castellanos. Ceñíanse á esto solamente las comunicaciones de unos con otros; los criados del Chateau tenían prohibición de mezclarse con los trabajadores de la granja, y la gente de ésta, demasiado ocupada con los trabajos, siempre apremiantes del campo, se cuidaba muy poco de mezclarse en la vida del *gran mundo*. Rosa menos que nadie conocía aquellas regiones tan distintas, aunque tan cercanas de aquellas en que había encerrado su existencia; á ninguna de las fiestas agrícolas de M. Bardin había asistido, y cuando la familia del labrador, un poco atada en sus ropas de día de fiesta y dejando ver la lucha que tenían que sostener para conciliar la perfecta naturalidad de los dueños de la casa, con la conciencia de su propia inferioridad estética, se sentaba á

la mesa del elegante comedor que conocemos, Rosa se mostraba tan indiferente con ellos como con los lieders de la moda, porque ni en unos ni en otros encontraba el nivel que ella necesitaba para hallarse complacida. Aquel día llevóla á la granja una necesidad irresistible de esconderse de la gente y evitarla, cosa que no hubiese podido conseguir ni fuera ni dentro de casa en el Chateau. Una puerta de carros daba entrada al gran corral de la granja, y lo primero que se alcanzaba á los pocos pasos de entrar era la casa habitación de la familia, de planta baja y de tan sencilla apariencia que apenas se distinguía de los otros edificios que rodeaban el corral por tres lados y donde se alojaba el personal de trabajadores fijos y todos los animales domésticos. La vaquería solamente, ocupaba un buen espacio donde se acomodaban veinte vacas normandas, magníficos animales de gran tamaño, manchadas de canela y blanco ó de blanco y negro. Entre las telarañas de la armazón del techo, que M. Bardin, algo apegado al antiguo sistema, no quería quitar para que las moscas hiciesen menos guerra á sus vacas, colgaba una especie de coi ó hamaca donde dormía el suizo que las cuidaba y que allí dominaba solo. Al lado del establo había un departamento para los terneros, que estas madres, demasiado civilizadas, no toleran cerca de sí desde que nacen, y á continuación estaba la bien tenida y bien cuidada lechería, donde Mad. Bardin, de muy distintas ideas respecto á la limpieza que su marido y el suizo, alejaba las moscas y todos los malos insectos á fuerza de agua fresca y lechadas de cal. Una empalizada rústica tenía separadas á las gallinas en otra prolongación de corral donde encontraban todo lo necesario para su recreo, pues se las veía esponjarse y sacudirse sobre la paja acumulada procedente de las cuadras de los caballos de trabajo, y picar en las gusaneras ó revolcarse en los depósitos de arena fina bajo el cobertizo, mientras los patos y gansos, como gente más formalota y de fiar, tenían franco el paso y la salida para buscar en las tierras y charcos vecinos al camino una parte de su alimento. M. Bardin, su mujer y su hijo mayor, estaban siempre en los campos: dividíanse el trabajo de inspección, y todos estaban al corriente de lo que se hacía cada día para po-

der suplirse en caso de necesidad; con ellos iba el personal todo, y sólo se quedaba en la casa una criada encargada de atender á los animales que no salían, y muy particularmente á la ceba de los fenomenales cerdos cuyo sacrificio se acercaba, y Clementina, la hija de la casa, la *petite menagérie*, que velaba por el descanso de todos, puesto que preparaba camas y comidas y era una verdadera providencia para la familia.

Al entrar en el corral indicado, Rosa se sintió poseida de una sensación agradable de reposo. Los olores sanos, y si se nos permitiese la palabra diríamos honrados, de una casa de labor: los enseres rústicos acusando trabajo reciente y colocados donde quiera sin desorden ni simetría; los grandes espacios ventilados dando cabida á abundantes provisiones de cosas, recompensa del trabajo: el silencio no de muerte sino de paz, y la vista allá en el cercado de Clementina repartiendo la pitanza de grano á las aves que á cientos la rodeaban disputándose sus favores, todo ello la hizo recobrar instantáneamente las buenas disposiciones de su alma, la que se halló ya más fuerte por el trabajo de lucha que en ella se libraba.

Apenas la jovencita vió á Rosa, cuando distribuyendo bien á lo lejos y bien de prisa el grano que aún quedaba en su delantal, salió apresuradamente de la empalizada y vino á saludar á la inesperada visita.

—Buenos días, señora: cuánto me alegro de ver á V. ¿Va usted á entrar, no es verdad?

—No se moleste V. por mí, Clementina; á su casa de V. vengo, pero me es igual entrar ó quedarme aquí viendo cómo usted atiende á sus quehaceres.—Y al decir esto no sólo estrechaba la mano de la joven, sino que, contra sus instintos y costumbres, la besaba con afecto en las dos mejillas, cosa que hizo poner colorada de sorpresa hasta la remangadita nariz de la graciosa muchacha.

—No tengo nada que hacer fuera de casa; entre V., señora, se lo suplico; y dejando á la puerta sus zuecos de madera, sacudiendo su delantal y dando un par de toques de orden á la falda lisa y corta y al cuerpo ajustado de su vestido, orgullosa y ufana de mostrar á la visita inesperada los lugares de su

competencia. Y orgullosa y ufana debía estar en verdad, porque cosa más limpia, más coqueta y más de sorprender en aquellos lugares, era imposible soñarla. De un extremo á otro de la casa los pisos encerados y bruñidos parecían espejos. El comedor, que era la pieza donde se recibía, ofrecía el aspecto confortable de una familia sólidamente acomodada. Todos los muebles eran de buenas maderas, macizos, sin carecer de elegancia y tan bien cuidados como si de las manos del ebanista saliesen. Sobre el aparador, había objetos de plata de uso diario y cristal elegante. La chimenea, de grandes proporciones, estaba encendida y había sobre ella espejo con marco de roble y reloj y candelabros de bronce. No faltaban cortinas en armonía con los tonos serios de la sala y hasta diván, para los forasteros, el cual no quiso ocupar por el momento Rosa, deseosa como estaba de seguir viendo la casa. Del comedor pasaron al cuarto del matrimonio, ancha pieza como la anterior, que no desmerecía en nada de ella, en lo que concierne al aseo y al buen arreglo, y después de recorrer el cuarto del hermano mayor, y otros departamentos del menaje, fueron á terminar la visita á la habitación de Clementina, delicioso nidito donde, sin haber más que telas blancas y flores frescas, se sentía con irresistible encanto la noción de todas las purezas. Rosa quiso detenerse allí, no por otra cosa sino porque la parecía el más sagrado de todos los refugios contra las corrientes del mundo que iban á penetrar en breve por la verja del *Chateau.* Desde allí nada se veía; la muralla del segundo corral, impedía la vista del camino real que corría á la derecha; como distracción, sólo se ofrecían las infinitas aves del corral con sus movimientos, sus apetitos y sus rencillas, y como ritmo, apreciaba el oído el acompasado golpear con que la máquina de vapor trillaba el trigo allá en el más lejano cobertizo de la granja.

—Tengo que explicar á V. un poco mi venida, Clementina, y pedirle un favor. En casa va á haber hoy muchísima gente: yo necesito estar sola, y no se me ha ocurrido cosa mejor que venir á esconderme aquí por algunas horas. Esta es la explicación: el favor se reduce á que me permita V. estar en su cuarto todo este tiempo y que no se ocupe de mí para nada. Si usted

abandona sus quehaceres por hacerme compañía, me marcho y no me ha servido V.

—¡Oh, señora! yo le aseguro á V. que es para mí la mejor de las fortunas el que haya venido á nuestra casa. A esta hora de la mañana tengo ya mis labores muy adelantadas: permítame V. hacerle compañía; yo le aseguro que saldré siempre que tenga necesidad.

—No, eso no ha de ser así: mi atrevimiento no se corresponde sino con la franqueza: si V. no me deja sola no hay nada de lo dicho.

Al decir esto, Rosa, que se había quitado el sombrero, hizo ademán de volvérselo á poner, y como insistiese en sus primeras pretensiones con tanto calor como aquél que desea vivamente librarse de importunos. Clementina cedió dejando instalada á la joven señora al lado de la ventana y colocando delante de ella en una mesita sus mejores libros y su álbum de fotografias.

Cuando Rosa hubo percibido el discreto ruído de la puerta al cerrarse, sintió como si sus nervios se aflojasen y su corazón se inundara de una facultad desconocida. Vióse invadida como nunca en su vida lo había estado por un deseo de dicha mezclada con el sentimiento de su abandono.

¿De qué le había servido sacrificar los mejores años de su vida identificándose con los gustos de su tío, para que su cariño paternal le formase una coraza contra las eventualidades de la vida? ¿Y era eso el cariño paternal? ¿Podía bastarle á ella un afecto que se desviaba á la sola influencia de una mujer coqueta? No; aquel cariño no le servía á ella para nada; lo despreciaba desde el momento en que había pesado su valor. Su alma necesitaba otro alimento: ¡ella que se había dado toda entera á las austeridades de aquella vida! La voluptuosidad con que la imaginación se engolfa en la excitación de los propios afectos, tiene encantos especiales para las personas muy acostumbradas á la soledad; y muchas de las que huyen con horror de los chismes y hablillas de la gente ociosa, no saben que dentro de su mismo sujeto tienen la mayor bachillera y la mayor enredadora que existe. Así fué como Rosa se entregó atada de pies y manos á las argucias

de aquella aduladora que se aprovecha de todos los afectos en revolución para formarles historias á la medida del deseo y hacer ver lo negro blanco y lo blanco negro, á despecho de la razón débil en esta clase de debates cuando en la educación á esta se la ha atado corto y á la otra se le ha dado suelta.

Los procedimientos artificiales con que Rosa había querido formarse la vida, daban ahora sus resultados, y sintiendo que todos sus andamiajes venían por tierra echaba en cara á su tío sus austeridades fingidas, á su tía su debilidad incorregible por la sociedad, á los parientes la envidia que le tenían como presunta heredera de aquellos cuantiosos bienes, á los criados sus adulaciones por el mismo motivo: sentíase muy desgraciada, y como no estaba acostumbrada á escuchar esa voz de la verdad, que sin embargo tiene tanto poder para hacerse oir en las almas bien formadas, desconoció que en vano es quererse sincerar de achaques propios aprovechando los ajenos, y que aunque su tío hubiese sido invulnerable para las seducciones de todas las coquetas, la coraza de su cariño paternal no podía serlo para un corazón que se fundía al calor de inexplicables deseos.

Mucho tiempo hacía que allí estaba Rosa: ni el álbum de fotografías, ni los libros de Clementina habían sido tocados. No necesitaba distracciones. Ni la divertían los variadísimos tonos vivos y movientes de las aves del corral, ni el ruído acompasado de la trilladora en aquel pacífico lugar de la paz y el trabajo despertaba en ella ninguna idea generalizadora que arrancándola de sí misma, la hiciese apta para el juicio y para la reflexión. Sólo la sacó de su ensimismamiento el ruído de coches y caballos que venían de la estación, cuando llegó el tren de las once y media. Entonces el espacio se animó con la vida rápida del placer, y detrás de la tapia que tan oculta tenía á nuestra pensadora, se producían animadas conversaciones, risas y voces llenas de alegría, que se quebraban y sucedían animadas por la velocidad de los vehículos y el paso lijero de los peatones. Importante debía ser la fiesta, á juzgar por los coches y caballos que atravesaban la verja, y después de haber entrado los primeros, todavía los cascabeles del tren

de campo de la casa se oyeron dos veces, siempre trayendo convidados desde la estación.

Esta variante alteró más y más á Rosa. Algo había que la irritaba en aquella gente que iba á buscar el placer en cosas que ella despreciaba, y que tal vez lo encontraría mientras para ella huía siempre hacia regiones intrincadas é inaccesibles. Así estuvo hasta que todo ruído hubo cesado: luego se quedó más sombría que nunca. He debido ir más lejos, mucho más lejos,—pensaba—donde no oyese nada. Aquí estoy como encerrada en una jaula: yo que necesito tanto espacio ¿qué voy á hacerme todo el día?

Impulsada por este anhelo de vida, abrió la puerta del cuartito, atravesó el corto pasillo y se halló en el patio de entrada. Clementina, armada de sus zuecos, que preservaban á la vez su calzado delgado y la limpieza de los pisos de su casita, que eran su orgullo, estaba á la puerta del establo viendo cómo el suízo transportaba á la lechería los cubos de leche recién ordeñada, y en cuanto vió á Rosa, que quieras que no le hizo beber de la exquisita leche, servida con toda naturalidad en una taza de barro de Bélgica. Rosa la encontró excelente, y notando que se distraía y sus dolores no eran en el alma tan punzantes, como en la puerta del Chateau no había gente que pudiese verla, propuso á Clementina una vuelta por los campos cercanos. La jovencita, muy contenta de poder mostrar su deseo de ser agradable, aceptó, llevando á Rosa en primer término á la huerta de la granja, que era un espacio bastante extenso cultivado en líneas y cuarterones dibujados por cordones de perales en espaller. Nada había allí que amenizase el terreno, frío y vestido con los tristes colores de Noviembre, al unísono con la nota desapacible que sonaba en el alma de Rosa; así, dejó enseguida aquel sitio y siguió paseando por los campos vecinos, igualmente monótonos para ella los ya sembrados que los que no lo estaban, y en los cuales se veían generalmente grande pirámides de remolachas que allí conservaban para los ganados. Dirigiéronse luego hacia la cerca del Chateau por el lado del naciente, en cuyo lugar había hecho M. de Beaufort á su costa un buen lavadero cubierto, y muy á la moderna, para las mujeres del país, que se encontraban muy

bien con tan importante mejora. Entraron, y Rosa se sentó en la galería que circundaba la gran pila abierta, á cuya galería salían las puertas de los otros departamentos; legías, tendederos y aclaradores. Clementina de pie á su lado, trataba de distraerla con su charla, después de haber dado los buenos días á Mad. Zubert, única lavandera que por el momento se aprovechaba de la concesión del generoso filántropo. Pero Rosa no le hacía ningún caso, y profundamente impresionada, sintiéndose bajo la presión de un gran pesar indefinido, ni siquiera sentía repugnancia al ver tan cerca de sí el agua jabonosa que entre sus películas ondulantes arrastraba suciedades y mugres completamente en desacuerdo con sus gustos y costumbres. Allí permanecía indiferente á las impresiones externas ineficaces ante la verdad de aquel sentimiento parecido al vacío donde se asfixiaba su alma. Sentíase sumamente desgraciada, y el medio en que se encontraba presentándole el orden, la regularidad metodizada, sin la flor del sentimiento ni la nota de la alegría por un lado, y por otro los placeres excitados por la vanidad de la vida, sin el concurso del alma ni la participación del corazón, la dejaban igualmente aislada en un desierto de muerte. Así, bien puede asegurarse que nunca rondador llegó más á tiempo que M. Deville en el momento aquél, destacándose su hercúlea y hermosa figura en el marco de la puerta. Los saludos fueron llenos de reservas y de misterios: la pequeña Clementina no se separaba de allí y evidentemente estorbaba.

—¿Sabe V. que vengo de la Granja? Me habían dicho que allí encontraría á V., porque tenía que hablarle, y al ver que usted no estaba, salí al azar guiado por mi deseo, que no me condujo mal.

—Tenía V. que hablarme y le han dicho que me encontraría en la Granja...—respondió Rosa aprovechando la coyuntura de poder ocultar su turbación con el acento de la sorpresa.

—Precisamente, me han hecho ese favor, y no se lo debo pequeño á la suerte por haber encontrado á V. en este punto, porque tengo que volver pronto á casa. ¿Quiere V. que acompañemos hasta la suya á Clementina? A la vuelta diré á usted mi mensaje.

—Como V. quiera—dijo Rosa poniéndose en pie.

—No se molesten VV., puedo volverme sola perfectamente; no será ni la primera ni la segunda vez que lo hago.

—Es igual; hoy no tiene V. necesidad de eso.—Y diciendo así, despues de saludar á la lavandera, que atendía más á ellos que á lo que tenía entre manos, tomaron la vuelta de la Granja llevando á la jovencita siempre en medio y despidiéndose de ella muy efectuosamente en la puerta del corral. Allí hubo para Rosa un instante de lucha: ¿debía entrar, dejar á la puerta al que con su superioridad la retaba y encerrarse otra vez en el cuarto de Clementina, sola con el vacío de sus ilusiones perdidas y de sus indeterminadas aspiraciones? Pero, no hubo lugar á reflexionar; al dar la mano á Clementina sintió enlazado su brazo á otro más podereso y fuerte, que decía con el lenguaje de los músculos movidos por la voluntad, que no estaba de humor para dejar escapar la presa que había hecho.

—Si le parece á V. daremos un rodeo para no entrar en casa por la puerta grande,—dijo el caballero volviendo á cruzar el camino real y tomando el mismo que los tres habían traído, al abrigo de las tapias del naciente.

—¿Quién le ha dicho á V. que estaba yo aquí?—preguntó Rosa.

—Cecilia; ella es la que me ha rogado con mucho interés que viniese á ver si conseguía llevarla á V. á casa para dejarla á ella en libertad de ir á divertirse.

—Es bien singular lo que hace esa muchacha. Yo no creo que tenga interés personal en ir á buscar á la gente.

—Sí; lo que ella ha expresado no se finge; ignoro cuáles son sus miras, pero tiene vivo interés en poder dejar á la enferma en poder de V. Y después de todo, ¿qué importa lo que ella piense ó desee? Usted es demasiado rica en emociones propias para que se pare un punto en investigar las ajenas; ¿no tiene V. bastante que hacer consigo misma?

El silencio de Rosa fué en aquel momento más expresivo que todas las palabras que hubiese podido decir. Pasaban precisamente al lado del lavadero donde se habían encontrado poco antes; el terreno hacía una depresión por donde bajaban

las aguas siempre al lado de la cerca hasta que se desviaban á unos cien pasos formando remanso, del cual partían después encauzadas para el riego de tierras. La cerca daba luego vuelta al Mediodía, pues la disposición topográfica de la propiedad formaba punta hacia aquel lado abriéndose luego por el Norte y el Mediodía para presentar al Poniente una extensión de muchos kilometros. Nuestros solitarios al cruzar el ángulo se encontraron en más agradable ambiente. Salieron de la humedad constante que conservaban á la sombra las yerbas y pisaron el almohadillado crujiente de las hojas secas de los plátanos y arces. El sol de Noviembre, ese modesto sol que permite se le mire á la cara frente á frente en aquellas latitudes, los envolvía á ellos y al paisaje en un tono de claridad relativa, que si no daba la nota de la alegría alcanzaba por completo la de la placidez; la atmósfera estaba muy serena, y el desarrollo del paisaje extenso, llano, variado sólo por espaciados grupos de árboles que iban perdiendo en proporciones hasta un horizonte muy lejano, predisponía á los pensamientos de amplio alcance y á las sensaciones dulces.

—¿Por qué se aleja V. así de casa?—preguntó con mucha dulzura Adolfo, luego que hubieron caminado un buen rato en silencio.

—¿Y qué quiere V. que haga entre gente con quien no me entiendo? Todas sus diversiones son para mí letra muerta.

—¿Y no hay nadie con quien podría V. entenderse? Yo, que también estoy aislado, me encuentro muy feliz cuando usted habla conmigo. ¿Me cuenta V. en el *montón* de la *gente*?

—¡Oh, no!—dijo vivamente Rosa.

—¿Por qué me evita V. entonces?—prosiguió él avanzando en el asedio.

—¿Empieza V. otra vez con las preguntas? ¿Y si le dijese que no le evito pero que me paso muy bien sin su compañía?

—No la creería á V.—respondió Adolfo con una voz y una mirada tan firmes que desconcertaron completamente los ardides de Rosa.

—¿Ignora V. que no tengo otro oficio sino investigar lo que pasa en las almas, y que como base para el conocimiento me sé la mía de memoria?

—¿Y qué tiene que ver con la mía la de V.?

—¡Son tan parecidas, Rosa! Es en vano que V. quiera disfrazarse con la tiesura de la severidad; en su alma de V. no hay frío, y la presión á que V. la sujeta acumula en ella más energía.

—Pues eso es precisamente lo que deseo; tener mucha energía para ser siempre dueña de mí.

Una sonrisa lijera y una mirada profunda contestaron á estas palabras pretenciosas.

—El señorío que V. ejerce sobre sí misma no es de buena ley; se hace V. desgraciada.

—No es desgraciado el que hace su voluntad.

—¿Y V. hace su voluntad?—exclamó de la manera más expresiva M. Deville.—¡Pobre niña! Usted se ha dejado dar la hechura que ha querido darle su tutor, y por evitar un género falso ha caído en otro peor.

Rosa se quedó parada; una recaída de indignación volvió á apoderarse de ella, y sus ojos herían aún más que sus palabras al responder.

—Si se precia V. de conocer todas las almas tanto como la mía, está V. adelantado. ¿En qué ha conocido V. que mi voluntad es blanda, que cualquiera puede moldear á su antojo?

—No, cualquiera no; es menester que V. lo acepte primero como algo superior y conforme á su sentir; y este género de afinidad y esta apariencia de superior han engañado á V. hasta dejarse encerrar en los moldes angulosos, cortantes y puntiagudos de mi tutor. Moldes que es preciso romper, y que V. romperá por la virtud imperiosa de las necesidades de su alma. ¿No se lo dice á V. así esta naturaleza que nos penetra sin lastimarnos, que excita nuestros sentimientos, agranda nuestras aspiraciones en una medida que sólo el infinito puede llenar? ¿Á qué tamaño se quedan reducidas ante esta verdad que verificamos en nosotros mismos esos falsificadores de la forma, contraventores de la ley madre, parodias de caracteres?

Rosa no encontraba qué decir, porque como si la imagen empleada por Adolfo fuese cosa real y se hubiese roto por alguna parte la angulosa envoltura de su formalismo, sentía

que su alma entera se explayaba y se difundía en un deseo infinito de ventura.

Acercábanse entonces á una puerta de servicio que por aquel lado del parque conducía muy directamente al *Chateau*, y el silencio en que se habían quedado permitió que llegase hasta ellos con toda claridad el ruido de la cacería que se dirigía al bosque, donde voces, ladridos, silbatos y trompas mezclaban sus notas al ruído de coches y al impaciente pisotear de los caballos.

Nuestra pareja se detuvo un rato silenciosa escuchando, y así permaneció hasta que el ruído no llegaba hasta ellos sino como el eco de un eco. Entonces, dirigiéndose él á ella, con acento extraordinariamente dulce y persuasivo le dijo:

—¿Qiere V. que vayamos á dar libertad á Cecilia para huir de esos felices? ¿Qué más le da á V. encerrarse en la Granja ó en el cuarto de una enferma?

—¡Vamos!—dijo ella ya sin ninguna irresolución, y habiendo abierto la pequeña puerta atravesaron el parque y entraron en el Chateau sin haber sido vistos, por la escalera del Verandah.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS

FÁCIL es probar, á nuestro juicio y conforme á lo que prometimos al terminar la anterior revista, cómo puede influir el mérito ó el demérito de los actores extranjeros en el estado actual de nuestro teatro. Si bien se mira, la permanencia entre nosotros de actores de otros países, hace comprender á nuestro público la diferencia notable que media entre aquéllos y los nuestros, diferencia que se hace tanto más sensible cuanto mayor es el mérito del término comparativo, y el escaso fruto que produce su ejemplo, prueba palmaria é inequívoca de la total carencia de emulación y sentido práctico que por desgracia se advierte, no sólo en nuestros actores, sino también en los que á nuestro juicio tienen un deber más ó menos directo de procurar por su mejora y perfeccionamiento; y en este punto ni nuestro Gobierno ni los que se dedican al estudio de nuestro teatro no han hecho nada notable ni digno de aprecio en este sentido, siendo ésta una de las causas que contribuyen al estado en que se encuentra.

En este extremo nos parece que sería de buen resultado práctico el arreglo de la enseñanza del arte de declamación, cuya necesidad hemos patentizado muchas veces, y esto evitaría, no sólo el marasmo que en lo que se refiere al estudio se observa en nuestros actores, sino la imitación de modelos que no

se avienen á nuestra escena, y que por ser más fáciles se adaptan más á las condiciones esenciales de nuestros actores.

Esto es una verdad que no necesita comprobación, porque si algo se toma por modelo y dentro de alguna esfera se agitan nuestros actores, es en la que se refiere á la declamación francesa; error grande, á nuestro juicio, porque abundando en los mismos defectos que ellos, carecen de las relevantes dotes que á ellos les adornan; y así se advierte que en las traducciones de obras francesas que se ponen en nuestra escena se nota grande semejanza en la interpretación de los personajes, en la que no se trata ni por asomo de imitar el tipo parisién, y si lo españolizan, como sucede, resalta una notable deficiencia, no sólo porque es muy difícil representar obras totalmente francesas por actores españoles, sino porque la parte esencial de la expresión de afectos y de la acción están muy lejos de aquéllos, y si algo imitan es el traje y el género grotesco; pero con tan mal tino en este último caso, que las producciones bufas se exageran de tal suerte, que en contraposición de lo que sucede en el teatro francés, el arte desaparece por completo, quedando sólo la parte grosera del espectáculo.

No se quiera presentar como atenuación de esta falta la similitud establecida entre los otros y nuestros vecinos, porque con sólo fijarse someramente en la historia de nuestro teatro, se comprende la inconmensurable distancia que media entre nuestras primeras églogas y sus primitivas farsas y boberías, y entre el carácter esencial que imprimían á éstas los *Pathelin*, *Tabarin*, *Turlupin*, *Gaultier*, *Graguille*, *Gros* y otros muchos, y el que se refleja en las de *Juan de la Encina*, *Torres*, *Naharro*, *Lope de Rueda* y *Rodrigo Cota*. En las primeras el arlequín era el personaje esencial, en las españolas la crítica de de las costumbres, notándose más seriedad en éstas que en aquéllas, porque siempre ha sido más serio y más natural el actor español que el francés, si bien es preciso confesar que éste lleva más ventaja á aquél en las comedias de época y en la tragedia, producciones ambas que van desapareciendo por desgracia de nuestro teatro.

No es esto lo más sensible, sino que lo verdaderamente lastimoso es que los actores italianos y los portugueses, como

hemos dicho antes, que frecuentan más nuestros teatros y son, á nuestro juicio, los modelos dignos de imitar, no dejen ninguna huella de sus pasos; y si algún recuerdo tenemos, no sólo de éstos, sino de cuantos han figurado en nuestros teatros, se lo debimos en no muy lejanos tiempos á Manuel Catalina y en la actualidad á Mario, que uno y otro, respecto al conjunto, aprovecharon las lecciones, que aquí, y en sus viajes al extranjero, habían recibido; pero no tuvieron desgraciadamente el mismo resultado respecto al perfeccionamiento artístico del actor, porque éste, y lo repetimos una vez más, en vez de adelantar atrasa, circunstancia que se hace más visible á medida que nuevos actores extranjeros se presentan en nuestra escena.

El actor Novelli comprueba este hecho en cada una de las obras que le vemos representar, y en el episodio á *Santa Lucía*, *La Gerta de Papa Martín*, *Fernanda*, y un monólogo sin palabras que estrenó el día de su beneficio, se nos presentó, aunque parezca juicio exagerado, como modelo perfecto del actor, haciendo comprender que la misión de éste no se limita sólo á recitar un papel, puesto que el arte de la declamación no se circunscribe sólo á decir, sino á hacerle, y dentro del sentido de esta frase, entra como principal elemento la expresión de los afectos; y como estos se pintan muchas veces y en las circunstancias más críticas y culminantes de la vida en el rostro, en la mirada y en la acción, resulta que en estos casos las palabras obran y la mímica es el elemento imprescindible en la interpretación perfecta del personaje. *Noeotrasto*, *Callysides*, *Teodoro*, *Aristodemo*, *Thespis*, *Esquilo*, *Sófocles*, *Eurípsides*, *Aristófanes*, *Menandro*, *Telemon* entre los griegos, y *Plauto Terencio*, *Cecilio*, *Afranio* y *Séneca*, entre los latinos, así como *Livio Andrónico*, *Nevio*, *Darseno*, *Claudio Atilio*, el célebre *Sesto Roceio*, celebrado por Cicerón y Esopo, entre los romanos, comprueban esta verdad que ha tenido notables mantenedores en Francia, Italia, Alemania, Portugal y España, en cuyos ámbitos resuenan aún los nombres de *Talusa*, *Garriek*, *Rossi*, *Maffei*, *Lanember*, *Gotsched*, *Gil Vicente* y *Lope de Rueda*.

Sólo el recuerdo de tan célebres cómicos es suficiente á causar honda pena al contemplar la decrecencia del arte escéni-

co español; porque es indudable, la crisis, más que la decadencia en que se encuentra, proviene de la comparación entre actores propios y extraños, sucediendo en esto lo que en las cuestiones económicas acontece, refiriéndonos al librecambio, con la marcada y sensible diferencia de que nuestros productos artísticos dramáticos, ó sean nuestros actores y nuestras obras, tienen poca aceptación en el extranjero, siendo escasas las compañías que allí se sostienen y raras las obras españolas que se traducen; en cambio nosotros acojemos con delirante entusiasmo todo lo que de fuera viene; y como, bien por efecto del afán de novedades nos parezca mejor, ó bien porque realmente lo sea, al establecer un término comparativo quedamos muy mal parados, el estado de nuestro teatro produce esa crisis tan sensible como natural.

No es necesario discurrir mucho para buscar las causas que la motivan, porque haciendo caso omiso de lo que á nuestras producciones dramáticas se refiere, y limitándonos sólo á nuestros actores, éstos desconocen completamente la parte teórica y práctica de la declamación, no se ajustan á ninguno de sus principios ni en la modulación de la voz, ni en su tonalidad, ni en el modo de adaptarla en las situaciones ni en los afectos; si de aquí pasamos á lo que se refiere á la inteligencia, á la expresión, al amor, al sentimiento, á la fuerza, á la majestad, á la representación muda, á los caracteres y á la unión, advertimos que todo esto está completamente entre nosotros abandonado; y sin tener nuestros actores los medios necesarios para perfeccionar su inteligencia, las más veces no comprenden los papeles que se les reparten, otras la necesidad les obliga á aceptarlos sin tener condiciones para su interpretación; y esto produce el que no hagan nunca un carácter perfecto y acabado, que no sepan sentir ni tampoco expresar lo que sienten, que no sepan explicar al interlocutor ni dar al personaje el relieve necesario, imprescindible y propio; ocurriendo, por lo tanto, que nuestros actores por lo general parece que se identifican más con el público que con la obra y sólo en lo que se refiere al conjunto y al vestir los trajes de la época y caracterizar algunos tipos están en algunas ocasiones y en algunos teatros á buena altura.

El público, que parece indiferente, todo esto lo observa, y al comparar las obras antes referidas, y que ha interpretado el Sr. Novelli, y las que con el título *Rafael y la Fornarina* y *El Duchino*, que estuvieron á cargo de la compañia Tomba, con *La liga de las mujeres*, que hemos visto en Apolo, *Oficios bajos*, *Fondos municipales*, *Como tres en un zapato* y *Zaragoza*, falla en contra nuestra; y como para este fallo influyen mucho la inteligencia de una parte del público y la crasa ignorancia de la otra, sucede lo que no podía menos de suceder, que el hastío y la indiferencia les obliga á buscar algo que lo disipen, y ansiosos de conseguirlo, se solazan convirtiendo en plaza de toros nuestros teatros, ó aplauden frenéticamente los gatos amaestrados de M. Bonetty, en el Circo de Price, y la foca sabia en el Hipodromo de Verano.

Como no faltará á quien se le ocurra preguntar cuál será el resultado de la crisis por que atraviesa nuestro teatro, emitiremos acerca de esto nuestro juicio en la próxima revista, la que, por coincidir con la clausura de nuestros principales teatros, será la última de la temporada actual.

RAMIRO.

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Nuevo paréntesis en la política.—Los labradores de Castilla y su representación en Palacio.—Discrepancias y excomuniones.—Amenazas pendientes.—Resultados financieros del fusionismo.

VIENE á constituir cierto paréntesis en la vida de los partidos militantes la apertura de la Exposición Universal de Barcelona y el viaje de la Corte con algunos Ministros, entre ellos el Presidente del Consejo.

Pero es difícil prever hasta qué punto será eficaz este momentáneo aplazamiento de las gravísimas cuestiones económicas que tanto preocupan á la opinión pública.

El Sr. Sagasta y sus colegas del actual Gabinete, tienen siempre la fortuna de que hasta los sucesos meramente accidentales vengan á favorecerles en los momentos más críticos y premiosos, provocados por los desaciertos continuos de su vacilante política. El viaje de S. M. la Reina, con sus manifestaciones de júbilo y aclamaciones de entusiasmo, hacen en estos instantes que el patriotismo se olvide de las desdichas del agricultor, de las penas del industrial, y de las fundadas quejas de todos. Pero pronto habrá de advertirse que una cosa es

la unanimidad de los más altos sentimientos de respeto y cariño, y otra cosa resultan ser, por desgracia, las desventuras políticas que á voz en grito reclaman pronto remedio.

A las protestas de la industria contra los tratados de comercio, vienen hoy á unirse los vulnerados intereses del labrador de Castilla. No es ya cuestión política; no es cuestión proteccionista ni de librecambio. Más de 40.000 firmas de otros tantos agricultores autorizan la reclamación presentada á la Reina Regente por la Junta protectora de la agricultura de Castilla, formada por hombres de todos los partidos políticos.

Enérgicas y elocuentes fueron las palabras del que presidió dicha Junta en el acto de su recepción en Palacio.

«Señora:—dijo el Presidente—la Junta protectora de la agricultura de la provincia de Valladolid, en representación de los agricultores de la misma, y cumpliendo el encargo que de ellos ha recibido, tiene la alta honra de poner en manos de V. M. la exposición aprobada por la Asamblea general, celebrada en dicha ciudad el 25 del mes de Marzo último, con la confianza de que V. M. acogerá benévola el testimonio de nuestro profundísimo respeto, y al mismo tiempo se dignará emplear el poder que la ley la otorga, para que sean atendidas nuestras justas pretensiones.

»Con este mismo propósito han acudido también, Señora, los agricultores á las Cortes del reino, que juntamente con Vuestra Majestad constituyen el poder legislativo, dando con esto muestra de que conocen y respetan el organismo de nuestras actuales instituciones; pero la sinceridad, que fué siempre, y por fortuna continúa siendo, prenda característica de la tierra castellana, nos obliga á decir, interpretando el pensamiento de nuestros paisanos, que en nuestras actuales angustias esperamos más de la intervención de V. M., en quien la rectitud de miras se concierta con la bondad de alma, que de la de aquéllos que, obligados por todo linaje de compromisos, suelen anteponer intereses de parcialidad política á los más altos y respetables del país.

»Críticas como nunca son, señora, para nosotros los agricultores, industriales y comerciantes castellanos las circunstan-

cias presentes. Todo parece haberse conjurado en daño nuestro: á las inclemencias del cielo hánse unido, por fatal consorcio, las perturbaciones en la vida económica de los Estados, y éstas resultan agravadas por un impuesto no tan cuantioso como arbitraria é injustamente repartido; por una administración sometida en todos sus ramos, como esclava, á la influencia política; por el predominio de un personalismo que ahoga ó corrompe la vida municipal y provincial, y por el falseamiento incontrastable, porque viene de lo alto, de la función del sufragio; y como dado el actual engranaje de nuestras clases sociales nos hallamos apremiados, de un lado por el jornalero que nos demanda trabajo y el diario sustento, y de otro por el fisco, cada día más exigente é insaciable, puede acontecer, Señora, que las fuerzas de esta nuestra clase intermedia, con ser la más resistente y conservadora, se agoten, y entonces sobrevengan sucesos tristísimos, que tienen á toda costa el deber de evitar los Gobiernos previsores.

»Resueltos estamos á cumplir el nuestro; pero antes de caer exánimes en esta lucha, ya demasiado larga, acudimos, respetuosamente, á los altos poderes de la Nación, y con más fundada esperanza á V. M., á fin de que haga lo que pueda por que no se conviertan en leyes los proyectos del Sr. Ministro de Hacienda, que no estén conformes con los propuestos por la Liga Agraria, atendiendo, de esta suerte, con su superior sabiduría, nuestras reclamaciones, que estimamos justas y fundadas, en la seguridad de que no pedimos sino aquello que al bien de todos atañe, y de que al otorgarlo V. M. dejará en el corazón de este noble país recuerdo tan glorioso é imperecedero como es hoy grande el respeto que profesa á las reconocidas y singulares virtudes de V. M.»

A muchos comentarios ha dado origen este acto de independencia y de sencilla franqueza. Lo cierto es que los castellanos acuden al Trono, prescindiendo de toda representación que no sea la propia, porque se trata de intereses personalísimos y de necesidades desconocidas por el Gobierno y por los Diputados de una mayoría únicamente preocupada siempre por las exigencias políticas del Gobierno que exige sus votos. Y es un hecho que el labrador se dedica muy poco al estudio

del derecho constitucional y de su eficacia, pero trabaja sin descanso para hacer fructificar la tierra; hace cuanto puede por pagar los impuestos, y viendo que no logra vivir ni pagar y que son cada día mayores sus apuros, se decide á obrar en armonía con su carácter y su historia, llegando á solicitar respetuosamente y en caso extremo la justa intervención de la Corona.

Claro es que las aspiraciones locales y los deseos de una región no pueden anteponerse á las necesidades generales del país entero; pero nadie puede tampoco negar que la ruína de la agricultura de Castilla necesite hoy idénticos remedios que la industria de todas las provincias de España.

La crisis económica habrá, pues, de sobreponerse al fin, si de algún modo quiere resolverse, á todos los pretextos, á todas las fórmulas opuestas por el criterio exclusivamente político.

*
* *

Prueba de lo anteriormente dicho son las singulares contiendas del Sr. Gamazo y de sus amigos. No basta que el Sr. Navarro Rodrigo amenace romper con una afección antigua; no bastan las excomuniones lanzadas por el Sr. Albareda ni todas las severidades proyectadas por el Gabinete. La fusión no puede ya subsistir cuando la comunidad de ideas deja de vivir al amparo de la comunidad de intereses.

Lo ha dicho el más popular campeón de la democracia que hoy impera:

«Claro está que en cada asunto concreto que se ofrezca ha de haber variedad de pareceres y opiniones entre los miembros de un mismo partido, pues cada cual tiene su especial manera de ver y juzgar los hechos. Así, la unidad de criterio y de acción solamente puede ser conservada por la sujeción del pensamiento individual al de la persona ó personas encargadas de la jefatura.

Mas como esta subordinación es voluntaria, ha de estar mantenida de un lado por la convicción de que sólo así se alcanza la necesaria unidad, y de otro por la confianza en que

cuanto los jefes resuelvan y ordenen ha de ser lo más acerta- y lo más conveniente al partido y á la Nacion.

De ello se origina que la disciplina flaquee luego que una tal confianza se debilita, sin que tengan entonces grande eficacia los rigores externos, formúlense éstos en excomuniones, en pérdida de favores é influencia ó en otros análogos recursos.

El medio cierto, seguro, fecundo, que los hombres públicos tienen de mantener la cohesión y la obediencia en las huestes por ellos acaudilladas, es conservar y fortalecer su personal prestigio; y esto en política se consigue sólo previendo los acontecimientos, anticipándose á ellos con enérgica prudencia, no dejándose arrastrar por la corriente de los mismos, como rama seca por el curso de las aguas, para quedar detenido en el primer obstáculo del cauce ó enganchado en las malezas de la orilla.

No puede dominar á los hombres quien no acierta á dominar los hechos. Es por esto por lo que el éxito ejerce una influencia tan decisiva en la política. Las blanduras de pensamiento y de carácter pueden servir temporalmente á la formación de un partido, de una situación ó de un gobierno; luego para nada sirven...

El mejor medio de mantener la disciplina en los partidos políticos es el acierto, porque el acierto supone aplicación intensa del pensamiento á los hechos para desentrañar su verdadero carácter, actividad para ganarles la delantera, energía para dirigirlos. Cuando tal se ha conseguido, entonces los medios exteriores de coacción, los entredichos, las excomuniones mayores, todo lo demás pueden y deben ser empleados contra los impacientes, los descontentos y los díscolos. Pero nada de eso bastará contra la laxitud que á la masa general comunica el desaliento, cuando se ha promovido éste por numerosas torpezas y repetidos fracasos...

Energía para hacer, no para excomulgar; decisión para resolver, no para excluir, es lo que demanda del Gobierno la opinión. Con el apoyo de ésta podrá ejercer el mismo toda suerte de pontificados; sin él, las excomuniones sólo servirán como pruebas de impotencia.»

Mal camino es el de las energías desenvueltas en la forma acordada en uno de los últimos Consejos de Ministros.

*
* *

La ductilidad del Sr. Ministro de la Guerra en todo lo relativo á sus ya famosos proyectos reformistas relegados *ad kalendas græcas*; la deuda flotante, la cuestión de las Tesorerías, el anticipo al ferrocarril de Canfranc, y sobre todo, los debates que tanto interesan á los cosecheros y fabricantes de vino, son otras tantas demostraciones prácticas de los desacertados caminos que emprende el Gobierno en sus fatales componendas políticas y económicas.

Conocidas son las perturbaciones que nacen y se desarrollan en importantes centros militares. Evidenciadas quedan también las ineficacias de los servicios hacendistas que se idean. Los elocuentes discursos del diputado por Almería y Presidente de la Asociación de Agricultores, Sr. D. José de Cárdenas, demuestran que el Sr. Puigcerver y la Comisión del Congreso han podido tener mucho mayor acierto en la cuestión de los alcoholes, apareciendo en todo que los sentimientos de amor propio se sobreponen al interés del país, no queriendo reconocerse que el error es siempre más común que el acierto cuando no es seriamente consultada y atendida en cada materia la opinión de los hombres de estudio y experiencia.

*
* *

Por lo demás, la situación está sobradamente conocida y juzgada para que haya necesidad de recurrir á las demostraciones *ad-hominem* á que acude la prensa oficiosa para concondenar, por ejemplo, la actitud del Sr. Gamazo.

Se dice que este distinguido hombre público no hizo las economías que ahora pide cuando fué Ministro, ni impuso á sus compañeros el criterio que en la actualidad *sustenta*. A estas objeciones contesta el órgano del Sr. Gamazo con la enumeración de los aumentos de gastos que ha realizado el Gobierno liberal. Helos aquí:

«Dos millones quinientas mil pesetas pesetas para el Ayuntamiento de Madrid, ley pendiente en la actualidad de votación definitiva en el Senado; otros 2.500.000 pesetas con destino á la celebración del centenario de Colón; 1.500.000 pesetas que costará el aumento de gastos sobre el servicio actual que han de desempeñar en adelante las Administraciones subalternas recientemente creadas; 1.500 000 pesetas que representa la pérdida para el Tesoro de la Península por la conversión de las anualidades recibidas en pago como anticipo hecho al Tesoro de Cuba; 14.000.000 de que se priva el Estado por la supresión de las redenciones del servicio militar, rebaja que ya viene establecida en los nuevos presupuestos, y otros 14 millones de aumento de personal del 87 al 88, que aunque pudieran rebajarse cuatro, destinados al pago de los maestros, siempre darían un aumento de 10 millones de pesetas.

No consignamos á más en esta relación de aumentos de gastos los que origine el planteamiento del Jurado, que con las indemnizaciones á testigos, ya en el proyecto pendiente del examen de las Cortes, tienen un avance, podríamos decirlo así, de más de dos millones y medio de reales; ni los aumentos por obras públicas, que harán precisos las concesiones de los ferrocarriles de Linares á Puente Genil, de Canfranc y otros; ni los que origine la realización de las reformas militares; ni los que representen las varias disposiciones promulgadas, concediendo derechos á empleados del Estado y Municipios.»

También resulta que en estos dos años y medio se han consumido 171 millones de recursos extraordinarios; que además se ha contraído deuda flotante por 161 millones de pesetas, y, por último, que en los tres últimos ejercicios ha habido en cada uno por término medio un *déficit* de 80 millones. Y hay que recordar también los aumentos de personal, que importan muchos millones durante el ejercicio de los presupuestos de 1881-82 y de 1883-84.

Todo esto es abrumador; todo esto es mucho más de lo que se necesita para que el país pueda juzgar rectamente y la imparcialidad falle en conciencia.

A.

REVISTA EXTRANJERA

Manifestación internacional: sus móviles y ventajas para España.—El General Boulanger y sus últimos triunfos.

AMOSO resulta ya—por la imponente manifestación internacional á que en estos momentos mismos da origen,—el certamen de la industria y del trabajo que va á celebrarse en Barcelona. Las más poderosas naciones de Europa envían sus barcos de guerra al puerto de la capital de Cataluña, habiéndose originado cierta competencia inesperada y jamás vista en esos alardes de fuerzas navales.

¿Son grandes pruebas de consideración y amistad las que se nos quieren dar ahora, al reunirse en Barcelona las mejores y más temibles escuadras que surcan los mares? ¿Se han puesto las grandes Potencias de acuerdo para la visita que tanto nos honra, teniendo en cuenta las especialísimas circunstancias políticas en que la nación española se encuentra? ¿Habrá algún móvil secreto que estimule á Imperios, Reinos y Repúblicas, á venir hacia nosotros, para respetar nuestra pequeñez y cambiar un afectuoso saludo con los cañones que defienden la playa catalana? ¿Será todo una muy elocuente prueba, una simple fórmula de verdadera amistad y de honrosísima cortesía?

Creemos que las imponentes escuadras reunidas hoy, ó próximas á reunirse en el primer puerto comercial de España, son principalmente un efecto necesario de la paz armada; una consecuencia evidente de los recelos é inquietudes que predominan hoy día en la política internacional de Europa. Se aprovecha una ocasión oportuna, y nuestra costa es casualmente elegida para ser testigo de una especie de *meeting* naval, donde cada concurrente, con distinta bandera, viene á abogar, con argumentos de fuerza, por la distinta causa que representa.

No es que concedamos ningún crédito, bajo el punto de vista histórico, á los grandes noveladores de Europa, los franceses, que inventan noticiones absurdos y han supuesto consecuencias á cual más disparatadas. Pero tampoco creemos, á ojos cerrados, en una fiesta que represente la suspirada fraternidad de los pueblos; tampoco nos hacemos la ilusión, realmente halagüeña, de que ingleses, alemanes y austriacos, pueblos de espíritu tradicionalista, vengan á rendir en Barcelona un tributo de admiración á nuestras deslumbrantes glorias que pasaron, ni que italianos y franceses, pueblos modernos, hayan venido á rendir homenaje á la apoteosis del trabajo y al triunfo entre nosotros de las ideas en boga.

Sabemos que un Embajador turco telegrafió á su Gobierno que se preparaba una demostración naval contra la Puerta, y que 60 acorazados austriacos, ingleses, italianos y españoles, habían de reunirse en el puerto de Barcelona, desde donde se dirigirían tal vez para ir á amenazar á Grecia. Pero es evidente también que el sentido común, antes que Italia, Inglaterra y Austria, habían de dar explicaciones satisfactorias acerca de la razón á que obedece el envío de sus respectivas escuadras á la capital de Cataluña.

Aunque el Sultán no esté completamente tranquilo ni algunos periódicos de París dejen todavía de inventar novelas de imaginativas peripecias y de sorprendentes efectos, es lo cierto que resultan infundados los temores.

*
* *

La verdad es que existen poderosas incertidumbres y continuas inquietudes en las relaciones mutuas de los grandes Estados de Europa.

Inglaterra, fuerte con su poderío, medita y acecha. Francia sueña con la supremacia que dejó escapar de sus manos, y hace de continuo cálculos acerca del momento más oportuno en que pueda realizar el suspirado desquite de sus humillaciones. Italia, cada vez más alejada del movimiento de esa política de los pueblos latinos, á la que intenta dar carácter la República francesa, ha de tener natural empeño en manifestar su creciente valía en una guerra marítima, desplegando todo el aparato de sus imponentes fuerzas actuales. Es conocido el móvil de esta porfía.

De toda suerte, el aparato de tan poderosos elementos, el brillo de tan magníficas escuadras, la venida de 40.000 hombres de mar mandados por Príncipes y Almirantes famosos, constituyen una verdadera manifestación en las costas españolas, y al parecer en obsequio nuestro. Agradecido y celebrado debe ser el acto, puesto que un espectáculo tan grandioso puede servir para darnos alientos en la tarea de recuperar en un porvenir no lejano el puesto marítimo que por nuestra posición y las ricas posesiones ultramarinas que hoy tenemos, nos corresponde.

***

El General Boulanger, á quien el Gobierno francés acusa de abrigar pretensiones de futuro César, continúa siendo objeto de la más entusiasta ovación. No bastan á contradecirlo algunos silbidos pagados, ni todos los esfuerzos de la oposición oportunista.

Los partidarios del héroe se multiplican, y su delirio crece á despecho de las violencias, y hasta las prisiones que realiza la policía.

El reciente discurso del General, pronunciado en el banquete que acaba de celebrarse en su honor en la capital del departamento del Norte, ha sido más explícito que en ocasiones

pasadas. Hablando de la actitud de los grupos parlamentarios contra él, ha dicho que esta actitud no es más que una insurrección de las Cámaras contra las urnas, y que sólo por instinto de conservación los diputados se agarran fuertemente á unos bancos de los que el sufragio les arrojará para siempre. Ha negado que sea él quien aconseje las expediciones lejanas, origen del déficit, declarando que su único crimen es querer concentrar fuerzas, en lugar de dispersarlas en el extremo Oriente al servicio de los estafadores que no vacilan jamás entre su fortuna personal y la ruína pública. He aquí algunas de sus afirmaciones:

Dice que el cargo de diputado se ha convertido en un verdadero oficio en París, añadiendo que la elección del Norte ha despertado en Francia las palabras *disolución, revisión constitucional,* produciendo grande agitación en el Parlamento.

«Proseguiremos, dijo al fin, la obra con calma, para que resulte estable.

»Esta estabilidad resulta imposible con una constitución que pone á los ministros á merced de coaliciones inmorales que se convierten en carreras para llegar á conseguir las carteras ministeriales. El engaño debe cesar. El país no pertenece á persona alguna; se pertenece á sí mismo.»

»Los autores de estas campañas criminales son aquellos que me acusan de soñar con la guerra y con la dictadura.

»Jamás dejaré pasar ocasión alguna para declarar mi amor por una paz digna y honrosa.

»En cuanto á la dictadura, es preciso que 500 reyes apáticos de la Cámara tengan una conciencia de irremediable impopularidad, para preocuparse de las menores acciones de un hombre desarmado.»

Afirman personas imparciales que el General Boulanger es simplemente un ídolo circunstancial y momentáneo, un nombre que no significa nada, ni representa solución alguna á los múltiples problemas que la política de Francia tiene pendientes; pues si como hombre de Estado no ha hecho cosa digna de mención; si como militar es uno de tantos que cumplen con su deber, sin heroísmos ni sacrificios, y como Ministro de la Guerra se contentó, según decía días pasados M. Jules Simón,

con reglamentar la barba de los soldados y permitirlos estar fuera del cuartel hasta una hora determinada, como encarnación de una idea, como símbolo de una aspiración y representación de un principio, su conducta es equívoca, y sus actos nada explican ni prometen.

¿Llegará el General Boulanger al codiciado Capitolio?

¿Preparará el patriotismo á la sombra del movimiento de ahora, alguna solución hábil y digna de las necesidades y del estado actual de Francia?

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Mi Romería, *por* EMILIA PARDO BAZÁN.—*Madrid, 1888. En 8.º, 206 páginas. Precio: 2 50 pesetas.*

Los que, como oro en paño, fuimos guardando los artículos referentes á *su romería*, publicados en *El Imparcial* por Doña Emilia Pardo Bazán, cuando el Jubileo sacerdotal de León XIII, y que poníamos el grito en el cielo más ó menos raso de nuestras viviendas cada vez que, á pesar de reiteradas precauciones, se desperdigaba algún número, hemos visto con gran contentamiento el acuerdo tomado por la ilustre escritora, de coleccionarlos, corregidos y aumentados, en manual y primoroso volumen.

Tiene dicho trabajo, por lo íntimo de sus apreciaciones y por la manera como se ha llevado á cabo, casi casi el encanto del autógrafo, que es, según el Barón de Tremont, emanación del espíritu por el pensamiento y del cuerpo por la mano; aquí lo último no se verifica; es un autógrafo en letras de molde y, por lo tanto, exento del valor psicológico que la incipiente grafología da á tales documentos; pero el primer elemento se halla en toda su plenitud: el alma de la autora, su singular é híbrida manera de sentir y de pensar y su bellísima de decir lo sentido y pensado, irradian en aquellas páginas escritas sin intermedio ni colaboración de otras letras que modifiquen genuínos conceptos ni apaguen el fuego del entusiasmo con la espontaneidad de la chispa eléctrica, por haberse verificado el contacto de la naturaleza ó de las fuentes del sentimiento con el verdadero artista.

En ningún linaje de producciones literarias se revela tanto como en los relatos de viajes la deficiencia de las teorías objetivas del arte que sustenta

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

el exagerado naturalismo: Italia, con ser la misma, es distinta en *De Madrid á Nápoles*, de Alarcón; en los *Recuerdos de Italia*, de Castelar; en *De Manzanares al Darro*, de Amós Escalante (Juan García), y en *Mi Romería*, de la autora de un *Viaje de Novios*; siempre la personalidad influyente, *el homo additus naturæ*, de Bacón, constituyendo la obra artística; sabido es, y en verso se ha dicho y repetido, que tienen las cosas distinto aspecto según el color del cristal con que se las mira; limitándonos á los modernos autores españoles que hemos citado, puédense explicar las diferencias que en sus obras se notan por razones subjetivas y por el empleo de distintos cristales coloridos, cuando, en nuestro sentir, el usado en *Mi Romería*, característico y muy diverso del rosa, rojo pálido y azulado que se percibe en los demás autores; es un color ecléctico, vigoroso y atractivo, un color *sui generis* que pudiéramos llamar, y con ello queda dicho todo y hecho su elogio, color... Pardo... Bazán.

M. DE P.

***

Physiologie des exercices du corps, *par le* DR. F. LAGRANGE.—*París, Félix Alcan, editor, 1888. En 4.º, 372 páginas. Precio: 6 pesetas.*

Pertenece esta obra á la «Biblioteca científica internacional», y, como las anteriores, está impresa en excelente papel y elegantemente encuadernada á la inglesa. Es un interesantísimo estudio acerca del *trabajo muscular* en el hombre. Citaremos especialmente los artículos relativos á la fatiga, sofocación, cansancio producido por exceso de trabajo, la resistencia al trabajo; el estudio de los diferentes ejercicios; gimnasia, carrera, equitación, esgrima, etc., y de los efectos que ocasionan en el organismo.

Termina el autor con unas atinadas consideraciones sobre el papel del cerebro en el ejercicio, el cansancio intelectual y físico, y la medicación por el ejercicio.

Está escrita la obra con admirable sencillez, y la esmaltan ejemplos concluyentes que apoyan las teorías expuestas por el autor; se da en ella la explicación de muchos fenómenos que se observan diariamente, sin comprender su causa, y se indican preceptos útiles respecto á la higiene y la gimnasia, según la edad de las personas.

***

Scénes de la Vie Médicale, *par* JULES CYR.—*París, J.-B. Baillière et fils, 1888.—En 8.º, 292 páginas.—Precio: 3.50 pesetas.*

Veinte capítulos componen esta obrita. Titúlanse: Mi primer parto; Mi matrimonio; Una consulta; Mi duodécimo parto; Buena fortuna; Mordisco del perro de aguas; Conquista embarazosa; La vida médica en la aldea; Elección de una especialidad; El banquete Ganivet; Historia de un medicamento; Fundación de un periódico; Sesión del comité de redacción; Números de gran tirada; Tipos de consultantes; Egeria médica; *Qui sine peccato;* ¡Tomad mi agua!; El pequeño cliente de Batignolles; Una comida en casa del laringologista Lemasson.

M. Cyr ofrece una serie de escenas y episodios animadísimos, que se leen con especial delectación y que dan acabada idea de los principales acontecimientos que ocurren, y difi-

cultades con que lucha el que abraza la noble carrera de la medicina. El autor, médico inspector adjunto de Vichy, conoce perfectamente la materia; escribe con una gracia y un donaire maravillosos. El libro es de los que se leen de un tirón, y se lamenta que no sean más largos.

***

Dictionnaire de la santé, *par le* DR. PAUL BONAMI.—*París, J. B. Baillière et fils*, 1888.

Las gentes ponen cada día mayor interés en estudiar todo cuanto se refiere á los medios de evitar las enfermedades y de curarlas. A ese público que desea conocer los últimos adelantos de la higiene, la medicina y la cirugía, dirígese el *Diccionario de la Salud*, ilustrado con 600 figuras intercaladas en el texto. Esta utilísima obra, que formará un tomo en 4.º de 900 páginas, constará de 30 cuadernos, que se repartirán semanalmente al precio de 50 céntimos.

Este libro, redactado por el ilustre director del Hospicio de París, será el guía de la familia, el compañero del hogar, que sanos y enfermos consultarán con mucho provecho.

***

De la erisipela y su tratamiento, *por* D. JOAQUÍN BERRUECO.—*Madrid*, 1888. *En* 4.º, 34 *páginas. Precio*: 1 *peseta.*

El acreditado periódico decenal de medicina y farmacia *El Dictámen*, ha enriquecido su biblioteca con la excelente conferencia dada por el estudioso doctor Sr. Berrueco. Su monografía acerca de la erisipela es fruto de muchas y cuidadosas observaciones. Demuestra evidentemente que dicha enfermedad es de carácter contagioso y epidémico, citando diferentes casos y apoyando la tésis que sustenta con hechos ocurridos en varias naciones. Respecto á la noxología de la erisipela hace muy eruditas consiraciones, de las que se deduce su naturaleza parasitaria; luego trata de la sintomatología, profilaxis y tratamiento de la erisipela. Aconseja el empleo del método antiséptico y el uso del sulfato de quinina y del benzoato de sosa.

En resúmen: el ilustrado médico del Hospital de la Princesa, Sr. Berrueco, ha escrito un trabajo concienzudo, digno de la fama y extraordinario saber de su autor.

***

L'Archéologie prehistorique, *par le Barón* J. DE BAYE.—*París, J. B. Baillière et fils*, 1888. *En* 8.º 340 *páginas y* 51 *figuras. Precio*: 3'50 *pesetas.*

Quince años hace que el ilustre Barón de Baye se dedica al estudio de las edades de piedra, y en esta obra resume los resultados que ha obtenido. Los tiempos primitivos, durante los cuales era tan general y exclusivo el uso de la piedra, indican una civilización interesante. Los problemas que entrañan han sido objeto de vivas discusiones. La arqueología de los tiempos primitivos es una ciencia moderna, que no ha podido conquistar todavía un lugar incontestado en la arqueología general, por los numerosos obstáculos que se oponen á su desarrollo.

El autor ha descartado la época terciaria de su exposición para fijarse especialmente en la cuaternaria, en

la que es indudable la existencia del hombre, si bien no por esto han de admitirse todas las teorías referentes á dicha época, ni menos las interpretaciones aventuradas que se han emitido. Puede afirmarse, sintetizando, que todas estas cuestiones las trata con mucho detenimiento M. Baye, y procura no dejarse seducir por la fantasía y no hacer más juicios que los verdaderamente fundados en la observación de los hechos.

La misma casa editorial ha publicado otro libro no menos interesante, que se denomina *Origine paléontologique des arbres cultivés ou utilisés par l'homme*. Su autor es el entendido Marqués G. de Saporta, correspondiente del Instituto de Francia. También la paleontología vegetal es de fecha reciente.

La teoría darwinista, aplicada al estudio del mundo vegetal actual comparado con el de los períodos anteriores, ¿concuerda con los hechos concienzudamente observados, ya cósmicos, ya orgánicos? En una palabra, la geología y la paleontología ¿dan la razón á los que, siguiendo á Darwin, admiten la teoría de la descendencia como la expresión de la verdad? Sobre esta base establece su interesante obra el Sr. Marqués de Saporta, considerándola como punto de partida para estudios más completos y extensos que se propone hacer. El libro del eminente académico, ilustrado con 44 grabados, é impreso con la elegancia que distingue á cuantas obras salen de los talleres de messieures Baillière, es de los que, á la par que recrean, instruyen é inclinan á la meditación.

***

Nouveau Dictionnaire de Chimie, *por* EMILIO BOUANT, *con la colaboración de profesores, ingenieros é industriales.—París, J. B. Baillière et fils, editores.*

Formará este *Diccionario* un tomo en 4.º mayor de unas 1.100 páginas y 400 grabados. Se publicará en cinco cuadernos (de los cuales se ha repartido el primero, de 240 páginas) al precio de 5 pesetas cada uno.

Dentro de dimensiones relativamente reducidas contiene dicho *Nuevo Diccionario* todas las noticias que ofrecen algún interés á los industriales, los médicos, los farmacéuticos y los estudiantes. Entre los numerosos cuerpos que hoy día se saben obtener y que se estudian en los laboratorios, se insiste particularmente en los que presentan aplicaciones. Sin descuidar la exposición de las teorías generales, de las que no se puede prescindir si se han de comprender y coordinar los hechos, se ha procurado, en lo posible, no salir del terreno de la química práctica. Las preparaciones, propiedades y análisis de los cuerpos usuales se indican con todo el detenimiento necesario. Se describen también las fabricaciones industriales dando idea precisa de los métodos y aparatos.

Al fin del estudio de cada cuerpo, se procede al examen de sus aplicaciones, haciendo indicaciones exactas é incluyendo recetas prácticas que sólo suelen encontrarse en las obras especiales. Se ve, por esto, que el mencionado *Diccionario* es indispensable en los laboratorios de química aplicada.

Pero no se dirige exclusivamente á los que manipulan; está destinado también á ser el *vade mecum* de cuantos sin hacer de la química el objeto

de sus constantes estudios, tienen, sin embargo, necesidad de hallarse al corriente de los progresos de una ciencia que todas las demás utilizan.

En la redacción del *Diccionario* se adopta la notación en equivalentes, lo cual no dificulta la lectura á los que están acostumbrados á las notaciones atómicas, porque en una obra esencialmente práctica las fórmulas desempeñan un papel muy secundario; y los hechos no se modifican por los símbolos que se empleen para representarlos.

Numerosas figuras facilitan la comprensión del texto que, escrito é impreso en el espacio de dos años, ofrece la imagen fiel del estado actual de la química.

***

Obras de D Ricardo Sepúlveda.—Madrid, 1888.

Aquí en España, donde todavía leemos tan poco, no cabe prueba mejor de la aceptación que obtiene un libro, que el que se hagan de él dos, tres ó más ediciones. Esto acontece con tres de las obras del notable escritor D. Ricardo Sepúlveda: *El Monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid*, *Las Botas* y *Madrid Viejo*. Como de todas ellas hemos hablado antes de ahora con el elogio que merecen, no tenemos ya sino que anunciar que han salido á luz las nuevas ediciones. ¿Ni quién, amante de la la literatura, desconoce los festivos cuadros de costumbres que presenta Sepúlveda con el título de *Mis Botas*, cuadros llenos de vida, aticismo y sal? ¿Quién no ha leído las páginas en que el ingenioso escritor deleita el ánimo con la descripción, gallardamente hecha, de la córte de D. Enrique IV, con multitud de datos curiosos y episodios nunca publicados? ¿Qué persona ilustrada no ha saboreado, cuando salió á luz, pocos meses hace, el *Madrid Viejo*, escrito con amenidad é ilustrado hábilmente por el joven artista Sr. Comba?

Reciba nuestra más cordial enhorabuena el ilustradísimo escritor don Ricardo Sepúlveda, autor de tantas producciones de gran mérito.

***

Situación económica de España, *por* D. VALENTÍN GARCÍA DEL BUSTO.—*Madrid*, 1888. *En* 4.º, 121 *páginas*. *Precio:* 2 *pesetas*.

Cada día que transcurre se impone más la necesidad de resolver la cuestión económica, y, por tanto, ofrecen mayor interés las publicaciones que de la misma tratan. El Sr. García del Busto ha estudiado detenidamente el problema económico, y deduce que la única solución está en la reforma tributaria, por lo que basa su trabajo en la contribución territorial, no sin tomar en cuenta también los demás extremos que influyen en la Hacienda.

«Con severa imparcialidad—dice el Sr. Busto—afirmando si nuestro convencimiento era completo, exponiendo dudas cuando sus sombras oscurecían nuestro pensamiento, y guiados siempre por un criterio práctico, hemos seguido ese sendero intrincado de los estudios financieros, puestos siempre los ojos y la razón serena en el que creíamos faro de luz y fuente de vida.»

Cumplidamente ha realizado su propósito el autor, patentizando su claro talento y rico caudal de ciencia con la pintura que hace de la situación económica de España, el exá-

men de las contribuciones é impuestos y con las modificaciones que propone para reorganizar la Hacienda. No permite una nota ni aun que se apunten los capítulos del exeelente estudio del Sr. Busto. Por esto también renunciamos al deseo de bosquejar algunas observaciones á lo que dice el ilustrado escritor respecto á la desamortización de bienes nacionales. Ponemos punto final enviándole sincera norabuena.

R. A.

***

La Biblia en estampas.—Esta obra importante, la más adecuada para ocupar las veladas de la familia cristiana, y que ya anunciamos hace algún tiempo, acaba de aumentarse con la entrega 4.ª, que es bellísima y contiene 12 láminas en 4.º mayor. Recordemos que el precio de cada entrega es sólo de *2 francos*.

La misma librería de W. Hinrichsen, 22, Rue Jacob, París, publica la tercera edición de la notable obra de Max Nordan, las *Mentiras de nuestra civilización*; aviso á los que no posean aún este curioso y profundo trabajo del pensador alemán.

***

Obras de Alfredo de Musset.—Se ha puesto en venta la segunda série de esta edición popular (entregas 6 á 10), que ha sido bien recibida por el público, tanto por lo módico del precio como por la belleza de la impresión y de los grabados. Las poesías completas formarán un tomo que se puede recibir franco de porte remitiendo 7 francos á los editores, G. Charpentier y Compañía, 11, Rue de Grenelle, París.

J. R.

MADRID, 1888.—Tip. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

Á LAS

ETIMOLOGÍAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Continuación (1)

Lo mismo que los conquistadores de todos los pueblos, los galos que se establecieron al norte de la Frigia, devastaron el Sagrado Santuario de Delfos y dieron lugar á que se renovaran en las Termópilas proezas homéricas, que en un tiempo inspiraron á Simonides, al imponerse como conquistadores, debieron imponer también su lengua en la que conversarían, se comunicarían las necesidades de la vida y las aspiraciones del alma, pues por distante que se viva de la patria, por familiarizado que se esté con el idioma del país en que se vive, el lenguaje materno sirve siempre al pensamiento haciéndolo subsistir contra todo obstáculo.

Podría admitirse que parte de aquel pueblo, implantado allí, fué perdiendo poco á poco usos, costumbres é idioma, ya por hallarse en más íntimo contacto con elementos ajenos á los que les eran propios, ya porque si deseaban participar de ciertos honores, comprenderían no era dable que los romanos se los concedieran si se aferraban á sus antiguas tradiciones

(1) Véase la pág. 254 de este tomo.

y querían mantenerlas á toda costa con absoluto exclusivismo; pero esto no quiere decir que todo el pueblo se olvidara por completo de aquéllo que más podía servir para asignarle una ascendencia en la historia. Aquí se repite la mencionada analogía; la mayor ó menor duración de un idioma, no puede determinarse por lo que se observe en las clases superiores, más fáciles de corromperse, y entendemos que San Jerónimo al decir que en su tiempo se conservaba el galato, aludía á la masa del pueblo, que sería también en provecho de la que más se afanaría y con la que estaría más en contacto. Considerando la cuestión desde este punto de vista, uno de las argumentos de M. Perrot nos sirve maravillosamente para sostener tesis contraria á la que sostuvo con tanta habilidad. Cuatro siglos después de la invasión gala, la masa popular no podía menos que representar allí, como ocurre siempre, la clase trabajadora, los adscriptos á la gleba de aquellas antiguas civilizaciones y en ellos como siempre sucedió con sus semejantes, no podían menos que estar más arraigados los recuerdos que los ligaban á Occidente; ellos no tenían motivos que les hicieran olvidar su idioma; los elementos griegos por insinuantes y seductores que fueran, no podían llegarles de una manera tal que apreciados suficientemente, les hicieran sustituir el idioma en que de padres á hijos se referirían hazañas de los aguerridos antepasados que en marcha triunfal y sembrando espanto llegaron hasta allí.

Todos sabemos cómo procedían los conquistadores romanos; lo que real y verdaderamente les importaba era extender más y más la dominación material, para conseguir seguras ganancias; tendían á que fueran suyos territorios independientes de que hacían provincias, apropiándose cuantas riquezas encerraban; ambicionaban la seguridad de que llegado el caso todos contribuirían á la seguridad de la metrópoli y se preocupaban, más que de otra cosa, de allegar medios para garantir la holganza divertida de los señores romanos. El resto les preocupaba muy poco; en ningún cuerpo legal pueden encontrarse prohibiciones de que cada cual hablara su lengua y no se podrá citar una ley que cohibiera el culto propio á cualquiera de los pueblos dominados. El Dios uno y absoluto del

pueblo hebreo, hubiera podido entrar muy bien en el panteón romano, si sus caracteres le hubieran permitido coexistir con los dioses de los demás pueblos que tenían veneración en Roma y los cristianos hubieran podido ejercitar su culto sin restricción, adorar cuanto les mereciera veneración y ahorrarse trescientos años de martirios, si la doctrina religiosa de Jesús no hubiera sido desde luego perenne ataque á las demás religiones que resultaban, frente á la absoluta verdad del cristianismo, negadas, escarnecidas y execradas. Los invasores romanos ni aun allí donde llegaron para imponerse violentamente y lo consiguieron con los desastres inevitables en las más sangrientas guerras, hicieron nada contra las lenguas indígenas; si estas poco á poco se fueron fundiendo en la latina y por el momento pudieron parecer anuladas, más tarde se vió que los resultados fueron fatales para el idioma que las abrigó en su seno, que corrompido ya, desapareció al fin envuelto en tanto elemento extraño como absorbió. Este trabajo sin embargo no se realizó en breve espacio; todos sabemos el mucho tiempo que persistió la lengua latina á pesar de tan duros embates como por todas partes se daba á su integridad.

La forma y detalles de la sangrienta venganza que la castísima cuanto bella Ciomara tomó del centurión que excitado por lascivia y avaricia hubiera podido jactarse de ser, al par que vencedor, causa de la deshonra del más aguerrido jefe galo (1), no será argumento que invoquemos en pro de nuestra idea, ya que negado desde hace algún tiempo el carácter histórico que tiene en los autores antiguos, los modernos han reducido el poético acto de aquella valerosa mujer á la categoría de anécdota. Pero tampoco podrá inclinarnos del lado contrario la consideración de que, á partir de cierta época, los nombres propios de personas galas dejan de aparecer en las inscripciones de aquella región; que faltan completamente en la del intercolumnio del templo de Augusto y Roma, perpetuadora de los nombres de aquellos que contribuyeron con

(1) POLIBIO XXII, 21, 5. Ed. Didot, p. 665. Fragmento conservado por PLUTARCO en Γυναικῶν Ἀρεταί

sus liberalidades al mayor esplendor de las fiestas imperiales, y en las que cuantos se encuentran, á juzgar por su estructura, parece y son ciertamente griegos ó romanos (1).

Efectivamente es cierto que sólo en la lápida conmemorativa de los segundos juegos, que, según cálculos fundadísimos de Mommsen y Perrot, debieron celebrarse en los primeros años del reinado de Tiberio, se hallan nombres como Albiorix, hijo de Ateporix; Aminlas, hijo de Gaesatodiastes, que pueden explicarse en lenguas célticas y que ciertamente pertenecen á ellas. Al señalar quiénes fueron los dadivosos que contribuyeron para las solemnidades de los años sucesivos, los nombres célticos han desaparecido, dejando completamente el puesto á los que desde luego son reconocibles por sus marcadísimos caracteres griegos ó latinos: este hecho no puede probar de ningún modo que el pueblo hubiera olvidado el galo, de la misma manera que la evidencia de cuanto aseguramos no podrá ser testimonio de que los individuos de ciertas clases sociales que vivían allí ignoraran el latín y el griego y hasta que pertenecieran á estas nacionalidades. Los nombres griegos registrados en una inscripción destinada, más que á otra cosa, á dar á conocer las personas que se mostraban más afectas á un nuevo orden de cosas, no quiere decir que el común de la gente hubiera olvidado ya la lengua del país, la lengua que después de tantos siglos podía y debía llamarse de los naturales, y si bien se mira la razón alegada contradice lo que en un principio se quiere asegurar. Que para solemnizar un hecho de armas se grabara inscripción latina en los muros de cualquier riente ciudad siciliana y en ella no sonaran más nombres que los que acreditaban una procedencia catalana ó aragonesa, no quiere decir que en aquella isla, donde tanto tiempo llevaba ya la dominación extranjera, se hubiera olvidado el gracioso lenguaje en que escribió Ciullo d'Alcamo, ó en que trovaron los poetas de las cortes de Manfredo y Federico. Además, con respecto á la Galacia puede invocarse otra consideración, y es la facilidad con que las se-

---

(1) Boeckio et Franz.—*Corpus inscriptionum græcorum* Berlín, 1853. vol. III, p. 85, ins. 4.039.

ducciones materiales pervierten á los hombres, y muchos nobles galatos, pensando que sus nombres podrían sonar mal en los oídos de aquellos que eran ya dueños del mundo, los cambiarían tal vez, rompiendo así la cadena que los legaba á un pasado de raza y gloria, para tomar otros que no dirían nada con respecto á su ascendencia, pero que podrían ser favorabilísimos para sus descendientes. Tuvo César en la Galia algunos adeptos entre los naturales, que en poco ó mucho ayudaron sus operaciones: en diez años consecutivos, aquel *monstrum activitatis*, como lo llamó Cicerón, hizo una guerra sin treguas, destruyó ciudades, cambió instituciones, subyugó pueblos enteros, vió en los campos de batalla más de millón y medio de muertos y redujo á la esclavitud un número igual de hombres, aseguró sus conquistas por todos los medios, se aprovechó de sus victorias para cuanto pudieron servirle, sin respetos divinos ni humanos; los jefes más aguerridos de aquellas nacionalidades cayeron en su poder, exánimes unos, los otros para morir; las Galias soberbias se vieron en fin bajo las garras de las águilas romanas, y de todo podría estar convencido y satisfecho en tiempos posteriores, cuando después de Munda pudo considerarse dueño de la tierra, mas no ignoraría tampoco que los idiomas en que excitaron á las batallas Vercingitorix, Ambiorix y Ariovisto se conservaban y se conservaron para llorar amarguísimas esclavitudes y para execrar á quien pudo pasar el Rubicón, soberbio con tantos triunfos, pero sin que le fuera posible jactarse de haber destruído aquello que más íntima y directamente toca al sentimiento.

Exceptuando la analogía invocada por M. Perrot rebajando el valor del argumento, cuya base es la suposición de que después de las influencias griegas y de la conquista romana debió ocurrir con el Galato lo que sucedió con las lenguas lidias y frigias después de la invasión macedónica; haciendo á un lado la forzada deducción conseguida de un hecho sin valor, cual es el que en las inscripciones de la Galacia, á partir de cierto tiempo no aparezcan nombres propios de origen céltico, sino que todos los que en ellas se observan atestiguan poderosísimas influencias de civilizaciones que habían absorbido la de los invasores, lo demás que se ha dicho en contra

de lo que aseguró San Jerónimo no merece siquiera el nombre de conjetura.

En cambio á más de cuanto venimos manifestando tenemos en apoyo de lo dicho por el Santo un texto del *Pseudomantis* que con grandísima habilidad interpretó también en su favor M. Perrot y que pasamos á estudiar. El célebre satírico Lamosatense, en uno de aquellos inimitables cuadros á que tan admirablemente sabía dar luz y color (1), presentó un adivino, una especie de nigromante falsario como todos ellos, indignos de crédito, acreedores sólo al menosprecio y burla, mas que son irrefutables testimonios de que en todo tiempo el vulgo, en su crasa ignorancia, ha sido crédulo hasta un punto que hace dudar de la Superioridad del sér humano sobre las demás criaturas. El héroe de tan espiritual tratado es Alejandro de Abonoticos, ciudad de la Paflagonia, quien después de haber desempeñado multitud de oficios, entre los que el mayor número ni aun en griego se pueden enumerar, se hace adivino recurriendo á burdas artimañas que no dejaron comprender entonces el compuesto de ignorancia y fanatismo que es la nota dominante del mayor número de las personas que se acercan á ellos, artimañas que aun en nuestros días resultan encubiertas por la misma causa, subsistente todavía á pesar de lo mucho que contra ella se ha trabajado y se trabaja siempre. Sucesor de un malvado á quien se vendió sin reparo (2) y asociado después de la muerte de aquél á un cronógrafo de Bizancio (3) para explotar á rica vieja macedonia, pasada ya de la edad, como dice Luciano, pero queriendo aún hacerse amar: en Pella, á donde la siguieron, una clase de serpientes que podía servirles á las mil maravillas los determinó á hacerse augures (4). Discutieron largamente ambos qué país debían escoger como campo de sus fechorías, y al fin prevaleció la opinión de Alejandro: Cocconas, que así se llamaba su cómplice, quería fueran á Calcedonia, ciudad mercantil situa-

(1) *Alexander seu Pseudomantis*, ed. Didot, p. 326.
(2) Id. § 5.
(3) Id. § 6.
(4) Id. § 7.

da entre Tracia y Bitinia á poca distancia de la Galogrecia, mas nuestro augur, que puede ser presentado como excepción de la frase evangélica de que nadie es profeta en su tierra, optó por Abonoticos, su ciudad natal, sabiendo que los paflagonios vecinos eran tan supersticiosos, estúpidos é ignorantes, que seguirían con absoluta confianza á quien les predijera el porvenir, aunque sólo se sirviera de un cedazo (1). Establecido al fin, poco á poco fué acrecentando y extendiéndose su fama, de tal modo que en poco tiempo la Bitinia, la Galogrecia y la Tracia corrieron por ver á Alejandro (2). Nuestro adivino contentaba á todos dando claras y acordes respuestas á las preguntas que le hacían, consignadas en tabletas perfectamente selladas, que devolvía al dar la contestación, pero sin que se advirtiera en ellas la más lijera señal de que habían sido abiertas. Luciano describe los procedimientos de que se valía el bribón para conseguir su objeto, dando de paso lección, que sería provechosa á los más hábiles policías que quieran violar sin riesgo el principio de la inviolabilidad de la correspondencia, consignado como indiscutible derecho en las Constituciones modernas (3). Si por entonces los anuncios no podían multiplicarse por falta de periódicos y otros medios materiales, de que tanto se abusa en nuestros tiempos, nuestro hombre, habilísimo comerciante, sacrificó parte de sus primeras ganancias para aumentarlas después, y envió emisarios á los demás pueblos para que preconizaran su fama y celebraran la certeza de sus oráculos (4), que muchos habían atacado y contra los que se defendió hábilmente clamando que el Ponto estaba plagado de ateos y cristianos, que eran los que ponían más en duda sus virtudes (5). Aumentando cada vez más su reputación, llegó á ser tan crecido el número de los que iban á consultarle, que no bastándole el día imaginó oráculos nocturnos, que despachaba á la mañana siguien-

---

(1) *Alexander seu Pseudomantis*, § 9.
(2) Id. § 18.
(3) Id. § 21.
(4) Id. § 24.
(5) Id § 25.

te, después de haber dormido sobre las tabletas, según decía (1). Como muchas de aquellas preguntas le eran hechas en lenguas que no conocía, estableció intérpretes, que eran pagados por los que venían á consultarle, y de los que á su vez recibía un talento ático (2).

El texto objeto de la cuestión que debatimos se halla en el párrafo 51, donde Luciano declara que frecuentemente respondía en siriaco ó en lengua céltica á los bárbaros que habiendo ido á consultarle le interrogaban en su propio idioma —'Αλλὰ καὶ βαρβάροις πολλάκις ἔχρησεν, εἴ τις τῇ πατρίῳ ἔροιτο φωνῇ, Συριστὶ ἢ Κελτιστὶ, (οὐ) ῥαδίως εξευρίσκων τινὰς ἐπιδημοῦντας ὁμοεθνεῖς τοῖς δεδωκόσι— Luciano explica como en este caso salía de las situaciones difíciles que podía crearle su ignorancia de los mencionados idiomas; dejaba trascurrir un largo espacio de tiempo, para poder abrir cómodamente las tabletas y hallar hombres capaces de podérselas explicar detalladamente. Este texto en que Dieffembach (3) se apoyaba para participar de la opinión de San Jerónimo, no pareció concluyente á M. Perrot, y, aun lo que es más, sostuvo que confirmaba su tesis, esto es, que en la Galogrecia había desaparecido el galato y que costaba sumo trabajo encontrar en aquellas regiones quien entendiera y contestara una pregunta en el idioma céltico, que había sido general allí tiempo antes. Bien nos perdonará el reputado celtista que no participemos de su opinión. Alejandro había ido á establecerse en su país natal Abonoticos, pequeña ciudad de la Paflagonia, provincia de Asia menor, limítrofe de la Galacia; bien mirado el que no hallara fácilmente intérprete, no prueba que en la Galogrecia se hubiera perdido la lengua importada con la invasión del Breno, lo cual nadie ha dicho; ninguno ha podido suponer que se extendiera ni á la Bitinia ni al Ponto, á cuya provincia pertenecía Aboniticos: esta ciudad no se anexionó nunca á la Galacia, como había sucedido con las comarcas situadas al Sud del Olimpo. M. Perrot supone, y

---

(1) *Alexander seu Pseudomantis*, § 49.

(2) Id. § 49.

(3) DIEFFEMBACH. *Origines Europae, Die alten Völker Europas mit ihren Sippen und Nachbarn*, Frankfurt, 1861, pág. 158.

no sin fundamento, que en la ciudad escogida por Alejandro para campo de sus hazañas, no dejaría de haber establecidos algunos comerciantes galatos que conocieran la lengua céltica de sus antepasados, ó que siendo la ciudad aquella camino para los puertos del Ponto, no dejarían de pasar por allí con frecuencia galos en dirección á ellos: admitiendo esto, manifiesta no explicarse cómo el falso adivino no recurría á ellos para salir de sus apuros en el menos tiempo posible. Aceptando desde luego las suposiciones del autor que estudiamos, no podemos en ningún modo llegar á sus conclusiones. Alejandro tenía dadas sobradas pruebas de listo para abandonarse á una precipitación que podía ser fatal á su prestigio y á sus intereses: ni á los comerciantes celtas que hubiera establecido en Aboniticos, ni á los que no siendo de aquella raza conocieran el idioma, ni mucho menos á los transeuntes, podía ir confiadamente para que le ayudaran en su farsa, que desde luego tenía que poner de manifiesto. Los que vivían en su vecindad podían serle contrarios, los viajeros lo mismo podían llevar intención de seguir hasta las playas en que lloró Ovidio, que detenerse á consultar á quien suponían lo sabía todo. El tiempo trascurrido desde que se consignaba la pregunta hasta que daba la respuesta no se consumía, á nuestro modo de ver, en esperar una persona que conociendo la lengua quisiera darle explicación de la demanda y escribirle lo que á ella quería responder, lo cual, si bien se mira, podía serle fácil; la gran dificultad nos parece estaba en hallar persona que pudiendo prestarle el servicio mencionado, no fuera capaz de descubrir las farsas que empleaba y ser causa de su ruína.

Suponer que fueran celtas occidentales los que iban hasta allí, y á quienes Alejandro tuviera que dirigirse para salir de sus apuros por no haber otros que conocieran el idioma, nos parece demasiado aventurado; el que los galatos que podían ir á consultar al falso adivino supieran griego, no obsta para que en aquellas circunstancias emplearan su lengua, con lo cual más y más podían acrisolar el valer del adivino; no eran aquellos desgraciados fanáticos tan estúpidos como algunos modernos espiritistas, que creen sin objección ninguna que evocados los espíritus de Platón, Moisés ó Confucio pueden todos

responder en castellano ó en cualquier otra lengua moderna, como si más allá de los límites de este mundo siguieran asistiendo á clases para ponerse al corriente de los adelantos que se realizan y aprender las lenguas con que se figuran poder molestarlos, delito infinitamente mayor que el de los comentaristas que han tergiversado sus pensamientos.

Como si fuera poco lo que expone en pro de su doctrina, M. Perrot alega, apoyándose en algunos pasajes dudosos del prefacio que San Jerónimo puso al libro segundo de su comentario á la epístola *Ad Galatas*, que la declaración hecha por el Santo de que el galato existía aún, no debe considerarse como resultado de un testimonio personal, sino que más bien es una referencia hallada en algún autor del siglo de Augusto ó poco posterior, añadiendo para avalorar su dicho rebajando el de San Jerónimo, que en toda la exposición se ve poca seguridad, que se advierte de una manera clara y manifiesta que el célebre eremita caminaba como á tientas por entre los recuerdos de sus antiguas lecturas profanas, abandonadas desde hacía mucho tiempo y olvidadas ya. Si lo anterior no nos ha convencido, esto nos convence mucho menos: el ermitaño estridonita, en el proemio que estudiamos, declara de una manera terminante que estuvo en Ancira.—*Scit mecum qui vidit Ancyram metropolim Galatiae civitatem quot nunc usque schismatibus dilacerata sit, quot dogmatum varietatibus constuprata.*—De este testimonio no creemos haya por qué dudar; contra la rica, populosa y culta capital de la Galacia no dice nada, lamenta sólo los cismas y herejías abatidos sobre ella y esta manifestación que de ninguna manera se opone á que se hablara galato, nada dice tampoco que pueda hacer dudar de las alabanzas que de la ciudad aquélla y de la provincia toda nos han dejado en sus cartas y discursos los sofistas Libanio (1) y Temistio (2), que ciertamente la encomian pero sin decir una palabra de los idiomas que se hablaban allí. Si pasados algunos siglos, á pesar

---

(1) LIBANII, *Sophistae epistolae*, ed. WOLF—eps. 61—290—301—442—587—646—735—986—1286—1333.

(2) THEMISTIO, ed. DINDORF. *Oratio* XII.

de las brutales prohibiciones que á ello se oponen en Varsovia ú otras ciudades de las que un día formaron independiente nacionalidad, se oye hablar como ahora la lengua en que los poetas Mickiewiez y Krazenski lloraron las desventuras de la patria perdida, no creemos que de este hecho se deduzca un retroceso en la cultura que puede celebrarse; del mismo modo no creemos que deba reputarse perdida ya la lengua de los interesantes vencedores de Ostrolenka, porque muchos polacos, renegando sacrosantas tradiciones, hayan dado al olvido el idioma de sus mayores y no pocos hayan cambiado hasta sus nombres, por conquistar gracias que debían aborrecer. Que el cultísimo traductor de las Hexaplas caminara á tientas por entre los recuerdos de ya remotas lecturas profanas es inadmisible: la cultura de San Jerónimo había sido profunda, era completa; sus conocimientos en ningún tiempo pudieron ser considerados superficiales, y de ello son vivos testimonios á más de sus obras profundas, sus admirables cartas que el tiempo nos ha conservado; por ellas se ve de una manera clara, que la cultura clásica persistía en aquella mente que no lograron extraviar las penitencias, ni los tormentos con que quiso reducir y redujo el cuerpo á la forzada obediencia. No bien llegado al lugar que fué cuna de nuestra redención, inmediatamente después de establecer la rígida regla, norma para la vida de los que le habían seguido y pudieran reunírsele, abre clase de gramática á la que concurrían jóvenes y adultos de los pueblos vecinos: por trabajo manual impone á sus monjes copiar las obras de Platón y Homero, de Cicerón y Virgilio. Después de algún tiempo, cuando más envenenada se hallaba la polémica que tuvo que sostener contra sus detractores procurando eximirse de una acusación de la que en buena fe sólo resultaban méritos, el Santo en una elocuente carta á un abogado de Roma (1), se defiende de ser más ciceroniano que cristiano, presentando multiplicados ejemplos de cosas tomadas á los gentiles que abundan en los libros sagrados y de citaciones de las literaturas profanas, de que echaron mano los Santos Padres para apoyar fuertemente su

(1) *Ad magnum oratores urbs Roma*—ed. Veronese, ep. 70, T. I, p. 423.

doctrina y queriendo remachar el clavo, para que su defensa resulte más sólida y más clara, hasta para disculpar á los que puedan sucederle cita un texto del Deuteronomio, diciendo con notable fuerza—*Legitur in Deuteronomio, Domini voce præceptum, mulieres captivae radendum caput, superscilia omnes pilos et ungues corporis amputandos et sic eam habendam in conjugio* (1).

Muchas cartas y obras podríamos citar en apoyo de la gran cultura y feliz memoria de San Jerónimo, pero más que á esclarecer nuestra idea que ya nos parece bien clara, contribuirían á fatigar á nuestros lectores, por lo que no seguimos adelante. M. Perrot, queriendo justificar su dicho, echó mano de una frase del gran doctor de la Iglesia latina, que truncada según la ofrece al público, podría representar alguna cosa, pero que ciertamente no producirá el mismo efecto si se trascribe completa según la ofrece el texto auténtico. A este propósito conviene tener muy presente la ruda controversia, los cruelísimos ataques de que fué objeto el Santo por parte de aquel Rufino, á quien por sus infundadas pretensiones de orador, llamó Grunnio, recordando ridículo personaje de Atelana. Uno de los grandes cargos que siempre le había hecho, era su amor á las ciencias profanas, y esto lo extremó hasta el punto dc que creyendo semejante causa motivo suficiente para provocar la desgracia del tan injustamente atacado, en una de sus invectivas le decía: «Podrás negar que un día que vinistes de Belen á Jerusalen tragistes tu saco, y en él se encontraba un diálogo de Platon traducido por Ciceron, que dejastes en mi poder (2).» Aquella lucha se envenenó cada día más, llegándose hasta el punto de que su contrario lo amenazó con la

---

(1) *Deuteronomio* 21.

(2) RUFINI *invectivarum*, lib. II, ed Ver., t. II, pág. 639. Mihi quoque ipsi aliquando cum de Bethleem Jerosolymam venisset et codicem secum detulisset, in quo erat unus Dialogus Ciceronis, et idem ipse Græcus Platonis, quod dederit ipsum codicem, et aliquandiu fuerit apud me, nullo genere negare potest. Sed quid immoror tandiu in re, quae luce est clarior? Cum ad hæc omnia quae supra diximus, etiam illud addatur, ubi cesset omne commentum, quod in monasterio positus in Bethleem ante non multo adhuc tempore partes Grammaticas executus sit, et Maronem suum, Corniscoque ac Lyricos et

muerte, dando así lugar á las memorables palabras del traductor de Eusebio.—Grande es mi tribulación pues tu dilema está tomado no de las escuelas de dialéctica, que apenas conoces, sino en las escuelas de los verdugos, que yo desconozco completamente. Tú monje, sacerdote, imitador de Jesucristo que declaras homicida y digno de la gehenna del fuego á quien ha dicho Raca (1) á su hermano, qué piensas de quien quiere matarlo? ¡La muerte! ¡Esta es la suerte de todos los seres, y el más vil de los reptiles puede dármela; el homicidio es el lote de los malvados (2)!» Cuando las cuestiones llegan á semejantes extremos y de día en día pueden crecer los motivos de escándalo, una personalidad como la de San Jerónimo está en el deber de evitarlos, sin que esto sea conceder ni remotamente que en un principio había obrado mal, sino que no faltaron, como generalmente sucede, gentes que dejaron de entenderlo bien. De aquí, á nuestro modo de ver, la frase que llamó la atención de M. Perrot: refiriéndose el autor del Comentario *ad Galatas* á Varrón, dice efectivamente: «*et ut simpliciter fatear multi iam anni sunt quod hæc legere desivimus*. Presentada así, efectivamente acredita que desde hacía muchos años, San Jerónimo no leía autores profanos, sin que á pesar de ello se logre acreditar olvido de lo que había dicho el autor *De lingua latina*, mas á nuestro modo de ver, esta frase pierde el valor que el reputado autor francés le ha querido dar, si se trascribe completa: *Marcus Varro cunctarum antiquitatum diligentisimus perscrutator, et cæteris qui eum imitati sunt, multa super hac gente et digna memoria tradiderunt. Sed quia nobis propositum est, incircuncisos homines non introducere in*

Historicos auctores traditis sibi ad discendum Dei timorem puerulis exponebat, scilicet et ut præceptor fieret Auctorum Gentilium quos si legisset tantummodo, Christum se negaturum juraverat.

(1) *Raca* del heb. *Reca*, siriaco *Rik*, vacuus, inanis; palabra despreciativa usada en tiempo de J. C., y cuya significación corriente debía ser sumamente ofensiva, por cuanto San Mateo (5-22) dice: «Qui autem dixerit fratri suo raca, reus erit consilio.»—El que diga á su hermano raca, merecerá ser juzgado por el consejo (Sanhedrin en el texto griego): como sabemos, dicho tribunal juzgaba sólo delitos de mucha importancia.

(2) S. Hier. *in Ruf.* III.

templum Dei—y añade entre paréntesis la frase citada, que más parece hija del natural temor que ya debía sentir en ocuparse de autores profanos, que del olvido que de ellos hubiera hecho (1).

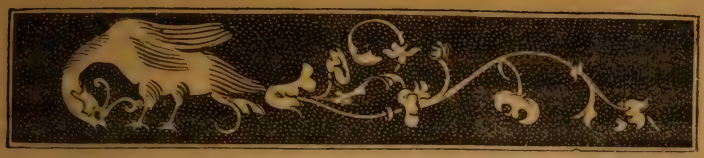
Discutidos estos puntos, nos parece que no hay para qué insistir: la Academia, utilizando las subdivisiones hechas en las lenguas célticas, no tenía para qué derivar del *Céltico* ninguna palabra, pues el haberlo hecho inclina á la lamentable confusión de que dicho término indique una lengua más, y debió omitir el *Galato*, que no pasa de ser un alarde injustificado de conocimientos que no se poseen.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

(*Se continuará.*)

---

(1) Esto mismo podría ponerse en duda y afirmar todo lo contrario, atendiendo á un pasaje de las *Invectivas*: Rufino (Apol II), acusó á San Jerónimo de no haber quemado sus libros profanos, como juró en el delirio de la fortísima fiebre que sufrió en el desierto de Calcide. El Santo (in Ruf. I) le contestó que aquello no había sido juramento, sino visión, y le dice á este propósito: «Es un género de ataques cuya gloriosa invención te pertenece por completo, la de objetarme una visión.» «Me quieres tanto, que te inquietas hasta de mis sueños.» Tales frases prueban que San Jerónimo no había perdido su amor á las letras profanas, y que á pesar de todo, conservaba su amor á ellas probado por la conservación de sus libros.



GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

VIII

Familia de Hita

El libro de la *Nobleza Universal de España* trata difusamente del noble linaje y apellido de Hita, en donde aseguran sus comentadores traer su origen de la estirpe goda, usando primero del patronímico de Fernandez, y habiendo hecho asiento en el reino de Galicia y fundado en él su casa solariega; salió de ella capitaneando la gente de su tierra en servicio del Rey D. Alonso el sexto, á la conquista del reino de Toledo, el esforzado, noble y valeroso caballero Martin Fernandez, hallándose en la toma de dicha ciudad, y después de asegurada ésta en la conquista de otros lugares de dicho reino y del de Castilla; uno de ellos fué la villa de Hita, en la que dicho Martin Fernandez y su gente se señalaron valerosamente, que en poco tiempo la rindieron, y fué el primero que la entró, por cuya razón el dicho Rey le hizo merced de la Alcaydia de dicha villa y castillo, de donde tomó el apellido de Hita, y siendo el primero que hubo de él, y asimismo se le

(1) Véase la pág. 137 de este tomo.

concedió hacienda y casas, donde fundó la solariega para todos sus subcesores.

Dicho Martin Fernandez de Hita tubo por su hijo a Fernan Garcia de Hita heredero de su casa y de dicha Alcaydia el cual asegura la Cronica del rey D. Alonso el septimo que fué General de los Asturianos en la toma de Algeciras y Rico-hombre de Castilla confirmador de muchos privilegios, que constan en dicha Cronica.

El referido Fernan Garcia de Hita tubo por su hijo a Martin Fernandez de Hita que subcedió en su casa y Alcaydia: lo testifica dicha Cronica; como tambien que fué Rico-hombre de Castilla, y que en las guerras que se ofrecieron en los castillos de Mora, Piedra Cristiana, batalla de Moneda, y en la de los Pozos de Algodor, se portó valerosamente en la defensa de sus castillos, hallandose tambien en la conquista de Almeria en donde hizo hechos tan memorables que el autor de aquella conquista lo señala por uno de los mas valerosos capitanes en un prefacio latino que formó y trae dicha Cronica donde se podrá ver.

El referido Martin Fernandez de Hita procreó a Fernan Garcia de Hita su hijo y entre otros hijos que tubo este fue uno de ellos otro Fernan Garcia de Hita que siguiendo las Guerras estuvo en servicio del rey D. Fernando el Santo y de su hijo D. Alonso con quien vino a la conquista de este reyno y de esta villa por Capitan de la gente de Castilla y conquistado que fue este pueblo quedó en el por uno de los ochenta cavalleros hijosdalgo que dicho Señor Infante D. Alonso dejó por pobladores como consta de la escriptura de poblacion de esta villa.

Anton Fernandez de Hita, hijo del referido Fernan Garcia de Hita poblador de esta villa, tubo por sus hijos a Alonso de Hita, Rodrigo Perez de Hita y Pedro Fernandez de Hita: de estos dos ultimos procedieron distintas lineas y al presente no hay varonia de ellas en esta villa.

El referido Fernan Alonso de Hita está escrito por hidalgo en el Padron que esta villa tiene en su archivo del año pasado de mil cuatrocientos y siete y tubo por su hijo á Anton Fernandez de Hita el cual está escrito por hijodalgo en el Padron

de mil cuatrocientos y treinta y ocho y casó en esta villa con D.ª Ana Perez de Valladolid de quienes procedió Juan de Hita que salió por Capitan con la gente de esta villa y sirvió valerosamente en el cerco que los Reyes Catolicos tenian puesto á la ciudad de Baza en donde murió peleando con los moros; fué casado en esta villa con D.ª Beatriz Garcia Piñero los cuales tubieron por hijo legitimo a Juan de Hita que está puesto por hijodalgo en el Padron de los Jueces Castillo y Barrionuevo hecho en el año de mil quinientos noventa y cinco; casó en la ciudad de Lorca con D.ª Juana Jimenez Rael de la noble familia de Ximenez de dicha ciudad; tubieron por sus hijos a Juan de Hita heredero de la casa y a Gines de Hita que casó en Murcia, y tubo por su hijo al Liz.do D. Pedro de Hita que fue Abogado de presos del S.to Tribunal de la Inquisicion de este reyno, del cual no hay varonia.

(Hasta aquí literal el libro de las familias de la villa de Mula: después sólo habla de Juan de Hita, hermano de Ginés, y la descendencia que tuvo, entre la cual están los que llevan actualmente en Mula el apellido de Hita, sin que haya otro Ginés, ni ninguno que casara en Lorca ni en Murcia, ni que por lo mismo pueda confundirse ni aun remotamente con el autor de las *Guerras Civiles*.)

Ampliando el anterior documento, diremos que efectivamente se llamaba Martín Fernández de Hita uno de los primeros pobladores de la villa de Mula, y á su hijo le nombra Sandoval, en la *Crónica de D. Alfonso el Emperador*, página 188. El mismo guerrero Martín Fernández de Hita asistió á la toma de Almería con D. Alfonso VII, en la era de 1184, ó sea el año de 1146. Se le nombra en un libro muy antiguo que refiere en versos latinos la conquista de dicha plaza, los que al escribir la historia de Mula procuré verter en versos castellanos, en la forma siguiente:

«Hiere Martín Fernán, señor de Hita,
con gran pujanza en la caterva mora.
Alto, membrudo y fuerte, precipita
sobre el infiel su espada cortadora.
Jóven hermoso, si tal vez se irrita,
huye el moro á su voz aterradora
y al rudo empuje de su hueste fiera,
que en juvenil ardor es la primera.»

De todos modos el precedente documento, que ha tenido la bondad de proporcionarnos el Sr. D. Eulogio Saavedra, amplía grandemente las noticias dadas en mi libro *Historia de Mula* sobre la estirpe y familia de los Hitas, debiendo, sin embargo, verse en él el apéndice VIII, pág. 303, con la nota que en la misma página va impresa.

El P. Morote en su obra *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, etc., y en la parte 2.ª del libro 1.º, cap. XIX, página 212, describiendo algunos de los escudos de armas y de los linajes de la ciudad de Lorca y su origen, escribe:

HITA

«Del ilustre y generoso apellido de Hita, memorable en estos reynos de España, trata el libro del *Becerro y nobleza universal* al folio 63, y continuan sus méritos y nobleza de sangre sus comentadores, asegurando que proceden los de este linaje de la estirpe goda, y que primero usaron el patronímico de Fernandez, añadiendo después el apellido de Hita, oy Señorio de la gran casa de los Duques del Infantado, Pastrana, Extremera y Lerma. Algunos siguen la opinión de que Martin Fernandez, rico-hombre de Castilla, es el primero que hallan con el apellido de Hita, villa á cinco leguas de la ciudad de Guadalajara, y que sus descendientes le han usado unas veces acompañado con los Fernandez y otras solo *Hita*, en cuya conquista concurrieron y tuvieron en honor aquel Señorio. Sus armas son un escudo con campo sangriento y sobre él un castillo de oro con su torre de homenaje, y en torno orla de plata, con ocho cuñas azules; simbolizan éstas al dicho apellido, porque antiguamente las cuñas se llamaban Hitas.

En el libro de la población de Lorca se halla heredada doña Ermenegilda de Hita. En la villa de Mula se conservan ilustres caballeros de este apellido.»

Como se ve, las armas de los Hitas de Lorca difieren de sus parientes los de Mula, por ser las de éstos, escudo con campo verde, en él un castillo de plata, y á cada lado del castillo dos cuñas ó hitas también de plata.

He visto en varias guías de forasteros y muy especialmente en algunas del tiempo de Carlos III, figurar, no sólo á don Faustino Pérez de Hita, caballero de Calatrava, sino también á otro Pérez de Hita, caballero de la misma Orden, como oidor el primero de la gran Chancillería de Granada, y fiscal el segundo de la de Valladolid.

Es indudable que Doña Ermenegilda de Hita se encuentra heredada en Lorca, siendo de la sucesión de Ginés Pérez de Hita, el que, como hemos dicho ya en otro lugar, debió dejar sucesión en dicha ciudad, puesto que en el testamento de D. Juan Pérez de Meca (que existe en el Archivo del Conde de San Julián), en fecha 10 de Marzo de 1670, llama, entre otros, para patrono de una Capellanía, fundada por él, á Doña Ana González, viuda de Francisco Pérez de Hita: siendo seguro que se extinguió la varonía en el Licenciado D. Pedro de Hita, Abogado de presos del Santo Tribunal de la Inquisición; y que éste, así como sus antecesores y sucesores, tuvieron la casa solariega en la calle que con el nombre de Pérez de Hita existe aún en la ciudad tan ponderada por sus aficiones belicosas y guerreros entusiasmos por el insigne autor de las *Guerras civiles de Granada*; y como éste, no es menos cierto que se casara en Murcia y dejase en ella establecido un hijo, de aquí la confusión de los biógrafos, que, desconociendo el libro de la población y familias de Mula, dieran por naturaleza á Ginés Pérez de Hita, unos á Lorca, de donde era su madre y vivió, y otros á Murcia, donde se casó y nació su hijo. Lo que á todas luces es inadmisible y sólo tiene disculpa por haberlo confundido con Luna (1), coetáneo suyo, es el que fuese morisco renegado.

---

(1) Autor de *El Lazarillo de Tormes*.

IX

Ediciones de la obra "Guerras civiles de Granada,, primera y segunda parte

En el *Discurso preliminar sobre la primitiva novela española*, que va á la cabeza del tomo III de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, se inserta una nota en que aparecen las ediciones siguientes:

Año de 1595, Zaragoza, Miguel Jimeno Sánchez.—Id. 1598, Alcalá.—Id. 1603, Lisboa.—Id. 1603 París.—Id. 1604, Alcalá.—Id. 1604, Valencia, Patricio Mey.—Id. 1604, Barcelona. —Id. 1606, Málaga.—Id. 1610, Barcelona, Sebastián Mereuad.—Id. 1613, Sevilla, Martín Clavijo.—Id. 1616, Lisboa.—Id. 1619, Barcelona, Esteban Liverón.—Id. 1619, Alcalá, J. Gracián.—Id. 1619, Cuenca, Domingo de la Iglesia. —Id. 1631, Madrid.—Id. 1645, Madrid.—Id. 1647, Madrid. —Id. 1660, París, P. Lamy.—Id. 1662, Madrid.—Id. 1670, Sevilla.—Id. 1706, Pamplona.—Id. 1714, Amberes.—Id. 1731, Madrid.—Id. 1757, Barcelona.—1833, Madrid, León Amarita.

En el *Manuel du libraire et de l'amateur de Livres*, de Jacques Charles Brunet, París, 1862.—Libraire de Fermin Didot frères, et fils et compagnie, se inserta el artículo que sigue:

HITA (GINÉS PEREZ): Historia de los Bandos de los Cegries y Abencerrajes caballeros etc. Garagoca impreso en casa de Miguel Ximeno Sanchez—1595 á costa de Angel Talecino Pequeño octavo ó silavo menor de ocho folios preliminares y 307 de texto. Ediccion rara y muy poco conocida y la más antigua que poseemos de esta Historia romancesca; tiene un privilegio fechado en el mes de Septiembre de 1595 lo cual no hace suponer una ediccion anterior. Aunque el titulo de esta obra la presenta como una traduccion del árabe, se ve generalmente que Perez de Hita fué un verdadero autor y que es el que ha sacado de su imaginacion una parte de los hechos que

refiere. Por lo demas, por romancesca que pueda suponerse esta novela, está bien escrita, es muy interesante: su éxito ha sido grandísimo. Añadiremos que se encuentran en ella numerosos romances moriscos, notables por su elegancia. El Frontispicio de la ediccion de Barcelona á costa de Rapfael Nogués 1604, en octavo menor, dice: «Corregida y aumentada en esta segunda impresion.» Pero esta ediccion, que no contiene tampoco mas que la primera parte en diez y siete capitulos, no es ciertamente la segunda, puesto que existe una de «Alcalá de Henares.» 1598 en octavo menor, anunciada por error con la fecha de 1588 en el Catálogo *Sobise*. Otra de Lisboa 1598, y otra impresa en la misma ciudad en 1603 en dozavo. Nicolás Antonio cita una de Alcalá 1604, en octavo: hemos visto la de Valencia, por Pedro Patricio (Mey) 1604, octavo menor. Se conserva en la Biblioteca Imperial (1) de París, un ejemplar de la bella ediccion de Barcelona, en la «emprenta de *Sebast Merenad*,» á costa de *Yeronimo Genoves* 1610, en octavo menor, al cual está unida la segunda parte titulada: «Segunda parte de las Guerras civiles de Granada y de los *crueles* bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos en el levantamiento de todo el reino y última rebelion, sucedida en el año de 1568. Y asi mismo se pone su total ruina y destierro de los moros por toda Castilla con el fin de las Granadinas guerras por el Rey Don Felipe II, por Gines Perez de Hita. *Barcelona por Esteuan Liberos á costa Miguel Manescal 1619.*» Esta segunda parte compuesta de veinte y cinco capitulos, con ocho páginas preliminares y 304 contando el índice. Se encuentra una epístola y dedicatoria de Cristiano Bernabé, al Duque del Infantado. La aprobacion es de 10 de Abril de 1610, pero el permiso está fechado en 17 de Abril de 1619; tal vez exista una edicion de esta segunda parte con la primera de estas dos fechas. Las dos partes reunidas forman como se vé más de 1.200 páginas, en caracteres muy apretados. Hay una nueva edicción de Madrid 1833, dos volumenes en octavo. La segunda parte no ha sido reimpresa tan amenudo como la primera, á la cual se encuentra rara vez unida. De esta se cono-

(1) Hoy nacional.

cen las edicciones siguientes, todas en octavo: Sevilla, Martin Clavijo 1613.—Lisboa 1616.—Barcelona 1619, en dos partes. —Alcalá, A. Gracian 1619, á la cual se une la segunda parte de Cuenca, Domingo de la Iglesia, la misma fecha y tamaño. —Madrid 1631.—Valencia 1659.—Madrid 1645, 47, 62 y 74. —Sevilla 1670.—Pamplona 1706.—Amberes 1714.—Barcelona 1757, dos edicciones bajo la misma fecha; se añade la segunda parte impresa en Madrid en 1631, que pueden igualmente reunirse á las edicciones precedentes. (1)

La primera parte ha sido igualmente impresa en París, sin fecha ni lugar, en un frontispicio grabado que dice: *Historia de las guerras Civiles de Granada*, y en su privilegio fechado en Rouen el 27 de Agosto de 1603. Hay varias ediciones en el mismo frontispicio, sin fecha: tienen IV y 456 hojas. La edicion, de París. P. *Lamy*, ó «de Luynes,» 1660, en octavo, no contiene tampoco mas que la primera parte, aún cuando conste de 686 páginas.

Según el mismo *Manuel* que venimos traduciendo, esta primera parte ha sido vertida al francés por autor anónimo, bajo el título de *Histoire des guerres civiles de Granade*, París, 1608, octavo menor: otra nueva versión se ha hecho bajo el atinadísimo título, en mi concepto, de *Histoire Chevaleresque des Manuel de Granade*, precedida de algunas reflexiones sobre los Musulmanes de España, por M. A. M. Sané, 1807 (2), dos volúmenes en octavo.

---

(1) Una de estas ediciones es de la que vió muchos ejemplares mi amigo el Sr. Martínez Villalta, en la casa de D. Ginés Fernández Quijano, representante en Mula de la casa de los Hitas, y dueño de una labor en Cajitán, denominada la *Casa de Hita*, que aún existe, y en la cual me aseguraron existió hasta principios de este siglo un retrato de señora que la tradición decía ser de Doña Esperanza de Hita, interesante mujer por medio de la cual acudieron á combatir con duelo singular por la Reina mora acusada de adulterio por los cuatro caballeros D. Juan Chacón, señor de Mula, Aguilar, Ponce de León y el Alcaide de los Donceles.

En el tomo de la edición citada y en su primera hoja en blanco se leía: «Es del archivo de la casa del Cajitan, año de 1765:» «obra impresa en Barcelona en la imprenta de Lucas de Benaber, Calle del Carmen año de 1757, en cuya portada decía, «Historia de los bandos, etc.,» traducida en castellano por Ginés Perez de Hita, vecino de la Ciudad de Murcia.»

(2) ¿1809?

Núm. 1926 (1).—P. de Hita, Ginés. *Historia de las Guerras civiles de Granada.* París, Carlos de Serey, MDCLX, 8.º margo. Es sólo la primera parte. Al margen van traducidas en francés las palabras más difíciles.

Núm. 1927.—Historia de los Vandos, etc. Traducida en castellano por G. P. de H., vecino de la C. de Murcia. 1.ª parte. Base Lucas de Bezares, 1757, 8.º Se reimprimió en época más reciente con la misma fecha y nombre de impresor; pero el tipo y el papel son inferiores á los de la edición original.

El Sr. Durán ha dado al fin de su *Romancero* una lista de varias ediciones de este libro que han llegado á su noticia: por ser la más completa la copiaré, intercalando algunas que se han escapado á su diligencia, y ampliando la descripción de otras, que sin duda no examinó; pero tendré cuidado de anotar si las he visto ó de quién he tomado la noticia.

La primera parte es la que generalmente se ha impreso suelta y casi siempre con el título siguiente copiado de la de *Valencia, Felipe Mey,* 1613 (al fin 1614): *Historia de los Vandos de los Zegries y Abencerrages, Cavalleros Moros de Granada, de las Civiles guerras que huvo en ella y batallas particulares que huvo en la Vega entre moros y cristhianos, hasta que el Rey D. Fernando V la ganó. Agora nuevamente sacada de un libro Arávigo, cuyo autor de vista fué un moro llamado Haben Hamin, natural de Granada. Tratando desde su fundacion.*

EDICIONES DE LA PRIMERA PARTE

Alcalá, 1588. 8.º Brunet pone en duda la existencia de esta ediccion y dice debe ser 1598.

Çaragoça, Miguel Ximeno Sanchez, 1595. 8.º

Alcalá de Henares, 1598, 8.º

Lisboa, 1598, 8.º

Lisboa, 1603, 12.º

Barcelona, Rafael Nogués, 1604, 8.º En el frontis de esta ediccion se supone falsamente que es segunda.

---

(2) Aquí empieza el Catálogo de la Biblioteca de Salvá, por D. Pedro Salvá y Mallen, en dos tomos. Valencia, 1872.

Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, 1604, 8.°

Valencia, Patricio Mey, 1604, 8.°

Málaga, 1606, 8.°

París, 1606, 8.° La menciona Depping y nota que tiene al margen la explicación de varias palabras por Fortan.

Barcelona, Matevat, 1610.

Sevilla, Martin Clavijo, 1613, 8.°

Lisboa, 1616, 8.°

Valencia, Felipe Mey, 1613, 8.°

Barcelona, 1619, 8.°

Alcalá, 1619, 8.° La trae Meusel y Brunet.

Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1619, 8.°

Valencia, 1623, 8.° según Meusel.

Madrid, Herederos de R. Madrigal, 1631, 8.°

Madrid, 1640, 8.° Catálogo de la venta de Conde.

Madrid, 1645 y 1647, 8.°

Barcelona, 1647, 8.° La cita Depping.

Madrid, 1652, 8.°

Madrid, Pablo de Val, 1655, 8.°

Valencia, 1659, 8.°

París, 1660, 8.° Arriba descrita.

Madrid, 1662, 8.°

Sevilla, 1670, 8.°

Madrid, 1674, 8.°

Madrid, 1680, 8.°

Pamplona, 1706, 8.°

Sevilla, á costa de Manuel Angel Xuarez, 1707, 8.° La tuve en Londres Anveres, Henrico y Cornelio Verdussen, 1717, 8.°

Barcelona, 1714, 8.°

Barcelona, Lucas de Bexares, 1757, 8.° Reimpresa posteriormente con el mismo nombre y año.

TÍTULO DE LA SEGUNDA PARTE

«Segunda parte de las guerras civiles de Granada y de los crueles bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos con el levantamiento de todo el reino y última rebelión sucedida en el año de 1568. Y asi mismo se pone su total

ruina y destierro de los moros por toda Castilla: con el fin de las granadinas guerras por el Rey Nuestro Señor D. Felipe II de este nombre, por Ginés Perez de Hita.»

Ediciones

Barcelona, Estéban Liberos, 1619, 8.°
Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1619 y 1626. 8.°
Barcelona, 1631, 8.°
Madrid, Juan Garcia Infanzon, 1695, 8.°
Madrid, 1723, 8.° Catálogo de la Venta de Conde.
Madrid, 1724, 8.° La he tenido.
Madrid, D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1731. La he visto.

***

Núm. 1.928.—P. de Hita Gines.

Guerras Civiles de Granada, por ídem (primera y segunda parte). Madrid, León Amarita, 1833, 2 vol. 8.°

También se imprimieron ambas partes de la *Biblioteca Española* que se publicó en Gotha, por Stendel y Keil, 1805, II·11 vol. 12.°, y forman los tomos I, II y III.

Hasta aquí donde hicimos la llamada ó nota, hemos copiado el catálogo de la Biblioteca de Salvá, y no lo hacemos del de Musel por estar comprendidos todos en los anteriores.

El Sr. D. Agustín Durán, ya citado, «trabajando con infatigable ardor en la empresa de poner al alcance de todos los tesoros de nuestra literatura—dice uno de sus biógrafos,—dió á luz, á fines del año de 1828, el *Romancero de romances moriscos*, compuestos de todos los de esta clase que contiene el *Romancero general*, impreso en 1614.»

En efecto, en la Biblioteca de AA. EE., tomo XVI, y colección del dicho Sr. Durán, y *Romancero general*, tomo II. Madrid, 1851, folio 162, puede leer el curioso lo que sigue:

«Epoca de Felipe II.—Romances de la Rebelion de los Moriscos de la Alpujarra (1).—N.° 1156—Del Levantamiento de las Alpujarras.—(Anónimo).

(1) Todos, ó casi todos los romances que siguen y tratan de la Rebelión

Despues que Fernando Quinto
ganó la insigne Granada
. . . . . .
. . . . . .

PEREZ DE HITA.—*Guerr as civiles de Granada.*—Segunda parte.

En el índice alfabético por autores, de dicho tomo, al llegar á la P, dice Durán (fólio 676 de dicho tomo):

---

de la Alpujarra, son de Ginés Perez de Hita, autor de *Historia novelesca*, que suponiéndola traducida del árabe, publicó la primera vez, según se cree, en 1595, con título de *Historia de los vandos de los Cegríes*, etc. Posteriormente, y ya bien entrado el siglo XVII, se imprimió el libro que contiene las guerras de la rebelión de la Alpujarra, intitulado: *Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada*, el cual es una verdadera historia. Pero como quiso que se la considerase como continuación de su primer libro, para ponerla en armonía con él, luego que narra en prosa los hechos, los reduce á romances de su propia cosecha, donde refiere en verso lo que antes refirió en prosa. Después de haber insertado en nuestro libro los romances tradicionales y los de nueva invención contenidos en la primera parte de la obra de Pérez de Hita, de que aquéllos formaron y éstos realizaron el gusto y moda de los moriscos novelescos y de los semihistóricos, no podíamos menos de admitir é insertar en nuestro *Romancero* las verídicas y casi oficiales que puso en la segunda parte de su obra. Carecen, es verdad, de aquel brío y colorido poético, de aquel interés indefinible de las obras de imaginación; pero en desquite conservan, en medio de su prosaismo, toda la sencillez de inartificiosa verdad, donde el autor contemporáneo y participante de los hechos, que nunca aparece como testigo y comprobante de ellos. Actor en las guerras de la Alpujarra, y autor de su historia. P. de H. se presenta á veces como juez severo de las causas que las produjeron, y de las crueldades y desastres iuauditos que irrogaron á la patria. Todo lo que el autor pierde como poeta, lo gana como sencillo historiador y como hombre de un corazón sensible que lleva, sobre la desdicha de los vencidos y sobre la totalidad de las excesivas represalias, y acaso provocaciones de los vencedores. Soldado Pérez de Hita en las huestes mandadas por el Marqués de los Vélez, hizo con él la guerra del Alpujarra los primeros años; se acostumbró al trato de los valientes que combatía, aprendió á juzgarlos y á respetar en ellos á los hombres que defendían sus hogares y que reclamaban la libertad y los derechos que, según los tratados debían conservárseles y eran hollados por la fuerza, ó si se quiere por la necesidad de mantener la paz del país y de librarle de los riesgos que le amenazaban por abrigar en su seno un pueblo sospechoso, de diversa religión, hábitos y costumbres, que unido y auxiliado por los vecinos moros de la costa africana, pudiera comprometer la suerte de la monarquía española.

Perez de Hita (Jines). Poeta Romancerista, colector y novelista del siglo XVI. En su libro *Guerras Civiles*, etc., 2.ª parte, impreso 1610, y en mi *Romancero* los números 1156 á 1183.

En el *Catálogo de los documentos* fólio 688 de dicho *Romancero*, tomo II, dice Durán:

Perez de Hita (Jinés).—Historia de los bandos, etc.

Alcalá, 1588, en 8.º

Zaragoza, Miguel Jimeno Sanchez; 1595, en 8.º

Alcalá Henares, 1598, 8.º

Lisboa, 1598, 8.º

Idem, 1603, en 12.º

Idem, corregida y enmendada en esta 2.ª ed.

Barcelona, Rafael Nogués, 1604, en 8.º (Es falso que sea la 2.ª edición).

Alcalá, 1604, 8.º

Valencia, Patricio Mey, 1604, 8.º

Málaga, 1606, 8.º

Barcelona, *Metevard*, 1610.

Sevilla, Martin Clavijo, 1613, 8.º

Lisboa, 1616, 8.º

Barcelona, 1619, 8.º

Alcalá, *Graciano*, 1642, 8.º (Con la 2.ª parte de la obra).

Cuenca, *Domingo de la Iglesia*, 1619, 8.º

Madrid, 1631, 1645, 1647, 1652, 8.º todas.

Idem, *Pablo de Val*, 1655, 8.º

Valencia, 1659, 8.º

París, 1660. 8.º

Madrid, 1662, 8.º

Sevilla, 1670, 8.º

Madrid, 1674, 8.º

Idem, 1680, 8.º

Pamplona, 1706, 8.º

Anveres, 1714, 8.º

Barcelona, 1714, 8.º

Idem, *Lucas Vezares*, 1757.

Madrid, *Amarita*, 1833, en dos volúmenes en 8.º que contienen las dos obras ó partes que componen la de Pérez de Hita.

Ginés Perez de Hita, fingiendo traducir una obra árabe, formó una novela histórica interpretando los romances viejos tradicionales, y los nuevos que se habían hecho, ya históricos, ya novelescos, sobre la guerra de Granada. De su contenido formaba su novela en prosa, la cual comprobaba reproduciéndolos, tales como circulaban entre el pueblo los populares y entre las clases más altas los artísticos. Esto fué supuesto: déjase ya entender la clase á que pertenecen los 38 romances intercalados en esta obra, que sirvió de introduccion ó preliminares á la segunda parte de ella, que luego incluiremos, la cual toda es histórica y trata de la guerra que hizo Felipe II contra los rebeldes moriscos de la Alpujarra, en que Perez de Hita tomó gran parte como soldado, aprendiendo en ella á compadecer y á estimar á la par que vencer una raza caballeresca y noble de españoles descendientes de los moros y los árabes, que no por ser vencidos dejaron de haber habitado con nosotros é influído en nuestra sociedad. De estos 38 romances, los 22 son semi-históricos y tradicionales, y los 16 puramente novelescos, ficticios, y de aquellos en que, predominando la lírica, recuerdan las costumbres de los árabes que imitamos después de haberlos vencido. Casi contemporáneos, y contemporáneos algunos al *Romancero general* y á los romancerillos que le precedieron, varios en ellos se insertan, y consignan el tiempo en que fué moda aceptar los caballeros españoles los hábitos, costumbres y fiestas moriscas para expresar y contar sus hazañas, sus desafíos y sus amores.

De esta obra existen en mi *Romancero*, en sus secciones correspondientes de moriscos novelescos ó históricos, estos números: 41, 43, 46, 53, 56, 59, 80, 89, 203, 1.038, 1.041, 1.042, 1.046, 1.050, 1.051, 1.058 á 1.060, 1.062, 1.064, 1.065, 1.080, 1.081, 1.085, 1.086, 1088, 1.105 á 1.107 y 1.121.

Perez de Hita (Ginés.) Segunda parte de las guerras, etcétera, Barcelona, Esteban Liberos, 1619, 8.º

El hallarse ya escrita esta obra y puesta en limpio, según al pie de ella lo asegura el mismo autor, en 22 de Noviembre de 1597, y el ser la aprobación de la citada edición fecha en 1610, hace probable que en este año y los siguientes se hiciesen otros. El aprobante expresa que se sometió esta obra á su cen-

sura, y que estaba dividida en tres partes, la 1.ª y la 3.ª manuscritas é impresa la 2.ª Alcalá, *Juan Gracian*, 1604. Esto supone que en dicho año existía la 2.ª parte impresa ya.

Fuera de la edición de 1619, y las precedentes que existieron, hay estas otras, todas con igual portada:

Cuenca, *Domingo de la Iglesia*, 1619 y 1626, en 8.º

Barcelona, 1631, 8.º

Madrid, *Juan Garcia* Infanzon, 1695, 8.º

Madrid, *Amarita*, 1833, 8.º

Esta obra es completamente histórica, así como los romances que reproducen á la letra lo contenido en la prosa. Son todos de actualidad, nada tienen de poético y poquísimo de subjetivo. En ellos se cuentan, como en partes oficiales, hechos contemporáneos en que el autor tuvo parte y vió ó le fueron recibidos por otros que los presenciaron. Tienen el carácter de los que hemos considerado pertenecen á la clase sexta.

Hay en mi Romancero todos los que en el libro de Perez de Hita, y tienen los núms. 1.156 á 1.183 inclusives.

En el gran Diccionario de Roque Barcia, se dice:

PÉREZ DE HITA (Ginés). Literato Español, que vivía á mediados del siglo XVI. Era óriginario de Murcia y su vida es poco conocida. Las relaciones que oyó referir á algunos ancianos sobre la expulsión de los árabes del suelo español y algunos otros datos que pudo recoger, le sirvieron para escribir una célebre Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes, en la cual hace una pintura de las costumbres y sucesos del reino de Granada, así como la relación de la toma de Alhama, Málaga y otros puntos. Publicó su obra como traducida de un original árabe, escrito por el moro Aben Hamed, uso muy común entre los romanceros españoles de aquella época. Sirvió después en la guerra contra los moriscos sublevados en las Alpujarras, y los hechos que presenció le dieron asunto para una segunda parte de su obra, que tituló «Guerras Civiles de Granada y crueles bandos entre los convertidos moros y vecinos cristianos.» Esta segunda parte, inferior á la primera como obra literaria, es una fiel narración de los hechos ocurridos en aquella desastrosa lucha, y se publicó por prime-

ra vez en Alcalá 1604. La primera lo había sido en Zaragoza, en 1595, y tuvo un crecido número de ediciones.»

Este artículo se encuentra exactamente igual en el gran Diccionario Enciclopédico de Serrano, y es de notar que casi todos los libros de esta clase y respecto á nuestro escritor no hacen otra cosa que copiarse y tal vez copiar el prólogo de la edición de 1833, hecha en Madrid, casa de D. León Amarita.

La Biblioteca Granadina publicó en 1847 en la imprenta y librería de D. Miguel Sanz la primera y segunda parte en dos tomos en 12.º divididos en cuatro libros de 370 páginas incluso el índice en 12.º y letra muy apretada. También se encuentra reimpresa en la Colección de autores españoles, de Baudry, en el tomo 45 y año de 1847.

En la Biblioteca Nacional de Madrid existen las siguientes:

PARTE PRIMERA

Alcalá de Henares. En casa de Juan Gracian que sea en gloria. Año 1601. 8.º

París ¿1606?—8-m. El privilegio dado por el Rey en Roüen al Sr. Fortan es del 27 de Agosto de 1603. La dedicatoria de Fortan á la Marquesa de Venocil está fechada en París á 9 de Agosto de 1606.

Barcelona, en la Imprenta de Sebastian Matenad y Lorenço. Iden. Año de M.DCX, 8.º

Sevilla, por Matias Clavijo. 1613, 8.º

Sevilla, por Pedro Gomez de Pastrana. Año 1633, 8.º

Madrid, por Pablo de Val. Año de 1655, 8.º

París, en la Imprenta de Antonio Sommaville, en el Palacio, sobre las gradas de la Santa Capilla. M.DC.LX, 8.º m.

Madrid, por Melchor Sanchez, y á su costa. Año de 1680, en 8.º

Barcelona, en la Imprenta de Lucas de Bezárez, en la calle de Nuestra Señora del Carmen. Año 1757, 8.º Edición de 557 páginas y 5 hojas sin fol.

Barcelona, en la Imprenta de Lucas de Bezárez, en la calle de Nuestra Señora del Carmen. Año de 1757, 8.º Edición de 578 páginas y 6 hojas sin fol.

PARTE SEGUNDA

Madrid, por Juan Garcia Infanzon. Año 1696, 8.º

Madrid. Año de M.DCC.XXIV, 8.º

Madrid. ¿1731? 8.º Ejemplar falto de portada. La fe de erratas es de Madid, (sic) y Octubre primero de mil setecientos y treita (sic) y uno.

PARTES PRIMERA Y SEGUNDA

Madrid, en la Imprenta de D. Leon Amarita. 1833, 2 vol. en 8.º

Madrid, 1846. Forma parte del tomo 3.º de la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra.

París, 1847, 8.º m. En el tomo XLV de la *Coleccion de Autores españoles*, de Baudry.

La de París, que hemos dicho publicada en 1847 en la Colección Baudry, que dice de este modo: *Guerras civiles* etc., dos partes y en un tomo 8.º, marquilla. Se hizo en la imprenta de *Fam y Thunot.*

X

Ediciones de la obra «Guerras civiles de Granada»

(Continuación)

En la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, única de aquella ciudad, creimos poder haber manejado la primera edición hecha en la siempre heróica ciudad, en 1595; para ello hicimos expresamente un viaje este último invierno, y se frustraron nuestros deseos por no haber encontrado allí otra edición que la que se inserta en el tomo III de los *Autores españoles* de la Colección de Rivadeneyra, y por cierto de la de 1850, segunda de dicha Colección. Asimismo, tampoco tropezamos en la de la Universidad de Valladolid ni mucho menos como creíamos en la de su Museo provincial fundada primeramente, y nada menos que por el gran Cardenal de España Hurtado de

Mendoza, cuyas glorias tan estrechamente están ligadas al reino granadino; en uno y otro establecimiento no se encuentran tampoco más ediciones que las de Rivadeneyra de 1846 y 1850.

En la Biblioteca del Real Palacio existen la de Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, hecha en 1619, un volumen en octavo, pasta, comprendiendo sólo la primera parte. Otra en Madrid, cuya reseña es la siguiente: «Historia de los Vandos de los Zegríes y Abencerrages, Caballeros moros de Granada. Y las Civiles guerras que huvo en ella, hasta que el Rey D. Fernando el Quinto la ganó.

Traducida en castellano por Ginés Pérez de Hita, vecino de la ciudad de Murcia.

Dirigida al Máximo Doctor de la Iglesia San Gerónimo.

Con licencia: En Madrid: Por Juan Garcia Infanzon, y á su costa. Año de 1690.

Empresa por una invocacion de Garcia Infanzon á San Jerónimo, de quien se dice muy devoto, y que es muy notable por lo extraña.

Licencia del Escribano de Camara del Rey, Manuel de Moxica, para que pueda imprimirse: Madrid 20 de Mayo de 1690.

Fe de erratas—Tassa—y el texto.

Páginas 509 en 8.º

17 Capítulos.—El 1.º titulado así: «En que se trata de la fundacion de Granada, y de los Reyes que huvo en ella, con otra cosa tocante á la Historia,» y el Cap.º 17 y últ.º—«En que se da cuenta del cerco de Granada por los Reyes Católicos, y de la fundacion de la Ciudad de Santa Fe—f.º 449;» siendo por consiguiente esta edicoion solo tambien de la primera parte.»

Otra id. en Alcalá, en casa de D. Juan Gracian, á costa de Antonio Sanchez, mercader de libros un tomo en pasta, de 304 páginas é impreso en el año 1619. Otra id. id., 1.ª y 2.ª parte unidas: la 1.ª, de Madrid, por D. Pedro Joseph Alonso de Padilla, año de 1727, y la 2.ª parte también en Madrid á costa de Santiago Martin Redondo, mercader de libros, año de 1724; es decir, dos años antes que la anterior, y ambas com-

prenden dos volúmenes en 8.º, pergamino; y finalmente, la comprendida en el tomo III de la tan citada de Rivadeneyra, la misma y única que también existe en la Real Academia de la Historia.

Por el bondadoso Embajador de España en Inglaterra, señor Conde del Mazo, debo las siguientes noticias al Excelentísimo Sr. D. Pascual de Gayangos.

«La primera parte de *Las Guerras Civiles de Granada*, por Ginés Pérez de Hita, se imprimió en Lisboa. Año de 1598, en 8.º

De esta primera, hay ediciones posteriores de 1602, 1610, etcétera.

La segunda parte se imprimió por la primera vez en Cuenca, por Domingo de la Iglesia, 1619, 8.º

Después son varias las ediciones que se han hecho de las dos partes, tanto en España como fuera. La más completa es la de Barcelona, 1757, en dos tomos. Otra hay de Madrid, 1731, también en dos tomos, 8.º

También la hay de Pamplona, 1706, 8.º

Aunque Brunet (Manuel du Libraire) y Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Vetus et Nova*, citan algunas (si no todas) las ediciones arriba citadas, no puede decirse que la lista sea completa.

Por lo demás, en este Museo Británico se hallan las más principales, aunque no todas las ediciones de las *Guerras de Granada.*»

Poco después volvió el Sr. Gayangos á tener la exquisita complacencia de ampliar sus noticias por conducto de nuestro dignísimo representante, Excmo. Sr. D. Cipriano del Mazo:

«Contestando á las preguntas que le hace el Sr. D. Nicolás Acero y Abad, debo decir, que en efecto, en el año de 1803, se imprimió aquí en Londres una traducción al inglés, de la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, en 8.º mayor. El traductor se llamaba *Rodd*, y fué el mismo que años después publicó, traducidos en verso inglés, los *Romances de los doce Pares de Francia.*

También el inglés *Lockhart*, yerno del célebre Walter-Scott, el novelista, imprimió por los años de 1840 al 42 (si no estoy

equivocado), sus *Spanish Ballads* ó *Romances Españoles*, entre los cuales son varios los que entresacó de la obra de Pérez de Hita, traduciéndolos al inglés con singular acierto y gallardía.

No recuerdo traducción alguna francesa, á pesar de que como dejo dicho en mi primera carta sobre este particular, la segunda edición de las *Guerras* se hizo en París, y que la de 1609, hecha también allí, tiene, si mal no recuerdo, un largo prólogo y notas marginales en francés, para declaración de los pasages y palabras de difícil traducción.

Pero lo cierto es que cuantos escritores se han ocupado aquí, en Francia ó Alemania, de nuestros antiguos romances, ó pretendido escribir historias populares ó semi-novelescas de los moros granadíes, otros tantos han acudido á Ginés Pérez de Hita y á sus romances, los cuales (sea dicho de paso) no son todos suyos, pues que ya en el *Romancero General* de 1600, publicado antes en partes sueltas desde 1593, se hallan algunos que figuran en la primera edición de las *Guerras de Granada*, hecha, como yo apunté, en Lisboa, 1598, 8.°

Entre los escritores franceses que más tomaron de Pérez de Hita, puedo ahora citar á Florian, y más modernamente á Viardot. Entre los anglo-americanos á Wáshington Yrving y á Longfellow, el poeta.

Esto es cuanto se me ocurre por lo pronto sobre el particular, estando, como está hoy día, cerrada la Biblioteca del Museo Británico.»

Por lo que parece desprenderse, aunque no lo asegura tan rotundamente como de la segunda parte de las Guerras, el sabio bibliófilo y arabista, indica que al parecer, la primera parte de las *Guerras Civiles de Granada*, se imprimió por vez primera en Lisboa, año de 1598, en 8.°, cuando en la Biblioteca Real de Berlín y Nacional de París existen, como oportunamente veremos, ediciones del año de 1595 hechas en Zaragoza, y que son las primeras que de esta obra se encuentran.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(*Se continuará.*)

JOHN MILTON

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRAFICO

I

LA Biblia, la literatura italiana, el renacimiento inglés y la antigüedad greco-latina nutrieron el espíritu del insigne poeta y dieron alas á su prodigiosa fantasía, para remontarse á las regiones de lo bello en busca de un ideal sublime, que una vez realizado conquistara, como conquistó, la gloria y la inmortalidad para su nombre, hasta entonces oscuro y desconocido.

Estos tan serios y profundos estudios dotaron á su alma de tristes y elevadas ideas, obligándole á armonizar ambos sentimientos, no sin aparente estravagancia, en sus ensayos *l'Allegro* é *il Penseroso* y hasta en *Comus*, obra lírica, é imitación italiana y magnífico relato del noble hecho de los hijos del Conde de Bridgewater cuando, extraviados en la selva de Haywood, logran libertar á su hermana del palacio encantado á donde la llevó el dios de los placeres.

Independiente como Shakspeare, rechaza también el yugo de la rima, encajando sus maravillosas concepciones en los amplios límites del verso libre, forma poética que por sus licencias, inversiones y regular acento se distingue esencial-

mente de la prosa, y con la cual se confunde en la amplísima libertad con que declara el pensamiento poético.

En la ciudad de Londres, donde ejercía su padre el notariado, nació Milton á fines de 1608; en su juventud estudió en la Universidad de Cambridge, retirándose luego con su familia á Horton (Buckinghamshire). Allí cultivó, durante varios años, los idiomas latino, griego, hebreo, italiano, español y francés, llegando á tanta perfección en la lengua del Lacio, que más tarde, en tiempo del dictador Cromwell, alcanzó el alto puesto de secretario y traductor latino del Consejo Supremo de la nación.

Después del fallecimiento de su madre pasó á Francia, en donde conoció al erudito Grotius, relacionándose luego en Italia con el anciano Manso, célebre biógrafo del Taso, á quien debió el honor de visitar en la cárcel al ilustre Galileo. En este mismo país conoció á la famosa cantatriz Leonora, cuya voz y hermosura celebró después el poeta, á quien dispensó la más simpática acogida el Cardenal Barberini.

El gran literato francés Villemain supone que las numerosas visitas que Milton hizo al escritor Manso engendraron en su ánimo el deseo de levantar un monumento literario á la gloria de su patria; mas Voltaire atribuye el principal poema del poeta inglés *Paradise Lost* (El Paraíso perdido), á la impresión casual recibida por Milton al asistir, á su paso por Milán, á la representación de un drama italiano sobre la caída del primer hombre. Quizá no es del todo aventurada la opinión que supone que la lectura de los poemas del Santo Avito inspiró al gran poeta inglés la concepción grandiosa de su magnífica epopeya.

Con tendencias liberales, y enriquecido con copiosísimo saber, volvió Milton á Inglaterra, al principio de aquella revolución, que tan hondamente había de conmover los cimientos de aquella sociedad; y entonces, en medio de la agitación y convulsiones revolucionarias, su espíritu tranquilo medita y concierta el plan del primer poema épico del mundo, á pesar de que su entusiasmo revolucionario le obliga á descender de las serenas alturas del pensamiento para mezclarse en las luchas de aquel tiempo, mostrándose vehemente orador y

defensor entusiasta de la libertad de imprenta al discutir y rechazar las exigencias de la Iglesia anglicana.

El disgusto que le ocasionó su primera mujer separándose de él, á causa de sus democráticas ideas, después de haberle hecho padre de tres hijas, le impulsó á escribir una sentida epístola en favor del divorcio, epístola que habiendo sido criticada por los presbiterianos, motivó el que Milton entrase en el partido intransigente y promoviera enérgica cruzada contra el poder político-religioso. Muerta su esposa, no tardó en casarse otra vez, para enviudar al cabo de dos años, uniéndose, por fin, á la que había de ser la amable compañera de su vejez.

A pesar de sus condiciones de escelente padre y cariñosísimo esposo, Milton abrigaba extravagantes ideas respecto al sexo femenino, al cual consideraba del todo inferior al hombre, y por este motivo dió escasísima instrucción á sus hijas, que á pesar de esto le prestaron en el último y principal período de la vida, asídua é inteligente cooperación.

Acababa de publicar la famosa *Areopagítica* en honor de la prensa, cuando Cromwell, llegado al poder, le nombró secretario latino del Consejo de Estado, y aunque dominaba el dictador absolutamente al poeta, consiguió éste atraerle á menudo á la justicia, atreviéndose á publicar por aquel entonces un opúsculo sobre la *Responsabilidad de los magistrados y de los reyes.*

El importante cargo político que desempeñaba, no le impidió tampoco el escribir un *Diccionario latino* y la *Historia de Inglaterra*; empezando á realizar durante los últimos tiempos de Cromwel, el poema que había de ser con el tiempo una de las más preciadas joyas de la literatura de su patria.

La restauración monárquica encarceló á Milton, que pasó dos meses en la prisión, hasta que fué indultado gracias á la protección de un poeta realista, á quien había favorecido anteriormente; á partir de este momento, comienza á hacerse el vacío en derredor del ilustre vate, hasta que se ve sumido en la soledad más espantosa.

Ciego ya y á las puertas de la vejez y de la miseria, abandonado por sus amigos y hasta perseguido, halló consuelo á

las penas que le producían el abandono y aislamiento á que se hallaba condenado, escribiendo, por mano de su esposa, el inmortal poema *Paradise Lost*, é inspirándose para dar forma á sus pensamientos en los salmos bíblicos, que en lengua hebrea le leían sus hijas, y descansando de aquel trabajo, con las dulcísimas y sublimes melodías de la música religiosa, que reanimaban el abatido espíritu del ilustre vate y arrebataban su espíritu á la región de las más grandiosas concepciones.

Mas aquel glorioso empeño en que tan engolfado se hallaba el insigne poeta, llevaba en sí el signo característico de la amargura; la restauración monárquica y la pérdida de la vista destruyeron por completo las ilusiones de Milton, que desde entonces perdió para siempre toda confianza en lo porvenir, recordando con inmensa amargura la desconsoladora é infernal inscripción del Dante:

«*Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.*»

que él pone en boca del ángel rebelde, con no menos energía y horror al verse sumido en las tinieblas de la desesperación: «Regiones de aflicción! Sombras lúgubres en que no hay paz ni tranquilidad y *de donde huyó para siempre la esperanza!.....*»

Al ver la luz pública *El Paraíso perdido*, la censura lo persigue, unos lo ridiculizan, otros lo vilipendian y la mayoría se muestra indiferente; sólo tiene un admirador: Dryden. Poco antes de la muerte del autor, en 1674, se publicó la segunda edición, que fué seguida luego de otras varias; pero todavía fué menester que Addison demostrara palmariamente la sublimidad del poema para que todo el mundo se convenciera al fin y lo considerara como un monumento glorioso de la literatura inglesa.

Tal es la humanidad, desprecia lo que ignora, apesadumbrándose después, al reconocer sus lamentables olvidos.

Errare humanum est.....

II

«*All is not lost* (no está todo perdido),» exclama Satán al salir de profundo letargo.

El espíritu de Milton va serenándose ya; un corazón generoso y un alma bien templada no se anonadan jamás, siendo así que «el destino ha decidido que la fuerza divina y lo inmaterial no puedan perecer,» como dice en *Paradise Lost.*

El género didáctico, á que era muy propenso el poeta inglés, le lleva á exponer concisamente el plan de su obra en la siguiente invocación: «Celestial Musa, canta la primera desobediencia del hombre y el fruto del árbol vedado, cuyo funesto sabor introdujo en el mundo todas las desgracias, después de haber sido causa de la pérdida de aquel Edén, hasta que un hombre más grande nos restituyó y ganó la bienaventurada mansión.» Asunto esencialmente poético, y sobre todo, épico, que, como se ve, está basado en los principales dogmas del cristianismo: la rebeldía de los ángeles, el pecado de nuestros primeros padres y la redención del Crucificado. A medida que va desarrollándose el poema, se descubre la verdadera creación poética, cual es la encantadora descripción de la semi-divina, aunque frágil, naturaleza de Adán y Eva, cuya virtud es pura voluptuosidad é inocente unión, goce celestial que disfrutan en el valle de Henna, morada de delicias sin fin.

Satán yace en el abismo, á donde fué derrumbado por imperdonable soberbia; pero cuando se entera de que nuevos seres viven felices en medio del placer y de la dicha, comprende que «la sentencia le reservaba mayor rabia, porque ahora ambos pensamientos, el de una dicha perdida y el de un suplicio eterno, le torturan.» Está desesperado y sin remordimientos, pero acepta el mal para vengarse; espantoso cuadro de admirable invención poética, en que se ve el origen de la envidia y de la hipocresía. Otro esfuerzo de imaginación, lle-

no de majestad y horror, es la figura de Satán en medio de densísimas tinieblas, sér divino cuya frente ya no ciñe la celestial aureola y á quien rodean espantosas legiones de demonios.

Pero ¿por qué dice Satán, en el discurso á Belcebut y Belial: «el espíritu depende de sí mismo y puede hacer un cielo del infierno, y un infierno del cielo?» ¿Quiere Milton idealizar así el orgullo, ó bien se olvida y atribuye al diablo su propia razón? Admitamos, sin embargo, como muy natural que el ángel rebelado demuestre á sus feos satélites que «más vale reinar en el infierno que ser esclavo en el cielo,» y hasta que, para fortalecer el principio de autoridad, del cual se muestra excesivamente celoso para ser un rebelde, el que alegue en sus diabólicas arengas las siguientes razones: «En el cielo, en donde la felicidad crece con el poder, puede éste ser deseado por seres inferiores; pero aquí, ¿podrá alguien tener envidia al que ocupa el primer puesto, siendo así que no tiene más privilegio que ser el blanco de la cólera del Omnipotente, para servir de escudo á los demás y padecer las mayores penas?...»

Habiendo sido advertidos nuestros primeros padres por el arcángel Rafael, del castigo de los ángeles rebeldes, sucumben, sin embargo, á la tentación, trama urdida por la envidia de Satán. Dios los echa del Paraíso y desata infinitos males contra la humanidad, que llora con sincero arrepentimiento su pecado, y el Todopoderoso la perdona y promete la redención.

El grandioso espectáculo de la Creación, la titánica batalla de los cielos, el principio de una vida feliz sin mezcla de desventura alguna, suprema dicha, aunque de corta duración; la debilidad y la belleza unidas á la inocencia, la sinceridad del arrepentimiento y la nobleza sublime del perdón, han inspirado á Milton caracteres perfectos, magníficos episodios y hermosísimas descripciones que atestiguan la maravillosa fantasía, profundo saber é incesante reflexión de su poderoso genio.

La tentación de Jesús y la victoria que alcanza contra el demonio, son el argumento de otro poema de Milton, apellidado *Paradise Regained* (el Paraíso recuperado), que viene á ser

el complemento de *Paradise Lost*, pero realizado con menor acierto.

Con el título de *Sansón el esforzado*, compuso todavía un drama bíblico á imitación de las tragedias griegas, pero de escaso mérito.

También cultivó la lírica con éxito brillante, á tal punto, que su preciosa oda dedicada á la Natividad, es en la literatura inglesa una verdadera joya.

La obra maestra de Milton obedece generalmente á las leyes de la armonía literaria, y como poema épico-religioso debe comprenderse entre los que, con el calificativo de heróico-divinos, son exposición de portentos realizados por seres sobrenaturales y por seres humanos, mereciendo citarse en dicho género, al hermoso poema español *La Cristiada*, de fray Diego de Hojeda, mucho más antiguo que *La Mesiada* del alemán Klopstock.

El pensamiento religioso de Milton, hizo nacer en su patria la epopeya satírica. La sublimidad de *El Paraíso perdido*, fué ridiculizada por el ingenioso Butler, el cual arma de caballero errante á un pobre juez de paz llamado Hudibras, dándole por escudero al escribiente Ralpho, y los manda á restablecer por toda Inglaterra la justicia, el orden y la razón, demasiado turbadas por las exageraciones puritanas.

En 1752, el escocés Lauder, quiso probar que Milton, además de copiar á Grotius y al Taso, había imitado en un todo al poema de la Sarcotis, opinión que ha sido refutada victoriosamente por varios eruditos.

Durante el siglo XVIII, dos críticos suízos, inspirándose en Milton, opusieron en teoría, la poesía del Norte, á la poesía de las razas latinas, logrando despertar el sentimiento nacional de la literatura germánica.

A pesar de ello, el literato Scherer dice que, *El Paraíso perdido* es un poema falso, grotesco, fastidioso y parecido á una pirámide sostenida en equilibro por el vértice, aunque luego añade que el poema de Milton es inmortal por sus magníficos episodios é incomparable versificación.

Voltaire llama á *Paradise Lost*, el paraíso de los tontos; sin embargo, lo cree inmortal, porque predice el destino de

los hijos de Adán, así como Virgilio anuncia el de los descendientes de Eneas.

Según el americano Ticknor, existen dos poemas épico-religiosos, que deben compararse con *Paradise Regained* (El paraíso recuperado); *La Cristiada* de Hojeda, por las escenas de demonios, y *La Mesiada* de Klopstock, por la de la crucifixión, tanto más, cuanto que las susodichas composiciones se fundan también en el Nuevo Testamento. Reconozcamos, no obstante, la superioridad del poema de Hojeda, dejando á un lado el criterio de Madame de Staël en favor del poeta alemán, lo cual nos prueba que no conoció ni estudió *La Cristiada*, pues de ser así, tan preclaro talento, hubiera admitido, con Quintana, que el lenguaje del poema español no es ni afectado ni pedante, siendo manejados lo maravilloso y lo divino, con admirable maestría.

Mas volviendo ahora á nuestro asunto, la crítica más exigente habrá forzosamente de convenir en que las obras del gran poeta inglés, poseen riquísima, expresiva y característica variedad; notándose en casi todos los actos de su vida una aspiración única y constante, que le llevaba en pos de lo bello y de lo maravilloso, rasgos que, conforme al generalizador concepto de la universal y moderna literatura, dan á Milton calificado mérito entre los que buscan con afán é imparcialidad la verdadera manifestación del ideal humano.

JOSÉ M. B. MARECA.

Agen, Abril de 1888.

APUNTES

DE

UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

Continuación (1)

VI

LAS BIBLIOTECAS Y MUSEOS EN ARGELIA

ERTENECIENDO al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, claro es que una de mis preferentes atenciones en el viaje había de dirigirse hacia los establecimientos cuyos nombres encabezan estas líneas.

Sabido es que los establecimientos de este género no son sólo los almacenes—siquiera sea un tanto grosera la metáfora—de la ciencia; son además templos sagrados, destinados á recibir los homenajes que las generaciones actuales rinden á las generaciones del pasado. No son sólo sitios de estudio y observación, son además lugares venerandos, como son venerables las mansiones de los muertos. Y en este sentido las naciones que conceden á estos establecimientos la importancia

(1) Véase la pág. 167 de este tomo.

que se deriva de tan altos objetos, manifiestan con esto solo bellísimas disposiciones en pro de la general cultura, y satisfacen la deuda de admiración, respeto y gratitud á que se hace acreedora la humanidad de pasados tiempos.

Desde este punto de vista, son notables los esfuerzos de la nación vecina, no ya sólo para proveer á la metrópoli de estos medios de cultura, sino también para extenderlos á sus colonias.

Es verdad que en esta labor, tan importante para la ciencia, le favorecen las circunstancias del país colonizado. Las bibliotecas de la Argelia cuentan con un fondo, más ó menos considerable, de obras arábigas, producto del botín de guerra, de hallazgos, compras ú otros medios por el estilo. Sus museos ofrecen admirable riqueza de productos que las generaciones de otros tiempos, allí residentes, han legado á la posteridad bajo leve capa de tierra en su mayor parte. El suelo de la Argelia, tan fecundo en elementos de riqueza material, lo es todavía más en elementos de riqueza artística, en restos arqueológicos, que yacen por todas partes, esperando en gran parte la obra del explorador que los ponga á la luz del día. En todas las capitales que hemos visitado, van quedando reducidos los museos en su local con el aumento incesante que obtienen sus caudales; y en alguna, como Constantina, hállanse desparramadas, en medio de la plaza pública, ó empotradas en los muros exteriores de la Casba, multitud de inscripciones, algunas de reconocida importancia histórica, á falta de un local bastante espacioso donde guarecerlas de la intemperie.

Para formarse una idea aproximada de los trabajos de los franceses en este punto, citaremos algunas de las poblaciones donde existe algún establecimiento de esta clase, según noticias que tenemos por fidedignas, y haremos lijera descripción de aquellos que hayamos visto. Hay en Orán biblioteca municipal y museo; biblioteca departamental y museo en Argel, amén de las bibliotecas que hay en las escuelas especiales; museo hay también en Tlemecén, Philipeville, Constantina, Bona (en estos dos últimos hay además biblioteca), Setif, Guelma, etc.; todo lo cual no significa sólo la abundancia de caudal científico, denota además, y es justo tenerse en

cuenta, la solicitud con que atiende la nación francesa á la conservación y buen orden de estos restos de la veneranda antigüedad por medio de más ó menos cuantiosos dispendios.

Han tenido también los franceses la feliz idea de lo que llaman exposiciones permanentes, las cuales, ya instaladas en el mismo local del museo como en Orán, ya en local aparte como en Argel, encierran cuanto de notable se conoce en estos países, así en los productos de la naturaleza (animales, vegetales y minerales), como en los productos del arte indígena actual, y ofrecen particular interés á la curiosidad y al estudio.

No cuenta más que dos años escasos el museo de Orán, debida su fundación al celo de M. Damaeght, y encierra ya un número considerable de inscripciones y bajos relieves, una regular colección de utensilios domésticos y objetos de lujo, especialmente romanos, así como una rica colección de armas, medallas y monedas.

Las inscripciones romanas son en su mayoría tumularias, consagradas á honrar la memoria de los muertos y á invocar la protección de los dioses. Las hay también gratulatorias, dedicadas á Septimio Severo, Antonino Pío, Aurelio, etc., en muestra de gratitud por algún derecho ó beneficio concedidos á la localidad que las esculpió; también hemos visto alguna piedra miliaria, destinada, como es sabido, á marcar las distancias, y una ó dos inscripciones árabes sepulcrales, bien trabajadas y conservadas, amén de algunas piedras púnicas, de significación para nosotros desconocida.

Hay también algunos bajo relieves encontrados en Mascara y Orán, entre los cuales nos llamó la atención uno representando á Cleopatra suicidándose con el veneno del áspid. Cleopatra sibi aspidem admisit et veneno ejus extincta est (Eutropio).

Los molinos de mano usados entre los romanos, los yunques, los *doliums* ó grandes tinajas para colocar el vino nuevo, ánforas.... etc.; de todo hay notables ejemplares en este museo, perfectamente colocados y catalogados, con una breve leyenda descriptiva además, colocada sobre el objeto mismo.

Los restos fósiles encontrados en los contornos de Orán, junto con algunos ejemplares de cráneos de razas indígenas,

forman también curiosa materia de estudio de un pequeño salón; pero nada tan interesante como los cinco grandes mosáicos que forman el contenido de una gran sala. Estos mosáicos, encontrados en Saint-Lieu, han sido trasladados con gran destreza por el ingeniero Cuinet. El mayor es de unos tres metros de largo por dos de ancho próximamente, y los asuntos que representan dos de ellos son los trabajos de Hércules y el triunfo de Baco; los dibujos son muy correctos y los colores muy vivos.

El museo de Argel, más rico que el de Orán, se halla, sin embargo, en peores condiciones de local, y cuidado, al parecer, con menos esmero. Instalado en la planta baja del edificio morisco en que se halla la biblioteca, se ven amontonados los objetos en las cuatro galerías que rodean el patio, con poca luz y escasa ventilación. Los objetos é inscripciones de origen romano, son, como en Orán, las que más abundan. En lámparas, urnas funerarias, lacrimatorios (pequeñas botellas destinadas á guardar las lágrimas que hacía derramar el recuerdo de algún difunto), hay una verdadera profusión. La epigrafía árabe cuenta también en Argel con un buen número de inscripciones; los pequeños mosáicos y restos fósiles no escasean; pero lo más notable acaso del museo es una colección de estátuas de mármol, tamaño natural, que están colocadas en los alrededores del patio: las estátuas de Neptuno, Venus y Baco, aunque poco versados en escultura, nos han parecido de mérito sobresaliente: también es interesante la estátua yacente de Jerónimo, mártir cristiano, que fué enterrado vivo en los primeros tiempos de la dominación turca, sirviendo sus huellas, impresas en el suelo, para obtener después de más de dos siglos el vaciado que aquí se conserva.

De Constantina, finalmente, pudiéramos decir que es toda la ciudad un vasto é interesante museo. El que lleva el nombre de tal se halla establecido en la casa Ayuntamiento, en una sala tan exígua que apenas medirá unos cinco metros cuadrados. Allí, como en los anteriores museos, son los vasos y utensilios romanos y algunos árabes, así como las colecciones de monedas romanas y pocas árabes, lo que forma la parte más rica de sus fondos: algunas piedras púnicas, restos fósiles

de animales y productos minerales de la provincia figuran también en sus estanterías: vimos, por fin, una estatua de Baco que llama la atención por su perfecto modelado y buena conservación. Pero hemos dicho que es toda la ciudad un interesante museo, pues por todas partes se ven restos de monumentos, inscripciones en abundancia, que nos permiten en gran parte remontarnos con la imaginación á aquellos tiempos remotos en que las legiones romanas acampaban en Constantina, los curiales y ediles regían á Constantina, las monedas romanas circulaban en Constantina, y era Constantina, en una palabra, capital importante por su población, por su riqueza, por su posición estratégica y por las prerrogativas políticas que llegó á adquirir.

Hemos hablado de las inscripciones de la Casba, y añadiremos ahora, que las hay de gran interés histórico como las en que se habla de la *republica cirtensium*, de la *patrona quatuor coloniarum* (estas cuatro colonias eran Cirta, Rusicade, Mileu, Chullu; hoy Constantina, Philipeville, Mila, Collo).

Hemos también mentado las que hay en uno de los *squares*, cerca de la plaza Valée, donde, entre multitud de inscripciones sepulcrales (muchas de personas que alcanzaron edades avanzadísimas), hay capiteles y fustes de columnas, estatuas de dioses, imágenes de animales, etc.; todo ello, por lo general, ostentando aún hoy rara perfección artística, no obstante los desperfectos que el tiempo y el hombre han causado.

Consérvanse, aunque yo confieso no haberlas visto, dos inscripciones, que con la leyenda *limes fundi sallustiani*, límite de la posesión de Salustio, muestran el sitio donde el historiador de Yugurta y Catilina tuvo una rica posesión, hoy en poder de los árabes. ¡Dios sabe los medios por que llegaría á poseer estos *campi patentes* de que habla en su libro de Bel. Jug. el historiador de la concisión y el declamador contra los vicios y malas artes de Catilina!

No es raro, por fin, encontrarse en los caminos del rededor de Constantina, y dispuestas para material de construcción, alguna que otra inscripción tumularia, que ya en fuerza de su abundancia, llegan á perder gran parte de su interés.

En cuanto á Bibliotecas, diremos, según lo que hemos vis-

to, que la de Orán, simplemente municipal y de reciente creación, ha de ser pobre, á juzgar por las apariencias, pues no pudimos examinarla con detención: la de Constantina es reducida también, pero suficiente, al parecer, para proveer al movimiento literario de la localidad. La de Argel, finalmente, que visitamos por algún tiempo á diario, podemos decir que consta de 35.000 volúmenes próximamente: se halla servida por dos bibliotecarios y un moro encargado de la parte árabe, que contiene más de 1.000 ms., algunos de bastante interés. Sus fondos están divididos en tres grupos, impresos, manuscritos y estampas. Contiene además algunos documentos originales, interesantes para la historia de estas regiones.

Al cuidado y estudio de las numerosas antigüedades de que hemos hablado, se consagran ilustres personajes y corporaciones científicas, que propagan además sus conocimientos en publicaciones no muy vulgares en España desgraciadamente. Entre éstas, la *Revue Africaine* y la que se publica en Constantina bajo los auspicios de la Sociedad Arqueológica, contienen trabajos interesantes, algunos de los cuales han sido utilizados por nosotros en la redacción de los presentes apuntes.

Hemos hecho una sencilla relación de lo que son en Argelia las bibliotecas y museos, y del interés con que se atiende este ramo por la nación colonizadora: Francia ha comunicado los principales centros de población de la Argelia por un sistema de líneas férreas que la ocasionan en algunos puntos verdaderos y considerables gastos; ha construído abundantes carreteras y caminos vecinales; ha mejorado los puertos; y sobre estas mejoras materiales, ha difundido la instrucción con la creación de los centros del saber de que venimos hablando, abiertos á todos, sin distinción de creencias ni de razas: desde este punto de vista, y ante estas consideraciones exclusivamente, yo concluyo preguntando: ¿No sería de desear que el Africa empezase en los Pirineos?

VII

DE CONSTANTINA Á TÚNEZ

Hemos omitido de propósito el hablar de nuestras largas travesías desde Orán á Argel, y desde esta última población á Constantina, porque, á decir verdad, no encontrábamos motivo suficiente para consagrarles un artículo. Extensas llanuras dedicadas al cultivo de cereales ó plantadas de viñedos, grandes porciones de terreno con prados naturales ó artificiales, por donde pace la mansa ternera ó la paciente oveja, que huyen despavoridas al ruido del tren, mientras que un pastor indígena, envuelto en sus asquerosos guiñapos, contempla, tendido en el suelo ó sentado á la turca, las grandezas de Allah, ó mira con una especie de estupor la marcha vertiginosa del tren, que cree tal vez movido á impulsos de alguna fuerza sobrenatural hé aquí el espectáculo más común en aquellas largas y penosas carreras. No es raro, sin embargo, encontrarse en las inmediaciones de algún río, alguno de esos verjeles que encantan, donde el hermoso naranjo y el benéfico eucaliptus, que abunda mucho en Argelia, se agrupan en vistosa armonía con las plantas de jardín. Las ramificaciones del Mecherda y Atlas, que ocultan el tren en su seno en muchos y largos trayectos, son parte principal en la escasísima novedad que ofrecen estos viajes. En las estaciones del tránsito, vése con frecuencia, apoyados en los barrotes de madera que cercan los alrededores de la estación, una fila de curiosos muslimes, que envuelta la cabeza con el blanco capuchón y en actitud silenciosa y estática, más bien parecen estátuas decorativas. La escasa afluencia de viajeros en estos trenes, hace que se detenga muy poco en las estaciones, proporcionando no pocos sustos y zozobras la frase sacramental del empleado francés *a voitures si vous plait.*

Todo esto, que, como se ve, poco ó nada ofrece de intere-

sante ni curioso, me indujo á omitir la noticia minuciosa de estos viajes en que apenas si se separa uno en nada de la marcha ordinaria en las líneas españolas. Mas en el espacio que media entre Constantina y Túnez, me permito quebrantar mi propósito para consignar algunos nombres de gran resonancia en la historia, y citar tal cual particularidad que no merecen, en mi sentir, relegarse al olvido.

Una de las poblaciones interesantes en el trayecto es Guelma, antigua Kalama de que habla San Agustín, donde hemos estado algunas horas de la noche. Consérvase en esta población un teatro romano en buen estado (según noticias, pues que no he podido verlo), destinado por los árabes de hoy á depósito de inmundicias. Si se conmoverán estas gentes ante los restos venerandos de la antigüedad!!

Antes de llegar á Guelma y muy cerca de la estación de Hammam-Mesjrutín divísase desde la vía férrea entre exuberante vegetación una nube de vapor de agua que se levanta á alguna altura. El espectáculo, según la aparencia, es uno de los más interesantes, lo cual nos movió á proporcionarnos noticias de aquel lugar, noticias que trasmitimos á nuestros lectores. Hammam-Mesjrutín es un establecimiento de baños termales, conocidos ya de los romanos con el nonbre de *aquæ tibilitanæ*. Su temperatura en el manantial es de 95° y sus diferentes salidas ofrecen un gasto de 1650 litros por segundo, cantidad á que no alcanza ninguna otra fuente termal de Francia.

Bajo el punto de vista pintoresco, dice M. Richard, médico del establecimiento, los depósitos modernos de la Cascada con sus estalactitas, sus agujas, sus capas, sus columnitas, sus colores varios y las columnas de vapor que coronan aquel conjunto, recuerdan y reproducen en pequeño los depósitos más grandiosos, pero idénticos por su naturaleza, por su origen y por su aspecto de Panbuk-Kalassé cerca de Smirna.

Claro es que la vivaz imaginación oriental, siempre á caza de misterios y hechos sobrenaturales, no había de dejar sin explicación *sui generis* un cuadro tan interesante: y en efecto, supone la leyenda, muy generalizada entre los moros del contorno, que un árabe rico y poderoso, habiendo querido casarse

con su hermana, hizo celebrar la fiesta nupcial; pero en el momento en que el matrimonio maldito iba á retirarse, se desencadenaron los elementos, y luego, cuando todo se calmó, se encontró á los asistentes petrificados: los conos que allí se ven, representan á los actores de este drama: el ruído que se produce por las cavernas subterráneas al paso del viajero, es la música del festín que se reproduce y repite en la orgía infernal: y las columnas de vapor que se levantan son efecto de la acción de Satanás, que sopla de continuo en aquellas aguas.

Otra de las poblaciones por donde pasa la línea es Suk-Ahras, que inscripciones recientemente encontradas atestiguan ser Thagaste de Numidia, patria del más fecundo de los Padres, del inmortal San Agustín: al pasar por ella dirigimos un recuerdo de cariñosa veneración y religioso respeto al hijo de Patricio y Mónica, al autor de las *Confesiones* y de la *Ciudad de Dios*.

No lejos de esta población se encuentra Fremissa, donde estuvo la Thubursicum Numidarum de los Romanos: y por no citar otras poblaciones de menos importancia, concluimos haciendo mención de la antigua Madaura, colonia romana y patria del ilustre autor del *Asno de Oro*, cuadro de costumbres de la sociedad romana, analizado con la sagacidad de su profundo saber por el Sr. Menéndez y Pelayo en su Discurso del Doctorado en Filosofía y Letras.

FRANCISCO PONS.

(Se continuará.)

BRIHUEGA Y SU FUERO

CONTINUACIÓN (1)

Quis alabare de mugier casada.

Tod omme ques alabare que iaze con mugier casada: peche. ccc. soldos. et salca enemigo por. i. anno. si prouadol fuere. si no salues. con. vj. bezinos.

Qui desmintiere aportellados.

Tod omme que desmintiere a jurados o a alcaldes, seyendo iudgando en su camara: peche. x. maravedis. si prouadol fuere. si no salues con. ij. bezinos.

Qui iudgare ante que los aportellados,

Tod omme que seya en razon ante los iurados. o ante los alcaldes. si iudgare el iudizio ante que los aportellados peche i. marauedi a aquellos aportellados ante quien fuere el iudizio.

Sis desmintieren aportellados.

Jvez o alcaldes o iurados, que desmintiere uno atro seyendo en camara iudgando. la calonna que fiziere el uno al otro. por muert o por ferida. o por qual cosa quiere que calonna y aya: peche. la duplada.

(1) Véase la pág. 511 del tomo anterior.

Por ome que tolliere preso a aportellados.

Tod omme que tolliere preso a iurados. o a iuez. o a alcaldes. peche. ccc. soldos. et aya toda la pena que el otro deue auer. et este otorgamiento seya sobre iura que fizieron los aportellados.

Qui ioguiere con mugier ó con fija de su sennor.

Tod omme que ioguiere con mugier de su sennor. o con su fija. por ninguna cosa que aya merecido. nol den nada. et salca por enemigo de sus parientes por siempre. et uaya por traydor. et si preso fuere: muera por ello.

Por ome que demande partieion.

Tod ome que fuere de briuega. o que uenga de fuera de briuega. et demandidiere particion de heredamiento: por quanto pudiere prouar: que de su patrimonio fue dond a auer part. nos le salca por ningun tiempo. si prouar lo pudiere. et si querella ouiere que nol da su particion derecha mientre: fagal derecho con. ij. bezinos. et partas del. et por ganancia ninguna que aya fecho aquel aquien demandaren particion: no recuda por ello. et si pariente no ouiere herede lo el arçobispo.

Si ouieren querella fijos de padre.

Si querella ouieren fijos de padre. o de madre. que todo su derecho no les dieron a partir: iure por su cabeza: que derecho les dio a partir. et si depues de aquesta iura fallaren los fijos alguna cosa que tiene celada (1). que no les dio a partir. partanlo los fijos. et no den part a padre ni a madre.

Si ouieren querella annados (2) de padrastro.

Si querella ouieren annados de padrastro. o de madrastra. que no les da derecho a partir: hata. v. mezcales iure por su cabeza. de. v. hata. x. iure con. i. uezino. et de. x. arriba: iure con. ij. bezinos.

---

(1) «Oculta».

(2) «Antenados» ó «alnados».

Si alguno diere rayz o mueble. a fijos.

Tod ome que diere Rayz o mueble. a fijo. o a fija. et murieren el fijo o la fija. sin fiios: torne la Rayz o el mueble. al padre o a la madre que lo dieron.

Qui diere algo a sus fijos en casamiento.

Todo padre o madre. que dieren alguna cosa en casamiento. o en qual guisa quiere a sus fijos. et si el padre o la madre murieren. entreguen se los otros quando el padre muriere. de la meatad: et quando muriere la madre. de la otra meatad. et esto seya. por otorgamiento de padre. o de madre. quando uiniere a ora de finamiento (1).

Por mugier bibda que quiera casar.

Tod ome o mugier que embibdare. et fijos ouiere et quisiere casar. primero parta con sus fijos que no case.

Por mandamiento de anima. et por quinto.

Tod ome de briuega que mandare por su anima. assi como lo el departiere: assi preste. et si no mandare nada: o no muriere con lengua: de el quinto del mueble á los clerigos de la collacion dond fuere. et el marido pueda mandar a la mugier el quinto de quanto ouiere. et la mugier al marido. et si debdas y ouiere. primero paguen mandas et debdas. et depues tome el quinto de lo que ficare. (2)

Por mandamieto de anima: que uala hata un anno.

Tod ome de briuega que madamiento ficiere por su anima: si uisquiere (3) hata un año: uala el mandamiento que ficiere. et dando el mandamiento que ouiere fecho: los clerigos non ayan poder de quintar lo suyo. et de anno ariba renoue su mandamiento.

---

(1) Esto es, cuando muriere.

(2) «Quedare.»

(3) «Viviere.»

Por ome que mont quemare.

Tod ome que mont quemare. peche. x. marauedis. et el danno del mont quanto lo preciaren bonos ommes.

Por ome que entre carrera o exido.

Tod ome que exido entrare o carrera de conceio: dexe la heredad á conceio: et peche LX. soldos. á los alcaldes. et el querelloso aya el tercio.

Por ome que uenda heredad.

Tod ome que heredad quisiere uender pares (1) en conceio dia domingo a pregon ferido et connombre aquella heredad que quisiere uender: et si estranno la comprare. depues que la heredad fuere robrada. si uiniere parient hata. IX. dias. aya poder de sacar la heredad. dando recabdo de complir las pagas. como el otro cumplio. o auie de complir el que la heredad auie comprado. et finque con ella. et el duenno de la heredad robrela. (2) como fuero es. et de los parientes saquela el mas cercano. de cuya part uiene la rayz. et si la heredad fuere de ganancia. ayan los parientes de la una part la meatad. et los otros parientes la otra meatad. et el que fincare en la heredad. de fiador que la tenga anno et día. et que no la uenda. si no fuere por tal cuyta (3) que no la pueda escusar. et esta cuyta demuestra la al conceio. et iure que no la quiere por a otri. si no por assi. et si sobresta heredad le traxiere a pleyto o a iudizio. et lo uenziere. del dia que lo uenziere hata. IX. dias. paguel quanto auie pagado el comprador. et si esta paga non cumpliere: tengas la heredad el comprador.

Por ome que touire heredad anno et dia.

Tod ome que heredad touiere anno et dia. et ouieren que-

---

(1) «Paresca.» En el original suprimida la última sílaba, sin duda porque cae á la vuelta del folio.

(2) «Confírmela por escritura.»

(3) «Apuro.»

rella del. entrando et salliendo en termino que no ge la demandido hata anno et dia: dent arriba no recuda.

Por heredad que seya de ome que no sea de edad.

Toda heredad que seya de ome que no seya de edad. non le salca por anno. ni por dia.

Por edad de uaron et de mugier.

Todo uaron seya de edad: hata. xiiij. annos. et la mugier hata. xij. annos.

Por hata qual edad deuan pechar.

Tod uaron hata. xiiij. annos no peche. et mugier que seya en cabello: no peche.

Qui tornare su mora (1) *xristiano.*

Tod ome que tornare su moro xristiano. o su mora xristiana: et fijo no ouiere: el sennor herede su auer. o sus herederos.

Por como deuen empennar heredad.

Tod ome que heredad empennare. empennela dia de domingo a pregon ferido en conceio. o en la collacion (2) el domingo sallida de la missa et. estos. ij. empennamientos ualan: et otros no. et la empennadura de la heredad seya de sant martin: a sant martin. et la empennadura de las uinnas seya de marzo a marzo.

de molinos de briuega. como deuen seer.

Los Molinos de briuega: los vieios seyan primeros. et si nouos quisieren fazer: fagan los de guisa que non fagan daño a los uicios. et si mal les fizieren: pechen ge lo el danno que fizieren.

---

(1) «Mora» dice el fuero, pero es «moro.»

(2) «Parroquia.»

Qui tolliere uez a molino.

Todo ome que uez tolliere a otro en molino. peche. v. soldos. et esto sea por otorgamiento del molinero. iurando por su cabeza que uez le tollio.

Qui tolliere agua a molino.

Tod omme que tolliere agua a molino. peche. v. soldos. et si el molino tolliere agua a los vertos (1) el lunes. o el miercoles. o el viernes. o el sabado. peche. v. soldos. et en estos. iiij. dias seya el agua de los vertos. et rieguen primero los vertos. et depues los linos. et depues los cannamos. et depues qui la ouiere menester.

Por herederos de Molinos.

Tod ome que heredero fuere en molinos. et la presa fuere crebada. o la casa quemada. o deraigada. o calce (2) ennarenado et quisieren laurar: pora adobar (3) el molino. et si algun de los herederos no quisieren laurar: lauren. et cuenten. et esquimen. et si pagare lo quel cayere en su razon: den le lo suyo a esquimar: et si no pagare esquimen los otros que lauraron. et el otro no esquime hata que pague: et quando pagare la lauor esquime et ante no. et por lauor que fagan hata. xx. maravedis. iuren con. ij. bezinos: et seyan creidos.

Por quien tengan uoz aportellados.

Jvez ni Alcalde ni jurado. no tenga uoz de ningun ome mientre fuere en el portiello. si non fuere por su ome que coma su pan. o faga su mandado. o por bibda. o por verfarno (4).

Por prender pasada.

Ningun ome non prenda en briuega posada por fuerza.

---

(1) «Huertos»
(2) «Cauce.»
(3) «Arreglar» ó «componer.»
(4) «Huérfano.»

Qui ouiere mester posada demandela al iuez.

Tod omme que posada ouiere menester demandela al iuez. et el iuez deiela alli o dérecho es. et qui la amparare al iuez: peche ij. maravedis. et el iuez no de posada en casa de caualleros. ni de clerigos. ni de bibdas.

Por padre o madre que no an que coman.

Todo padre o madre que fijos ouiren o fijas. si el padre o la madre no ouieren que coman o que uistan. si les quisieren dar los fijos que coman et que uistan: bien. si no faga gelo el conceio dar si ouieren de que.

Qui echare pennos. por pan. o por uino.

Tod omme que echare pennos por pan. o por uino. o por carne. eche pennos en duplo. et si destas cosas sobredichas non quisieren dar sobre pennos. peche. iiij. mezcales. los ij. mezcales. sean del querelloso. los. ij. de los alcaldes. et si no quitaren los pennos hata. IX. dias: sean tranzados. (1)

Qui uendiere carne enfermiza o mortezina.

Todo carnicero que uendiere carne enferma ó mortezina: peche. ij. maravedis.

Por alquile de casa no uaya al arcebispo.

Por aquile de casa no haya ida al arçobispo.

Por fiadura que faga iuez.

Toda fiadura que faga iuez. a. IX. dias depues que salliere del juzgado: sea quita. (2)

Por aduxiere pan o uino a uender

Tod ome que aduxiere pan o uino a uender a briuega: no de portadgo.

---

(1) «Tomados.»

(2) «Dejada» ó «libre.»

Por ome que cogiere portadgo.

Todo portero que portadgo cogiere en briuega. o en su término. si mas cogiere del fuero: tornelo duplado. et si otro ome cogiere portadgo sino el portero o su mandado: peche. X. maravedis. al arçobispo. et torne duplado quanto cogio.

Por xristianos et iudios. et moros que ayan un fuero.

Todos los omes que moraren en briuega o en su término. xristianos. et judios et moros todos ayan. i. fuero.

Quando fueren en almohalla (1) *los de briuega.*

Los omes de briuega caualleros o peones. quando fueren en Almohalla. o en caualgada. (2) primero erechen (3) los catiuos. feridas. bestias. ante que quinten. et los omes de briuega no den mas de una quinta. et si almohalla entrare en el regno del Rey de castiella. fagan assi omes de briuega como les mandare su sennor el arçobispo.

Por omme que ouiere querella de otro.

Tod ome de briuega o de su termino. que ouiere querella de otro. anden primero por su fuero, et qui nos pagare (4) del iudizio de los alcaldes: eches al arçobispo. et no atro ninguno. et por lo que iudgare el arçobispo: en esso queden, et por toda demanda que seya hata. ij. maravedis: no aya ida al arçobispo. et prenda el iudizio de los alcaldes.

Por ome que uenga poblar a briuega.

Tod poblador que uenga poblar a briuega. sea cauero o ifazon (5): biua a fuero de los otros ommes de briuega. et si ouiere ferida de muert o de vida. aya calonna segund uezino de briuega.

---

(1) «Campamento» ó «expedición guerrera.»

(2) «Expedición á caballo.»

(3) «Levanten.» Debe venir del latín «erigere,» como «erecho» debe proceder de «erectus.»

(4) «Se conformare.»

(5) «Caballero ó infanzón».

Por ome que entrare heredad agena.

Tod ome que entrare heredad agena: si pudiere prouar el que demanda la heredad. en la uilla co. iij. bezinos. et fuera con. ij. bezinos dexe la heredad: con xxx. mezcales. al dueño de la heredad.

Por ome ques le entraren su heredad.

Tod ome que ouiere querella de otro quis lentro su heredad. demuestre la por su pie ante uezinos. et si la desemparare entresla com la fallare. et si gela emparare anden se por su fuero.

Qui sembrare heredad agena.

Tod ome que sembrare heredad agena. o pusiere uinna en heredad agena. o fiziere casa en solar ageno. si no gelo pudiere prouar que svio es: iure el otro con. ij. bezinos que no lo fizo en lo suio. et finques (1) con ello.

Por heredad que no ouiere carrera.

Toda heredad que no aya carrera. uayan iuez et alcaldes. et den le carrera por o meior uieren. et que sea mas sin danno. et si alguno la quisiere contrallar. peche. v. soldos. al querelloso. et aquella carrera uala.

Qui sacare a otro los bues o bestias de su hero (2).

Tod ome que sacare a otro sus bueyes o sus bestias. de su hero. o de su era. arando. o trillando. peche. al duenno el danno duplado. et. v. maravedi. de calonna. sigelo pudiere prouar. si no salues con. ij. bezinos.

Por desterminar heredad.

Toda heredad que fuere comprada. si fuere en la uilla seya esterminada (3) co. iij. bezinos. et fuera con. ij.

---

(1) «Quédese».

(2) «Heredad».

(3) Esto es, se les señalen términos ó lindes.

Por heredad que tenga una aldea a otra.

Toda aldea que demadare a otra quel tiene su heredad. uayan iuez et alcaldes et bonos omes de conceio. et estimmen sus heredades segund como fallaren por uerdad et por derecho. et la que fallaren que tiene tuerto a la otra: dexe la heredad. con. x. maravedis a la otra aldea.

Por fornero que mal coxiere (1) *pan.*

Todo fornero que mal coxiere pan o lo nafregare (2): peche lo el duenno del forno.

Por Banno.

Lunes et Miercoles. et Sabado. el Banno seya de los barones. et Martes. et iueves. seya de las mugieres. et el viernes de los iudios. et ninno ni siruient ni siruienta que leuaren. non paguen nada. et si en los dias de las mugieres entraren barones a bannarse. o mugier en dias de los barones: pechen. x. maravedis.

O deuen mugieres testimoniar.

Mvgieres ayan poder de testimoniar. en banno. et en forno. et en fuent. et en Rio. et por sus filazas. et por sus texeduras. et estas que seyan bezinas. o fijas de bezinas. et mugieres que sean de creer.

Por danno de mies

Tod ome que en su myes fallare danno. et el messeguero nol diere el dannador manifiesto: peche el danno. et si el messeguero fallare en myes cauallo. o mulo. o mula. o buey. o asno. de dia: por qual quiere destas bestias: peche. i. almud de qual fructo seya. et por de noch duplado. et por. xij. oueias. et por. xij. ansares. o por. xij. cabras. peche otro tanto.

---

(1) «Cociere».

(2) «Maltratar» ó «echar á perder»: de «nafra», llaga ó herida.

et sea este coto hastal primer dia de abril. et del primer dia de abril. hata que sea cogido el pan: peche esta calonna o el apreciamento. qual quisiere duende mies. et si el sennor del ganado. no quisiere yr a preciar: seya caydo. et iure el duenno de la mies. quanto danno ha fecho por su cabeza. et peche lo todo. et iurando el messeguero pennos en mano qual priso faziendo danno: peche lo el dannador. et si se fuxiere el dannador de la myes. uayan el messeguero tras el et pendrel. et si emparare pennos: peche. v. soldos. et uaya el iuez et fagal dar pennos. et con aquellos pennos aya tan bien poder de iurar. como si fuessen presos en la mies. et si ganado leuare el messeguero a corral. et ge lo tollieren: peche el danno duplado. et si lo leuare duen de mies. et gelo tollieren: peche la pendra duplada. et si la pendra fuere puesta en corral sea pregonada. et ningun messeguero non tome ome preso nil tuelga uestido cerca la carne. mas acote lo cuemo fuero es. et si esta iura no se treuiere fazer el messeguero: iure el duen (1) de ganado que no lo fizo con. ij. bezinos: et partas del. et si pastor ouiere adugalo a derecho.

Por ome que segare mies agena.

Tod ome que segare mies agena. peche el danno duplado. et. xx. mezcales al sennor de la mies.

Por ome que diere fuego á mies.

Tod ome que fuego diere a mies. en era o en campo peche el danno duplado. et. xx. mezcales. a duen de mies. et del dia de sant Migael adelante: no recuda. por danno de mies.

Por ome que laurare con iuuo de bueyes. (2)

Tod ome que laurare con Juuo de bues. de al iuuo de los bueyes un ome et una bestia en agosto. et si mas y metiere pague el iuuero: segund de como tomare.

---

(1) «Dueño.»
(2) «Yugo de bueyes.»

Por ganado que entre en verto.

Si ganado entrare en huerto. et fiziere danno de dia peche el danno. et. i. mr. et por de noch el danno duplado. et. ij. maravedis. si gelo pudieren prouar. et si no: por de dia salues con. i. bezino et. por de noch con. ij. bezinos.

Por ome que taiare uinna agena.

Tod ome que taiare vid en uinna agena. peche. v. maravedis. et por sarmiento. v. soldos et qui taiare parra. que sea puesta en poblado: peche. x. maravedis. et por brazo de parra v. maravedis. et por cada sarmiento. v. soldos. et esta calonna seya del duenno de la uinna o de la parra. et qui cogiere agraz o uuas en uinna agena. peche. xxx. mezcales.

Por ome que coia rosa en verto ageno.

Qvi cogiere rosa en verto ageno o en uinna agena. peche. i. maravedi. si prouadol fuere. si non salues con. ij. bezinos.

Por ome que taiare arbol que leuare fructo.

Qvi taiare arbol que leuare fructo de uinna agena. o de verto ageno: peche. LX. soldos et por la rama. v. soldos si prouadol fuere. si no salues. con. ij. bezinos.

Por arbol que no leuare fructo.

Qvi taiare arbol que no leuare fructo peche. i. maravedi.

Por ome que taiare zumach. (1)

Qvi taiare zumach. o arrancare. peche. LX. soldos. si no salues: con. ij. bezinos. si prouar no gelo pudieren.

Qui no touiere su frontera cerrada.

Tod ome que ouiere heredad en frontera. et no la touiere cerrada assi que bestia trauada no y pueda entrar: no coian

(1) «Zumaque,» planta tintórea muy cultivada siempre en la Alcarria.

calonnas por ello. et si fuere cerrada a fuero: et alguno gela abriere. et prouargelo pudiere: peche. i. maravedi. et cierre la frontera como ante era. si no salues co. ij. bezinos.

Que cosa es frontera.

Toda frontera es: heredad que comarca con la villa. o con exido de conceio.

Por ramas de arbol que passan á otra heredad.

Si arbol ouiere en una heredad et passaren las ramas á otra heredad: coia el otro heredero seyendo en su heredad quanto end pudiere coger de su heredad: sin calonna ninguna. et atal arbol ponga en su heredad: que non faga danno á su uezino.

JUAN CATALINA GARCÍA.

(Se continuará).

EL MENDIGO

ODO el Madrid alto, todo el Madrid-Madrid, el Madrid que se entusiasma con las funciones de toros y se aburre en el teatro Español, el Madrid que aplaude á los actores extranjeros y desdeña á los de su país, el Madrid que está por la gran ópera ó por *La gran vía*, el Madrid de los días y de las noches de moda, el Madrid, en fin, que tiene ó proporciona siete cocineros por semana, es decir, que come siempre fuera ó da de comer á los de fuera; el Madrid de la camelia ayer, de la gardenia hoy y de la orquídea mañana; el Madrid, por último, que da el *visto bueno* á gentes y cosas, admitiéndolas ó rechazándolas según su *clase*, no es, sin embargo, tan frívolo como parece, suele demostrar bastante afición por algo realmente serio, realmente artístico, por la pintura.

Sea por seguir las leyes de la moda ó por espíritu de rivalidad, ello es que atiende á los pintores, que estos suelen ver bien pagadas sus producciones y que los buenos cuadros son objeto indispensable en toda casa de primer orden.

Pues bien, el Madrid antes aludido recorría con afán las salas de la Exposición de Pinturas el día de su inauguración.

Lo más florido de la juventud española presentaba al público los productos de su aplicación y de su talento.

Y el público acudía tan presuroso como bien dispuesto á

admirar los buenos lienzos, á adquirirlos ó á pasar horas enteras y muy agradables contemplándolos.

Los domingos iba el público que sólo puede permitirse el gasto y el gusto de admirar, porque la entrada era gratis; los demás días, excepto los miércoles, iba el que puede gastar una peseta para ver buenas pinturas, mas no miles de ellas para comprarlas, y los miércoles, *día de moda*, en que la entrada costaba más dinero, iban los que tienen ó los que parece que tienen mucho, quienes no gustan de codearse ni con el *público gratis*, ni con el *pesetero*.

Y allí se daban cita las damas más elegantes; unas, acompañadas de sus respectivos maridos y otras de los amigos de sus respectivos maridos, que esto se estila ahora mucho, y no los miércoles, sino todos los días de la semana...

Algunas de ellas, fuesen ó no miopes, servíanse de esos lentes, propiamente llamados *impertinentes*, para fijarse en los objetos y en la concurrencia; casi todas iban bien *trajeadas*, calzadas y *guanteadas;* hablaban más que miraban; miraban más que admiraban; se encaprichaban más que se entusiasmaban, y, por supuesto, á pesar de ser más españolas que Riego, ninguna hablaba ó chapurreaba sino el francés ó el inglés.

Entre todas las de esta *clase* y en primera línea, estaba la joven y linda marquesita de la Rozára, que casó para ser Marquesa y no ser soltera, para ser agasajada y no pasar desapercibida, gastar lujo y para otros fines por el estilo... Y á fe que tuvo suerte, pues le tocó en *ídem* un marido muy á propósito, el cual no se ocupa de ella desde el mes siguiente al en que se casaron. Es un verdadero *club-man*, y por tanto, un huésped en su propia casa, que sus amigos frecuentan más que él; pero esto ó no lo sabe, ó si lo sabe no le importa.

Ni á mí tampoco.

Hallamos á la de la Rozára como siempre, rodeada de sus contertulios y admiradores que eran muchos y *muy dignos* de ser clasificados: unos, pertenecientes á la clase privilegiada, obtienen multitud de favores; otros, los aspirantes, sólo consiguen algún desprecio; varios, relegados á la promoción de graciosos, logran distraerla refiriéndole los chismes de la cor-

te; algunos, descienden á servidores y la adulan, la llevan recados y hasta paquetes, si va de tiendas; éstos, además, y en calidad de bonachones, tienen derecho á sentarse con ella en su coche, y uno ó dos amigos verdaderos, á lo sumo, que sólo la visitan cuando tiene algún pesar.

Pues bien; este coro, y no de ángeles por cierto, ponderaba el mérito de un cuadro notable debido al pincel de Antonio Montano, joven y afortunado artista pensionado en Roma y que entró en Madrid, como vulgarmente se dice, «por la puerta grande». La sociedad toda le mima, le agasaja y le augura el más brillante porvenir, no sólo en el arte de Apeles, sino en el de Cupido también...

Montano es guapo, elegante, pulcro, cuida de no llevar melenas, ni de mirar vagamente y viste con esmero, aunque sin artificio.

Su cuadro el *Mendigo* llamaba justamente la atención; ante él se detenían todos los inteligentes y los que creían serlo, y ante él estaban, según he dicho, la marquesita y su *zaguanete*.

—¡Qué rostro, qué actitud!—decía uno.

—¡Qué verdad de expresión!—exclamaba otro.

—¡Qué dibujo tan perfecto!—añadían los demás.

—¡Qué relieve, qué vigor tan extraordinarios! El estudio de la cabeza, de las manos y los piés es magistral—decían unos cuantos con pretensiones de artistas.

Mientras los restantes exclamaban:

—¡Qué figura tan perfectamente trazada con conciencia de la realidad!

Y en fin, lectores míos, que fuera eterna empresa la de reproducir aquí uno por uno todos los elogios que el *Mendigo* inspiraba. Básteos con esos piropos, recogidos al vuelo, y dedicáos conmigo á la marquesita, que es un cuadro vivo.

Contemplaba silenciosa el lienzo, entre absorta, al parecer, y preocupada en verdad, como quien está fraguando, no un sencillo plan de adquisición, sino un encarnizado ataque á sangre y fuego.

Y fué lo suficiente que uno de los presentes dijera:

—La Duquesa de Ríos está prendada de este lienzo, y me parece que al fin lo adquirirá; no es mujer que se detiene ante

miles de reales más ó menos, por más que ella ofrece mil duros y Montano quiere mil quinientos.

Fué lo suficiente, repito, que la marquesa oyera esto, para que al instante dijese:

—El cuadro es mío; doy dos mil duros por él; ya pueden ustedes decirlo así al autor.

Más tarda cualquiera en decir «amen» que tardó tan fausta nueva en llegar á oídos de Montano, quien se apresuró á dar las gracias con la mayor efusión á su bella protectora; porque el novel artista, conocedor también de la paleta mundana, supo encontrar en ella los más vivos colores para pintarse un risueño porvenir, y pensó: «aquí no basta valer, ni sirve ser modesto; hay que darse tono, que *estar en moda*, y ésta elegante me ayudará á conseguirlo.»

¡Con qué orgullo recibió la marquesita un sinnúmero de felicitaciones por su buen gusto y por sus artísticos y humanitarios sentimientos, puesto que al adquirir aquel hermoso cuadro, no sólo embellecía espléndidamente un hueco de su salón, sino que protegía á aquel joven para quien dos mil duros representaban un gran capital!

—Qué corazón tan hermoso tiene V., marquesa—decíanle todos.

—Yo soy así;—contestaba ella—me gusta hacer bien las cosas, no lo puedo remediar.

Y luego, dirigiéndose á un *tipo* de los que formaban su séquito en clase de *servidores*, le dijo:

—Encargue V. que coloquen el consabido letrero al márgen: «*Adquirido por la excelentísima señora marquesa de la Rozára.*

Y exhalando un suspiro como para dar desahogo á su profunda satisfacción, añadió, pensando en alta voz:

—Duquesa de Ríos, por esta vez te quedas sin satisfacer un deseo.

. . . . . .

Son cerca de las ocho menos cuarto.

Nuestra marquesita, terminada su elegante *toilette*, se traslada al gabinete.

El calor que ya empezaba á sentirse, y que se hacía más

fuerte por la profusión de luces, la sofocaba de tal modo, que se vió precisada á abrir las vidrieras del balcón. Aún no había llegado la noche, ni había llegado tampoco ningún comensal; tenía, pues, sobrado tiempo, no sólo para asomarse y respirar aire menos asfixiante, sino también para entregarse libremente á sus reflexiones.

Abstraída en ellas, no oía ni veía á un pobre hombre, muy viejo y harapiento que la llamaba, implorando caridad, descubierta la venerable cabeza y con la mano derecha elevando el sombrero como para recibir en él la limosna que creía segura.

—Señora, señora, socórrame V.; déme diez céntimos siquiera para ir á comer á la Tienda-Asilo.

Pero la señora que habitaba aquella suntuosa casa y que asomada á aquel balcón esperaba á sus convidados, no oía ni veía al que solicitaba un *convite* para la Tienda-Asilo. ¡Ella que daba de comer á *todo Madrid!*

Pero ¡ay! los pobres no son *todo Madrid.*

¡Son todo desgracia!

Como todo suele llegar en el mundo, llegó el momento en que la Marquesita reparó en el pobre; ¡mas no le llegó al alma su lastimero acento; no le hizo caso, le miró sin verle!

Acaso deseara darle algo; pero para buscar ese algo tenía que hacer algo, tenía que levantarse, llamar, pedir ó sacar dinero, y optó por no hacer nada.

—El Sr. Montano—anunció un criado correctamente vestido.

Y apareció Montano, que, previo saludo y demás preliminares, se apresuró á decirle:

—Marquesa, ¿ha reconocido V. á ese pobre hombre?

—¿Cuál?

—El que hablaba á V. desde la calle.

—No; no me he fijado.

—Pues es el original de mi *Mendigo*, mi gran modelo; ¡infeliz!, es realmente un mendigo, un desgraciado.

Y sin dejar apenas que Montano concluyera, y con febril insistencia, como si no bastara para que el criado acudiese hacer vibrar el timbre, la Marquesa gritaba más que decía:

—¡Manuel, Manuel! Llame V. á ese pobre que está ahí en esa esquina pidiendo limosna, cuide V. de que le den de comer, entréguele dos ó tres duros y dígale además que venga todos los sábados.

¡Triste misión la mía en este intante! Tener que revelar lo que ni yo quisiera saber, para mostrarte, caro lector, cómo la Marquesa se cercioraba del gran efecto que sus palabras producían en Montano, mirándole de soslayo, y cómo ¡fuerza es también decirlo! echando una ojeada hacia la calle, veía satisfecha que el pobre mendigo se iba alejando hasta doblar la esquina y perderse de vista.....

Poco después llegaron los demás comensales, y el criado anunció:

—*Madame la marquise est servie.*

Acto contínuo, todos en correcta formación y en medio del mayor regocijo, se dirigieron al comedor.

Esta elegante pieza parecía un ascua de oro por lo profusamente iluminada, un museo por los objetos de arte allí esparcidos y un jardín por la abundancia de flores y plantas.

Se habló, por supuesto, del consabido cuadro, y su autor, recordando el acto de sublime caridad que había presenciado, refirió, á pesar de los ruegos de la Marquesa para que callase, la protección otorgada por ésta al mendigo que á él le había servido de modelo.

Después de la comida se presentaron los *curdents.*

Me refiero á los que no habían tenido el honor de ser invitados á comer, entre los que se contaban respectivos maridos y mujeres de los comensales, costumbre también muy en uso ahora y que no admite ofensas de ningún género, que esto sería antielegante; otra vez les tocará á ellos no ser *curdents* y... *tutti contenti.*

A hora muy avanzada de la noche concluyó esta espléndida fiesta.

Cuando la marquesa se halló sola en su gabinete, cogió unos billetes del Banco, ya preparados al efecto, y que componían la suma de dos mil duros, precio del consabido cuadro. Después de colocarlos adjuntos á su tarjeta, en un sobre, llamó al criado Manuel y le dijo:

—Mañana llevará V. esta carta al Sr. Montano, y se la entregará V. á él mismo.

—Hasta ahora no he podido contestar á la señora marquesa—se apresuró á decir el criado—que cuando me mandó bajar en busca de aquel hombre, se había ido ya...; pero si la señora quiere, trataré de encontrarle mañana.

—No importa que no lo haya V. encontrado, ni importa tampoco que lo busque V.—respondió la marquesa.

Y cerrando la puerta de su gabinete, hizo punto final á las tareas de aquel día, es decir, salió de escena para ir á descansar, ó ¡quién sabe si á ensayar el papel del día siguiente!

¡La vida no es más que una continuada comedia! ¡Los papeles más simpáticos suele confiarlos el destino á los seres más despreciables, y los más enojosos á los más honrados!

¡Y mientras para con los unos se muestra muy generoso, para con los otros es demasiado exigente!

Ya lo habéis visto con el pobre mendigo: ¡su retrato mereció dos mil duros, y él, en cambio, no consiguió ni diez céntimos, á pesar de haber servido de modelo á dos cuadros, nada menos!:

El que pintó Montano, y el que representó la marquesa.

¡Cómo abundan en el mundo estas farsas!

¡Cuántas actrices tenemos así, que á pesar de no pisar las tablas de un escenario, siempre están en escena!

¡Y cuántos mendigos hay que sirven, no ya para pintarlos, sino para *pintarla!*

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE.

Madrid, Marzo, 1888.

MADRID NUEVO [1]

II

CULTURA

UBO un tiempo en que llegó á ser proverbial la cortesía española. Salido de la Edad Media, período durante el que la ilustración fué privativa de las órdenes religiosas; entrado en el de expansión el pueblo de frailes y soldados, y soldados frailes, vencedor en la porfiada lucha de la reconquista, el descubrimiento de América simultáneamente con las empresas de Carlos V, lo esparció por el orbe, de forma que viera las maravillas de la Naturaleza; á la vez que el resultado á que conduce la asociación de los hombres, y como piedra que rodando largo rompe primero las aristas, se afina luego y adquiere pulimento y brillo al cabo, frailes y soldados aventureros, discurriendo y comentando en las materias del saber humano elevaron el nivel intelectual de la nación á su siglo de oro.

Vueltos de las campañas ó exploraciones á los pueblos; sirviendo el Señor dentro de la heredad en contacto con los que se la labraban, el soldado en la plaza, el monje en el

(1) Véase la pág. 57 de este tomo.

púlpito, el maestro en las aulas, en los Consejos los letrados, á una propagaban y mantenían las corrientes de la cultura, mientras no llegó á significarse la pendiente del descenso, más rápido siempre que la subida, en el orden moral, como en el físico.

División, contienda, lucha fratricida, inseguridad personal, reconcentración consiguiente de los acaudalados con abandono de los distritos rurales, confusión interior, aislamiento de fuera, precipitaron la bajada á sima tan profunda, que hubo de oirse con mortificación punzante designar el borde con frase bien ajena á la fama anterior de urbanidad é hidalguía. *Africa empieza en los Pirineos.*

¿Hubo jamás razón para decirlo?

Analizando los cambios de costumbre se ofrece primero á la consideración el del lenguaje de los Mendozas y Villalobos, universalizado con la prepotencia de la literatura y de las armas. Brantôme, escritor francés del siglo XVI, formó catálogo de los *juramentos españoles*, que por entonces caían en gracia. Pasaban de cincuenta, los más graves, rayanos en la blasfemia y que solían provocar, dichos, la salida á relucir de las espadas; eran *voto á tal* y *pesie á cual.* Andando el tiempo la blasfemia pasó la raya de lo increíble y de lo repugnante, y el juramento se convirtió en interjección de variedad tan rica como grosera. Ningún idioma tiene equivalentes en la idea, en la pronunciación ni el sentido: en los que hablan otros no se hallará persona culta que se permita pronunciar los más inocentes y anodinos: en África, los berberiscos no los conocen; entre nosotros, sin diferencia del mozo de mulas al que se dice caballero y bien educado, en público como en la intimidad se ingieren á guisa de puntuación en la escritura ó de salpimento en los platos.

Por mayor energía y expresión cambió asimismo el tono mesurado y circunspecto que los añejos hidalgos por acá, como las personas educadas de otras partes, tenían por signo de cortesía, elevándose el diapasón con ejercicio simultáneo de puños y pulmones. Hecho el oido á la vocería de los cafés, fondas, estaciones de ferrocarril, Bolsa de contratación, espectáculos y calles, no parece ya que grita el diputa-

do en el Congreso, el actor en las tablas, el cochero en el pescante, ni la criada que redarguye, afectados del contagio ó arrastrados por el ejemplo de la Plaza de Toros, escuela óptima de la cultura del lenguaje y las costumbres.

Suele conformar con el tono la materia de la conversación. La tolerancia es inseparable compañera de la cultura; en ausencia de ésta campea la intransigencia sin impedimento. Los más delicados temas, religión, política, interioridad de las familias, obtienen preferencia, justamente porque enardecen y provocan á la devolución de epigramas ó insolencias.

Diríase que el hábito adquirido en un siglo de guerra interior comunica á los españoles instintivo espíritu de contradicción y necesidad de ejercitarlo, saliendo á buscar las ocasiones, ni más ni menos que se procuran allende las de esparcimiento grato. El desconocido despierta la hostilidad, latente en el alma; el amigo estimula el discurso á rebuscar expresiones que le saquen del asiento, llegando á los resortes de la presunción, de la soberbia y el desprecio.

Acompañando á la palabra la acción en los modales; desterradas por archirrancias las de consideración y respeto juntamente con las máximas que tenía sancionadas la práctica nacional de mutua ayuda; imperando el brutal egoísmo con la idea de la suficiencia indisputable, la ancianidad y la dolencia son objeto de burla; el saber, de negación maligna; la autoridad, de resistencia sistemática.

Por tales senderos llegan á las veces á entenderse dos individuos; tres jamás acuerdan, á no ser en conjuración que tenga por objeto hundir á otro cualquiera que se distingue ó significa.

Excepción á la regla ofrece también el extranjero. No habrá dificultad en la asociación que se dirija á hacerle blanco de la burla, el engaño y el despojo. ¿Qué vienen á hacer aquí esas gentes? Esténse quedos en su tierra y allá se las hayan, sin meterse en averiguaciones de extensión en los límites de Cafrería, ni en buscar material para escritos como los de Alejandro Dumas, padre, viajero en España.

«Cada oveja con su pareja.» Los extremos de la suavidad

de expresión y de expresión de sentimientos, se guardan y reservan acá para las damas que al encuentro parecen. Dirigirlas requiebros, seguirlas *velis nolis*, intentar la imposición con insistencia, es galantería llevada al colmo con pagar el asiento de tranvía ó el vaso de agua con azucarillo que tomaron, ajenas al impensado obsequio. ¡No les gusta! ¿Por qué salen de casa ó lo hacen sin escudero armado de garrote? Las moras no salen nunca y nadie osa faltarles al respeto. ¿No empieza el África... donde se dice? pues que hagan otro tanto, sin darse á la imitación absurda de inglesas trotadoras, capaces de dar la vuelta al mundo solas con su maleta y su virtud.

Las fórmulas de cortesía entre hombres han quedado reducidas al ofrecimiento del cigarro del estanco, en círculo pequeño; en las mesas todo cumplimiento es excusado. Sálgase de la Iglesia ó del teatro, el empuje del más fuerte, el empleo de los hombros, de los codos, de los puños, según caso, se recomiendan por medios expeditivos y naturales de primacía.

No son únicos; en los bolsillos de las chaquetas y aun de las levitas, va apercibida la navaja de Albacete ó la pistola de Eibar, cuya existencia, por rareza, dejará de hacerse patente en concurso grande; sea en celebración del patrono de la Villa y Corte, San Isidro; sea en las verbenas de las albahacas, en las elecciones de Diputados, en el entierro de la Sardina, en el Café flamenco. Por rareza igual dejarán de encontrarse las heridas en la espalda de los que las reciben. Ahora una plaga de Otelos, de pronto aparecida como la filoxera, esgrime las armas contra bailarinas, costureras y mozas de vivir alegre, rasgando el privilegio de merecimientos que en todo y por todo otorgó al sexo débil la citada hidalguía ibérica.

La masa inculta es formidable; en un momento rompe las vallas, si ofrecen estorbo á su deseo de ver la procesión que pasa ó de oir al orador de moda; pero es mil veces peor el individuo ineducado que á solas se deleita con el mal, disparando la cervatana contra el cristal de una tienda; rompiendo los faroles de las calles; arrojando inmundicias en las puertas; y cuenta que esta especie bastante numerosa no

procede de lo abyecto; obra suya son los letreros y las figuras indecentes de las paredes, y en testimonio literario, si en las puertas de local concurrido existe por anuncio distinción de *entrada* y *salida*, sin vacilar se dirige á la salida para entrar y viceversa, dispuesto, en caso de haber vigilante que ratifique la indicación, á discutir, gritar y protestar contra el abuso de la autoridad que coarta su albedrío.

Relativamente es superior la cultura en las últimas capas sociales de Madrid. A ser de su número los invitados á la recepción de la Embajada de China, no hubieran dado, en absoluta seguridad, el espectáculo que los enviados del Celeste Imperio tienen que agradecer á los caballeros de frac.

Ver á estos caballeros, allí ó en otra invitación gratuíta, cómo se arrojan sobre los manjares y las copas; observar que entre ellos hay alguno que distraidamente pasa á los bolsillos dulces, cigarros, servilletas y cucharillas; encontrarse á la conclusión el propietario de gabán de pieles con una capilla sin pelo de tonta, es encontrar á la par datos para un tratado instructivo de cultura y distinción.

Separadamente los ofrece el tipo caballero muy interesantes, y el autor del libro de *Madrid Nuevo* no dejará de recoger ejemplares que ilustren el útil repertorio esperado. Por doquiera se encuentran. Con billete de primera clase en ferrocarril disfrutará de un teatro en que alternen por etapas los actores, clasificados de personas decentes. Quiera ó no, tendrá conversación é interrogatorio; presenciará la operación del desembarazo de las botas de los compañeros al sonar el pito; á su tiempo le brindarán tortilla con chorizo y aguardiente del Mono; si el cierzo de Ávila sopla, haciendo prudente la elevación de los cristales, pasarán sobre sus rodillas, á ser alfombra de los piés, cáscaras de naranjas, tripas de salchichón, el papel de la tortilla con algún desperdicio de lo del Mono, material que se amplificará cuando, limpia la navaja en la cortinilla ó en el cojín del coche, vuelva al bolsillo, saliendo los fósforos y los cigarros.

¿Es cuestión de baños salutíferos? Qué satisfacción entonces, prolongar en la más estrecha caja de la diligencia la sociedad del amigo de la tortilla, señora y niños, por el pe-

queño sacrificio de admitir sobre las piernas la cesta de provisiones de la familia, ya que no hay posibilidad de colocarla en otra parte. Todo lo compensa la entrada triunfal en el establecimiento.

El caballero resulta ser maravilla en los negocios; baja al comedor con gran cadena de oro, sortijas de brillantes, reloj con iniciales, zapatillas y sin afeitar... como en el campo: entre platos fuma su cigarrito; á la llegada del correo acude puntualmente al gabinete de lectura, y no habiéndose puesto para él la súplica escrita de no sacar del local los periódicos, se apodera de los que le cuadran llevándolos á su cuarto.

Si tienen *santos* los conserva, porque se entretengan los angelitos; si no los tienen, también, para que hagan pájaras.

La señora, que llamaremos por asimilación, de la Tortilla, muda tres trajes al día; encuentra detestables los platos, lo que no obsta á que ejercite el derecho que le asiste á gustar de todos y repetir de algunos en las cinco comidas, rodeada de los dichos angelitos, primorosos como ellos solos. Para eso paga.

A las veinticuatro horas sabe esta señora la vida y milagros de los comensales; las sabe y las cuenta. La del vestido de terciopelo, con tanto tono, está debiendo cuatro meses al casero; la de los pendientes de zafiros, tiene que agradecer á un militar buen mozo que la escolta; la que come en mesa aparte y no baja la cabeza á nadie, es la marquesa de Tres estrellas; más la valiera quedarse en Madrid cuidando á su pobre marido. De los hombres, uno ha escapado á sus investigaciones; se pasea solo, no juega al tresillo, no habla, ni siquiera se ha llegado á saludarla. ¿Quién es ese ente? pregunta á dos jóvenes que se divierten en tirarla de la lengua.

—Es un catedrático, dice uno.

—¡Un catedrático! ¿Cómo se llama?

—Creo que es Arquímedes, que busca el punto de apoyo.

—No será gran cosa; nunca he oido ese nombre.

De los casinos, círculos políticos, sociedades de recreo, oficinas del Estado, cuarteles, conciertos de beneficencia, tomará el autor consabido cuantos quiera, retratos ó esbozos, apareciendo manifiesto por la colección el uso del paño bur-

do en las exterioridades de las clases acomodadas, no se tomará el trabajo de buscar encajes en las ínfimas. ¿En qué fábricas los hallarían á su alcance?

Las escuelas desterraron aquellos libros *Amigos de los niños*, que contenían reglas triviales de urbanidad, y en las *cajas de cosas* no han destinado en cambio receptáculo que enseñando como los adyacentes «esto es un ladrillo; esto es un formón,» diga, «*esto es la cultura; no se come.*» La prensa diaria no suple la deficiencia de las aulas usando del poder sugestivo de sus columnas enciclopédicas.

En las praderas desiertas de los Estados Unidos de América, fundan algunos hombres una escuela y un periódico; pocos meses después hay allí un pueblo, y en vida de los que pusieron la primera piedra llega á ser ciudad y aun capital de Estado. En otros lados ciudades antiguas vienen á pueblos, sin haber tenido en la evolución periódicos ni escuelas.

Grande, fecundo elemento de ilustración es la prensa si la inteligencia, el patriotismo y la honradez aunados lo emplean en beneficio general. Alcánzase la aspiración con lauro y provecho de los colaboradores, cuando una asociación formula el plan, elige los gerentes y vigila la marcha.

El atractivo de la lectura populariza el periódico, multiplicando el número de suscritores; la cuantía de estos abarata fabulosamente el precio del ejemplar; los ingresos consienten que se encomiende á las especialidades de más nota el estudio y exposición de las cuestiones que suscriben con su nombre, y por la división del trabajo se logra no pase inapercibida ninguna que merezca consideración. ¿Ocurre algún suceso que perturbe el modo de ser de una región? Al punto conoce el suscritor la situación que ocupa, los medios de comunicación, la historia, la geografía, los hombres que la gobiernan, los frutos que la tierra produce, los que en cambio necesita. Llega telegrama enigmático al parecer? La redacción lo explica supliendo la concisión de las palabras.

El lector disfruta en su butaca de la impresión de los espectáculos; conoce lo que las Academias deliberan; sabe la utilidad que reportan el descubrimiento de una modificación,

y el uso de una lámpara económica. La política, la literatura, la vida del campo, las ciencias naturales, la especulación se ofrecen á su vagar, metódica, clara, amenamente expuestas. El erudito aprende diariamente alguna cosa nueva; el ignorante recibe las nociones que le ayuden á dejar de serlo.

Londres, Nueva-York, Viena, Moscóu, Berlín, París, cuentan periódicos de esta especie con provecho de la población, de los escritores y de los accionistas; en Madrid no alcanzan á tanta altura. Fundados generalmente los diarios políticos por la personalidad, tienen por objeto la batalla contra otras personalidades, á las que por cualquier medio se trata de desprestigiar; la sala de conferencias del Congreso, es el centro esencial de informaciones; la redacción de un suelto sangriento, transparente, pero no denunciable á los tribunales, el *summum* de la habilidad del periodista.

Son pocos; viven más de esperanzas en la elevación del patrono, compensador en su día del trabajo con generosa distribución del presupuesto del Estado, que con la realidad del estipendio exíguo que constituye por de pronto un desembolso. El periódico no tiene suscritores ni lectores; tampoco se imprime para eso: basta que otros periódicos lo cambien y que el Gobierno conozca la existencia.

¿Qué influencia han de tener en la cultura semejantes condiciones?

Tiénenla más perjudicial que beneficiosa. La intransigencia en opiniones; la violencia de lenguaje; la pasión enconada; el sistemático empeño de deprimir lo que procede de partidos adversarios; el incienso prodigado sin medida á lo que es propio, forman escuela moral de propaganda, en cuanto al fondo. Luego, exigiendo muchas líneas las columnas de un pliego de grandes dimensiones, se encarga la provisión á principiantes que se satisfagan con la oferta de atender á los méritos futuros, quedando por su cuenta la revista de toros, la estadística de suicidios, la sección de crímenes espeluznantes, buena para desviar el curso de la justicia, instruir á los delincuentes y endurecer los sentimientos del pueblo. Considéranse noticias de sensación para esta parte

del periódico haber visto juntos en el Prado al diputado Calamita y al General Centurioñes, ó que el acaudalado banquero Milenario marcha á los baños de Archena.

¡Oh! qué tipos tan curiosos sacará nuestro autor de *Madrid nuevo*, entre la simpática confraternidad de aprendices de periodista ya iniciados en el sacerdocio de ilustración de sus semejantes. Entre ellos nos mostrará los inclinados á desbrozar los penosos senderos de la ciencia y á dar mano de amigo á ingenios abandonados del Gobierno en la tarea laboriosa de hallar la cuadratura del círculo y el movimiento continuo. Entre ellos los que amparan á los *astrónomos* de Zaragoza, de Palencia ó de Marinduque, ya que por españoles no los ampara nadie, ni el vulgo reconoce la ciencia infusa de que están dotados.

En los observatorios de la América del Norte, tras años de compulsa atenta y de estudio auxiliado con muchos instrumentos, no se ha conseguido hasta ahora otra cosa que utilizar el cable telegráfico para anunciar la marcha y dirección de un fenómeno atmosférico iniciado, al paso que estos *astrónomos* intuitivos *predicen un ciclón* cada semana, sin el estorbo de bagaje literario. ¿Quién dudará que han de distinguir con el tiempo la temperatura y el temperamento, y aun que han de averiguar lo que es ciclón y lo que es astronomía?

A hombres de ciencia de la escuela espontánea á que pertenecen los apóstoles curanderos también, y al concurso de la prensa, somos deudores de descubrimientos peregrinos; ejemplo sea el que se hizo tras de los terremotos de Andalucía, de salir en Granada el sol más tarde que solía, ó el de los adelantos de la mecánica que consintieron á un conspicuo personaje descender en las minas de Riotinto hasta la galería *dieciseisava*... Así va la gente ilustrándose más de lo que se piensa, pues claro es como la luz, que no siendo necesario para llegar á astrónomo haber pasado del silabario, con el título de bachiller basta y sobra para aspirar á un Gobierno de provincia, que al fin y al cabo no es arco de catedral.

Sin embargo, el periódico satírico y de caricatura no la ha emprendido todavía con la ciencia matemática. Andase por otros aledaños de la cultura, escarneciendo las convic-

ciones y las creencias. Sin avaricia de la perfección de espíritu lograda, por no perder el tiempo en loarla, lo emplea en dirigir el insulto y la befa á lo que los menos ricos de inteligencia se empeñan en tener por respetable y venerando. Es trabajo de machacante que la mente no se fatiga mucho; los mismos colorines, las mismas figuras siempre. Como el individuo de que antes se hablaba, no teniendo cristales en casa, tira piedras á los del vecino, escondiendo la mano.

Tras de la prensa va por la senda de la suavidad de las costumbres el teatro. En opiniones, las refleja; en otras más absolutas las impone; en el justo medio no se discute que sea factor en la cultura de los pueblos. Los grandes dramaturgos españoles influyeron sin género de duda en las de sus tiempos. Lope de Vega formó con sus comedias un compendio histórico de los grandes hechos de la nación y una galería de personajes ilustres. Calderón puso en acción los impulsos generosos; todo lo noble, honrado y caballeresco; dibujaba las pasiones por mostrar el modo de vencerlas; dejaba hablar al grosero materialismo de uno á fin de contrastarlo con el espiritualismo de otro; si un hidalgo, caballero, capitán; si un Rey caía en la debilidad de lo indigno, plebeyos, alcaldes de monterilla había que supieran reparar los daños.

Viviendo Latorre, ostentaba aún el telón del teatro de la Cruz la leyenda en latín, *Deleitando enseño*, lo que quiere decir que no es antidiluviana la fecha del cambio en los derroteros adoptados por autores y actores, viniendo los primeros á resolver, según se dice, problemas sociales con escenas jamás vistas en la vida real.

Por amplificación y generalización de espectáculos se han creado los teatros de función de hora, que en relación con los serios son lo que la hoja satírica al diario político. Alabar la abnegación, poner á la vista actos desinteresados no sería divertido; hace reir más el marido burlado, el trabajador hambriento, el tahur en carretela; rateros, gitanos, enamorados, cocineras suelen componer el personal de las revistas con música, donde la procacidad ridiculiza los actos del Gobierno, la rectitud de los tribunales y la morigeración en la

vida privada. Se ha ensayado, como en el papel de las caricaturas, copiar en cartón la fisonomía de cuantos se elevan por autoridad, caudal, saber ó suficiencia, sobre el nivel de lo vulgar, como ariete que contribuya á derribarlos en el lodo donde la envidia se recrea; y porque nada quede intacto de lo respetable, se ha importado lo que llaman *can-can*, por complemento del chiste chavacano y del retruécano indecente; invención mejor que copia, porque el cancán francés, lascivo, no está desprovisto de gracia, mientras el cancán de los teatros de Madrid, artísticamente considerado, produce en los nervios impresión analógica á la de un inglés cantando peteneras.

Pero el público se deleita, se instruye y se civiliza, por la módica cantidad de dos reales; aplaude á los autores de música y letra, á los actores payasos y á las *suripantas* sin vestir; los teatros se llenan; la caja del empresario al compás

«.....pues es justo
hablarle en necio para darle gusto.»

Tal lenguaje necio se usa en las novelas erótico-patibularias, que consiguen los honores de segunda edición; con todo, el libro influye poco en la cultura de Madrid. El género de vida no deja tiempo que destinar á la lectura, propia de aquellos climas en que perpétuamente está aplomado el cielo, y donde el hogar es refugio necesario.

La perspectiva de reintegración al período de cortesía se presenta pues, como en orden y limpieza, lejana y desvanecida; esperemos que el autor de *Madrid Nuevo* la acerque con el análisis comparativo y cuantitativo. Si se compone algo con imitar sabiendo que los franceses inscriben en los edificios públicos *Liberté, Egalité, Fraternité*, podría ponerse aquí, ni en letras tan gordas, ni en más de los que se dedican á la enseñanza; escuelas, institutos, seminarios, universidades, academias, esta definición que no encierra precepto imperativo ni cohibe la libérrima aptitud de no aplicarla:

LA BUENA EDUCACIÓN CONSISTE EN NO HACER NI DECIR NADA QUE MOLESTE Á LOS DEMÁS.

F. HARDT.

REVISTA DE TEATROS

ONFORME á lo que indicamos al finalizar nuestra anterior revista, vamos á dar por terminada nuestra misión despidiéndonos de nuestros lectores hasta el próximo Septiembre, después de decir algunas breves palabras respecto al resultado que á nuestro humilde juicio podrá tener la crisis por que atraviesa nuestro teatro.

Ociosa y por completo inútil había de ser esta tarea si nos guiáramos, ó más bien nos dejáramos llevar del primer golpe de vista que la cuestión presenta; porque en este caso, y al contemplar los oscuros horizontes que la envuelven, no dudaríamos en declarar paladinamente y sin reservas, que la decadencia de nuestro teatro era tan patente como imposible de evitar, opinión que tenía por fuerte base y sólido fundamento las razones que hemos venido manifestando en el transcurso de estas mal hilvanadas líneas, y que se sintetizan en la carencia de obras dramáticas propiamente tales, en la escasez, que cada día aumenta de una manera visible, de actores, y en las condiciones esenciales que caracterizan á nuestro público.

Pero si bien no podemos negar la fuerza de estas causas, tampoco podemos menos de comprender que considerando al teatro como una diversión eminentemente social, se ve sujeta por lo tanto á cuantas variaciones y metamórfosis experimen-

ta la sociedad en que vive, traída y llevada siempre por el flujo y reflujo de la civilización, del progreso y de la cultura, en constante lucha con los trastornos naturales que traen consigo los vientos de las reacciones, del marasmo y de la apatía.

Estos efectos se han notado siempre en nuestro teatro; y si comparamos lo que era antes y después del cristianismo, comprenderemos la diferencia notable que se observaba entre un teatro que nacía dentro de una sociedad propiamente escultural en que la materia lo era todo, y el que surgía de un pueblo espiritual por excelencia que, indiferente á la belleza del cuerpo, sólo estimaba las perfecciones del alma, y sin medir la profundidad de la honda sima que mediaba entre el fatalismo y el libre albedrío las pasiones abandonaron su apatía, se ennoblecieron, y como dice muy bien el Sr. Gil y Zárate en uno de sus más eruditos discursos, «adquiriendo una importancia que antes no tenían, crearon situaciones, engendraron vicios y virtudes hasta entonces desconocidas, las que contribuyeron á la complicación asombrosa del nuevo estado del hombre.»

Los principios sociológicos ó constitutivos del pueblo griego dieron la vida al teatro y al mismo tiempo que adquirían mayor valor y predominio en los pueblos tomaba mayor incremento el teatro; así es que careciendo el teatro griego de lucha de afectos y pletórico en la expresión de pasiones vehementes, contrastaba de prodigiosa manera con el de las épocas posteriores, al que pasiones nuevas le daban nuevo carácter, siendo la más principal el amor, el que, como indica el dramaturgo antes citado, fué la base regenerativa de las composiciones dramáticas; empezando una nueva era, rompió los vetustos moldes de la antigua *Fedra* para dar vida y alientos á los ensueños de Shakespeare, á las mujeres de Lope y los galanes de Calderón.

Ahora bien; si la civilización y la cultura que lleva en sus alas el tiempo, obra estas transformaciones y produce estos cambios y si en sus diversos giros hemos visto que los movimientos de las sociedades han influído directamente en el teatro, dándole diferentes formas y llevándole á situaciones perfectamente críticas, que constituyen tres épocas á las que dan

nombre *Lope de Vega*, *Moratín* y *Bretón de los Herreros*, qué extraño es que en la presente atraviese uno de esos momentos del cual pueda resultar, ó una decadencia irremisible ó una crísis momentánea, como nosotros creemos, cuyos resultados vamos á suponer, analizando rápidamente la época actual.

No se necesita ser muy lince para conocer sin esfuerzo alguno que en la sociedad actual—aunque á primera vista esto parezca una paradoja—se encuentran mezclados y confundidos, y así como en grotesco montón, todos los elementos más esenciales de las antiguas épocas, y que por ser los que les imprimían carácter genuíno, se muestran hoy más salientes, borrando las tintas características necesarias en toda sociedad, por lo que á poco que discurramos nos vemos frente á frente con la sociedad escultural y materialista de Grecia, con lubricidad y apasionamiento que se distinguía en la de Roma, con el espiritualismo é indomable fiereza propio de los tiempos medios y con el fanatismo intolerante y romanticismo candente que se dibujó en los comienzos de este siglo y que se ha venido borrando paulatinamente hasta encontrarnos en la actualidad con un abigarrado conjunto tan imposible de comprender como difícil de expresar.

El amor, que desde el renacimiento fué la base sustantiva de la poesía y del drama, por ser el génesis de aquella sociedad que empezaba á formarse y que envolvía en su aurora los primeros albores del teatro, es hoy una mezcla de espiritualismo y materia, que recordando aquellos días pone en las manos del amante el revólver del suicida ó el puñal del asesino ó el florete del duelista, inventando un nuevo juicio de Dios, en el que ni la fé ni la pasión intervienen para nada, como no sea para dar una torcida interpretación al concepto del honor, tan traído y tan ultrajado en estos tiempos.

La justicia, el respeto, la honradez, la dignidad, la noble emulación y el amor á la patria se han confundido lastimosamente, ó por mejor decir se han unido en afrentoso concubinaje con la soberbia, con la ira, con la venalidad, con la adulación y con el servilismo de tal modo y en tal forma, que el hombre abjura de los ricos tesoros con que la omnipotencia quiso enriquecerle para convertirse en un autómata de aspira-

ciones propias y agenas, haciendo caso omiso del libre albedrío y de la inteligencia, ni más ni menos, aunque en sentido inverso, que en aquellos tiempos en los que todo sometía á la fuerza y á la fatalidad, y que poniendo en el corazón y el brazo en Dios y en su dama, se cometían todo género de atrocidades como hoy algunas inconveniencias á los ecos de igualdad ante la ley, amor á la patria, desinterés y fraternidad.

La Religión, la moralidad, la familia y la política andan por esos mundos de Dios disfrazadas de filantropía, libertad, progresos y derechos ilegislables y libertad de conciencia, dando rienda suelta á todas las pasiones, á todos los vicios y á todos los abusos, y por resultado el mismo que en los tiempos viejos, cuando á la sombra del absolutismo y su tiranía el señor feudal se rebelaba contra el rey, el plebeyo contra el noble, el clérigo contra el obispo y el monarca contra el Papa, todo á la voz de Dios, Patria y Rey, como hoy á la de Patria y Libertad se desconoce ésta y no se mira mucho por aquélla.

Pues bien, sin entrar más en el fondo de la cuestión, porque á nuestro juicio basta y sobra con lo dicho para una idea de la época actual, inútil será insistir que el teatro ha de seguir las corrientes de la sociedad en que vive, y que bien se le conceptúe como una simple diversión, bien como una diversión culta, ó ya como el fiel reflejo de las costumbres, de un modo ó de otro ha de participar forzosamente de la índole social que le envuelve, y por lo tanto, someterse á sus mismas leyes, correr los mismos peligros y presentar su mismo carácter, lo que viene á ser motivo más que suficiente para que, teniendo que abarcar extremos contradictorios, encauzar en la forma dramática tendencias diametralmente opuestas, aspiraciones encontradas y elementos inconexos, se vea colocado tan difícil y crítica situación que reclame un génio superior que le regenere dándole nuevo aliento y nueva vida.

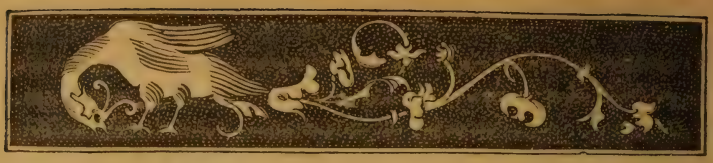
Se nos dirá que esto en sí es difícil, y no faltará quien lo califique de imposible; pero nosotros nos limitaremos á presentar hechos que probarán que lo parecerá, pero que no lo es, como lo prueba la dramática francesa que en *Fedora*, *Fernanda*, *El Maestro de las Herrerías*, *El Demi-Monde*, *El Cocodrilo*, *Fe-*

rreol y otras, en la que se han buscado los puntos más salientes de la sociedad moderna para retratarlos ó para combatirlos, ejemplos que pueden seguir nuestros dramaturgos contemporáneos, tan dados á traducir pero no á crear, y que parece se desdeñan en seguir las huellas de aquéllos á quienes traducen *calamo currente*, sin ver lo que pierden con esto y ganarían con aquello, como lo hicieron literatos eminentes en época no muy lejana, dejando impreso su ilustre nombre sin menoscabo de las letras y de su prestigio en sinnúmero de traducciones que abrieron ancho campo á otros para dar nuevo sér y vida á nuestro teatro contemporáneo.

Este sería un medio de salvarle del estado de postración en que se encuentra y de salvarle de la crisis por que atraviesa; á no ser así, tendremos que conformarnos con ser testigos de los principios de su decadencia y contentarnos con aplaudir á Novelli en la interpretación del *Cocodrilo*, y sufrir con paciencia las aberraciones patentizadas en dicha producción dramática, á la que salva la ejecución, por ser una de las más defectuosas del repertorio francés, y las no menos palpables que se advierten en *Avisos útiles*, *Don Manuel Ruiz* y *Los inválidos*, estrenadas en Eslava, Apolo y Martín.

Y aquí terminamos la tarea que emprendimos en los comienzos de Septiembre del 87, despidiéndonos de nuestros lectores hasta el mismo mes del 88, agradeciéndoles sinceramente la benevolencia que nos han dispensado y sintiendo en el alma no haber correspondido como hubiéramos deseado á su constante favor y deferencia.

RAMIRO.



LA MANO IZQUIERDA

Continuación (1)

XI

Cuatro días después de la última fiesta cinegética del Chateau de Villepaix todavía se notaban en éste las huellas del desequilibrio á que había sido sometida temporalmente la reglamentada morada, desequilibrio sin precedente, puesto que obedecía al del amo de la casa, que en otras ocasiones había mantenido el orden alrededor de sí, limitando el desbarajuste á pequeñas proporciones. Ahora todo se resentía; los muebles habían danzado de una parte á otra; los caballos, tan cuidados y ceremoniosamente tenidos, habían caído en manos de aficionados que los habían sacudido por su cuenta y riesgo. El jardinero tuvo que improvisar en un gran invernadero recién construído, un jardín de invierno en cuya tarea le habían ayudado las gentes del *Chateau* y hasta la misma Mad. de Soissey, moviendo resueltamente las carretillas cargadas de plantas y echando la primera paletada de tierra en la plantación de la magnífica Araucaria central. El cansancio de estas cosas notábase marcadamente después de pasada la fiesta. No entraban en orden las dependencias según lo tenían otras veces de costumbre. Descuidábanse los de fuera; se descuidaban los de

(1) Véase la pág. 301 de este tomo.

casa y á pesar del celo innegable de Mlle. Serval, se veían cosas mezcladas, cuartos sin arreglar, armarios sin vajillas; notábase, en fin, la ausencia de aquella voluntad organizadora que era la fuerza coercitiva de aquella casa. Con efecto, M. de Beaufort no se ocupaba de nada. Lleno de iniciativa, chispeante, siempre en primera línea durante la fiesta, había hecho los honores de una manera tan cortés, sin dejar de ser original, que los invitados de otras veces no volvían de su asombro y cada uno se formaba su teoría de causas determinantes fortificada al comunicarse con la de otro y teniendo siempre por base la desaparición de algunos personajes y la aparición y persistencia de otros en la escena. Sin embargo y á pesar de aquel alarde de animación, M. de Beaufort sufría. No era ocasión aquella de hacer el galanteador con Ángel ni había sido otro su objeto que complacerla haciendo, por uno de esos heroísmos de enamorado, con la mayor naturalidad del mundo, la cosa que le era más contraria, por cumplirle un deseo; pero había creído que esto se le tomaría como buenos méritos y que sería recompensado. Poco pedía: con una mirada de agradecimiento, con una expresión de cariño dicha de vez en cuando, aprovechando un momento oportuno y afectando los temores del recato, se hubiera contentado. ¡El que se siente envuelto en la inexplicable bruma de la desventura es feliz con tan poco! Pero nada hubo para él; ni sonrisas de cariño, ni palabras de agradecimiento: las agudezas, las provocaciones, el brillo de los resplandores mundanos, todo era para todos; en aquel territorio donde imperaba, sus dones de soberana eran repartidos con la más perfecta igualdad. Si alguna preferencia se había marcado era hacia el lado de M. Julio; pero en verdad, éste bien la merecía. Saltos aventurados, tiros acertadísimos, suficiencia de buen ginete, alardes de fuerza hercúlea, todo lo había probado aquel día, siendo por unanimidad proclamado rey del Sport. Justas eran, pues, las preferencias de la soberana. Y, ya fuese por ellas, ya por la escitación desarrollada en sus potentes músculos, ya tal vez por la satisfacción íntima que le proporcionaba el servicio que á su hermana estaba haciendo, ello es que aquella *bonne nature*, exuberante de salud, sentía extremado goce, y sólo con su vista lo producía en los

demás, excepción hecha de M. de Beaufort, el cual se iba poniendo lívido á medida que enrojecía su cuñado, como si de su misma sangre saliesen aquellas llamaradas de vida.

Amelia había pasado muy buen día. Observaba el alejamiento en que se mantenían su marido y Mad. Soissey, Julio venía á tener con ella frecuentes apartes, que concluían como en los buenos tiempos con aquellas carcajadas homéricas de los dos hermanos, y al verse en la diversión que tanto le gustaba íbase poco á poco reponiendo y acababa de restablecerla la inesperada ayuda y el descanso real y positivo que con la persona de su sobrina Cecilia le había llegado. ¡Cosa más singular! Aquella muchacha tan inútil y que había considerado siempre poco menos que como una calamidad, presentábasele ahora con la oportunidad de la discreción misma para ayudarla y servirle de mucho.

Encontrábasela á su lado en aquellos momentos en que una ama de casa necesita de alguien para dar una orden y hacer una advertencia: por su intervención, veíase á lo mejor desembarazada de un importuno, y más de una vez una lijera advertencia suya le impidió el cometer una lijereza.

—¡Es extraordinaria esta chica!—decía aquella noche á su hermano en la sesión que tuvieron antes de acostarse.—Yo, que la había creído tonta, me encuentro con que es la más lista de la casa. No puedes imaginarte los servicios que me está haciendo. Hace ya días que debe haber adivinado mis disgustos; yo nada le he dicho; pero sin hacerme zalamerías viene consolándome y siendo mi providencia. Es la sombra de esa mujer; no sé cómo se las arregla, que siempre sabe á dónde va y lo que trama; para policía secreta no tiene igual. ¿Pues y hoy? Hoy me ha dado la vida; jamás me he visto tan bién secundada. Te aseguro que esta criatura se está ganando mi voluntad. ¡No sería Rosa capaz de hacer otro tanto, con ese egoísmo frío con que ha pagado siempre nuestro cariño!

—La ingrata es intratable.—Y habiéndosele escapado en un suspiro aquel indicio de pesar, M. Julio siguió charlando alegremente con su hermana, la cual, animada por las comunicaciones que recibía y haciendo nuevos proyectos de ataque y defensa, prolongó la conferencia hasta muy avan-

zada la noche, sin sospechar que en aquellos momentos bregaba su marido, no ya con dolencias morales, sino con el mal físico que se determinaba en su organismo de una manera alarmante.

La desacostumbrada agitación del día y sus contrariedades habían puesto á M. de Beaufort en un estado que á él mismo le daba miedo; y sin hablar con ninguno de los de la casa, ni dar órdenes, se encerró en su cuarto, luego de la desaparición del último convidado. Pero ni aun allí encontraba sosiego, y ni le rendía el cansancio, ni el descanso le tranquilizaba. Vanamente intentó distraerse leyendo ó escribiendo; la agitación aumentaba, á modo de los ruídos lejanos y amedrentadores que preceden á los grandes huracanes. Y no podía decirse que aquello estuviese sostenido por la lucha de sus cavilaciones con sus sentimientos: todo lo había dejado de lado, ocupado solamente por el terror de aquello que sentía venir. Un momento tuvo vértigos y su cabeza le pesaba, privándole de la facultad de pensar. Después, cuando este desorden iba desapareciendo y tranquilizándose un poco su corazón agitado, sintió de repente que este corazón cesaba de latir, y una suprema angustia, apoderándose de su sér, dióle impulso suficiente para arrojarse á la falleba de una ventana, en la cual quedó clavado sin alcanzar á abrirla, sintiendo las ansias de la muerte y creyendo llegado el último momento de su vida. Aquella agonía también pasó, y pudo por fin respirar; pero ¡con qué fatiga! Fría y húmeda estaba su frente; la noción del sufrimiento era tan viva, que sentía no haberse muerto en el instante anterior, y tardó mucho tiempo en poder abrir la ventana. El aire, que convertía en cristales de escarcha la capa de humedad cercana á la tierra, vino á auxiliar sus pulmones y á vigorizar su cuerpo con el sacudimiento de un escalofrío que le fué favorable. Tuvo acción entonces para moverse y tocar su timbre, y momentos después, Valeria le prestaba los cuidados de que tanto había menester: encendía la chimenea que se había dejado apagar, preparaba una bebida calmante y dejaba instalado á su señor en una butaca con mantas y almohadas, porque acostarse en la cama no le era posible ni intentarlo. Con esto y con la prohibición absoluta de decir á

nadie lo que ocurría, volvióse la muchacha á su cuarto, no á dormir, sino á esperar el día, dispuesta para acudir al primer llamamiento de su amo, y aun proponiéndose vigilar el cuarto para tomar otras medidas en caso de necesidad. Pero no la hubo. Al día siguiente, al salir de él más tarde que de costumbre, todo el mundo encontró á M. de Beaufort de muy mal color, y sus facciones, que parecían haberse abultado, presentaban una expresión diferente de la suya habitual. Pero como se limitó á decir que no había pasado buena noche, nadie le creyó verdaderamente enfermo. Sólo supo la verdad del caso Mad. de Lagarde, informada de aquello, como de todo lo que pasaba en casa, por su fiel Valeria; y dando al caso la importancia trascendental que podría tener, habló de él con Adolfo Deville, el cual se propuso examinar en persona el aspecto del enfermo antes de formar juicio sobre su gravedad. Así las cosas, y singularmente dulcificada Mad. de Beaufort por el giro de los últimos sucesos, principióse á tratar de cambios de residencia, y Mad. de Soissey declaró que, no necesitando para nada volver á su palomar, se marcharía á París el mismo día que se fuera Mad. de Beaufort, y prepararía su instalación de invierno mientras su madre deshacía la del verano.

Muchos días hacía que Ángel no iba á su casa; por completo tenía olvidada á su madre, y aunque recibía de ella muchas cartas, no se veía que contestase á ninguna. Tampoco se le notaba deseo de frecuentar la sociedad de su marido: cuando éste venía al *Chateau*, inventaba todo género de excentricidades para alejarse. Si á fuerza de perseverancia conseguía hablar algunas palabras con ella, dejábala en una situación de espíritu tan rebelde, que era temible para aquéllos á quienes tenía en jaque. Si el pobre M. Berton cesaba de parecer por allí dos ó tres días, ella se mostraba mucho más tranquila. Y bien merecía el calificativo *pobre*, el marido de nuestra elegante. ¡Pobre de espíritu, pobre de dinero, pobre de energía y pobre de dicha!

El infeliz no ocultaba sus desfallecimientos, y ni siquiera aquella impasibilidad con que antes acompañaba los éxitos de su mujer, le prestaba apariencia de aplomo: veíasele aturdido,

envuelto en los azares que le despeñaban de sus alturas. La víspera de la fiesta, había venido, al parecer, con el propósito firme de hablar con su mujer, y siéndole imposible hacerlo á solas, se había arriesgado á decir delante de Mad. de Beaufort y Cecilia:

—Querida—debo advertiros que mañana no puedo venir.

—No os inquietéis por eso, nos pasaremos sin vos.

—Siendo los asuntos que me llaman de carácter algo serio, como vuestra madre está informada de ellos, es posible que sufra al verse sola...

—No conocéis á mi madre, amigo mío; nunca sufre en la soledad mientras sabe que yo estoy satisfecha;—y sin añadir una palabra más, se alejó de su marido, y no le volvió á ver en toda la tarde.

El día que volvemos á reanudar nuestra narración, todavía no había vuelto á parecer por el Chateau M. Berton, y su mujer guardaba sin abrirlas todas las cartas que desde Soissey le habían sido dirigidas. Mad. de Beaufort, deseosa de terminar la situación presente, fijara su vuelta á París para el día que pudiese dejar su cuarto Mad. de Lagarde, y esto debía suceder muy en breve, porque ya la enferma, sentada en el diván de su alcoba, en las primeras horas de la mañana y últimas de la tarde, podía soportar la luz. Esta prueba, felizmente intentada los dos últimos días, puso fin á la sustitución de una enfermera por otra, pues de común acuerdo Rosa y Cecilia querían evitar que Mad. de Lagarde se enterase de lo que ocurría. Y es el caso que entre las dos primas había ya un secreto, y que con toda su independencia de carácter y su superioridad moral innegable, estaba Rosa completamente en poder de la voluntad de Cecilia. Cuando se toma vuelo, se va de prisa. La segunda parte de la conversación con el filósofo, el día que los acompañamos por fuera de la puerta del parque, debió abrir nuevos horizontes á las ideas de Rosa, y nuevos caminos á los sentimientos de su corazón. Ello es que salió lo más tarde que pudo del cuarto de la enferma, para encerrarse en el suyo. Que asistió al día siguiente, como sonámbula y sin escuchar nada, al almuerzo de familia, donde se hablaba con gran animación de lo ocurrido el día anterior, y que

Cecilia aquella tarde no tuvo ningún paso que dar: á la hora acostumbrada, Rosa se presentó en el cuarto de Mad. de Lagarde, y al hacerse la sustitución, una mirada de inteligencia cambiada entre aquellas tres personas, estableció entre ellas un acuerdo de conocimiento y de reserva, que por ninguna trató de ser mixtificado. Cuando ya el restablecimiento de la enferma hizo imposible la continuación de aquel estado de cosas, de Cecilia partió la iniciativa para que pudiesen continuar los coloquios en lugar más apartado.

—¿Vas esta tarde á la casa del guarda?—preguntó á su prima de la manera más significativa.—Rosa, después de mirarla algún tiempo, contestó:

—Iré á la casa del guarda, y desde la ventana me veréis.

No hubo necesidad de otra cosa. Cuando Rosa atravesó el parque envuelta en pieles y seguida de su celoso Athos, encontrábase precisamente Cecilia en el cuarto de la enferma, y supo dar á ésta conversación tan entretenida, que M. Deville se creyó en libertad para ir á tomar el aire y á dar un buen paseo, cosa que se repitió también al día siguiente.

. . . . . .

Eran las nueve de la mañana cuando Mad. de Beaufort mandó á buscar á su hermano.

—¿Sabes que hoy Armando no me gusta nada?

—¡Bah! es porque tus celos se van disipando.

—Déjate de tonterías, Armando está enfermo; tiene muy mala casa y esta mañana he visto que se ha hecho levantar aún más la cabecera de su cama de manera que duerme incorporado. No me he atrevido á mirar si tiene los piés hinchados, pero las manos están abultadas, y la cara también. Yo no le puedo dejar de esta manera y esa mujer se nos va á quedar colgada todo este tiempo: No sé qué hacer.

—Ya sabes que Armando siempre ha padecido: ¡bah! no se muere. Los ricos tenéis mucho apego á la vida y él se agarra con uñas y dientes. Creo que puedes marcharte tranquila, y en último caso, luego que hayas plantificado á la otra allá, te vuelves.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

La manifestación naval.—Buen brindis.—Consecuencias políticas de la Exposición de Barcelona.—Los gritos del infortunio y el aplazamiento de la crisis.

RANDIOSO espectáculo ha sido en verdad la reunión en las aguas de Barcelona, de las flotas pertenecientes á las grandes naciones de Europa. Es el *meeting* más imponente de nuestros días, la manifestación más terrible de los colosos de los mares, que hablan con destructoras lenguas de fuego y cuya voz atronadora, al salir de los cañones de grueso calibre, tiene ecos espantosos y amenazas que estremecen.

Los alemanes han dicho que esa manifestación europea, verdaderamente extraordinaria, se debe, en primer término, al deseo que tenían las grandes potencias de expresar á la Reina Regente de España la veneración y simpatía á que es acreedora por sus méritos, y por los beneficios que ha derramado sobre su país. Y los publicistas ingleses añaden que no ha sido para ellos sorpresa alguna, que la Reina de España reciba el espontáneo homenaje que, por los extranjeros, no se da sino á aquellas personas que se distinguen por su carácter elevado y su gestión beneficiosa. Porque, llamada súbitamente la joven Reina Cristina á gobernar un pueblo tan altivo é inquieto

como el de España, ofreció pronto al mundo la prueba de que era una gobernante hábil y leal. Haciéndose superior á los temores y personalidades, y sin arredrarse ante los nuevos bríos que á los republicanos y carlistas daban las circunstancias de su viudez, cogió las riendas del Estado con una decisión y un valor que, sin exagerar, podríamos llamar heróicos. Bajo sus auspicios, España ha vuelto á ser un factor necesario en la política europea; ha convertido sus Ministros plenipotenciarios en Embajadores, y si no cuenta aún con los recursos de las grandes potencias, éstas tienen que considerarla como un voto no despreciable ante las graves cuestiones internacionales que esperan solución en el porvenir.

Legítimo era pues, el orgullo del Sr. Sagasta, cuando, á bordo de la fragata *Numancia*, exclamaba en elocuente brindis:

«¡Saludo á los Soberanos y á los jefes de Estado de las naciones de Europa y de América que aquí están representadas! ¡Saludo á los pueblos que nos han enviado, para honrar á España y á la Reina, á los bravos marinos que veo sentados conmigo en esta mesa! ¡Saludo, permitidme esta excepción, que todos habéis celebrado con la voz de vuestros cañones, por ser hoy sus cumpleaños, á la ilustre Reina de la Gran Bretaña, que hace ya más de medio siglo que está haciendo la dicha del pueblo inglés!

Yo no sé cómo corresponder en nombre de mi querida patria á las pruebas de afecto, de consideración, de cariño, á los homenajes, á las muestras de respeto que habéis dado, que estáis dando á la ilustre y magnánima Reina que para dicha y gloria del pueblo español se encuentra al frente de sus destinos.

Permitidme que, ya que habéis venido á este puerto, vosotros, que mandáis las escuadras mas poderosas que han cruzado los mares; vosotros, que tenéis en vuestras manos tantos y tan incontrastables medios de destrucción y de muerte, con ocasión de celebrar esta gran ciudad la fiesta de la paz y del trabajo, á que ha invitado á todos los pueblos de la tierra, permitidme que, á nombre de un país modesto, que, aunque ha ocupado lugar tan preeminente en la historia del mundo, sólo aspira hoy á regenerarse y á engrandecerse con el trabajo

y con la paz, os formule el deseo más ferviente que haya en el fondo de mi corazón, y que estoy seguro que responde á vuestros propios sentimientos.

Sed en todas partes vosotros, que podéis sembrar tan fácilmente por donde quiera que vayáis la tristeza, la destrucción y la muerte, lo que habéis sido en España: mensajeros de paz, de vida y de júbilo.

¡Qué gran gloria para mi patria y para mi Reina si, cuando el mundo tiembla ante la idea de un conflicto que pudiera encender una guerra por tierra y por mar tan desastrosa como no la han visto los pasados ni el presente siglo, fuera la gran solemnidad del trabajo que celebra España en 1888 ocasión de que las grandes naciones estrecharan fuerte y definitivamente lazos de fraternidad y de concordia, como vosotros todos los habéis estrechado unos con otros, y todos con esta España, que os envía y envía á vuestros pueblos por mis labios el testimonio más acendrado de su agradecimiento!

Tal es el voto que yo hago al brindar por vuestras respectivas naciones y por los Soberanos y Jefes de Estado que las rigen. Tal es el ruego ferviente que yo elevo á la Providencia en presencia de todos vosotros, bien seguro de que, si estos votos se realizan, ganarían la cultura y el progreso humanos, la grandeza de los pueblos, la civilización del mundo, el bienestar y el porvenir de la humanidad.»

Tiene razón el Presidente del Consejo de Ministros de la Regencia. El honor ha sido mucho, y ninguna gloria pudiera ser mayor para España, que si esa formidable manifestación naval perdiese ante nuestra gran fiesta del trabajo toda competición guerrera, y llegase por coincidencias misteriosas á ser prenda de la paz de Europa.

Lo sensible es que no estén las probabilidades de parte de ilusión tan grata.

***

Por muchos conceptos, aun bajo el punto de vista político, es perfectamente presumible que la Exposición Universal, nacida al calor del entusiasmo y de la actividad de Cataluña,

dé frutos espontáneos y en alto grado beneficiosos á la patria.

Ahora mismo, esa visita de la Corte y del Gobierno á las playas catalanas, puede ser ocasión de serios estudios sociales y de soluciones económicas de la más alta trascendencia.

No han cesado todavía los repetidos plácemes de los periódicos más importantes de Europa, franceses, alemanes, ingleses é italianos, que diariamente nos hablan con elogio del viaje de S. M. á Barcelona, reconociendo toda la fuerza del sentimiento monárquico en los pechos españoles. Pero esos periódicos tienen hoy otros muchos asuntos sobre el tapete y sus plácemes obtendrán tregua, á medida que el eco de los vítores y el humo de las recientes salvas se disipen en el espacio.

Y sólo quedará luego la realidad con todas sus necesidades, la vida normal de Cataluña con todos sus actuales y tristes apuros. Después de las ceremonias y festejos á que se ha visto obligada la Corte, vienen las visitas de la Reina á las fábricas y á los asilos, la aparición de la pobreza y del abatimiento en el centro y en las cercanías de aquella importantísima capital, víctima hoy de los desaciertos gubernamentales, de los Tratados de comercio y de todos los triunfos del librecambio, impuesto por las preocupaciones de los Ministros del fusionismo, poco solícitos por los afanes y merecimientos de la industria española. Intereses de valía, capitalistas y numerosas masas obreras, gimen víctimas de una crisis que no puede prolongarse; y muchos fabricantes y miles de trabajadores aparecen con los brazos cruzados y en desconsolador abatimiento. ¿De qué servirían los organismos políticos si no se tratase de llevar remedio á la agonía que amenaza matar nuestra agricultura y nuestra industria?

***

Ha pasado la hora de las ofuscaciones de escuela, y llegó el momento de examinar á sangre fría y de remediar los infortunios del trabajador y del contribuyente.

Ha dicho el corresponsal en Barcelona de un popular periódico madrileño, que el Sr Sagasta, con su peculiar sindéresis se proponía aplazar para Octubre toda solución y toda crisis.

Propósitos caprichosos y profecías absurdas. ¿De qué serviría la opinión pública, si las etapas de la política pudieran conducirse á voluntad y precisarse á plazo fijo?

El sentido común contesta á tan extravagantes hipótesis con las siguientes palabras, formuladas por el decano de la prensa de Madrid:

«Cierto es que las crisis ni se aplazan ni se plantean á fecha fija en un país constitucional; pero esto se entiende cuando se vive en un país que no sólo tiene una Constitución, sino también un Gobierno que llena escrupulosamente sus deberes. Es condición natural en los pueblos que se gobiernan por el sistema representativo la existencia de dos partidos, uno de acción progresiva y otro moderador del movimiento: esto es lo esencial, importando poco las denominaciones con que se designen esos partidos.

»Es ley de existencia para esos partidos que gobiernen con el prestigio necesario, que apliquen sus doctrinas sin apresuramientos peligrosos, y que si para continuar al frente de los destinos públicos han de faltar á su credo, cedan el poder á quien se halle en aptitud de ejercerlo, no sólo sin el sacrificio de principios y antecedentes públicos, sino en perfecta consonancia con lo que siempre se ha proclamado.

»¿Ha procedido ni procede el Sr. Sagasta con la lógica de doctrina y conducta necesaria en el jefe de un partido y de un Gobierno constitucional? ¿Es jefe y símbolo de una situación política ó de los intereses de una agrupación? ¿Se ha propuesto gobernar, en la recta acepción de esta palabra, ó mantenerse en el poder y mantener á sus amigos en las posiciones en que los ha colocado? ¿Ha aceptado las crisis en las solemnes ocasiones en que las imponían los acontecimientos, ó ha prescindido de las más rudimentarias conveniencias políticas, aplazando la solución de los conflictos, entregándolo todo al azar, únicamente por ganar tiempo y continuar en el mando?

»Recuérdese lo ocurrido en el anterior período fusionista: la resistencia que oponía á ceder ante el empuje de la opinión, sin que parecieran afectarle sus fracasos económicos, administrativos y políticos; sin que fuesen suficientes para inclinar su ánimo á la renuncia de su presidencia ni el desconcierto

que introdujo en la Hacienda y en la Administración, ni las ignominias de París, ni las sublevaciones de Badajoz, La Seo y Santo Domingo.

Véase lo que en los dos y medio últimos años ha sucedido, con especialidad durante la presente legislatura: recuérdese cuántas veces se ha impuesto la crisis, unas por la fuerza de la lógica, otras por la ruda oposición de sus propios amigos, y no pocas por la franca y bien explícita opinión del país, profundamente contrariado en sus intereses por la obstinada aplicación de ciertas doctrinas, con especialidad en el orden económico: ahí está Castilla con sus enérgicas representaciones; ahí Cataluña con sus desdenes, con sus explícitas muestras de desvío y desagrado para los actuales gobernantes.

¿Cuándo ha aceptado noblemente el Sr. Sagasta las consecuencias de tan críticas situaciones? Por espacio de más de un mes se ha estado recientemente hablando de crisis, no en los círculos oposicionistas, sino entre los ministeriales: se han hecho combinaciones, se han formulado candidaturas, se ha anunciado la modificación más ó menos profunda del Ministerio, siempre, por supuesto, bajo su presidencia; y todo ¿para qué? Para concluir porque el Sr. Sagasta, en vista de los graves inconvenientes de la crisis, la aplazaba, unas veces para una fecha, otras para determinado acontecimiento. Y se aplazaba por su exclusiva iniciativa y voluntad, como ahora se aplaza para época más lejana que la que anteriormente se había señalado.»

Esta es la verdad que se abre paso.

Y ante todas estas incontrovertibles realidades, que son la exacta síntesis de la actual situación política, parecen cosas ya muy secundarias los disentimientos acerca del sufragio universal ó de las reformas militares, las actitudes de los Gamazos y hasta aquellos síntomas perturbadores que amenazan disgregar las huestes enemigas de los partidos llamados á turnar constitucionalmente.

A.

REVISTA EXTRANJERA

Fuerzas marítimas de las grandes potencias.—Síntesis de la manifestación realizada en el primer puerto comercial de España.—Entre la vida y la muerte.—Luchas francesas.—Alemania y Rusia.

NTE nosotros, en el puerto de Barcelona, acaba de presentarse Europa tal cual es en este momento histórico. Todas las naciones rivalizan en cortesía; pero todas viven también arma al brazo y mirándose de reojo.

Las grandes potencias de Europa han querido hacer gala de sus fuerzas marítimas.

Francia posee una armada respetable y con buenos elementos; actualmente tiene 28 acorazados, de los que 10 son de primera; 18 son de segunda; posee además 7 guarda-costas acorazados, 57 cruceros de diferentes categorías, 4 cruceros-torpederos, 8 cañoneros acorazados, 40 trasportes, y 150 torpederos.

El estado actual de las fuerzas navales de Alemania es el siguiente: 13 acorazados de primera, 14 de segunda y tercera, 8 fragatas-cruceros, 10 corbetas, 5 cruceros, 5 cañoneros, 7 avisos, 10 barcos-escuelas y 9 diversos; total, 81 de todas clases. Tienen estos barcos 503 bocas de fuego de diferentes calibres, y hay que añadir á estos recursos los de la marina mercante, que prestaría auxilio en caso de guerra, y que se componía en 1887 de 2.328 barcos de vela, y de 529 vapores.

En 1876 Rusia había gastado en un período de diez años

250 millones próximamente en su escuadra; se puede calcular en una cifra igual lo que ha gastado después. Entonces tenía 29 barcos de los mejores tipos; á fin del pasado año 1887 tenía 80, sin contar una flotilla numerosa de torpederos, la más importante de Europa, que se puede calcular en 100 de primera y otros tantos de segunda, de los cuales 87 están en el Báltico.

Austria tiene una escuadra compuesta de 27 barcos de primer orden, entre los que están el *Archiduquesa Stefania* y el *Archiduque Rodolfo*; 4 fragatas acorazadas, 13 cruceros, 14 guarda-costas y 80 torpederos.

Italia, según los últimas declaraciones hechas en la Cámara, cuenta actualmente con 179 buques de guerra, de los que 71 son acorazados, ocho trasportes y 61 torpederos. A esta poderosa marina hay que unir los recursos importantes que á Italia presta su excelente marina mercante, una de cuyas compañías ha llevado á Abisinia 17.000 hombres en dieciseis días y con 18 vapores. Todo el material de la escuadra italiana es nuevo y pagado á peso de oro; el *Duilio* ha costado 15 millones; tiene 103 metros de largo y 20 de ancho, pareciendo un monumental castillo que surge de las aguas; lleva cuatro cañones de 100 toneladas, que lanzan los proyectiles á 1.000 kilómetros de distancia. El *Italia* es todavía mayor; tiene 128 metros de largo y 23 de anchura.

Pero limitándonos á la manifestación naval realizada en nuestras costas, puede decirse que las principales consideraciones quedan resumidas en las siguientes líneas, que merecen consignarse:

«Italia, Francia, Inglaterra y Austria han enviado los mejores acorazados que constituyen el núcleo de sus fuerzas navales, y del examen hecho de unos y otros hemos deducido que, como fortalezas flotantes, como buques de fuerza para sostener combate reñidísimo, son los italianos los que ocupan el primer lugar, siguiendo por orden correlativo Inglaterra, Francia y Austria.

Dejando á un lado la opinión de los que defienden la eficacia de los grandes acorazados, sin detenernos á discutir qué tipos de buques serían los más convenientes para un país como

el nuestro, desde luego consideramos el *Lepanto*, el *Italia*, el *Duilio* y el *Dandolo*, como las mejores unidades tácticas para ofender y defenderse de una escuadra enemiga.

Con un desplazamiento de 14.000 toneladas pueden estos buques soportar una coraza de 48 centímetros, cuatro cañones de á 100 toneladas y disponer de una velocidad de 18 millas por hora, casi igual á la de los mejores cruceros y buques rápidos. Sólo sacrificando un gran desplazamiento es como pueden combinarse en un buque las más ventajosas condiciones ofensivas y defensivas, incluyendo entre éstas las que se relacionen con el ataque de los torpedos y torpederos.

Italia, aquella nación que hace algunos años no era digna de ocupar un lugar entre las potencias marítimas, posee hoy 10 acorazados, que sin duda alguna son los más potentes del mundo, por ser los más modernos y de tipo más igual; mientras que Inglaterra, á pesar del gran número de acorazados que tiene á flote, sólo posee terminados hoy siete que puedan compararse á los italianos, si bien inferiores en tamaño, coraza y artillería, siendo muy digno de tener en cuenta la causa que ha movido al Almirantazgo inglés para ordenar hace poco la construcción de cuatro grandes acorazados, como son el *Sant Parail*, *Renown*, *Nilo* y *Trafalgar*, con cuyo refuerzo aumentará sus escuadras.

Francia es cierto que ha presentado en las aguas de Barcelona buques como el *Courbet*, ejemplar correctísimo de un buen acorazado; pero lo mismo este buque que sus compañeros no pueden igualar en condiciones militares á los italianos.

Austria acudió á lo que pudiera llamarse certamen marítimo, con cinco buques; pero todos ellos de mediano desplazamiento, y construídos hace diez años ó más, pueden clasificarse como acorazados de segunda clase, y nada hay en su armamento que no esté en armonía con el período de su construcción.

Hacemos caso omiso de los demás acorazados que, perteneciendo á otras naciones, estuvieron en Barcelona, porque Alemania, Rusia, Holanda, Portugal y los Estados Unidos de América, bien porque no hayan creído oportuno enviar escuadras, ó bien porque carecían de ellas, lo cierto es que su re-

presentación en Barcelona no permite juzgar del estado de sus marinas militares.

Ahora bien: si, como dejamos indicado, Italia mereció el primer lugar entre las fuerzas navales, en cuanto afecta al número y calidad de acorazados, otro tanto sucede respecto al resto de buques de segundo y tercer orden. Sus cruceros, *Giovanni*, *Bauzán*, *Etna* y *Vesubio*, son magníficos buques en su clase, y nada, absolutamente nada dejan que desear en cuanto se refiere á sus condiciones militares y marineras, mereciéndonos igual concepto los caza-torpederos y torpederos que acompañaban la escuadra de acorazados.

Los dos cruceros franceses *Condor* y *Milán* no son comparables á los italianos ni en tamaño ni en condiciones militares, si bien los torpederos, como sucede en la generalidad de los países, pertenecen á tipos y condiciones muy semejantes.

De Austria pudimos ver y examinar dos tipos de avisos ó cruceros torpederos muy buenos, como son el *Panther* y *Leopard*, y también corresponde á esta nación el notable caza-torpederos *Meteoro*, buque construído en Alemania, después de haber sido conocidos los resultados obtenidos con nuestro *Destructor*.

Inglaterra, en vez de cruceros protegidos, avisos y torpederos (aparte del *Surprise*, que condujo á la Duquesa de Edimburgo), envió, además de los acorazados que forman la escuadra del Mediterráneo, cinco buques antiguos de los que en aquel país se dedican á escuelas de instrucción para marineros, cabos de cañón y guardias marinas, razón que nos priva de emitir nuestro juicio respecto á esta parte integrante de las escuadras modernas. Aparte, pues, de los resultados comparativos que pudieran deducirse después de examinar las fuerzas navales reunidas en Barcelona, lo que salta á la vista, lo que aparece desde luego indiscutible es la necesidad de fundar el poderío marítimo en buques que reunan á las condiciones ofensivas las mayores defensivas, sin que deba darse más importancia á los cruceros y torpederos que la de meros auxiliares de los buques acorazados.

Las mejores condiciones de la evolución, la mayor velocidad, la más impenetrable coraza, la más potente artillería y la

mayor fuerza viva para el caso decisivo de batirse á espolonazos; he ahí las condiciones apetecidas en todo buque moderno y que sólo pueden alcanzarse en los grandes acorazados.

Los que en España propagaron la idea de que con cruceros y torpederos podíamos algún día ser respetados como nación marítima, padecieron sin duda el error que produce la aparición de toda novedad.

Tiempo es ya de que pensemos con cordura y de que las determinaciones de los poderes públicos respecto á la reconstrucción de nuestra marina estén libres de toda pasión de partido. Si no, triste es decirlo, pero España debe renunciar á los ideales que pretendió realizar con la ley que pone en práctica el actual Ministro de Marina.»

*
* *

La mejoría del Emperador de Alemania, que felizmente se acentúa y las incertidumbres inspiradas por la enfermedad del Emperador del Brasil, postrado en su lecho en Italia, vienen siendo asunto de cálculos diversos en el periodismo europeo.

También la prensa alemana da grande importancia á la opinión expresada por el célebre profesor de jurisprudencia y de historia constitucional de Heidelberg, Hermann Schilze, acerca de la ley de sucesión de los dominios de Holanda, en el caso de fallecer su actual Soberano Guillermo III, cuyo estado de salud es muy delicado.

El citado profesor funda su opinión en la Constitución revisada para el Luxemburgo de 27 de Noviembre de 1886, cuyo artículo 3.º dice: «La Corona del Gran Ducado es hereditaria en la familia de Nassau, en conformidad al pacto de 30 de Junio de 1783 y al art. 71 del tratado de Viena de 9 de Junio de 1815.»

Hermann Schilze sostiene que á la muerte del actual Rey de Holanda será su sucesor su hija Guillermina, Princesa de la Corona en cuanto á los dominios holandeses propiamente dichos, mientras que el Gran Ducado de Luxemburgo, que depende ahora de la Corona de Holanda, por una especie de unión personal, de la misma manera que el Schlwig Holstein pertenecía en otro tiempo á Dinamarca, deberá volver á la casa de Nassau, que tiene todavía varios representantes.

En el caso de que esta regla de sucesión se respete, no es probable que el Luxemburgo vuelva á ser un Estado federal alemán, sino un Estado independiente, caso de que la fuerza de las circunstancias no disponga otra cosa.

*
* *

Los radicales franceses se han reunido en la sala del Gran Oriente para formar una liga masónica contra Boulanger, no obstante ser ellos partidarios de la revisión constitucional. Muchos estudiantes han dirigido un mensage al ya famoso General, reprobando las tumultuosas manifestaciones de otros compañeros de estudio. Las derechas de la Cámara popular se han reunido igualmente en París en el Hotel Continental, acordando trabajar por todos los medios posibles, parlamentarios y extra-parlamentarios, para conseguir la disolución de las actuales Cámaras y las reformas constitucionales. En medio de todos estos hechos, se descubre la imposibilidad de una coalición republicana, único medio de salvar al Gabinete y amparar la Presidencia del Sr. Carnot.

Pero ninguno de estos asuntos preocupa en estos momentos tanto como la campaña inaugurada por el Canciller de Alemania, en el terreno económico, contra el Imperio moscovita.

Evidentemente, Prusia busca compensaciones al sacrificio que ha hecho secundando la política del Gabinete de San Petersburgo en la cuestión de Bulgaria.

La inquietud se ha comunicado á Austria-Hungría con motivo de esas medidas próximas á ser realizadas por Bismarck. Ya sea que el Canciller llegue á la clausura completa de la frontera alemana contra los productos rusos, ya se limite á un recargo de derechos sobre los cereales, el comercio del Imperio austro-húngaro, vecino de ambos países, habrá de resentirse necesariamente de esa cruel guerra de tarifas.

Y es claro, que el éxito de las medidas de Alemania depende hasta cierto punto de la favorable cooperación del Gabinete de Viena, y en este caso resultaría puesta á duras pruebas la estrecha alianza que hoy parece existir entre el Imperio austriaco y el de la Alemania del Norte.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO [1]

Rafael Abarca, *por* D. JUAN GARCÍA NIETO.—*Madrid, 1888. En 8.°, 245 páginas.—Precio: 2.50 pesetas.*

Sabíamos que el Sr. García Nieto era docto catedrático, orador correcto y distinguido abogado. Ahora aprendemos, con satisfacción especial, que es también un excelente novelista. Con un argumento sencillo acierta á ofrecer en *Rafael Abarca* un libro interesante que deleita por la corrección del lenguaje y hace pensar por la importancia y trascendencia del asunto. Acaso pudiera tacharse al señor Nieto de pesimista al acumular tantos desengaños en el camino que sigue Rafael Abarca, joven de talento, trabajador y honrado. Pero es indudable que hay muchos vencidos en esta lucha por la existencia, y que no siempre consigue el triunfo quien en justicia lo merece.

García Nieto dibuja de mano maestra á D. Augusto Santón, ex-Ministro y abogado, cuyos informes, sin pasar de medianos, llevan el convencimiento á los tribunales. Pinta, con maravillosa exactitud, la tertulia del político *ministrable* D. Constancio Risueño; la manera de ser del periódico *La Clépsidra* y la de todos los diarios en general; la situación de los colegios particulares de enseñanza en nuestro país, y el modo de verificarse las oposiciones á cátedras.

Bien se advierte que García Nieto no se propone únicamente que el lector distraiga agradablemente la atención algunas horas con su libro: ha querido además convertir el pensamiento hacia cosas serias, y que ha realizado ambos fines pruébalo el afán con que se lee la novela y las ideas que cruzan por la mente, y como que nos abisman en profunda me-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

ditación al leer la última de sus páginas y acompañar al cementerio al desdichado Rafael.

***

L'Amazone, *por* F. MUSANY.—*París, J. Rothschild, editor, 1888. En 4.º, 177 páginas con 206 viñetas, por Federico Régamey.—Precio: 10 pesetas.*

Es esta una de esas obras que honran á la tipografía francesa, por sus condiciones materiales, y á los autores por lo nutrido de doctrina del texto. Si M. Musany, redactor de la *France Chevaline*, ha tenido la fortuna de escribir un libro ameno y de utilidad indiscutible, no menor ha sido su suerte al ilustrarlo con muchedumbre de preciosos dibujos el insigne artista Régamey, y al darlo á la estampa un editor de los alientos de M. J. Rothschild, que presenta el escrito de M. Musany, en papel watman, con cubierta á dos tintas y caracteres claros y elegantes.

O mucho nos equivocamos, ó no habrá profesor de equitación ni dama distinguida que aprenda este arte, que no consulte el libro de Musany, estudie atentamente las seis lecciones que lo forman, examine con todo cuidado los dibujos, y lea y relea los *consejos generales* con que termina el libro, y que resumen cuanto anteriormente se ha explicado.

Nuestros plácemes por igual, al autor, al artista y al editor, quienes de consuno han compuesto un libro notable por varios conceptos. Y á las señoras también la enhorabuena, por que tendrán ahora un guía seguro que afirma y razona las explicaciones del profesor.

***

Reseña Geográfica y Estadística de España.—*Un tomo en 4.º de 1368 páginas, precedido de un prólogo, y con un mapa de la Península é Islas Baleares.*

Esta notabilísima obra, que acaba de publicar el Instituto Geográfico y Estadístico, es, seguramente, una de las más importantes que ha hecho el Estado.

La descripción general del territorio de la Península, considerada geológica y geográficamente, es el primer asunto que con la debida extensión se trata, y á él sigue la descripción de todo lo relativo á hidrografía, clima y caracteres generales de la flora y de la fauna. La división territorial, en sus diversos aspectos, judicial, militar, marítimo, eclesiástico y universitario, termina el primer artículo.

Trata el segundo de todo lo concerniente á censos y movimiento de la población, partiendo del recuento general de la de España en 1877, y llegando á los últimos trabajos completamente terminados, que alcanzan hasta el año 1884, y los datos de la misma época, referentes á la emigración é inmigración.

El tercer artículo trata de lo relativo al culto y clero y de la enseñanza eclesiastica, relacionado todo, del mismo modo, hasta fin del año 1884.

El ejército ocupa el cuarto artículo, presentándose interesantes datos relativos á reclutamiento y contingentes ingresados en los cuerpos armados de la Península y de Ultramar, y la organización de las fuerzas militares en los momentos en que el libro se publica. Contiene este artículo, además, gran número de detalles.

El artículo quinto trata de la marina de guerra, y en él aparece todo lo necesario para juzgar acerca del

personal y material existente y de los créditos que para atenciones de marina se han consignado desde el año de 1880.

La justicia criminal y civil es el asunto á que se dedica el artículo sexto, y en él se consignan la clasificación de delitos y faltas en que ha entendido cada Audiencia durante los años de 1883-84-85, haciéndose la conveniente separación de procedimientos, que está completada con la Estadística del juicio oral y público en los años expresados. Consigna este artículo la Estadística de indultos parciales y de pena capital que en los mismos años han sido concedidos y negados.

Todo lo que se refiere á Establecimientos penales se encuentra en el artículo séptimo.

La instrucción pública ocupa el artículo octavo.

El artículo noveno trata de las obras públicas, y en él pueden consultarse todos los datos relacionados con los puertos y faros, y vías de comunicación; haciendo especialísima mención de lo concerniente á ferrocarriles.

El artículo décimo lo ocupa lo referente á Comunicaciones, con detalles acerca de los servicios de Correos, Telégrafos y Teléfonos.

El artículo undécimo trata de las riquezas agrícola, pecuaria y forestal, y en él se hallan datos importantes relativos á superficies productivas y no productivas de las provincias en que está hecho el estudio.

Con igual riqueza de detalles é importantes datos, tratan los artículos siguientes, hasta el vigésimotercero, último de la obra, de todo lo que interesa conocer referente á Registro de la Propiedad, industrias, contribuciones é impuestos, rentas, propiedades y servicios explotados por el Estado, Deuda pública, marina mercante, comercio y navegación, Bancos, Pósitos, Montes de Piedad y Cajas de Ahorros, Sociedades mercantiles, presupuestos, elecciones, beneficencia y sanidad y Ultramar.

El eminente General Ibáñaz, director del Instituto, ha dado con esta obra una nneva muestra de su fecunda iniciativa y actividad incansable.

***

Biblioteca fotográfica.—*París*, GAUTHIER-VILLARS *et fils*. *1888*.

Durante mucho tiempo, á falta de un método que le permitiese obtener pruebas bastante finas, se ha limitado el fotógrafo á valerse de las sales de plata, poniendo todo el cuidado en conseguir producciones artísticas, hermosas, pero de escasa duración. Ahora no ocurre ya lo mismo, porque puede emplearse la prensa bajo una capa de gelatina, procedimiento mucho menos costoso y más rápido, que la *Photolithographie* de Geymet expone con gran claridad. No se neeesita una larga práctica, y es dable aplicar el procedimiento á quien estudie este tratadito. (Precio: 2,75 pesetas).

Aún no hace muchos años que la reproducción de un clisé fotográfico de medias tintas se consideraba como muy difícil. Se admitía con dificultad que la prensa pudiese reproducir con tanta delicadeza como el cloruro de plata, el trabajo que hace la luz en la negativa. Que las cosas han cambiado, lo prueba la rapidez con que se agotó la primera edición de la *Phototypie* de Geymet; en la nueva tirada expone el autor, con su indiscutible competencia, dos métodos por

él inventados: el de aficionado, que no exige ninguna instalación (tirada en cobre) y la fototipia sobre cristal, que es el método industrial. (Precio: 2,50 pesetas).

Los que por gusto se dedican á la fotografía, no lo hacen por obtener *negativas*, sino para lograr hermosas pruebas: á pesar de esto, al paso que se estudia detenidamente la producción de negativas, se descuida con frecuencia la impresión fotográfica, por falta de obras que expliquen de un modo claro y completo los detalles de dicha operación. Basta hojear los capítulos del *Traité d'impression sur papier albuminé*, de M. Klary, para convencerse de la importancia de este asunto, que á menudo se aplica mal, y cuyo conocimiento permite obtener resultados magníficos. (Precio: 3,50 pesetas).

Nada más gracioso que la fotografía, trasformada, por decirlo así, en pintura mediante uno de los tres procedimientos de *Photo-peinture*, *Photo-miniature* y *Photo-aquarelle*, que describe M. A. Simons. Los tres métodos se ejecutan fácilmente y el último sobre todo, desconocido hasta la presente, da resultados notabilísimos. (Precio: 1,25 pesetas).

El buen éxito de la fotografía depende, casi para cada detalle, de los cambios atmosféricos; no hay, por lo tanto, necesidad de insistir sobre la importancia y el objeto del *Traité de Météorologie à l'usage des photographes* de V. Elsden. Baste indicar que este libro, lleno de noticias inéditas é interesantes, contiene observaciones curiosísimas acerca del papel que desempeñan en la fotografía, el sol, el viento y la temperatura; respecto á la manera de fotografiar las nubes, los relámpagos, etc. (Precio: 3,50 pesetas.)

Existe cierto número de procedimientos más ó menos sencillos y prácticos, para reproducir un dibujo sobre el papel valiéndose de la luz, sin emplear la prensa; en su *Reproduction des dessins*, el capitán Colson explica los más fáciles y menos costosos: *sales de plata* (cloruro, ioduro y bromuro); *sales de hierro* (ferro-prusiato y cianófero), procedimiento que da directamente positivas con caracteres azules sobre fondo blanco; *bicromato de potasa*, etc. (Precio: una peseta).

Las seis obritas están impresas con la pulcritud, esmero y elegancia que distinguen á todas las publicaciones de los Sres. Gauthier Villars.

***

Nouveau Dictionnaire de Chimie, *par* E. BOUANT.—*París*, *J. B. Baillière et fils*, *editores*, *1888*.

Se han publicado ya los cuadernos segundo y tercero de esta importante obra, cuya utilidad encarecíamos en nuestro *Boletín* de la quincena anterior. Consta cada uno de 240 páginas en cuarto, á dos columnas, con cerca de doscientas figuras. Imposible citar el número extraordinario de términos de artes, ciencias, agricultura é industria que contienen. Son muy notables, aparte de muchos otros, los artículos denominados calor, carbón, explicando todas las especies y variedades; cloro, con todos sus compnestos; combustión, cristalografía, cobre, indicando sus caracteres, aleaciones, compuestos oxigenados, sales y dosificación; cianógeno, densidad, dialisis, diamante, difusión, disolución, destilación, dinamita, agua, electroquímica, electrolisis, tinta, abonos, ecuaciones químicas, equivalentes químicos

esencias, estaño, éter, etileno, hierro, fermentaciones, fluor, fundición, fusión, galvanoplastia, gas, gelatina, gluten, grabado, guano, aceites, hidrógeno, índigo, iodo, iridio, laboratorios, leche, luz, máquinas neumáticas, magnesio, materias colorantes, explosivas y textiles, mercurio, metalurgia, microbios, morfina, morteros, nicotina, nomenclatura, nutrición, oro, oxígeno, ozono, pan, paladio, papel y parafina. En todos estos artículos se dan multitud de noticias y se exponen procedimientos de mucha aplicación, cuidando de que por la claridad del texto, se halle éste al alcance de todas las personas.

Creemos tanto más útil y digna de recomendación esta obra, cuanto que en España no hay todavía ninguna análoga, y aun las del extranjero, ó resultan á mayor precio que la escrita por M. Bouant, ó por haberse publicado años hace, no están al corriente de los últimos adelantos.

***

Lucecita, *por* EDUARDO CADOL, *traducción de D. Carlos de Ochoa.—Madrid*, 1888.—*En* 8.°, 280 *páginas.—Precio*:

En breve tiempo ha aparecido la segunda edición de esta interesante novela, que han elogiado los principales periódicos de nuestro país por su moralidad intachable, por lo correctamente traducida y por lo mucho que distrae su lectura.

***

Manuscritos catalanes de la biblioteca de S. M., *por* J. MASSÓ TORRENTS.—*Barcelona, 1888.—En 4.°, 38 páginas.*

Curioso folleto en que se dan á conocer varios manuscritos y hacen atinadas observaciones acerca de los mismos.

***

Aurelio Prudencio Clemente, *por el* CONDE DE LA VIÑAZA.—*Madrid*, 1888.—*En* 8.°, 179 *páginas.*

No es desconocido para nuestros lectores el nombre del Sr. Conde de la Viñaza. Ahora lo ilustra de nuevo, publicando el estudio biográfico crítico que le premió unánimemente el jurado en el certamen literario celebrado en Zaragoza con motivo del jubileo sacerdotal de Su Santidad León XIII. El autor traza el cuadro biográfico del genio poético más famoso de los siglos IV y V, y juzga acertadamente sus inmortales producciones literarias. La historia del insigne varón Aurelio Prudencio Clemente está gallardamente escrita, y bien lo merece el príncipe de los poetas cristianos, el más inspirado lírico que vió el mundo latino después de Horacio y antes de Dante.

Termina el libro con el notable discurso leído en la solemne distribución de premios de dicho certamen por el Rdo. P. Miguel Mir.

***

Les Principes du Droit, *par* ÉMILE BEAUSSIRE.—*París, Félix Alcan, editor, 1888.—En 4.°, 427 páginas. Precio: 7,50 pesetas.*

Las cuestiones que se relacionan con el derecho, han obtenido siempre el primer lugar en el desarrollo de las sociedades humanas. Dichas cuestiones se establecen por sí mismas, donde quiera que se inician la reflexión y la duda acerca de los deberes

de los hombres entre sí y de las obligaciones recíprocas entre la sociedad y los individuos que la constituyen. El sabio académico M. Beaussire, estudia la cuestión no como jurista, sino como moralista y legislador.

Las principales divisiones de su notable trabajo, son las siguientes: LIBRO PRIMERO: *Teoría general del derecho*; fundamento del derecho, división de los derechos, el derecho natural y el derecho positivo.—LIBRO SEGUNDO: *Derecho público*; teoría general del Estado, principios del derecho político, principios del derecho civil en sus relaciones con el derecho público, principios del derecho penal, servicios públicos, principios del derecho de gentes.—LIBRO TERCERO: *Derecho privado;* la familia, la propiedad material, la propiedad intelectual, el honor, la vida y la libertad.

***

Varias publicaciones.— *Barcelona.*

La casa editorial de D. Daniel Cortezo ha repartido los cuadernos 175 á 177 de la magnífica obra *España*, referentes á la descripción de Burgos por el Sr. Amador de los Ríos, y á la de Valencia por D. Teodoro Llorente. Aparte de los dibujos que hay en el texto, son excelentes los fotograbados que representan la airosa y bellísima catedral de Burgos y el patio de San Fernando en el monasterio de las Huelgas. También ha publicado dicha casa los cuadernos 67 á 70 de *Las grandes capitales*, profusamente ilustrados como los anteriores.

Otra empresa editorial de Barcelona, no menos activa é importante, la de los sucesores de N. Ramírez, acaba de dar á luz los cuadernos cuarto y quinto de la hermosa obra titulada *La vida militar en España.* Se examina en ellos principalmente el cuerpo de Artillería en sus diversas manifestaciones, y no es necesario que encomiemos la singular belleza de los grabados, verdaderas obras de arte, y la fidelidad y elegancia del texto. Baste indicar que están á la misma altura, si no la superan, de los cuadernos anteriores.

Los Sres. Montaner y Simón han publicado los cuadernos 53 á 59 del gran *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.* Con ellos dan principio el tomo tercero y la letra B, llegando hasta la voz *Báscula.* Aparte de los primorosos grabados que contiene el texto, son dignas de mencionarse las cromolitografías que representan la república de Bolivia y las bacterias como aparecen al microscopio. La utilidad de este *Diccionario*, que escriben los sabios más notables de nuestro país, no puede ponerse en duda y merece el favor con que el público lo distingue.

R. A.

MADRID, 1888.—Tip. de Manuel G. Hernández, Libertad, 16 dup.°
Teléfono 934.

ESTUDIO CIENTIFICO

SOBRE

EL «REGIUM EXEQUATUR»

En esta institución, como en todas las de derecho público, pueden estudiarse su origen legal, su origen histórico, los derechos que comprende, sus efectos y su uso; ó en otros términos, su historia, su razón ó filosofía y su estado actual. No procediendo de este modo, puede muy bien confundirse el hecho y el derecho, el uso y el abuso.

Pero antes de todo analicemos el origen etimológico de las palabras *Regium Exequatur*, porque de ese análisis hemos de deducir el verdadero concepto científico de la institución que examinamos, y su diferencia del abuso que de ella se ha hecho en los tiempos modernos.

La palabra *Regium*, sabido es que sólo puede calificarse de adjetivo, y éstos, para estar en la oración, necesitan de sustantivo, ya expreso ó suplido. Pues bien, en este caso concreto, el sustantivo suplido lo es *mandatum*, y como *Exequatur* es verbo, cuya verdadera significación es la de cúmplase, tendremos que *Regium Exequatur* quiere decir «Mandato Real, para que se ejecute ó cumpla una disposición de la Iglesia, bien proceda del Jefe Supremo de ella, en su cali-

dad de Primado, bien de los Concilios ecuménicos ó generales.»

Claro es que reducido á estos términos, el *Exequatur* no tiene nada de odioso.

Sentado esto, pasemos á examinar su origen legal.

I

La mayor parte de los expositores incurren, en nuestro sentir, en lamentable error. En efecto: unos, como Bouix, confunden lastimosamente su origen filosófico con su origen histórico; otros, como Walter, lo atribuyen al protestantismo, y al intento hace una breve explicación de los absurdos sistemas llamados episcopal, territorial y colegiado; algunos entienden, como Soglia, Golmayo y Donoso, que procede de la tolerancia de la Iglesia; y tampoco faltan quienes atribuyan dicho origen, unos, como Tarquini, al abuso, y otros, como Van-Spen, Aguirre y Cavallario, á la soberanía.

Pero todas estas distintas y diversas opiniones pueden reducirse á dos, á saber: 1.ª Los Príncipes ejercen el *Exequatur* por concesión de la Iglesia, ya expresa ya tácita. 2.ª El Pase es inherente á la soberanía temporal.

De propósito hemos omitido aquellas otras opiniones que fundan esta institución en el protestantismo ó en el abuso, porque creemos que al investigar su origen legal no deben citarse para nada hechos abusivos, que podrán en tal caso justificar más ó menos su estado actual, pero nunca servir de fundamento á una institución jurídica. Es más, el abuso no explica ni explicar puede la razón, la filosofía, el por qué de las instituciones humanas; y no puede explicarlo, porque jamás los hechos son originarios de principios jurídicos, que han de descansar siempre en la razón y en la justicia. Y no es esto sólo, sino que la palabra abusar es equivalente á la de hacer mal uso de una cosa. De modo que, al afirmar que el origen del Pase es el abuso, venimos á reconocer su

uso anterior; dejando, por consiguiente, sin resolver el problema.

No se crea, por esto, que prescindimos siempre de los hechos, concretándonos únicamente á las lucubraciones de la razón absoluta, no. Ya sabemos que para que ésta recoja ópimos frutos en las investigaciones científicas y filosóficas, es necesario que no se aparte de la fe. ¡Pobre razón individual, si aislada de todo eterno principio, quiere penetrar en los sublimes misterios de la naturaleza! Pero cuando, por el contrario, la razón humana, sin apartarse de la luz que le alienta y vivifica, crece en alas del ingenio, entonces bendita sea, bendita razón que eleva al hombre sobre todos los seres creados, acercándolo al Dios único é inmortal.

Decíamos antes que dos eran realmente las opiniones científicas acerca del origen legal del *Regium Exequatur*.

Era una de ellas, la de aquellos que afirman, que los Príncipes ejercen dicha regalía por concesión expresa ó tácita de la Iglesia.

El mismo Bouix sostiene que Urbano VI consintió el ejercicio de este derecho. El Cardenal Soglia, que aunque la Iglesia no lo aprueba ni consiente, le sostiene y tolera; y Donoso lo admite como una concesión presuntiva y tácita por parte de la Silla Apostólica.

No obstante las opiniones de tan célebres canonistas, nosotros creemos que no puede atribuirse el origen legal del Pase á la concesión Pontificia, ni expresa ni tácita. En efecto: ¿donde está el canon, ó decreto Pontificio, que otorgue expresamente á los Príncipes semejante derecho? Para que exista concesión expresa se necesita una disposición terminante de la Iglesia; y si nadie la presenta ni la cita, mal puede sostenerse ese hecho como origen legal de la institución que examinamos.

Pero es que tampoco puede afirmarse, que ese consentimiento sea tácito; porque para merecer este concepto, se requiere en el que consiente, que tolere callando; y la Silla Apostólica dijo en 12 de Marzo de 1877, lo siguiente: «Queremos que de nuevo y públicamente se reconozca, que Nos en absoluto reprobamos y detestamos esa injusta ley, que

llaman *Regium placitum*, declarando terminantemente que ella perjudica y daña la divina autoridad de la Iglesia, y viola su libertad.»

Después de esta solemne declaración de Pío IX, inútil creemos manifestar que es imposible atribuir el origen legal del *Exequatur* á la concesión Pontificia, aunque sea presuntiva y tácita.

Y no se diga que semejante derecho fué anteriormente tolerado por parte de la Iglesia, porque contra este aserto tenemos el hecho de la condenación expresa por otros muchos Pontífices.

Además, si fuese cierta esa tolerancia, no sería la concesión Pontificia, sino la costumbre, el origen de dicha regalía; y semejante error, nadie aún se ha atrevido á sostenerlo.

Por otra parte, la costumbre, cuando nace de la corruptela ó de actos abusivos, no puede jamás ser fuente del derecho.

Si, pues, es equivocado y erróneo el concepto de que los Príncipes ejercen el derecho llamado del Pase, por concesión ó tolerancia de la Iglesia, ¿tendrán razón aquéllos que buscan su origen legal en la soberanía temporal?

Veámoslo: eminentes pensadores, profundos canonistas é ilustradísimos publicistas, han creído de buena fe que los Monarcas ostentan semejante derecho por ser inherente á la soberanía. Explican esta doctrina, diciendo que los derechos originarios del Poder supremo envuelven el preventivo y el represivo; y por lo mismo, que los Reyes tienen el ineludible deber de mirar por la integridad del pueblo, de sus leyes, de sus costumbres, ya previniendo, ya previendo, bien para evitar el mal, bien para remediarlo. Así también lo enseña Eybel, el cual afirma: «que el Príncipe goza del derecho no sólo de repeler los perjuicios que á la república se causan, sino aun del de precaver los que puedan causársele.» Y todavía añade: «1.° Que esto nada tiene de injusto, pues que así como una ley que concierne á la familia debe por un orden natural hacerse primero saber á su jefe, así el sumo imperante quiere que á él, como primero en la ciudad, se dé cuenta de la ley que á la ciudad concierne. 2.° Que no puede

admitirse como ley eclesiástica una constitución nociva al bien público.

No contentos aún con todo lo expuesto, igualmente dicen: que el Monarca tiene la obligación de seguir las tendencias de la colectividad; de modo que si ésta es católica, debe el Gobierno, cualquiera que sea, manifestarse católico, y en tal supuesto, debe prevenir el mal que pueda ocasionarse á las iglesias de su reino, y remediarlo.

No comprenden que de admitir en absoluto semejante teoría, vendrían á justificarse las persecuciones de que ha sido objeto la Iglesia santa y verdadera por parte de los Príncipes infieles ó herejes. En efecto: si la colectividad es pagana ó herética, y el Príncipe representa siempre las tendencias de esa colectividad, tendríamos que cumplía un deber inherente á su soberanía cuando se opusiera á la propagación de la doctrina católica. Y esto es un error tan grosero, que ni la inteligencia puede acariciarle, ni descansar tampoco en conciencia alguna honrada.

No existe derecho al error, ni deber, por tanto, en los Príncipes de alentar y proteger las tendencias al mal. De aquí que, como primeros ciudadanos y altísimos magistrados, sólo pueden dirigir al pueblo hacia el bien. Por esto creemos que los Príncipes, aunque no sean católicos, siempre que lo sean la mayor parte de sus súbditos, tienen el ineludible deber de velar y proteger los derechos de la Iglesia; y no al contrario. Y ciertamente que estos derechos no se protegen, impidiendo la comunicación del Pastor Santo con su inmenso rebaño.

Pero continuemos: si el *Exequatur* fuese un derecho originario ó majestático del Poder temporal, tendría que reconocerse aun en los Príncipes enemigos de la Iglesia; y al reconocerlo, había necesidad de aceptar como legítimos todos sus actos, aunque éstos fuesen contrarios á la libertad é independencia de la misma Iglesia. Por esto dice muy acertadamente el Sr. Donoso, que debe desecharse como falsa y errónea la opinión de los que enseñan que la necesidad del *Exequatur* se funda en un derecho esencial é inherente á la soberanía temporal; mucho más, cuando tampoco se nece-

sitó el plácito de los Emperadores para que los Apóstoles promulgasen la ley evangélica é impusiesen á los fieles saludables preceptos de disciplina.

Además, no puede olvidarse que la Iglesia es una sociedad perfecta y esencialmente independiente en su jurisdicción espiritual. Por esto, cualesquiera que sean las relaciones de los pueblos entre sí siempre existirá diferencia, y diferencia esencial entre la Iglesia y el Estado; porque mientras aquéllos tienen un mismo origen, un propio objeto y un fin común, la Iglesia tiene un origen mucho más alto, un objeto especialísimo, una materia propia y un fin espiritual. He aquí por qué Gregorio II escribía á León Isaurico: «*Quemadmodum Pontifex introspiciendi in palatium potestatem non habet.,... sic nec Imperator in ecclesias introspiciendi.*»

Y esta doctrina no era nueva. Ya la había expuesto, entre otros, Ossio, Obispo de Córdoba, al Emperador Constancio, cuando le dijo: «*Neque igitur fas est novis in terris imperium tenere; neque tu thianiamatum et sacrorum potestatem habes, imperator.*»

También San Ambrosio dijo á Valentiniano: «que estaba dentro de la Iglesia como hijo ilustre, pero no sobre la Iglesia.»

Y en verdad que toda esta doctrina es incompatible con el llamado derecho del Pase, en el sentido de retención de cánones ó breves pontificios.

Por otra parte, el derecho preventivo, base del *placitum*, es insostenible ante la ciencia y el derecho público, porque reviste el carácter de propia defensa, cualquiera que sea el aspecto en que se le considere. Así es en efecto: la ciencia enseña que el Estado, para defenderse de otro Estado, debe guardar las mismas reglas que se prescriben con relación á los individuos: esto es, que haya agresión, sin haberse provocado, y necesidad racional de impedirla ó repelerla. De aquí que, por presunción, nadie pueda usar de este derecho. En una palabra, se requiere: ofensa verdadera, grande y de momento. Ahora bien: sentado esto, ¿dónde está el origen legal del *Regium exequatur?* ¿Por ventura pueden los Prínci-

pes, invocando el derecho público, evitar la comunicación del Sumo Pontífice con todos los pastores y fieles del mundo cristiano? Ciertamente que no, porque si las naciones tienen sus límites naturales, la Iglesia domina *á Mari usque ad mare, et á flumine usque ad terminos orbis terrarum.*

Si todo esto es una verdad inconcusa, no es menos cierto que en los tiempos actuales, en que tanto se habla de libertad para todos los actos de la vida, con escándalo muchas veces de las buenas costumbres, es cuando menos debiera invocarse semejante derecho. En efecto, no es lógico que, proclamándose por las escuelas democráticas la libertad de asociación, de conciencia, de cultos, para hablar, para escribir, y otros actos de la vida; y en que se desecha como caduco y antiguo el sistema preventivo, se exija tan sólo éste para la Iglesia, sociedad divina y única poseedora de la verdad.

Pues entonces, si los Príncipes no ejercen el *exequatur* por concesión ó tolerancia de la Iglesia, ni tampoco es inherente á su soberanía temporal, ¿cuál es el verdadero fundamento del Pase?

Este lo deducimos de su orígen etimológico.

La Iglesia de Jesucristo, dice Berardi, no sólo necesita de los Ministros del Altar, sino también de Patronos y defensores. Por eso citó San Pablo las opitulaciones entre los oficios pertenecientes á la misma Iglesia: asi es, añade, que en todos los tiempos merecieron la mayor consideración los Príncipes religiosísimos; pues apenas abrazaron la fé los Emperadores, los Reyes y todos los Jefes de las repúblicas, que nada fué tan dulce á la Iglesia, como ponerse bajo su poderoso amparo y protección.

En prueba de esta verdad, léanse los testimonios de un Leon Magno, de un Isidoro de Sevilla y de Juan VIII en los cánones XX, XXI et XXVI, caus. XXIII, quæst. V.

Y de propósito omitimos otros monumentos del Conc. de Antioquía, del Papa Gregorio, y de las capitulares de los Reyes francos.

De lo expuesto bien claramente se deduce que el Pase, lejos de ser un derecho originario é inalienable, es, por el

contrario, un deber de los Príncipes católicos, como patronos, defensores y protectores de la Iglesia de Jesucristo. En una palabra, el *Exequatur* nace de la obligación en que está el Príncipe católico de proteger y defender la religión verdadera, los intereses de la Iglesia y los derechos de los Pastores y de los fieles.

Este y no otro es, en nuestro concepto, el orígen legal, el fundamento racional del Pase. Claro es que no tratamos ahora de su estado actual, ni de la manera práctica de ejercerse; porque los abusos cometidos por los poderes temporales no pueden encontrar jamás sanción ni en la razón ni en el derecho.

El Pase es, pues, un deber del Soberano católico; y por esto *à posteriori*, puede consentirse que se le llame derecho, no en otro sentido; puesto que los deberes propios de los Príncipes en su calidad de Jefes del Estado, como personales de los mismos, se convierten *à posteriori* en derechos, en el concepto de que sólo ellos pueden cumplirle.

En resúmen: no entendemos por Pase la intervención de los Príncipes *in sacra*; este es el abuso condenado en todos los tiempos por la Silla Apostólica: consideramos sólo aquella regalía, según su tecnicismo, como un resultado de su deber de protección; porque es indudable que los Príncipes católicos tienen el especial encargo de defender la Iglesia.

Así lo enseñan los textos siguientes:

San Agustín decía: «Los Reyes sirven á Dios como tales, cumpliendo con el precepto divino, si mandan en su reino lo bueno y prohiben lo malo, *no sólo en lo relativo á la sociedad humana, sino también en lo concerniente á la religión divina.*»

San Isidoro se expresa todavía en términos más claros: «Los Principes de la tierra deben dar cuenta á Dios *aun de la Iglesia que el mismo Cristo les encargó defender.*»

Finalmente, los Padres Tridentinos, hablando de los Príncipes, dijeron: «*quos Deus sanctæ fidei, ecclesiæque protectores esse voluit.*»

Hé aquí, por tanto, el título, el fundamento, el verdadero origen legal del *Regium Exequatur*.

No queremos concluir sin consignar la opinión del ilustre

catedrático D. Vicente de la Fuente, quien en un precioso opúsculo, debido á su bien cortada pluma, si bien condena, como no podía menos, la retención de Bulas en España, declara, no obstante: «que el *Exequatur* es bueno en su fondo, cuando se reduce á mandar cumplir los cánones y constituciones Pontificias.»

Para terminar: la Iglesia y el Estado deben estar íntimamente unidos, prestarse mutuo auxilio y protección; y mucho más en la época actual, en la cual parece se ha formado una verdadera cruzada contra el altar y el Trono.

El Pase, tal como lo entendemos, debe ser el lazo de unión entre una y otra potestad, lazo de cariño y de respeto, de protección y mutuo amparo.

Fijada de esta manera la cuestión, podemos ya rechazar la opinión de aquellos que conceden semejante regalía á los Príncipes infieles y herejes, pues es bien obvio, que si este derecho nace *à priori* de un deber, no puede reconocerse en aquellos, que lejos de ser defensores, son enemigos encarnizados de la religión divina y de su cabeza visible el legítimo sucesor de San Pedro.

Vamos ahora á concretarnos á su origen histórico.

II

Muy varias han sido las opiniones de los tratadistas con relación al origen histórico de la institución que examinamos.

Unos, como Bouix, entienden que no estuvo en uso antes del gran cisma de Occidente; otros, como Aguirre, opinan que data de los tiempos de la España romana. No faltan tampoco quiénes afirmen, que en España se ha ejercido constantemente dicho derecho; citando al intento la confirmación de los concilios de Toledo, por los Reyes godos, la publicación con aprobación real de los concilios de Coyanza y León, y el hecho de haber insertado D. Alonso el Sabio en sus Partidas muchas de las decretales de Gregorio IX.

Pero todas estas distintas opiniones nacen, en nuestro juicio, de confundir lastimosamente el verdadero sentido del Pase, con el mal llamado derecho de inspección; ó en otros términos, la historia en general con la historia sistemáticamente considerada.

Si estudiamos en forma general el gran libro de la vida, encontraremos el Pase, siempre que han querido usarle los Príncipes cristianos.

No otra cosa fueron en verdad las leyes de Constantino, mandando cumplir y ejecutar las disposiciones de la Iglesia, como igualmente las de Teodosio, Marciano, Justiniano y otros, que expidieron decretos con el propio fin.

Lo mismo puede decirse de los Monarcas Godos Recaredo, Ervigio y Egica; pues todos ellos procuraron llevar á cumplido efecto los acuerdos de los Padres Toledanos.

No sucede lo propio con el hecho que se alega, de haberse publicado con aprobación real los concilios de Coyanza y León; porque es sabido que esos concilios fueron regios; diferenciándose, no solo de los eclesiásticos, sino aun también de los llamados mixtos.

Lo mismo puede decirse respecto al otro hecho, de que D. Alonso el Sabio insertara en sus Partidas muchas decretales; porque esto nada tiene de común con el origen histórico del *Regium exequatur*.

Más concreta y precisa al objeto que indagamos, es la pragmática de D. Felipe II, mandando guardar, cumplir y ejecutar en todos sus reinos los decretos del Santo Concilio de Trento.

Pero todas estas disposiciones reales, si bien prueban en general el origen histórico del Pase, no así su origen sistemático; es decir, su organización, los principios que entraña, los actos que comprende.

Este origen, pues, fué otro muy distinto; empezó ciertamente con el cisma de Aviñón, toda vez que en dicha época se hizo necesario averiguar si los decretos Pontificios procedían ó no del Papa, á quien consideraba cada Príncipe como legítimo; puesto que tres Pontífices llegaron á disputarse la Cátedra de San Pedro.

Sin embargo, cuando realmente se desarrolló esta regalía fué en el siglo pasado, por los Jansenistas.

En España sostuvieron también el Pase con exagerado rigor los regalistas del siglo XVIII.

Ahora bien: ¿cuál será en España el origen sistemático del Pase?

El docto Golmayo dice á este propósito: que el primer documento que se encuentra en nuestra legislación, prohibiendo sin previo examen la circulación de Bulas y Breves Pontificios, es una ley recopilada de los Reyes Católicos, dada en un caso especial para la ejecución de una Bula de Alejandro VI, sobre la publicación de indulgencias.

Pero semejante opinión está destituída de todo fundamento; pues no hay más que evacuar la cita de la nota primera á la ley 2.ª, tít. 3.º, lib. 2.º de la N. R. para convencerse de que no fué la ley civil, sino la misma Bula de Alejandro VI, la que contenía semejante prohibición. En esa Bula se dispuso: «que estén suspensas é no se prediquen ni publiquen bulas ni qüestas Apostolicas algunas, salvo seyendo primeramente examinadas por el Ordinario de la diocesis dó se hayan de publicar, é por el Nuncio Apostolico, é por el Capellan Mayor de sus Altezas, é por uno ó dos Perlados de su Consejo, por sus Altezas para esto diputados.»

Como se observa, la prohibición la hace el Romano Pontífice, no los Monarcas Católicos, y su examen previo había de tener lugar por el Ordinario de la diócesis, Capellán del Rey, Nuncio Apostólico ó Prelados que eligieran sus Altezas; nunca por los Reyes; teniendo ese examen por objeto, el evitar la circulación de Bulas falsas y la exacción consiguiente de limosnas.

Ahora lo que hicieron D. Fernando y Doña Isabel, por pragmática de 9 de Junio de 1500, fué ordenar á los Gobernadores, Asistentes, Corregidores y sus Tenientes y Alcaldes, que cuidaran de no consentir que se predicaran y publicasen bulas ni indulgencias apostólicas, sin que primeramente fueran traidas y examinadas en la forma y manera contenida en la citada Bula de Alejandro VI.

Después se dictaron otras varias disposiciones civiles;

unas por D. Carlos y Doña Juana, ya sobre el modo de proceder á la cobranza del producto de las bulas, ya para la inversión de este producto y del de subsidios en los fines de sus concesiones; y otra por D. Felipe II, sobre el orden que debía observarse en la publicación y predicación de bulas é indulgencias.

Pero en ninguna de estas leyes se trata del previo examen ni del derecho llamado de retención, por parte de nuestros Monarcas.

Verdad es que el Cardenal Cisneros aconsejó á los Reyes Católicos la retención de un breve de la Silla Apostólica, en el cual se otorgaba licencia á un canónigo de Ávila para percibir las distribuciones cotidianas, sin asistir á las horas canónicas; pero esto fué por considerar dicho Cardenal que el enunciado breve se había obtenido con los vicios de obrepción y subrepción.

No consta, empero, que se tomara sobre este particular acuerdo alguno.

De aquí que pueda afirmarse que durante la dominación de la casa de Austria no exista dato alguno que nos demuestre el ejercicio del derecho del Pase sistemáticamente considerado.

Su origen histórico en España no es anterior, por tanto, al reinado de la Casa de Borbón. En efecto, las dos primeras leyes que se ocupan de la retención de bulas y breves Pontificios, lo son la VI y VII, tít. III, lib. II de la Novísima Recopilación, ambas del Sr. D. Fernando VI.

Posteriormente se dictaron otras disposiciones por el señor D. Carlos III. Pero la ley que organizó el ejercicio de esta prerrogatiya, lo fué la IX del mismo título y libro, que es también del Monarca últimamente citado.

Pasemos á examinar los derechos que comprende esta institución.

III

Dos son los derechos que entraña el Pase, á saber: *jus cavendi et jus tuendi*, que se traducen en tres: derecho *tuitivo*, *inspectivo* y *condirectivo*.

Los alemanes distinguen estos derechos con los nombres de *jus cavendi et jus protegendi*.

El derecho *tuitivo* se emplea sólo para averiguar un hecho; el *inspectivo* se usa, más bien que para inspeccionar las leyes disciplinales, para ver si su cumplimiento puede contradecir la disciplina particular de cada reino, ó hacer ineficaces sus privilegios; razón por la cual debiera mejor llamarse protectivo: el *condirectivo* es derecho de explicación, y se ejerce cuando convienen ambas potestades en alguna cosa.

Estos tres derechos son los constitutivos del Pase ó *Regium Exequatur*.

El primero, ó sea el llamado *tuitivo*, se usa para las Bulas dogmáticas; el segundo para los cánones y decretos disciplinales; y el tercero para los asuntos del fuero mixto.

Es de notar, sin embargo, que en buenos principios canónicos no debe jamás hacerse uso de esta regalía en las Bulas dogmáticas.

A pesar de esto, en España se concedió el Pase á la de la Inmaculada Concepción; la cual, en nuestro sentir, no es censurable, empleando sólo el derecho tuitivo, porque él es la expresión y manifestación del compromiso que contrae el Gobierno de obedecer y hacer obedecer las declaraciones dogmáticas. No es en este caso el *Exequatur* un resultado del examen, sino como una manera pública y solemne del compromiso, pues hoy se necesita más que nunca que los Gobiernos católicos se manifiesten.

Bajo este concepto, y no otro, creemos que honra á un Gobierno el aconsejar al Rey el ejercicio de ese derecho tuitivo en las Bulas de que se trata.

IV

Los efectos del Pase lo explican varios autores, por lo que debe practicarse; esto es: por los recursos que corresponden al Monarca en el ejercicio de esta regalía.

Esos recursos, en concepto de los tratadistas son dos, á saber: el de retención y el de suplicación. Por el primero retiene un Monarca el breve que entienda derogue directa ó indirectamente la disciplina recibida en el reino, los concordatos ó las regalías de la Corona. Por el segundo debe el Rey acudir inmediatamente al Romano Pontífice, exponiéndole las causas y razones que haya tenido para no darle cumplimiento, suplicando á la vez su reforma ó modificación.

En España se reconocen y consignan tales efectos en las leyes civiles VI y VII, tít. III, lib. II de la Novísima Recopilación.

V

Su uso es la manera cómo esto debe verificarse.

En esta parte es donde se han originado serios conflictos, porque los poderes temporales se han excedido muchas veces de sus justos límites, pretendiendo la retención perpetua.

Hé aquí el abuso condenado siempre por la Iglesia.

Los Monarcas no pueden por ningún título, ni bajo pretexto alguno privar á los fieles de la comunicación con la Silla Apostólica; así como tampoco impedir que ésta se comunique libremente con su inmensa grey.

Por esto los Pontífices Romanos han levantado su voz desde la Cátedra de Pedro, condenando en todos los tiempos el mal uso de semejante prerrogativa.

Así lo hicieron, entre otros, Sixto IV é Inocencio VIII, y en época más reciente el inmortal Pío IX.

Este bondadoso Pontífice, en su Encíclica *Quanta cura* condenó la doctrina de fuerza en la proposición siguiente: «*Civili potestati vel ad infideli imperantes exercitæ competit potestas indirecta negativa in sacra; eidem proinde competit nedum jus quod vocant exeuquatur, sed etiam jus appellationis quam nuncupant, ab abusu*».

Y no fué esto sólo, sino que también, como llevamos ya dicho, declaró pública y solemnemente en el Vaticano el 12 de Marzo de 1877: «que reprobaba y detestaba en absoluto aquella injusta ley que llaman *Regium placitum*, declarando terminantemente que ella perjudica y daña la divina autoridad de la Iglesia, y viola su libertad.»

En una palabra; la Iglesia, como sociedad divina y perfecta, no puede autorizar la fuerza, la violación ni el abuso; y mucho menos cuando estas armas se dirigen contra su libertad é independencia.

Tan cierto es esto, que en la Constitución *Ecclesiæ Christi* se dice: «Condenamos y reprobamos los pareceres de aquellos que sostienen que lícitamente puede impedirse la comunicación del Romano Pontífice con los Pastores y su grey: ó de tal manera la sujetan á la potestad secular, que aseguran que las cosas que se establecen por la Silla Apostólica ó por su autoridad para el régimen de la Iglesia no tienen fuerza y valor, si no se confirman por el plácito de la potestad secular.»

La misma alocución de Pío IX, antes citada, fué debida á que la Iglesia de Dios, según sus propias frases, padecía fuerza, violencia y persecución en Italia, y el Vicario de Cristo no gozaba de libertad ni del uso libre y expedito de su poder.

Pero si en lugar de defenderse el *placitum* en este sentido, se hubieran limitado los Monarcas, teniendo presente su origen legal, á cumplir y hacer cumplir las disposiciones de la Iglesia y de su Cabeza visible, de seguro que no se hubiera condenado el *Exequatur* de la manera absoluta en que hoy lo está.

Y no se diga, que en tal supuesto, los Reyes carecerían de autoridad y representación para procurar la modificación de un breve que tendiera á derogar la disciplina particular de su reino; porque siempre tendrían el recurso de suplicación, á fin de que la Silla Apostólica, con conocimiento de causa, resolviese en definitiva lo que creyese más procedente. Lo que no puede hacerse es retener los mandatos del Jefe supremo de la Iglesia, que en la plenitud de su poder obra con perfecto derecho, lo mismo dictando leyes generales ó especiales, que abrogando disciplina particular ó revocando privilegios.

VI

Examinemos, por último, el estado actual del Pase ó *Exequatur* en España.

En este país, esencialmente católico, rige aún lo preceptivo de la ley IX, tít. III, lib. II de la Nov. Recop. Pero en vista de la nueva redacción del art. 144 del vigente Código penal, puede afirmarse que de hecho el precepto civil queda casi reducido á una letra muerta.

Decimos esto, porque si bien es cierto que las letras Apostólicas deben publicarse y ejecutarse en estos reinos, previas las formalidades y requisitos prevenidos por las leyes, también lo es que el hecho de su publicación y ejecución no constituye hoy delito; de manera, que pueden darse curso y ejecutarse en España los despachos de la Corte Pontificia, sin incurrir en sanción penal, al menos que esos despachos tiendan á atacar la paz ó independencia del Estado, se opusieren á la observancia de sus leyes, ó procurasen su inobservancia, únicos casos, según dicho artículo, en que su publicación ó ejecución, sin el Pase, sería punible.

Este es también el sentir del eminente hombre público, Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, como lo prueba el hecho siguiente:

Presentado á las Cortes en 1876 el proyecto de la Consti-

tución española, en cuyo art. XI se consigna la tolerancia religiosa, escribió Pío IX al Excmo. Sr. Arzobispo de Toledo, diciéndole: «que esta disposición se oponía al Concordato de 1851»; por lo que dicho Prelado se consideró en el deber de publicar una pastoral en la que copiaba á la letra dicha carta. Entonces varios diputados á Cortes preguntaron al Gobierno: por qué motivo se había publicado aquella carta Pontificia, sin el *Regium Exequatur*; y á estas observaciones contestó el Sr. Cánovas, Presidente entonces del Consejo de Ministros, en el sentido expresado, citando al intento el repetido art. 144 del vigente Código penal.

JUAN PEDRO MORALES.

GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

Dice el Sr. Gayangos, que «la segunda parte se imprimió por vez primera en Cuenca, por Domingo de la Iglesia, 1619, en 8.°,» cuando es indudable que esta segunda parte, según el mismo autor, «sacóla en limpio y acabóla en 22 de Diciembre de 1597,» imprimiéndose en Alcalá en 1604, esto es, quince años antes que afirma el Sr. Gayangos. Este es el sentir general y aceptado de todos los bibliógrafos, y que yo muy de antiguo tenía conocido por lo asegurado en el libro intitulado *Murcia que se fué*, de mi querido amigo don Javier Fuentes y Ponte, robustecido por el sinnúmero de ediciones que resultan de la de Alcalá de Henares, anterior á la de Cuenca.

De la que en el *Manuel du libraire*, de Brunet, se llamó bello ejemplar, «Barcelona. En la Emprenta de Sebastian Matenad y Lorenco. Den. Año MDCX=8.°» y que efectivamente existe en la Biblioteca Nacional de París, nos parece muy conveniente trasladar aquí no solo la carta de Bernabe Cristiano al Duque del Infantado, sino que también la aprobacion del Capellan del Rey Doctor Molena donde se leen las

(1) Véase la pág. 301 de este tomo.

siguientes expresivas palabras «y la segunda impresa en Alcalá de Henares por Juan Gracian año de 1604.»

«Excelentísimo Señor: En Dias passados vino á mi poder una Historia de la última revelion, y levantamiento de todo el Reyno de Granada, entre los convertidos Moros, y vezinos Christianos que conquistó su Magestad el Rey Don Felipe Segundo deste nombre que sea en gloria, y acabó de allanar, el año passado de mil y quinientos sesenta y ocho la qual con justa razon, tengo obligacion de dedicarlo á V. Excelencia por ser Archero Corps de su Magestad, de quien todos recibimos cada día tan singulares mercedes, y fabores en nuestros trabajos, que no se pueden pagar, sino con agradecimiento, por que con el se paga lo que no se puede pagar con pocas fuerzas, y pequeños servicios como los mios. Demas desto se lo dedico á V. Excelencia por ser Mayordomo Mayor del Rey nuestro Señor, y quien quisiera agradar al Señor, ha de procurar agradar su Mayordomo. Y otra razon ay mayor que se le debe á V. Excelencia, por averle conquistado con su casa y familia nobilísima, que seria notable falta mia buscar otra á quien encomendarle, siendo suyo propio, y aviendo derramado su sangre en la conquista della, de la qual, ni de su linage, no me atrevo de hazer mencion, por que de la nobleza generosa tan calificada, de la casa y familia de V. Excelencia estan todas las Historias llenas, y meterme yo en ella, temeria que me dixese alguna persona lo que respondio aquel grande Filósofo Antadidas á un hablador que se alabó aver escrito las hazañas tan heroycas de Hercules, diziendo, quien la vitupera, como quien dize, á quien todo el mundo alaba quien pone falta en el, porque qualquier loor le viene corto á quien todo el mundo engrandece, y celebra, y assi conociendo yo el poco caudal de mi ingenio, no haré sino enturbiar esta fuente clarísima de su linage por todo el mundo celebrado.

»Por otra parte, se que V. Excelencia mas querra merecer la nobleza que oyrla, cosa natural de altos animos tener en mucho la honra, y en poco el pregon della, quanto mas que no se puede dezir nada en un pliego de papel á donde ay tanto que dezir, que seria menester para ella un libro muy grande, y un entendimiento mas subido que el mio; empero

quien quisiere lea las Historias de España, de Ambrossio de Morales, y de Estevan de Garibay, Zamalloa, Monarquia de Pineda, Anales de Aragon, y otras que hallarán en ellas los valerosos y grandiosos hechos de sus antepasados, con tanto esfuerzo y osadia que passan adelante casi de la imaginacion humana, las quales manifiestan un animo valerosíssimo, y constante que tenian, ni con temor de la muerte, ni alboroto de la vida, ni codicia de las riquezas del mundo, ni ambicion de sus honras, ni esperancas de sus contentamientos que les apartava un punto de la firmeza de la virtud y constancia en el servicio de Dios, y de su Rey, de que hay experiencia mucha en V. Excelencia, á quien nuestro Señor de su gracia, como el menor de sus criados, y mas humilde lo desea,—*Cristiano Bernabé.*»

Comision.—Por mandato de monseñor illustríssimo Don Luys Sanz Obispo de Barcelona, y del Consejo del Rey nuestro Señor: he leydo la Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada, donde se tocan variedad de sucessos históricos de nuestros tiempos, con apacible estilo, y se acaba de dar cuenta de la total expulsion de los Moriscos: no solo de aquel Reyno, sino de toda Castilla, en persecucion curiosa de lo escrito en la primera parte deste sugeto de las cosas de Granada: y Gines Perez de Hita, vecino de la Ciudad de Murcia, autor de esta segunda parte, ha trabajado bien en ella, se le puede permitir variar impresiones de su libro: pues no hallo cosa que repugne á nuestra Santa Fé, ni que pueda escandalizar á los piadosos: assi lo siento y firmo de mi mano en el Convento de Santa Catharina Martyr de Barcelona, Orden de Predicadores, en 15 de Agosto 1619.—El Maestro, *Fray Onofre de Requesens.*

IMPRIMATUR

L. Epis. Barcinonen

Ut de Calba D de Vallseca Regens

Este Libro intitulado Guerras y levantamiento del Reyno de Granada, está bien y fielmente impresso, y en el no ay cosa que notar, por lo cual no corresponda con su original.—Madrid, y Abril, 4 de 1619.—*El Licenciado Martin de la Llana.*

Aprobación que copio de la página siguiente:

APROBACION

Por Comision del Supremo Consejo del Rey nuestro Señor he visto el libro de las Guerras Civiles de Granada, y de las batallas particulares que huvo en la Vega entre Moros y Christianos, y de la rebelion de dicha Ciudad y Reyno: el cual libro tiene tres partes y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte estan escritas de mano, la primera en quinientas y zinquenta y nueve hojas, y la tercera en quatrocientas sesenta y seys, y la segunda impressa en Alcalá de Henares por Juan Gracian, año de mil y seyscientos y quatro, y es assi, que aviendo yo corregido las dichas tres partes, en los lugares que huvo necesidad de correccion, con las dichas enmiendas, á mi parecer no queda en ellas cosa ninguna que sea contraria á nuestra Santa Fé Catolica, ni á las buenas costumbres, y assi por esta razon, como porque los libros de Historias, por muchos respetos son utiles á la República, que aunque este interprete algunas fabulosas, no son sin provecho, pues sirven al entretenimiento: me parece será bien dada la licencia para imprimir las dichas tres partes, y assi lo firmo de mi nombre. En Madrid á diez de Abril de 1610.—*El Doctor Molena, Capellan del Rey N. S.*

TASSA

Yo Diego Gonzalez de Villaroel Escribano de Cámara de su Magestad, de los que en su Consejo residen, doy fé que aviendose visto por los señores del, un libro intitulado Guerras Civiles de Granada y bando de los Cegres: compuesto por Ginés Perez de Hita, vezino de la Ciudad de Murcia, que con licencia de los dichos Señores, del Consejo fué impresso, tassaron cada pliego de los del dicho libro á quatro maravedis, y á este respeto mandaron se vendiesse, y no á mas, el qual parece tener quarenta pliegos, que á este precio montan cinco reales, y que esta tassa se ponga al principio de cada libro, de los que se imprimieren, y para que dello conste de manda-

miento de los dichos Señores del Consejo, y de pedimento de Christiano Bernabe Archero de su Magestad doy esta fe, en Madrid á diez y siete de Abril de 1619.—*Diego Gonzalez de Villarroel.*»

XI

Ediciones de la obra «Guerras Civiles de Granada»

(*Conclusión*)

En las Bibliotecas del Senado y Congreso de Diputados existe solamente en cada una un ejemplar del inserto en el tomo III de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneyra. Madrid 1846 y 1850.

El P. encargado de la Biblioteca del Monasterio del Escorial, modelo de bondades y caridad suma, dice: «Tengo el sentimiento de decirle que mis investigaciones no tropezaron con ninguna obra de Pérez de Hita, ni aparece indicado este autor en los índices de la Biblioteca,» y á seguida firma no sabemos qué antes de Fernández, Bibliotecario.

Sin duda en aquella inmensa Biblioteca Escurialense no ha leido siquiera el tomo I de la *Biblioteca Hispana Nova*, de D. Nicolás Antonio, lo siguiente: «Genesius Perez de Hita, Murciæ urbis incola, credi voluit ex Arabico Aben Hamidi Granatensis libro Hispanis hominibus communicasse, quod ad Milesiacar referimus sponte nugas opus salicet:

Historia de los bandos de los Zegries y Abenzerrages Cavalleros Moros de Granada y las Guerras que huvo en ella: Dualen partibus. Compluti 1604. 8. Matritique anno 1631. in 8. & 1655. in 8. Quod tamen opus allubeiat plurimum otiosis &. aliud non agentibus.

Lo que traducido interlinealmente resulta así:

Genesieus Perez de Hita incola urbis Murciæ voluit credi se ex libro arabico Aben Hamidi Granatensis communicasse hominibus hispanis opus, quod nos referimos sponte ad nugas milesiacas

Ginés Pérez de Hita, habitante de la ciudad de Murcia, quiso se creyera que él, del libro arábigo del granadino Aben Hamidi, había publicado para los españoles una obra, que nosotros contamos voluntariamente entre las tonterías eróticas (ponemos en el número de las tonterías milesias),

scilicet: Historia de los bandos de Zegríes, &.
duabus partibus.
Compluti 1604, 8.° Matritique 1631.

á saber: Historia de los bandos de Zegríes, etc.
en dos partes.
En Alcalá de Henares, 1604, 8.°, y en Madrid, 1631.

Quod, opustamen allubescit plurimun otiosis et non agentibus aliud.

Cuya obra, sin embargo, deleita muchísimo á los desocupados y á los que no hacen otra cosa.

Pudiendo también traducirse más elegantemente, «quiso se creyera que él había enterado á los Españoles del libro arábigo del granadino Amidi, cuya obra ponemos voluntariamente en el número de las bagatelas eróticas,» etc.

Nada especial y curioso es fácil averiguar acerca de Ginés Pérez de Hita y de sus «Guerras Civiles». En la Biblioteca de la Universidad de Granada, casi toda de formación moderna, pues le alcanzó muy poco de la muy rica y valiosísima que tenían los PP. Jesuitas, saqueada después de su expulsión, sólo se encuentra una edición de dicha obra, que es la hecha en Madrid año de 1833, Imprenta de D. León Amarita, y la contenida en la «Biblioteca de AA. EE.» de Rivadeneyra, Tomo III, novelistas anteriores á Cervantes. Me extrañó grandemente que en este centro no tuviesen la que en 1847 publicó «La Biblioteca Granadina», en la imprenta y librería de D. Miguel Sanz, que yo poseo y que he citado anteriormente.

El Sr. Jefe de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, nos manifestó muy galantemente, pero muy deprisa, que en aquel eentro no existía otra edición que la insertada por Rivadeneyra en la «Biblioteca de AA. EE.», Tomo III, Madrid 1846; empero que en M. Brunet, y en su «Manuel du Libraire», así como en el catálogo de la Biblioteca del Sr. Sal-

vat (1), encontraríamos citadas todas las ediciones conocidas, que son varias. Gracias—le respondimos,—y como no se consuela el que no quiere, abandonamos la Biblioteca exclamando: *¡menos sería nada!*

Por los desencantos recibidos en Valladolid, Zaragoza, Granada, Barcelona y aun en la misma Biblioteca Nacional y Escurialense, vamos á buscar las más antiguas ediciones al extranjero.

En efecto: de las investigaciones llevadas á cabo por el Excmo. Sr. Conde de Benomar, dignísimo Embajador de España en Berlín, tan amante de nuestras glorias patrias como decidido protector de literatos, y más especialmente artistas, resulta que en la Biblioteca Real de Berlín existen las siguientes ediciones de las celebradas *Guerras Civiles de Granada*, en *castellano*.

Año de 1595, Zaragoza.
Año de 1597, Valencia.
Año de 1606, París.
Año de 1660, París.

Hay además en dicha Biblioteca una traducción al alemán de dicha obra por C. A. W. Spalding, impresa en Berlín en 1821.

De la copia exacta de las notas tòmadas del Catálogo de la Biblioteque Nationale de París aparece:

Pág. 49, núm. 58.—Historia de los Vandos, de los Zegries y Abencerrages, cavalleros moros de Granada, de las Civiles guerras que huvo en ella, y batallas particulares que huvo en la Vega, entre Moros y Christianos, hasta que el rey Don Fernando V la ganó: agora nuevamente sacado de un libro arabigo,cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben Hamin, traduzido en castellano por Gines Perez de Hita.

En Çaragoça. imprenta de M. X. Sanchez 1595. in 8.°

Varias ediciones

Çaragoça, 1603, edición A.
Barcelona, 1604, edición B.

---

(1) Como él dijo, y no Salvá como es.

Valencia, 1604, edición C.
Barcelona, 1610, edición D.
Sevilla, 1613, edición E.
Alcalá, 1619, edición F.
Sevilla 1731, 1.ª parte; 2.ª parte en Madrid.

Pág. 50.—Guerras Civiles de Granada por Ginés Perez de Hita vecino de Murcia. Dos partes en un tomo, Paris, Baudry, imprenta de Fain et Tunot, 1847, in 8.º, tomo 45 de la «Colección de los mejores autores españoles: División Polygraphie.

Pág. 50: Historia de las Guerras Civiles de Granada, por Aben Hamin.

Paris 1606, in 8. (Título del primer capítulo:) «Historia de los Vandos de los Zegries y Abencerrages.»

Una dedicatoria firmada, Fortan, que dice así:

A la Marqvesa de Vernocil mi Señora

«Es cosa cierta (Excellentísima Señora) que en todo negocio, se han de guardar dos cosas, la vna el conocerle, y la otra el tenerle aficion conociendo que la obra que avia començado, y comunicado á V. Ex.ª del *Estado de Dios* y *del hombre*; negocio que es tan arduo y dificil, y que no está en mi manipulirlo á sazon: assi la grande aficion que le tengo ha suspendido mi ánimo, por ahora pues no puede yr junta con estas guerras civiles segun lo avia deliberado, viendo assi missmo que falta á mi desseo tiempo, lugar y fortuna: y considerar el tuerto que les hago despues de empressas de tantos años dilatar su parto, y que se desplazen mis señores y amigos de ver se privados de contento deste libro, y lo que mas es, que V. Ex.ª me manda, que lo saque aluz, y como la obediencia sea la prueva de la verdad del servicio, y del amor, no quise ni pude mas dilatarlo. Y assi los desuni, determinado de hacer un libro aparte. Suplico muy humildemente á V. Ex.ª sustenga por agora mi atrevimiento, permitiendo que esse ligero trabajo passe dessa guissa debaxo de su amparo, y assi illustrado viendo que va a tan gran Señora dirigido, y de su nombre y virtud favorescido, quien lo lea en mas lo estime, y su lengua se detenga.

»Y prometo que no sera V. Exc.ª frustada de la obra començada, que tambien tomara buelo debaxo de su sombra, y alas, y en esso no pienso hazer nada por su servicio, pues le tengo todas mis obras ofrecidas, como tan obligado á las infinitas mercedes, que de mano de V. Exc.ª he recibido, y aunque digan que he sentido algun daño, en él estaba la medicina, y en Dios el consuelo, á quien suplico que despues de muy larga y alegre vida en la tierra, sea servido dar á V. Exc.ª la eterna en el cielo.—Fortan De Paris á 9 de Agostode 1606.»

Esta dedicatoria está impresa en las páginas primeras del primer tomo en 8.º, que también existe como hemos indicado en nuestra Biblioteca Nacional. El de la de París tiene portada, con un grabado muy curioso y detallada explicación, traduciendo del latín al castellano las inscripciones que se leen en las tiendas de campaña, Cipreses, moros montados, y otra multitud de asuntos tan variados como peregrinos.

De esta obra hay tres ediciones más, tiradas por tres editores de distintos nombres, también en París en el año de 1660.

La de 1606 anteriormente citada, fué también traducida en francés por Toussainets du Bray en 1608 Pág. 50, núm. 61 del catálogo: «Histoire des guerres civiles de Grenade» (par Aben Hamin), traduite de l' espagnol en francais, signo: Madame de La Roche Guilhen.) Paris, C. Barbin, 1683, 3 parties en 1 vol. in. 12. (Edicion A. 1683. París, V.ᵉ L. Billaine, 3 vol.ˢ in. 12).

Por lo que encontrando en Berlín y en París una edición de la 1.ª parte de las *Guerras civiles de Granada* hecha en Zaragoza en 1595, y seguramente en vida de su autor, y como no hay otra anterior que se conozca, es casi seguro que la impresa en Lisboa en 1598 en 8.º, es la segunda.

El Sr. D. Javier Fuentes y Ponte, en la pág. 390 de su libro «Murcia que se fué», hablando de nuestro escritor dice: «Ginés Perez de Hita, poeta murciano, dió el paso de presentar la novela en este reino con la célebre «Guerras Civiles de Granada, Zegríes y Abencerrages», publicada en Zaragoza en 1589 y 1595, &.; y como quiera que Brunet ponga en duda la existencia de la de 1588, sin citar siquiera ni este autor ni ningún otro bibliófilo, la de 1589 que de seguro el Sr. Fuentes

y Ponte confundió con la de 1598, y de no confundirla, cosa fácil por la similitud de las cifras, es seguro que no la vió ni esta, ni la que puso en duda Brunet, por no existir en ninguna biblioteca, y sí encontrarse como más antigua y ninguna anterior á ella, la de 1595, impresa en Zaragoza de que á su tiempo haremos oportuna reseña.

En Gante y en la Biblioteca de la Universidad del Estado poséen: «Histoire chevaleresque des Maures de Grenade, traduite de l'espagnol de Ginés Perez de Hita, précédée de quelques réflexiones sur les Musulmans d'Espagne, Avec des Notes historiques et litteraires; par A. M. Sané... Paris, Chez Ceriox jeune, Libraire... 1809. (Impr. d'Aut. Beraud). In 8.º 2 vol. de Loig 288 A 292 pp.»

«Guerras Civiles de Granada, Por Gines Perez de Hyta, vecino de Murcia. Madrid: En la Imprenta de D. Leon Amarita, 1833. 8.º 2 vols. de XVI-446 A 565 pp.»

Así mismo en la Biblioteca Real de la Villa de Bruselas se encuentran: 1.º Gines Perez de Hita.—Guerras Civiles de Granada.—1.ª y 2.ª parte en un tomo.—París, 1847.—Un volumen en 8.º—Ginés Perez de Hita.—Histoire chevaleresque de Maures de Grenade, traduite de l'espagnol por S. M. Sane, Paris, Ceriox, 1809, 2 vols. 8.º» Existen así mismo en aquella Biblioteca otras dos obras en esta forma:

(*a*) Historia de las Guerras Civiles de Granada: nueva impresión.—Amberes, 1714.—Un vol. 8.º sin el nombre de su autor.

(*b*) Historia de las Guerras Civiles de Granada, en 8.º

(*Id.*) La dedicatoria está fechada en París en 9 de Agosto de 1606.

En la Biblioteca Imperial de la Ciudad de Viena, según la valiosa autoridad de mi discreto amigo y nuestro embajador Sr. S. R. Merry del Val, de quien tan gratos recuerdos conservo de mi última estancia en Biarritz, durante la guerra carlista, residiendo también allí Cabrera, se conservan con el mayor esmero:

1.ª «Historia de los Vandos de los Zegries y Abencerrajes y cavalleros moros de Granada... etc.»—Barcelona.—Sebastian Mereud, año de 1610.

2.ª «Historia de los vandos de los Zegries... de las Civiles Guerras...»—Lisboa.—Antonio Álvarez, 1616.

3.ª «Historia de los vandos etc...» por *Aben-Hamid.*—Herederos de Pedro de Madrigal, 1631.—Seguida de la segunda parte.—Cuenca, 1625.

4.ª «Historia de los vandos etc...» en Madrid.—Melchor Sanchez, 1652.—Seguida de la segunda parte, cuya portada falta.

5.ª «Historia idem.....» Valencia.—Gerónimo Villagrota, 1659.—Con la segunda parte de la edición de Cuenca de 1619.

7.ª «Historia idem...» Madrid.—Pablo del Val, 1662.

6.ª «Historia idem...» Paris.—Nicolás Juan de la Costa, 1660.

8.ª «Historia etc...» por *Aben-Hamid.*—Sevilla.—Pedro de Segura, 1670.

9.ª «Historia etc...»—Francisco Mastre, 1681.—Falta la segunda parte.

10. «Guerras Civiles de Granada etc...» Madrid.—León Amarita, 1833.

11. Versión francesa: «Histoire chevaleresque des Maures de Grenade etc...» traducida al francés por Sané.—París.—Cerioux jeune, Libraire 1809. (Impr. d'Ant. Beraud). Dos volúmenes en 8.°

En la Biblioteca Braidense de Milán, tienen un ejemplar.—Madrid, 1833.—León Amarita.

En la Biblioteca de la Universidad de Turín, están insertas las «Guerras Civiles» en la colección de los mejores AA. EE. de Baudry, Librería europea, 3 Quai Malaquais, au premier étage, cerca del puente des Artes, 1847. En la Biblioteca pública *Anwerphensis*, hay la edición impresa en aquella ciudad de Amberes, 1714, un volumen en 8.° sin el nombre del autor.

De las «Guerras Civiles» posee la Biblioteca Municipal de Bolonia la edicion de Madrid, por Antonio González de Reyes, 1676 in 8.° con 276, sin que nada (1) absolutamente ten-

(1) Pues no faltaba más que en donde tenemos nosotros pensionados hubieran cosas nuestras.

ga de Ginés Pérez de Hita, la otra biblioteca de aquella Universidad Italiana.

En Nápoles existen: «LVII B. T.» Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada y de los crueles bandos entre los convertidos moros, y vecinos cristianos con el levantamiento de todo el Reino, y última rebelion sucedida en el año de 1568, por Ginés Pérez vecino de Murcia; dirigido al Excmo. Sr. Duque del Infantado, Mayordomo Mayor del Rey Nuestro Señor Don Felipe III, dese nombre. Con privilegio en Cuenca por Domingo de la Iglesia.

Año de 1619, página 364. Ídem: «Historia de los bandos de Zegries y Abencerrages, caballeros moros de Granada y las civiles guerras que hubo en ella, etc., etc.» Traducida en castellano por Gines Perez de Hita vecino de la Ciudad de Murcia. Con licencia. Impresa en Sevilla por Francisco de Lira. Año de 1625, 276 páginas.

Nuestro plenipotenciario en Lisboa, Sr. Méndez Vigo, nos remitió la siguiente nota, que copiamos literalmente, facilitada por la Biblioteca general de dicho punto:

Ediçoes da obra «Guerras civiles de Granada» por Gines Perez de Hita, que existen na la Bibliotheca Nacional de Lisboa. «Segunda parte de las Guerras civiles de Granada, etc. Por Gines Perez de Hita.» En Cuenca, por Domingo de la Iglesia, año de 1619. In 8.º pequeño de VIII folhas sem numeraçao. 364 numeradas de frente, II sem num.

Historia de los Vandos, de los Zegris, y Abencerrages, cavalleros moriscos, etc... Traducida en castellano por Gines Perez de Hita.

Impresso en Sevilla, por Francisco de Lira, año 1625. In 8.º pequeño de II folhas sem num. 317 numeradas de frente. Índice incompleto, sem numeraçao.

O mesmo.

En Barcelona, en la imprenta administrada por Sebastian de Cormellas mercader, año de 1647. In 8.º peq. de IV folhas sem num 283 numer. de frente.

Historia de las Guerras civiles de Granada. (Sem o nome do autor, nem outra qualquer designaçao).

En Paris, en la tienda de Estevan Loysai (sem nome do

impressor). 1660. In 8.° peq. de IV páginas sem numer. incluindo o rosto, 686 numeradas.

Historia de los Vandos, de los Zegries y Abencerrages, etc. Primera parte. Barcelona, en la imprenta de Lucas de Bezares, 1756, in 8.° peq. de VIII paginas sem numer., 557 numeradas, e III sem numer.

Guerras civiles de Granada, etc., Paris, 1847, in 8.°

Como XLV da «Colleccion de los mejores autores españoles.»

VERSIÓN ALEMANA DE LAS GUERRAS CIVILES

La traducción alemana de Karl August Spalding, el tamaño de su libro es exactamente igual al facsímile de su portada, que dice de esta forma:

Geschichte der Bürgerlichen Kriege in Granada aus Dem spanischen von Karl August Spalding

Berlin, 1821.—Gedrukl nud Verlegt bei c. Reidier.

Consta de 472 páginas y está perfectísimamente hecha la versión.

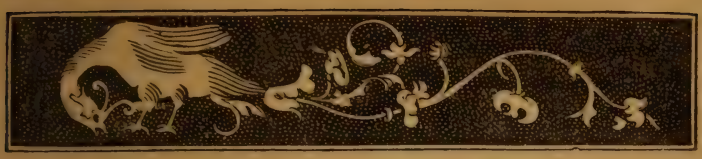
George Ticknor cita la obra de Pérez de Hita, *Guerras Civiles de Granada*, en la página 266 de su Cathalogue of the Spanisch Library. Boston, 1879, y además en su *History of spanisch literarum*, Boston, 1882; Hugdon Mifliu and Company; páginas 156 del volumen primero, y 135 y siguientes del tercero.

Bucholz's, en su *Handbuck der Spanischen sprache.*

Finalmente y para concluir, las Guerras civiles de Granada se encuentran en casi todas las principales bibliotecas de las repúblicas Hispano Americanas, y allí donde el pabellón nacional tremoló por algún concepto.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(*Se continuará.*)



SOCIALISMO

Continuación (1)

ESCUELAS y partidos importantes, precisamente las escuelas y los partidos que censuraron al socialismo, en otras épocas, con más empeño y con mayores energías, apadrinan y defienden, en la actualidad, esas tendencias novísimas de los socialistas contemporáneos. Esto acontece, principalmente, en Alemania. Los conservadores caminan al frente de ese movimiento y lo dirigen y encauzan. Sorprende que la palabra socialista, cuyo singnificado envuelve la idea de destrucción, marche unida á ese otro adjetivo, que se usa para distinguir á los partidos defensores de las tradiciones. Pero es lo cierto que existen conservadores socialistas; ya, en 1867, Joerg, al examinar el socialismo germánico, trató extensamente de este partido (2); más tarde, en 1872, Wagner fijó la atención en su desarrollo, dándole el nombre de reaccionario (3); un año después, en 1873, Scheel le dedicó trabajos interesantes (4); posteriormente, en 1874,

(1) Véase la pág. 511 del tomo anterior.

(2) E. Joerg.—*Geschichte der social politischen parteien indeutschland.* Freiburgo, 1867.

(3) Adolfo Wagner.—*Rede über die sociale frage.* Berlín, 1872.

(4) Scheel.—*Die theorie der socialen frage. (Conversations lexicon*, Junio, Julio y Agosto de 1873).

fué objeto de estudio para Reische, y también para Rocher, que se empleó, en esta tarea, con verdadera maestría (1), y, por último, en 1875 y en 1881 respectivamente Cusumano en Italia y Laveleye en Francia publicaron noticias curiosas acerca de su historia, de sus tendencias y de sus aspiraciones (2). El socialismo conservador no tiene abolengo reciente; su origen se remonta á la época de uno de los primeros definidores. Según el dictámen de la mayoría de los historiadores la esencia de ese socialismo se encuentra en el sistema de Rodbertus-Sagetrow, según el cual la solución del problema social depende de la restauración de las instituciones económicas pertenecientes al régimen antiguo (3). La representación del matiz más retrógrado, dentro del socialismo conservador, corresponde á Gerlach, que trató, con el nombre de Rundschauer, la cuestión social, en el *Kreuzzeitung*, atribuyendo á la libertad económica todos los males que sufren los obreros y también los propietarios de tierras. Gerlach puso, desde un principio, sus esperanzas en las corporaciones con la economía relacionadas, destruídas por la evolución moderna. De éste se separan, en punto á soluciones, otros conservadores socialistas, menos pesimistas, como Huber y Wagner, á quien no debe confundirse con el eminente maestro de la Universidad de Berlín, Adolfo Wagner. Estos dos partidarios de tales doctrinas, son adversarios resueltos del liberalismo introducido por los economistas; pero creen, que todas las enfermedades sociales, hallarían remedio eficaz en tribunales mixtos, compuestos de capitalistas y obreros, encargados de tasar los salarios, y de organizar el trabajo (4). Los conservadores partidarios del socialismo, se encuentran, al presente, divididos en muchos grupos, con tendencias diversas; pero imperan, desde hace algunos

---

(1) Reische.—*Arbeiterfrage und socialismus*. München, 1874.

Rocher.—*Geschichte der national ækonomik in deutschland*. München, 1874.

(2) V. Cusumano.—*Le scuole economiche della Germania*, etc. Nápoles, 1875.

E. Laveleye.—Obra citada.

(3) Rodbertus-Jagetrow.—Obra citada.

(4) Wagner.—*Die lösung der socialen frage von Standpunkt der Wizklichkeit und praxis von cinem praktischen Staatsmanne*. Berlín, 1878.

años, sobre todos, las ideas de Meyer, el cual afirma, que el Estado, que, hasta ahora, sólo cuidó de favorecer la producción de la riqueza, debe atender á su distribución, para que esta se realice con justicia, y el problema social pueda hallar solución, por este camino (1). Meyer, á pesar de ser conservador, defiende el sufragio universal, como medio de que el pueblo influya en el desarrollo de la vida política, y pueda llegar, por esfuerzo propio, á la igualdad. Bismark es el genuino, el verdadero representante del socialismo conservador. No en balde tiene á Wagner, por consejero, en materias económicas. Profesa las ideas capitales de sus correligionarios; admite la existencia de la cuestión social, y dice que es necesario resolverla con urgencia; sostiene que el origen de esa cuestión, se encuentra en la situación triste que atraviesan las clases obreras, y declara que esta solución depende, única y exclusivamente, del Estado. En punto á soluciones, muéstrase también de acuerdo con los maestros contemporáneos del socialismo: acepta, entre otras, la restauración de las antiguas corporaciones, proclamada por Rodbertus, y el principio de cooperación, aconsejado por Lassalle. Siempre tuvo, por estos dos socialistas, verdadera predilección: al primero, á Rodbertus, le llamó repetidas veces el Ricardo del socialismo, y al último, á Lassalle, le prodigó públicamente en muchas ocasiones grandes elogios. Ya en 1865, expuso sus ideas socialistas al dirigir la palabra al Rey, para presentarle una comisión de obreros, que pedían á los altos poderes del Estado amparo y protección. Increpado en el Parlamento por la significación de sus palabras, pronunció con el mismo sentido otras más elocuentes y terminantes (2). Después ha insistido muchas veces en esas tendencias. El día 17 del mes de Septiembre del año 1878,

---

(1) R. Meyer.—Obra citada.

(2) «Los Reyes de Prusia nunca fueron Reyes de los ricos. Federico el Grande decía: ¡Cuando sea Rey, seré el Rey verdadero de los indigentes! Realmente protegió siempre á los pobres, y todos nuestros Reyes imitaron ese principio y esa conducta. A ellos deben los siervos su emancipación, y ellos crearon la clase compuesta por nuestros labradores. Ahora deben hacer algo más, deben mejorar la suerte de los obreros.» (L. Laveleye.—Obra citada.)

estudiando estas cuestiones, pronunció en el Parlamento un discurso esencialmente socialista, en el cual puso de relieve su amistad, sus relaciones científicas con Lassalle, y el imperio que sobre su pensamiento ejercían las doctrinas de este ilustre agitador (1). Ludwig Bamberger, hablando en nombre del partido liberal, mostró en el Parlamento alemán, no hace mucho tiempo, la situación singular del Imperio, creada por las tendencias favorables al socialismo de los conservadores. Bamberger recordó, á este propósito, que en todos los países existen socialistas, para afirmar que en ninguno ocurre que lo sean, y hagan causa común con los demagogos, los representantes de la aristocracia, de la riqueza, de la ciencia y del clero; es decir, los representantes de las clases conservadoras (2). Realmente, aunque otra cosa piense el antiguo jefe de los liberales de Alemania, en todos los países manifiestan los partidos con

---

(1) Laveleye cita también párrafos de este segundo discurso. Decía Bismark: «Efectivamente he defendido con Lassalle la protección que el Gobierno ha concedido á las sociedades cooperativas, y ahora mismo creo que se trata de una protección útil y conveniente. No sé qué ha influído más en mi ánimo para esto, si los argumentos y las razones de Lassalle, ó el fruto de la propia experiencia, que adquirí durante el viaje que realicé por Inglaterra en 1862; pero es lo cierto que creo, que, organizando las sociedades cooperativas oportunamente, para que funcionen como en la Gran Bretaña, se mejorará la situación de los trabajadores. He comunicado á S. M., que se interesa vivamente por las clases obreras, estas ideas, y el Rey ha concedido una suma importante para que se ensayen, para que se lleven á la práctica. Me sorprende que se censure mi conducta porque busco soluciones para el problema social. Si en algo he faltado ha sido en no llevar á completo término esta obra. Pero no se trata de un asunto propio de mi departamento ministerial, y hasta ahora he carecido del tiempo que su estudio exige. La guerra y la política exterior han absorbido por completo mi atención. Los ensayos de las sociedades cooperativas han fracasado por falta de organización. Todo lo que se refiere á la producción marchó bien, y las dificultades nacieron de la parte comercial y administrativa. Puede ser que figure entre las causas que han contribuído á este resultado, la falta de confianza por parte de los obreros; confianza que existe en Inglaterra, donde esas sociedades florecen extraordinariamente. De todos modos, no comprendo las censuras de que he sido objeto por haber realizado ensayos que ha costeado S. M.» (Laveleye.—Obra citada.)

(2) E. Laveleye.—Obra citada.

servadores ideas análogas y semejantes á las de Bismarck y los suyos, engendradas por el concepto equivocado que tienen del principio de autoridad, y por el odio ingénito que les inspira la ciencia económica, que fué la única que cantó alabanzas, durante mucho tiempo, en pro de la libertad. No carece, sin embargo, de fundamento el pensamiento de Bamberger. Los conservadores del Imperio alemán revelan mayores entusiasmos por el socialismo que los de otras naciones. Este hecho tiene explicación clara y sencilla: esa tendencia y esos entusiasmos nacen en gran parte de un interés político. Los conservadores, para vencer al partido liberal, sobre todo en las luchas electorales, buscan el apoyo eficaz de los socialistas. Bismarck realiza estos fines, puramente políticos, unas veces inclinándose al socialismo, y otras sometiéndose á las decisiones del Pontífice romano. Los socialistas conservadores aceptan, en definitiva, como tendencia general, las dos notas especiales de los definidores y de los agitadores: toman de Marlo, Rodbertus y Marx la parte crítica, y de Lassalle el principio de cooperación.

No caminan lejos del socialismo conservador, los que se llaman socialistas cristianos ó evangélicos. Estos nacieron en fecha muy reciente, y en diferentes ocasiones han vivido unidos con los conservadores, compartiendo con ellos sus doctrinas. Reconocen como éstos la existencia del problema social, y quieren que lo resuelva un Estado monárquico y protestante, realizando grandes reformas, que mejoren la situación de las clases obreras, y sirvan para llegar á la igualdad por medio de la asociación (1). Este partido se constituyó por iniciativa del predicador del Rey, jefe de los *antisemitas*, Stöcker, que figuró siempre en política entre los conservadores. Inauguró sus trabajos fundando dos asociaciones, encargadas de propagar los ideales del socialismo cristiano: la *Sociedad para la reforma social* y la *Asociación de obreros cristianos*. En la primera agrupó á las personas más ilustradas de la secta evangélica, y

---

(1) Scheel.—*Unsere sociale politische parteien*. Berlín, 1876.

R. Todt.—*Der radikale deutsche socialismus und die christliche gesellschaft*. Vitemburgo, 1878.

juntó á los trabajadores en la segunda. Al mismo tiempo empezó á publicar un periódico con el título siguiente: *Der staatssocialist* (1). Pronto obtuvo, en la primera de las dos asociaciones, el apoyo de economistas célebres, como Adolfo Wagner, Schäffle, Samter y Scheel; pero, desde luego, comprendió que, para mover á las masas y para conquistarlas, era preciso, antes que todo, el concurso del clero protestante, y para conseguirlo trabajó con verdadero empeño. El pastor evangélico Todt, colaborador asiduo de Stöcker, afirmó constantemente la necesidad de que la iglesia protestante defendiese las reformas sociales para salvar las creencias religiosas, evitando que esas reformas fueran patrimonio exclusivo del socialismo democrático, agente activo y eficaz del ateismo y de todas las doctrinas materialistas (2). Stöcker y Todt y todos los socialistas cristianos encontraron en un principio grandes resistencias entre las autoridades superiores de la iglesia evangélica; pero consiguieron la adhesión de muchos pastores. Más de setecientos entraron inmediatamente á formar parte de la *Sociedad para la reforma social*, distinguiéndose entre todos, por campañas entusiastas en pro de las ideas socialistas, Kögel, Bauer, y Büchsel (3). Desde un principio, Stöcker y sus partidarios, fieles al principio de cooperación, emplearon sus principales trabajos prácticos en la organización de gremios de trabajadores. A los fundadores del socialismo cristiano les guió propósito semejante al que inspiró á los socialistas conservadores. Siguieron, como éstos, el camino emprendido por los definidores y por los agitadores, persiguiendo un fin político, no el fin religioso que señala Todt, antes mencionado. Buscaron, por medio de las tendencias socialistas, simpatías entre las clases obreras, para vencer las influencias crecientes y dominadoras conquistadas por los católicos (4). Los econo-

---

(1) Scheel.—*Unsere sociale politische parteien* (obra citada).

R. Todt (Obra citada).

(2) R. Todt.—*Der innere zusammenhang und die nothwendige verbindung zwischen dem studium der theologie und dem studium der socialwissenschaften* Vitemburgo, 1878.

(3) Scheel.—*Unsere sociale politische parteien* (obra citada).

(4) E. Laveleye (obra citada).

mistas liberales y los socialistas demócratas, combatieron enérgicamente, desde un principio, al socialismo cristiano ó evangélico. Los primeros declararon que preferían á los anarquistas, á los demagogos, á los socialistas revolucionarios; y los últimos emprendieron, desde luego, guerra decidida y resuelta contra los nuevos sectarios. Most dirigió la campaña en el Parlamento y en las reuniones públicas, predicando todo género de utopias, glorificando el ateismo, formando sociedades encargadas de separar á los obreros de las prácticas religiosas y organizando asambleas de mujeres, como la que se celebró el día 6 de Febrero de 1878, bajo la presidencia de Mme. Hahn, en la cual se proclamaron atrocidades y herejías, y se arrojaron sobre los evangélicos verdaderos insultos (1).

CRISTÓBAL BOTELLA.

(Se continuará.)

---

(1) R. Todt.—*Der radikale deutsche socialismus und die christliche gesellschaft* (obra citada).

JUAN DE CASTELLANOS

Y

SU HISTORIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

Continuación (1)

XI

Aseguro á V. que anhelaba con toda mi alma salir de este embolismo de fechas y contrafechas, de este berenjenal de encontrados é incompatibles sucesos, y reponerme de mi fatiga de chuchear gazapos histórico-poético-gramaticales, con el esparcimiento de una ejercitación más franca y más abierta, cual yo me figuraba que sería el de las notas prometidas de buena voluntad al comenzar esta carta. Pero, amigo mío, al llegar al que yo creía lugar de relativo descanso, mirando bien en la empresa de las tales notas, veo que son tantas, tan varias y embrolladas como las correcciones que acaban de poner á prueba mi paciencia, y que sin hacerme ilusiones, me hallo en el caso de que se me pueda aplicar de medio á medio el dicho americano: *Salimos de Guatemala y entramos en Guatepeor.*

Sin embargo, no pretendo con eso rehuir el lance; pero tam-

(1) Véase la pág. 235 de este tomo.

poco apechugar con él de frente y cuerpo á cuerpo. En este caso mi intención es hacer lo que hacen muchos al cumplir un deber ingrato é ineludible: acomodar la conciencia á las circunstancias.

Precisamente lo más digno de *nota* en la *Historia del Nuevo Reino de Granada* por Juan de Castellanos son las pobres noticias que nos dá de su descubridor el licenciado Gonzálo Jiménez de Quesada y del primero que la gobernó con título real, después de descubierto y conquistado, don Alonso Luis de Lugo. Y digo yo para mí y para V., si yo añadiese algo nuevo y verídico á lo que se sabe (que con corta diferencia es lo que supo Castellanos y copiaron los demás), de estos dos tan conspícuos personajes ¿no se me perdonaría de buen grado que dejase en silencio lo restante? Pues por aquí pienso encontrar la salida, ó sea el justo medio entre los extremos de mi compromiso, sin que pueda atribuirse mi escapatoria á falta de coraje.

Unas ochenta veces cita V. en su *Índice* al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada (nunca tuvo *don* aunque Castellanos se lo regale), (1) y otras setenta á don Alonso Luis de Lugo. La frecuente intervención de dichos sujetos en la historia del Nuevo Reino, es título bastante, si no tuvieran otros, para que me ocupe de ellos exclusivamente y los prefiera á la multitud de personajes y sucesos que informan (como ahora se dice) la historia primitiva de aquel hermoso país.

Conoció, trató y aun tuvo cierta intimidad nuestro buen presbítero y beneficiado de Tunja con el ínclito descubridor, conquistador y poblador del famoso *Valle de los Alcázares*, y por los cantos I y XIII nos instruye de que anduvo en sus papeles y mereció la distinción de discutir con él sobre la métrica castellana; pues con todo eso no supo decirnos su verdadera patria ni trasmitir á la posteridad los grandes merecimientos que

---

(1) Las citas de las páginas 138, 140, 143, 151 y 152, no deben referirse al licenciado Gonzalo Jiménez, sino á su hermano Francisco Jiménez. En los textos de su referencia se trata de un Ximenez de Quesada que se hallaba á la sazón en Santa Fe; y el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada andaba entonces por España ó por Europa.

como letrado ó literato deben tributársele. Ignorante ú omiso se mostró no menos de muchas de las acciones del licenciado Jimenez que retratan su verdadero carácter y prendas morales, y pródigo en anécdotas que le afaman de una especie de botarate; conducta, la de Castellanos, no muy propia de un mercenario cubagüés que saldó la cuenta de sus borrascosas mocedades con la tonsura de su coronilla, *haciendo lo que hacen malhechores,—que recogerse suelen á sagrado.*

El descubridor y conquistador del *Reino chibcha* no vió la primera luz del día en Granada. El P. Fr. Pedro Simón, que en sus *Noticias Historiales* deshizo las *Elegías y Elogios* de nuestro presbítero, y redujo sus ásperas rimas á prosa llana y corriente, no sin ilustrarlas y aumentarlas con preciosísimos datos, en la 7.ª de la 2.ª parte y cap. 36, dice: «Nació el licenciado don Gonzalo Ximenez de Quesada... en los reinos de España, en la ciudad de Córdoba... Llamábase su padre el licenciado Ximénez, jurista, y su madre, Isabel de Quesada, ambos de sangre noble y naturales de la misma ciudad, donde hubieron, durante su matrimonio, entre otros hijos, éste, y donde se crió en su niñez, en el barrio y collación de Nuestra Señora de la Fuen Santa, hasta que sus padres, siendo él bien niño, se fueron á avecindar á la ciudad insigne de Granada, ya después de diez ó doce años que se había ganado de los moros, y había ya chancillería en ella, donde su padre era abogado, el cual le inclinó, ya que era de edad y consumado en la gramática, á que estudiara como él leyes, en que se graduó de licenciado y comenzó á abogar en la misma chancillería, en que, habiéndose ocupado algunos años, el de 1535, habiéndose divulgado aquella famosa jornada que el adelantado don Pedro Fernández de Lugo hacía á estas Indias á gobernar y á acrecentar las pacificaciones de las provincias de Santa Marta, entre la demás gente noble que pasó con don Pedro, pasó también el licenciado Ximénez (que sólo se llamaba como su padre) de auditor general.»

Sigo estas noticias de Fr. Pedro, no por ser suyas, sino por estar conformes con las del documento que publico al fin de esta carta; aunque me acuerdo que Francisco Jiménez de Quesada, hermano carnal de Gonzalo, al pasar al Perú en 2 de

marzo de 1534, se registra como hijo del licenciado Gonzalo Ximenez y de Isabel *Ximenez* de Quesada, vecino de Granada: y que el genealogista del Nuevo Reino, Flórez Ocáriz, si bien afirma que el fundador de Santa Fe de Bogotá era natural de Córdoba, añade que era hijo del licenciado *Luis* Ximenez de Quesada y de Isabel de *Ribera* Quesada (1).

Pero llamáranse sus padres Luis Ximenez ó Gonzalo Ximenez, y su madre Isabel Ribera de Quesada ó Isabel Ximenez de Quesada ó simplemente Isabel de Quesada (que la averiguación de apellidos en el siglo XVI no siempre es cosa fácil) lo que aparece más cierto y más autorizado es que el preclaro debelador de los Uzaques ó Zaques, Xeques y Cipas, era hijo de Córdoba.

Su prodigiosa jornada por el Magdalena y otros ríos hasta las sierras de Opon, sus campañas arriba en la cordillera y llanos de Tunja y Bogotá, sus glorias adquiridas con el vencimiento y sujeción de aquellos insignes bárbaros, tal como fueron en realidad ó como Castellanos las refiere, no hacen ahora á mi propósito. Los hechos de Gonzalo Jiménez de Quesada que conviene rehabilitar y poner en claro son á contar del fin de su conquista y embarque para España.

Este debió verificarse en el mes de julio de 1539, en que llegó á Cartagena con Federman y Belalcazar (2).

El gobernador de Cuba, Gonzalo de Guzmán, decía al Emperador desde Santiago con fecha 28 de agosto de 1539: «En 24 de este mes llegó aquí un navio que venia de Jamaica, donde los que vienen tractaron con gente que venia de Cartagena

---

(1) El Sr. Vergara y Vergara, en su *Historia de la Literatura del Nuevo Reino de Granada*, trae los mismos apellidos que Ocáriz, pero dice que era natural de Córdoba, originario de Baeza y criado en Granada. La señora doña Soledad Acosta de Samper, en sus *Biografías de hombres ilustres ó notables del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, etc.*, se conforma con Flórez Ocáriz y el Sr. Vergara, por lo que hace á los apellidos paterno y materno de Gonzalo Ximenez de Quesada, pero no admite que fuera Córdoba su patria.

(2) Cartas del juez de residencia, licenciado Santa Cruz—8 julio 1539 y de los oficiales reales Antonio de Lebrija y Juan de San Martín—julio 1539

é hizo allí escala... Venian el licenciado Ximenez, Benalcazar y Federman.»

Y por los apuntes y registros de la Casa de Contratación de Sevilla consta:

«El licenciado Ximenez hizo relacion cómo venia á dar cuenta de la conquista y riquezas del Nuevo Reino de donde traía una cajita con 572 esmeraldas y hasta once mill pesos de oro de quintos de S. M., y deseaba presentarlo en la Corte como venia. Y asi se manda á los oficiales de Sevilla se lo entreguen sin abrir, por cedula de Madrid de 17 de noviembre de 1539 »

Lo cual prueba que el licenciado Jiménez de Quesada había llegado á Sevilla antes de esta fecha.

Por otro registro parece que «en 29 de noviembre de 1539 entregó dicho licenciado en la Casa de la Contratacion los quintos del Nuevo Reino. Y en 4 de diciembre del mismo se hacian cargo los oficiales de dicha Casa de una cajita con 562 (así) esmeraldas que el dicho licenciado trajo este año del Nuevo Reino de Granada, la cual se envió á la Corte con el mismo licenciado.»

He tenido la fortuna de tropezar con esta nota procedente sin duda de la misma Casa de la Contratación:—«Las esmeraldas que el licenciado Ximenez trajo de Santa Marta para S. M. en ocho papeles, cada uno de su suerte.»—«Suerte 1.ª, piezas, 53=id. 2.ª, piezas 44=id. 3.ª, piezas 76=id. 4.ª, piezas, 95=id. 5.ª, piezas, 66=id. 6.ª, piezas, 53=id. 7.ª, piezas, 165=id. 8.ª, piezas, 14.=Total, 567. Destas últimas se sacaron dos y de la una se hicieron tres sortijas y de la otra una, que son las cuatro que van hechas. Va mas un talegoncito de las mismas esmeraldas que las llaman plasmas, que van así como vinieron.»

Que nuestro licenciado, nuncio de las maravillas y riquezas del país que acababa de descubrir y conquistar y además portador de once mil pesos de oro y quinientas y setenta esmeraldas (piedra valiosísima entonces), sería recibido en la Corte, si no con los brazos, con las manos abiertas, es tan claro como la luz.

Me río yo del cuento tan traído y llevado del chismoso escritor Rodríguez Fresle, que sin más fundamento que *un dicen*,

quiere hacernos comulgar con el disparate de que: «el *general* Jimenez de Quesada, como llevaba mucho oro, quiso primero ver á Granada, su patria, y holgarse con sus parientes y amigos. Al cabo de algun tiempo fué á la Corte á sus negocios en tiempo que estaba enlutada por muerte de la Emperatriz. *Dijeron en este reino* que el adelantado habia entrado con un vestido de grana, que se usaba en aquellos tiempos, con mucho franjon de oro, y que yendo por la plaza, lo vido el secretario Cobos desde las ventanas de palacio y que dijo á voces: «¿Qué loco es ese? Echen ese loco de esa plaza;»—y con esto se salió de ella.—Si el lo hizo y fué verdad como en esta ciudad *se dijo*, no es mucho que lo escriba yo.»

La paparrucha es tan gorda que sólo su tamaño me explica el que se le haya dado crédito. ¡Cobos, el voracísimo Cobos llamar de loco y echar de sí á un hombre que llevaba de presente un tesoro de piedras preciosas! ¡En pelota, no digo yo vestido de grana, le hubiera recibido, y el Emperador, á pesar de su luto y de su viudez, se hubiera holgado con la originalidad del conquistador del Nuevo Reino!

Pero además Rodríguez Fresle, casi compadre del licenciado, ignoraba (como otras muchas cosas) al escribir su chisme, que éste solicitó y obtuvo pasar desde Sevilla directamente á la Corte, como es natural, á ofrecer á su rey las primicias de la riqueza y de las novedades del país que había descubierto, las cuales cuanto más recientes habrían de ser más aceptas al que por ellas podía ó debía dispensarle mercedes. Además Jimenez de Quesada era sujeto de clarísimo juicio, de mucho mundo, galán y ostentoso en su porte; sabía que la Emperatriz era partida de este mundo unos seis meses antes que él llegara á Sevilla ¿y había de haber desaprovechado la ocasión de lucir un magnífico traje negro más elegante entonces que el de grana, si es que se propuso llamar con su atavío la atención de los cortesanos?

Juan de Castellanos, es cierto, no nos ha cantado el chascarrillo de Fresle, pera ha dado lugar con sus toques y pinceladas biográficas del insigne cordobés, á que se le tuviera por muy capaz de endosarse un traje de grana cuando debía vestirse de negro. Y no voy á citar más ejemplo en mi apoyo que

el de la ilustrada y discretísima dama santafereña ó reinosa, doña Soledad Acosta de Samper, que sin reparo le incluye entre los hechos desatinados del descubridor de su patria.

El licenciado Gonzalo Jimenez fué un calvatrueno de muy buena sombra, algo picado del juego, magnífico en su porte, rumboso, derramado con las mujeres, y como muchos hombres de superior talento y persuadidos de su efectivo mérito, poco cuidadoso de las conveniencias que hoy día llamamos sociales. Pero no hay que olvidar que todas estas cualidades las desplegó después de haber llevado á cabo una de las más grandes hazañas de la Conquista, sin apenas mancharse de sangre ni dar otros tormentos á su honrada conciencia, y que si se hizo rico, no paró en codicioso, pues pobre fué á su conquista y pobre volvió al país que había regalado á la Corona de España.

Digo que Juan de Castellanos ha dado carta blanca á ciertas fantasías sobre el carácter de Gonzalo Ximenez, porque no obstante haberle dedicado estos cuatro versos de la *Elegía* IV (t. II, p. 260): «Este es aquel varon adelantado—á todos los leales y fieles—Don Gonzalo Ximenez de Quesada—basis del Nuevo Reino de Granada;» allá medio en broma medio en veras, se insinúa con estos otros del canto XXI de la misma *Elegía* (p. 171): «Vino tambien en esta coyuntura [la de asentarse la Audiencia de Santa Fe en 1550] al reino que él había descubierto y con sus capitanes conquistado, don Gonzalo Ximenez de Quesada, harto mas repelado que con pelo, porque en juegos y damas y combates, libreas, invenciones, faustos vanos y prodigalidad desordenada, *dió fin* á la grandeza de moneda en aquestas provincias adquirida, peregrinando por diversas partes, por Francia, por Italia y Lusitania, con mayor fausto de señor de salva. Y un día lo prendieron en Lisboa hallándolo con ropas recamadas (paresce ser que allí no se permiten), y cuando le sacaron de la cárcel, pidiole la mujer del carcelero ciertos maravedís del carcelaje, y él le mandó dar luego cien ducados, y la mujer con tan honrada paga, juró de no estar más en el oficio ni ser de otro ninguno carcelera. Otro día, jugando con Pizarro [Hernando] y Pedro Almirez [Per Almildez] y otro poderoso, indianos que en la corte negociaban, pasó por donde estaban una moza, criada

de la casa do jugaban, á tiempo que Pizarro ganó un resto y diole una corona de barato, y de los otros, por no quedar cortos, acudió cada uno con la suya; y el Gonzalo Jimenez de Quesada, de muchas que tenía de delante, tomó con ambas manos cuantas pudo y diole una almorzada de ducados, que recogió en la falda de la ropa, diciéndole: «no he ganado mano con estos generosos caballeros; y agora hago cuenta que la gano en daros yo tambien de mis dineros.» De estas magnificencias hizo tantas, que dió presto al través con las riquezas, de tal manera que le fué forzoso procurar con el Rey y su Consejo algún recurso con que se volviese á lo que descubrió y dejó poblado; y en la solicitud y diligencia, por no poder pescar peje de tomo, hubo de contentarse con marisco: digo que trajo la Mariscalía del Nuevo Reino, do lo conoscimos con esta dignidad algunos años y buenos indios de repartimiento».

XII

Pero después de todo, y á pesar del estilo un tanto inconveniente con que trata á Quesada nuestro beneficiado, y del cual es una linda flor el retruécano chocarrero del marisco, memoria sin duda de las playas nativas, pero impropia de quien se daba á cultivar el noble y majestuoso endecasílabo; después de todo, digo, sacamos en limpio que el Mariscal era un hombre rumboso y que vestía con mucho lujo.

Lo que no puede pasar por mi parte sin nota más grave y mas seria es el siguiente pasaje del canto XVI de la *Historia* (t. II, p. 27-28): «..... porque, luego que llegaron las nuevas á Castilla deste descubrimiento, por presencia del Gonzalo Ximenez de Quesada, que la gobernacion apetescia, por ser descubridor, á la demanda *se opuso* don Alonso Luis de Lugo, á causa de tener capitulado el don Pero Fernandez, padre suyo, con el emperador don Carlos Quinto, que despues de sus dias sucediese en la gobernacion el don Alonso. Y aquesto se cumplió sin dar oido á lo que el licenciado demandaba, ansí

por dar entero cumplimiento á las capituladas condiciones, como porque el Ximenez de Quesada, con el mucho posible que llevaba, y el ardor juvenil, en aquel tiempo anduvo más sobrado que compuesto, y muy mas derramado que ceñido en sus trajes lascivos, que fue causa del desacrédito de su persona, no solo con los del Real Consejo, mas con el mismo Rey; y demas desto, soplaban susurrones los oidos diciendo llevar muchas esmeraldas sin pagar dellas el debido quinto. Y aunque fueron mendosas invenciones, no quedó por entonces tan bien puesto como lo merecian sus servicios; y la gobernacion fue proveida al dicho don Alonso Luis de Lugo.»

Que los lascivos ó deshonestos trajes de un pretendiente con los bolsillos llenos de esmeraldas le desacreditaran para con los consejeros de Indias, es una inocentada. Y en cuanto á que don Alonso *se opuso* á la demanda del teniente general de su padre, aquí está una consulta del propio Consejo de Indias y otros documentos que responderán cumplidamente á Juan de Castellanos y pondrán en su punto las cosas que mediaron entre Jimenez de Quesada y Lugo.

«El adelantado de Canaria [D. Alonso Luis de Lugo] insiste en que se le traspase el asiento tomado con su padre y con él de la conquista y poblacion de Santa Marta (1). El mismo y el licenciado Ximenez tornan á suplicar. Cumple se haga luego el asiento, especial en el nuevo descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, que el dicho licenciado descubrió, conquistó y pobló. Así pensamos los más, aunque hay algunos contrarios. El doctor Bernal y el licenciado Gutierre Velazquez creen que *la renunciacion del adelantado en el licenciado Ximenez es venta que no debe consentirse;* que este licenciado desciende de reconciliados; que no há mucho fué sentenciado por los alcaldes desta corte, porque jugó á los da-

(1) En efecto, don Alonso negoció el asiento ó capitulación de la conquista de Santa Marta en nombre de su padre. El 16 de noviembre de 1534 se presentaba en Madrid ante el Consejo á capitular sobre aquella conquista y descubrimiento del Río Grande ó de la Magdalena que ya había intentado Lerma, el cual pensaba ir por allí al Perú. A 22 de enero de 1535 se le despachaba con el asiento firmado por el Emperador.

dos; así no le creen persona de reposo y autoridad. El doctor Beltran y el obispo de Lugo [Juan Xuarez de Carvajal] le tienen por muy bueno en virtud de informes seguros. «En »todo el tiempo que estuvo en las Indias y anduvo en la di »cha conquista, usó muy bien y como buen cristiano temero»so de Dios, sin hacer mal ni daño ni crueldad á los indios ni »españoles; y demas desto es habil y tiene experiencia gran »de en aquella conquista; y por tal le escojó el adelantado don »Pedro Hernandez de Lugo entre mill hombres que llevó con»sigo, en que habia gran número de caballeros é hijos dalgo, »é le nombró su lugarteniente y capitan general del dicho »descubrimiento y confió mas dél que de su propio hijo, por »las muchas y buenas cualidades que había en su persona.» Hizo la conquista en tres años con grandes trabajos de hambres y otras necesidades de la gente, que no quedaron sino seiscientos. Descubrió el Nuevo Reino y se hobieron de la primera entrada 250 mill pesos de oro, de que cupieron á S. M. por el quinto 50 mill, demas de la mina de esmeraldas que descubrió, de que tuvo S. M. su quinto. Vino dicho licenciado con la nueva de todo al Rey, dejando en su lugar á Diego Ximenez (1), su hermano, que prosiguiese el descubrimiento y conquista á su costa. Por esto y porque el adelantado don Alonso de Lugo se ha casado y no es tan bien quisto de los conquistadores y naturales, quiere *traspasar el cargo de esta conquista* en dicho licenciado. Déste ninguna queja ha venido, antes muchas peticiones para que le envie gobernador; y siendo las mudanzas en Indias siempre dañosas, parece que sería ingratitud y cosa no convenible el dar á otro este cargo. Ni consta de defecto alguno en su ascendencia que segun leyes le estorbe obtener cualquier empleo de justicia. Es hijo de un

---

(1) Me llama la atención este *lapsus* del Consejo; porque el hermano que dejó por teniente se llamaba Hernan Perez de Quesada. También equivoca el adelantado del Río de S. Juan, Pascual de Andagoya, el nombre de dicho teniente y hermano de Gonzalo, en carta que le dirige llamándole Jerónimo Ximenez. ¿Serán estos errores puramente casuales? Hasta ahora sólo nos consta que estuvieran en Bogotá con el conquistador, Hernan Perez de Quesada y Francisco Ximenez de Quesada, el perulero.

gran letrado, abogado en el Audiencia de Granada, que siempre ha andado en cargos y oficios de V. M. en Castilla. Y parece gran rigor dejar de galardonar tan señalados servicios, porque jugó una vez á los dados por casualidad en la posada con otro licenciado su paisano, y esto sin recatarse, pues no lo ha por oficio, y en corta cantidad, que no llegó á 60 ducados; sino que, como los alcaldes de Madrid andaban rigurosos por el abuso, supieron tambien de esto.—Ni se puede decir que hay venta, pues no se tiene noticia [della], y si hay concierto entrellos, es por razon que traian pleito sobre los derechos que en la gobernacion han pertenecido al adelantado y su padre; y si el adelantado quiere ceder ó vender sus derechos provechos y mercedes en el licenciado, ninguna ley lo impide, y V. M. puede muy bien acceder, especialmente en persona tan útil á su servicio.—Del mismo parecer son el cardenal de Sevilla [Fr. García de Loaysa] y el conde de Osorno [don García Manrique], así por lo dicho, como «porque de la provincia de Santa Marta jamas ha venido provecho alguno á V. M., antes algunas veces no han alcanzado sus rentas para los salarios.» =Madrid 25 de junio de 1540.=Fr. G. Card. Hisp.—Dr. Beltran.—Eps. Lucensis.—Dr. Bernal.—Lic. Gutierre Velazquez. (Col. Muñoz. Extracto de su mano.)

Las glosas á esta consulta puede ponerlas el más topo. El adelantado pleiteaba para alzar el valor de su mercancía; cuyo ajuste parece estaba hecho de antemano con el licenciado Jiménez, que quizá le había adelantado alguna prima ó á cuenta. Mas como don Alonso Luis, á pesar de sus fechorías en Santa Marta, había casado con doña Beatriz de Noroña, hermana de doña María de Mendoza, mujer del omnipotente Francisco de los Cobos, en cuyo camarín se tasaron muchas de las mercedes del Cesar flamenco, no sé por qué se me antoja á mí que hubo de antojárseles á estas damas que sería mejor que recibir las esmeraldas de un reconciliado, que las trajese el marido de doña Beatriz de allí donde se criaban, recogiendo de paso algunas perlas de la rica pesquería que por entonces se empezaba á fundar en ó cerca del gobierno de Santa Marta; por lo cual casi estoy por creer que la culpa de la desgracia de Jiménez no la tuvo la capa de grana de Rodríguez Fres-

les, sino las faldas de aquellas nobilísimas señoras; y no paso de la sospecha, porque en estas honduras de la Historia es muy difícil ver claro. ¿Quién habría de pensar que en las intrigas jurídico-cortesanas, promovidas por la cuestion Quesada-Lugo, los consejeros que estaban de parte de Quesada y de la sana y recta justicia eran los más bribones de aquel respetable tribunal? Pues oiga V.

A principios del año de 1549 «se vino á oler» por las dadivas de Hernando Pizarro (preso hacia tiempo por la muerte de Diego de Almagro), que el arzobispo de Sevilla (cardenal Loaisa) y otros de dicho Consejo obraban con pasion. El Emperador quiso visitarlo en persona; y el 5 de febrero del propio año se promulgó la sentencia resultado de la visita, «dando por bueno al secretario Sámano. En el cardenal Fr. Garcia de Loaisa no hablaron, aunque fue cierto que le hallaron muy culpado de haber recibido grandes presentes de oro. Al obispo de Lugo, don Juan Suarez de Carabajal quitáronle el oficio y mandaron que tuviese cargo de la Cruzada y restituyese luego 12.000 ducados que le habia enviado don Diego de Almagro, cuando trataba casamiento de su hijo con una hija deste obispo, que habia sido primero casado, y no se efectuó el casamiento con la muerte del desdichado don Diego, y el obispo callaba los 12.000 ducados; era el dote que daba don Diego de Almagro 150.000 castellanos. Al doctor Bernal dieron por bueno con reprension que fuese más afable y menos riguroso á los negociantes. Al doctor Beltran, natural de Medina del Campo, priváronle del oficio de oidor deste Consejo y de todos los otros oficios que tenia del Rey y más le condenaron en 17.000 ducados que pagase luego, y si se descubriesen más cohechos, conociesen dellos los alcaldes de la Corte; y desterraronle de la Corte. Este vino á Medina y se metió en una iglesia; la mujer perdió su dote; era grandísimo jugador etc.» (Bibl. de El Escorial, II, V. 4.)

Pero en fin, sea por el motivo de las suspicacias ó sea por lo que fuere, ello es que el Emperador resolvió lo siguiente en la citada consulta de 25 de junio de 1540: «Cuanto á la gobernacion de Santa Marta, he visto lo que unos y otros decís; y porque, demas de no acostumbrar pasar semejantes renuncia-

ciones, el adelantado de Canaria me ha escrito que, visto que no he sido servido dello, el quiere ir á servirnos en el dicho cargo, le mando responder teniéndogelo en servicio y encargándole que así se haga. Le despachad con todo el favor necesario para dicha gobernación y conquista.—De Bruselas 16 de setiembre de 1540 (Minutas de cartas del Emperador al Consejo de Indias refrendadas y señaladas.)—Y con la misma fecha escribía á don Alonso Luis de Lugo: «Vi vuestra letra de 7 de julio en que por no haber nos admitido la renunciacion por vos hecha en el licenciado Ximenez de la gobernacion y conquista de Santa Marta, habíades determinado ir en persona á dicha conquista. He holgado de ello y os encargo la breve partida, por la necesidad que hay especialmente para el nuevo descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.»

El Consejo, por otra consulta de 12 de diciembre de 1540, dice al Emperador: «El adelantado de Canaria va á su gobernacion de la provincia de Santa Marta como V. M. lo manda. Pide licencia para 100 negros. Parece se le debe dar.» (ibid.)

Desde el 10 de diciembre de ese año, se hallaba don Alonso con todos sus despachos corrientes y en disposición de salir para su conquista cuando quisiera.

Así terminó el negocio, y fenecieron las pretensiones legítimas del *descubridor*, *conquistador y poblador* del Nuevo Reino de Granada. Hubo escrúpulos y graves impedimentos para autorizar la cesión, transferencia, traspaso ó venta de los derechos de don Alonso á la gobernación del Nuevo Reino, y no los hubo para investir con este cargo al bandido y semi-parricida que procuraba venderlos!

Una circunstancia en que deben reparar muy detenidamente los biógrafos del licenciado Jiménez de Quesada, es, que desde esa fecha comienzan contra él las apretadas y más severas providencias del fiscal del Consejo de Indias y del Emperador, ó mejor dicho de su secretario, y apuntan las noticias de sus andanzas fuera de España. Porque si bien es cierto que dicho fiscal, el licenciado Juan de Villalobos, se dirigía á los oficiales de la Contratación de Sevilla en 26 de enero de 1540, previniéndoles: «Al comendador mayor de Leon [Cobos] han

escripto de Granada, que el licenciado Ximenez, teniente de Santa Marta, que agora vino con el oro y esmeraldas para S. M., se ha loado en Granada que traía suyos más de 150 mil pesos y creo que registró poco en la Casa [de la Contratacion. Y con haber ido á desembarcar á Málaga (1), hay sospecha, contra el. Suplico á Vmds. me escriban la cantidad que registró de oro y plata y piedras y si tienen alguna informacion contra él de lo que traía ó que fué á Málaga sin fuerza de vien tos, porquecon algun fundamento le pueda poner demanda.» Esta carta sólo revela las obligadas suspicacias fiscales que, á juzgar por la consulta del Consejo de 25 de junio de 1540 que hemos trascrito, no debieron tener el fundamento que buscaba el fiscal, y en cambio demuestra que el licenciado Jiménez permanecía en España desde su llegada de Indias, en la cual, ora los negocios que gestionaba, ora las afecciones de familias pues aun vivían por esos años sus padres en Granada, le llevaban y traían de esta ciudad á la Corte.

Pero ya en carta de 24 de octubre de 1541, fecha en Marmellar, declaraba el opulento negociante burgalés y principaasentista de las especerías del Maluco, para depósito de las cuales negoció y obtuvo el establecimiento de la casa de Contratación de la Coruña, que se le había mandado averiguar si el licenciado Ximénez de Quesada estaba en Francia, á donde se sospechaba haber ido, con motivo de estar allí más caras las esmeraldas, á vender las que trajo del Nuevo Reino; y ofrece hacer vivas diligencias en el caso, por medio de sus hacedoreó correspondientes. El más activo de los que servían en Francia, era Pedro de Santiago, oscûro é inteligente corredor de la política imperial en ese reino.

Y á 4 de abril de 1542 se expidió esta Real cédula «general á las justicias del Reino y especial á la chancillería de Granada, de donde es vecino el licenciado Ximenez y donde se *cree* que está, para que le prendan y obliguen á dar fianzas de 15.000 ducados, y dadas, le suelten sobre que estará á jus-

(1) Todos los que venían de Indias estaban obligados á desembarcar en Sevilla, salvo en el caso de algún justificado contratiempo.

ticia en cierta causa que pende contra él en el Consejo de Indias.»

Si estaba el licenciado en Granada ó correteando por Europa no lo sé; porque no he visto papel por donde averiguarlo. El primero que conozco posterior á esa cédula es el que obra en la residencia del licenciado Miguel Diez de Armendáriz, que llevó provision para tomársela á Gonzalo Jiménez y á su hermano Hernan Perez como tenientes de gobernador del Nuevo Reino y que no parecieron á su llamamiento en Santa Fe ni por sí ni por procurador; Hernan Perez por haber muerto con su hermano Francisco Jiménez víctimas de un rayo el año de 1544; y Gonzalo por la razon que veremos más abajo. En dicho papel, segun extracto remitido al Sr Muñoz por el archivero de Simancas, leo que «en 1546 trataba el fiscal del Consejo de Indias Juan de Villalobos pleito con el licenciado Ximenez, demandándole en nombre de S. M. 12.000 castellanos; y en 6 de febrero de ese año, *suponiendo* haber venido el licenciado nuevamente á la Corte, aviva su acusacion. El Consejo manda al licenciado que dentro de nueve meses se presente en el Nuevo Reino á hacer residencia ante Armendáriz. Responde Ximenez que el fue teniente del adelantado difunto [don Pedro Fernandez de Lugo], á quien, despues de muerto, y á sus oficiales ausentes y presentes tomó residencia el licenciado Alanis de Paz (1), el cual no halló otra cosa de que hacer cargo á Ximenez, sinó de haber azotado á uno con poca culpa; y sobre ello le condenó en 200 ducados; y aun está pendiente la apelación de esto en el Consejo. Como el licenciado Alanis acabó su oficio, tuvo la gobernacion [de Santa Marta] por provision de la Audiencia de la Española Jerónimo Lebron, el cual estuvo mucho tiempo [en ella] é hizo cierta informacion de que nació la demanda de los 12.000 pesos que le ha puesto el fiscal. Siguió [á Lebron] el actual adelantado

(1) El licenciado Alanis fue creado juez de residencia ó de comisión de Cubagua, Santa Marta, Venezuela y Paria por cédula de 25 de mayo de 1537. —Actuó como tal juez hasta pocó después del año de 1540, en que se le mandó presentarse ante el Consejo de Indias. La residencia á don Pedro Fernández de Lugo se la tomó el año 1538.

[don Alonso Luis de Lugo], que está agora en la Corte, el cual tomó residencia á todos sus antecesores y no halló culpa contra Ximenez. Así que ya lleva éste tres residencias y no cree ser obligado á más. Insiste el fiscal en que Alanis no tomó residencia sino al gobernador y teniente de Santa Marta de lo de aquella provincia, no del Nuevo Reino. Ningun otro ha sido nombrado por S. M. ni el licenciado ha parecido á residencia en persona ni por procurador ante alguno, menos ante Lebron, á quien él (1) no quiso recibir por gobernador del Nuevo Reino. Alegan por una y otra parte y el Consejo confirma el auto anterior en 5 de marzo de 1546.»

Nuestro magnífico licenciado debió satisfacer los doce mil castellanos (cerca de doce mil pesos) ó venir á concierto con la justicia real; porque unos dos años después del auto del Consejo antes citado, era ya *mariscal*, según se deduce de cierta carta suya publicada á las págs. 47-49 del tomo X de la Col. del Sr. Torres de Mendoza, y convertida en enigma por el título y los errores que plagan sus cortas líneas; con cuya dignidad y una modesta encomienda, se restituyó á la tierra que había descubierto y poblado en compañía de los oidores que pasaron á ella á establecer la chancillería de Santa Fe el año de 1550.

De aquí para adelante hasta su muerte, acaecida en Marquitá el lunes 16 de febrero de 1579, á los 80 años de su edad, quédese lo que hizo (y fué mucho) para otros aficionados ó admiradores de este gran varón; que no tendrán poco que hacer si se proponen acordar los textos de Castellanos, de las tres partes de las *Noticias* de fr. Pedro Simon, del retórico Piedrahita, de Rodríguez Fresle, del P. Zamora, etc., etcétera; amen de los papeles mss. que todavía permanecen inéditos. Yo, contrayéndome á mi propósito de anotar solamente las omisiones ó errores de Juan de Castellanos en su IV *Elegía*, y encontrando de tanta trascendencia como los ya discutidos y probados con testimonios irrecusables, los que se refieren á

(1) No fué *él*, Gonzalo, sino su teniente y hermano Hernan Perez. Tengo nota de tres requerimientos que Jerónimo de Lebron hizo á Hernan Perez; sus fechas de 15 y 20 de septiembre y 11 de diciembre de 1450. (Col. Muñoz.)

su reputación y dotes de literato, voy á procurar la rehabilitacion de su memoria en este concepto, con algunas noticias que tengo á la vista.

XIII

La capacidad y generosos alientos del licenciado Jiménez como literato rayaban con las que demostró al explorar el Magdalena, al conquistar al Nuevo Reino, gobernarle y poblarle y al derramar por Europa las riquezas que se había granjeado con sus hazañas. Desde las rimas castizas á lo Juan de Mena y otros poetas de nuestro siglo XV, hasta los sermones, todo lo abarcó. Castellanos nos dice en el canto XIII de su *Historia* (t. I, p. 366-367): «Y el Lorenzo Martin, con ser extremo en la facilidad al uso viejo, al nuevo no le pudo dar alcance.—Y esta dificultad hallaba siempre Jimenez de Quesada, licenciado, que es el adelantado deste reino, de quien puedo decir no ser ayuno del poético gusto y ejercicio. Y él porfió conmigo muchas veces ser los metros antiguos castellanos, los propios y adaptados á su lengua, por ser hijos nacidos de su vientre, y estos advenedizos adoptivos, de diferente madre y extranjera.»—Y fr. Pedro Simon (2.ª parte Ms. de las *Not. hist.* not. 7.ª cap. 36); «escribió también y quedaron de su mano unos sermones de las festividades de Nuestra Señora, para que se predicaran los sábados de Cuaresma á la misa que ordenó se dijera en todos ellos de la Capellanía de los Conquistadores.»

La obra suya más citada (aunque pocos la vieron y hoy no se halla por ninguna parte), es la titulada *Los tres ratos de Suesca*, de la que dice también el P. Simon, «que eran tres libros de las conquistas de este reino... aunque no llegaron á ver la emprenta, y así han sido de poco provecho (1).

---

(1) Quiero recordar que algún escritor neogranadino asegura que se encontraba ms en la bibl. de Santa Fe y que desapareció de allí en el primer tercio de nuestro siglo. Persona muy conocedora de la bibliografía americana

Lo extraño del título pide alguna explicación. *Suesca* era un lugar ó estancia del adelantado Jiménez cerca de Bogotá, y en los *ratos* que dedicaba en ella á solazar y esparcir su ánimo, escribió los indicados tres libros.

En los *Apuntes del licenciado Pinelo*, relator del Consejo de Indias, tomados de los cedularios, hay una partida que dice: «El adelantado Ximenez de Quesada sacó licencia para imprimir un libro que intituló los tres ratos de Suesca—á 4 de noviembre de 1568.» Y entre los interesantes papeles históricos del Excmo. señor conde de Valencia de don Juan, he tenido la fortuna de hallar la cédula de licencia, que por referirse á libro tan nombrado, ser su autor tan eminente persona y por otras curiosas particularidades, voy á copiar á la letra:

«El Rey=Por cuanto por parte de vos el mariscal Gonzalo Ximenez de Quesada, adelantado del Nuevo Reino de Granada (1), nos ha sido fecha relacion que vos habeis compuesto un libro intitulado Los Ratos de Suesca sobre materias y cosas tocantes á Indias, el cual era muy útil y provechoso y en él habiades gastado mucho tiempo y puesto mucho trabajo, suplicandonos vos diésemos licencia y facultad para que por tiempo de veinte año (así) ninguna persona le pudiese imprimir ni vender, so graves penas, ó como la nuestra merced fue-

---

me ha dicho que la ha visto impresa. Conservo en mi poder y guardo con mucho aprecio una carta del malogrado y distinguido argentino Sr. Aurelio Prado y Rojas, en que me dice: «En una excursión que he hecho al Norte [de España?] he encontrado un señor de Salamanca, que dice poseer un manuscrito del conquistador Jiménez de Quesada, referente al *Nuevo Reino de Granada*, y que desea publicar; pero sin contar con los recursos necesarios para ello, me he acordado de V. y espero que, en el caso que el libro entre en el plan de sus publicaciones, me indique en qué condiciones podrían ustedes hacer la publicación para comunicárselo al interesado.» Por desgracia, poco después de escrita esta carta (en Madrid el 30 de agosto de 1878), murió el Sr. Prado y Rojas y no pude averiguar nada sobre el manuscrito de su referencia. ¿Serían *Los tres ratos de Suesca*? Si por casualidad cae al alcance de su dueño este artículo, y es tiempo todavía, le rogaría que tuviera la bondad de ponerse en relaciones conmigo para tratar de la publicación.

(1) En otro de sus *Apuntes* registra el licenciado Pinelo: «Gonzalo Ximenez de Quesada fué nombrado adelantado del Nuevo Reino en 5 de marzo de 1565.» (fol. 215 vto.)

se; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática por nos agora nuevamente hecha dispone, fué acordado que debiamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razon, é nos tovimoslo por bien é por la presente vos damos licencia para que vos ó quien vuestro poder hobiere, podais imprimir el dicho libro que de suso se hace mencion y para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el dia desta nuestra cédula en adelante, podais imprimir el dicho libro; y mandamos y defendemos que persona alguna durante el tiempo de los dichos diez años no le pueda imprimir ni vender sin tener para ello poder vuestro, sò pena de perder todos los libros que del hobiera impreso, y más, de diez mill mrs. para la nuestra Cámara; y mandamos que despues de impreso no se pueda vender ni venda sin que primero se traiga al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricado y firmado de Domingo de Zavala, nuestro escribano de Cámara de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresion está conforme al original y se tase el precio porque se hoviera de vender cada volumen, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en las dichas premáticas e leyes de nuestros reinos. Y mandamos á los del nuestro Consejo, etc., etc.—Dada en..... á..... días del mes de..... de mill é quinientos sesenta y ocho años. =Licencia para imprimir un libro intitulado Los Ratos de Suesca y privilegio por diez años.=Çabala (una rúbrica)»=Y debajo de este pié puso Felipe II de su letra: *Dígase al Cardenal* (de Espinosa ó de Sigüenza) *que por decirse que trata de cosas de Indias, haga que se mire bien, no sea cosa de inconveniente imprimirse.* (Limpio señalado al respaldo de los consejeros, y preparado para la firma del Rey.—Papeles hist. del señor conde de Valencia de don Juan).

Todas las que llevo mencionadas son obras conocidas (por lo menos de nombre) del ilustre fundador de Santa Fe de Bogotá; pero escribió muchas más.

Don Juan Bautista Muñoz, que, como V. ve, tiene mucha más parte que yo en esta carta, tomó no sé en qué archivo ó librería una nota tan llena de noticias de los trabajos histórico-

críticos del licenciado Jiménez, que me remordería la conciencia de ahorrar una sola letra de su contenido, truncado bruscamente por la incuria ó impericia del que agrupó sus papeles para encuadernarlos en los tomos de la colección de la Academia de la Historia.

La nota ó extracto dice así:

«APUNTAMIENTOS Y NOTICIAS SOBRE LA HISTORIA DE PAULO JOVIO, *por el licenciado Gonzalo Ximenez de Quesada, adelantado y capitan general del Nuevo Reino de Granada.*»

«Dedicado á Don Luis Quijada, presidente del Consejo de Indias, señor de Villagarcia.»

«En el prólogo al lector dice, que habiendo leído en latín á Jovio, se dolió de ver tan buen estilo y tan poca verdad; pero al ver la traduccion castellana de Gaspar de Baeza, creyó no debia sufrir tanto agravio y descortesía contra nuestra nacion. Propónese «reducir á cierta suma todas las cosas en que »va fuera de camino, desde que el emperador Carlos V co»menzó á reinar hasta el año de 44.» Atribuye los errores de Jovio á ruínes informaciones, y á las veces á pasión. Sobre el peligro de traducir ciertas cosas en lenguas vulgares, ofrece tratar «en el libro que intitulamos *Los ratos de Suesca*, donde »procuraremos declarar si erraron mas nuestros pasados en »escribir tan poco como nos dejaron, ó los presentes en hacer »tantos libros como cada día se publican. Restaba escusar las »faltas de este libro por el poco tiempo en que le escribí, que »fueron poco mas de cinco meses, y con la barbaría y rudeza »de la gente con quien converso muchos años ha..... La justa »indignacion que tengo de ver cargada la nacion española tan »injustamente, fue causa de darme mas priesa á que este libro »saliese á luz, aunque no tan limado y polido como se requería »en este tiempo que todas las letras y artes estan casi en la »cumbre.»

Así acaba el prólogo.

«En el cap. 1.º, intitulado: *Si es odio ó envidia la mala querencia que muchas naciones tienen contra la española y si son justas las causas que sobre eso dicen*, hácia el fin, dice: «De las »Indias occidentales no hay que hablar, puesto que algunos »reyes tienen gran envidia de aquel descubrimiento tan glo

»rioso para salvacion de tantas ánimas como se perdian y pa-
»ra tanta honra y riqueza..... Quiérense intrometer á conquis-
»tar en aquellas tierras y no fundan su derecho en otra cosa
»sino en decir que tambien son ellos herederos de Adan como
»los reyes de España, y si lo negamos, nos dicen que mos-
»tremos su testamento. Lo que esta razon ó donaire vale
»bien claro está. Las Indias occidentales pertenecen á Espa-
»ña, así por por la particion que toca á la frontera de nues-
»tros mares, como por la concesion de los sumos Pontífices
»romanos, que son vicarios de Dios en todo el Universo. Esta
»conquista con estos y otros muy justos títulos, costó á España
»grandes tesoros, infinito trabajo y sangre... Ganó aquella gen-
»te bárbara... el conocimiento de Dios recibido de la religion
»cristiana, y viniéronles de tropel las letras y disciplinas y to-
»das las artes y policia, cuyo valor no se puede estimar. Mal
»contado seria á la nobleza de España si no defendiese su de-
»recho, pues Dios le ha dado poder, industria y facultad para
»lo hacer.»

»Cap. 2.º—*De la condicion y estado de Jovio y de algunas faltas generales de su Historia.*

»Cap. 3.º—Equivocaciones de Jovio sobre las Comunidades y estado del Emperador *cuando heredó estos reinos y vino á tomar posesion dellos.*—Dice: «No fue causa de aquellas alte-
»raciones (las Comunidades) la cobdicia de aquellos flamen-
»cos, como mas largamente se verá en los *Anales* que escri-
»bimos *del Emperador Carlos V.*» Lo mismo repite al fin del capítulo.

»Cap. 4. *De las vistas que tuvieron los reyes de Francia y de Inglaterra en Picardía y de la junta de Cales...*

»Cap. 5. De las cortes primeras del emperador en Alemania... del remedio á los comienzos de Lutero, y principios de guerras entre España y Francia... y eleccion de Adriano VI.

»Cap. 6. Toma de Génova... Adriano en Roma... eleccion de Clemente VII.

»Cap. 7. Borbon al servicio del emperador... rey de Francia preso, etc.

»Cap. 8. Francisco 1.º en España... su libertad... saco de Roma por don Yugo (sic) de Moncada y Coloneses.

»Cap. 9. Guerra de Soliman en Hungria. Cita en ese capitulo *El libro* que *vamos* haciendo intitulado: *Las diferencias de la guerra de los dos mundos*. Sin duda habla de las conquistas de Indias.

»Cap. 10.

»Cap. 11. Borbon sobre Roma y saco della.

»Cap.s 12—13—14—15—33.

»Cap. 34. Cosas de Barbaroja.

»Cap. 35. Carlos V sobre Tunez.

»Cap. 36.

»Cap. 37. Con motivo de alabar Jovio á Magallanes, Cortés y Nuñez de Balboa, dice f.° 238 b. 599...»

Aqui y de este modo acaba la nota toda de letra de Muñoz. (t. 92, folio 254.)

Por obra de Gonzalo Jiménez tengo también la relación titulada *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, con que remato esta carta, tanto para dar una muestra del estilo de nuestro licenciado, como porque creo que ve la luz por vez primera. Su original se guarda entre los papeles de nuestro Archivo Histórico. Procede de los llamados *del Arca de Santa Cruz*, que pasaron por muerte de este insigne cosmógrafo de Indias y cronista del Emperador á formar parte del rico depósito de documentos del expresado Consejo en octubre de 1572 (1). Algo retocado está por Santa Cruz, pero tan lijeramente, que en varios pasajes dejó que hablara en primera persona el descubridor y conquistador, ya en singular y solamente por sí, ya en plural por él y por sus compañeros.

Además, á mi juicio, es la fuente más pura del memorable episodio histórico de que fué autor y cronista el gran cordobés.

MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA.

(*Se continuará.*)

---

(1) *V. Rel. geográf. de Indias* —Perú—t. II, ps. XXX—XXXVIII.

EL CAFÉ Y SUS PROPIEDADES

PARTE PRIMERA

XISTE en la actualidad arraigado en las costumbres el uso de una bebida que los hombres quieren con pasión, por haberla ensalzado en demasía los poetas y los sabios, y cuyos efectos, á pesar de estar estudiados hasta la saciedad, como se estudian en nuestra época todas las cuestiones de alguna importancia, no han hecho todavía la debida impresión, porque no se han extendido lo suficiente para que se conozcan.

Tal es el café.

Mucho se ha escrito sobre el café; grandes polémicas ha suscitado su estudio en los centros donde la ciencia radica; opiniones diversas, contrarias unas, favorables otras, han reinado en este asunto en el campo de la medicina, ciencia la más obligada á saber su composición y manera de obrar; pero todo esto ha pasado en silencio para la generalidad, que sigue quemando incienso en honor del café, y permanece á oscuras y sin conocimiento respecto á los perjuicios que acarrea.

Y como la extensión que hoy ha adquirido es considerable, no tomándose ya por placer sino por vicio, y este vicio no ha llegado todavía á ser mirado por la sociedad, con la repulsión que se mira el que es ocasionado por el abuso de las bebidas espirituosas; de ahí el que los estragos que pro-

duce sean cada día mayores, sin que pueda evitarlos nadie, pues no existe dique alguno que se oponga á sus progresos.

Estas consideraciones me hicieron fijar la atención sobre la materia, y dedicarme á su estudio con detenimiento hace ya algún tiempo; pero causas ajenas á mi voluntad y que no eran extrañas á la inaptitud y pereza que mis potencias intelectuales poseen habitualmente, tuvieron inéditos y en el olvido mis apuntes, hasta que desechada toda preocupación por un efecto tal vez de arrogancia infundada, me decidí á publicar las impresiones que el estudio del café me proporcionaron. Este trabajo no tendrá por objeto solamente, como pudiera deducirse de lo que llevo dicho, el presentar el café como una bebida repugnante y siempre perjudicial, pues no proponiéndome tratar el asunto de una manera aislada, vendrá forzosamente á sobresalir su parte buena.

Explicado todo esto, no debería decir que mi trabajo sale á luz sin pretensiones, porque hay cosas que *peor son meneallas*. Por lo demás, yo lo creo útil y estoy contento, porque abrigo la esperanza de que mis compañeros y el público en general atenderán en su fallo más bien á la intención que me guía, que á los detalles de forma y erudición.

I

CARACTERES BOTÁNICOS Y QUÍMICOS

A. El café es la semilla de un arbolillo que corresponde á la familia de las *Rubiáceas*, tribu de las *cofeáceas*, que Linneo coloca en las *pentandrias monogíneas*: se cría en Yemen, en las orillas del mar Rojo y más particularmente en Moka, de cuya localidad le viene el nombre con que más generalmente se le conoce en el comercio. Su planta *Coffea arabica* (Linneo) tiene de 4 á 5 metros de altura y presenta tallos cilíndricos con ramos opuestos, casi nudosos, flexibles y de

color verde agrisado. Las hojas son también opuestas, ovales, con las puntas aguzadas, color verde oscuro y nervios muy pronunciados.

Tienen las flores del *Coffea*, un hermoso color blanco rosado, olor muy agradable, y se presentan en panojas ó racimos axilares en los ramos superiores de la planta. Su cáliz, de cinco dientecillos iguales, abraza una corola asalvillada, cuyo limbo presenta cinco lóbulos lanceolados que encierran los estambres en número también de cinco, los cuales se insertan en la garganta de la corola y son más largos que ésta, sobresaliendo algún tanto de la flor. El ovario es bilobular, con un estilo más largo que la inserción de los estambres; parece muy sencillo y está terminado por un estigma bífido.

El café tiene un fruto de forma ovóidea, del tamaño de una ciruela, umbilicado en el ápice y cuyo color sufre con el tiempo tres variaciones; verde, rojo y negro. Encierra una pulpa ó sustancia carnosa, de gusto algo azucarado, desagradable y muy parecido cuando está seco al de las ciruelas pasas; tiene una consistencia semifluída pegajosa y está en contacto con dos huesos elipsóideos casi redondeados por un lado y planos por el otro, los cuales presentan una cubierta doble, delgada y cartilaginosa. Dentro de estos huesos se encuentra la semilla, que, como he dicho, constituye el café propiamente dicho, el cual presenta la misma forma que el hueso ó coca de donde sale, es decir, plano por la cara interna y redondeado en el exterior. Nótase en él los siguientes caracteres: color que varía entre el blanco amarillento agrisado y el amarillo verdoso, olor á heno, sabor de centeno, textura dura, cartilaginosa y algo córnea, presentando como carácter típico en su cara plana un surco baste profundo. Visto al microscopio después de cortado en láminas delgadas, aparece formado de multitud de células gruesas cuya disposición dejan entre sí muchas cavidades irregulares.

Se encuentran en el comercio varias especies de café, según de las localidades de donde procede; pero los mejores conocidas, son: el de Moka, el de Borbón, de la Martinica y deHaiti. El primero, que está reputado por el mejor, es pe-

queño, algo amarillento, afecta con más exactitud que los otros la forma del hueso, y posee un olor y sabor muy agradables. El de Borbón es más grueso y menos redondeado; el de la Martinica es grueso, también de color verdoso bien pronunciado, y está recubierto de un epispermo plateado. Por último, el café de Haiti tiene una forma irregular, posee un olor y sabor algo desagradables, su color es verde blancuzco, y no presenta epispermo como el anterior.

B. Análisis.—M. Payeu, á quien todos los autores que tratan sobre esta materia se ven obligados á citar por ser autoridad universalmente reconocida y debérsele trabajos importantísimos en lo que al análisis y composición química del café se refiere, ha formado un cuadro con las diferentes sustancias que entran en la composición de la semilla del Moka, de cuyo estudio puede sacarse mucho provecho, por la facilidad con que las presenta.

Hélo aquí:

Tabla de la composición del café, según Payeu: en cien partes contiene

Celulosa	34	Cafeina libre	0,8
Agua	12	Esencia aromática de olor suave, soluble en agua	0,002
Sustancias grasas, de	10 á 13	Aceite esencial concreto insoluble	0,001
Glucosa, dextrina, ácido vegetal indeterminado	15,5	Sustancias minerales, potasa, magnesia, cal, ácidos silícico, sulfúrico	6,697
Cloroginato de potasa y cafeina, de	3,5 á 5		
Materia orgánica nitrogenada	3		

M. Eulemburg ha visto en sus análisis que el café contiene en cien partes, 12 de agua, 15,5 de azúcar y goma, 0,75 de cafeina, 15 de sustancias proteicas, 5 de un tanino especial, 13 de grasa y aceite volátil, 34 de leñoso y 6,75 de cenizas.

De estos componentes debemos estudiar particularmente el principio activo, ó sea la cafeina y el aceite esencial llamado *cafeona*, no solamente porque estas sustancias son las que dan al café más principalmente sus caracteres y propie-

dades, sino porque parece como que son también lo único nuevo que el químico encuentra entre esos componentes.

Cafeina.—Esta sustancia, que se llama también *teina,* tiene por fórmula $C^8 H^{10} N^4 O^2 + H^2O$, y se le encuentra además del café, en el thé, el thé de Paraguay ó sea en la planta del *Ylex paraguayensis,* en las nueces del *cola acuminata* y en la Guarana, sustancia preparada por medio de los frutos del *Paullinia sorbilis*. La descubrió Rouge en 1820. Strecker ha demostrado que la cafeina no era más que la metelteobromina; para Fischer, por el contrario, la *cafeina* y la *teobromina* se derivan de la *Xantina,* pero Dujardin cree haber resuelto la cuestión diciendo que todas las sustancias citadas no son otra cosa que estados isoméricos de la cafeina (1).

La cafeina se obtiene calentando en tubos muy recios, durante veinticuatro horas, la combinación argéntica de la teobromina con el ioduro de metilo. Se obtiene también empleando las hojas del café ó el thé, las cuales, convenientemente preparadas y mezcladas con agua en proporciones fijas y cal hidratada, se desecan y se tratan por el alcohol, para que resulte una especie de extracto que después se evapora con objeto de separarlo del alcohol, dejando que cristalice la cafeina, que llega á obtenerse pura á fuerza de cristalizaciones repetidas.

Estas cristalizaciones se verifican afectando la forma de prismas muy pequeños, sedosos y suaves, incoloros, muy amargos, solubles de 15 á 17° en 14 partes de agua y en 165 de alcohol absoluto, siendo fusibles de 234 á 235° y sublimables sin alteración.

Cuando se disuelve una parte de cafeina en agua de cloro, después que se evapora el líquido se obtiene un precipitado azul rojizo que se disuelve en el amoniaco, dando á éste un hermoso color rojo violeta.

Por la acción del agua de cloro ó del ácido nítrico disueltos en agua, sobre la cafeina, se obtiene un producto que se llama *Ácido amálico,* cuya fórmula está representada por

(1) Dujardin Baumetz. Bull. de Therp. año 86, t. CX.

$C^8 (CH^3)^4 N^4 O^7$, el cual está formado por cristales incoloros poco solubles, que tiñen por los ácidos en un color azul violeta y pinta de rojo la piel. La ebullición de la cafeina con la potasa alcohólica ó el hidrato de barita, da lugar por la absorción de los elementos del agua y del ácido carbónico á una base incristalizable muy soluble en el agua y en el alcohol, que se denomina *Cafeidina* y tiene por fórmula $C^7 H^{12} N^4 O$.

La cafeina se encuentra en el café, como hemos visto en el cuadro de Payeu, en parte libre y en parte combinada con el ácido clorogénico, formando el *Cloroginato de potasa y cafeina*, sal muy eléctrica por el calor, poco soluble en el alcohol anhidro, pero el de 0,85 lo disuelve bien en caliente, cristalizando luego por enfriamiento. Resiste sin descomponerse 180°, pero á los 185 se funde, tomando un color amarillo pronunciado y aumentando cinco veces su volumen al fijarse después en una masa esponjosa y friable. A los 230° sufre una descomposición parcial, de la que resultan vapores de cafeina y productos empireumáticos.

La diferente proporción de cafeina que entra en las diversas especies de thé y café, está representada por el siguiente cuadro, que expresa los resultados de los análisis hechos por Grahann, Stenhouse, Robiquet, Aubart y otros.

Cafeina contenida en el thé

El del Congo tiene	2,00	por 100
» Haysan »	2,4 á 2,50	—
» Sumpowder »	3,5 á 4,1	—

Cafeina contenida en el café

El de Santo Domingo tiene	0,17	por 100
» Java »	0,25	—
» Java amarillo »	0,473	—
» Moka »	0,21	—
» Ceilán »	0,87	—
» Plantación »	0,54 á 0,83	—
» Martinica »	0,36	—
» Alejandría »	0,24	—
» Ceilán »	0,20	—

El principio oloroso de la semilla del café se encuentra mezclado con una sustancia grasa que le quita en parte sus propiedades; pero por medio de la tostación se pone en libertad, viéndose entonces que está compuesto de varias esencias diferentemente condensables. Así es que si recogemos en recipientes distintos el producto de la destilación del infuso del café, tendremos: en el primero, un líquido acuoso amarillento, sin olor concreto; en el segundo, á la temperatura de 25 á 30°, otra esencia del mismo aspecto, pero de un olor fuerte y agradable que se ha creído sea el verdadero principio aromático del café, y por último, en el tercero, enfriado á muchos grados bajo cero, se condensa una esencia con carburos pirogenados, que aumentan si la condensación se hace en un cuarto recipiente. Esta es la *cafeona* de Rodsleder.

II

HISTORIA, CULTIVO, RECOLECCIÓN Y PREPARACIÓN

A. Difícil es precisar con exactitud en la historia de los pueblos orientales donde empezó á usarse el café, período fijo en que se vea de una manera clara y patente el descubrimiento y empleo por vez primera de esta sustancia. Reynal en su *Historia filosófica y política de los establecimientos de los europeos en las dos Indias*, dice que el café es originario de la alta Etiopía, donde se conoció desde los tiempos más remotos. Se supone que un molaco llamado Chaledi fuera el primero que usó el café con objeto de librarse de ciertas molestias que entorpecían sus rezos nocturnos, llegando después á ser imitado por sus derviches, que exageraron sus propiedades de tal modo que ya no lo tomaba solamente el que tenía necesidad de él para buscar la salud y la agilidad, sino muchos que, no estando precisados á utilizar sus propiedades, lo bebían únicamente por el placer que

les proporcionaba. De esta manera se fué extendiendo poco á poco, con ayuda de los peregrinos, por todos los países mahometanos, llegando á ser tan grande la afición que se desarrolló por esta sustancia, que se hizo preciso establecer cafés públicos con el objeto de explotar en ellos el deseo de los muchos aficionados. El café fué trasportado á Europa en el año 1553 por Selim II, el cual dicen que era tan aficionado á esta bebida, que logró en poco tiempo extenderla por Constantinopla, donde también se abrieron al público multitud de *Cafés* que muy pronto llegaron á verse concurridos por gente ociosa, desocupada y de mal vivir, que hizo de ellos centros de corrupción, viéndose por esta causa el gran Visir Koproli, precisado á cerrarlos.

Desde Constantinopla fué llevado á Inglaterra por un mercader llamado Eduardo que llegó de Levante en 1653, con objeto de explotar el negocio en Londres, desde donde se dice que fué trasportado al resto de Europa.

Pero respecto á su extensión por este Continente, parece lo más probable que Venecia (1) (1615), fué la primera población, después de la capital del imperio otomano, que conoció el café y lo generalizó por toda Italia, desde donde llegó á Francia por Marsella en 1654. En Francia tardó tres años en conocerse por completo, y acerca de la causa de este conocimiento cuenta la historia una anécdota curiosa. Un diplomático turco llamado Soliman Ajá, conocedor de las propiedades del café, dió en cierta ocasión un banquete suntuoso á los principales grandes de la nación vecina, y en él se rindió un culto tan grande á la divinidad alcohólica, que muchos de los concurrentes se vieron precisados á retirarse á las habitacions interiores del palacio de la embajada donde tenía lugar la fiesta. Notada la ausencia y averiguada la causa, bien pronto salió á relucir el café, que según se cuenta hizo tantos prodigios que desde entonces no faltó jamás en las comidas de los poderosos del reinado de Luis XIV.

Francia, pues, se encargó de extender esta bebida por

---

(1) Moyo.—*Materia farmacéutica.*

Europa. Aublet (1) manifiesta en contradición con lo precedente, que el café era ya conocido por los franceses en el reinado de Luis XIII y se vendía en el Chatelet de París con el nombre de *cahovet*, ó *cahové*. Dice después que la primera planta que se aclimató en Francia, fué llevada allí por un tal Bessous, oficial de artillería; pero que habiéndose perdido mandó otra á Luis XIV el corregidor de Amsterdan, Pancracio, la cual fué cuidada con esmero en el jardín de aclimatación y de ella sacaron los diversos piés que destinaron á las colonias de América.

Hé aquí cómo se cuenta la historia de su aclimatación en estas colonias.

El médico Isemberg fué encargado de llevar á las Antillas en 1716 el primer pie de café, y no habiéndolo podido verificar por sorprenderle la muerte, le sustituyó Dedieus, alférez de navío, el cual logró por un favor especial de otro médico, M. de Chiral, un nuevo pie sacado del jardín de aclimatación, pudiendo lograr después de vencer grandísimos obstáculos en la travesía, que el café fuese cultivado en la Martinica, á donde fué destinado. Después se llevaron plantas á Santo Domingo, Guadalupe y otras islas adyacentes. En Borbón se estendió el cultivo del café en 1720, gracias á los trabajos de un encargado especial de la Compañía de la India, llamado Goucer.

Respecto á las colonias dependientes de otros países europeos, por más que los autores no precisan la manera como apareció el café, lo probable sería una de estas dos cosas: ó que se llevara directamente de esos países, ó que se trasportara de las islas franceses; pues no es tan verosímil la idea vertida por algunos de que el café fuera conducido directamente desde Moka.

B. El Sr. Serrano, (2) extractando una carta de M. Rocier, en la que se trata de una manera admirable la cuestión del cultivo del café, encuentra materia suficiente para llenar todos los párrafos que dedica á este asunto. Imitándole yo,

---

(1) Historia de las plantas de la Guayana francesa.

(2) *Diccionario Universal de Ciencias y artes*, t. 3, p. 175.

debo decir en primer lugar, que no prueba la trasplantación que suele hacerse de los piés nuevos de café que nacen de los frutos caídos, debiendo por tanto recurrirse á la siembra de las semillas sacadas de la pulpa en sazón y enterrarlas de trecho en trecho á media pulgada de profundidad, en surcos que guarden entre sí una distancia de siete á ocho pulgadas.

Los meses de Marzo, Abril, Mayo y Junio, son los más á propósito para la siembra, porque así se consigue que dé á la planta joven el sol del invierno, que es el que más le conviene. Debe tenerse cuidado de quitar á la tierra toda clase de yerbas y plantas, pues el café no consiente otras que el maíz y los guisantes, y aun éstas no deben sembrarse á su lado sino con grandes cuidados. La tierra ha de estar bien abonada con estiércol, y su riego debe verificarse de noche, porque el agua es más beneficiosa en la época en que el sol no baña á la planta, en razón á que siendo el terreno donde suele crecer lijero y poco poroso, se consigue con esto retardar la evaporación y dar tiempo á la filtración del agua.

C. La recolección se verifica de varios modos, según los países en donde se hace, pero en lo general se cogen los frutos cuando su madurez es completa; se despojan de la pulpa, se destruye el hueso por medio de unos cilindros de madera á fin de hacer salir la semilla, que después se limpia, haciéndola sufrir varios lavados, y se *descascarilla*, esto es, se le quita la corteza cartilaginosa.

En algunos puntos se conservan los frutos en el árbol hasta que casi están secos, y en otros, como sucede en Java y Bolivia, dejan la semilla con su cubierta coriácea, lo cual parece conveniente para dedicarla á la siembra, pero no para hacerla correr en el comercio.

D. Una vez extraída la semilla del *Coffea* del lugar en que están contenidas, se hace preciso, antes de darle el uso á que generalmente se le destina, someterla á otra maniobra: la tostación, para la cual se necesita mucho cuidado, pues que tiene marcada influencia en el sabor y buenas condiciones del café, y á ella se debe el desarrollo del aroma.

La tostación puede hacerse de varios modos; pero el más generalmente usado consiste, en encerrar el café dentro de

un cilindro de enrejado metálico que se introduce en un aparato á propósito, llamado tostador, cuya descripción me ahorro por ser muy conocido, y en el cual se consigue tenerlo rodeado de una atmósfera de aire, que hace la temperatura siempre igual é impide que pueda quemarse. El café que está bien tostado debe tener un color que se aproxime al rosa antes de sacarlo del tostador, excepto el de Borbón, que debe continuar dentro del aparato por más tiempo.

Hecha la operación del tostado se reduce el café á polvo, y puede destinarse ya para la infusión. Generalmente se destina para infusión una especie sola de café, pero en algunas partes suelen mezclar el Moka con el Borbón, por creer que así se hace resaltar mejor sus buenas propiedades. En Oriente abunda la creencia de que estas propiedades se hacen notar mejor por medio del cocimiento, y dan á este preferencia sobre la infusión.

III

ADULTERACIONES

Siendo la semilla del *coffea arabica* un artículo de consumo tan considerable (más de 30.000.000 de kilogramos al año), y estando por esta causa á la cabeza de las sustancias que más rendimientos dan al comercio, no es de extrañar que la industria de la falsificación se haya fijado en él y trabaje continuamente para adulterarlo, con gran perjuicio de la salud pública.

Una de las adulteraciones más perjudiciales que pueden hacerse con el café consiste en mezclarlo con el polvo de otro café que haya sido utilizado, lo cual se averigua obteniendo su extracto; pues debiendo dar, según Payeu, un café de buena calidad el 37 por 100 de extracto, todo el que no dé este resultado debe desechársele por inútil y perjudicial.

La achicoria amarga *cichorium nitybus* (Linneo) que es

una planta de la tribu de las hioserideas, tiene una raíz larga, blanca y de un mediano grosor, la cual, desnuda y tostada debidamente, se reduce á polvo grosero y constituye lo que se llama café de achicorias, con el que se adultera también el verdadero café. Se reconoce el fraude por varios procedimientos. Uno de ellos consiste en el uso del microscopio, el cual nos da claramente la diferencia que existe entre el café puro y el de achicorias, pues siendo diversos los elementos anatómicos de estas dos sustancias, y no pudiendo la última ser modificada de una manera intensa por la tostación, es fácil hacernos cargo del engaño. Otro procedimiento más sencillo podemos usar: si llenamos de agua casi en su totalidad dos vasos, y echamos en uno el café que creemos sospechoso y en otro el que tengamos certeza de que es bueno, se verá en el primero caer al fondo todos los granos al mismo tiempo que el agua adquiere un tinte sucio, mientras que en el segundo vaso quedan esos granos en la superficie sin dar apenas color al líquido. Después de hecha la infusión de café puede verse también, y en el momento, si está adulterado con achicorias, para lo cual no hay más que añadirle un poco de sulfato férrico y se verá tomar enseguida al líquido un color pardo negruzco si es malo, y verde esmeralda si se encuentra puro.

Al café se le adultera también muy frecuentemente con harinas tostadas de algunas gramíneas, pero por medio de la tintura de iodo que da á la disolución un color azul bien manifiesto, puede descubrirse con facilidad este fraude.

Estas son las principales adulteraciones que sufre el café en el comercio, las cuales son en verdad fáciles de descubrir por medios que puede aplicar sin dificultad cualquier aficionado escrupuloso.

DR. JOSÉ G. GONZÁLEZ DEL VALLE.

(*Se continuará.*)

APUNTES

DE

UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

CONTINUACIÓN (1)

VIII

UNA MIRADA Y UN PASEO POR TÚNEZ

Si fijándonos en una prominencia, la Casba, por ejemplo, ó en cualquiera de las altas terrazas, como la del hotel de París, extendemos nuestra mirada por la ciudad y sus alrededores, un golpe de vista tan extraño como alegre nos sorprenderá desde luego.

Se halla Túnez formando suave pendiente desde la Casba hasta el lago. El enjambre de sus blancas casas, como echadas á granel, semeja al espectáculo de blanca llanura con lijeras ondulaciones. ¿Se ha visto el panorama que ofrece una de nuestras ciudades de Levante cuando abundante nevada ha venido á posarse sobre tejados y terrazas? Pues añádase á esto el bellísimo adorno del árbol de dorado fruto y de la erguida palmera, ambos á dos existentes en todo jardín tunecino; agréguese á esto la esbelta figura de los octógonos mina-

(1) Véase la pág. 379 de este tomo.

retes, terminados en airosa pirámide, una de las obras más hermosas de la arquitectura árabe; represéntese además en la imaginación el aspecto de la bajira, extenso lago de insignificante profundidad donde, como en colosal espejo, parecen reflejarse los fríos restos del gran pueblo cartaginés y los picos de Hamman-el-If y de Gsas, que parecen centinelas adelantados para proteger la entrada de la ciudad; concíbase todo esto con un cielo despejado, radiante de vivísima claridad, y se tendrá una idea aproximada del panorama que ofrece Túnez á vista de pájaro.

Pero si es soberbio el aspecto del conjunto hasta el punto de justificar el pomposo calificativo de *flor de Oriente* con que se le distingue entre los autores árabes, no parece así cuando nos disponemos á recorrerle paso á paso. Entonces aparece que la *flor de Oriente*, ni se distingue por el orden y proporción, condiciones indispensables de la belleza, ni el aroma que exhala en muchos de sus puntos, es de aquellos con que se describe embalsamado el empíreo mahometano.

Es Túnez, en efecto, la ciudad de calles estrechas y frecuentemente abovedadas ó entoldadas, abundante hasta lo inverosímil en callejones tortuosos y muchas veces sin salida, razón por la que el extranjero se encuentra multitud de veces chasqueado y desorientado en aquel inextricable laberinto. Las casas, completamente blanqueadas por lo común, cubiertas por terrados, sin aleros, son casi siempre de un solo piso, y en su exterior (pues que la extructura interior queda descrita al hablar de la de Argel) delatan esas dos notas de la decadente civilización musulmana de nuestros tiempos: me refiero á la superstición y al rebajamiento de la mujer. Aquellas figuras que nos parecen á primera vista adornos de las puertas; aquellas manos que en color rojo aparecen estampadas muchas veces en la fachada, son preservativos del *mal de ojo*, conjuros que la increible superstición de estas gentes opone á males y peligros imaginarios. Nunca el moro se priva de amuletos y talismanes. Los tiene en la puerta y en el interior de su casa, y los lleva encima en diferentes partes del cuerpo para preservarse de enfermedades y otros reveses de la fortuna.

Las ventanas, pocas en número y bien enrejadas y provistas de celosía además, parecidas á las que se ven en nuestros conventos de monjas de clausura, son el único resquicio que la suspicacia cruel de los moros concede á sus miserables mujeres, obligadas, por lo mismo, á soportar una existencia penosa por las trabas que se oponen á su consideración social.

Tan sombría y misteriosa como es la civilización musulmana de estos países, así se presenta al ojo menos observador por la simple inspección de algunos de estos barrios moros. Las calles estrechas y blanqueadas, puertas pequeñas y continuamente cerradas, silencio sepulcral, más bien se parece esto á una vasta necrópolis que á lugar destinado á seres vivos. Imposible describir el efecto que causa la visita á estos barrios, cuando se viene de la parte europea de la población. Mientras aquí es todo animación, todo bullicio, un continuo ir y venir, allí es todo soledad y quietismo: calles, y no pocas ni pocas veces hemos atravesado, donde ni hemos visto un alma, ni hemos percibido el más lijero ruído.

No así en los mercados y calles contiguas. Es un espectáculo curioso el que ofrecen estos *sucs* ó mercados á donde parecen trasladarse el bullicio y la animación que se echan de menos en otras partes. Diríase que sólo la idea religiosa y la idea mercantil son capaces de reunir los elementos dispersos y aislados de la población musulmana: la mezquita y el mercado, hé ahí los casi únicos puntos en que aparece un núcleo de población que se trata, se relaciona y da lugar á un cierto vislumbre de vida social.

Por lo demás, en estos *sucs* ó mercados es donde en interesante cuadro se presenta una gran diversidad de tipos, vestidos, lenguas y artículos de comercio. Allí se ve al tunecino aristócrata con blancos zaragüelles, vistosa faja, rico bornús y lujoso turbante, con medias blancas ó de color y lijerísimos chanclos, casi siempre amarillos; al oscuro artífice, vestido con las mismas prendas, pero más modestamente que el anterior, y al representante de la última clase, sucio, harapiento, imágen frecuente de la pobreza y la hol-

ganza en resignado consorcio. Es chocante verlos cubrir con mucho cuidado la cabeza, dejando al descubierto, aun en el tiempo de más frío, unas piernas que no se tomarían, por lo común, como modelos esculturales. Los negros, que se hallan en Túnez en número considerable, los judíos y judías, vestidos con colores chillones y cargados de dijes y alhajas, la población europea compuesta de italianos, franceses, malteses y griegos, es una variedad portentosa la que ofrecen los mercados tunecinos.

Otro de los puntos favoritos entre los musulmanes para sus citas y tertulias, es el café. Sorprende el número extraordinario de los establecimientos de esta clase que hemos visto en las poblaciones que hemos visitado, lo cual se explica por la afición exagerada que suelen tener los moros á esta bebida y por lo poco que se necesita para montar un café moro. El café es la bebida predilecta para el moro: algunos hemos visto que se pasan largos ratos, y aun días enteros, según mis noticias, alternando entre la bocanada de humo y el sorbo de café. Es también el café obsequio seguro, indefectible, con que se agasaja por el dueño de la casa á cualquier extraño que la visita; de tal modo, que algunas veces, como nos ha pasado á nosotros, se puede calcular el número de tazas consumidas por el número de visitas.

Nada, por otra parte, más barato que el establecimiento de un café de esta clase. Dos ó tres bancos, ya movibles ó bien empotrados á la pared; á veces alguna plataforma cubierta de estera, donde pueden los asistentes tomar la horizontal y echar alegre siesta; un hornillo de mala muerte con sus adherentes, y unos cuantos cacharros para la preparación y servicio del café; tal es el mobiliario de rúbrica en estos que suelen ser asilos de la ociosidad y del vicio. Tumbado á la larga, en cuclillas ó sentado sobre los bancos con las piernas cruzadas, no sin haber dejado antes en el suelo sus zapatos, pásase el moro largas horas apurando tazas de café y fumando pitillos. En algún café hemos visto una silla algo más elevada que los demás asientos, donde se sienta á medio día un moro erudito, de fácil palabra, y entretiene á los parroquianos con cuentos y anécdotas por el estilo de las que se

leen en las *Mil y una noches*. El café que allí se bebe es más bien que infusión, cocción de café, pues se introduce en el agua desde un principio, sirviéndose después en tazas bastante más pequeñas que las que por aquí se emplean. Este café, sin ser desagradable, tiene sobre el nuestro la ventaja de no ser tan excitante: es también más económico, pues no se cobra más que un carub (tres céntimos) por taza.

Si nos proponemos dar un paseo por la ciudad, tendrán á bien mis lectores acompañarme mentalmente á la fortaleza de la Casba, en el punto más occidental y elevado de la población, para desde allí trasladarnos á la Marina en el punto más bajo y oriental.

En el punto de partida de nuestra breve excursión podremos visitar la fortaleza de la Casba, vasto castillo con almenas, en cuyo engrandecimiento trabajaron los españoles: desde aquí se escaparon los cautivos cristianos que abrieron las puertas de la ciudad á Carlos V: de aquí también, como punto culminante, podremos abarcar la población y sus alrededores de un golpe de vista. El palacio del Bey (dar-el-bey) se halla en frente, en la plaza de la Casba y nada se ofrece en el exterior digno de atención, pues sólo le habita el soberano en el mes de Ramadán, es decir, en el tiempo del ayuno alcoránico.

Atravesaremos luego la larga y estrecha calle de la Casba, poblada de judíos y moros en pequeños y oscuros cuchitriles, donde trabajan en sus respectivos oficios de zapatero, sastre, carpintero, tintorero, etc.; dejaremos luego á izquierda la calle Larga (zenkat-et-tuila) (1) y nos internaremos en la calle de la Iglesia, que empieza frente á la gran mezquita.

Desgraciadamente la gran mezquita ó chama-ez-zeituna (del olivo) que también así se denomina el más importante de los edificios religioso-musulmanes de Túnez, es impe-

---

(1) Es de notar que todas las calles y plazas de Túnez llevan sus nombres escritos en árabe y francés sobre placas azules, siendo blanco el color de las letras. Los bandos públicos, los rótulos de las tiendas, hasta los billetes del tranvía uelen tener la traducción árabe.

netrable para los europeos; y se lleva á tal rigor esta medida, que el mismo Residente general francés se ha sujetado á ella (1); por las puertas, sin embargo, frecuentemente abiertas, hemos podido ver el gran patio y la multitud de columnas que le rodean, aportadas como las de otros edificios públicos y particulares, según nuestras noticias, de las ruínas de Cartago. En la noche de la fiesta llamada Muled-en-nabi, el nacimiento del Profeta, pudimos, además, admirar desde la puerta el efecto de espléndida iluminación (2). En el interior de esta mezquita está la gran biblioteca de Túnez, rica en códices interesantes, pero escasamente estudiados.

Siguiendo por la calle de la Iglesia, notaremos á la derecha la entrada de la iglesia de la Oliva, á cuyo culto están hoy consagrados los Padres Capuchinos, después que fué

---

(1) Ha ocurrido algunas veces que, acompañando al Bey el representante de Francia, y teniendo aquél que entrar en la mezquita, tuvo éste que quedarse en la puerta.

(2) Al regresar uno de los últimos días de Noviembre de nuestro acostumbrado paseo, nos sorprendió el espectáculo de profusa iluminación de gas y de bombas de colores que, en bien acertada combinacion, veíase sobre la fachada del Palacio de la Residencia, al frontis de la puerta de la mar y en otros edificios y sitios públicos. Preguntamos la causa de este ostentoso aparato, y supimos se celebraba al siguiente día la gran fiesta muslímica del nacimiento de Mahoma. Efectivamente, avanzamos hacia el centro de la población musulmana y pudimos observar el regocijo público ocasionado por tan solemne festividad: las calles, estrechas siempre, hallábanse entonces intransitables por la aglomeración de gentes: los alrededores de la gran mezquita presentaban el aspecto de las calles contiguas á la Plaza Mayor de Madrid en la feria de Navidad: el turrón, almendras, dátiles y golosinas de todo género, eran solicitadas por la gente de turbante como pudieran serlo por gentes de nuestra raza: el clamoreo de los vendedores, la algazara de los transeuntes, la extraordinaria iluminación, la retreta en que se exhibía el Bey y su familia, fueron las manifestaciones de júbilo que presenciamos desde la víspera. Al día siguiente, y en los dos sucesivos, el estampido casi contínuo del cañón, desde la fortaleza de la Casba, venía á unirse á aquellas manifestaciones producidas por la mayor solemnidad del mahometismo. Un contraste: el pueblo francés, la nación cristianísima, se asocia á las manifestaciones de público regocijo en la fiesta del nacimiento de Mahoma, y en cambio se muestra totalmente indiferente en la fiesta católica de Natividad: ¿es esto lógico, es político siquiera?

abandonada por los PP. Redentoristas, españoles según creo, la casa religiosa que poseían en el mismo local (1). Seguiremos esta misma calle de la Iglesia, donde el comercio europeo se halla ya dignamente representado, y llegaremos á la plaza de la Bolsa, pequeña plaza frecuentada por agentes de negocios, vendedores de dátiles y dulces, y, so bre todo, por una porción de curiosos y vagos así de los que visten pantalón como de los que usan la jaquia y el turbante. Nunca faltan de estos últimos en el trayecto que hay desde la calle de la Iglesia hasta la calle de la Comisión, que le es contigua: allí, de cuclillas por lo general y en correcta formación, apoyados en la pared, pasan largas horas, ó acaso todo el día, como haciendo un verdadero alarde de desprecio de lo que el calculismo inglés ha comparado con el metal de más precio.

Desde este punto nos encontramos ya en pleno barrio europeo, una vez que, franqueada la puerta de la mar, llegamos á la avenida de Francia, en cuyas anchísimas aceras se da cita, por lo general, la gente de quehaceres: este es el lugar más á propósito para darse cuenta del aspecto general y del movimiento de la capital tunecina: desde la negra del interior que, enfundada en sus oscuros mantones, permanece sentada frente al bazar universal en compañía de un capazo de enormes panes dispuestos para su venta, hasta el morito limpia-botas, de tan mala ralea como todos los del oficio, que acosa en la opuesta acera á quien quiera que por allí pase; la variedad es notable y digna de llamar la atención.

La casa de correos y telégrafos, el café de la Paz y del Comercio, el Gran Hotel y otros muchos establecimientos comerciales de importancia que allí se hallan, son la cau-

---

(1) La Iglesia de la Oliva, el mejor de los edificios de su clase que posee Túnez, es de estilo románico, en muy buen estado de conservación: en esta iglesia oimos un sermón en italiano al Sr. Obispo auxiliar de Túnez, Monseñor de la Pasardiere, en el día de la Concepción: allí nos llenamos de noble orgullo al oir los elogios que el orador tributaba á la católica España, en ocasión de la festividad que celebraba aquel día la Iglesia católica.

sa de la singular animación que se nota á cualquier hora del día: también en los días festivos por la mañana hemos visto constituirse la esplanada que hay frente al depósito de tabacos en pequeño Rastro, donde se sacan á pública subasta los muebles y objetos procedentes de embargo.

Llegamos por fin al paseo de la Marina, que sería verdaderamente grandioso si los edificios que le bordean guardasen armonía con lo soberbio del paseo; pero no es así por desgracia: largo de un kilómetro, si no pasa, tiene la suficiente anchura para dejar un paseo central bien desahogado con dos filas de árboles, dos ídem laterales, con otras dos filas de árboles, quedando todavía una muy ámplia avenida á cada lado, entre el paseo y la acera: los pequeños arbolillos están resguardados con cercaditos de hierro, los bancos se hallan con profusión y la limpieza de los paseos nada deja que desear. Lástima que, como he dicho antes, los alrededores desdigan de tanta grandeza, pues aun que se halla al principio el palacio de la Residencia y la catedral enfrente, aunque se vea alguno que otro edificio de regular mérito, se verán tal vez á su lado la vetusta barraca, el inmundo figón, sin que falte á trechos, en que nada se ha edificado, el característico árbol de los chumbos que aquí pulula por todas partes.

Desde el extremo del paseo de la Marina divisaremos ya las barquichuelas del lago, pues su escasísima profundidad (un metro y algunos centímetros á lo más) es causa de que no puedan navegar por él sino pequeños botes que suelen dedicarse al trasporte de los géneros mercantiles entre Túnez y el puerto de la Goleta. Este lago, cuyas aguas despiden con frecuencia un hedor muy perceptible en sus alrededores, son un elemento de insalubridad para la población, bien que la higiene moruna crea esos mismos miasmas altamente beneficiosos para la salud pública.

Resumiendo ahora, diremos que la capital de la Regencia tunecina es, entre las poblaciones que hemos visitado, la que mejor conserva el sello oriental de que participan en mayor ó menor grado todas las poblaciones berberiscas. Túnez, con el aspecto de la mayor parte de sus calles y casas,

con el número considerable de sus mezquitas, cubas (1), zauías (2), macboras (3), casas de baños y sucs ó mercados, con la extensión que allí alcanzan la industria y comercio indígenas, con la administración ámplia, hasta cierto punto, que aún conserva, con el uso general de la lengua árabe, cuyos guturales sonidos se oyen por todas partes y cuyos caractéres por doquiera se encuentran escritos, es el tipo de la ciudad oriental que se describe en las leyendas arábigas, y por esto no es extraño se extasíe en su contemplación el que, más que al gusto artístico atienda á la representación simbólica, y, más que á recrear la vista aspire á deleitar la imaginación: en las líneas generales de esta ciudad parecíanos vislumbrar todavía el aspecto que ofrecerían nuestras ciudades, cuando en pasadas edades los descendientes de Tarik imperaron con variada fortuna en nuestro suelo.

IX

NUESTRAS TERTULIAS EN TÚNEZ

El objeto preferente de la Comisión exigía el concurso y ayuda de nuestros representantes en los puntos donde debíamos permanecer, razón por la que los Cónsules de Orán, Argel y Túnez, fueron siempre objeto de las primeras visitas.

Estas visitas y relaciones de carácter oficial en un principio, nos acercaban aún particularmente á nuestros dignos representantes, resolviéndose al poco tiempo en afectuosa y cordial amistad. En Túnez, especialmente, es donde por haber estado más tiempo y por las condiciones especiales

---

(1) Pequeños edificios cuadrados y terminados por lo común en diminuta cúpula, donde descansan los restos de algún marabut ó santón.

(2) Edificios algo mayores que las cubas y con el mismo destino: suelen servir también de escuelas.

(3) Cementerios musulmanes.

del Sr. Rameau, nuestro cónsul, fuimos objeto por su parte y por parte del personal afecto al consulado, de todo género de atenciones y complacencias.

Es, en efecto, el Sr. Rameau de excelentes cualidades de carácter y de condiciones personales muy apropiadas al puesto que desempeña. Su regular ilustración, su apostura, desprendimiento y jovial gracejo, condiciones tan recomendables para el que nos haya de representar en el extranjero, son causa á que se haya granjeado en Túnez un buen número de simpatías.

Estas cualidades de carácter, secundadas por su amable señora D.ª Mercedes, son motivo para que el español que acude al consulado en demanda de protección, no sólo encuentre en su favor la influencia oficial (cosa que á la postre nada tendría de particular), sino que se vea favorecido además con atenciones y deferencias que, por hallarse fuera de las exigencias de oficio, son acreedoras á la gratitud del que las recibe.

Esto cabalmente nos ocurrió á nosotros en Túnez. Expuesto al cónsul el objeto de nuestra comisión, no dejó de hacer por su parte cuanto pudiera convenir para lograrlo. Si para ello precisa utilizar sus conocimientos y relaciones entre los naturales ó entre los europeos ya de tiempo residentes en Túnez, lo pone todo á contribución con marcado interés. Si es precisa la influencia del residente francés, monsieur Massicault, para entrar en el palacio del Bey y revolver sus libros, allá se dirige nuestro cónsul, siendo resultado de sus gestiones la orden de Massicault de que se ponga á nuestra disposición la biblioteca beilical.

No fué menos propicio en complacernos el personal subalterno del consulado, muy especialmente el intérprete señor Saavedra, de cuya amabilidad y buen trato conservamos recuerdos gratísimos. La Academia de la Historia, á indicación del Sr. Codera, acordó dar las gracias á los funcionarios del consulado; yo por mi parte se las rindo también muy cumplidas desde este lugar por la parte que me tocó en sus obsequios.

No contento el señor cónsul con ayudarnos en lo que cons-

tituía el objeto de nuestras investigaciones por cuantos medios se le alcanzaba, aún recibíamos muchas veces la invitación para que *hiciéramos el favor* de acompañarle en la mesa. Aceptada la invitación acudíamos al consulado á las siete por lo general, y poco después recibíamos orden de pasar al espacioso y bien montado comedor, donde con los atractivos de una variada y á menudo chispeante conversación, saboreábamos los ricos constitutivos de un excelente menú, y apurábamos las copas de superior jerez y espumante champagne.

Invitados también como nosotros solían concurrir el señor cónsul de Austria con su esbelta hija, un alto empleado de la Banca tunecina y el personal del consulado con sus respectivas señoras. Eramos unas vueve ó diez personas las que concurríamos de ordinario á las comidas dominicales del señor cónsul, y (cosa notable para los que nunca habíamos salido de casa) en tan reducido número estaban representados los clásicos idiomas griego, latín y árabe, y entre los modernos se conocían y hablaban casi con igual soltura por la mayor parte de los asistentes el español, francés é italiano, esto sin contar con que algunos de los asistentes conocían también el alemán é inglés, aunque no hacían uso de ellos en estas ocasiones.

Era por demás curioso en los primeros días, pues luego á fuerza de repetirse llegó á sernos indiferente, ver en un extremo de la mesa departir en italiano sobre asuntos de la Banca por ejemplo, al tiempo que en el otro extremo se hablaba en francés sobre algún baile de sociedad, y oir de repente en el idioma de Cervantes la voz de alguno de los comensales. Claro es que el habla española era la que recibía el mayor número de homenajes en medio de esta variedad filológica.

Digna es de especial mención la tertulia en que nos acompañó el Sr. Sánchez Bustillo, exministro conservador español. Habían anunciado los periódicos bastante tiempo antes su viaje por la Argelia y Túnez con el fin de restablecer su salud. El Director de la Banca tuvo luego noticia de su próxima llegada, y efectivamente á eso de fin de Diciembre apa

reció en Túnez. Una visita al Grand Hotel donde se hospedaba nos puso en relaciones, y el 12 de Enero fué uno de los invitados á la mesa del señor cónsul.

De palabra fácil y amena, aunque un poco dada á la hipérbole, de maneras aristocráticas, y con el conocimiento del mundo y de los hombres que le han dado los cargos elevados que ha desempeñado, es el Sr. Sánchez uno de esos hombres que logran atraerse la atención de su auditorio y hacerse, como se dice, dueños de la situación. En el trascurso de dos horas que duró la comida apenas si llegó á interrumpirle nadie en su seguida conversación. Momentos hubo en que temimos se olvidara de la sopa, engolfado en la narración de sus peripecias de viaje. El cañaveral de Santillana y la caza de tordos en Aragón, los baños de bastón de Miguel de los Santos, la ciencia estupenda de Menéndez Pelayo y sus genialidades de sabio, Cánovas y sus bodas, de todo esto habló el exministro Sr. Sánchez, llegando aun en las noticias más inverosímiles (y perdónenos nuestra franqueza) á ser escuchado con gusto.

También hubo (¿y cómo no tratándose de españoles?) algo de toros y tauromaquia, y eso que no todos eran taurófilos en la concurrencia; pero llevaba la defensiva una respetable señora y bastaba esto para que se declararan vencidos de antemano los que tuvieron impulsos de impugnar el espectáculo nacional de los cuernos.

Motivo fué también de conversación en la mesa, las impresiones producidas por un accidente ocurrido en la noche anterior, y que llegó á producir general alarma: hé aquí en dos palabras su relato. Habíase presentado el día anterior nebuloso y á intervalos llovedizo; el relámpago y trueno, durante la velada, indicaban hallarse cargada la atmósfera de extraordinaria cantidad de fiuído eléctrico. Así se había acostado tranquilamente la población de Túnez,cuando á eso de media noche, un ensordecedor estampido, acompañado de perceptible sacudida, hizo creer á todos que se trataba de algún temblor de tierra, de esos que suelen sembrar la desolación y la miseria por los puntos en donde se dejan sentir con alguna intensidad. Por el cambio de impresiones al siguiente

día, parece hubo quien pensó ya en trasladarse á sitio más seguro, temiendo se repitiera: alguno ó algunos se encomendaron á Dios, creyendo llegado el último momento: de algunas señoritas supimos se habían accidentado, etc., etc. La cosa, en efecto, no era para menos; pues aun para los que conservamos cierta serenidad de espíritu, era aterrador el espectáculo de las paredes que se mueven, los muebles que se chocan, el piso que parece se tambalea debajo de nosotros.

La causa de todo esto fué debida á la explosión de un polvorín, ocasionada por un rayo. Cuatro soldados de la milicia beilical que se hallaban de guardia en el lugar del siniestro, fueron sepultados entre los escombros del edificio, apareciendo sus cadáveres al día siguieute horriblemente mutilados. En la Manuba, en el Bardo y en otros sitios próximos á la población, se dejaron sentir también los efectos de esta explosión, causando en las casas ó barracas daños de más ó menos entidad. En Túnez fueron muchas las casas que aparecieron al día siguiente con los cristales hechos pedazos. Se calculó en 3.000 kilogramos, según un periódico de la localidad, la pólvora que produjo la explosión.

Concluída la comida, de que venía hablando, pasábamos de nuevo á la sala y al punto se formaron dos grupos: uno el de los tresillistas, entre los cuales se hallaba el Sr. Sánchez; otro el de los jugadores del *Dubito*, juego italiano que, en medio de su sencillez, se presta á lances muy divertidos. En este grupo, donde se hallaba también el Sr. Cónsul de Austria, tomamos asiento como uno de tantos, y en continuos discreteos de buen humor se pasó agradablemente la velada hasta las doce, hora en que, tomado el té, nos retirábamos cada cual á su vivienda.

Tal como lo acabo de describir, ó entretenidos otras veces en amistosa y variada conversación, pasábamos, después de comer, nuestras tertulias, que no es fácil echemos al olvido en largo tiempo.

FRANCISCO PONS

(Se continuará.)

LA MANO IZQUIERDA

Continuación (1)

—No importa; estaría más tranquila si viniese el médico; pero, ¿quién se lo va á proponer?

—Yo se lo propongo: es fácil que me tire á la cabeza su lavabo ó el organillo de las mecánicas; pero eso no importa, ya sabrá uno huir el bulto.

—Lo que vas á hacer es á excitarlo; bueno estará contigo allá para sus adentros.

—Eso no importa nada; yo hago como que no entiendo. Escucha, voy á entrar para hablarle de los caballos: hace tres días que no baja á las cuadras y es natural que yo le dé cuenta de lo que pasa allí.

M. de Beaufort se encontraba solo como estaba siempre en su cuarto desde que le faltaba la compañía de Rosa. Su aspecto era con efecto muy malo y no se sabía si lo que impresionaba de él era la descomposición ocurrida en sus facciones por efecto del mal visible ó la expresión aterradora que en su cara reflejaban las luchas morales.

—¿Cómo va?—dijo Julio al entrar con el acento ireflexivo del que no da intención á lo que dice.

—¡Tú lo ves: muy bien!—contestó irónicameute su cuñado.

---

(1) Véase la pág. 424 de este tomo.

—¡Diantre, querido!—repuso el recién llegado,—la cara no es muy famosa y lo que yo veo no es muy atractivo; otras cosas pueden verse que le causen á uno más placer que tu gesto de esta mañana; pero, no importa, eres mozo de temple y pronto te desembarazas de lo que te es molesto; manda á paseo esos achaques importunos por un lado, y vente conmigo por otro: eso te hará bien.

—¡Gracias por tu compañía!—respondió el enfermo—me encuentro bien sin ella.

—No tienes por qué darme gracias—dijo con una burlesca inclinación M. Julio;—se te paga en buena moneda. Y luego, arrepintiéndose de su susceptibilidad, volvió á decir con calma:

—Aquéllo no marcha en las cuadras desde que tú no vas. Me parece que Jacinto se descamina: ha tenido al bayo sin enmantar más de dos horas después de una corrida loca: el caballo tose y no come; he mandado hace una hora que vayan á buscar al veterinario y todavía no se han movido; dame tus poderes; ya verás si andan listos.

—Déjame tranquilo con esas impertinencias: ¿qué me importará á mí que se mueran todos los caballos cuando me estoy muriendo yo?—y en efecto, el semblante del enfermo iba adquiriendo un tinte lechoso, y sus ojos una cavernosidad tan imponente, que M. Julio se alarmó esta vez de veras.

—¡El frasco; el frasco aquél!—murmuró el enfermo señalando uno, y siempre por señas indicó al azarado cuñado que le diese unas fricciones sobre el corazón; así lo hizo éste con mucha solicitud y después dió de beber al enfermo, también por indicación de éste, una bebida calmante.

Luego que la pequeña crisis hubo pasado y serenádose un poco el paciente y el que lo había cuidado, encontrando la ocasión ni más ni menos para su comisión, dijo éste resueltamente:

—Querido, creo que este es el caso, ó nunca, de que llames al médico: ya sé que dices tú que cada uno debe serlo de sí mismo y que entiendes bastante tu máquina; pero no basta cuando algo se desengrana allá dentro, y al fin los médicos tienen obligación de saber más que nosotros, y saben; eso es lo cierto.

—Ni los médicos curan mis males, ni los males que ellos curan son los que me matan á mí,—dijo el enfermo en un momento de reacción que trajo un tinte rosado hasta su pálido rostro:—¡á mí me mata la desesperación, y el abandono y la ira contra todos los ingratos que he hecho en este mundo! He pasado una vida de perro, trabajando agarrado á la tarea, encarnizado con ella. ¡A mi lado la fortuna iba convirtiendo los francos que yo ganaba en luises, y los luises en billetes de banco, y los billetes en acciones de empresas que prosperaron sólo porque yo tomé parte en ellas; y me hice muy rico sin debérselo á nadie más que á mis puños y al miserable sudor de mi frente, que corrió para que otros se huelguen á costa mía! ¡Maldecida fué la semilla de beneficios que yo sembré, que que no me dió por resultado ningún cariño! ¡Cariño, de cuya hambre me muero! Mi mujer... ¡se aburre á mi lado!... Para tenerla en paz es menester que haya ido primero á calentarse los cascos farsanteando en sus bailes y en sus fiestas. En el país, en que gasto mi dinero para mejorar el estado de los pobres, me tienen miedo y se esconden si me ven pasar. En mi casa, los criados se van con cualquiera antes que conmigo: los amigos me desuellan. Mi pupilo, que debía haber sido como un hijo, se me sube á las barbas, desde que era un mocoso, haciéndose el superior; ¡las muchachas, una me sale estúpida, y la otra!... ¡La que remplaza al hijo perdido y la que recibe todos los favores, tiene su cariño tan á prueba, que no soporta una palabra viva de su padre, de su protector y lo abandona para que reviente solo, y mientras tanto se va á lavar la sarna de su perro!

—Vamos; cálmate Armando, no seas injusto: se te quiere más de lo que piensas; no son todos para tí como tú dices, y yo por mi parte te aseguro que...

—¿Tú? ¡Tú me eres más odioso que ninguno!—exclamó con acento de ira Beaufort levantándose y extendiendo el brazo con un impulso que lo convirtió en la más enérgica y hermosa figura que para el caso pudiera darse. ¡Eres un payaso miserable, que te diviertes en hacer tus suertes con el corazón de los demás, como cosa cuyo valor desconoces porque no la has tenido nunca!

La expresión de la cara de Julio y su rojo color en aquel momento, á las claras decían que no era exacta la suposición de su cuñado; mas bien pudo colegirse su bondad natural y su prudencia al ver cómo contuvo su justificado movimiento de ira, diciendo con tranquilidad:

—Te excitas y vas á ponerte peor; veo que prefieres estar solo; cuando tengas necesidad de mí no dejes de hacerme llamar.

Al salir de allí todavía tembloroso por las insultantes palabras que acababan de lanzarle á la cara, se fué en derechura á contarle á su hermana el resultado de sus gestiones: allí se desahogó á su gusto y significó lo que hubiera hecho con cualquiera que no hubiese estado con un pie en la sepultura; y eran en efecto tan significativos sus ademanes como podía esperarse del ágil y forzudo *sportman*. Alarmada Amelia con lo que su hermano pensaba acerca de la enfermedad de su marido, decidió no dejarlo solo; pero como sus relaciones con él dejaban mucho que desear respecto á espontaneidad cariñosa, y como no se podía violentar nada con aquel enfermo susceptible, llamó á consejo á Cecilia!... en quien encontraba desde aquellos últimos tiempos singular acierto y marcadísimo deseo de serle útil. Bajó Cecilia, como siempre, sin apresurarse, con su aspecto apático y su expresión insignificante, pero así y todo á los dos hermanos que la esperaban causóles buen efecto el verla; el efecto de aquello que se ha puesto en comunicación directa con nuestro corazon; en dos palabras estuvo la joven al corriente de lo que ocurría y no la cogió de nuevas lo de la enfermedad de su tío, pues á ella venía desagradándole el aspecto cada vez peor que le notaba los últimos días las dos veces que entraba en su cuarto para darle buenos días y buenas noches.

—Es á Rosa á quien corresponde entrar ahora primero—dijo Cecilia después de un buen rato de reflexión.—Lo más sencillo es volver á la antigua costumbre, y una vez instalada ella allí, ya no es violento que entre V. y que se haga del cuarto del tío el lugar de reunión. No dejándole nunca solo se entristecerá menos, y quizá no necesite otro medicamento; de todas maneras se verá lo que ocurre.

—¿Y quién le dice á Rosa que entre la primera, puesto que está reñida con su tío? ¡francamente; yo no respondo de ser dueña de mí si tengo que dirigirme á esa *altanera*, que parece mirarnos á todos desde lo alto de la columna Vendome.

Cecilia se encargó de hablar á Rosa, sin tener duda del apresuramiento con que ésta volvería al cuarto del enfermo, y aconsejó á Julio que él no entrase por aquel día. Ella no aprobaba sus homenajes á Mad. de Soissey, porque sabía que el tío le tomaría ojeriza y no había necesidad de eso puesto que el deshacerse de esta mujer era en todo caso cuestión de poco tiempo. Opinó que se la invitase para hacer su parte de compañía al enfermo, y sólo ella misma se excusaría de entrar, porque sabía que su tío la encontraba demasiado *bête*.

La última parte de sus explicaciones díjola Cecilia con mucho más calor que el que se podía suponer encerrado en aquella fría forma, y sobre todo cuando tocó muy lijeramente la cuestión de relaciones entre Julio y la Elegante, indudablemente su voz se quebró por un latido de emoción. No se sabe si Mad. de Beaufort se haría cargo del caso; pero el interesado demostró una suerte de vislumbre en la mirada fija que desde entonces tuvo clavada en la joven y que se prolongó hasta que ésta hubo desaparecido momentos después con la declarada intención de ir al cuarto de Rosa.

Entre las dos primas los asuntos se arreglaban con muy pocas palabras.

—Mi tío está muy enfermo, Rosa, y sufre de tu alejamiento.

—¿Muy enfermo? ¿es cierto eso? ¿Cómo sabes tú que me echa de menos?

—Se ha quejado con M. Julio de todos, principalmente de tí; dice que le abandonas.

—¿Y acaso es mía la culpa? ¿Quién fué el primer ingrato? ¿No me lo he encontrado yo cambiado por completo á mí vuelta de Voielac?

—Es posible, pero ahora no caben explicaciones; está enfermo y nada más.

—Tienes razón: Voy enseguida y tendré paciencia aunque me reciba mal.—Y Rosa, sin apresuramiento ninguno, cogió

su caja de acuarelas para llevársela consigo. Cecilia, callada, la dejaba hacer sus preparativos. Antes de salir le dijo:

—¿Quieres pasear á la hora de siempre?

¿Y como va á ser posible? respondió llena de ansiedad Rosa.

—Yo me encargo de llamarte. Pero no te retardes demasiado; la casa del guarda está lejos. Quédate en las primeras calles del bosque.

—¿Y él?—preguntó Rosa.

—Lo sabrá,—dijo Cecilia; y aceptando el expresivo apretón de manos con que su prima le daba las gracias, fué con ella hasta la puerta del cuarto del enfermo.

Los últimos esfuerzos hechos en la riña con Julio, tenían á éste aplanado, así que no encontró ni placer ni disgusto al ver entrar á Rosa. Esta le besó un poco menos secamente de lo que tenía de costumbre, vencida por el aspecto desgraciado del enfermo, por más que para ella no fuese cosa tan extraordinaria como para los otros, porque muchas veces le había visto padecer.

La conversación no fué posible. M. de Beaufort contestaba sólo con monosílabos y no parecía nada interesado en oir hablar. Rosa le propuso una lectura y él aceptó, conservando en su butaca, mientras la oía, sus ojos cerrados y la posición fatigosa de costumbre. No tardó mucho en entrar Mad. de Beaufort con su tapicería y un periódico, el cual dió motivo para que se rompiese un poco el hielo, por traer noticias muy interesantes y elogios levantadísimos de un individuo de la familia, que estaba haciendo grandes proezas en Oriente. El entusiasmo de Amelia al leer con voz vibradora lo que á todos enaltecía, hizo su efecto, y sacando al enfermo de las tenebrosas tristezas de su interior, lo preparó bien; así, no fué dificil recobrar aquel grado de naturalidad en que eran posibles y agradables las relaciones de la familia. El almuerzo quiso Rosa hacerlo en el cuarto con su tío—y como al finalizarse viniese Valeria con un recado de M. Deville—que mandaba muchos—á saber cómo se encontraba el señor y á preguntar cuándo podría verle, éste contestó viva y duramente:

—Diga V. á M. Adolfo que en este momento voy á descansar;—y añadió dirigiendose á su sobrina:

—No necesitaba sino ver á ese impertinente para ponerme peor. ¡No sé para qué le sirve su talento si no le ha dado á conocer que cada vez lo puedo resistir menos!—palabras que fueron á lastimar de una manera inusitada el corazón de Rosa, y á provocar en su voluntad una protesta que le fué muy difícil contener.

Mientras tanto en el comedor se hablaba del enfermo, y Mad. de Soissey, notando evidentemente cambiadas ciertas corrientes de hostilidad, significó su propósito de hacerle compañía una gran parte de la tarde, proposición que fué con apresuramiento aceptada y agradecida. Asistía Cecilia al comedor, y aunque Julio ponía singular empeño en dirigirle muchas preguntas y la miraba con fijeza, ella no parecía darse por entendida y no salía de su habitual tesitura. Hacia el fin del almuerzo trajeron una carta de Soissey. Angel la guardó sin abrirla, diciendo que el portador se podía marchar; y como la criada insistiese en que éste quería á todo trance hablar con la señora, ella ordenó resueltamente que se fuese, añadiendo que ya mandaría la respuesta más tarde; y á fin de justificar de algún modo la dilación, se levantó de la mesa al instante, y subió, seguida de Mad. de Beaufort, al cuarto del enfermo.

Una vez sola con Julio, la fisonomía de Cecilia cambió considerablemente y en virtud de este cambio su inercia se convirtió en cortedad; su impasibilidad en confusión. No pasó desapercibido esto para el galán, que inmediatamente estrechó las distancias aguijoneado como estaba por un sentimiento de amor propio lisonjeado tanto como de curiosidad. Pero la joven no dió lugar á ningún género de elocuencia, y, como reaccionando un poco sobre su visible emoción, dijo á su agresor:

—¿No le parece á V. singular la conducta de Mad. de Soissey con la gente de su casa?

—No he observado nada,—respondió Julio;—¿qué conducta es esa?

—Ni su marido viene aquí, ni ella va á ver á su madre, ni abre ninguna de las cartas que recibe. Ayer la ví quemar dos aquí en esta misma chimenea con el sobre cerrado; por supuesto sin que ella notase que la observaba.

—Es extraordinario,—exclamó todo maravillado Julio.—¿Qué puede haber ahí?

—Eso es lo que creo que se debe averiguar, y nadie como usted puede hacerlo.

—¿Yo? ¿De qué manera?

—Puede V. salir esta tarde á dar un paseo á caballo, dirigirse á Soissey y hacer una visita á Mad. Dreifus.

—Pero, yo no conozco á esa señora.

—Pues á M. Berton, es igual; el caso es ver qué aspecto tiene aquello. ¿Sabe V.? En el estado en que está mi tío deberíamos alejar de aquí á esta señora, y como se ha pegado á las faldas da mi tía y ésta no nos puede ahora dejar...

—Hay que buscar el medio de separarla aunque sea rompiéndola á mi hermana sus mejores faldas. ¿No es verdad? Vamos, maestrita; usted mande, yo obedeceré.

—No se trata de otra cosa sino de lo que hemos dicho.

—Será V. servida y á la vuelta de mi capciosa visita tendremos una sesión.—Y como Cecilia mostrase propósito de salir del comedor, alargó él la mano en demanda de la de la joven, retuvo ésta un buen rato y no la soltó sin haberla antes besado. Desconcertada y encendida por la emoción Cecilia se apresuró á dar la vuelta, cuidadosa de ocultar á las miradas del que la había ocasionado, tan cumplida transformación; pero cuando sintió por las pisadas de Julio que ya éste había salido del comedor, volvió á colocarse en la ventana desde donde observó cómo el recién salido se dirigía á las caballerizas, y no abandonó el puesto hasta que volvió á verle, caballero ya en un aún no bien domado potro, atravesar impaciente y osado la esplanada del chateau y cruzar la verja. Imposible concebir, sin haberla visto, que tan completa alegría pudiese dibujarse en el inexpresivo semblante de Cecilia; cuando subió la escalera estaba transfigurada.

Al entrar en el cuarto de M. de Beaufort Mad. de Soissey habíase mostrado sorprendida y contrariada delante de Rosa, y sólo cambió con ésta una lijerísima inclinación de cabeza. Después, todo se le volvieron mimos á M. de Beaufort; expresiones evidentemente amaneradas de amistoso interés y falsa ternura. Cosas que por su carácter filial pudiesen tranquilizar

á Mad. de Beaufort, al mismo tiempo que fuesen á mortificar á Rosa y á adular al enfermo, procedimiento ineficaz con todas las tres personas: Rosa se quedó como estaba, Mad. de Beaufort sentía renovarse su apenas calmada irritación, y el enfermo, que hubiera apreciado más que todos aquellos alardes públicos, una palabra en secreto, sintióse más doliente: su pobre corazón no pedía emociones sino calma y bienestar.

A la hora convenida con Cecilia, una de las muchachas vino á decir á Rosa que preguntaban por ella, y la joven dejó su acuarela y sus pinturas con la mayor naturalidad que pudo, que no fué mucha. Su salida pareció aumentar, en vez de disminuir, la tirantez de aquella falsa situación.

El pobre enfermo del alma aún más que del corazón, anhelaba que su mujer le dejase solo con la causadora de sus tormentos: aunque le costase la vida, necesitaba una explicación; quería saber en aquel lujo de frases cuál era la parte de afecto que le correspondía. Necesitaba averiguar de qué manera le sería dado aprisionar aquella criatura cambiadiza; poco le importaba que fuese con cadenas de oro ó con arrullos de amor: él era rico en todo, y como el último destello de la luz que se apaga, en su sér se producían llamas de insaciable ternura.

Mucho tiempo duró la situación aquella: la conversación se sostenía con dificultad entre las dos mujeres; Armando no hablaba, ni entendía, ni coordinaba ideas; estaba entregado á un deseo vehementísimo, y en aquel momento no tenía vida, entendimiento ni voluntad para otra cosa.

Cerca ya del anochecer entró en el cuarto Cecilia, y después de mostrar alguna contrariedad al no ver allí á Rosa, sentóse al lado de su tía y le rogó que saliese, porque Mr. Julio quería hablarle. Amelia, conociendo por la cara de su sobrina que algo ocurría de consideración, salió del cuarto, después de significar con una mirada intencionada á Cecilia que la dejaba en su lugar. Pero esto no dió resultado, pues apenas había su mujer desaparecido, cuando el enfermo dijo á la suplente con acento imperativo:

—Puedes marcharte, chiquita; tengo que hablar dos palabras con Mad. de Soissey.

No hubo cosa más pronta que el cumplimiento de este

mandato. Cecilia salió sin decir nada, y con tal lijereza, que pareció como una sombra desvanecida en la penumbra.

Mad. de Soissey no tuvo tiempo ni para prevenir esta situación ni para prevenirse á ella. Al sentir inminente una explicación con el enfermo, se quedó aterrada, desprovista de toda su osadía, sin fuerzas para nada.

—¡Si tardamos un rato más en quedarnos solos, creo que le doy á V. el gusto de verme morir!—dijo el enfermo con voz entera y como recobrado de todos sus desfallecimientos.

—¡Oh! no sea V. infame; no me diga esas cosas, ó me marcho—respondió Ángel con grandísimo deseo de poder hacer lo que decía.

—No hay peligro de que V. se marche: ¡Luzbel!—siguió diciendo el enfermo con un aspecto de emoción apasionada, cada vez más alarmante, apoderándose de las dos manos de su prisionera.—No basta volverle á uno loco y ponerle á dos pasos de la muerte: es menester rematarlo ó devolverle la vida; ¿qué va V. á hacer en este caso?

—En primer lugar reñir á V. porque se exalta, y se va á hacer mucho daño: vamos, hay que ser razonable.

—¡Razonable! ¿Acaso existe en mí la facultad de serlo? ¿No ve V. que yo no puedo pensar, que me muero á fuerza de sentir, y que al ser rechazados mis sentimientos por los de usted mi corazón se rompe? ¿No ve V. que mi vida está en sus lábios? Dígame V. que me quiere y me verá razonable y curado.

—Si no consiste más que en eso...—dijo Angel ocultando su extremada repugnancia en una sonrisa indefinible.

—No; nada más que en eso: ¡cariño! ¡cariño necesito para vivir, más que el aire para respirar! ¡Déme V. cariño, aunque sea fingido y volveré á la vida, y V. no será Ángel, será Dios, y yo la adoraré como no se ha adorado nunca á la divinidad!

Una suerte de parálisis tenía inmovilizadas las facultades de aquella mujer; y esto era, sin duda, á causa del terror de tan violenta escena.

—Este hombre se va á morir aquí de repente—pensaba—si le digo el efecto que me está causando;—y haciendo un esfuerzo, dirigiéndole una mirada de compasión, le dijo:

—¡Pues no sabe V. que le quiero mucho!

No le valió el acento con que lo dijo, ni la intención: aquel desventurado se agarró á la palabra como si tuviera alma y cuerpo, y temblando de emoción y de felicidad acercó su cara á la de Angel: ésta cerró los ojos llena de horror; pero recibió sin moverse besos de fuego dados por lábios fríos: el contacto de una cara flácida: el aliento de una tumba: el símbolo de la vida en la faz de la muerte!

—¡Me quieres y no me lo decías, y me dejabas morir! ¿Verdad que ahora no me volverás á hacer desesperar? Ahora me has dado la vida y te perdono todo. Pronto me verás bueno para rodearte de placeres. Tendrás cuanto hayas soñado. Pídeme joyas, trenes, encajes, lujo y dinero. Soy muy rico, y todo es mío porque yo lo he ganado, y todo será para tí, porque á tí te deberé la vida y porque tú me das en cambio de mis riquezas, otra riqueza mayor, que es el cariño.

Y el cuarto se había quedado enteramente oscuro, y las esqueletadas ramas de los árboles parecían mirar hacia dentro como si tuvieran intención de abrazar también, cual aquel cuerpo espirante, á la aterrada mujer que clavaba en ellas su mirada extraviada. Y el desvariado enfermo, teniendo aquella inmovilidad por signo de aquiescencia y el silencio por emoción de afecto, multiplicaba las caricias y las palabras apasionadas. Momentos hay sintetizadores de conocimientos, reveladores de verdades que nos dan los sentimientos condensados y valen por una vida de experiencia. Tentados estamos á creer que tales fueron aquéllos para Mad. de Soissey, la cual creyó despertar de la más horrible pesadilla al oir abrir la puerta y sentir que entraba una persona. Era Rosa, la conoció; pero la que entraba no pudo ver el cuadro que presentaban aquellas dos figuras ni casi distinguir la de la mujer que, recobrando con esta aparición la facultad del movimiento centuplicada por la esperanza de salvarse, salió rápida como la luz por la puerta todavía entornada.

XII

Paseándose por el pasillo estaba Cecilia en aquella hora, y cuando Mad. de Soissey salió azorada, sin saber qué dirección tomar ni dónde ocultar sus terrores, se adelantó á su encuentro.

—Quisiera decir á V. dos palabras, señora—dijo Cecilia;—y como Ángel, sin querer detenerse, abría lleno de angustia la puerta de su cuarto, la joven entró tras de ella sin más peticiones. La mano previsora é inteligente de la camarera había pasado por allí: estaban encendidas las luces, echadas las cortinas, y un fuego claro y franco ardía en la chimenea; fácil fué, pues, á Cecilia ver y considerar las huellas de desorden y las señales de terror que visiblemente se manifestaban en aquella mujer. Así que, cediendo á su habitual costumbre del silencio, se estaba callada sin decir aquellas dos anunciadas palabras, y sin que se las reclamase la persona que debía escucharlas, la cual, tendida en un diván, con la cabeza oculta entre los almohadones, apretaba y estrujaba cuanto sus manos alcanzaban, haciendo con su cuerpo movimientos que indicaban la posibilidad de un ataque nervioso.

—¿Está V. enferma, necesita V. algo?—dijo Cecilia, que principiaba á inquietarse por aquella inesperada complicación. —¿Quiere V. que llame gente?—y al mismo tiempo se acercaba, tocaba las manos de Ángel, escuchaba su respiración, pugnaba por verla el rostro. Pero imaginándose que cualquiera que fuere la causa de aquella crisis, podía haber en ésta más de fingido que de verdadero, dijo sin preámbulos y con tono resuelto:

—Quería decir á V., señora, que su madre está enferma de cuidado, que su marido no parece por Soissey hace cuatro días y que ninguno de los de la casa sabe dónde se encuentra.

—¡Enferma mi madre! ¿Por dónde ha sabido V. eso?

—M. Julio, que quiso saludar á su marido de V. al volver esta tarde de Rouvines, ha traido esas noticias.

—Me marcho en este momento: haga V. que me pongan un coche, y si Mad. de Beaufort está en el cuarto de su marido, no le diga V. nada: volveré ó escribiré lo que ocurra. Despáchese V. ¿Dónde está M. Julio? Quiero hablarle.—Y cogiendo un abrigo y un sombrero, Angel salió de su cuarto y se lanzó á la escalera en una nueva manifestación de desorden y de impaciencia. Cecilia le siguió hasta el comedor, donde se hallaban Julio y Amelia.

—¿Qué ocurre en mi casa? Dígame V.: ¿cómo está mi madre?—dijo encarándose con Julio.

—Su madre de V. está en la cama con una enfermedad que se cree sea una fiebre reumática. Su marido de V. se ha ausentado hace cuatro días y no saben dónde está. Estas son las noticias que me ha dado el conserje cuando quise entrar para dar las buenas tardes á M. Berton.

—Pero ¿por qué no me han avisado? ¿Cómo me han tenido aquí sin decirme que estaba mi madre enferma?

—Parece que han enviado á V. carta sobre carta diciendo lo que ocurría, y que además han venido personas para referírselo á V. de palabra, y no han conseguido verla.

—¡Si serán estúpidos! ¿Acaso no hay mil medios de verme? ¿No podían haberlo dicho á alguien de esta casa para que me lo hiciese saber?

—Eso mismo se me ha ocurrido; pero parece que su madre de V. encargaba cierto sigilo y quería que de lo que ocurría se enterase V. sola.

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Fracaso de una solución superlativamente habilidosa.—Crisis no resuelta. —Opiniones del país.—Lo lógico será seguramente lo que no acontezca.— Pronósticos fatales.

ISTORIA de una crisis.

Al fin sonó oficialmente la fatídica palabra, y por cierto que casi nos habría sorprendido si no supiésemos de antiguo que en España todo lo más inesperado é ilógico resulta ser siempre lo más lógico y probable. Así vienen á confirmarlo una vez más los últimos sucesos políticos, relacionados con la estancia excesivamente prolongada de la Corte en Barcelona, y los mil desaciertos más de Sagasta.

¡Qué de pronósticos más ó menos fatales, qué de cábalas idearon hasta la noche del domingo último los agoreros de oficio y los aficionados á las fuertes emociones de la política! La cuestión Cassola Martínez Campos había de resolverse al fin en el anunciado Consejo de Ministros, y de esta cuestión —gota de agua destinada á hacer rebasar el vaso muy lleno— nacería una crisis suspirada por muchos, crisis seguramente total, que podría calmar las impaciencias de algunos de los infinitos disidentes por cálculo é innumerables aspirantes á

Ministros, que viven á la sombra cariñosa del ancho fusionismo.

Pero ¿qué pasó en el Consejo de Ministros celebrado en la noche del domingo último?—La repetición del apólogo que Fedro llamaba *Mons parturiens*.—¿Qué trajo el Consejo para levantar tantas esperanzas y tantos temores?

Dícese que el Ministro de la Guerra planteó resueltamente la cuestión de sus discrepancias con el Capitán general de Castilla la Nueva. Expuesta minuciosamente la historia del conflicto, se examinó en primer término la cuestión técnica ó sea la de etiqueta, conviniéndose tras largo debate someterla á consulta del Supremo de la Guerra, no para resolver con arreglo á su dictamen el conflicto pendiente, sino á fin de que sirviera de norma para los que en lo sucesivo pudieran suscitarse. Como es natural, se llegó bien pronto al fondo de la cuestión, ó sea al punto concreto de las reformas militares. Discutióse ampliamente, se manifestaron diversos criterios, y como el debate no llevaba trazas de concluir, el General Cassola, dejándose de ambigüedades, se expresó en estos ó parecidos términos:

—No he de ofrecer el menor obstáculo á la solución que ustedes adopten; lejos de ello, estoy dispuesto á dimitir, mas sin que por ello renuncie á declarar, en la forma á mi juicio más oportuna, que mi salida no es por la cuestión de etiqueta, ni por el telegrama de Barcelona, ni por nada que se le parezca, sino porque no estoy dispuesto á consentir que las reformas militares queden á los pies del General Martínez Campos.

El Sr. Alonso Martínez defendió calurosamente al General Martínez Campos, y viendo entonces el Sr. Sagasta que la nube se había venido encima y estallaba ya la tormenta, amedrentóse con la idea de una crisis total, y haciendo un prodigioso esfuerzo para levantar muy alto el ramo de olivo, es fama que dijo á sus colegas:

Muy importante es, en verdad, el asunto que VV. discuten, mas permítanme que les diga que hay otros cuya resolución reclaman con más urgencia los intereses generales del país. Refiérome á las cuestiones económicas. No ha terminado aún el debate de los presupuestos, ni se ha dado comienzo al de la

rebaja de la contribución territorial, que tantas ventajas ofrece al contribuyente, ni siquiera está legalizada la situación económica de Ultramar. Una crisis en estos momentos, á más de impedir estos debates beneficiosos sería para nosotros el descrédito, pues el país diría, y con razón, que habíamos preferido cuestiones personales menudas á las que sus intereses reclaman con urgencia. Propongo, pues, que sin prejuzgar ni en poco ni en mucho, ni en pro ni en contra la cuestión que les divide, se establezca un aplazamiento ínterin resolvemos cuanto afecta al estado financiero del país.

El compás de espera venía á ser una tabla de salvación, y á ella se acogieron los individuos del Gabinete. Es cierto que todo quedaba en interinidad, Ministros, proyectos y política. Pero el Sr. Sagasta ha tenido siempre gran apego á la práctica del antiguo adagio: *audaces fortuna juvat,* y nada era para él más grato que disponer todavía de algún tiempo para idear nuevas combinaciones que afirmasen la fe en su buena estrella.

Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone. La situación estaba herida de muerte, y no bastaba la sabiduría de todos los doctores del fusionismo para prolongar una agonía manifiesta.

Pero continuemos historiando.

*
* *

Cantaban victoria los periódicos oficiosos y los ministeriales, amigos y admiradores de la maña de su jefe, siempre habilidoso para aplazar conflictos, sin sospechar que los intereses personales y las discordias íntimas no admiten fáciles componendas.

Lo de menos eran las anunciadas interpelaciones del Senado y del Congreso. La verdadera incógnita de la política se encontraba en la siguiente pregunta:—¿Qué harían el Sr. Martínez Campos y sus amigos ante la famosa fórmula del compás de espera? ¿Sería ó no relevado el Capitán general de Castilla la Nueva?

Una carta del Sr. Martínez Campos no se hizo esperar. Reiteraba su dimisión el pundonoroso General, manifestando con

energía el decidido propósito de resignar el mando en el segundo Cabo, si no le era inmediatamente admitida.

De ahí el origen de una tempestad horrible, que aún no ha terminado á la hora en que escribimos. Una crisis total se imponía, cuando estaban puestas en litigio la autoridad del jefe del fusionismo y la disciplina de la mayoría, hablándose sin ambages del fracaso de los principios y de la necesidad de rectificar los procedimientos gubernamentales.

Por fin se ha publicado oficialmente la dimisión de todos los individuos del Gabinete, menos la del Sr. Sagasta.

Aquí empiezan indudablemente las sorpresas del país, poco dado á descifrar enigmas y á penetrar los hondos cálculos de la alta política.

*
* *

¿Qué nuevo Ministerio se propone regalarnos el Sr. Sagasta?

No sería muy difícil acertar la mayoría de los nombres de los futuros Ministros, si fuese bien conocido lo que ocurrió en el Consejo en que hubo de acordarse la crisis. En ese Consejo habría algo más grave de lo que cuentan los periódicos. Sábese, por los íntimos del Sr. Cassola, que éste planteó la cuestión Martínez Campos escuetamente; que hubo votación de tres contra cuatro para admitirle ó no la renuncia de su cargo; que se abstuvo el Presidente, y que el Sr. Alonso Martínez declaró que los elementos de la derecha eran hostiles á las reformas militares, y que una conflagración, que temía, en la alta Cámara, podía ser funesta para el país y las instituciones.

A estas palabras solemnes refiérese que contestó con otras muy vivas el Sr. Cassola, declarando que el partido fusionista vivía de los prestigios y el favor del Sr. Martínez Campos; que éste y no otro debía ser su caudillo, y que él, desde aquel instante, no discutía ya, sino que se retiraba para que otro Ministro refrendase el decreto, admitiéndole la dimisión que con insistencia y apremio había reiterado.

La opinión general entre los amigos del Capitán general de

Madrid puede sintetizarse en lo que se atribuye al Sr. Duque de Tetuán. Considera que la situación actual atraviesa una crisis grave y honda como nunca. No cree que ha fracasado la política liberal, pero sí sus procedimientos, y culpa de ello, no á las ideas, sino á la dirección que impone el Sr. Sagasta. Estima que puede formarse otra situación; pero con la condición expresa de rectificar marcadamente la política en todo, en lo administrativo, en lo económico y en lo financiero.

Pero examinemos las inspiraciones que pueden recogerse en la prensa para mejor orientarnos.

Dicen los más celosos defensores de la continuación de la política liberal en las esferas gubernamentales:

«De la solución que se dé á la crisis presente depende el crédito del partido liberal y de su jefe por algún tiempo; y no decimos por siempre, porque son entre nosotros los períodos de oposición, Jordán donde se lavan muchas culpas. Si después de esta crisis no hay resolución para abordar y resolver los problemas pendientes, ni fuerza de atracción para aproximar al Gobierno elementos afines, ni impulso vigoroso para llevar la política liberal hacia sus primeros elevados objetivos, entonces la opinión pública dictará su fallo, declarando al partido y á su jefe, temporalmente al menos, reos de inhabilidad y de impotencia, y el jefe y el partido tendrán, como los *daimios* japoneses, que ejecutar su sentencia por su propia mano».

Y los posibilistas, después de disertar acerca del *generalismo* que «dejó de existir con Narváez y O'Donnell, y fué desterrado de España por el Sr. Cánovas del Castillo, con feliz y patriótico acierto,» añaden:

«Ahora no se dirá que la crisis nace de una cuestión de etiqueta, ó de un rozamiento personalísimo entre dos Generales, sino que procede de necesidades de gobierno, y que responde á fundamentales consideraciones y elevados principios. La solución es tan clara que salta á la vista, y no reclama sino un poco de entereza para dar el apetecido resultado. Necesita el Gobierno renunciar *motu proprio* y en términos naturales al concurso del General Cassola, aunque sin prescindir en absoluto de las reformas militares, de cuyo gradual y prudente

desarrollo podría encargarse, con todo el necesario detenimiento, cualquiera otra capacidad de la milicia».

Veamos ahora lo que opinan los conservadores acerca de esa situación creada por la crisis.

«El partido fusionista, dicen, ha dejado de ser instrumento de gobierno: su política en todos los órdenes, en el económico, en el administrativo y en el militar ha fracasado. Esta es la verdad: esta es la explicación de cuanto sucede.

Hoy presentará el Sr. Sagasta las dimisiones de todos los Ministros, en su mayor parte convencidos de ese fracaso y de la imposibilidad de continuar. Sólo él se abstendrá de presentarla, con la esperanza, más bien con la ilusión, de que podrá reconstituir lo que se ha desmoronado. Acudirá á su conocido expediente de halagar á los unos y prometer á los otros; todo para conservarse unos días en el poder y experimentar bien pronto un nuevo y más ruidoso fracaso. Si se decidiese por un Ministerio de la derecha, se encontraría perdido por el empuje de la izquierda: decidido por ésta, perdido también por el esfuerzo de la derecha. No tiene más salida, habiendo de renunciar á la homogeneidad, que el sistema de ponderación de fuerzas; pero este sistema es el que ahora le pierde, y sería una insensatez imaginar que en él encuentre ahora su salvación...

En la imposibilidad moral de que la situación presente continúe por más tiempo, y en la no menos racional imposibilidad de que la reemplace una intermedia, formada precipitadamente con elementos sin cohesión, sin pensamiento propio, sin historia que sirva de precedente y garantía, sin nada que indique la presunción de que pueda resolver las dificultades pendientes, lo diremos con lealtad y franqueza, aun á riesgo de que se tome por inspiración de un interés que no nos guía en estos momentos, en los cuales ponemos la mira más alta que en la conveniencia personal, más que el interés de partido, en la causa pública; en esta imposibilidad no vemos solución más lógica, más indicada, más imperiosamente exigida por las circunstancias que la sustitución por el partido conservador, que si en los dos y medio últimos años ha dado incesantes pruebas de no ambicionar el poder, hoy las daría de su patriotis-

mo aceptando el legado penoso de una situación general muy comprometida, y el encargo de resolver lo que para otros se presenta como insoluble.

Conocido es su programa, acerca de todas y cada una de las cuestiones que han agitado la opinión, programa que ha merecido el aplauso público; presente está en la memoria de todos el tacto y discreción con que ha resuelto otras difíciles, y es unánime el convencimiento de que su vuelta al poder, lejos de constituir un retroceso, sería la señal y principio de nuevos y gloriosos desenvolvimientos de la vida nacional, lo que fué en el fecundo período de reorganización, después de épocas de desquiciamiento y de anarquía.»

Por otra parte, militares muy serios y distinguidos repiten con gran sentido práctico, analizando el testamento del General Cassola:

«Dos años de discusión en las Cortes, y en la prensa, las enmiendas presentadas por todas las minorías de las Cámaras y las ideas expuestas por las distintas armas del ejército, materiales son más que suficientes para que un Ministro que no tenga un excesivo amor propio pueda confeccionar unos proyectos que, sin encontrar gran oposición en las Cámaras, satisfagan las legítimas aspiraciones de las distintas armas que componen el ejército. Una división territorial, fundada en lo propuesto por las Juntas Superior Consultiva y de defensa del reino; una reforma en la ley de reclutamiento y reserva del ejército, en que se exijan ciertas condiciones de instrucción militar á los redimidos, los cuales sólo podrían eximirse del servicio de guarnición, y una ley de ascensos y recompensas común á todas las armas, cuerpos é institutos sobre las bases de escala cerrada, proporcionalidad en el generalato y no conceder ascenso sin vacante, seguro es que satisfarían las aspiraciones del ejército sin encontrar seria oposición para ser aprobadas.»

¿Cuál es ahora, y en resúmen, la deducción lógica de las opiniones de todos?

Que han sido derrotadas las ideas del Gobierno caído, y que la cuestión política va enlazada en esta crisis á la militar y á la económica y financiera.

¿Resolverá satisfactoriamente el Sr. Sagasta los múltiples problemas que en realidad han provocado la crisis?

El país reclama medidas proteccionistas para nuestra abatida agricultura y nuestra incipiente industria; reclama alivio en los tributos, reducción de gastos, verdad en los presupuestos y moralidad administrativa. Pero la lógica viene reñida con la política española, y ya circulan muy válidas ciertas noticias y referencias de gran peso, pronosticando un ministerio que nos ofrezca más democracia y se aferre en los fatales procedimientos del librecambio.

Si así se menosprecia la opinión y se resuelve esta crisis, muy efímera tendrá que ser necesariamente la vida del Gabinete en vías hoy de formarse.

El país se entusiasma muy poco con algunas inexplicables actitudes de los hombres de Estado ni con difíciles enigmas de ciertas elaboraciones políticas; pero hay un sentimiento que no olvida nunca y siempre defiende, y este sentimiento es el del interés público, el del interés privado, el de la conservación propia.

A.

REVISTA EXTRANJERA

Sin novedades.—Rumores alarmantes.—Italia y el Canal de Suez.—España y otro de los desaciertos de su Ministro de Estado.

ALEMANIA y Francia son las dos rivalidades eternas, cuyos nombres siguen siendo explotados por las agencias telegráficas y los corresponsales de la prensa amiga de impresiones violentas.

Habrá guerra; habrá tal vez una conflagración general en Europa; pero no la creemos tan inmediata, por lo mismo que todas las naciones se arman y todo el mundo, presintiéndola, la teme.

También la atmósfera se carga á veces artificialmente, y los gases, en apariencia condensados por medios y resortes aparatosos, no bastan siempre á producir verdaderas tormentas. ¿Qué no se explota hoy como bandera de esa guerra espantosa que nos amenaza? Pero decae la ficticia popularidad del nombre de Boulanger; pasa la imponente manifestación naval de Barcelona; sufre alternativas sensibles la salud del Emperador Federico III; aparece Rusia en alguna manifestación antirrevolucionaria; y todas las suposiciones se modifican, cambiando de un instante á otro el lenguaje de los telegramas. Una esperanza para nosotros es que los pronósticos más negros y los cálculos más pesimistas parten de los centros belicosos de Francia é Inglaterra, preocupados hasta en darnos

noticia de los caprichosos viajes de los fabricantes de cañones y metralla.

Pero ni la agravación de la triste enfermedad del Emperador de Alemania, ni la dimisión del Ministro alemán señor Puttkammer, ni las ovaciones á las pantomimas rusófilas del teatro parisién, ni siquiera el programa político leído en la Cámara francesa por el nuevo Diputado Sr. Boulanger, son hechos que hayan podido modificar el estado espectante de la Europa armada.

Es necesario que aparezcan en el horizonte político otros signos y otros síntomas para que se conviertan en realidades los anuncios fatídicos y los grandes temores.

Hoy por hoy no acertamos á ver ninguna novedad notable.

***

Lo que hay es una desconfianza exageradísima, origen de las mayores suspicacias en el terreno diplomático.

La publicación del *Libro verde*, distribuído recientemente en las Cámaras italianas, y relativo á la cuestión del Canal de Suez, es otra de las pruebas de esa especial guerra de equilibrios, que es la única por el momento temible.

Comienza dicho libro por un documento firmado por Mancini en 22 de Junio de 1882. En aquella época sondeaba Inglaterra á los Gabinetes europeos acerca del convenio de Suez. El Sr. Mancini contestaba asegurando al Ministro de Negocios extranjeros de Inglaterra de las simpatías de Italia. Inglaterra—decía el Sr. Mancini—puede contar con el concurso del Gobierno italiano siempre que se trate de conciliar los intereses británicos con los de Europa.

Suspendiéronse las negociaciones en 1885 á causa de la imposibilidad de una inteligencia entre Francia é Inglaterra, cada una de las cuales presentaba un proyecto de convenio. Las negociaciones se reanudaron en 1887. El 5 de Septiembre de dicho año el Sr. Crispi telegrafiaba al Encargado de Negocios de Italia en Londres, que la pretensión del Gabinete francés de representar á las potencias disidentes en 1885, y especialmente á Italia, no tenía fundamento. «Italia—decía el Sr. Cris-

pi—participa de las ideas de Inglaterra; pero desea, no obstante, ejercer una acción conciliadora.» El Presidente del Gabinete italiano pedía igualmente que Italia tomara la mayor participación posible en las negociaciones.

Lord Salisbury contestó á esas gestiones del Sr. Crispi con la promesa de no tomar resolución alguna, ni dar respuesta alguna á Francia respecto del convenio sin conocimiento previo de Italia. Desde entonces la acción del Gobierno italiano tendió á ser conciliadora y á obtener la libre navegación del canal en todo tiempo.

El Libro Verde termina con varios telegramas del Sr. Crispi á los representantes italianos en el extranjero, expresando que el Encargado de Negocios de Francia había ido á participarle la firma del convenio y á darle gracias por la parte que Italia había tenido en tan feliz resultado.

*
* *

El Sr. Moret, Ministro de Estado de la Regencia española, declaró sin ambages, en el Congreso, el día 8, que se veía arrastrado indefectiblemente á las represalias en la frontera portuguesa, fundándose para ello en que, al espirar el tratado de comercio, propuso nuevas condiciones que fueron recibidas en el Reino vecino con la desconfianza y el recelo que inspira allí toda proposición nuestra, en la cual creen ver un interés maquiavélico ó un propósito que no existe. Añadió que era inútil repetir que España respetaba la independencia y la individualidad de la nación portuguesa, aunque hay un interés político y una preocupación constante en señalar como acto que tiende al iberismo cualquier concesión que á España se hace, y de ahí la dificultad surgida en las negociaciones y el ser necesario acudir á las represalias aduaneras.

Como era de esperar, estas declaraciones han producido en Portugal sensación, y el asunto se ha tratado en la Cámara de los Pares. El Ministro de Negocios extranjeros se levantó á contestar á las preguntas que se le dirigieron y dió explicaciones extensas, afirmando que son cordiales y satisfactorias las

relaciones existentes entre los Gobiernos de España y Portugal.

«Lo que sucede—añadió el Ministro—es que, habiendo negociaciones pendientes entre los dos países para la conclusión de un tratado de comercio, el Gobierno español defiende sus intereses de igual modo que Portugal defiende los suyos. Esto no es de admirar bajo el punto de vista económico, ni debe causar enojo ni sorpresa.» Y concluyó expresando que reservaba su juicio acerca de las intenciones y propósitos del Ministro español, y que por parte del Gobierno portugués no hay oposición alguna al trámite regular y pacífico de las negociaciones.

Según informes adquiridos de los industriales y agricultores portugueses sobre la cuestión del tratado de comercio, éstos se muestran contrarios á que sigan las negociaciones para la conclusión del mismo, y el Gobierno portugués, cediendo á esa presión, ha adoptado la política de entorpecer las negociaciones con objeto de hacer imposible la firma del tratado.

No creemos que sea ese solo motivo el que hace difícil llegar á un acuerdo en las relaciones comerciales, porque si así fuese, el Sr. Moret no habría hecho las declaraciones políticas que antes indicamos. Creemos que la mutua defensa de los intereses de cada nación no se opone al convenio comercial; pero cualquiera que sea la causa que impulse al Reino lusitano á imitar á Francia é Italia, no deben ocultársele los perjuicios á que se expone la producción portuguesa y su comercio.

De todos modos, estos disgustos y tantos fracasos serán en España tristes recuerdos de la desacertada política internacional del Sr. Sagasta, política que ya suscitó recelos con la extemporánea manifestación militar en las costas de Marruecos y aquel proyectado Congreso, acerca del cual no hemos vuelto á tener noticias.

Lo que países como España necesitan ante todo es, antes de fijar su mirada en el exterior, procurar desenvolver todas sus fuerzas interiores.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO [1]

Lavoisier, *par* E. GRIMAUX.— *París*, FÉLIX ALCAN, *editor*, 1888. *En* 4.º, 400 *páginas*.

Lavoisier, el creador de la química moderna, no había sido objeto hasta ahora de ningún estudio profundo; ignorábanse sus virtudes privadas, su desinterés, su filantropía y los servicios que prestó á su país como académico, economista, agricultor y hacendista. Tampoco se conocían los detalles de su muerte hasta al extremo de que los historiadores se han preguntado alguna vez si el tribunal revolucionario, al condenarle, castigó justamente á un ambicioso negociante.

M. Eduardo Grimaux, profesor de química de la Escuela Politécnica, acaba de romper el silencio que se había hecho alrededor de una de las glorias de Francia; merced á los documentos conservados por los descendientes de Mme. Lavoisier y á las investigaciones que ha practicado en los archivos públicos, ha podido reconstituir todos los detalles de una vida tan interesante y aprovechada.

Resulta la obra escrita no solamente con la competencia que podía esperarse del sabio profesor M. Grimaux, sino con todas las galas de la erudición y la literatura. Por esto el libro pueden leerlo, á más de los químicos y los eruditos, cuantas personas deseen conocer la vida de una familia en el siglo XVIII, la organización de importantes servicios públicos, las sociedades de agricultura, la Academia de Ciencias, y, en general, todas las instituciones de aquel entonces, en las que intervino Lavoisier. También se reseña el proceso que los revolucionarios formaron al insigne químico y á sus compañeros de la *ferme*.

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Declara el autor en el prefacio, que cuanto más ha estudiado á Lavoisier, más ha crecido su admiración por este genio y este carácter, sentimiento que seguramente compartirán los lectores.

El libro está impreso con lujo y lo ilustran hermosos grabados, entre los cuales merecen citarse muy especialmente los retratos de M. y de Mme. Lavoisier, copiados de los cuadros de David, que conserva la familia; las reproducciones de los dibujos de madame Lavoisier, que representan experimentos efectuados en el laboratorio de su marido; el fac-símile de una carta de Lavoisier; otros dibujos que representan sus diferentes habitaciones en París y fuera de la capital, y, por último, la *Prisión de Port-Libre*, última residencia de los *fermiers* generales, y el fac-símile de la sentencia de muerte de Lavoisier.

En suma, *Lavoisier* es un libro muy curioso é instructivo que honra por igual á su docto autor y al afamado editor M. Félix Alcan que lo publica. Reciban, pues, ambos nuestra cariñosa enhorabuena, y recíbanla también las personas estudiosas que saborearán el libro de M. Grimaux con especial deleite.

***

L'Évolution des Mondes et des Sociétés, *par* F. C. DREYFUS.—*París, Félix Alcan, editor, 1888. En 4.º, 338 páginas. Precio: 6 pesetas.*

El acreditado editor de París, monsieur Félix Alcan, acaba de repartir el tomo LXI de la notable *Biblioteca científica internacional*, que con tanto acierto dirige M. E. Alglave, escrito por el diputado M. Camilo Dreyfus.

Puede asegurarse que dicha obra es uno de los más curiosos ensayos de filosofía científica que en la época actual se han publicado. El autor, que ha conseguido especial reputación no solamente en la política militante, sino también en la ciencia, por sus excelentes trabajos en la *Gran enciclopedia* como secretario general de la redacción, expone una síntesis de los fenómenos naturales.

Partiendo de las hipótesis astronómicas sobre el origen de los mundos, llega, en virtud de un encadenamiento no interrumpido de hechos, á la constitución de las creencias religiosas y morales de la humanidad, al gobierno de las sociedades y al desarrollo del entendimiento y de la conciencia, pasando sucesivamente por la formación geológica de nuestro planeta, por el desarrollo de las especies vegetales y animales y por los orígenes de la humanidad.

Los hechos se suceden y relacionan con notable precisión, sin asomo de oscuridad, porque, según dice el autor: «en su libro la filosofía no está en las palabras, sino en el plan de la obra, en la exposición de los hechos y en el enlace de las ideas.»

El libro de M. F. Camilo Dreyfus está llamado á producir gran sensación en el mundo de la ciencia y en el de la filosofía.

M. Alcan lo presenta estampado en hermoso papel de hilo y elegantemente encuadernado á la inglesa.

***

Escaramuzas, *por Fray Candil* (EMILIO BOBADILLA), *con un prólogo de Clarín.—Madrid, 1888.—En 8.º, 334 páginas. Precio, 3 pesetas.*

Escribe el Sr. Bobadilla con gran soltura; tiene agudo ingenio y bas-

tante buen gusto. De aquí que las sátiras y críticas que colecciona en el libro *Escaramuzas* merezcan leerse con atención, y que sus artículos deleiten el ánimo. Puede tacharse al joven escritor—apenas ha llegado á la mayor edad—de ser un tantico mordaz y apasionado; pero la violencia desaparecerá con los años, según indica *Clarín* en el excelente *Prólogo* que sirve de introducción á la obra.

Son muchos y de distinto género los artículos que incluye el Sr. Bobadilla en *Escaramuzas*, y los hay, como es natural, de mayor mérito unos que otros, aunque ninguno, á decir verdad, carece de interés.

***

L'Astronomie. *Revista mensual de astronomía popular, de meteorología y de física del globo, dirigida por* M. C. FLAMMARION.—*París, Gauthier-Villars et fils, editores.*

Ha salido á luz el número correspondiente al mes actual de esta interesantísima publicación. He aquí el sumario: *Un año de la historia del Sol*, por Flammarion.—*Los canales de Marte; nuevos cambios observados en este planeta*, por Perrotin.—*Grandes protuberancias solares observadas en Palermo desde 1881 á 1887*, por Riccó.—*Sociedad astronómica de Francia*, por Gérigny.—*Distribución de pequeños planetas en el espacio*, por el general Parmentier. Termina el número con dos secciones interesantísimas denominadas *Noticias científicas* y *Curiosidades del cielo.*

La Revista aparece estampada con el esmero y elegancia que tanto nombre han dado á los señores Gauthier-Villars.

***

La morale de Socrate, *par* MADAME JULES FAVRE.—*París, Félix Alcan, editor, 1888.—En 8.°, 323 páginas. Precio: 3.50 pesetas.*

Mme. Jules Favre, directora de la Escuela normal superior de señoritas, ha emprendido la tarea de dar á conocer, á los que no entienden los textos griegos y latinos, la moral de los grandes filósofos de la antigüedad.

Después de *La morale des Stoïciens*, publica *La morale de Socrate*, que fué transmitida por los fieles discípulos del maestro, Platón y Xenofonte. Mme. Jules Favre ha hecho extractos de sus obras, enlazándolos por medio de comentarios que hacen agradable su lectura seguida, por lo que resulta que el libro es algo más que una colección de trozos escogidos.

Entre las grandes cuestiones que se tratan en la obra, citaremos: «la Existencia de Dios,» «los Deberes para con Dios,» «el Alma,» «los Deberes del hombre para con su alma,» «la Cultura del alma,» «el Corazón,» «las Afecciones naturales y las afecciones electivas,» «el Amor de la humanidad,» «la Educación.»

Mme. Jules Favre deduce la conclusión de que el estudio de su alma condujo á Sócrates al sentimiento de una decadencia moral y á la necesidad de perfeccionar la naturaleza divina del alma, cuya vida y felicidad, para él, consisten en su semejanza con Dios.

R. A.

MADRID, 1888.—IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.
Libertad, 16 duplicado

LAS ARISTOCRACIAS

ANTE EL PROGRESO EN LA EDAD MEDIA (1)

EÑORAS Y SEÑORES: Pasó el tiempo rápido como siempre; pasó aquel ayer, para mí de placentera memoria, en el cual tuve el honor de explicaros las luchas de las aristocracias y los progresos de los pueblos en la Edad-Antigua; pasó aquel momento y llegó este otro en que de nuevo me veo ante vuestro fallo: apenas mis labios dirigieron á esta ilustre corporación el testimonio de mi gratitud por verme asentado en este sitial, cuando de nuevo me veo obligado á repetirlo en esta noche antes de prender fuego á la inmensa antorcha que os enseñe con sus luces las grandezas del pasado.

Semejante á inconcebible amillaramiento de monstruosidades veladas por densos crespones de misterios; algo parecido á un infinito enlutado de cuya inmensísima entraña brota eterna lamentación funeral; especie de profundísimo arcano en cuyo impenetrable seno se retuercen principios y fines de vida y de muerte, es, á mis ojos, la Edad Media en estos instantes en que con ánimo resuelto me propongo des-

(1) Discurso pronunciado la noche del 31 de Marzo de 1888 en *El Fomento de las Artes*.

enterrar del olvido, arrancando presas al sepulcro, todo aquello que asimilado á la existencia moral de los pueblos pueda reconstruir ante vuestros espíritus los hacinamientos maravillosos de seres y de cosas, de destellos y de sombras pertenecientes, por leyes del destino, al imperio de la nada.

Evocaré, sí, cuanto constituyó la vida de una época soberana de la Historia: mi voz resonará en las profundidades de las criptas, bajo las bóvedas de templos y de alcázares que, despojándose de sus vestimentas de hiedra, volverán á ser recintos en los cuales se alberguen magnates fastuosos y pueblos anhelantes: llegará mi conjuro hasta aquello que de puro inanimado y disperso sea no más que verdadera verdad de la mentira: han de resonar los fragores del combate y los quejidos de los pueblos; la torre señorial volverá á aparecer siniestra y rodeada de cuervos devoradores de los ahorcados de sus alménas; el señor y el pechero; la zagala y la princesa; el monarca y el mendigo; la choza junto al palacio y el obispo con la espada; el pendón que se riza en los campos de batalla y el blanco velo que ondula en la fiesta pastoril; la coraza y el airón; la lanza y el arnés que centellean al sol; el corcel que relincha husmeando sangre y la vírgen que canta en el claustro solitario; el mesnadero exánime en el combate... la doncella arrastrada hasta el tálamo señorial para ser violada sin piedad á los ojos del esposo; los grandes que marchan á lo pequeño y lo pequeño que se encamina á lo grande... todo lo habréis de ver: escuchadme, y cada una de mis palabras será portadora de cien resurrecciones.

Grande y aterradora es la síntesis con que pienso abarcar la Edad Media, pero más grande y más aterradora es la lucha social que aún parece palpitar encarnizada y cruel en la polvorienta y fría entraña del pasado; grande y espantosa es la verdad imperecedera de que siempre lo humano ha sido y será su propio verdugo; pero más grande y más espantosa es esa otra verdad que señala á los pueblos y á las razas del universo como exterminadores feroces de sus propios principios de sociabilidad y de fraternidad.

Señores: si la Historia no nos demostrara de modo eviden-

te é irrecusable que siempre las naciones y los Estados han sucumbido, minados por las luchas de clase y de especie social y hasta puramente humana, podríamos creer en la nivelación social, podríamos aceptar la teoría de igualdades hasta su más amplísimo extremo, podríamos creer en una política del porvenir, redentora de toda redención; pero fatalmente la palabra vida, la palabra ambición, dirán y significarán siempre imposibilidad absolutísima de toda idealización soberana.

Si el pugilato de lo pequeño con lo grande y de lo grande con lo pequeño no hubiera engangrenado el espíritu de la Edad Media en términos tales que sólo catástrofes eran soluciones, no hubieran pesado tanto en el mundo la dinastía Carolingia y la de los Abbasidas, ni el Pontificado de Gregorio VII hubiera aparecido rodeado de falsos nimbos de ridícula santidad, ni la oriflama otomana hubiera ondeado sobre el vencido imperio de Constantinopla.

Considerada en sí la Edad Media, puede dividirse en cuatro períodos, cuales son: Primero, desde la división del Imperio romano por Teodosio I hasta el advenimiento de las dinastías Carolingia y Abbasida. Segundo, desde este hecho hasta el Pontificado de Gregorio VII, ó seà desde el año 750 á 1.073. Tercero, desde el Pontificado de Gregorio VII hasta la muerte de Bonifacio VIII, ó sea desde el año 1073 á 1303. Y cuarto, desde la muerte de Bonifacio VIII hasta la toma de Constantinopla por los turcos otomanos.

Empieza la Edad Media con los pueblos bárbaros que en diferentes familias procedentes del tronco aryo vinieron en épocas remotísimas á establecerse en Europa como heraldos terribles de una innovación sangrienta, necesaria al transformismo evolutivo de toda pompa, poderío ó grandeza humana.

Existe en los tiempos y en las edades una ley fatal por cuyo cumplimiento grandezas son cenizas cuando el destino marcha en contra de ellos personificado ó espiritualizado en formas más ó menos tangibles y más ó menos vengadoras de faltas ó de errores hijos de las grandes luchas de la materia con la materia ó del ideal con el ideal; así sucedió á aquella

Roma inmensa, á aquella Roma olímpica, á aquella Roma señora del Universo, cuando las razas pobladoras de la helada región terrenal marcharon contra ella en poderosas falanjes exterminadoras de todo aquel cúmulo de bellezas, de todo aquel hacinamiento de infamia y de ludibrio que por espacio de muchos siglos hizo de la Roma pagana el ampo siniestro y deslumbrador de toda maravilla humana.

La Edad Media empieza con una hecatombe y concluye con una catástrofe: la irrupción de los bárbaros y la caída del imperio de Occidente; entre ambas todo pasa y todo muere, desde el dogma hasta la forma, como pasan y mueren esas sombras indecisas, esos perfiles borrosos que el insomnio crea y que la realidad desvanece.

En los tiempos prehistóricos la ley de asimilaciones materiales constituía períodos en que los siglos pasaban como segundos, y en que los segundos pasaban como siglos; en los tiempos en que el hombre era no más que una entidad del porvenir; en las edades en que la universalización de la especie era únicamente una teoría del átomo, y el átomo una concentración microscópica de lo infinito, la ley grande é inmutable de las tremendas verdades atravesaba un período de gestación antecesor de las centurias en que las naciones y los pueblos pugnaron por su engrandecimiento ó por su pequeñez; por eso estableciendo una serie de gradaciones de esta ley infalible, convirtiendo á los siglos en escalones descendentes, se obtiene el resultado de un pugilato cada instante más creciente entre todo y todo, porque todo y todo no será nunca más que un inmenso hervidero de la mentira.

Desde el fósil que se incrusta en la roca ó en la montaña, hasta el guerrero qne hace caracolear su caballo en los dominios feudales, la sucesión de semejanzas es idéntica, la continuidad de verdades es exacta, y es porque lo que el fósil perdió á su muerte, lo halló el guerrero á su nacimiento; porque si una potestad suprema extinguió una existencia ulterior, esta misma potestad recogió los extintos gérmenes y creó otra vida para equiparar así la igualdad de las razones procedentes de enormes é incalificables distancias y diferencias.

La idea del pecado en la conciencia de Adán, no es más que la antelación de esta otra idea que nos hace rivalizar con Dios.

Adán pecador y la humanidad ambiciosa; ved ahí dos aproximaciones que dan un solo resultado: la poligamia; porque la poligamia es el resumen de todas las grandezas y de todas las ambiciones; grandezas, porque el placer impera en todo, porque el placer palpita desde el lecho de la voluptuosidad hasta la agonía de la impotencia, porque el placer se eleva en efervescencias de fuego desde la molécula hasta la realización, y desde la realización hasta la divinidad, abarcándolo todo en síntesis indescriptibles de risa y llanto, de inercia y de delirio, de alegría y de espanto: y ambiciones, porque si anhelamos el poder, si anhelamos la fuerza, si anhelamos la apoteosis, si ansiamos la deificación, no es más que para gozar, gozar hasta morir de un placer inmensísimo, cuya síntesis amplísima es el amor, cuya aureola radiante es la vanidad, y cuya verdad inconcusa es la satisfacción de los sentidos.

No penséis que el poeta anhela la gloria por pura abstracción sobrehumana; no imaginéis que el artista sueña con el laurel de oro por mera ostentación intelectual; no creáis que el guerrero blande la espada por entrar victoreado en el áureo templo de la posteridad; nó, el poeta, el artista y el guerrero anhelan la inmortalidad para satisfacer los apetitos de su vida, siempre orgiásticos y desenfrenados, y siempre rabiosos de corpóreas consumaciones reñidas siempre en todo y por todo con el ideal que les impele sobre el mundo.

Esto sucedió con la Edad Media; si á los ojos del historiador la serie de acontecimientos aparece no más que como encadenamiento sublime de proezas, muéstranse á los del pesimista como esfuerzos humanos encaminados á un fin puramente material, puramente grosero, pero puramente inmenso cual es el placer no consumado, porque la consumación de nuestras querencias puede existir únicamente si tras de la tumba resulta una verdad la ley infalible de transmigración eterna.

Los Aryo Eslavos establecidos entre los Urales y el Vís-

tula, y desde el mar Negro y el Cáucaso hasta el Blanco y el Báltico, no sintetizan más que una serie de principios incubadores de otra serie de fines propicios y fatales á los destinos del universo; por eso, después de guerras que simbolizan orgías desenfrenadas de la barbarie, las luchas empiezan cuando las instituciones germánicas se dejan sentir frente á las civilizaciones y las culturas de la Roma de Alejandro Severo, Gordiano III, Décio y Claudio II.

Las instituciones germánicas dividían su población en tres clases: 1.ª la de los nobles, investida al principio de funciones sacerdotales y favorecida con algunas prerrogativas, aunque sin gozar mayores derechos políticos que los demás hombres libres: 2.ª la de los *Bers* ú hombres libres, con derechos de propiedad, de defensa propia y de ser juzgados por los de su clase: 3.ª la de los *Lites* ó siervos, que se subdividían en esclavos, que pertenecían en toda propiedad á sus dueños, y en siervos domésticos y rurales. El hombre libre tenía el privilegio de llevar larga y suelta la cabellera.

Las tribus germánicas eran gobernadas, unas por reyes electivos, con poder limitado por las asambleas políticas, llamadas *malls:* otras por las asambleas generales de los hombres libres, llamadas gauding (1). Todos los hombres libres tenían el derecho de llevar armas y el deber de servir en el ejército en las guerras nacionales.

Los germanos adoraban la naturaleza, la más grande de las adoraciones, con el nombre de Hertha, de la cual suponían el nacimiento del dios Teutsch á quien atribuían su orígen los Teutones.

Más tarde se introdujo en algunas de las tribus germánicas la adoración y el culto de Odhinn y de Thor, dios del trueno y de la guerra. Creían en otra vida y en un paraíso, siempre risible como todos, llamado el Walhalla, con placeres materiales, banquetes, combates y cacerías, y al cual sólo iban los valientes. Por punto general veneraban á sus dioses en bosques tenidos por sagrados, y con sangrientos sacrificios humanos y animales.

---

(1) De «gau» cantón, y «ding» ó «thing» asamblea.

No puede considerarse á los germanos como un pueblo nómada, porque tenían en mucha estima la propiedad del suelo, cuyo cultivo confiaban á los esclavos y á los siervos rurales, no teniendo más que una sola esposa, que por lo general seguía al marido en los combates, y siendo por demás aficionado á la guerra y á los largos y ruidosos festines, que casi siempre terminaban en horrendas colisiones después de haber apurado todos los goces de la bebida y del juego.

No era extraño que en tan singular manera de vivir el antagonismo social fermentase en todas las esferas de su estabilidad comunal é individual: el noble odiaba al esclavo y el esclavo al noble, siendo el hombre libre un término medio entre la barbarie y el progreso.

Si algo caminaba á una realización, algo le obstruía el camino nada más que por el prurito, siempre constante en todo tiempo y edad, de que lo inferior no puede tolerar á lo superior ni en la más insignificante de sus manifestaciones; por eso todo progreso de las razas germánicas moría anegado en la sangre de sus sacrificios ó asfixiado entre las humaredas de sus festines.

No es verdaderamente grande la historia de las luchas sociales de la Edad Media hasta los tiempos de los últimos emperadores de Oriente y de las grandes invasiones europeas.

A los once años de edad, Honorio es proclamado Emperador á la muerte de Teodosio, bajo la regencia de Estilicón; los principios de este reinado coinciden con las primeras invasiones de los visigodos, quienes después de devastar, acaudillados por Alarico I, algunas comarcas del Oriente, se arrojan desde la Iliria, que les había sido cedida por Arcadio, sobre la Italia, de la que fueron rechazados por Estilicón después de las dos grandes derrotas de Pollencia y Verona el año 403.

Aquí el progreso humano da un paso de gigante con la abolición de los combates de gladiadores; abolición bendecida con la sangre del ermitaño Telémaco, muerto al querer separar á los gladiadores que por orden de Honorio solemnizaban con su barbarie las dos citadas victorias de Pollen-

cia y de Verona. La sangre de Telémaco fué la última que manchó las arenas del Circo, viniendo á convertirse en rojo sudario con que la civilización hundía para siempre en el olvido el más feróz y el más horrible de los espectáculos.

Abolidas las luchas gladiatorias esperábase una reacción propicia á la cultura de los pueblos; pero cuando el naciente progreso avanzaba con pasos de pequeñuelo sobre el arrasado campo de las discordias humanas, haciendo entrever plácidos horizontes de aquel adelanto iniciado por Constantino en épocas anteriores, las bandas germánico-eslavas de Rhodogasto volvieron á sumergir en sangre las esperanzas en flor y á ahogar con los estruendos de la guerra los débiles himnos que los pueblos empezaban á entonar cansados de tanta devastación y de tanta ruína.

Parte Estilicón con sus huestes al encuentro de las hordas de Rhodogasto; véncelas en Fiésole; el hambre y la peste caen sobre los Estados como tremendos anatemas del destino, y todo germen de progreso, de bienestar y de reposo son hollados por los Borgoñones, Suevos, Alanos y Vándalos que, procedentes de los Alpes y del Danubio, cayeron sobre Europa ávidos de exterminio y sedientos de sangre y de horrores.

Uno de los períodos más enigmáticos de la historia humana es la Edad Media, á la que Helvecio y Raynal llamaron «*tinieblas sin nombre de estéril barbarie,*» á la que Montesquieu declara *idiota;* Tiraboschi tacha, no pudiendo comprender la invasión de los bárbaros, de «*insuficiente para ejercer la más mínima influencia sobre la literatura;*» Bolta llamaba á la Edad Media «*estúpida y desenfrenada;*» Robertson considera las Cruzadas únicamente como un «*espléndido monumento de la locura humana;*» Voltaire decía, con su mofa sempiterna, que «*no se debe conocer la historia de aquellos tiempos sino para despreciarla.*»

Para poder apreciar la esencia de las grandes luchas aristocrático-progresivas en la Edad Media, es necesario conocer y analizar dos cosas con conocimiento y análisis profundo y verdadero; estas son: el estado del mundo á la conclusión de la Edad Antigua y la invasión de los bárbaros, como

el más grande y quizás el único acontecimiento verdaderamente inmenso y transcendentalísimo de la Historia.

Mal podía avanzar el progreso en las edades anteriores al reinado de Honorio, porque la inercia por un lado y la agitación guerrera por otro, convertían á la Europa en verdadero caos de luchas y de anhelos que nacían y morían arrollados por aquel gran turbión político que, despedazando la forma de la antigua civilización, dió vida á otra nueva compuesta de otros elementos y de otros organismos; el imperio de Oriente no se resintió de la gran catástrofe que aniquiló al de Occidente; antes al contrario, se alegró, porque creía tener segura la monarquía del mundo.

Grande es el período que abarcan las civilizaciones bárbaras; inmensa y prodigiosa es la órbita en que giran aquellos puñados de pueblos destinados á regenerar al universo de una manera radicalísima, y con un sistema de todo punto asombroso; parece ser este período el período de incubación de todas las maravillas humanas, que en pomposos hacinamientos hicieron del ayer de nuestra vida la custodia de todo espíritu de sabiduría y de revelación.

En los tiempos de los Vándalos, Visigodos, Borgoñones, Bretones, Francos, Germanos, Turingios, Avares, Bovos, Eslavos, Asiáticos y Hunos buscaban distintas patrias en que asentar sus diversas instituciones sociales; lo autocrático y lo progresivo parecen correr parejas á través de una nebulosidad y de una incertidumbre que los hace aunarse para rodar confundidos en la gran bacanal de los nacientes ideales de civilización, civilización que viene á Europa á modo de poderoso filtro vivificador en el que hallan los Estados y las naciones tremendas dosis de vida y de muerte.

La lucha de lo poderoso con lo pigmeo aparece horriblemente pletórica de existencia en los Imperios de Oriente y de Persia, donde los trastornos políticos, verdugos del progreso popular, de los ejércitos y hasta de las mismas formas de Gobierno, procedían de intrigas cortesanas; y aun cuando el trono era usurpado por algún aristócrata ambicioso y homicida, la metrópoli entera reconocía los derechos reales del usurpador, encerrando al Príncipe destronado y á sus hijos

y deudos en lóbregas mazmorras en donde se les sacaban los ojos ó se les asesinaba, moviéndose siempre al mismo compás la gran máquina social, sin más variación que la de la persona en cuyo nombre se movía anteriormente, y sin que el pueblo sacase de ello más franquicia que el latigazo señorial ó la desdicha de sus rosadas esperanzas de engrandecimiento.

«El ingenio griego había perdido aquel vigor que se necesita para que la erudición no se convierta en un puro juego de la memoria, si bien conservaba el agudo sofisma; cada año producía una nueva heregía, azote de la Iglesia y del sentido común; y los Emperadores, temiendo ver al cristianismo libre y á la ciencia fuerte, tomaban parte en las disensiones, ejerciendo un poder arbitrario en la conciencia de sus súbditos, y deponiendo y revocando á su antojo Obispos y Patriarcas» (1).

La sumisión del clero ocupado en defenderse y no en hacer reformas, preparaba poco á poco en Occidente un trono rival del de los Césares, mientras la influencia civilizadora del cristianismo, deprimida en Oriente, hacía más duro y más violento el choque de las aristocracias con los progresos populares dentro de la tenebrosa esfera de una monarquía despótica y no limitada por poder alguno independiente.

Pero en medio del constante pugílato social y á consecuencia de la falta de un Senado y de una série de Magistrados cuyo nombre é insignias trajesen á la memoria derechos perdidos y derechos por respetar, el cetro de los déspotas pesaba á veces muy poco sobre las manifestaciones solemnes del progreso, porque una legislación regular ponía freno á los abusos de la justicia, la que, según afirma Cantú; «*Es aún más necesaria al vulgo que la libertad.*»

«En gobiernos semejantes todo depende de la capital: y Constantino había colocado la suya en situación tan admirable, que tenía poco que temer los ataques de enemigos, especialmente de Bárbaros inhábiles en el arte de los asedios. La inexpugnable Merden en el monte Masía, Dara enfrente

(1) Cantú, *Historia Universal*, tomo III.

de Nisibe, Teodosiópolis cerca de las fuentes del Eufrates, Anida en el paso del Tigris, oponían el arte de las fortificaciónes á los Persas invasores: las fortalezas de Siria y Palestina contenían á los inquietos Sarracenos: y la muralla de diez y ocho leguas que mandó construir Anastasio desde la Propóntide hasta el Euxino, debía proteger á Constantinopla; después Justiniano cubrió con ochenta fuertes las orillas del Danubio. Los persas, con quienes tuvieron que luchar los sucesores de Arcadio, constituían un solo imperio, y por lo mismo no tenían más que un ejército, un pensamiento común, lo cual contribuía al triunfo de la disciplina de los griegos. Añádase que estos podian excitar contra sus adversarios á los Árabes, á los Iberos, á los Armenios, interesados en reprimir el engrandecimiento excesivo de la Persia: podían armar á los Germanos, al mismo tiempo que sacaban del Asia tropas para hacer la guerra á estos últimos á las orillas del Danubio, único punto por donde el imperio griego se hallaba en contacto con los Germanos» (1).

La subsistencia del imperio de Oriente era una subsistencia raquítica, propia de esas monarquías en que, viciados todos los elementos de su sostenimiento, siéntense abrumadas por nostalgias desconocidas que las predicen las grandes evoluciones de todo progreso, á través de la aglomeración de sus tristezas y de sus decadencias.

El dominio del *santo emperador* (2) era absoluto, pues aunque el cristianismo se dejaba sentir en sus grandes masas sociales, el fondo siempre era pagano con la servidumbre y la tiranía al estilo antiguo; entre estos extremos, el egoismo particular procuraba abrogarse la mayoría posible de arbitrios, formándose con esto tal concadenamiento de intrigas, de pasiones, de amoríos, de inercias, de esplendores y de frivolidades, que la pusilanimidad y la superstición arrastraban á los Emperadores á un abandono tal de gravedad devota y fanática que dejaba en el más lamentable de los descuidos los negocios del Estado, convirtiéndose los Príncipes

(1) Cantú: *Historia Universal*, tomo III.

(2) Αηος βασίλεϋ, ὁ αυτοκράτωρ.

en más monjes que soberanos; pero monjes funestos, porque olvidándose de la espada conquistadora y del cetro gubernativo, perdían su tiempo en vanas discusiones teológicas, dando lugar al fomento del odio, de la falsedad y de la herejía entre las clases más nobles y más plebeyas de la sociedad; sociedad que con su ejemplo empeoraba la índole de los pueblos que, dando de mano al progreso, se encaminaban á los festejos y á las lizas, exornados con pomposas vestimentas de relumbrantes colores, habiendo llegado esta afición á tal extremo, que los colores *verde y azul*, *prasino y veneto*, eran distintivos de verdaderos partidos civiles en que intervenía el favor de los Príncipes, y frecuentemente la brutalidad de la multitud que, arraigada por todo el Oriente, contribuyó á su total ruína.

El vulgo exponía su vida por estas locuras y luego se negaba á arriesgarla por la salvación de la patria; sin armas y separado de todo su ejercicio guerrero, así en la ciudad como en las provincias, no sabía siquiera proteger sus tierras y las extensas murallas del Quersoneso Tracio, de las Termópilas y del istmo de Corinto, á cuya sombra ocultaba su miedo.

Después de un extenso período en que se hicieron necesarios los alistamientos numerosísimos de grandes ejércitos mercenarios, mandados por capitanes bárbaros, ejércitos en que la manía de las distinciones jerárquicas creó una multitud de nulidades y de disgustos; después de una agonía lenta en el seno de una civilización que viendo florecer su progreso, sus artes y sus letras, contemplaba al instante su dolorosísima extinción en medio de gárrulas disputas; después del encumbramiento de Teodosio II, anacoreta coronado, y de la larga sucesión de luchas y de tumultos que trajeron á Teodorico á la entraña de la segunda Roma; después que el imperio de Oriente atravesó por todas las vicisitudes de su importancia y de su debilidad para llegar al Concilio de Calcedonia, pasando encorvado y humillado bajo los tratados de Teodorico y el cetro de Anastasio I, viene Justiniano á inaugurar una era dichosa de engrandecimiento y solidaridad para aquella grande y pobre monarquía llamada á des-

aparecer de la faz del universo por un designio misterioso del destino.

Justiniano es una de las más grandes figuras de la Historia; su recuerdo y su sombra no se borrarán jamás, porque sus Códigos dieron al mundo el principio de igualdad social, de legislación unitaria precisa á toda sociedad, á todo Estado que quiera por sí regentar sus destinos; Justiniano es uno de esos monarcas sin iguales que parecen ocupar un trono por designio supremo de esa gran potencia vivificadora que, esparcida por la amplitud de lo infinito, resuelve y revoca los destinos del humano linaje, hasta en su más insignificante manifestación; Justiniano sintetiza para el imperio de Oriente toda su grandeza y para el mundo toda la legislación; á Justiniano hay que estudiarlo á fondo, porque es como el océano, mientras más grande más enigmático, y mientras más enigmático más profundo. Nada son los acontecimientos de su reinado comparados con las páginas de sus Códigos; ¿quién sabe si por una ley de transmigraciones espirituales, el talento de Eurico y el genio de Alfonso X de Castilla, no son más que la esencia del genio y del talento de Justiniano?

Hay monarcas-siglos y siglos-monarcas; Justiniano lo es todo; es monarca, porque es indispensable á un pueblo; es siglo, porque es sapientísimo, y la sabiduría hace al hombre rival del siglo en que vive y tirano del que le sucede.

Justiniano, como todos los grandes hombres, tuvo un defecto capitalísimo: el haberse casado con Teodora, mujer prostituída, que con sólo su nombre oscureció muchas de las glorias de Justiniano.

Los primeros períodos del imperio de Justiniano fueron épocas de luchas y de disturbios entre los famosos partidos de los verdes y los azules, ofreciendo poco interés al narrador y al cronista.

El progreso de aquellos primeros años, pasó desapercibido hasta el instante en que las invasiones de los Hunos neftalitas marcaron en la Persia otro rumbo á la política de los estados; la historia interminable de las grandes rencillas y de las pequeñeces de las razas pobladoras de los territorios

dominados por Justiniano; el cúmulo de alzas y de bajas de todo aquel hervidero de pueblos habitantes de aquellas regiones del globo, en donde la palabra civilización comenzaba á zumbar con ecos á veces propicios, á veces funestos; la interminable serie de atropellos, batallas y victorias desde el año 477 hasta la retirada de Gelimero, vencido por la espada de Belisario en los campos de Tricameson, y desde esta fecha, hasta el momento en que los Bárbaros hicieron sus primeras irrupciones, época larga en la que Justiniano escribe las *Pandectas;* Belisario triunfa de Genserico, los Persas llevan la guerra al Oriente; las intrigas cortesanas colocan frente á frente á Belisario y á Antonina, después de provocar conflictos reales y usurpaciones civiles que llevan á la mendicidad y á la ceguera á Belisario, y á un convento á Antonina (1) y muere Justiniano en el año 565, nada hay que observar digno de mención en los crecimientos del progreso y de la existencia de las aristocracias.

Muerto el grande Emperador, sus virtudes salieron á la pública espectación, espectación que, según las frases de algunos historiadores, sólo juzgaba las doctrinas y menospreciaba las formas; la virtud más grande y más plausible de Justiniano fué la protección que dispensó á las Bellas Artes, siendo monumento eterno de su magnificencia el templo de Santa Sofía.

«Otra gloria pacífica señaló también el reinado de Justiniano. Hasta entonces se había traído la seda del país de los Seres, ignorándose su naturaleza y tomándola unos por la pelusa de una planta, otros por la tela de una araña. Sólo las caravanas de la India ó de la Persia hacían aquel tráfico;

---

(1) Tzetzé, monje del siglo XII y autor de las *Quiliadas*, dice refiriéndose á este hecho:

Εκπωμα ξύλινον κράτῳ ἐβόα τωμιλιω
Βελισαριω ὄβολον δότε τω στρατηλάτη
Οντύ χη μέν ἐδόξασεν, αποτυφλοὶ δε φδόνος.

«Apoyado en una piedra miliar, con la gamella de madera en la mano, decía: Dad un óbolo á Belisario, á quien la fortuna cubrió de gloria y cegó la envidia.»

y el monopolio y lo largo del viaje contribuían de tal modo á encarecer las telas de seda, que en Roma se vendían á peso de oro. Pero el aumento del lujo no permitía pasarse sin este género; las mujeres deshilaban los tejidos de la India para hacer otros tan sutiles que no ocultasen ninguno de sus encantos; hasta los hombres los usaron después que Heliogábalo les dió el ejemplo. Trasladábase, pues, todos los años un tesoro desde el imperio á la Persia para convertirse en seda, tributo que hubieran eludido de buen grado los Emperadores, especialmente desde que empezaron las guerras con los Persas. La casualidad les proporcionó el medio de lograrlo. Dos misioneros, á quienes su celo llevó al país de los Seres, observando allí todas las cosas, como han acostumbrado á hacer siempre sus iguales, conocieron el industrioso insecto que producía aquel precioso hilo y los procedimientos empleados para utilizarlo. Noticioso de ello Justiniano, les excitó á robar la simiente, y ellos lo consiguieron ocultando en una caña cuanta les fué posible, de donde han nacido esos millares de gusanos de seda que después enriquecieron la Europa. De este modo introdujo aquel Emperador un género de cultivo que debía tener mayor y más duradero influjo que sus leyes y sus conquistas» (1).

Ved ahí, señores, comprobada la verdad, de que un adelanto del progreso influye más en la humanidad que toda la política de los reyes.

Los reyes son obstáculos y medios á un mismo tiempo: obstáculos, por cuanto tienen de reyes, y medios, por cuanto tienen de convergencias sociales.

La política universal llegará á la consumación de sus ideales, el día magno que caiga sobre los tronos el anatema de los tiempos; este anatema pesa sobre todos los pueblos, sobre todos los Estados, sobre todas las naciones; este anatema para el poder real, se llama confederación republicana.

Y el día llegará, no lo dudéis, señores; el día llegará en que los Estados europeos abjuren de todos sus errores monárquicos, máxime si sus monarquías revisten el odioso ca-

---

(1) Cantú: *Historia Universal*, tomo III.

rácter cesáreo de los imperios contemporáneos, como son Austria, Alemania, Rusia, Turquía y el Brasil.

Esa trompeta apocalíptica pronta á solemnizar el triunfo del verdadero ideal de paz y de libertad: ese pregón sonoro de la democracia, llamado republicanismo, ahuyentará en plazo breve á todas las águilas imperiales, porque ya sus coronas son chichoneras mandadas recoger.

La monarquía alemana, la verdadera monarquía imperial de la patria de Goethe y de Beethoven, acaba de caer en la tumba abrazada al cuerpo inerme de Guillermo I. ¿Qué ha de hacer Federico III? La disolución se ha iniciado; la metamórfosis empieza; Federico III es un monarca que lucha con la muerte y su imperio es patrimonio del sepulcro: sepulcro cuya losa inmensa pondrá Francia el día en que el futuro Guillermo II empuñe el pesado cetro de los Hohenzollern.

Justiniano es una figura histórica y su imperio un recuerdo de ultra-tumba; ¿qué mucho que los modernos imperios no sean otro tanto? Alemania empieza á dar el ejemplo: malo es que uno marche, porque suelen seguirle todos.

Necesario me es, señores, para mostraros más evidentemente las luchas autocrático-progresivas, fijarme con alguna detención en la constitución y esencia de los Códigos romanos, para á su vez analizar los de los bárbaros, porque ellos fueron quienes cimentaron la política y el carácter de la Edad Media. La combinación de los hechos morales, políticos y económicos, es siempre la base de toda estabilidad social. Este es un axioma comprobado hasta la saciedad por todas las manifestaciones de la vida: desde la más grande hasta la más pequeña: desde la esencia doctrinal, hasta la forma tangible y grosera.

Los Códigos legislativos no pueden ser jamás perfectos, porque su perfección dependerá de un sinnúmero de causas, cuyas consecuencias, ni pueden preverse, ni mucho menos adivinarse.

Las leyes antiguas no bastaron ya á la revolución moral comenzada después de Augusto; así es que se hizo necesario reunirlas, escogerlas y acomodarlas á las circunstancias. Semejantes, pero no iguales á las castas de Oriente, las fa-

milias patricias habían sufrido grandes y fuertes sacudimientos en su estabilidad moral, debidos á la movilidad pelásgica de los plebeyos.

La severísima inflexibilidad aristocrática produjo el *derecho extricto,* degenerado más tarde por haber dejado de ser un privilegio exclusivo de la nobleza el *ayer* sacro que empezó á dejar nuevas vías á la riqueza, al talento, á la gloria y á la magistratura; Roma, con esto, hubiera perdido su prestigio si la flexible y progresiva habilidad democrática no hubiese sugerido el sistema de *bonum et æquum,* el *arbitramento* de sus leyes anuales y un *derecho de los extranjeros.*

La equidad, principio de la administración pretoriana del *derecho de los extranjeros,* era entendida por derecho natural: derecho que constituye un fondo de ideas morales que poseen todos los hombres reunidos en sociedad, y que sobrevive á toda corrupción, fundando la constitución en la libertad, en la igualdad, en los sentimientos naturales y en las inspiraciones del sano juicio. El derecho estricto, poseído por la Roma aristocrática, era todo lo contrario, pues formaba un conjunto artificioso y arbitrario, encaminado á regularizar con representaciones materiales el alma humana incapaz de obedecer aun á la simple razón, haciéndola doblegarse á la autoridad, á los misterios religiosos, á fórmulas indefectibles, y en el cual no obligaban al hombre la conciencia de lo justo y de lo injusto, sino la expresión y la letra. Esto comprendía en sí una abdicación ominosa que las nociones de lo justo y de lo injusto obligaban al hombre á deponer en aras de la patria sus afectos, su voluntad, y hasta su razón.

La equidad se sobreponía á este derecho estricto en virtud del edicto pretorio que se atenía á los hechos: la inmutabilidad del despotismo escrito era sostenido, en contrariedad al derecho estricto, por los jurisconsultos; así es que el derecho civil y la equidad se encontraban siempre en perpetuo antagonismo, resultando de esto un derecho doble y paralelo, cuales son el parentesco civil (1) y el parentesco

(1) Agnatio.

natural (1); matrimonio civil (2) y unión natural (3); propiedad romana (4) y propiedad natural (5); contratos de derecho formal (6) y contratos de buena fe.

La paternidad era una absorción individual despótica de las personas de la esposa, hijos y descendientes de estos; llegando este despotismo hasta el poder condenarlos á muerte: disposición vigorosísima dictada para la conservación de las familias y la disciplina y en cuya virtud un parentesco meramente civil era el que disfrutaba de los derechos de familia y de sucesión: disposición aristocrática, que en su tiranía sobrepujaba á la de cualquiera otra nación civilizada (7). Los patricios únicamente eran los que conocían el matrimonio, contrato en el que intervenían ceremonias indispensables, por el cual la matrona llegaba á ser parte de la familia, y sierva de la majestad del marido mediante una compra llamada *cœmtio* que la colocaba bajo su dependencia absoluta *(in manum convenit)* hasta el grado de no poseer nada en propiedad, y de poder ser juzgada por aquél y hasta condenada á muerte, en virtud de determinación tomada de común acuerdo con los parientes de ella. El *connubio* era de orígen plebeyo, y en él la mujer lejos de considerarse esclava del esposo, conservaba el usufructo de sus bienes, como consorte, y hasta podía citar á aquél á juicio. A medida que esta segunda forma cobraba vigor, iba envejeciendo la primera, y al par se dulcificaba la patria potestad, pues esta no provenía de los lazos de la sangre, sino de las fórmulas de las nupcias legítimas, ó de la ficción civil de la adopción y de la arrogación (8).

El progreso visible en tales leyes es la sobreposición de lo

---

(1) Cognatio.

(2) Justæ nuptiæ.

(3) Concubinatus.

(4) Quiritaria.

(5) In bonis.

(6) Extricti juris.

(7) Justiniano en las *Instit.* dice: *Nulli alii sunt homines qui talem in liberos habeant potestatem qualem nos habemus.*

(8) Cantú: *Historia Universal.* Tomo III.

popular á lo aristocrático, simbolizado en la fórmula nupcial del *connubio*.

Entre las leyes romanas es por demás curiosa una que dice que ningún ciego puede pleitear, porque no vé las insignias de la magistratura.

La diversidad de los elementos que constituyen las leyes romanas desde el siglo V hasta el advenimiento de Justino II hacen extensísima la narración de sus cualidades y la definición de sus tendencias: cualidades y tendencias que por sí bastan á ocupar las páginas de considerables volúmenes, pudiendo decirse como síntesis de todas ellas, que las leyes romanas fueron á un tiempo aberraciones y verdades que pesaron sobre el mundo como pesan siempre todas aquellas teorías y conceptos que llevan en sí el espíritu vivificador y mortífero á la vez de una forma gubernamental decisiva y de una estabilidad moral é individual, inmutable y severísima.

Al escorzo gigantesco de las generaciones, á su paso por la vida, tiene forzosamente que responder un principio de opresión moral, colectiva é individual: este principio se llama codificación: esta codificación es entendida por freno social: este freno contiene á veces, y no puede hacerlo otras, falanges poderosísimas de vida y de muerte. De ahí que todas las grandes legislaciones han pesado sobre el mundo como bienes y como males dimanados de la fuerza creadora del talento.

Las leyes no pueden abrazar todos los casos, ni prevenir todas las cosas: de ahí su deficiencia; de ahí que no pueden ser más que fórmulas constitutivas de un mero derecho común; de ahí que todas ellas no bastan, ni han bastado, ni bastarán, para que todos los países y todos los Estados, todos los ciudadanos y todos los pueblos se vean constantemente agitados por las espantosas manifestaciones del crimen: lepra horrible de todas las sociedades para cuyo exterminio son imponentes legislaciones y legisladores, aun cuando éstas y éstos se propongan encerrarnos en murallas de sentencias y de castigos.

Los Códigos romanos y todos los que el talento inmenso

de Justiniano ha legado á la posteridad, simbolizan en la Historia el gran espíritu progresivo de los siglos, levantado por conjuro mágico de aquel caos en que hierve la idea disuelta en aleaciones incomprensibles, de cuanto inmenso y pequeño flota en la amplitud cósmica.

Estos Códigos reguladores de imperios y sociedades que marchaban al sepulcro, como marchan á la muerte las instituciones políticas y morales de todas las edades transitorias, llevaban en su espíritu el aliento poderoso que más tarde soplara impetuoso sobre los grandes elementos europeos para hacerlos chocar, y morir, y resucitar al fragor de las batallas y al marchar de las centurias; estos Códigos, inmensos en su principio instintivo, colosales en su idealismo práctico y sorprendentes en todos sus fines sociológicos, encarnaban en su entraña todas las magnas predicciones de la Edad Media; llevaban en sus gérmenes generalizaciones abstractas que influían de modo directo en el futuro destino de las instituciones del porvenir, y señalaban con signo indeleble el derrotero por el que habían de marchar los acontecimientos y las costumbres; los anhelos y las esperanzas; los delirios y los marasmos de todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los organismos.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

De la Academia Mont-Real de Toulousse.

(*Se concluirá.*)

OBSERVACIONES CRÍTICAS

Á LAS

ETIMOLOGÍAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Continuación (1)

Acontece con muchos de los dominados por ciega vanidad, que pasan la vida estudiando modos con que llamar la atención, y creen en su necio extravío, que lujo, elegancia y buen gusto, consisten únicamente en presentarse donde los más puedan verlos, recargados con telas que brillen y crujan, con metales que fulguren y piedras que luzcan, aunque sean falsas: así la Academia, creyendo que ciencia, conocimientos y profundos estudios, consistían sólo en vano aparato, no omitió nada esta vez para conseguir que la nueva edición del Diccionario, esperada desde hacía tanto tiempo, fuera lujosa; mas se equivocó ciertamente, por haber apelado á lo estrambótico, vecinísimo de la caricatura. Las confusiones dolorosas, los enredos y extravíos que venimos señalando, siguen y aun aumentan cuando se llega á la clasificación de las lenguas germánicas, elemento de no escasa importancia para el estudio de nuestro idioma: el curioso investigador de los orígenes de nuestras palabras, hallará que la Real Academia Española

(1) Véase la pág. 424 de este tomo.

las encontró derivadas del gótico, visigótico, alto alemán, bajo alemán, antiguos alto y bajo alemán, alemán moderno, teutón y germánico. Esta manera de clasificar no puede menos que presentar considerables ventajas; si gran número de personas pueden tener medios para convencerse de si efectivamente una palabra procede ó no del alemán, según los académicos han dicho, no creemos que puedan hacer lo mismo con lo que aquellos señores llaman antiguo alto alemán sin ninguna explicación previa, y estamos convencidísimos de que con respecto al visigótico, cuál más cuál menos inclinarán la cabeza, y convencidos de que hay cosas que vale más creerlas que averiguarlas, dirán que cuando hombres de tanto saber lo han dicho, bien estudiado lo tendrán. Pero que pongan la mano en su pecho y lo confiesen, requisito *sine qua non* para que les sea perdonado; ni pensaron estudiarlo siquiera.

Los godos, descendientes tal vez de los antiguos getas, entre los que fué á morir Ovidio, no sin cautivarlos antes con versos compuestos en su idioma (1), al invadir nuestro suelo aportaron su idioma, hecho naturalísimo, como el de la imposición de sus leyes, usos y costumbres. De aquella lengua que según Bopp (2) es el punto medio entre el sanscrito y las lenguas germánicas, sólo han llegado hasta nosotros fragmentos de una traducción del Antiguo y Nuevo Testamento, que hizo en el siglo IV el Obispo arriano Ulfilas (3). Que en nues-

---

(1) OVIDIO. *Ex Ponto*, lib. IV, cap. XIII. Caro. ver. 17 y sig.

Nec te mirari, si sunt vitiosa, decebit
Carmina quae faciam pæne poëta Getes.
At pudet! et scripsi Getico sermone libellum,
Structaque sunt barbara verba modis.
Et placui (gratare mihi), cœpique poëtae
Inter inhumanos nomem habere Getas.
Materiam quæris? Laudes de Cæsare dixi.

(2) BOPP, *Vergl. Gram.* I p. 115. Das Gothische ist der wahre Ausgang und Lichtpunkt, der wahre Grundpfeiler deutscher Grammatik das germanischer sanskrit.

(3) Los únicos detalles que pueden admitirse acerca de la vida y hechos del célebre Obispo Arriano nos han sido trasmitidos por el historiador ecle-

tros días sean tan exiguas las pruebas de cultura de aquel pueblo, no quiere decir, como han supuesto muchos, que la mencionada traducción fuera el primer monumento escrito de aquel pueblo, ni que á él se redujera toda su literatura: las pruebas que se pueden aducir en pro de lo contrario son puramente filológicas, mas bien se sabe la fuerza tan considerable que tienen las de este género. Las relaciones familiares y sociales, la situación de los individuos con respecto á los distintos poderes, el carácter de las instituciones y las formas religiosas de cada pueblo, se pueden determinar con sólo la ayuda del idioma

---

siástico PHILOSTORGO, de quien perdida la obra se tiene el resumen conservado por FOCIO en su *Biblioteca*. El importante pasaje que se refiere al primero de los traductores de la Biblia en lengua vulgar dice así:=[Ait Philostorgius] Urfilam ex Transistrianis Scythis, qui ab Antiquis quidem Getae nunc vero Gothi appellantur, maximam hominum multitudinem in Romanum solum traduxisse, qui pietatis causa ex patriis fedibus ejecti fuerant. Eam autem Gentem ad Christi fidem olim tranfuisse hoc modo. Cum Valeriano et Gallienus imperium administrarent, ingens multitudo Scytharum trans Istrum degentium, in Romanorum dictione trajecit. Et Europae quidem magnam partem excursionibus infestarunt. Deinde vero cum in Asiam trajecissent, Galatiam et Capadociam invaserunt. Cumque plurimos homines captivos fecissent, inter quos non pauci erant Clerici: cum ingenti præda in patriam suam reversi sunt. Captivi igitur ac pii homines isti, barbaris permixti, non paucos eorum ad veram pietatem traduxerunt utque: pro Gentilium superstitione Christianam religionem amplecterentur, iis persuaserunt. Ex horum captivorum numero fuerunt etiam majores Urfilae, natione quidem Cappadoces, orti juxta urbem Parnassum, ex vico qui Sadagothina vocatur. Hic igitur Urfila, dux fuit piorum hominum qui ex Gothia egressi sunt, primusque eorum Episcopus fuit, constitutus hoc modo. Cum a rege qui tunc Gothis prærat, Legatus una cum aliis ad Imperatorem Constantinum missus esset: Nam et Barbarae gentes illic positae Constantino obsequebantur: ab Eusebio aliisque qui cum illo erant Episcopis ordinatus est Episcopus Christianorum qui apud Gothos degebat. Eorum itaque tum aliis in rebus maximam curam gessit: tum proprias ipsis littera excogitavit, et universos sacrae scripturae libros patrio ipsorum sermone interpretatus est exceptis libris Regnorum, eo quod illi res bello gestas contineant, gens autem illa bellis maxime delectetur, et fræno potius opus habeat ad bellicos impetus comprimendos, quam calcari quo ad prælia incitentur. Maximam porro incitandi vim habent libri illi, utpote qui venerabiles maxime existimentur et credentium animos ad Dei cultum informent. Hanc igitur transfugarum multitudinem Imperator in locis Mœsiae pro ut cuique visum est, collocavit: Et Urfilam ipsum magno in honore habuit, adeo ut de illo loquens, sæpe eum nostri temporis Mosem appellaret. Cæterum Philostorgius hunc

que habló, pues las palabras son siempre hijas de necesidades absolutas que las engendran: en el terreno literario ocurre lo mismo. Cuando un género poético ha hecho su aparición de la manera espontánea que se observa en los comienzos de todas las literaturas á que no se pueden señalar previas influencias, inmediatamente ha tenido que buscarse la palabra que lo indique, y Ulfilas mismo, en su Biblia gótica, tiene equivalentes para *oda*, *canto*, *himno*, en los términos *saggvs*, *liudh hazein* (1): invirtiéndose el procedimiento tendremos que si tales palabras indicaron en su tiempo géneros literarios,

---

Urfilam miris laudibus extollit, aitque et illum, et eos qui sub illo erant Gothos ejusdem cum ipso hæreseos sectatores fuisse. Trad. de VALOIS en su ed. de *Theodoriti et Evagri historia eclesiastica item excerpta ex historiis Philostargii et Teodori lectoris.* Maguncia 1679. p. 470. DE PHOTIO ex libro secundo § 5.º—El nombre de ULFILAS se encuentra en los autores con muy distinta ortografía; así hallamos, *Urfilas*, *Urfilus*, *Gulfilas*, *Hulfilas*, *Gilfulas*, *Galfilas*, *Ulphias*, *Gulfias*, *Gudila*. Con arreglo á las leyes del gótico la verdadera forma debe ser *Vulfilas*, que según Grimm es diminutivo de *Vulfs* (lupus).

De la traducción hecha por el célebre Obispo se conservan sólo pocos fragmentos de los libros de Esdras y Nehemias, los Evangelios y las Epístolas de San Pablo con algunas faltas. El texto más completo se halló en el llamado *Codex argenteus*, manuscrito riquísimo de la abadía de Werden (Prusia renana), acerca del cual los primeros en llamar la atención fueron el geómetra belga Arnaldo Mercator, que durante algún tiempo estuvo al servicio del landgrave de Hesse, Guillermo IV y Morillon, secretario del Cardenal Granvelle. Llevado á Praga, los suecos se lo apropiaron en 1648, cuando á las órdenes del Mariscal de Koenigsmark destruyeron la ciudad: lleváronlo á la biblioteca de Upsal, de donde fué robado algún tiempo después y vendido en Holanda, pasando á ser propiedad de Vosio, hasta que nuevamente fué llevado á Upsal, donde se conserva. El *Codex Carolinus*, en que se ha conservado también la obra de Ulfilas, de la que la Epístola á los romanos fué cubierta con uno de los tratados de San Isidoro, pertenece á la biblioteca de Wolfenbutel.

(1) En el versículo 19 del cap. V de la epístola de SAN PABLO á *los de Efeso*, hallamos equivalentes góticos directos para *himno* y *canto* (ὕμνοις, ᾠδαῖς). El texto latino dice: «Loquentes vobismet ipsis in psalmis et *hymnis et canticis* spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino.» Ulfila traduce Rodjandans izvis in psalmon jah *hazeinim* jah *saggvin* ahmeinain, siggvandans in hairtam izvaraim fraujin. HAZEINIM (de *Hazian* alabar) (*a*) está también empleado por Ulfila en el mismo sentido en la epístola de SAN PABLO *ad*

---

a) Ahd. *heren;* angs. *herian*.

éstos debieron existir por más que de ellos no se conserve nada ó por desgracia no se haya descubierto cosa alguna todavía. Cuando á estas fundadísimas presunciones se negara el valor que científicamente merecen, tendríamos prueba irrecusable consideración formal de Fornandes (1), que apoyado en el más antiguo testimonio de Casiodoro, base de su obra, manifiesta de un modo claro y esplícito que la literatura gótica no estuvo reducida, como posteriormente se ha creído, á la traducción de la Biblia, hecha por quien mereció el honor de que Constantino le llamara el Moisés de su pueblo, sino que más cultos que ningunos de los invasores, tenían los godos hombres de saber en las ciencias y cantos á que daban grandísima importancia, para celebrar la gloria de sus antepasados. Con esto se destruye absolutamente la creencia en que estuvieron muchos de que Ulfilas, al par que el primero en introducir la escritura entre los godos, fué también el primer lite-

---

Colossenses 3, 16. SAGGVIM (de *Siggvam* cantar) (*a*) está empleado en el mismo sentido en la ep. ad Colossenses 3, 16. *Canto de alabanza* tiene su equivalente directo en gótico en *Liudho* (de *liuthon*, cantar) (*b*), empleado por Ulfila para traducir el vers. 9 del cap. XV *ad Romanos* en que se cita del Salmo XVII el vers. 50 que dice: Propterea confitebor tibi in nationibus, Domine, et nomini tuo *psalmum dicam*; en gótico Duththe andhaita thus in thudom, frauja, jah namin theinamma *liutho*.

(1) FORNANDES. *De Getarum sivè Gothorum origene et rebus gestis* cap. IV, hablando del paso de los Godos que con Filimer vencieron á los spalis y avanzaron hasta la extremidad de la Scitia, cerca del Ponto Euxino, dice... quemadmodum et in priscis eorum carminibus pene historico ritu in commune recolitur.—FORNANDES *id.* cap. V.—Nec defuerunt, qui eos sapientiam erudirent Unde et pene omnibus barbaris Gothi sapientiores semper exstiterunt Græcis que pene consimiles, ut refert Dio, qui historias eorum annalesque græco stilo composuit. Más adelante en el mismo capítulo. Quorum studium fuit primum, inter alias gentes vicinas, arcus intendere nervis, Lucanus plus historico quam poeta testante.

Armeniosque arcus Geticis intendere nervis.

Ante quos etiam cantu majorum facta modulationibus citharisque canebant Ethespamarae, Hanalae, Fridigerni, Widiculae et aliorum quorum in hac gente magna opinio est, quales vix heroas miranda jactat antiquitas.

(*a*) Aln. *syngia, siunga;* ahd. *singan; angs. singan;* sans. *sing* sonar.

(*b*) Aln. *liodh*; angs. *leodh;* ahd. *liod.*

rato, cosas bien diferentes entre sí. Que el célebre Obispo arriano diera antes que nadie forma literaria á su pensamiento, lo negaron Grimm (1) y Waitz (2): el célebre filólogo alegó como prueba, que en la misma obra que se suponía única y primitiva había términos indígenas para expresar las ideas de *escribir*, *letras*, *libros*, etc., etc. Waitz, participando de esta misma opinión, distinguió la forma del fondo en la escritura de que se hablaba, diciendo que Ulfilas lo que había hecho era generalizar el conocimiento, suprimir las *Runas*, esto es, quitar á la escritura el carácter misterioso que hasta entonces había tenido, como indicaba el nombre mismo de las letras (3), y completar

---

(1) GRIMM (W. C.) *Ueber deutsche Runen*, Goettinga, 1821, p. 45 y sig.

(2) WAITZ. *Ueber das Leben und die Lehre das Ulphila*, Fena, 1840.

(3) *Runa*, nombre de los caracteres empleados en la escritura primitiva de los pueblos del Norte, es término con que Ulfilas traduce el griego μυστήριον empleado por San Marcos, IV, 11.—Et dlxit iis: vobis datum est scire *mysterium* regni Dei, etc., en gótico, Izvis atgiban ïzt kunnan *runa*, etc. La misma palabra con igual significación se encuentra en Altn. y Ahd: en Angs. *Run*, tal vez todas derivaciones del sanscrito CRÔN, colligere.

Tanto en la literatura nordica como en la anglosajona se encuentran cantos hechos para explicarlas; de ellos el más curioso es el anglosajón publicado primeramente por Hick, que lo hallo en un manuscrito de la Cotoniana, y del que citaremos las cinco primeras estrofas que tienen por inicial las letras de que formaron la palabra Futhor, nombre de las runas, como de a b c d se formó abecedario y de α β el griego alfabeto.

1 F *Feoh* bdth frôfur fira gehvylcum
sceal theah manna gevylc miclum hic daelan,
gif he vile for drihtne dômes hleotan.

2 U *Ur* bydh anmôd and oferhyrned,
fela frecne deor feohtedh mid hornum
maere morstapa: that is modig vuht.

3 Th *Thorn* bydh ordfruma aelcre spraece,
visdome bradhn and vitena frôfur
and eorla gehvam eadnis and tohyht.

4 O *Os* bydh ordfruma aelcre spraece
vîsdômes vradhu and vitena frôfur
and eorla gehvam eadnis and tohyht.

5 R *Rad* bydh on reced rinca gehvylcum
sefte, and svidhhavät tham the sittedh on ufan
meare mägenheardum ofer milpadhas.

El conocimiento de las Runas, estaba reservado á la clase sacerdotal, segun

estos caracteres con otros tomados del latín y del griego, para conseguir valores fonéticos de que hasta entonces carecían; esta idea, si bien en distinta forma, la habían expresado en obras diferentes los hermanos Grimm (1) siguiendo en ello las

---

acredita TÁCITO—*Germania XIX*: Literarum secreta viri pariter ac feminae ignorant. Unicamente el KONR (*a*) título dado al hijo mayor del Príncipe, podía aprenderlas. Pruebas de la grandísima importancia dada al conocimiento de las Runas, las tenemos en todos los poemas del Edda. Cuando en el *Brynhildar-quida*, Sigurd, héroe allí como en muchos otros poemas del Norte, liberta á Brunhilda, quitándole en tanto duerme el casco y cortándole la cota con la espada Gram, la valkirie, revela á su paladín las Runas y su historia; las primeras de ellas fueron inventadas por Odin y grabadas por Mimer con la punta de una espada alrededor del escudo, puesto ante el Dios luminoso y en otras partes simbólicas, como la oreja de Arvakrs, en los cascos de Alsvinn, en la rueda del carro de Rognis, en los dientes de Sleipner, etc. Las raspó después, y mezcladas en una bebida compuesta con vino, oro y hierbas aromáticas, las arrojó al espacio: los Ases cogieron una parte y dejaron el resto á los nobles. De esta bebida da Brunilda á Sigurd, diciéndole después de una invocación (*Brynhildar-quida* str. I. Ed. Hildebrand p. 203) como para ser vencedor hay que conocer las Runas de la victoria (*Sig-rúnar* str. 6), y grabarlas en la hoja, cazoleta y puño de la espada. Para no ser engañado por las mujeres debe saber las runas de los filtros (*Ol-rúnar* str. 7), que debe grabar en el cuerno donde beba y en el reverso de la mano. Para conseguir que las mujeres den á luz con felicidad, necesita aprender las runas del parto (*Biarg-rúnar* str. 9), que hay que escribir en la palma de la mano y alrededor de los dedos. Para salvar los navíos de las tempestades (el Edda dice poéticamente caballos del Occeano—*Afundi fegl-mavron*), debe conocer las runas del mar (*Brim-rúnar*, str. 10), que grabará en el timón y en la popa. Para conseguir ser hábil en el arte de curar (literalmente: «Si quieres ser médico» *Es thú vilt laeknir vera*), hay que saber las runas de las ramas (*Lim-rúnar*, str. 11), que grabará en la corteza y raíces del árbol cuyas ramas se inclinan al Sol saliente. Para que ninguno le haga pagar cara una ofensa, aprenderá las runas de los procesos *Mal-rúnar*, str. 12), que extenderá en el local donde se reune el pueblo para juzgar. Por último, para poder ser buen mediador, aprenderá las runas cordiales (*Hvg-rúnar*, str. 13), (*Hvgga*-consolari, animum facere der. de *Hyggia* mens, ingenium).

(1) GRIMM (J.) *Prefacio á la Gramática de Wuk Stephanowitch* (trad. al. Berlin 1824) p. X—Ulfilas legte seiner Arbeit das griechische und lateinische Alphabet mit Zuziehung runischer oder willkürlichen Zeichen fur die besondern Laute gothischer Sprache unter.

(*a*) De esta palabra dice Vigfusson=this word is solely poetical, and used by poets of the 10 th and 11 th centuries; but since disuced. En angs. el término equivalente cyning, derivado de Cinna generare sans. Gans.

antiguas autoridades que lo consagraban como inventor de las letras (1). La lengua gótica, cuya fijeza juzgada por el monumento que la acredita, data del siglo IV, se perpetuó hasta el IX, según el autorizado testimonio de Walafrido Strabo (2), por más que su decadencia comenzara poco después de la época de su florecimiento; el gótico pasó bien pronto á la categoría de lengua madre; sus elementos se descompusieron para formar lenguas menos generales, pero que han sido más duraderas.

Hecho aseverado por historiadores y filólogos á que no puede negarse entero crédito, es que todos los godos en la época en que fué traducida la Biblia, ó sea cuando la conversión de los mismos al arrianismo, hablaban la misma lengua,

---

(1) CASIODORO, *Hist. trip.* VIII, 13. Tunc etiam Vulphilas Gothorum episcopus litteras Gothicas adinvenit et scripturas divinas in eam convertit linguam. FORNANDES c. 51. Erant siquidem et alii Gothi, qui dicuntur Minores, populus inmensus, cum suo pontífice, ipsoque primate Vulfila, qui eis dicitur et litteris instituisse, hodieque sunt in Mœsia regione incolentes Eucopolitanam. S. ISIDORUS *Historia Gothorum*, era 415, an. XIII § 8. Tunc Gulphilas eorum gothorum episcopus gothicas litteras condidit, et scripturas novi, ac veteris testamenti in eadem lingua convertit. SIGIBERTUS GEMBLACENSIS, De scriptoribus ecclesiasticus cap. VII (en FABRICIO *Bibl. Eccles.* p. 94) Golphilas Gothorum episcopus, adinvenit gothicas litteras, et quamvis esset Arrianus, utile tamem opus fecit, quia per illas litteras transtulit divinas litteras in Gothicam linguam. Fuit tempore Valentis imperatoris OTTRO FRISIGENS IV, 16. Gulphilas Gothorum episcopus litteras tunc gothicas invenit in quas cum divinas scripturas vertisset ac in regno Athalarici prædicari cœpisset, Athalaricus, eo quod paganus esset, multos ex eis suppliciis affecit, quos Arriani pro martyribus venerantur.

(2) La lengua gótica se perpetuó en algunas localidades hasta el siglo IX, según el testimonio de WALAFRIDO STRABO, quien en *Ecclesiasticorum rerum exordis et incrementis*—(Col. Migne vol. 114 2.°, cap. VII, p. 926) dice Gothi, qui et Getae, cum eo tempore, quo ad fidem Christi, licet non recto itinere, perducti sunt, in Græcorum provinciis commorantes nostrum, id est Theosticum sermonem habuerint. Et (ut historiae testantur) postmodum studiosi illius gentis, divinos liberos in suae locutionis proprietatem transtulerint, quorum adhuc monumenta apud nonnullos habentur. Et fidelium fratum relatione didicimus apud quasdam Scytharum gentes maxime Tomitanos eadem locutione, divina actenus celebrari officia. Hæc autem permistiones et translationes verborum in omnibus linguis tuam multiplices sunt, ut propria singularum jam non sint pene plura quam cum aliis communia, vel ab aliis translata.

tanto aquellos que dominaban en las frías orillas del mar Báltico, como los que constituyendo avanzada de nueva irrupción estaban á las puertas de Occidente, abiertas de par en par para huéspedes tan tremendos, desde la memorable batalla de Andrinópolis (1). La considerable extensión de terreno en que estuvieron establecidos hizo absolutamente necesaria, según acreditan ya autores antiguos (2), una división geográfica de que resultaron los apelativos Westgothen (godos del Oeste), de que se formó más tarde el castellano Visigodo, y Ostgothen (godos del Este), de que hemos hecho Ostrogodos, pero sin que esta división implicara consecuencias ningunas, hasta la invasión de los Hunos, que dió lugar á que los Visigodos invadieran, después de no pocas peripecias, la codiciada Península italiana y la feraz España.

No ya afirmar, suponer siquiera que la Academia ignora esto, sería decir cosa fuera de propósito, indigna de ser creída; de lo único que se le puede acusar es de manifestar en una parte completo olvido de lo que ha dicho en otra; achaque del que si bien se mira pocos estamos exentos. Estudiando el Diccionario mismo, se ve afirmada la unidad del lenguaje gótico, que hacía inútil derivar, como han hecho, algunas palabras del idioma imaginario que llamaron visigótico; en los artículos correspondientes el Diccionario define: GODO.—*Dícese del individuo de un antiguo pueblo establecido en la Escandinavia tres siglos antes de J. C., conquistador de varios países, expugnador de Roma y fundador de reinos en España é Italia.* Más adelante, ocupándose en las divisiones, dice: OSTROGODO.—*Dícese del*

---

(1) La batalla de Andrinópolis fué dada el 9 de Agosto de 378: en ella pereció el emperador Valens, que temiendo compartir la gloria de la victoria, con que soñaba, con Graciano, acometió solo á los godos, que le hicieron sufrir una completa derrota. Herido mortalmente el emperador y conducido por sus oficiales á una casa, los enemigos intimaron la rendición, y no consiguiéndola, le prendieron fuego haciendo perecer allí á cuantos estaban dentro.

(2) FORNANDES, cap. XIV. Ablavius enim historicus refert, quia ibi super limbum Ponti, ubi eos diximus in Scythia commanere, pars eorum, qui orientalem plagam tenebant, eisque præerat Ostrogotha, incertum utrum ab ipsius nomines an a loco orientali dicti sunt Ostrogothae: residui vero Vesogothae in parte occidua.

individuo de aquella parte del pueblo godo, que después de abandonar éste la Escandinavia estuvo establecido al Oriente del Dnieper y la cual fundó un reino en Italia. VISIGODO.—*Dícese del individuo de aquella parte del pueblo godo que después de abandonar éste la Escandinavia estuvo establecida al Oeste del Dnieper y la cual fundó un reino en España.* De modo que para la Academia Ostrogodos y Visigodos son partes de un mismo pueblo, que no hay ni por qué pensar siquiera hablaran lengua distinta de la totalidad á que pertenecían, y más aún Visigodos y Ostrogodos puede decirse siempre el mismo pueblo, pues los términos mencionados son ni más ni menos indicadores de una división puramente geográfica no bien determinada tampoco por la Academia. Bien nos podrán conceder que los rios no tienen parte oriental, ni occidental, al menos que con dichos adjetivos no quiera indicarse, según del lado de que se miren, el punto donde tienen nacimiento y el mar en que van á morir, confundiéndose con la inmensa masa de agua en que se refleja el cielo; bien mirado, ni uno ni otro extremo son lo más á propósito para el establecimiento accidental ó definitivo de pueblos, por aficionados que sean al agua; los Ostrogodos, constituídos en monarquía por Hermanrico (1) en el siglo IV, se dijeron *godos del Este* por hallarse establecidos primeramente en territorios comprendidos desde el mar Báltico al mar Negro y entre los ríos Tanais (2), y Theiss (3); des-

---

(1) Hermanrico, de la raza de los Amales, nació en 266 y murió en 376. Hijo de Geberico y antecesor de Withimiro, logró reunir bajo su autoridad muchas tribus godas, independientes hasta entonces, y extendió su poder sobre la Lituania, Curlandia, gran parte de la Rusia meridional, muchos países de los comprendidos entre el Ponto Euxino y el mar Báltico, y llegó á derrotar á los Herulos, Vendos y otros pueblos.

(2) Tanais, nombre antiguo del Don, uno de los tres ríos más importantes de la Rusia europea. Nace en el lago Ivan-Ozeros-Ivanof, Gobierno de Tula; atraviesa los gobiernos de Riazan, Tambor y Voronejo y muere en el mar de Azof.

(3) Theiss, nombre moderno del Pathyssus y Tibiscus (en húngaro, Tisza, en eslavo Tisa), río de Hungría que nace en el Condado de Mazmoros á los 48°,3' de latitud N., y 21°,54' de longitud E., formado por la reunión del Theiss blanco y Theiss negro, que nacen en los montes Cárpatos, en la frontera de la Galitzia.

pués con Teodorico (1), descendieron hasta formar la extensa monarquía que comprendió toda la Italia, Sicilia, y gran parte de la Panonia, Recia, Norica é Iliria. Se llamaron Visigodos ó sean *godos del Oeste*, aquellos que, después de no pocas correrías por Polonia y Hungría, se mantuvieron por algún tiempo entre el Danubio y el Dnieper, hasta que avanzando hacia Occidente, fundaron la monarquía de su nombre, que comprendió toda España y la Mauritania Tingitania. Siendo uno el pueblo godo, de lo cual ni la Academia duda siquiera, no hay para qué pensar que les faltara unidad de lenguaje, hecho de que nadie ha dudado (2); así pues quede sentado que *visigótico*, señalado como idioma, es una pura imaginación que desaparecerá del Diccionario por faltarle hasta el más somero fundamento racional.

Teutón, es otro de los idiomas que improvisó la Academia en uno de esos momentos, frecuentes por desgracia, en que deja libres las alas á su poderosa fantasía. La palabra es bella, rica en consonantes y asonantes, nada común y muy apropósito para excitar curiosidad en unos, admiración en otros; y estas razones que sobre no tener nada de científicas, ni serias, pertenecen al número de aquéllas que, según Pascal, la razón no alcanza, son únicamente las que puede alegar el cuerpo docente, para haber empleado el Teutón como idioma de que se nutrió también el castellano. La lengua del antiguo pueblo

---

(1) Teodorico, Rey de los Ostrogodos y fundador de la monarquía en Italia, nació en 457: hijo de Teodomiro y de una de sus concubinas, fué educado en Constantinopla, donde permaneció hasta 473. Dos años después sucedió á su padre: Sus primeras campañas fueron contra Zenón, que pudo al fin ganarlo á su causa con presentes y honores. Envidiando á Odoacro, que se había hecho proclamar Rey de Italia, se puso en marcha para combatirlo en el otoño de 488, seguido de todos los suyos. Después de derrotar á los Gepidos, entró en el Friuli hacia el mes de Abril y se halló separado de Odoacro sólo por el río Lizonso; cerca de Aquilea venció al fin á su contrario en sangrienta batalla, obligándole á retirarse hacia Ravenna; pero habiéndolo alcanzado á orillas del Adda el 13 de Agosto de 490, lo venció totalmente persiguiéndolo después hasta Ravenna, que se defendió hasta el 5 de Marzo de 493, en que con la capitulación de la plaza puede decirse comenzó en Italia la monarquía ostrogótica.

(2) GRIMM, *Deuts. Gram.* XLV (1.ª ed.), § 4.º

que según la Academia ocupó el Holstein y que, derrotado con los Cimbrios en su audaz marcha, dió lugar á la gloria de Mario, que los aniquiló junto á Aix (1), el idioma de aquellos bárbaros que fertilizaron con su sangre las campiñas en que fueron cruelmente vencidos y á las que sus cadáveres insepultos durante mucho tiempo sirvieron de abono, desapareció sin que posteriormente se haya sabido nada de ella, si bien hay que suponer sería uno de tantos dialectos germánicos fundidos posteriormente en lenguas más generales. En tiempos más cercanos á los nuestros, el término teutónico, hasta que pasó de moda, tomó una significación más lata, pasando á ser en la ciencia histórica indicador de las naciones germánicas en su totalidad. De *Teutsch* se ha formado el moderno *Deutsch* con que hoy se conoce el alemán, palabra que tiene equivalentes en todas las lenguas del Norte, pues hallamos el gótico *Tiuda*, empleado por Ulfilas para significar pueblo; anglo-sajón *Theod*, *thiod*, gens, populus, natio (2); escandinavo *Thiod*, pl. *thiodir*, palabra que tiene también su equivalente en los lenguas célticas, hallándose el irlandés *Tuath*; cinrrico *Tud*.

En filología, *teutónico*, considerado como particular idioma de un pueblo de la antigüedad, no puede señalarse, ni creerse ascendiente de palabras que se hallan en idiomas modernos,

---

(1) Cimbrios y Teutones, llegados cerca de la desembocadura del Ródano, acamparon en un lugar donde no era posible se pudieran mantener reunidos mucho tiempo á causa de la escasez de víveres: dividiéronse, y esta circunstantancia la aprovechó eficazmente Mario para derrotar por completo á los Teutones en una llanura de la Galia Narbonense cerca de las antiguas aguas Sextinas (Aix); en pocos días les dió dos batallas que según algunos historiadores, costaron á los bárbaros 100.000 hombres: debemos creer exajerado este número, cuando Plutarco mismo, nada parco en cifras, dudó de su exactitud. Inmediatamente después marchó en ayuda de su colega Catulo Lutatio, que se defendía contra los Cimbrios y á los que el 30 de Julio de 653 (101 a. d. J. C.) dió una batalla decisiva junto á Verceil, en la cual los destruyó completamente. El pavor que aquellos pueblos habían infundido en Roma, era tan grande, que por la derrota de ellos fueron concedidos á Mario los honores del triunfo y mereció ser llamado el tercer fundador de la Ciudad.

(2) *Thiuda*, está empleado por Ulfilas para traducir el griego ἔθνος (en lat. gens) en varios pasajes, por ejemplo en *San Lucas*, VII, 5 Diligit enim gentem nostram et synagogam ipse ædificavit nobis=unte frijoth thiuda unsara, jah

lo que también ocurre con el término *germánico*, empleado por la Academia con el mismo objeto. De cuantas lenguas se hablan en el continente europeo y que pueden acreditarnos como descendientes de las naciones asiáticas, tan preponderantes en su día, tan decaídas en los nuestros, después de los detenidos y profundos estudios que han podido hacerse, merced á la ciencia moderna, se han formado grupos: cada uno de ellos comprende las lenguas que después de atento examen presentan fenómenos semejantes en cada uno de los distintos aspectos desde que puede estudiarse un idioma: estos grupos, que entre sí tienen conexión, han constituído ramas, que unidas á su vez nos llevarían á la fuente común, que si no determinada por completo, se deja adivinar. De las ramas á que aludimos, sin duda una de las más importantes, es la Germánica, término filológico generalísimo que en buena ley no puede emplearse para señalar varios grupos de idiomas y dialec-

---

synagogein is gatinrida unsis. *Theód* en angs. Significando gens, populus, lo tenemos en el *Salmo* 134, v. 10.

Se sloh *theode* folc thearle manige
and eac acvealde cyningas strange

Qui percussit gentes multas: et occidit reges fortes; y en el poema *Beowulf*, 1705.

Thin ofer *theoda* gehwylce, etc.

La tuya (fama de Beowulf) sobre cada uno de los pueblos, etc. En irlandés tenemos *Thiod* empleado con la misma significación en el *Edda*, *Havamal*, str. 62 v. 6.

einn vita = Unus sciat, licet
ne annarr skal = Non item alter
thioth veit, ef thrir'ru = [Totus] populus novit, sitres sunt (conscii)

y en *Atla-mal in Graenlenzko* str. 103, v. 8.

Theira thrámaeli, = Obstinata illorum discordia
hvargi er *thioth* heyrir = Ubicumque homines inaudierent.

Tuath en irlandés tiene también la misma significación, populus, y lo hallamos empleado en *Fiacc's himnus*, 41.

For *tuaith* hErenn bai temel, *tuatha* adortais síde
ni creitset in fírdeacht inna trínóite fíre

y lo mismo sucede con el cinrico *Tud*, si bien en este idioma la palabra indica más el continente que el contenido; Moes pob *tud* yn ei dud; las costumbres de una región, en la región misma.

tos hablados por pueblos diferentes y en los que más ó menos rica se encuentra siempre una literatura ó al menos se sabe que ha debido existir (1). El adjetivo *Germánico* en la forma que lo empleó la Academia, corre parejas con el *Céltico* que ya le censuramos; si lo hubieran estudiado bien, tenemos la seguridad de que lo habrían omitido, viendo que no decían absolutamente nada de provecho, donde pensaron decir mucho: el empleo de esta palabra les hubiera sido dispensado, cuando por temor de incurrir en errores hubieran suprimido todas las determinaciones especiosas en que entraron con refinado lujo, para hacer las aplicaciones que más les han convenido. ¿Por qué derivar una palabra del *germánico*, otra del *alemán*, otra del *gótico*? ¿Todo en sí no es GERMÁNICO? Si estudiaron lo bastante para poder determinar tipo por tipo, ¿por qué no hacerlo siempre sin acudir en otros casos á la familia ó á la clase? Estos son pecados de lijereza, de que se habrán arrepentido y de los que más y más se arrepentirán, si llegan á saber que algún inocente utilizó el Diccionario para aprender clasificaciones filológicas.

Menos general que Germánico, pero igualmente impropio, según decimos, es el término Teutónico empleado también por la Academia, creyéndolo un idioma, como generador de

---

(1) La clasificación más generalmente admitida es la de Grimm que admite las ramas *Teutónica, Sajónica, Escandinava y Anglo-Británica*, dividiendo:

Rama Teutónica.....	Alto alemán antiguo. Alto alemán medio. Alemán.
Rama Sajónica.....	Bajo alemán antiguo. Bajo alemán medio. Dialectos derivados de ambos.
Rama Escandinava...	Mesogótico. Altnordico. Noruego (el norraena tunga, que no puede confundirse con el noruego moderno, dialecto del Danés. Sueco. Danés.
Rama Anglo-Británica.	Anglo-Sajón. Inglés.

algunas de nuestras voces: Teutón es el apelativo de un grupo de lenguas que comprende el alto alemán antiguo y el alto alemán medio, que, utilizados por la Academia para dar etimologías á no pocas palabras nuestras, hacían innecesario el comprensivo de ambos, pero indispensable también una explicación para que la generalidad pudiera entender estos términos no comunes, que han tenido distinta significación en el transcurso del tiempo: bajo alemán antiguo, medio y moderno, no son términos en oposición con antiguo medio y moderno alto alemán, pues ambas ramas de estas lenguas han pasado naturalmente por cada uno de estos períodos. El bajo alemán *(Altniederdeutsch)* pertenece á la rama sajona, y con este calificativo se indica el idioma que se habló en las llanuras situadas al Norte de Alemania; el antiguo alto alemán *(Althochdeutsch)* pertenece á la rama teutónica; fué el idioma de la parte montañosa de aquella nación, que con el tiempo se generalizó hasta llegar á ser sola la lengua de aquellas regiones, que se hubiera jurado no podían llegar á constituir una unidad. Presentarán entre sí cuantas analogías se quieran, pues bien estudiadas son ambas derivaciones de una misma fuente, mas la escasa literatura de la primera rama en los períodos más remotos, nula en el último, dejan comprender claramente como fué sumamente fácil que el alto alemán se impusiera y generalizara rápidamente, operación hija también del considerable número de obras importantes que se produjeron en ella. El poema *Heliand* (1) es indudablemente el monumento lite-

---

(1) El poema así llamado por su primer editor Schmeller (Tubinga, 1830-40) fué escrito por orden de Luis el Piadoso, que esperaba con él convertir á los sajones. Tiene por asunto la narración de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, ajustándose á los Evangelios. Reimpreso no pocas veces, fué editado últimamente por Moritz Heine (Paderborn 1883). Consta de 5.985 versos aliterados, de los que como ejemplos trascribimos los dos primeros y los tres últimos:

Manega wâron, the sia irô môd gespôn
that sia bigunnun word godes kuthian
....
thâr te Hierusalêm, jungaron Kristes
forun faganôndi, was im frâh-môd hugi.
Wârum im thar at themu wihe Waldandes kraft.

rario más antiguo que se halla escrito en bajo alemán: síguenle algunas otras composiciones de escasa importancia, y por último, tal idioma se pierde completamente para la literatura, no encontrándose nada en él á partir de los primeros años del siglo IX. No ocurre lo mismo con el alto alemán, cuyo desarrollo fué cada vez mayor y su importancia siempre creciente: á partir del siglo VII hasta el XII, primero de los períodos en que se divide, la literatura de esta lengua es escasa, al menos juzgando por lo que se conserva: tenemos sólo fragmentos de grandísimo interés filológico, de suma importancia para el estudio del génesis de la lengua, entre los que merecen especial mención las *Glosas de Malberg* (1) y la *Súplica de Wessobrusmer* (2); el segundo período, el más brillante de todos, está caracterizado por las producciones de los trovadores del Norte, que poéticamente fueron llamados cantores de amor *(Minnesinger)* (3), por el poema los *Nibelungos*, donde se revelan el carácter, los instintos y sentimientos de aquel pueblo (4), por la *Lucha de Wartbourg*, poema en que resal-

---

(1) *Las glosas de Malberg* son un comentario de la Ley Sálica. WIARDA en su notable obra acerca de ellas, cree que fueron escritas primeramente en latín y traducidas en alemán por distintos autores á partir de la primera mitad del siglo VIII.

(2) *La Súplica de Wessobrunner* (Das Wessobrunner Gebet) es un poema frío, en versos aliterados, cuyo asunto es una especie de Acto de fe y al que le dió dicho nombre por el monasterio en que fué encontrado. Fué publicado por Grimm en 1812 y por Wackernagel en 1827. Últimamente Müllenhoff en sus Altdeutsche Sprachproben, Berlín, 1885, ha publicado un trozo del que copiamos cuatro versos para que pueda juzgarse de la forma y de la lengua.

Dat fregin ih mit firahim
firi uuizzomeista. Dat ero ni
uuaf. noh ufhimil. nohpaum
noh peregniuuaf. ninohheinig

(3) La mejor colección de los *Minnesinger* fué publicada en 1838 por Von der Hagen. El manuscrito más importante de esta colección de poesias, es el de la colección de Rudger de Menesse que hasta hace muy poco se conservó en la Biblioteca Nacional de París y que ahora se halla en Berlín.

(4) Del poema los *Nibelungos* (Nibelungenlied ó más exactamente Der Nibelungen not), fué publicada primeramente por Bodmer la última tercera parte, con el título de la venganza de Crimilda (*Chriemhild's Rache*). La pri-

tan refinadamente las costumbres medioevales (1), dignas de admiración por el espíritu que en ellas se advierte, y otras muchas producciones en que paulatinamente se fué puliendo y repuliendo la lengua aquélla, para preparar el tercer período, en el que puede decirse quedó consagrada con la traducción de la Biblia en lengua vulgar, *alea iacta est* del reformador de Eisleben.

Es una coincidencia que no puede menos que llamar la atención: la Biblia, el libro sublime de una religión que parece marcada con el signo indeleble de la eternidad; la Biblia, historia literaria y revelación del espíritu de un pueblo que se viene persiguiendo desde hace tantos siglos, y del que cariñosamente conservamos la obra literaria que más nos lo hace recordar, sirvió á Ulfilas en los albores de aquella literatura para constituir el primer monumento de las lenguas germánicas, único de aquel tiempo que se puede estudiar en nuestros días; la traducción de la Biblia hecha por Lutero, es el monumento que en siglo XVI da á la lengua alemana unidad y fijeza. Bien es cierto que, en punto á coincidencias, puede señalarse una, notable también, que Heine indicó ya con su feroz humorismo: el castillo feudal que en un tiempo fué residencia de los landgraves de Turinga, sirvió de campo cerrado en pasadas edades para la lucha poética, en que con las armas de la inteligencia combatieron los cantores de amor Walther von der Vogelweide, Henri von Ofterdingen, Wolfram von Eschembach, Klingsor y Rimnar von Zweter, cuando la lengua puede decirse que estaba en sus albores, y el mismo castillo, inmortalizado ya por la *Saengerkrieg*, sirvió de refugio á Lutero en tiempos del elector de Sajonia, Federico el Sabio; allí el jefe del protestantismo trabajó en su traducción de los

---

mera edición completa, fué dada por Müller (C.), Berlín 1782: Lachman y Zarnke, han publicado notables ediciones críticas á las que se ajustó en su traducción castellana A. Fernández Merino, publicada en la Biblioteca Verdaguer, Barcelona, 1883.

(1) *La guerra de la Wartbourg* (Wartburgkrieg), narración del torneo poético que se dice celebrado en aquel castillo en 1207, bajo la presidencia del landgrave de Turinga Herman. Este poema fué publicado separadamente por Ettmuller en 1830 y se halla en la colección de Von der Hagen.

libros del Antiguo y Nuevo Testamento, obra en que había de resultar el idioma fijado al par que consagrado; en la historia de las lenguas germánicas la Biblia marca dos extremos: en la historia de la literatura alemana, el castillo que habitó un día la poética Santa Isabel de Hungría, recuerda dos monumentos reveladores esenciales de dos épocas importantísimas.

La notable diferencia que, filológicamente hablando, determinaron un día los calificativos Alto alemán y Bajo alemán, desapareció luego que la lengua fué una, relegándose á la historia los términos aquellos en la acepción expresada, pero formando una bien distinta y que podemos decir social; se llamó Alto alemán á la lengua de las clases cultas, al idioma de la literatura y las ciencias, único que se escribió; y Bajo alemán se dijo á la lengua del pueblo bajo, que corrompiéndose cada vez más y de distintos modos, según las localidades, dió lugar al sinnúmero de dialectos que pueden estudiarse en Alemania.

Estas diferencias debió advertirlas la Real Academia Española, siquier fuera sólo en el prólogo, para evitar las muchas confusiones que desde luego se originan con su clasificación filológica, en que empleó términos de que podría estar orgullosa, si desgraciadamente no tuviera que avergonzarse.

A. Fernández Merino.

(*Se continuará.*)

GINÉS PÉREZ DE HITA

Continuación (1)

XII

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595, y que existe actualmente en la Biblioteca Nacional de París.

En nuestro deseo de compilar en este modesto trabajo todo lo que referente á Pérez de Hita llegue á nuestro conocimiento, dedicamos este capítulo y los tres siguientes á reseñar minuciosamente la notable edición á que hace referencia el epígrafe transcrito.

El contenido literal de la portada dice así:

«Historia de los vandos de los Zegries y Abencerrages Caualleros Moros de Granada, de las Ciuiles guerras que huuo en ella, y batallas particulares que huuo en la Vega entre Moros y Christianos, hasta que el Rey D. Fernando Quinto la ganó.—Agora nvevamente sacado de vn libro Arauigo, cuyo autor de vista fue vn Moro llamado Aben Hamin, natural de Granada. Tratando desde su fundacion.—Tradvzido en Castellano por Gines Perez de Hita, vezino de la ciudad de Murcia. —(Un escudo con las armas reales).—Con licencia y priuile-

(1) Véase la pág. 466 de este tomo.

gio.—En Çaragoça.—Impresso en casa de Miguel Ximeno Sanchez.—M. D. LXXXXV.—A costa de Angelo Tabano.»

A esta portada sigue el permiso ó licencia de la autoridad eclesiástica de Zaragoza, licencia fechada en dicha ciudad el tres de Junio de mil quinientos noventa y cinco, firmada por el doctor canónigo vicario general de la santa metropolitana iglesia del Asseo Pedro Reues.

A ésta sigue otra autorización para imprimir y vender el libro, firmada por D. Beltran de la Cueua, Duque de Alburquerque, Marques de Cuellar, Conde de Ledesma y Huelma, Lugarteniente Capitan general por su Magestad en el Reyno de Aragon, fechada el seis de Setiembre de mil quinientosnoventa y cinco.

Viene luego la dedicatoria que por original y curiosa se copia al pie de la letra; dice así:

Al Illvstris mo Señor Don Iuan de Aragon.

Tres cosas segun Eliano enseñauan los Cretenses á sus hijos. La primera, saber las Leyes de Coro, y que con instrumentos las cantassen. La segunda, los hymnos y alabanças de los dioses. La vltima que leyessen las Historias y heroicos hechos de los famosos é Illustres Varones. En todas ellas se han estremado los antecessores de v. m. pues como Reyes Catholicos, no solo en este fidelisimo Reyno, mas en otros han fundado cathólicas Leyes, quitando de rayz las profanas; y donde tantos Prelados y en tan principales Iglesias de la Casa Real de Aragon ha auido notorio es, que se estremaron en seruir á Dios con aumento de la adoracionlatria á el solo deuida: Y no solo entendieron los celebres hechos de los famosos varones, mas nos han dexado muchos suyos dignos de imitacion y memoria eterna. Y por no entrar en el profundo piélago de notorias alabanças, que seria affirmar que el sol da lumbre, quiero antes callar, que dezir poco. A v. m. humildemente suplico, lea quando esté desocupado de las cosas militares que tanto professa esta Historia, que las del Reyno de Granada ganada por los Catholicos Reyes trata: que en ella vera sucessos varios, tratos Corttesanos y señaladas proezas dignas de ser entendidas. Y el aceptarla baxo su amparo y nombre, sera animarme para que con otras mayores a v. m. sirua Y Dios,

como desseo, largos años a v. m. felicite. De Çaragoça á 6 de Setiembre. 1595.

ANGELO TABANO.

ANGELO TABANO

AL LECTOR

El desseo que de dar gusto a los curiosos tengo, me desuela a que fin mirar a interes ni a peligros assi de mar como de tierra, procuro regalar á los affiicionados, con diuersidad de libros, en differentes lenguas y sciencias. Y por no perder mi buena inclinacion y vso, siruo al presente con este, nunca hasta ahora impresso que de las cosas acaescidas en diuersos tiempos en la ciudad de Granada trata. Y pues la obra dira lo que es y merece, y por differentes opiniones ha de ser juzgada, a todos suplico acepten la voluntad que de seruirles tengo, que con desseo de perpetuarme en ella, he tomado assiento en esta ciudad, donde pueden sin ceremonia mandarme. Vale.

Siguen luego en las tres páginas siguientes otros tantos sonetos, el primero de los cuales, de Ivan Ripoll á Angelo Tabano, que es el más notable, se copia á continuación. Los otros dos son anónimos, y el segundo, cuyo sólo título ó epígrafe es «De vn amigo», está escrito en italiano; y el tercero «Al valor de España en Armas y Letras» nada ofrece de particular.

El primer soneto indicado dice así:

Si al padre de Iason Circe dio vida
En la vejez decrepita y cansada,
Y al antiguo vigor de la passada
Su fuerça le es por ella reduzida.
Entre sus obras esta es preferida
Y a todas las demas auentajada,
Tanto por ser de todos desseada
Quanto por ser la mas esclarecida.
Al Veneciano Angelo se debe
Eterno Lauro y Lybica Corona,
Pues con ser estranjero ensalça á Iberia.

Y su industria tal premio justo es lleue
Pues de España los hechos nos pregona,
Olvidando los grandes de su Esperia.

Las tres páginas siguientes las ocupa el índice ó, como dice su epígrafe, la: Tabla de los capitvlos que se contienen en este libro de la Historia de Granada.

En la página siguiente figura el escudo de España.

CAPITVLO PRIMERO.—*En que se trata la fundacion de Granada y de los Reyes que huuo en ella, con otras cosas tocantes á la historia.*

La ínclyta y famosa ciudad de Granada, fué fundada por vna muy hermosa donzella, hija o sobrina del Rey Hispan. Fué su fundacion en vna muy hermosa y espaciosa vega, junto de vna sierra llamada Eluira; porque tomo el nombre de la fundadora Infanta, la qual se llamaua Iliviria, dos leguas de donde agora esta, junto de vn lugar que se llamaua Albolote, que en Arauigo se dezia Albolut. Despues, andando los años, les parecio a los moradores della, que no estauan alli bien, por ciertas causas, fundaron la ciudad en la parte donde agora esta, junto a la Sierra neuada, en medio de dos hermosos rios, llamados el vno Genil y el otro Darro.»

Después de varias consideraciones acerca de su fundación, dice el autor acerca del nombre de Granada, lo siguiente:

«A esta fundacion llamaron los fundadores Garnata, respecto que en una cueua que estaua junto al rio Darro fue hallada una hermosa donzella que se dezia Garnata, y ansi le pusieron nombre a la ciudad: y despues, corrompido el vocablo, se llamó Granada. Otros dizen que por la muchedumbre de las casas y la espessura que auia en ellas, que estauan pegadas vnas con otras a modo de los granos de la granada, le nombraron ansi.»

Añade luego el autor, después de varias consideraciones acerca la pujanza y riqueza que siempre tuvo Granada, al llegar á la invasión agarena, dice:

«Ansimismo quedó la famosa Granada de Moros ocupada

y llena de aquellas africanas gentes. Mas hallase una cosa, que de todas las naciones Moras que vinieron en España, los mejores y más principales y los más señalados caualleros se quedaron en Granada de aquellos que siguieron al General Muça, y la causa que su grande hermosura y fertilidad y ri queza, pareciendoles demasiadamente bien su riqueza y assiento y fundacion: aunque el capitan Tarif estuuo muy bien con la ciudad de Cordoua, y su hijo Balagis con Seuilla, de do fue Rey, como dice la Chronica del Rey Don Rodrigo. Mas yo no he hallado que en la ocnpacion de Cordoua, ni Toledo, ni Seuilla, ni Valencia, ni Murcia, ni de otras ciudades populosas poblassen tan nobles ni tan principales caualleros ni tan buenos linages de Moros como en Granada. Para lo qual es menester nombrar algunos destos linages, y de donde fueron naturales algunos dellos en particular, aunque no se diga ni declare de todos, por no ser prolixo en esta nuestra narracion. Y muy bien pudiera yo traer aqui los nombres de todos los Reyes Moros que gouernaron y mandaron esta insigne ciudad, y los Califas, y aun de toda España: mas por no gastar tiempo no dire sino de los Reyes Moros que por su orden la gouernaron y fueron conocidos por Reyes della, dexando á parte los Califas passados y señores que tuuo, siguiendo á Esteuan Garibay Çamalloa.

El primer Rey Moro que Granada tuuo se llamo Mahomad Alhamar. Este reino en ella treinta y seis años y mas meses: acabó año de mil y docientos setenta y tres años.

El segundo Rey de Granada se llamó assi como su padre Mahomad Mir Almuzlemin. Este obró el Castillo del Alhambra muy rico y fuerte, como oy se parece. Reynó veynte y nueve años, y murió año de mil y trecientos y dos.

El tercero Rey de Granada se llamó Mahomad Abenalhamar: a este vn hermano suyo le quitó el Reyno y lo puso en prision, auiendo reynado siete años: acabó año de mil y trecientos y siete.

El quarto Rey de Granada fue llamado Mahomad Abenaçar: a este Rey le quitó vn sobrino suyo el Reyno, llamado Ismael, año de mil y trecientos y treze: reynó seis años.

El quinto Rey de Granada se llamó Ismael: a este mataron

sus vassallos y deudos suyos, mas fueron degollados los matadores: reynó este nueue años: acabó año de mil y trecientos y veynte y dos.

El sexto Rey de Granada se llamó Mahomad: y a este tambien le mataron los suyos a traycion: reynó onze años: murió año de mil y trecientos y treynta y tres.

El septimo Rey de Granada se llamó Iuçeph Aven Hamete: tambien fue muerto a traycion: reynó onze años: acabó año de mil y trecientos y cincuenta y quatro.

El octauo Rey de Granada fue llamado Mahomad Lagus. A este le despojaron del Reyno a cabo que reynó doze años: y acabó año de mil y trecientos y sesenta por aquella vez el reyno.

El noueno Rey de Granada se llamó Mahomad Abenal Amar septimo deste nombre. A este mató el Rey don Pedro en Seuilla sin culpa, auiendo este Rey ydo a pedirle amistad y favor; matole el mismo Rey don Pedro por su mano con vna lança; y mandó matar a otros que yuan con este rey, auiendo reynado dos años. Acabó año de mil y trecientos y sesenta y dos. Fue embiada la cabeça en presente a Granada.

Torno a reynar Mahomad Lagus en Granada, y reynó en las dos vezes veynte y nueue años: doze la primera vez, y diez y siete la segunda: acabó año de mil y trecientos y setenta y nueue años.

El dezeno Rey de Granada se llamó Mahomad Guadix: reynó tres años pacifico: acabó año de mil y trecientos y nouenta y dos.

El onzeno Rey de Granada se llamó Iuçeph segundo deste nombre: el qual murio con veneno que el Rey de Fez le embio en vna aljuba o marlota de brocado: reynó quatro años: acabó año de mil y trecientos y nouenta y seis.

El dozeno Rey de Granada fue llamado Mahomad Aben Balba: reynó doze años: acabó de mil y quatrocientos y ocho años. Su muerte fue de vna camisa que se puso emponçoñada con veneno.

El trezeno Rey de Granada fue llamado Iuçeph tercero deste nombre: reynó quinze años: murio año de mil y quatrocientos y veynte y tres.

El catorzeno Rey de Granada fue llamado Mahomad Abenaçar el izquierdo: auiendo reynado quatro años le desposseyeron del reyno año de mil y quatrocientos y veynte y siete.

El decimoquinto Rey de Granada fue llamado Mahomad el pequeño: a este le cortó la cabeça Abenaçar el izquierdo arriba dicho, por que le torno a quitar el reyno por orden de Mahomad Carrax cauallero Abencerraje. Reynó este Mahomad el pequeño dos años: acabó año de mil y quatrocientos y treynta.

Tornó á reynar Abenaçar izquierdo, el qual fué otra vez despojado del Reyno por Iuçeph Abenalmao su sobrino: reynó este Rey treze años la vltima vez: acabó año de mil y quatrocientos y quarenta y cinco años.

El decimoseptimo Rey de Granada se llamó Abenhozmin el coxo. En tiempo sucedio aquella sangrienta batalla de los Alporchones. Reynaua en Castilla el Rey don Iuan el segundo.

Aquí empieza el autor á referir cómo ocurrió y se dispuso la referida batalla de los Alporchones, que sigue relatando en el capítulo siguiente. En este final del primer capítulo cita las fuerzas principales que á la batalla, así como sus distinguidos capitanes, pertenecientes á la mejor nobleza mora, de la cual había en Granada treinta y dos linajes de caballeros muy ahidalgados, entre los quales (dice textualmente) auia vn caballero llamado Abilbar del linage de los Gomeles, cauallero valeroso y Capitan de la gente de guerra. Y como era hombre de grande esfuerço, y no sabiendo estar holgando, sino siempre en guerras contra Christianos, le dixo vn dia al Rey: Señor holgaria mucho que tu Alteza me diesse licencia para hazer vna entrada en tierra de Christianos; porque no es razon que la gente de guerra esté ociosa sin exercir las armas. Y si tu Alteza me da licencia, entraré en el campo de Lorca y Murcia y Cartagena, que son tierras de muy grandes haziendas y ganados. Y yo me ofrezco con ayuda de Mahoma venir cargado de muy ricos despojos y cautiuos de alla. El Rey le dixo. Mira Abidbar muy bien conozco tu valor, y grandes dias ha que se concede licencia para yr a entrar: yo la dare porque la gente de guerra se exercite en las armas: mas para essas

partes que dices temo de te la dar; porque la gente de Lorca y Murcia y toda essa tierra tiene brauas gentes y pelean brauamente, y no querria que te sucediesse mal por quanto vale mi Corona. No tema vuestra Alteza, respondio Abidbar, de peligro, que yo lleuare conmigo tal gente y tales Alcaydes, que sin temor ninguno ose entrar, no digo yo en el campo de Lorca y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreueria a entrar. Pues sus si esse es tu parecer sigue tu voluntad que mi licencia tienes.»

Hé aquí la gente que reunió el general Abidbar á su salida de Granada: Abenacid, Capitán de Baça; su hermano Abencazin, capitan de la Vega de Granada; el Malique Alabez de Vera; Alabez, Alcayde de Velez el Blanco; Alabez, Alcayde de Velez el Rubio; Alabez, Alcayde de Almería; Alabez, Alcayde de Cullar; otro Alcayde de Guescar; Alabez, Alcayde de Orce; Alabez, Alcayde de Purchena; Alabez, Alcayde de Giquena; Alabez, Alcayde de Tirieça; Alabez, Alcayde de Caniles.

Todos estos Alabezes Maliques eran parientes y en Vera se juntaron, llevando cada uno la gente que pudo. A ellos se unieron, además, otros tres Alcaydes, los de Mojacar, de Sorbas y de Lobrin. Reunidos todos, se contaron seiscientos caballos, aunque, según el autor, otros dicen ochocientos y mil quinientos infantes, que también otros hacen subir á dos mil y habla ya el autor:

Finalmente se junto grande poder de gente de guerra y determinadamente a doze o catorce de Março, año de mil y quatrocientos y cinquenta y tres entraron en los terminos de Lorca, por la marina llegaron al campo de Cartagena y lo corrieron todo hasta el rincon de San Gines y Pinatar, haziendo grandes daños. Tomaron mucha gente y grande copia de ganado, y siendo hecha esta presa los Moros se tornaron muy gallardos y vfanos.

En este tiempo los de Lorca ya tenian noticia desta gente que hauia entrado en sus tierras, y Don Alonso Fajardo Alcalde de Lorca auia escrito a Diego de Ribera corregidor de Murcia lo que passaua, que luego viniesse con la mas gente que pudiesse. El corregidor no fue perezoso, que con grande

breuedad salio de Murcia con setenta cauallos y quinientos peones, toda gente de valeroso animo y esfuerço, se juntó con la gente de Lorca donde auia docientos cauallos y mil y quinientos peones, toda gente valerosa. Tambien se halló con ellos Alonso de Lison cauallero del habito de Santiago que era a la sazon Castellano en el Castillo y fuerça de Aledo. Lleuó consigo nueue cauallos y catorze peones que del castillo no se pudieron sacar mas. En este tiempo los Moros caminauan a gran priessa con sobrado animo y gallardia y assi como llegaron en derecho de Lorca cautiuaron vn cauallero della, llamado Quiñonero, que auia salido a requerir el campo. Y como ya la gente de Lorca y Murcia a gran priessa viniesse, y los Moros viessen las vanderas que contra ellos venian, se marauillaron en ver tanta caualleria junta, y no podian ellos creer que de Lorca se pudiesse juntar tanta gente de cauallo y de a pie. Y assi el Malique Alabez Capitan y Alcayde de Vera, le preguntó a Quiñonero auiendole quitado el cauallo y las armas, esta pregunta que se sigue en verso.

Aquí unas cuartillas en verso y forma dialogada preguntando al cautivo por el número de gentes que se acercaban y á quién pertenecían los diversos estandartes y banderas que se veían. Y con él acaba el capítulo primero.

CAPITVLO SEGVNDO.—*En que se trata la muy sangrienta batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se hallo de Moros y Christianos.*

Apenas el Capitan Malique Alabez acabo estas palabras de dezir, quando el escuadron Christiano arremetio con tanta braueza y pujança que a los primeros encuentros a pesar de los Moros que lo defendian passaron la rambla. No por esso los Moros mostraron punto de couardia, antes con mas animo se mostraban en la batalla. El buen Quiñonero que vido la batalla rebuelta, depresto llamo vn Christiano que le cortasse la cuerda con que estaua atado y siendo libre, al punto tomo vna lança de vn Moro muerto, y vn cauallo de muchos que andauan ya sueltos por el campo, y vna adarga, y con valor

muy crecido como era valiente cauallero, hazia marauillas.

Después de referir el autor el sinnúmero de acometidas por una y otra parte y el gran valor con que ambos bandos pelearon, cita varios combates parciales entre los principales caballeros de un lado y otro en los que, como en el resultado general de la batalla, quedó la victoria por los cristianos. Muertos casi todos los capitanes Moros, lo cual visto por Abidbar, de todo punto perdido el ánimo, tomó consejo por huir mandando tocar á recoger.

«Los moros (habla el autor) oyendo la señal dexaron el pelear, y parando mientres por su general y sus vanderas, vieron como Abidbar yua huyendo por la sierra de Aguaderas: luego ellos hizieron lo mismo siguiendole huyendo, y atemorizados. Mas los Christianos les siguieron, matando y hiriendo muchos dellos, que no se escaparon de todos trecientos. Siguiose el alcance hasta la fuente de Pulpi junto de Vera. Quedaron los Christianos con singular victoria. Fué esta batalla dia de S. Patricio. Y las dos ciudades Lorca y Murcia celebran este dia en memoria desta batalla. Los Christianos victoriosos se boluieron á Lorca, yendo cargados de despojos de armas y cauallos y otras cosas. Alonso Fajardo se lleuo á su casa al Capitan Malique Alabez, y queriendolo meter por vn postigo de vn huerto del mismo Faxardo, dixo Alabez: Que el no era hombre de tan baxa suerte, que auia de entrar preso por postigo, sino por la real puerta de la ciudad. Y porfió en esto tanto en no querer entrar por el postigo, que enojado Alonso Faxardo lo hirio de muerte. Esta fue la fin de aquel valeroso y famoso Alcayde de Vera y Capitan. Murieron en la batalla doze Alcaydes Alabezes parientes de Alabez de Vera y dos hermanos suyos: y mas murieron ochocientos Moros. Christianos murieron quarenta. Huuo docientos heridos. Quedaron los de Lorca y Murcia con grande gloria con tal vencimiento á gloria de Dios nuestro Señor y de su bendita madre. Boluamos al Capitan Abidbar, que fué huyendo de la batalla. Como á Granada llegase y el Rey supiesse lo que passaua, le mando degollar: porque no auia muerto en la batalla como cauallero pues el les auia llevado a esta batalla. Passo siendo en Castilla Rey don Iuan el segundo y en Gra-

nada Abenhozmin decimo septimo como esta dicho: el qual reynó ocho años, y fue despojado del Reyno año de mil y quatrocientos y cincuenta y tres. Por esta batalla de los Alporchones se hizo aquel romance antiguo que dize desta manera:

Aqui sigue el espresado romance que empieza: «Allá en Granada la rica etc.,» y que ocupa cuatro páginas. Terminado el romance continúa la cronología de los Reyes de Granada.

El Rey decimo octauo de Granada fue Ismael, y este le quitó el Reyno a Aben-Hozmin, como esta dicho. En tiempo deste Ismael murio Garcilasso de la Vega en vna batalla que los Moros tuuieron con los Christianos. Reyno este Ismael doze años: acabó año de mil y quatrocientos y sesenta y cinco.

El decimonono Rey de Granada se llamó Muley Hazen: otros le llamaron Albo Hazen. Este fue hijo de Ismael passado. En tiempo deste passaron grandes cosas en la Vega de Granada. Tuuo este vn hijo llamado Boaudulin: y tuuo, segun cuenta el Arauigo, otro hijo bastardo llamado Muça: este dizen que lo tuuo en una Christiana cautiua. Tuuo este un hermano llamado Boaudulin, assi como el hijo del Rey. Este Infante Boaudulin era muy querido de los caualleros de Granada, y muchos dellos por estar mal con el Rey su padre le alçaron por Rey de Granada, a cuya causa le llamaron el Rey Chiquito. Otros caualleros siguieron la parte del Rey: de manera que en Granada auia dos Reyes, padre y hijo, y cada dia tenian y auia grandes pesadumbres entre los dos Reyes y sus vandos: y assi vnas vezes amigos y otras enemigos se gouernaua el Reyno, y no por eso se dexaua de continuar la guerra y entradas contra Christianos. Este Rey padre del Chico estaua siempre en el Alhambra y el Chico en el Albayzin: y en el ausencia del vno mandaua y gouernaua el otro: mas el viejo fue el que adornó y hizo muy magnificas cosas en Granada y muy grandes y soberuios, por ser muy poderoso y rico.

Sigue el autor relatando todas las obras que en Granada hizo este Rey, entre las que cita la famosa torre de Comares, el patio de los Leones, los afamados Algibes, la torre de la

Campana. Y como dato curioso digno de citarse, dice que mandó también labrar los famosos Alixares con obras maravillosas de oro y azul de maçonería, todas á lo Moro. Esta obra era de tanta costa, dice, *que el Moro que la labraua y hazia ganaua cada dia cien doblas.*

De estas y de las demás maravillas cuyos restos se admiran hoy en Granada, dice el autor que se escribió el romance que cita basado en una pregunta que respecto á estas grandezas y maravillas hizo el Rey D. Juan I de Castilla al moro Abenamar, estando en el río Genil. El romance citado empieza así: «Abenamar Abenamar Moro de la Morería, etc.» El capítulo segundo termina ensalzando las bellezas de Granada y las riquezas de su Rey, que no había ningún Rey moro que en ellas le igualase como no fuera el Gran Turco.

CAPITVLO TERCERO —*En que se declaran los nombres de los Caualleros Moros de Granada de los treynta y dos linages, y de otras cosas que passaron en Granada: anssimismo pondremos todos los lugares que en aquel tiempo estauan debaxo de la Corona de Granada.*

Ya que auemos tratado de algunas cosas de la ciudad de Granada y de sus edificios: diremos de los preciados caualleros que en ella viuian, y de las Villas y Lugares y Castillos y Ciudades que estauan sujetos á la Real Corona de Granada. Para lo cual començaremos por los caualleros desta manera, nombrandolos por sus nombres:

Almoradis.....	de Marruecos.	Langetes.....	de Fez.
Alagezes.....	Alarbes.	Azarques.....	de Fez.
Benarages.....	Alarbes.	Alarifes.....	de Velez de la Gomera.
Alquifaes.....	de Fez.		
Gazules.....	Alarbes.	Abenhamines	de Marruecos.
Barragis.....	de Fez.	Zulemas	de Marruecos.
Venegas.....	de Fez.	Sarrazinos.....	de Marruecos.
Zegris.....	de Fez.	Mofarix.....	de Tremecen.
Maças.....	de Fez.	Abenchoares.....	de Tremecen.
Gomeles.....	de Velez de la Gomera.	Almançores.....	de Fez.
		Abidbares.....	de Fez.

Bencerrages.....	de Marruecos.	Alhamares.....	de Fez.
Albayaldos.....	de Marruecos.	Reduanes.....	de Marruecos.
Abenamares.....	de Marrueeos.	Adoladines.....	de Marruecos.
Alatares.....	de Marruecos.	Alducarines.....	de Marruecos.
Almademes.....	de Fez.	Aldoradines.....	de Marruecos.
Audallas.....	de Marruecos.	Alabezes Maliques..	de Marruecos, descendientes del Rey Almohaber Malique, Rey de Cuco.
Almohades.....	de Marruecos.		
Hazenos.....	de Fez.		

Los Lugares del Reyno y Vega de Granada son estos

Granada.	La Çubia.
Alhendin.	Alhama.
Gabia la Grande.	Loxa y Lora.
Gabia la Chica.	Guadahortuna.
Alfacar.	Alcala la Real.
Pinos.	Mochin.
Albolote.	Colomera.
Montefrio.	Iznalloz.
Malacena.	Cardela.
Cogollos.	Illora.
Los Padules.	Famala.
Alhabia.	Guelma.

Enumera y cita además el autor todos los lugares de Baza, del río Almanzora, de Filabres, del río de Almería y de las Talas de Andarax y Oxicar, como otros muchos de las Alpujarras, Sierra Bermeja y Ronda, como dependientes y sujetos á la Corona de Granada.

Los linajes más claros de cuantos se han citado y había en Granada, eran los Maliques Alabezes y los Abencerrages, los cuales eran muy estimados en Granada.

Celebrábanse por aquel entonces en Granada grandes fiestas de justas y torneos para solemnizar el coronamiento del Rey Chico, y como dato que caracteriza aquella época caballesca de luchas y amoríos, de guerras y galanteos, creo digno de citar, copiando íntegro el episodio que así relata el autor:

«Passando estas cosas, el muy valeroso Maestre de Calatraua Don Rodrigo Tellez Giron con mucha gente de cauallo y de pie entro a correr la Vega de Granada, y la corrio y hizo algunas presas. Y no contento con esto, quiso saber si auria en Granada algun cauallero, que con el quisiesse escaramuçar

lança por lança. Y sabiendo como en Granada se hazian fiestas por la nueua eleccion del Rey Chico, acordó de embiar un escudero con vna letra suya al Rey. El escudero fue con el recaudo del Maestre a Granada, y supo como el Rey estaua en Genalarife con muchos caualleros tomando plazer; y como el escudero llego auiendo tomado licencia para entrar, entró. Y siendo delante del Rey haziendo su acamiento como al Rey se deuia, le dio el recaudo del Maestre. El Rey lo tomó y leyó publicamente alto, que todos lo entendian, y dezia la carta lo siguiente:

«Poderoso Señor: Tu Alteza goze la nueua que por tu »valor se te ha dado, con prospero fin que dello suceda. De »mi parte he sentido grande contento, aunque diuersos en le»yes; mas confiando en la grande misericordia de Dios, que »al fin tu y los tuyos vendreys en claro conocimiento de la »Sancta Fé de Christo; y querras el amistad de los Christianos; »mas agora en tiempo de tus fiestas que son grandes, como es »razon que lo sean, por tu nueua Coronacion es justo que los »caualleros de tu corte se alegren y tomen plazer, probando »sus personas con el valor que dellos por el mundo se publi»ca y es notorio. Y anssi por este respecto, yo y mi gente »auemos entrado en la Vega, y la auemos corrido: y si a caso »alguno de los tuyos quisiere en passatiempo salir al campo a »tener escaramuça vno a vno, o dos a dos, o quatro a quatro; »dales tu Alteza licencia para ello, que aqui aguardo en el Fres»no gordo, harto cerca de tu ciudad. Y para esto doy seguro, »que de los mios no saldran mas de aquellos que salieren de »Granada para escaramuçar. Cesso besando tus reales manos; »El Maestre don Rodrigo Tellez Giron.»

Leyda la carta el Rey con alegre semblante miró a todos sus caualleros, y violos andar alborotados, y con gana de salir a la escaramuça; qualquiera dellos pretendiendo la empresa de aquel negocio. Y el Rey como los vido anssi les mando que que sossegassen, y pregunto, si era justo salir a la escaramuça que el Maestre pedia: y todos respondieron y dixeron que era cosa muy justa salir. Porque haziendo lo contrario, serian reputados por caualleros de poco valor y cobardes. Y para esto huuo muchos pareceres, sobre quien saldria a la escara-

muça ó quantos. Y fue acordado, que no fuesse aquel dia mas de vno a vno la escaramuça, que despues saldrian mas; y sobre quien hauia de ser huuo grandes differencias entre todos. De modo que fue nessario, que entrassen en suertes doze caualleros, y el que saliesse primero, de vna vasija de plata su nombre escripto, que aquel saliesse. Assi acordado, los que fueron escriptos para las suertes fueron los siguientes:

Mahomad Abencerraje.....	El valiente Muça.
El Malique Alabez.....	Mahomad Maça.
Mahomed Almoradi.....	Albayaldos
Veniegas Mahamet.....	Abenamar.
Mahoma Gomel.....	Almadan
Mahomad Zegrí.....	El valiente Gazul.

Todos estos caualleros fueron señalados y sus nombres escriptos y puestos dentro de una cantara de plata, y bien rebueltas las suertes, la Reyna con su mano las saco, que alli estaua con sus damas; y la suerte dezia el nombre de Muça. Quien os diria el grande plazer de Muça en aquella hora, y el pesar de todos los demas caualleros señalados. Porque cada vno dellos, holgara en estremo y de voluntad ser el contenido en las suertes, por prouar el valor y esfuerço del Maestre. Y aunque despues desto, entre todos los caualleros fue despues muy conferido y debatido que fuera mejor salir, quatro a quatro, o seis a seis, no se pudo acauar con Muça. Y anssi luego se escriuio al Maestre vna letra, y dandola al escudero del Maestre, en respuesta de la que auia traydo, le embiaron. El escudero boluio a donde el Maestre aguardava, y le dio en su mano el recaudo del Rey Chico, y auierta la carta dezia anssi:

«Valeroso Maestre: Muy bien se muestra en tu valeroso pe»cho la nobleza de tu sangre, y no menos que de tu noble»za, pudiera salir el parabien de mi eleccion y recebimiento »de mi Real Corona. Todo lo qual me ha puesto en obliga»cion de te acudir a todo aquello, que al amistad de vn verda»dero y leal amigo se deue tener, y anssi me obligo á todo »aquello que de mi y mi Reyno huuieres menester. Con muy »comedidas razones embias á mis caualleros escaramuça en la »Vega; diziendo que por alegrar mi fiesta, lo qual te agradez-

»co grandemente. Entre los mas principales se echaron suer-
»tes, para ver qual dellos saldria a verse contigo; porque qual-
»quiera dellos quisiera salir. Finalmente, la suerte le cayó a
»Muça, mi hermano. Mañana siendo Mahoma seruido, se vera
»contigo solo, debaxo de tu palabra que no sera de ninguno
»otro de los tuyos ofendido. Bien se que la escaramuça sera de
»ver; por ser hecha entre dos tan buenos caualleros, la qual
»sera mirada de las Damas de las torres del Alhambra. No
»mas. Quedo para lo que te cumpliere en Granada. Audala,
»Rey de Granada.»

Alegre fue el buen Maestre con la respuesta del Rey. Y aquella noche se retiró buen rato la Vega a dentro, mandando a su gente que tuuiese aquella noche con vigilancia y con grande recato, con rezelo que los moros no le hiziessen algun daño. La mañana venida se acercó, lleuando solos cincuenta caualleros de los suyos para su guarda, dexando el resto dellos muy grande trecho apartados con auiso que aprestados estuuiesen por si los Moros quissiesen hazer alguna cosa no deuida rompiendo la palabra en aquel caso puesta. Y anssi, estuuo aguardando á Muça, que de la ciudad saliesse para hazer con el la batalla.

XIII

Reseña del ejemplar impreso en Zaragoza en 1595.

(Continuación.)

CAPITVLO QUARTO.—*Que trata la batalla que el valiente Muça tuuo con el Maestre y de otras cosas que mas passaron.*

Assi como el mensajero del Maestre fué partido con la carta, siendo el desafio aceptado, los Moros caualleros y el Rey quedaron hablando en muchas cosas, principalmente en el desafio del valeroso Maestre. La Reyna y las damas que alli estauan no holgaron mucho dello, porque ya sabian bien que el valor del Maestre era grande y diestro en las armas. Y a quien mas en particular este desafio peso, fue a la muy her-

mosa y discreta Fatima que amaua a Muça de muy firme amor. Pues voluiendo a nuestro Muça, aquella noche siguiente, adereço todo lo necessario para la batalla que hauia de hazer con el buen Maestre; y la hermosa Fatima le embio con vn paje suyo vn pendoncillo de vna muy fina seda para la lança, el medio morado, y el otro medio verde, todo recamado con muy ricas labores de oro, y por el sembradas muchas F. F. en que declarauan el nombre de Fatima. El paje lo dio a Muça diziendo: Valeroso Muça Fatima mi señora os besa las manos y os suplica que pongays en vuestra lança este pendonçillo en su seruicio, porque sera muy contenta si lo llevais á la batalla. Pues el alua aun no era bien rompida, quando el buen Muça ya estaua de todo punto muy bien adereçado para salir al campo. Y dando dello auiso al Rey, se leuanto y mandó que se tocassen las trompetas y clarines, al son de los quales se juntaron gran cantidad de Caualleros, de los más principales de Granada, sabiendo ya la ocasion dello. El Rey se puso aquel dia muy galan, conforme a su persona Real conuenia. Lleuaua vna marlota de tela de oro tan rica, que no tenia precio; con tantas perlas y piedras de valor, que muy pocos Reyes las pudieran tener tales. Mandó el Rey que saliessen docientos caualleros adereçados de guerra para seguridad de su hermano Muça, los quales se adereçaron muy presto. Aun no eran los rayos del Sol bien tendidos por la hermosa y espaciosa Vega, quando el Rey Chico y su caualleria salio por la puerta que dizen de Bibalmaçan, lleuando á su hermano Muça al lado y todos los demas caualleros con el, con tanta gallardia que era cosa de mirar la diuersidad de los trages y vestidos de los Moros caualleros. Y los demas caualleros que yuan de guerra no menos parecer y gallardia lleuauan. Anssi pues salieron de Granada estas dos quadrillas y anduuieron hasta donde estaua el buen Maestre con sus cinquenta caualleros aguardando, no menos adereçados que la contraria parte. Assi como llegó el Rey, se tocaron sus clarines, á los quales respondieron las trompetas del Maestre. Cierto que era cosa de ver assi los de vna parte como los de la otra. Despues de auerse mirado los vnos á los otros, el valeroso Muça no veya la hora de verse con el Maes-

tre, y tomando licencia de su hermano el Rey, salio con su cauallo passo a passo con muy gentil ayre y gallardia. Mostrando en su aspecto ser varon de grande esfuerço. Lleuaua el brauo Moro su cuerpo bien guarnecido; sobre un jubon de armar vna muy fina y delgada cota, qual dizen jacarina y sobre ella vna muy fina coraça, toda aforrada en terciopelo verde, y encima della vna muy rica marlota del mismo terciopelo, muy labrada con oro, por ella sembradas muchas D. D. de oro, hechas en Arauigo. Y esta letra lleuaua el Moro por ser principio del nombre de Daraxa, aquien el amaua en demasia. (Se sigue describiendo su traje y armadura). El Maestre que venir lo vido, luego coligio que aquel cauallero era Muça, con quien hauia de hazer la batalla: y anssi luego mando a sus caualleros que ninguno se mouiese en su socorro, aunque le viessen puesto en necessidad, y lo huuiesse menester. Y dando de las espuelas al cauallo, se fue passo ante passo hacia la parte que venia el Moro Muça, con no menos ayre y gallardia que el enemigo. Iua el Maestre muy bien armado, y sobre las armas, vna ropa de terciopelo azul muy ricamente labrada y recamada de oro. Su escudo era verde y el campo blanco, y en él puesta una Cruz roja hermosa, la la qual señal tambien lleuaua al pecho. El cauallo del Maestre era muy bueno de color rucio rodado. Lleuaua el Maestre en la lança vn pendoncillo blanco y en él la Cruz roja como la del escudo: y baxo de la Cruz vna letra que dezia: Por esta y por mi Rey. Parecia el Maestre tan bien, que a todos daba de verle grandisimo contento. Y dixo el Rey á los que con él estauan: No sin causa este cauallero tiene gran fama, porque en su talle y buena dispusicion se muestra el valor de su persona. En este tiempo llegaron los dos valientes caualleros, cerca el uno del otro. Y despues de auerse mirado muy bien, el que primero habló, fue Muça, diziendo: Por cierto, valeroso cauallero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos de quien tanta fama anda por el mundo: y vuestro Rey se puede tener por bien andante en tener vn tan preciado cauallero como vos a su mandado. Y por sola la fama que de vuestro valor vuela por el mundo, me tengo por muy bien andante Moro entrar con vos en batalla: porque si Alha quisiesse

y Mahoma lo otorgasse que yo de tan buen cauallero alcanzase victoria, todas las glorias del serian mias, que no poca honra y gloria seria para mi y todo mi linage. Y si al contrario fuesse, que yo quedase vencido, no me daria mucha pena serlo de la mano de tan buen cauallero.

Con esto dió Muça fin á sus razones. A las quales palabras respondio el valeroso y esforçado Maestre muy cortesmente, diziendo: Por vn recado que ayer recebí del Rey se que os llaman Muça de quien no menos fama se publica, que de mi vos aueys dicho y que soys su hermano, descendientes de aquel valeroso y antiguo Capitan Muça, que en los passados tiempos gano gran parte de nuestra España. Y ansi lo tengo yo en mucho hazer con tan alto cauallero batalla. Y pues que cada vno de su parte dessea la honra y gloria della, vengamos a ponerla en execucion dexando en las manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos que mas tarde se nos haga. El valeroso Moro que assi oyo hablar el Maestre le sobreuino vna muy grande verguença, por auer dilatado tanto la escaramuça; y sin responder palabra alguna con mucha presteza rodeo su cauallo, el qual era de gran bondad, y apretandose el bonete bien en la cabeça, debaxo del qual lleuaua vn muy fino y azerado caxco, se apartó vn gran trecho: lo mismo auia hecho el Maestre. A este tiempo la Reyna y todas las Damas estauan puestas en las torres del Alhambra, por mirar desde alli la escaramuça. Fatima estaua junto á la Reyna, muy ricamente vestida de damasco verde y morado de la color del pendoncillo que le embiara á Muça. Tenia por toda la ropa sembradas muchas M. M. Griegas, por ser primera letra del nombre de su amante Muça. El Rey como vido los caualleros apartados y que aguardaban señal de batalla, mandó tocar los clarines y dulçaynas, á las quales respondieron las trompetas del Maestre. Siendo la señal hecha, los dos valientes caualleros arremetieron sus cauallos el vno para el otro, con grande furia y braueza, con la qual passaron el vno por el otro dándose muy grandes encuentros: mas ninguno perdio la silla, ni hizo desden ni mudança, que mal pareciesse. Las lanças quedar sanas, el adarga de Muça fué falsada, y el hierro de la lança toco en la fina coraça y rompiò parte della, y paró en la

jacerina, sin hazerle otro mal. El encuentro que dio Muça tambien passo el escudo del Maestre y el hierro de la lança tocó en el fuerte peto que a no serlo tan bueno fuera por el duro hierro falsado, por ser mny fino y hecho en Damasco. Los caualleros sacaron las lanças muy ligeramente, y con gran destreza comenzaron á escaramuçar, rodeandose el vno al otro procurando de se herir: mas el cauallo del Maestre aunque era de gran bondad, no era tan ligero como el que llevaba Muça, a cuya causa el Maestre no podia hazer golpe á su gusto, por andar Muça tan ligero con el suyo. Y anssi Muça entraua y salia quando queria con grandissima ligereza, dandole algunos golpes al Maestre. El qual como viesse que el cauallo de Muça era tan rebuelto y ligero, no sabiendo que se hazer, acordó muy confiado en la fortaleza de su braço, de tirarle la lança. Y ansi aguardando que Muça le entrasse, como le viesse venir contra él, con tanta furia como un rayo, con gran presteza terceó la lança y leuantando sobre los estribos, con gran furia y fortaleza le arrojó la lança. Muça que venir lo vido quiso con gran ligereza hurtarle el cuerpo: y ansi en vn pensamiento boluio la rienda al cauallo, por apartarse del golpe. mas no lo pudo hazer tan presto, que primero la lança del Maestre no llegasse, la qual dió al cauallo por la hijada vn duro golpe, que lo passo de vna banda a otra. El cauallo de Muça viendose tan malamente herido, començo a dar tan grandes saltos, y a hazer tales cosas dando muy grandes corcobos que era cosa de espanto.

Lo qual siendo de Muça entendido, porque de su mismo cauallo algun daño no le viniesse, saltó de la silla en el suelo, y con ánimo de vn leon se fue para el Maestre por desjarretarle el suyo. El Maestre que venir le vido luego entendio su intencion; y porque no le desjarretasse el cauallo, saltó del tan ligero como vn aue. Y embraçando su escudo, hauiendo dexado la lança puso mano a su espada y se fué para Muça el qual ya uenia lleno de colera y saña contra el Maestre por auerle ansi tan malamente herido su cauallo, y con vna hermosa cimitarra, fue a herir al Maestre de muy grandes golpes; el qual de muy buena gana le recibió. De esta suerte en pie començaron a pelear los dos fuertes caualleros, dandose muy creci-

dos golpes, tanto que se deshazian los escudos y las armas; mas el valeroso Maestre que era mas diestro en ellas que Muça, puesto que Muça fuesse de brauo coraçon y animo inuencible, quiso mostrar do llegaua su valor, y ansi affirmando su espada sobre la cimitarra de Muça, hizo señal y muestra que le queria por baxo al muslo. Y ansi dexando passar la espada por baxo la cimitarra, apunto y señalo aquel golpe; Muça con presteza fue al reparo porque su muslo no fuesse herido. El Maestre con una presteza increyble boluio de mandoble a la cabeça, de modo que el valiente Muça no pudo yr al reparo tan presto como fuera necessario y ansi el golpe del Maestre hizo effecto de tal manera, que la mitad del verde bonete cortó, do el penacho vino al suelo, quedando el casco descubierto que si tan fino no fuera y de tan estremado temple, Muça lo passara muy mal: mas con todo esto no dexó de quedar Muça medio aturdido de aquel pesado golpe. Y reconociendo el mal estado en que estaua, acudio con su cimitarra con grande presteza y fuerça y descargo vn desaforado golpe; el Maestre lo recibio en su escudo el qual por la fuerça de aquel golpe vino cortado el medio al suelo: y siendo rota la manga de la loriga, el Maestre recibio una herida en el braço, aunque pequeña de a do le salia mucha sangre. Causa fue esta herida que el Maestre se encendiesse en viua saña, y determinando vengar la herida, acometio un golpe a la cabeça de Muça, el qual con presteza fue al reparo, por no ser de ella herido. El Maestre viendo el reparo hecho, se dexó caer con la espada de reues por baxo y le dio una herida en el muslo, que no le presto la loriga que encima lleuaua, para que la fina espada del Maestre no hallasse carne. Desta manera los dos caualleros andauan muy brauos y encarnizados, dándose grandes golpes. (Aquí hace el autor un paréntesis para referir un desmayo que la hermosa Fátima sufrió cuando vió el golpe que en la cabeza recibiera su muy amado Muça. La Reina que junto á ella estaba, mandóla conducir por otras damas á sus habitaciones.)

A Muça le salia mucha sangre de la herida del muslo, y tanta que ya no se podia dexar de sentir, que Muça no anduviesse algo desfallecido. Lo qual visto por el Maestre, considerando que aquel Moro era hermano del Rey de Granada, y

que era tan buen cauallero; desseando que fuesse christiano, y que siendolo se podria ganar algo en los negocios de la guerra en prouecho del Rey Don Fernando; determino de no lleuar la batalla adelante, y de hazer amistad con Muça. Y ansi luego se retiro a fuera diciendo: Valeroso Muça, pareceme que para negocios de fiestas, hazer tan sangrienta batalla como hazemos no es justo; demos le fin si te pareciere, que a ello me mueue ser tu tan buen cauallero, y ser hermano del Rey, de quien tengo offrecidas mercedes. Y no digo esto porque de mi parte sienta yo auer perdido nada del campo, ni de mi esfuerço, sino porque desseo amistad contigo por tu valor. Muça que vido retirar al Maestre, muy marauillado dello, tambien se retiro diziendo: Muy claramente se dexa entender, valeroso Maestre, que te retiras y no quieres fenecer la batalla por verme en mal estado y en término que della yo no podria sacar sino la muerte, y tu de compasion mouido de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la qual yo muy bien conozco que me hazes merced. Mas se te dezir, que si tu voluntad fuere que nuestra lid se fenezca, de mi parte no faltaré hasta morir; con el qual pagare lo que a ser buen cauallero deuo. Mas si como dices lo hazes por respecto de mi amistad; te lo agradezco grandemente, y lo tengo por merced, que vn tan singular caballero se me de por amigo. Y assi prometo y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no yr contra tu persona, agora ni en ningun tiempo, sino en todo quanto fuere mi poder servirte. Y diziendo esto, dexó la cimitarra y se fue para el Maestre y lo abraçó. Y el Maestre hizo lo mismo: que el animo le daua, que de aquel Moro auia de salir algun notable bien a los Christianos. El Rey y los demas, que estauan mirando la batalla, espantados de aquel espectaculo se marauillaron mucho, y no sabian que se dezir. Y al cabo entendiendo que eran amistades, el Rey con seys solos caualleros, se llegó a hablar al Maestre, y despues de auerse tratado cosas de grandes cortesias, sabiendo el Rey las amistades del Maestre y de su hermano, aunque a la verdad no holgó mucho dello, dio orden de entrar en Granada; porque Muça fuesse curado, que lo auia menester. Y ansi se partieron los dos valerosos caualleros, lleuando en sus coraçones el amistad muy fixa y sellada. Buel-

to el Rey a Granada con los suyos no se hablaua en otra cosa, sino en la bondad del Maestre y de su ualor y esfuerço y cortesia y con mucha razon, porque todo cabia en el buen Maestre. Y por el se dixo aquel famoso romance que dizen:

«Ay Dios que buen Cauallero
el Maestre de Calatraua... etc.»

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

(Se continuará.)

BRIHUEGA Y SU FUERO

CONTINUACIÓN (1)

Qui escortezare (2) arbor.

Tod ome que arbol escortezare ageno: peche. x. soldos si prouargelo pudiere. si no salues. cod. ij. bezinos.

Por coger foia (3) de moral.

Tod ome que cogiere foia de moral ageno. por de dia peche. i. maravedi et por de noch: ij. maravedis si prouadol fuere: si no salues con ij. bezinos. et qui salare (4) moral: pech. x. maravedis.

Qui no salliere otor por heredad.

Tod ome que uendiere heredad. et no quisiere sallir otor por ella: et fuere uenzido: peche la heredad duplada. et. v. maravedis. al duenno de la heredad.

Por ome que uenda heredad agena.

Tod omme que uendiere heredad agena. et no la fiziere sana: peche la heredad duplada. et v. maravedis al duenno de la heredad.

---

(1) Véase la pág. 388 de este tomo.

(2) «Descortezare.»

(3) «Hoja.»

(4) «Arrancare.»

Por ome quiera entrar en orden.

Tod ome que entrar quisiere en orden. aya poder de leuar su cauallo. et sus armas. et sus pannos et el quinto del mueble. et las otras. iiij. partes del mueble et toda la rayz: finque a sus heredos.

Si muriere el un testigo.

Toda cosa que seya fecha ante. iij. bezinos. et el uno muriere. uala la firma de los dos: sobre leuando (1) la del muerto.

Por huerphanos.

Todo huerphano que no aya padre ni madre. finque en poder de los parientes mas cercanos. et de guisa que lieuen lo suyo a bien. et no ayan poder de mal meter ende nada. si no por debda propria que deba el huerphano. et esto con conseio de iurados de la uilla. et hata que seyan de hedad: metan lo suyo en almoneda. et tanto por tanto como ninguno diere aya la padre o madre. o auuelo. et si no el parient mas cercano. dando buenos fiadores a los otros parientes mas cercanos. por lo que recibe et por la renda (2): que lo cumpla. et si otros omes sacaren la renda. coian los parientes mas cercanos la fiadura. et si parientes no ouiere coianla los iurados. et toda renda de huerphano seya fecha ante iurados. et el uaron faga de lo suyo a su guisa: de. xiiij. annos a suso. et la mugier de. xij. annos ariba. et toda renda de uerphanos ante que ninguno la saque: sea dicha por conceio. et den la a qui mas diere por ella.

Que no den a un fijo mas que a otro.

Padre o madre seyendo sanos o enfermos. no ayan poder de dar mas a un fijo que a otro. si a los otros fijos no ploguiere.

---

(1) «Fiando» Sobrelevadura es igual á fianza.

(2) «Renta.»

Por mandamiento de auuelo o de auuela.

Todo Auuelo o auuela pueda mandar hata. xxx, mescales. a nieto o a nieta. si no heredaren. et si heredaren: no les pueda mandar nada.

de lo que ganaren hamanos.

Todo fijo o fija. que aya padre o madre. si alguna cosa ganare ante que case: sea en poder de padre et de madre lo que ganare. et quando muriere padre o madre. uenga a particion de los hermanos.

Por ome que no ouiere fijos et aya mugier.

Tod ome que ouiere mugier et non aya fijos. et muriere. et ficare la mugier prennada; toda la buena fique (1) en la mugier: dando buenos fiadores que de aquella buena no malmeta nada: hata a los. ix. meses que para. et esta buena fique por al fijo. et ella que biua en ello. atemprada mientre hata que seya parida.

Qui muriere ante de edad.

Tod omme que muriere ante de edad. no aya poder de mandar nada por su anima. si no fuere con sus parientes mas cercanos. et esto a uista de bonos omes. et este mandamiento salca de mueble si lo ouiere. et la rayz torne a rayz. et si no ouiere mueble: salca de la rayz.

Cuemo seya pagada manda de anima.

Tod omme de briuega o mugier. lo que mandare al ora de su fin: a tres tercios del anno sea pagado. et sea pagado el un tercio. a. iiij. meses. et el otro tercio a otros. iiij. meses. et el otro tercio a cabo del anno. et este mandamiento si fuere de. xxx. mescales ariba: sacado el mandamiento de los clerigos.

---

(1) «Quede.»

Por bestia que matare o firiere a otra.

Toda bestia que firiere o matare a otra bestia: el sennor de la bestia peche aquel danno o de el dannador. si prouadol fuere: si no salues con. ij. uezinos.

Si un ganado matare a otro que guarde uaquerizo.

Todo ganado que guardare vaquerizo. o eguarizo (1). si firiere o matare el uno al otro. o a otra bestia: iurando el baquerizo o el eguarizo con. ij. bezinos sobre aquel que iurare peche el danno o de el dannador.

Por omme que matare bestia agena.

Tod omme que matare bestia agena: peche la duplada. a su sennor. en quanto la apreciaren bonos omes que ualie si prouadol fuere. si no salues con. ij. bezinos.

Por omme que fiziere fijo en mora agena.

Todo omme que fiziere fijo en mora agena. el fiio sea del sennor de la mora.

Por manceba en cabello.

Toda fija auiendo padre o madre seyendo manceba en cabello. sis fuere o se casar sin uoluntad del padre o de la madre: sea desheredada.

Por camara priuada. Qui fiziere camara priuada.

Tod omme que camara priuada fiziere contra la cal. (2) et abierta la touiere: peche. por cada dia. i. maravedi. et desto aya el que la querella fiziere: la meytad et los alcaldes la otra meytad.

Por iuez o alcalde quando finare.

Si iuez o alcalde muriere aquel que hereda lo suyo si fuere

(1) Puede venir de *guarro*, nombre vulgar que todavía se da en la comarca á los cerdos, ó acaso de *guarir*, defender, curar, etc.

(2) «Contra la calle.»

de edad aquel sea en el portiello. et si alguna cosa ganare del portiello. parta lo con sus hermanos. et si el su heredero non fuere de edad: el parient que por el touiere el portiello. si alguna cosa ganare del portiello. de la meytad a los herederos.

Por el iuez quand entra en iudgado.

El juez quando entra en el iudgado: del el conceio. x. maravedis pora manto.

Por andadores que uan pendrar.

Todo andador que fuere a pendrar. por mando de iurados. o de iuez. o de alcaldes. sil defendieren pennos. pechenle. ij. soldos prouandolo con. i. bezino. et uaya al iuez, et del pennos por su calonna. et si defendieren pennos al iuez. pechenle. i. marauedi. prouando lo con. ij. bezinos. et uayan los alcaldesa pendrar. et si defendieren pennos a los alcaldes. pechen les. v. maravedis et uaya el conceio a pendrar. et entegren a los querellosos. et el conceio tomen pendra de. x. maravedis que espiendan sobrel. et si no ouiere la quantia: prendan lo et me tan lo en la cadena. et yaga y (1) hata que pague los querellosos. et si a los iurados defendieren pennos por omme de fuera de uilla. ayan esta misma calonna que an los alcaldes.

Por un bezino que acote á otro.

Si un uezino acotare a otro. el que no uiniere al coto el uiernes: peche. v. soldos. la meatad al iuez. et la meytad al querelloso. et si diere querella hata el domingo de sol a sol. et los viij. dineros seyan de los andadores. et salgan de souna. de los. v. soldos.

Q'fuere acotado por mandado de iurados.

Tod omme que seya acotado por mandado de iurados et no uiniere a coto. peche ij. maravedis a los iurados. et al querelloso. ij. soldos. por despesa: (2) si trexiere bestia. et si fuere de pie. xvi. dineros.

---

(1) «Permanezca allí.»

(2) «Gasto.»

Por ome que se clame a amo.

Tod omme que aplazaren. et se clamare a amo: si no comiere su pan. o no ficiere su mandado nol uala.

Estos no fagan fiadura.

Toda mugier que aya marido. no pueda fazer fiadura ninguna ni fijo emparentado.

Por sobre leuadura.

Toda sobreleuadura que seya fecha por omme. si no gela demandidieren hata medio anno: de medio anno ariba: no recuda.

Qui ouiere de su iudizio querella.

Tod ome que fuere querelloso de su iudizio ante alcaldes. et dixiere alcaldes. catat me la carta et el fuero. et si sobresto iudgare el alcalde. lo que no fuere en la carta hata que lo cate: peche. x. maravedis. et pierda el portiello.

Por quanta metan alcaldes en. ix. dias.

Por toda debda. hata. ij. maravedis. metan los alcaldes en. ix. dias. et de. ij. maravedis ariba: metan lo en. iij. ix. dias. et si a aquestos plazos no pagare: uayan los alcaldes dar entrega. atal: de que pueda el querelloso auer lo svio. et peche. medio. maravedi. a los alcaldes. et si los alcaldes no quisieren dar entrega al querelloso: los iurados den entegra en casa de los alcaldes. et si los iurados no quisieren dar entegra: uayan bonos omes de conceio. et den entegra en casa de los iurados. et los alcaldes non den entegra de. ix. dias. dia de pascha. ni de domingo. ni de otro dia: ante de missa: ni depues de uiesperas. si mueble ouiere: den entrega en mueble. et si mueble no ouiere: den entrega en rayz. et esta entrega tengala. ix. dias. si fuere rayz: pregonela en conceio. et si fuere mueble. de lo al corredor. si la rayz quitare el debdor. o alguno de sus parientes hata. ix. dias: dexengela. et si uendiere la rayz o el mueble: lo demas tornelo a su sennor. et los alcaldes que seyan fechos por avenencia: que ualan hata. xx.

maravedis. et de. xx. marauedis ariba: no ualan. si no fueren los alcaldes annales (1). et los alcaldes que seyan por abenencia: seyan bezinos de carta. o fijos de uezinos. et seyan coniurados (2) que digan uerdad. et ome que emparare pennos a alcaldes yendo a dar entrega: peche. ij. maravedis a los alcaldes. et qui forzare la entrega que dieren los alcaldes: peche. v. maravedis: al que fuerzan el entegra. et pendre el iuez por esta calonna. hata que seya entegrado el debdor de la calonna. et del entrega.

Como fagan testigos.

Tod ome que ouiere de fazer testigos. en briuega. faga lo con. iij. bezinos de carta. et de fuera con ij.

Por ome que mesture poridad (3) *de conceio.*

Tod ome que fuere en poridat con iuez. o con alcaldes. o con iurados. o con bonos omes de conceio. et la poridad escubiere. (4) pech. v. maravedis. a los otros que son en la poridad. et en todo es anno. non sea cabido en poridad: si prouadol fuere. si no salues. con. ij. bezinos.

Por que no a manquadra (5) *sobre cruz.*

Por toda demanda que demandare un a otro de. i. mezcal. ariba: aya manquadra sobre cruz.

Qui recibiere manquadra.

Tod omme de briuega que alguna cosa demandidiere a otro. et manquadra recibiere. et no diere los bezinos: de la demanda duplada.

Por omme que negare debda et gelo firmen.

Tod ome de briuega que demandidiere a otro alguna debda.

---

(1) «Anuales».
(2) «Conjurados».
(3) «Descubra secreto».
(4) «Descubriere».
(5) «Juramento».

et gelo negare. et el otro gelo firmare: peche gelo duplado. si no fuere por mandamiento. et si de lo que demandare uno a otro. dixiere pagado te. si gelo firmare: seya pagado. et si firmar no gelo pudiere. et el otrol jurare que no es pagado. por quanto iurare: coia lo duplado.

Prestamo non salca por tienpo.

Tod ome que algo prestare a otro: nos le salca por ningun tienpo.

Por ome quiera renouar iudicio.

Tod ome que recibiere iudizio ante alcaldes. et sobresto non se echare al arzobispo et quiera renouar el iudizio. nol uala nada. si no lo que los alcaldes iudgaron. et si algun ome renouare pleyto que una uez fuere iudgado ante alcaldes. o ante el Arçobispo. et fuere uenzido: peche. x. maravedis. et non recuda.

Qui no quisiere uenir firmar.

Tod omme que ouiere afirmar con otros. et alguno dellos no quisiere uenir a la firma. faciendol testigos: peche toda la demanda. et si fuere alguno enfermo. o fuera de termino. connombrelo. et denle plazo hata que sane. o hata que uenga. et estas firmas coniuren las los alcaldes. et an de firmar que se acertaron y.

Qui touiere auer de conceio.

Tod omme que touiere auer connozudo de conceio. por ningun tiempo non se salca.

Qui cogiere pecha de conceio.

Tod omme que coia pecha de conceio. si cogiere pecha de ome que no iaga en padron: de al querelloso su pecho duplado. et pech. x. maravedis. a conceio.

Los contadores que cuenten derecho.

Los contadores que fizieren cuenta de conceio siquiere de uilla ó de aldeas. iuren que fagan cuenta derecha. et si depues

fueren fallados en alguna falla de esta cuenta de conceio: pechen los pechos que furtaren del conceio. et depues non seyan acogidos en cuenta.

Si dieren apellido por conceio.

Dando apellido por conceio. el cauallero que non salliere alla: peche. ij. maravedis et el peon. i. maravedi si non diere escusa derecha. et esta calonna espienda la el conceio.

Por obreros que non labraren bien.

Todo omme que alquilare obreros. et alguno y ouiere que no laurare como su sennor seya pagado. paguel lo que a merezido. et saquel de su lauor.

Qui matare perro que non uenga a el.

Todo omme que matare o firiere perro. que no uenga contra el. peche. quanto lo apreciaren bones omes. et si lo matare o lo firiere iurando que defendiendos del lo mato ó lo firio: no peche nada. et si esto no iurare: peche. i. maravedi al duenno del perro et el apreciamieto.

Por perro que muerda a omme.

Todo perro que muerda a omme el duenno del perro de al querelloso el perro. et el querelloso faga su guisa del. et si no iure con. ij. bezinos. que no lo puede auer. et quiten se del.

Por ome que mate gato.

Qvi matare Gato ageno: peche. ij. soldos. et el gato.

Por omme que mate gallina.

Qvi matare gallina agena: peche. ij. soldos. et la gallina.

Por Ansar.

Tod ome que matare ansar. o anade. o capon ageno: peche. i. mescal. por qual quiere destos. et tornelo a su duenno. si prouadol fuere por qual quiere destas aues que matare. si non iure por su cabeza.

Por omme que matare paloma.

Qvi matare paloma con lazo si no fuere redrado (1) un trecho de vallesta de la uilla. o del aldea: peche. v. soldos. et si la matare en palomar: peche. x. soldos. si prouadol fuere. si no iure por su cabeza.

Qui no pagare obreros quano (2) *uinieren de la labor.*

Tod ome que obreros ouiere en so lauor. et no los pagare quando uinieren de la lauor: faga los pagar el iuez. et si pagar no los quisiere: paguelos el iuez. et coia lo duplado. qual ora quiere ques querellen al iuez. et si el que los cogio negare que no los cogio. si gelo pudiere prouar: si no iure por su cabeza. este iudizio iudgue el iuez. et este mismo iudizio sea por alquile de bestias.

Por ome que echare oueias a pastor.

Tod omme que echare oueias a pastor. eche las de sant Juhan a sant iohan. e si el sennor de las oueias fallare algun menoscabo en las oueias: tuelgaielas. et paguel segund que ha seruido. et si uendiere el ganado el sennor page al pastor segund que ha seruido. et el pastor del recabdo del menoscabo: que ha fallado en su ganado. el pastor deue auer de anno a anno de siete corderos uno. et de vij. quesos uno. et de. vij. bellocinos uno. de las oueias bazias. et el sennor del ganado de hannafaga (3) al pastor. et al rabadan. et al cabannero. et a los perros. segund que se abinieren. et del menoscabo que fallare en su ganado el sennor. dandol el pastor. hata. xii. cabezas fierro o sennal: seya creydo. et dent arriba del recabdo de todo su ganado.

Por cosa que mande conceio.

Ninguna cosa que mande el conceio de briuega de. iiij. ma-

---

(1) «Retirado» ó «apartado.»

(2) «Quando.»

(3) «Gasto» ó «sostenimiento.» Así traducen la palabra arábiga, *hanofaga*, Berganza, de P. Alcalá y otros. (Eguilaz, *Glosario etimológico.)*

ravedis. arriba: non uala. si no otro dia de sant iuhan. si non fuese seruicio de sennor.

Por omme que lauor compiece.

Todo maestro que lauor compezare non aya poder de dexala hata que la acabe: dandol su drecho. et si en aquella lauor alguna cosa se menoscabasse por culpa del maestro. emiendelo el maestro a bien uista de bonos omes. et por la emienda nol den nada.

Por enclauar de bestia.

Todo ferrero que ferrare bestia. et la enclauare. guarezca la bestia et gouiernela. et si menoscabo alguno uiniere a la bestia por aquella achac: (1) pechelo sil fuere demandado hata. xv. dias. et de. xv. dias adelante nol recuda el ferrero.

Por lauor de ferrero.

Todo ferrero que uendiere su lauor por sana. et non fuere sana: tornenle su lauor. et el ferrero tornel los dineros.

Por lauor que prisiere orebze (2).

Todo orebze que prisiere oro o plata. pora laurar. prenda lo a peso. et delo a peso. et non y mescle cosa ninguna. et si otra cosa y mezclare. et prouadol fuere. pechel el danno duplado. a aquel que gelo diere a labrar. et si lauor falsa o qrebrada fiziere. o piedras camiare: (3) peche el danno: duplado.

Por zapatero.

Todo zapatero que uendiere carneruno por cordouan. si prouadol fuere. peche. i. maravedi. a aquel que la uendiere. si no iure por su cabeza que no ge la uendio.

de lauor de pellegero.

A todo pellegero que dieren pelleias para facer piel. si al-

(1) «Achaque.»
(2) «Orfebre» ó «platero», del latín *aurifer*.
(3) «Cambiare.»

gunas camiare. peche las dupladas. et sil dieren coneios pora penna fazer aya essa misma pena. si prouadol fuere. si no iure por su cabeza.

Por texedores.

Todo texedor que filado ageno tomare. o falsa lauor fiziere peche lo duplado. a uista de bonos dos omes. que sean menestrales de su menester.

Qui ficiere falsa lauor.

Todo maestro que casa teiare. et falsa lauor fiziere: adobelo. et por el adobar nol den nada.

Cuemo faga el teiero (1) *teia.*

Todo teiero que teia ficiere. fagala teia de. ij. palmos en luengo: et de vn palmo en ancho. que aya la teia quando cocha (2) fuere. et si mal cocha fuere ques desfaga en la lauor: quantas se desfizieren: peches las todas. et el Millar de la teia no uala mas de. xv. maravedis. et el teiero que por mas la uendiere peche. x. maravedis. a conceio. et no faga teia por un anno.

Por peones que se salcan de lauor.

Todos peones que sean alquilados pora labrar. si se sallieren de la lauor ante que tangan la campana que fuere puesta por conceio: nol den nada. et si ducha (3) touieren comenzada. maguer tangan la campana: acaben la. si la ducha fuere comunal. et si no la quisieren acabar: no les den nada. tanbien el dia de aiunar como el otro. et esta campana sea puesta en quaresma mayor. et el otro tiempo labren hata el sol puesto.

---

(1) «Tejero.»
(2) «Cocida.»
(3) Ducha, del latín *ducta*, esto es, según creo, surco.

Por mugier alcaueta.

Toda mugier que alcahueta huere (1): sil fuere prouadol: sea ffostigada. (2)

Por mugier que a. ij. maridos uelados

Toda mugier que aya dos maridos uelados. si prouadol fuere: sea quemada.

Por abarar uinna. o mies.

Tod omme que abarare. (3) uinna. o mies. olmo. o cannamo. et fuere alcanzado: muera por ello. et peche el danno duplado al querelloso. et si no fuere alcanzado uaya por en cartado. del conceio. si prouadol fuere. si no salues con vj. bezinos.

Por el medio Mezcal. de palacio.

Si el medio Mencal de palacio non fuere cogido por nauidad. o no pendraren ata aquel dia: de aquel dia adelant. no recuda. et ningun aportellado no peche el medio. Mezcal.

Por uinnadero.

Todo vinnadero que tome pennos de los a duenno de uinna. et si no gelos diere: degelos duplados. et el duenno depues que tenga los pennos. demande a aquel dannador quel diere el uinnadero et si aquel dannador se le salliere por fuero iurando el uinnadero que no sabe quien lo fizo: peche la quarta part de la calonna. o la meytad del apreciamiento. qual mas quisiere duen de vinna. et el uinnadero iurando pennos en mano: que lo priso faziendo danno: seya creydo. et si se fuxiere el dannador uaya el uinnadero tras el. et pendrel. et sil emparare pennos. peche. v. soldos. et uaya al iuez et fagal dar pennos. et con aquellos aya poder tan bien de iurar: como si fuessen prisos en la uinna.

---

(1) «Fuere.»
(2) «Azotada.»
(3) «Avareare.»

Vinadero que faga uino.

Todo uinnadero de briuega. o de su termino que uino fiziere ante que derompan (1) a uendimiar. o si. uuas o agraz uendiere: peche. x. maravedis. et si no los ouiere de que pechar corten le las oreias.

Si fiziere danno el que no es de edad.

Todo mozo. ó moza. que non fuere de edad. si danno fiziere en uinna o en verto. no peche calonna. si non fuere el apreciamiento. et esta edat sea de. x. annos.

Por ganado que entra en maiuelo.

Todo ganado que entrare en maiuelo. dentrada de Marzo hata uendimias cogidas. por quantos tallos comiere. peche. por cada tallo. iij. meaias. (2) et coia por los tallos hata. xxx. mezcales. o el apreciamiento qual mas quisiere el duenno. et por el entrada peche. v. soldos. et por el exida. v. soldos. et por de noche peche lo duplado.

Por qual tienpo an las vinnas moiones (3).

De entrada de Marzo hata uendimias cogidas. ayan moiones las uinnas. quanto pudiere echar la piedra punnal: (4) des-

---

(1) «Rompan» ó «comiencen.»

(2) Cierta moneda llamada así. Al final del códice que se conserva en el archivo municipal de Fuentes, junto á Brihuega, y en que está escrito el original del fuero de la misma villa (del que doy algunas noticias en este trabajo), van unas declaraciones del mismo fuero hechas en 13 de Mayo de 1493, y en ellas trataron los Alcaldes y otras personas de ciertas cosas consignadas en aquella ley y de la tasa de los *mencales, meajas* y otras monedas que cita. La declaración relativa á esto dice: «*La tassa de las monedas*. Item: en quanto toca las monedas que estan en el Fuero asentadas que son del tiempo antiguo que por cad meaja se entienda una blanca vieja e por un mencal se juzgue tres maravedis e los sueldos a quatro maravedis.» Esto puede servir de estimación aproximada de las monedas que se mencionan en el fuero de Brihuega, aunque la estimación está hecha cerca de tres siglos pasados.

(3) «Mojones.»

(4) En el poema de Alexandre se lee:

«Cayeron de las nuues muchas piedras *punnales*.»

de la limde de la uinna. et si ganado entrare en los moiones adentro. de dia mate un carnero. et de noche dos. et si oueias entraren en uinna o cabras. del primer dia de marzo hata uendimias passadas. peche por. x. cabezas. i. mescal. o el apreciamiento qual mas quisiere duen de uinna. et de que fueren las uinnas uendimiadas hata el primer dia de marzo. peche por. xx. cabezas. i. mescal. o el apreciamiento. et. si fueren las oueias de. L. arriba: mate vn carnero. y de. c. arriba: mate. ij. carneros. et de. cc. hata. d. mate v. carnos.

Por danno de bestia mayor en uinna.

Por toda bestia mayor por todo el anno: peche. i. mescal. o el apreciamiento. qual mas quisiere duen de uinna.

Por danno de puerco.

Et por puerco mientre (1) vuas hy ouiere: peche. i. mescal. o el apreciamiento. qual mas quisiere duen de uinna.

Por arbol de logar cerrado.

Tod ome que cogiere fructa de arbol que souiere en verto. o en uinna, o en logar cerrado. peche como por las vinnas.

Por ome que demandare en conceio.

Tod omme que demandidiere alguna cosa en conceio. et alguno dixiere demos le tanto ante que salcan bonos omes. a conseio. peche. x. maravedis. a conceio.

Por cosas que adugan de comer o de beuer.

Todas cosas que aduxieren a briuega de comer o de beuer. si alguno las comprare por uender a regateria (2) hata que la campana que es puesta por conceio seya tannida: peche. i. maravedi. et esta calonna seya de los alcaldes. et si los alcaldes no cogieren esta calonna: seyales en perjuicio.

---

(1) «Mientras.»
(2) «Al por menor.»

Qui fiziere coto sobre conceio.

Tod menestral de briuega que coto fiziere sobre conceio. peche. v. maravedis a conceio. et desfaga el coto.

Si aportellados quebrantaren coto.

Jvez o alcaldes. o iurados. si coto quebrantaren de conceio. pechen la calonna duplada.

Qui no touiere medidas derechas.

Tod omme de briuega o de su termino que no touire medida derecha. o pesa derecha. peche. i. maravedi la meytad al conceio. et la meytad a los alcaldes.

Por ome que bestia estemare.

Tod omme que cauallo o bestia de siella estemare. peche. v. maravedi et aprecien el menoscabo de la bestia. et entre el apreciamiento. et la calonna qual quisiere el querelloso tal reciba. et por bestia de albarda peche medio. maravedi. si prouadol fuere. sino salues con. ij. bezinos.

Por bestia sarnosa.

Tod omme que bestia sarnosa echare a la defesa con las otras bestias. pech. i. maravedi. et el que las guarda otro: si no lo dixiere. sil fuere prouado si no salues con. ij. bezinos.

Qui touiere cauallo en su prado.

Tod omme que su cauallo touiere en su prado. o en su alcazer. o en su dehesa. et alguno leuare a essa part o el cauallo esta su yegua a pacer. peche. i. maravedi. si prouadol fuere. si no salues con. ij. bezinos.

Qui matare ante aportellados.

Tod ome de briuega que firiere o matare a otro ante iurados. o ante iuez. o ante alcaldes. stando en su officio: peche la calonna duplada.

Por Rio erbolar.

Tod ome que Rio erbolare. si prouadol fuere: peche. xx. maravedis: si no salues con. ij. bezinos.

Qui pendare.

Tod ome de briuega que pendare a otro. de villa o de aldeas: torne los pennos con. i. maravedi.

Por ome aquien demanden sobrel euador (1).

Tod ome que demandidieren sobrel euador. con nombre. iij. bezinos. et uayan a sus casas. et si no lo sobreleuaren prendan lo sin calonna alguna.

Por buena de marido et mugier.

Toda buena que compraren o ganaren marido et mugier. de mueble o de rayz: a la fin del uno partan la por medio.

Que fijos de clerigo hereden.

Todo clerigo que fuere de briuega o de termino. quando finare. los fijos si los ouiere: hereden lo suyo. et si fijos non ouiere: hereden lo los parientes mas cercanos. de qual part uiniere la rayz.

Los de las aldeas que ayan collaciones.

Los bezinos de las aldeas ayan collaciones connocidas os se arrimen. si mester les fuere de saluar con connombrados. por demanda de fuera de uilla. et el que no reconnociere collacion: nol ayuden a saluar por premia.

JUAN CATALINA GARCÍA.

(Se continuará.)

---

(1) Sobrelevador, fiador.

EL PADRE ANTONINO

ENTRE las verdaderas ilustraciones del clero católico, ocupa, sin duda, merecido puesto el presbítero D. Mariano Antonino y Herrero.

Más de veintisiete años lleva desempeñando cargos parroquiales. El primer curato que sirvió fué el de Tetuán, en África, pasando después por la Tenencia de San Justo en Madrid, y por los curatos de Yaneo, San Germán, la Catedral y Guayama (Puerto Rico), y los de Baja y Ceiba del Agua (Cuba). En este último se encuentra actualmente, habiendo prestado grandes servicios durante las inundaciones.

Ha sido Misionero apostólico en el Imperio de Marruecos, y Catedrático de Religión y Moral del Colegio de primera clase de la Purísima Concepción, incorporado al Instituto de la Universidad Central en Madrid.

Pertenece, en clase de socio perpetuo, á la de Escritores y Artistas de Madrid, en clase de correspondiente á la Económica Matritense, y está condecorado con varias distinciones honoríficas.

Es autor de varios libros singularmente de carácter teológicos; pero su obra maestra es *Médula histórica*, síntesis de los hechos principales de la Historia, sustancia de las ense-

ñanzas que se desprenden de su profundísimo y concienzudo estudio, esencia de todos los conocimientos que el progreso de los tiempos, en su gradual desenvolvimiento puede proporcionar al hombre.

El título corresponde perfectamente al texto. El P. Antonino, después de abarcar en conjunto la Historia, ha sabido, despojándola de tejidos y vestiduras, llegar á la médula, presentarla en toda su más íntima significación y trascendencia.

Con *paz, trabajo y virtud* se forman, fortifican y progresan las familias y los pueblos. En esta hermosa frase se compendia el pensamiento que movió al P. Antonino á escribir su obra, la cual, al ser presentada por primera vez á la censura eclesiástica, no mereció el exequatur *por estar escrita con tendencias al liberalismo ó á lo menos por usarse en ella una fraseología liberal.*

Hechas varias correcciones obtuvo por fin autorización para imprimirla y publicarla, y el autor se creyó en el caso de hacer que precediera al texto de su obra una protesta, en la cual declara que si en ella por involuntaria inadvertencia hay alguna palabra ó concepto que no esté estrictamente arreglado á la más pura moral, es su voluntad que se dé por no dicho ni escrito, pues su ánimo ha sido ser útil á la sociedad, excitando las pasiones nobles y detestando todo lo que pueda perjudicar á la moralidad cristiana.

En el prólogo se encuentra fielmente expresado el transcendental pensamiento del P. Antonino.

«Ignoro, dice, que en el bello, rico y enérgico idioma de Cervantes se haya escrito una obra histórica con aplicación á la vida práctica. Preciso es confesar que los extranjeros nos han precedido, si bien las producciones de ellos dejan mucho que desear, pues las mejores adolecen de cierta monótona simplicidad que no puede menos de cansar el entendimiento y dejar de espaciar la imaginación por el hermoso campo de históricos hechos que, intencionadamente descritos y presentadas sus legítimas consecuencias, tanto pueden interesar el corazón en todas las edades, á fin de que, estimulado por la belleza, grandeza y majestad que presenta

la Historia, obre con ánimo tranquilo y sereno, pero también con energía.

»No pretendo, añade, haber descubierto la admirable panacea que ha de radicalmente sanar todas las dolencias de nuestras sociedades latino-hispana y latino-hispano-americana; las heridas son profundas y algunas presentan carácter de gravedad, como lo demuestran lo transitorio de los Gobiernos y la perpetua movilidad sistemática para destruir inconsideradamente en un día las obras de los siglos, prescindiendo de las enseñanzas del tiempo.

»No siento, continúa diciendo más adelante, como los que, fundados en un incalificable pesimismo, creen y aseguran que la raza latina ha degenerado. No; la raza latina no está degenerada, y esta verdad la hacen evidente la inmensa pléyade de eminentes genios que ayer y hoy tuvieron y tienen la gloria de ser los autores y perfeccionadores de todo lo que tiende al progreso y verdadera civilización. No podemos negar que las razas del Norte son más utilitarias que la latina, la cual muchas veces pierde y malversa el talento por utopias hijas de su excesiva imaginación.

»Si en la obra que presento al público bajo el nombre de *Médula Histórica,* consigo, añade, que la raza latina-española y la hispano-americana acrezca en tal manera su vigor y su firmeza que robustezca y fortalezca el sentimiento de lo noble y digno por su entusiasta amor á la patria y á sus glorias, habré conseguido mi objeto y me daré por muy satisfecho de haber contribuído en la medida de mis pobres fuerzas á la manifestación de uno de los más nobles sentimientos, el de la dignidad por la virtud.

»¿Hay clase en la sociedad á quien no interese la virtud? ¿Hay alguien á quien no engrandezca la dignidad? Sabios é ignorantes, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, todos sienten en su alma un vacío inmenso y un deseo intenso de felicidad, la cual, según decía antiguo filósofo, consiste en la posesión de la mayor suma de razonado decoro y virtud.»

En *Médula Histórica* verá el lector que, si por la imparcialidad histórica se presentan en cierto modo descarnados el vicio y las miserias humanas, también en su lugar se anate-

matiza, haciendo resaltar la virtud, que practicada en la vida con su inseparable compañero el trabajo labran la dicha y honra personal, la ventura de las familias y la prosperidad y gloria de las naciones.

Divídese la obra en dos series: la primera abraza la historia primitiva y la del pueblo griego, y la segunda, la de la República é Imperio romanos.

En el P. Antonino concurren circunstancias que sólo por rara excepción suelen encontrarse unidas en el mismo individuo.

Las personas aptas para los trabajos literarios no suelen descollar por su actividad material y su directa intervención en la vida. Abstraídos en el mundo de las ideas, suelen mantenerse á una altura muy lejana de las cosas de la tierra. El P. Antonino, cuya imaginación ardiente y viva sube muy á menudo á las esferas de la fantasía en pos de los más hermosos ideales de la ciencia, posee además condiciones prácticas que hacen doblemente estimables sus excelentes cualidades.

Predica con el ejemplo, y al enaltecer el trabajo y la virtud en sus escritos, no se limita á entonar himnos de agradable armonía y á sostener la buena doctrina en declamatorios y huecos discursos, sino que trabaja y ofrece, con sus actos, modelos constantes de sus predicaciones, dignos de general imitación.

Cuando la epidemia diezma un pueblo de los confiados á su paternal cuidado, no cree cumplir con su obligación exhortando á los fieles á procurar el alivio posible de la catástrofe en el mutuo y fraternal apoyo, sino que se lanza el primero en medio del peligro, y al lado de sus plegarias y de sus consejos procura que todos sus feligreses vean el cumplimiento de lo que propaga y la práctica de lo que en sus oraciones recomienda.

Llega á la casa del desvalido, le asiste, le consuela, conforta á los débiles de espíritu, elogia á los valerosos, y verdadero Ministro del Señor, sabe representar dignamente todas las esperanzas, todos los consuelos y todas las hermosas dulzuras de la Religión Católica, llamada, cual ninguna otra

del Universo, á templar las amarguras de la vida, y á lucir como faro de limpia y eterna luz en medio de las tenebrosas é inciertas mudanzas de la existencia humana.

Y escusado es decir que quien sacrifica á veces su vida en la epidemia ó en la inundación, sacrifica siempre también su propio peculio en bien de los desgraciados, con el secreto propio de la caridad.

A pesar de su bondad, de su talento, de su energía y de su vastísima instrucción, el P. Antonino tiene un defecto para el mundo social en que vivimos. Conoce á fondo la verdad, y sabe decirla. Esto quizá le proporciona en alguna ocasión enemistades de gente ruín é hipócrita que sólo puede vivir entre las sombras de la ficción y de la mentira; pero sírvale de satisfacción y consuelo que ha sabido con sus escritos y con sus hechos captarse las simpatías, la admiración y el cariño de todas las personas ilustradas.

El P. Antonino, por su ciencia, vigorosa instrucción, exquisito celo y relevantes dotes personales, no tardará en ocupar distinguido puesto eclesiástico, y llegará seguramente á desempeñar honrosas dignidades de la Iglesia.

LA MANO IZQUIERDA

Continuación (1)

Durante esta conversación, Cecilia, después de hablar dos palabras con su tía, había salido; muy poco tardó una criada en venir á anunciar que estaba el coche. Fueron muy especiales aquellas despedidas. Mad. de Beaufort se esforzaba de la manera más inútil en poner la cara triste: algo brillaba en sus ojos que parecía un rayo de alegría, y al dar un abrazo cordial á su revoltosa vecina, parecía decirle, sintiendo toda la verdad del caso, aquello de «se pueden tener huéspedes sólo por el placer de verlos marchar.» M. Julio se ofreció galantemente para acompañar á la apresurada; pero no hubo necesidad de su sacrificio, pues en la portezuela del coche una persona muy envuelta en abrigos y preparada para el viaje ocupó el asiento de la berlina al lado de Mad. de Soissey sin hablar palabra: en esto reconoció que era Cecilia.

El coche partió, y Mad. de Soissey no recobró ni con eso la quietud. Lo primero que hizo fué abrir la ventanilla de su lado, y echar la cabeza, como si no le bastase el aire helado que entraba, y necesitase buscarlo fuera. Después gritó al cochero para que apurase los caballos, y cuando en un ángulo del camino se vió la mole del *chateau* dibujarse á la luz inde-

(1) Véase la pág. 533 de este tomo.

cisa de la velada luna, se cubrió los ojos con las manos, exclamando:—¡Qué horror, qué espanto!—Y un movimiento que no podía ser fingido, conmovió todo su cuerpo.

Cecilia, que había cubierto muy cuidadosamente con la piel los piés y las rodillas de la viajera, sorprendiendo con intuición y habilidad suma el momento favorable, y aprovechándolo, dijo:

—No era posible que resistiese V. ya el *chateau*; por eso me he apresurado para que saliese V. de allí.

—¡Oh! ¡Yo me hubiese marchado á pie!... ¡No sé cómo no me muero de vergüenza por haber tenido miedo! ¡Qué me importaba, ni qué importaba al mundo que se muriese un poco antes ó un poco después un excéntrico á quién nadie quiere! ¡Tengo miedo de morirme! ¡Tengo asco; me tengo horror!—y hacía contorsiones y escupía, y se veía en ella las huellas de una terrible impresión marcadas por la alteración nerviosa de aquella naturaleza impresionable. Cecilia callaba, ni nada tenía que hacer allí su intervención, que también se hacía difícil por el ruído de las ruedas y los baches del camino; pero observaba y estudiaba aquella mujer, comprendiendo por sus palabras sueltas algo de lo que había pasado, y juzgando la gravedad del caso al ver que aquello sólo era lo que agitaba á Mad. de Soissey, la cual no se preocupaba para nada de lo que iba á ver, y, al contrario, parecía recibir como providencial favor aquella catástrofe que la arrancaba en momentos tan terribles del *chateau* de Villepaix. Llegaron á Soissey, cuya verja estaba abierta; parecía una tierra abandonada que no acompañaba ningún acento vivo. El primer sonido que rompió el silencio fué el aldabonazo que dió la misma Angel á la puerta del pabellón. Una mujer vino pronto á abrir, levantando por encima de su cabeza una lamparilla, á favor de cuya luz conoció á la que entraba.

—¡Ah, señorita; al fin viene V.: era tiempo!

—¿Dónde está mi madre?—dijo Angel sin hacer caso del rostro duro y las palabras amargas de la antigua criada.

—En su cuarto y en su cama—respondió ésta.

Angel cruzó el pasillo, ténuemente alumbrado por la luz, siempre elevada, de la sirviente, y al extremo, á la derecha,

abrió la puerta que conducía á la habitación de su madre: Cecilia entró con ella.

El cuarto de la enferma estaba alumbrado por una pequeña lámpara, cuya bomba de cristal mate y ligeramente azulada, atenuaba la luz y dejaba enteramente en la penumbra la cama. Por entre las cortinas blancas de esta cama se oía la respiración anhelosa de una persona enferma. Con su irreflexión habitual, Angel se dirigió apresuradamente á la cama, y apartó las cortinas.

—¡Mamá, mamá! ¿Cómo estás, qué tienes?

—¡Hija mía, estás aquí, á mi lado, has venido al fin; bendito sea Dios!—Y la pobre madre, que no podía mover sus manos, se dejaba besar y acariciar por su hija, y aguantaba los dolores que ésta le ocasionaba con sus bruscos movimientos.

—Tenga V. cuidado, señorita—dijo la criada vieja, que se había quedado al lado de la cama.—La señora está en un estado de sensibilidad que todo el cuerpo le duele y hay que tocarla con mucha precaución.

—Puedo asegurarte, mamá mía, que no sabía que estuvieses enferma, y que si lo hubiese sabido, habría volado á cuidarte: no es tuya la culpa ni de nadie, lo sé; mi poca reflexión y mi mala cabeza son causa de todo lo que suceda; deberías aborrecerme, pero ya sé que tú no eres capaz de eso. ¿Si vieras qué desgraciada soy? ¡Qué pena tengo de verte enferma! Esto no será nada, ¿verdad, madre mía? ¡Dime que me perdonas, y tu Angel ya no se separará de tí!

La madre lloraba y lloraba, y no hacía sino llorar, y cuantas más palabras cariñosas le decía su hija, más lágrimas vertía.

—Pero, señorita: ¿no ve V. que la señora se va á agravar con estas emociones? Para esto valdría mejor que no hubiese usted venido—dijo con muy mal gesto la criada;—pero su señorita, volviéndose repentinamente hacia ella, demostrando en su ademán arrebatado que en aquella naturaleza funcionaban siempre los mismos registros,—dijo señalando la puerta:

—Pues he venido y tú estás aquí demás.

A pesar de la orden, la criada no se movía, pasando su mirada ceñuda de la hija á la madre, hasta que, conteniendo los sollozos, ésta le dijo:

—Váyase V., Teresa, por ahora, que yo la llamaré.

Salió la criada refunfuñando con bastante claridad, que aquello era la historia de siempre y que la señora tenía la culpa de todo. Con su desaparición volvió la dulzura á dominar en la móvil criatura, é inclinándose de nuevo sobre el lecho de su madre murmuró en tono suplicante:

—Dime que me perdonas, madre querida! Hasta que te lo oiga no podré consolarme.

—Te perdono y te amo, hija de mi corazón!—dijo la enferma;—y por un supremo esfuerzo de voluntad, sacó una mano informe envuelta en tiras de bayeta amarilla, y la colocó sobre la cabeza inclinada de su hija. Las efusiones de cariño volvieron entonces á renovarse, y por algún tiempo todo fueron besos, exclamaciones de ternura y palabras de cariño. Después preguntó Angel con cierto temor y mucha vacilación en la voz:

—¿Dónde está Ernesto?

La madre no respondió, y fué preciso que Angel repitiese la pregunta ya con acento muy alterado para que ella contestase al fin, dando un suspiro.

—Ernesto, hija mía, está en Clichy! Tú sabes... esos plazos improrrogables han podido más que él.

—¡En la prisión!... ¡En la prisión por deudas!—dijo la pobre mujer;—y sentándose en el bajo taburete que había al lado de la cama, se cogió la cabeza con las dos manos y comenzó á llorar.

Era rara en ella esta crisis, y debía ser favorable. Su madre nada dijo; no trató de consolarla, y exceptuando el ruído de sus sollozos, nada se oía en la habitación.

Habíase quedado Cecilia en el extremo opuesto del cuarto, y tapada á los ojos de la enferma por las cortinas de la cama. Al entrar se había sentado en el borde de una silla, y así permanecía quieta, inmóvil, escuchando y observándolo todo. Ofrecía la habitación un carácter especial: nada recordaba en ella la moda actual, ni la elegancia artística de los muebles de otras edades. Todo lo que allí había pertenecía á una misma época: la del casamiento de Mad. Dreifus, treinta años antes. La cama era de caoba maciza, de dos cabeceras sin moldu-

ras, terminando en curva como si se desenrrollasen al exterior. Las sillas pertenecían á igual género y lo mismo el sofá, sin muelles, de respaldo duro y rollos en los brazos. Las telas de sillería y colgaduras eran de damasco de lana á ramajes dorados y color de pensamiento muy apagado por la edad. Un armario inmenso, una cómoda, todo sólido, propio de quien establece casa fundamentalmente, teniendo en cuenta las ramas del tronco: todo con el sello de la burguesía acomodada y satisfecha. Ornaban las paredes retratos de familia; en primer término el de M. Dreifus, con su toga de magistrado y su aspecto grave y benévolo: había otros varios; ancianos con el traje del Directorio; jóvenes con los *bandeaux* y los tirabuzones, el talle largo y la cintura en punta, del romaticismo; en los términos más bajos, delicadas miniaturas, algún cuadro bordado con pelo; otros de pinturas amaneradas y minuciosas, muestra de la laboriosidad de la familia. Sobre la cómoda, un crucifijo de marfil y muchas cajas y almoadillas; en una estantería de cristales, único mueble moderno y de cierta elegancia, estaban encerrados juguetes que habían servido á los niños de la casa: la muñeca de Angel con su ajuar completo. Los soldados y los libros de primera enseñanza del hijo perdido; los primeros zapatos, la camisita de bautizo, las planas de navidad... reliquias para el corazón de aquella jubilada de la vida, que se fortificaba en el santuario de los recuerdos contra las esperanzas perdidas y las amenazas cada vez más aterradoras del porvenir. Allí se encerraba la madre débil y vivía la mujer honrada, con los mudos testigos de su vida sin tacha, de sus aspiraciones sencillas y de sus ilusiones muertas. En aquél reducto, donde Angel jamás entraba, conservábase íntegro el ambiente de la provincia, y parecía no haber dejado de presidir el espíritu ordenador y benévolo de la vida de familia. No es extraño que este espíritu benéfico y regenerador penetrase en el corazón de la pródiga, que acababa de sufrir tan rudos sacudimientos. Angel no era una extraviada de nacimiento: había recibido sus primeras impresiones en un hogar honrado en el cual jamás había visto mal ejemplo, y si su madre no había tenido energía para contenerla en sus peligrosos vuelos, tenía conservada toda la eficacia de su virtud y de su santo

amor, para acogerla en sus desfallecimientos y en sus caídas. ¡Ejerce tanta influencia el cambio de decoración en los sucesos de la vida! ¡En cuántas ocasiones la vuelta á los lugares donde se ha pasado la niñez ó la juventud sin tacha, cura los males del cuerpo y del alma!

Y si esta es ley general y bien probada, en el caso de que tratamos no debía fallar, porque Angel, como sabemos, era impresionable en sumo grado, y el medio ambiente la compenetraba. Largo rato estuvo sollozando, y cuando se calmó, todavía guardó silencio por mucho tiempo. Después dijo con cierta calma y serenidad relativas:

—Mañana quiero ir á ver á Ernesto en la prisión: necesito animarlo y que me vea á su lado; después, no me separaré del tuyo, madre mía, hasta que estés buena, y podamos arreglar una instalación á tu gusto y lejos de estos sitios que me son odiosos.

Mad. Dreifus recibió las palabras de su hija con nuevas lágrimas, dulces esta vez y llenas de consuelo, enjugadas por los besos y las caricias de la hija querida.

Entonces, levantándose Cecilia se adelantó hacia ellas.

—Si hago á V. falta—dijo—me quedaré, si no, me marcho, porque ya sabe V. que hay enfermos allí.

Esta voz y lo que le recordaba, hicieron estremecer á Angel desde los piés á la cabeza.

—No me acordaba que estaba V. ahí y sin comer—respondió.—Gracias por su ofrecimiento, pero puede V. volverse; y después de explicar á su madre que Cecilia había tenido la bondad de acompañarla y hacer que ésta se acercase para saludar á la enferma, Angel salió á despedir á la joven y la dijo antes de marchar:

—Creo que le debo á V. un gran favor, y aunque por costumbre no los agradezco, éste no se me olvidará. De todas maneras, el de V. será el único buen recuerdo que conservaré del insoportable *Chateau*.

Esta fué la última palabra de la temible huéspeda, y muy bien debió sonar en los oídos de Cecilia, porque, á pesar de los cuadros tristes que venía presenciando, se encontraba animada, muy bien dispuesta y con cierta propensión á la ale-

gría, cuando sola y bien abrigada en la berlina se sentía llevar al trote acelerado de los dos buenos caballos hacia la morada donde sin embargo reinaba en aquel momento la tristeza del dolor y el miedo de la amenaza.

Desde el momento de llegar, comprendió que algo grave había pasado. En el comedor no había ninguna persona de la familia; la mesa, indicando que sólo dos personas habían comido, se conservaba puesta con el cubierto de Cecilia intacto. Ésta al llegar se sentó sin preguntar nada, y momentos después se dejaba servir con impasibilidad por una de las muchachas, que mostraba en el semblante la expresión adecuada á las circunstancias, que en el suyo faltaba.

—¡Si supiera la señorita lo que ha pasado aquí!—dijo por fin incapaz de callar por más tiempo.

—¿Y qué ha pasado? ¿Está mi tío peor?

—No lo sé, señorita, pero no sería extraño: el señor se ha excitado tanto!

—¿Y por qué se ha excitado el señor?

—La causa no puedo saberla, pero el señor y la señora han disputado... ¡Oh, señorita, es una cosa horrible si uno piensa el estado del señor! Yo estaba por casualidad en el pasillo, cuando salió M. Deville y poco después Mad. Rosa muy incomodada: entonces fué cuando empezó la disputa entre mis amos!... Yo pensé que mis piés habían echado raíces al lado del aparador de las luces, porque no me podía menear. Si M. Julio no viene á sacar de allí á la señora, no sé cómo habría concluído aquello.

—¿Y quién está con mi tío ahora?

—Mlle. Serval: ha prohibido que entre otra persona que ella y Valeria en su cuarto.

—¿No han mandado buscar al médico?

—Que yo sepa, no.

Callóse la mujer cuando ya nada le preguntaron, y se quedó Cecilia bastante inquieta á pesar de su inmovilidad, pensando á cuál de los dramas pendientes correspondería aquel brusco incidente y qué consecuencias traería; inquietábale el asunto de Rosa, y así, sin querer continuar en su papel pasivo preguntó:

—¿Dónde está ahora la señora?

—En el cuarto de Mad. de Lagarde están todos, exceptuando Mad. Rosa que se ha encerrado en el suyo.

Cecilia subió y se fué derechamente al cuarto indicado, donde la conversación era tan apasionada que nadie dió importancia á su llegada, y pudo, según su sistema, enterarse de lo que quería saber sin preguntarlo.

—La cosa es muy sencilla,—decía con gran dulzura monsieur Adolfo.

—Usted se queda y yo me voy ó nos vamos los dos, y yo no dejaré nunca sola á mi madrecita; pero persuadirme á que me quede una sola noche más en una casa de la cual me han despedido como á una persona asalariada, es trabajo inútil, porque harta concesión hago con prolongar esta sesión.

Mad. de Lagarde estaba sentada en la *chaise longue* que ocupaba el lado opuesto de su cama. Un volante de seda verde amortiguaba la luz de la lámpara, y dejaba en sombra su cuerpo abatido y postrado.

—Yo haré lo que tú me digas que haga, hijo mío; pero encuentro muy duro, vieja y enferma como estoy, marcharme así violentamente.

—Es que yo no lo consentiría,—exclamó Mad. de Beaufort, á la cual se notaba enseguida bajo el dominio de una agitación violenta.—¿Por qué te habías de marchar de esta manera de mi casa? Armando nada ha hablado de tí, y cualesquiera que sean sus desatinos, es incapaz de decir ni de consentir que salgas de casa estando enferma. Adolfo no es tu hijo, ni tienes por qué pagar por él; francamente, mis títulos de sobrina valen bien los suyos: sería una ridiculez que te fueses por ahí á hacer la aventurera, poniéndonos á nosotros en ridículo.

—Amelia tiene razón,—repuso Adolfo siempre sereno.—Usted no debe ser la víctima de mis yerros; así, no se trata aquí de violencia ninguna, sino de que V. elija entre estos señores y yo. Tampoco es preciso que se decida en este momento. No trate V. de detenerme, es lo único que pido; después, me hará V. saber lo que determine, y en consecuencia de eso obraré yo.

—Pero, vamos á ver, querido—dijo M. Julio interviniendo en el debate con una intención que se le notaba, conciliadora desde el primer instante.—¿No habría medio de arreglar esto? ¡Vergonzoso es para la familia! ¡Cómo vas á tomar en serio la salida brutal de un enfermo que no tiene más á mano otra persona en quien descargar el peso que le vienen implacablemente á echar sobre el pecho! ¿Acaso fué humano venirle á decir á quemarropa que Mad. de Soissey se había largado?

—Si en lugar de marcharse se hubiese muerto de repente,—repuso Amelia; así, lo mismo y cortante, se lo hubiese dicho. ¡Eres bueno tú! ¡Ve á decirle á las llamas que no quemen! Lo mismo es decirme á mí que me contenga, cuando me han medito á maza y martillo la indignación dentro del cuerpo!

—¡Por eso no te lo digo, y te felicito por tu facilidad en arrojar todo lo que te molesta á la cabeza del más flojo: con esto tú te quedas tan desahogada y tan rozagante! Pero confiesa al menos que Adolfo no debe tomar al pie de la letra las palabras ultrajantes de un enfermo á quien tú hiciste perder el juicio clavándole un aguijón hasta las entretelas.

—Ese es otro negocio, y la ocasión no es la más oportuna para que yo me queme los dedos tratando de poner paños calientes. Adolfo bien ha visto cómo yo me puse del lado suyo y qué palabras tan duras dije á mi marido echándole en cara su brutalidad; pero creer que él lo dijo sin saber lo que se decía es un disparate: mis palabras pueden haber acelerado la cosa, pero la intención de darle á Adolfo un «beso á V. la mano», hace ya mucho tiempo que la tenía Armando.

—¡Francamente, hermana! Lo siento por vosotros; ¡sois imposibles! A fe mía, creo que Rosa ha tenido razón declarándose rebelde. Exigís demasiado, tenéis los sentimientos metalizados y golpeáis en los que los tienen vivos como en terreno conquistado!

—¡Rosa es una impertinente! ¿Quién la mandaba á ella hacer suya la causa de Adolfo? ¿Qué tienen que ver la una con el otro? ¿No era mucho más natural que se pusiera del lado de su tío, á quien debe todo lo que es?

—En resumen, Amelia—dijo M. Deville, decidido á terminar la discusión:—yo quiero saber su opinión de V. ¿Encuen-

tra V. que he dado motivo para el odio de mi tutor? ¿Cree usted que en este momento y para seguir la conducta que siempre he observado con él, de no justificarme nunca, debo marcharme del *chateau*?

—¡Diantre, querido! la primera cuestión es un poco complicada. Estoy segura que tú no has hecho ninguna acción mala, pero que la repulsión de tu tutor no esté justificada, no te lo puedo decir; cuestión de simpatías, y desde el momento que siente repulsión por una persona que vive en su casa, francamente, me parece que está en su derecho diciéndole cortesmente que vería con gusto que se fuese á vivir á otro lado.

Al oir esto, y sin contestar una palabra, M. Deville fué á besar á Mad. de Lagarde en la frente, y alargando francamente la mano á Amelia con un «hasta la vista», salió sosegadamente de la habitación seguido de Julio, que declaraba su intención de acompañarle.

Cecilia, enterada ya de la historia y dejando á las señoras mayores en el embargo de su estupor, les precedió para detenerles en el pasillo algunos momentos.

—M. Julio—dijo—el estado de mi tío me inspira mucho cuidado; voy ahora á su cuarto; no se marche V. sin estar conmigo, porque si sucediese una desgracia ¿cómo nos habíamos de encontrar en casa sin ningún hombre de la familia?

—Es verdad;—dijo éste sumamente contrariado por no hacer aquel alarde de independencia en favor del que se iba —pero no creo la cosa tan grave.

—Puede V., por de pronto, pedir noticias á Valeria, que sale ahora mismo del cuarto.—Y aprovechando el momento en que Julio hacía lo que le habían indicado, dijo Cecilia á Adolfo:

—Cuente V. conmigo para todo.

—Por de pronto, que Rosa no sepa nada; mañana dígale usted lo que ha pasado, y yo le escribiré.

—No es prudente; Mlle. Serval recoge y reparte el correo, y no es amiga franca.

—Piensen VV. lo que sea mejor, yo me iré en el tren de media noche á Versailles, pero vendré todos los días á Villepaix; á la aldea, se entiende.

M. Julio volvía. Según las noticias que acababa de darle

Valeria, no le era posible prudentemente acompañar á su amigo sino hasta la puerta. Allí, después de darle un buen apretón de manos, se quedó solo, paseándose por el comedor y la sala de billar, bien decidido á no ver á su hermana ni presentarse delante de ninguno sin previo aviso de Cecilia. La cual, sin pedírselo á nadie, entró resueltamente en el cuarto del enfermo. Sentado éste en una gran butaca, parecía no tener más sostén que las blandas almohadas que por todas partes tocaban su cuerpo como impidiendo un completo desplome. Su cara no tenía la palidez de los días anteriores; estaba encendida y era muy frecuente la respiración. Mlle. Serval se levantó al ver á Cecilia, adelantándose dos pasos como para contestar á sus preguntas; pero la joven no se las hizo. Se acercó al enfermo, y después de estarle mirando atentamente algún tiempo ocupó tranquilamente la silla de la enfermera, diciendo á ésta:

—Haga V. el favor de ir á llamar á mi tía.

—M. de Beaufort me ha encargado que no me separe de su lado un instante y su deseo es estar solo y cuidado por mí.

—Vaya V. á llamar á mi tía, mademoiselle, y lo más pronto posible: está en el cuarto de Mad. de Lagarde. No es el enfermo quien manda en estos momentos; ¡vaya V. aprisa!

EULALIA DE LIANS.

(Se continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Solución de la crisis.— Desencantos.—El Sr. Silvela y la fusión.—Enfado del Sr. Sagasta y vindicaciones de los agredidos.—Resultado final de los debates.

TERMINÓ la crisis de una manera prevista. La famosa ponderación de fuerzas subsiste, según explica y pregona el Presidente inamovible de todos los Gabinetes liberales; pero lo que se desmorona, cae y muere sin remedio, es el fusionismo, informe y artificial producto de aquellas imposibles amalgamas que en la oposición prepararon el conservador heterodoxo Alonso Martínez y el acomodaticio demócrata Montero Ríos.

Llegado el momento de dar cuenta al país de la política perturbadora que ha regido y rige todavía sus destinos, no se han podido evidenciar desaciertos más inauditos, ni fracasos más fatales.

El Sr. Sagasta, hombre de oposición tal vez, pero nunca muy distinguido en el Gobierno, ha sido favorecido por circunstancias excepcionales; ha dispuesto de la confianza sin límites de la Corona, ha contado con benevolencias, patriotismos si se quiere, y hasta debilidades que le aseguraban una absoluta libertad de acción y largo espacio para realizar aspi-

raciones y desenvolver ideales; pero á los dos años y medio se encuentra ya sin fuerzas, sin prestigio, incapaz y quebrantado.

No extrañamos los desencantos ni las increpaciones de la misma prensa liberal, que pregunta indignada:—«¿Qué modo de gobernar es éste, que ha introducido el desorden y la perturbación en todo? ¿Cómo negar que los cargos formulados por el Sr. Duque de Tetuán, son cargos que no tienen respuesta? A donde quiera que se dirija la vista se encontrará la justificación de ellos.

En el orden económico ya hemos oído al Sr. Gamazo, cuya autoridad no recusarán los ministeriales.

En lo referente á la administración no hay sino atenerse á testimonios salidos todos del seno del partido liberal, á lo que ha dicho el Duque de Tetuán, á lo que dijo el General Salamanca, á lo que refería el General Dabán, á lo que han confesado los propios Ministros y han revelado cincuenta veces, pero infructuosamente todas ellas, los debates de las Cámaras.

En lo político y parlamentario, ahí está la mayoría, que no es ya sino una agregación artificial de las mesnadas de Gamazo, de Martos, de Vega Armijo, de Montero Ríos, de Albareda, de Moret, de Navarro y Rodrigo y de Alonso Martínez.

En lo militar, el ejército perturbado y dividido; la agitación llevada á los cuarteles; las armas generales por un lado y los cuerpos facultativos por otro.

Hasta lo más alto han llegado las consecuencias de esta manera de gobernar. Hasta en las relaciones de la familia Real se tocan los frutos de la incapacidad del fusionismo. Quince días llevan las Cámaras discutiendo hechos en que intervienen la Infanta D.ª Isabel y la Infanta D.ª Eulalia. Otra vez dedicaron unos cuantos á discutir cuestiones relacionadas con la Reina D.ª Isabel y con el Duque de Montpensier. Y milagro es que no hayan consagrado también algunas sesiones á la retirada de la Sra. Duquesa de Medina de las Torres, ó á la dimisión del Sr. Marqués de Alcañices.»

Pero nuestra misión de cronistas nos obliga á prescindir algún tanto de esos capítulos de cargo para circunscribirnos á redactar á la ligera una simple nota en la que queden de

pasada indicados los hechos políticos más culminantes de la fecunda quincena que termina.

*
* *

Los honores del debate político corresponden al partido conservador.

El Sr. Silvela, con tiro certero y dicción acerada, puso al desnudo los procedimientos del fusionismo, las eternas contradicciones y las desdichadas componendas de su jefe, causando hondísima impresión con el cuadro que trazaba su grandilocuencia. Este discurso tuvo el mérito de herir en el corazón, haciendo perder la calma al Presidente del Gabinete, que faltando á todas las conveniencias políticas y á la serenidad tan necesaria en todas ocasiones á un verdadero hombre de Estado, se descompuso y desató en improperios contra los conservadores, acudiendo á historias retrospectivas y acusando de antipáticos, injustos, violentos, egoistas é impacientes á los mismos que voluntariamente renunciaban á devolver esas frases, y tuvieron la abnegación de entregarle el poder sin otro móvil que un noble desinterés y un admirable patriotismo.

Tal intemperancia del Sr. Sagasta necesitaba serio correctivo, y de ese correctivo se encargó el eminente estadista señor Cánovas del Castillo, acusando de torpe y débil la política de la situación en lo que atañe á la defensa de las instituciones, aquilatando los éxitos ficticios que se atribuye el partido dominante, advirtiendo peligros, confortando actitudes y definiendo principios.

Rechazó el Sr. Cánovas el argumento del Sr. Sagasta, de que el partido conservador cerraba la puerta de la legalidad á determinados partidos, porque es un hecho evidente que fué el único que aplaudió y apoyó á aquellos elementos que de la República volvían á la Monarquía, cuando encontraban todo género de dificultades por parte del Sr. Sagasta, y apela al testimonio del Sr. Martos en declaraciones hechas en la misma Cámara y al de otros elementos que, por cuestiones de Go-

bierno, á no ser por la firmeza de sus convicciones, no se hubieran acogido á la legalidad.

Respecto al recuerdo de los sucesos de la Universidad, dijo que no pueden compararse con los de Riotinto, verdadera matanza como no se registraba otra desde que el Sr. Sagasta tomó la misión de bombardear ciudades.

Consignó que el apaciguamiento de las pasiones republicanas ha sido obra del tiempo y de la paz que ha disfrutado la nación, siendo muy diferentes las circunstancias del país al advenimiento del Rey D. Alfonso XII después de períodos revolucionarios, y ahora que han transcurrido tantos años. Expuso que el partido liberal no ha tenido la suerte del partido conservador, pues se han repetido las sublevaciones, se ha visto á los insurrectos dueños de plazas y fortalezas y hasta se han paseado por las calles de Madrid, y logrando vencerlos, aunque sin más derramamiento de sangre que la de los monárquicos, viene el Sr. Sagasta á ensalzar este período de paz, como si cuando él no ocupó el poder no hubiese habido uno y dos y tres y hasta cuatro veranos sin un levantamiento.

Y protestando de que el Sr. Sagasta dijese que, durante el Gobierno conservador, era menos querida la Monarquía que ahora, y aludiendo á los triunfos del viaje regio á Barcelona, añadía: «Regocijémonos de esas manifestaciones del país; regocijémonos de que esas instituciones estén tan dignamente representadas, y no las mezclemos en nuestras contiendas, por los inconvenientes que tiene el que se acoja á sus éxitos el Presidente de un Gobierno y el jefe de un partido; yo protesto de esas discusiones, pero no las rehuiré si se me provoca, y en ellas va interesada, como lo estaban ahora, mi dignidad personal y mis deberes de Ministro del Rey.»

Grandísimo fué el efecto causado por este discurso. Muchos vieron en él decididos cambios de actitud, cuando no había realmente en el fondo más que la enérgica expresión del buen sentido politico ante las ilusiones, los errores y las faltas del Gobierno.

*
* *

Mucho se ha hablado de la última crisis, y todavía no se nos han explicado los verdaderos motivos de su solución ilógica y extraña. Gran juego han dado en el Parlamento los problemas económicos, y aún no se conocen bien los propósitos, las doctrinas ni los procedimientos del Gobierno fusionista. Desmiente el Sr. Cassola al Sr. Sagasta, y con sin igual frescura se hacen un día declaraciones diametralmente opuestas á las que se defendieron poco antes.

De todas maneras, la enojosa cuestión de etiqueta entre los señores Martínez Campos y Cassola se ha convertido en cuestión política, así como las vacilaciones y las terquedades gubernamentales han dado supremo interés á los problemas económicos. Al fin, son antiguos amigos del Gobierno los que toman á su cargo advertirle que anda por caminos de perdición. Díganlo en primer término el Duque de Tetuán y el señor Gamazo.

Pero, á pesar de todo, el Duque de Tetuán y el Sr. Gamazo se declaran más fusionistas que nunca, y esto es más perjudicial á su propio partido que una separación franca, favoreciendo el equilibrismo á que tan aficionado es su jefe y dejando el camino más franco á los conservadores.

***

Entre los muchos y buenos discursos pronunciados acerca de los presupuestos en el Congreso, figura en lugar distinguido una enmienda presentada por el Sr. Conde de Toreno para que se eleven los derechos arancelarios exigibles á los ganados que se importen en nuestro país.

En su notable trabajo el expresidente del Congreso ha puesto de relieve la profunda crisis que viene sufriendo la ganadería española y la necesidad de atajar el mal si se ha de evitar que desaparezca esa riqueza, antes tan floreciente y que hoy sufre los embates de la competencia extranjera; para lo cual el Sr. Conde de Toreno, inspirándose en el resultado de la información agraria, en el dictamen del Consejo de agricultores y en las reclamaciones de los productores, pide la

justa defensa arancelaria por medio de derechos compensadores, sin que por ello se restrinja el consumo ni se encarezca la subsistencia, que aún puede abaratarse suprimiendo monopolios abusivos que la opinión condena. El discurso del señor Conde de Toreno ha sido muy aplaudido y justamente elogiado por la elevación de miras que en él resplandece.

Excusado es decir que la comisión rechazó el alza de los aranceles, dejando al tiempo y al esfuerzo individual la defensa de la producción, para la cual tienen los fusionistas buenas palabras y muchas promesas, que por desgracia no se ven traducidas en hechos. Queda pues consignado que, siendo evidente que el partido gobernante no tiene medios ni soluciones para conjurar la crisis agronómica, el partido conservador levanta la bandera del proteccionismo como medio de fomentar la industria nacional en sus más fecundas manifestaciones.

A.

REVISTA EXTRANJERA

Advenimiento de Guillermo II en el Trono de Alemania

URIÓ, después de tres años de martirio y de un cortísimo reinado de tres meses, el Emperador que contaba con universales simpatías.

El último suspiro de Federico III no solamente ha sido señal de profunda tristeza en todas las cortes, sino también instintivo presentimiento de que acababa de desaparecer una de las más sólidas garantías de la paz europea.

¿Se fundaba acaso y únicamente esta esperanza en la alta compasión que á todos inspira una vida amenazada de continuo por enfermedad horrible? ¿Eran las cualidades personales de Federico III las de un hombre históricamente reñido con la gloria de los campos de batalla?

La compasión pudo engendrar corrientes de universal benevolencia; pero aquel Soberano no habría podido desmentir, como no desmintió jamás, que era heredero de un gran Imperio, regido por una raza belicosa, y que sus manos y sus hombros estaban hechos para levantar en caso necesario y sostener el peso del mundo. Hasta su cadáver vistió el uniforme de General y ostentó en su frío pecho aquella cruz de Hierro y otra del Mérito militar que su propio padre había prendido en su pecho en los campos de Sadowa. Sobre sus marmóreas manos, ligeramente unidas, brillaba todavía á última hora la empuñadura de aquella espada sobre

la que descansó la corona de laurel debida al cariño de su esposa y ofrecida al héroe que entró triunfante en Berlín en 1871.

Y sin embargo, la eterna rivalidad de los tradicionales enemigos del Imperio germánico, ha buscado antagonismos sin duda imaginarios entre las virtudes del padre moribundo y las del hijo tan súbitamente llamado al trono de sus mayores. Se han proyectado sombras y se han promovido desconfianzas, acerca de la edad y de las aficiones guerreras que se atribuyen á Guillermo II. No es tan joven el nuevo Rey de Prusia, ni sería tampoco la primera vez que Príncipes jóvenes saben adquirir gran notoriedad en la ciencia de gobernar á los pueblos. Se ha recordado, y no sin razón, que muy joven pisó las gradas del solio de Inglaterra la actual Reina Victoria, que ha superado las memorias indelebles de la ínclita Isabel; jóvenes recibieron la soberana investidura el actual Emperador de Austria y aun el actual Rey de Italia, y en España ha dejado un nombre inmortal Alfonso XII, que entre el llanto de sus súbditos y despues de haber restaurado la paz y la unidad de la nación, bajó al sepulcro en la primera flor de la vida. En las más preciosas tradiciones alemanas de la casa Real de Prusia y del gran electorado de Brandenburgo, desde el Gran Elector, que tenía veinte años cuando fué llamado á ejercer su poder, hasta el Gran Federico, que frisaba en los veintiocho, y Federico Guillermo I, que contaba veinticuatro, la historia puede enumerar una serie de Príncipes admirables que dejaron largo rastro de gloria.

La merecida apoteosis del Emperador que acaba de bajar á la tumba no puede servir de base á prematuras y negras profecías, y la gran lástima que inspiran los últimos meses del mártir del dolor no autoriza á prejuzgar intencionalmente la conducta del Soberano que una serie de circunstancias fatales elevan de improviso y en momentos difíciles para Europa.

Se le culpa de ser más amigo que su padre de la política del Gran Canciller Bismarck, á quien todo lo debe Alemania. Esta nos parece una acusación inadmisible. Es bien seguro que las aspiraciones de Federico III, si la suerte le hu-

biese deparado larga vida, hubieran sido las mismas que fueron las de Guillermo I, las mismas que serán indudablemente las de Guillermo II. La confianza de éste último en los viejos amigos de su augusta familia es, por el contrario, una evidente manifestación de rara prudencia, y la conservación del Príncipe de Bismarck en la alta dirección de los asuntos exteriores y del Feldmariscal Moltke en la del ejército, es una garantía de que la política de Guillermo II descansa en las mismas solemnes promesas que los amantes sinceros de la paz habían oído tantas veces de los labios de su venerable abuelo.

***

Una proclama al ejército y á la marina, un manifiesto al pueblo y un programa político, son los tres importantes documentos con que inaugura su reinado el nuevo Emperador de Alemania. Su proclama militar es la de un General completamente confiado en el valor y en la lealtad de las fuerzas que á vida y á muerte han jurado seguirle; su manifiesto al pueblo respira sentimientos elevados, espíritu eminentemente religioso y cariñosas afecciones hacia el pueblo; y finalmente, el discurso imperial leido en la solemne apertura del Reichstag revela que el carácter que el Emperador se propone imprimir á su Gobierno es el de una prudencia mesurada y amistosa en las relaciones internacionales, ya con los Gabinetes de las potencias aliadas, ya también con las otras naciones rivales del Imperio. Hay entonación en las frases, hay vigor en los conceptos, hay verdad en el fondo de todo aquel discurso salido de los labios del heredero de lauros militares de Guillermo I. Se nos había anunciado el advenimiento de un Soberano inexperto, impaciente y apasionado, y causa una agradable sorpresa ver á un Monarca de ideas sesudas y elevadas.

El programa político que ha dado Guillermo II no se diferencia en nada del que publicó su augusto padre Federico III. Quiere mantener la paz en Europa y declara que Alemania no necesita ya para su prestigio ni nuevas glorias militares ni nuevas conquistas. Mantiene formalmente todas las antiguas alianzas defensivas, y el Tratado de 1879 es

para él «una base de equilibrio europeo, así como un testamento del Imperio de Alemania,» resultando, por consiguiente, dicho Tratado, no una combinación efímera y revocable, sino la afirmación de una solidaridad estrecha y permanente entre los dos Imperios de Alemania y Austria-Hungría. Tributa un párrafo de amistosa consideración á Italia, y asegura también que el nuevo Emperador sostendrá y estrechará sus ya íntimas relaciones con el Czar de Rusia, manteniéndose en la misma inteligencia pacífica que de cien años á esta parte existe entre los dos Imperios.

En una palabra, el temido apogeo de la autoridad del Canciller Bismarck representa hoy, de un modo indudable, el triunfo de la paz europea, siempre que no surjan provocaciones insanas.

Lo reciente de los hechos históricos que realizaron la grandiosa transformación de Alemania, la constancia pertinaz reclamada por el anhelo de consolidar el Imperio y hasta el instinto de conservación de la espléndida herencia del nuevo César, exigían en verdad de Guillermo II la fe segura y demás virtudes de que se manifiesta adornado.

***

Telegramas oficiosos y correspondencias interesadas de París y de Londres, quieren á todas horas desvirtuar los actos políticos del nuevo emperador, infundiendo temores. Pero el preclaro sucesor del gran Guillermo I tiene bien definida y perfectamente señalada su importantísima misión en la historia moderna.

Quizás llegue un día en que pueda Europa bendecir esa influencia política de Bismarck y de Alemania.

La aurora de este día podrá precisarse, cuando desvanecidos todos los sueños y conatos de revancha francesa, deje Inglaterra de tener el influjo directo y muchas veces decisivo que hoy no le corresponde en el Continente, y del que tanto se vale y abusa en provecho de su tradicional egoismo para sembrar de continuo recelos y conflictos de Norte á Sur, ya á orillas del Nilo ó del Danubio, ya en las costas africanas ó en la Península de los Balkanes.

S.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO [1]

Colección de lecturas recreativas, *por el P.* LUIS COLOMA, *de la Compañía de Jesús. — Dibujos de Apeles Mestres y Paciano Ross, fotograbados de J. Thomas y J. Casals. Cuarta edición.—Bilbao, 1887. En 4.º, 626 páginas. Precio: 3,50 pesetas.*

Los veinte artículos que forman este precioso libro, publicáronse por primera vez en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, durante los años de 1884, 1885 y 1886. Llegamos tarde para hablar de un libro que han elogiado y leído con deleite todas las personas amantes de la literatura. Don Luis Vidart, en un estudio titulado *La historia y la novela*, hace justicia á las dotes literarias del P. Coloma, escritor que recuerda á Fernán Caballero y á D. Pedro Antonio de Alarcón, y dice: «Domina en las novelas del Padre Coloma una tendencia á censurar el estado social en que hoy vivimos, describiendo á los españoles del siglo XIX, no con aquellas tintas que usaba Calderón para pintar á sus caballerescos héroes, sino más bien con aquellas otras que empleó Cervantes cuando en el Duque y la Duquesa de su *Quijote* nos dió á conocer dos ilustres personajes, no sanos de cuerpo... La *buena sociedad* de las grandes poblaciones que nos pinta el Padre Luis de Coloma está bastante lejos de ser *buena*, y según parece, anda cerca de dejar de ser *sociedad.*»

Tal es, en efecto, la impresión triste que produce la lectura del hermoso libro del P. Coloma, mas no debe culparse á éste, que se ha propuesto «huir de todo idealismo y presentarnos la sociedad moderna tal como ella es en la realidad», sino al original.

No se ocultará á nadie que el sabio jesuíta persigue con su trabajo un fin

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

loable: fustigar los vicios y combatir las tendencias positivistas de la época.

No vaya á creerse por lo dicho, que la obra sea un continuo sermoneo.

La *Colección de lecturas recreativas*, entretiene agradablemente; la atención se fija con especial deleitè en aquellas descripciones, tan llenas de calor y vida, en las que se ve animarse, moverse y sentir á los personajes.

Hoy que tanto abundan las novelas llamadas naturalistas, son más necesarios que nunca libros como el del P. Coloma, á quien favoreció Dios con clarísimo talento, suma laboriosidad y un gusto literario tan exquisito, que nos parece ha de valerle en corto plazo la honra de pertenecer á la Academia Española.

***

Cours d'Astronomie pratique, *por* E. CASPARI, *ingeniero hidrógrafo de la Marina. Primera parte: coordenadas verdaderas y aparentes; teoría de los instrumentos.—París*, GAUTHIER-VILLARS ET FILS, *editores*, 1888. *En* 4.°, 286 *páginas. Precio*, 9 *pesetas*.

Consiste uno de los principales méritos del autor de este libro concienzudo. en que ha sabido ceñirse á su objeto; su trabajo, como lo indica en el subtítulo, no constituye un tratado completo de Astronomía práctica, sino la aplicación de la Astronomía á la Geografía y á la Navegación.

Claro está que no se pueden pedir muchas novedades en asuntos abordados ya por Ulises y los fenicios, y resueltos de modos tan diversos por Copérnico y Ticho Brahe. Pero si el asunto no es nuevo, necesita que se le rejuvenezca más que otro alguno. Viene como á completar el notable libro de M. Faye, que las gentes del oficio tienen por demasiado teórico. No queremos decir con esto que haya que privarse de los recursos que proporcionan la Geometría y el Análisis; creemos, por el contrario, que el práctico digno de este nombre debe poseer á la perfección todos los conocimientos propios para facilitar su tarea y debe manejar el cálculo y las fórmulas con la misma destreza que el teodolito y el sextante.

El examen atento del notable libro de M. Caspari permite afirmar, á juzgar por el primer tomo, que el autor ha cumplido el plan que se propuso con tanta suerte como talento.

La teoría de los instrumentos es lo que más nos ha agradado. En un capítulo se estudian los instrumentos para la medida de ángulos, anteojo astronómico, círculos divididos, círculo meridiano, teodolito é instrumentos de reflexión. Otro se refiere á los cronómetros y contiene el resumen de los trabajos de Phillips, Lienssou, Daussy, Vincendon, Mouchez, Villarceau, etc. En ambos capítulos, además de la exposición clara y precisa, abundan observaciones interesantes y detalles ingeniosos que revelan la doble experiencia que dan los viajes y la enseñanza. No solamente conoce á fondo M. Caspari todos los secretos de la especialidad, sino que los descubre con el arte y medida de un profesor que sabe instruir sin fatigar. Esta parte, que forma los dos últimos tercios del tomo, será muy apreciada, tanto por las personas competentes como por las que no tuviesen ningún conocimiento anterior en la materia. Las condiciones tipográficas son esmeradísimas, como cumple á los acre-

ditados editores MM. Gauthier-Villars et fils.

***

Historia de Roma, *por* FRANCISCO BERTOLINI.— *Versión española de Salvador López Guijarro.—Tomo segundo.—Madrid,* «*El Progreso editorial,*» *1888.—En 4.º, 402 páginas y sesenta grabados. Precio, 9,50 pesetas.*

Puede afirmarse, sin exajeración, que este libro es uno de los trabajos más imparciales y más profundos que se han escrito en los presentes tiempos y una obra de arte por su esmerada tipografía, el magnífico papel satinado en que está impresa y las bellísimas ilustraciones de Pogliaghi que le adornan. El Consejo superior de Instrucción Pública de Italia premió esta obra, y la premió con justicia, pues tanto en verdad histórica como en detalles interesantes está á la altura de las mejores de su clase.

El tomo segundo, que se acaba de publicar, trata en el primer capítulo, entre otros particulares, del estado interior de la República antes de los Gracos, la guerra yugurtina, los cimbros y los teutones, la guerra de los aliados, la revolución sulpicia, la primera guerra de Mitrídates, la de Sertorio, la servil, el primer consulado de Gneo Pompeyo, la conjuración de Catilina, el consulado de Cicerón, la guerra de César y Pompeyo y el gobierno personal de Julio César. En el capítulo siguiente se describen los primeros efectos de la muerte de Julio César, Marco Antonio, dueño de la república, los primeros hechos de Octaviano, la guerra modenense, el primer consulado de Octaviano, el segundo triunvirato, el duunvirato de Octaviano y Antonio y la última guerra civil. Y en el tercer capítulo se estudian las costumbres y la cultura del pueblo romano. Completan el tomo cinco interesantes ampliaciones.

La traducción está esmerada y galanamente hecha por el distinguido literato Sr. López Guijarro.

***

Les régions invisibles du globe et des espaces célestes (*las aguas subterráneas, los temblores de tierra y los meteoritos*), *por* A. DAUBRÉE, *miembro del Instituto y profesor del Museo de Historia natural.—París,* FÉLIX ALCAN, *editor*, 1888. *En* 4.º, 202 *páginas y* 78 *grabados en el texto. Precio,* 6 *pesetas.*

Poner al alcance del público el estudio del régimen de las aguas subterráneas, de la formación de las rocas sedimentarias ó cristalinas, de las grandes sacudidas que á cada instante modifican la extructura interna del globo; probar la unidad de constitución del universo por la comparación de las rocas meteóricas con las de nuestra tierra; tal es, á grandes rasgos, el objeto que se ha propuesto el esclarecido sabio M. Daubrée. Ha podido realizar una vulgarización solamente asequible á los hombres de ciencia, quienes, sin fijarse demasiado en los detalles, presentan en conjunto el cuadro de los grandes fenómenos, tan interesantes y curiosos.

Pertenece el libro á la notabilísima *Biblioteca científica contemporánea*, y, como todos los de ella, aparece estampado en papel de hilo puro y elegantemente encuadernado á la inglesa.

***

Ensayo de Fisiología filosófica y general, *por* D. JESÚS ALCOLEA Y FERNÁNDEZ, *Catedrático de Fisiología é Higiene en la Escuela especial de Veterinaria de Madrid.—Madrid, 1888.—En* 4.°, *373 páginas. Precio, 8 pesetas.*

Muchas y de singular importancia son las cuestiones que examina en su obra el docto catedrático Sr. Alcolea. Sigue en ella el método del célebre Claudio Bernard, y aunque declara en el prólogo que su objeto ha sido facilitar el estudio de la asignatura que explica á sus alumnos, basta hojear el libro para comprender que ofrece gran interés á todas las personas que deseen conocer la última palabra de la ciencia en los puntos que toca el autor.

En la *Fisiología filosófica*, define y limita esta parte de la biología, haciendo larga serie de eruditas consideraciones; expone luego las analogías y las diferencias de los cuerpos inorgánicos y los organizados; la característica de la vida; la unidad vital en todos los animales; las analogías y diferencias entre vegetales y animales y las condiciones y las formas generales de la vida. La *Fisiología general*, que constituye la segunda parte del libro, contiene también extraordinario número de datos, observaciones y juicios.

Reciba nuestros plácemes el ilustrado profesor Sr. Alcolea por su trabajo, tan importante como útil.

***

Varias publicaciones.

La casa editorial de D. Daniel Cortezo ha repartido los cuadernos 178 á 180 de la magnífica obra *España*, en los que continúa la descripción de la provincia de Burgos por el señor Amador de los Ríos, y da comienzo la de las islas Baleares por los señores D. Pablo Piferrer y D. José María Quadrado. Son muy notables las fototipias que representan la vista del templo y la entrada de la nave de San Juan de las Huelgas y la Casa Lonja de Mallorca. También ha repartido los cuadernos 71 á 74 de *Las Grandes Capitales*, obra que ilustran multitud de primorosos grabados.

También ha salido á luz el cuaderno sexto de *La vida militar en España*, escrita por el Sr. Barado, y con cuadros y dibujos del Sr. Cusach. *Recuerdos de Segovia* y *Artillería de batalla* se titulan los dos capítulos que aparecen en el mencionado cuaderno, y ambos llaman la atención poderosamente por la belleza de la forma y por la originalidad de las ideas. Los grabados que representan la artillería divisionaria, un cabo, un capitán examinando el campo enemigo durante el combate, un asistente y un soldado de artillería montada, son de una realidad artística que enamora. Una vez más hemos de aplaudir á los sucesores de N. Ramírez, por haber emprendido la publicación de obra tan magnífica.

***

El Ministerio de Gracia y Justicia ha publicado la *Estadística de la Administración de justicia en lo criminal durante el año* 1887 en la Península é islas adyacentes. Es un trabajo, lleno de estados; que puede servir para estudios especiales.

***

Les étoiles filantes et les bolides, *par* M. FÉLIX HÉMENT, *es un*

librito que acaban de dar á la estampa los Sres. GAUTHIER VILLARS.

Cada día va en aumento el número de personas que se interesan por las cuestiones científicas. A satisfacer sus naturales deseos tiende la obrita de M. Hément, inspector honorario de instrucción pública, en la que expone cuanto se sabe respecto á las estrellas fugaces y los bólidos, meteoros que con frecuencia se presentan, despertando la curiosidad de muchos. Realzan el libro primorosos grabados. (Precio, 2'50 pesetas.)

***

La Peninsule des Balkans, *par* EMILE DE LAVELEYE.—*París, Félix Alcan, editor, 1888. En 4.º, dos tomos de 360 y 435 páginas.*

El sabio economista M. Laveleye es uno de los hombres que mejor conocen á Europa, porque ha estudiado todos sus engranajes políticos y económicos. *La Península de los Balkanes* es la relación de un viaje que hizo en 1884, durante el cual recorrió Viena, Croacia, Bosnia, Servia, Bulgaria, Rumelia, Turquía y Rumanía. La revolución búlgara hizo resaltar los peligros de las influencias que se disputan la supremacía en aquel país; por esto M. de Laveleye declara en el prefacio de la segunda edición de su obra, que se han cumplido sus impresiones de viaje, como lo demuestran los acontecimientos de que actualmente es teatro la península de los Balkanes.

También acaba de publicar M. Alcan la cuarta edición de *Le Socialisme contemporain*, del mismo autor, que contiene un nuevo prefacio en el que se pasa revista á los progresos del socialismo, y dos capítulos nuevos que tratan del *Socialismo en Inglaterra* y del antagonismo entre el *Individuo y el Estado*. Es un libro interesantísimo y útil. (Precio: 3,50 pesetas).

***

Pepe Rey. *Novela contemporánea, por* V. LASTRA Y JADO, *precedida de una carta de Mariano de Cavia.—Madrid, 1888. En 8.º, 272 páginas. Precio: 3 pesetas.*

Su autor, joven periodista, da con firmeza los primeros pasos en el campo de la novela. Ha hecho un libro interesante, lleno de pasión, que no se cae de las manos hasta llegar al sepulcro del Conde de Lima y ver á á Pepe Rey del brazo de la felicidad, esto es, del amor. La novela, que al principio parece descosida y algo extravagante, adquiere luego vigor y nervio dramáticos, que sacuden el corazón con sanas y vivas emociones. Merece plácemes el Sr. Lastra por la bella creación de su feliz ingenio.

R. A.

MADRID, 1888.—IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.
Libertad, 16 duplicado

ÍNDICE DEL TOMO LXX

Páginas

15 DE ABRIL DE 1888

Los presupuestos de enseñanza, por D. Enrique Serrano Fatigati... 5
La Montálvez (conclusión), por D. Palmerín de Oliva..... 25
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad... 38
Madrid nuevo, por F. Hardt..... 57
La casa editorial de Gauthier-Villars, por D. Rafael Alvarez Sereix.. 68
Apuntes de un viaje por Argelia y Túnez (continuación), por don Francisco Pons..... 80
Revista de teatros, por Ramiro..... 86
Crónica política, por A..... 94
Revista extranjera, por S..... 101
Boletín bibliográfico..... 107

30 DE ABRIL DE 1888

Madrid, por D. Enrique Serrano Fatigati..... 113
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad.. 137
Observaciones críticas á las etimologías de la Real Academia Española, por D. A. Fernández Merino..... 149
Apuntes de un viaje por Argelia y Túnez (continuación), por don Francisco Pons..... 167
Cartas de París, por D. Leopoldo García-Ramón..... 177
La mano izquierda (novela, continuación), por D.ª Eulalia de Lians. 187
Revista de teatros, por Ramiro..... 198
Crónica política, por A..... 205
Revista extranjera, por S..... 213
Boletín bibliográfico..... 220

Páginas

15 DE MAYO DE 1888

Bula de canonización de San Isidro, por D. Carlos Cambronero.... 225
Juan de Castellanos y su historia del Nuevo Reino de Granada (continuación), por D. Marcos Jiménez de la Espada..... 235
Observaciones críticas á las etimologías de la Real Academia Española (continuación), por D. A. Fernández Merino..... 254
Los discípulos de Catalina de Siena (conclusión), por D. Adolfo de Sandoval..... 270
¡Coronas!... (poesía), por D. Javier Ugarte..... 282
La casa editorial de Félix Alcan, por D. Rafael Alvarez Sereix..... 283
El Ciego de Buenavista, por D. Melchor de Palau..... 291
La mano izquierda (novela, continuación), por D.ª Eulalia de Lians. 301
Revista de teatros, por Ramiro..... 314
Crónica política, por A..... 319
Revista extranjera, por S..... 326
Boletín bibliográfico..... 331

30 DE MAYO DE 1888

Observaciones críticas á las etimologías de la Real Academia Española (continuación), por D. A. Fernández Merino..... 337
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad... 351
John Milton, por D. José M. B. Mareca..... 371
Apuntes de un viaje por Argelia y Túnez (continuación), por don Francisco Pons..... 379
Brihuega y su fuero (continuación), por D. Juan Catalina García... 388
El mendigo, por D.ª Salomé Núñez y Topete..... 401
Madrid nuevo, por F. Hardt..... 408
Revista de teatros, por Ramiro..... 419
La mano izquierda (novela, continuación), por D.ª Eulalia de Lians. 424
Crónica política, por A..... 431
Revista extranjera, por S..... 437
Boletín bibliográfico..... 443

Páginas

15 DE JUNIO DE 1888

Estudio científico sobre el Regium exequatur, por D. Juan Pedro Morales 449
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad... 466
Socialismo (continuación), por D. Cristóbal Botella 479
Juan de Castellanos y su historia del Nuevo Reino de Granada (continuación), por D. Marcos Jiménez de la Espada 486
El café y sus propiedades, por el Dr. D. José G. González del Valle. 508
Apuntes de un viaje por Argelia y Túnez, (continuación), por don Francisco Pons 520
La mano izquierda (novela, continuación), por D.ª Eulalia de Lians. 533
Crónica política, por A. 546
Revista extranjera, por S. 554
Boletín bibliográfico 558

30 DE JUNIO DE 1888

Las aristocracias ante el progreso en la Edad Media, por D. Manuel Lorenzo D'Ayot 561
Observaciones críticas á las etimologías de la Real Academia Española (continuación), por D. A. Fernández Merino 581
Ginés Pérez de Hita (continuación), por D. Nicolás Acero y Abad.. 599
Brihuega y su fuero (continuación), por D. Juan Catalina García... 622
El padre Antonino 639
La mano izquierda (novela, continuación), por D.ª Eulalia de Lians. 644
Crónica política, por A. 657
Revista extranjera por S. 661
Boletín bibliográfico 665

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 109776044